UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS TARDES
DE LA
GRANJA

PQ2220
.D75
T3
1897
c.1

D8422t

1080005126

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAS TARDES

DE

LA GRANJA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL TRABAJO

LAS TARDES

DE

LA GRANJA

Ó

LAS LECCIONES DEL PADRE

POR

DUCRAY-DUMINIL

OCTAVA EDICION

PARÍS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1897

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

840.8
D84224
10-21-XI-78

PQ2220
D7S
T3
1897

FSRM
5126

PRÓLOGO

Desde que á principios del corriente siglo se publicó la primera traduccion de las TARDES DE LA GRANJA, fué tan grande la aceptacion con que esta obra mereció ser acogida, que las traducciones y ediciones de ella se han repetido con una rapidez poco conocida en las demas obras de igual procedencia. Y en efecto, el público español, al conceder tal popularidad á esta publicacion, ha procedido con aquella cordura que siempre le distingue, favoreciendo una obra que, por la multitud de historietas morales que encierra, es muy á propósito para excitar en los tiernos corazones de la infancia ideas de rectitud, de beneficencia, de afecto recíproco, de amor al prójimo, de disimulo por los defectos ajenos.

Confiados en tan benévola acogida, nos atrevemos á presentar al público esta nueva traduccion, aunque notablemente distinta de las anteriores. En ella no hemos obrado como simple traductor; algunos argumentos de sus novelillas no correspondian al alto fin moral que el fondo de la obra se propone; estos, nos hemos tomado la libertad de alterarlos en lo puramente necesario para que por todas partes se presente la virtud triunfante y el vicio confundido; el condigno castigo al lado de la culpa.

En las traducciones anteriores á la nuestra, ménos de una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mitad de las tardes tenian á su principio la décima en que se enuncia el objeto moral propuesto en aquella leccion. Nosotros hemos creido oportuno ponerla en todas; y tanto en estas décimas, como en las demas composiciones poéticas intercaladas en la obra, hemos preferido seguir las ideas de la moral conforme á la lectura que las sigue, mas bien que conformarnos con el original frances; lo cual y el deseo de evitar repeticiones de títulos nos ha obligado á variar algunos, aunque pocos, de los que cada tarde lleva al frente.

Ademas de las ventajas que con relacion á la amenidad de su lectura lleva consigo á nuestro corto entender esta refundicion, tendrá la inapreciable de reducir el primitivo costo de la obra, circunstancia muy atendible en nuestros dias, en que el amor á la lectura se va desarrollando con rapidez y los recursos para adquirir libros no abundan demasiado. De este modo las TARDES DE LA GRANJA podrán circular aun entre las familias ménos pudientes, é introducir útiles y saludables reformas en el carácter, naturalmente impetuoso y turbulento, de algunos jóvenes, haciendo su felicidad y la de las personas que les son allegadas.

Quiera Dios coronar nuestros deseos y que la refundicion de esta obra sea un nuevo, aunque ligero servicio, que tributemos á nuestra patria.

INTRODUCCION

Palemon era un labrador honrado y de medianas comodidades, á quien una larga experiencia y las diferentes vicisitudes de su vida habian proporcionado un profundo conocimiento del corazon humano. En sus primeros años habíase dedicado al estudio de las ciencias filosóficas, en las que habia adquirido conocimientos nada comunes, así como en el dibujo, música y lenguas extranjeras. El prematuro fallecimiento de sus padres, ocasionado por el sentimiento de la pérdida de su fortuna, habia precisado á Palemon á dedicarse al cultivo de las pocas heredades que le quedaban, y no bastando esto para su alimento, no se habia desdeñado en recibir un módico jornal por la ayuda que prestaba á sus vecinos.

Un inesperado socorro que la Providencia le deparó, reunido á su aplicacion y laboriosidad, y á la economía de la virtuosa mujer que le destinó su buena suerte, le permitieron aumentar considerablemente su hacienda y hacerse uno de los labradores mas acomodados de la comarca. Pero habiendo fallecido su amada consorte y dejádole cuatro hijos, quiso consolarse de tan irreparable pérdida dedicándose á darles por sí mismo la educacion moral mas acomodada al porvenir que les preparaba: sus dos hijos menores Benito y Leon habian vivido desde muy niños en compañía de una parienta que residia á alguna distancia de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aldea. Palemon los llamó á su compañía, y para enseñar á todos que la primera de las virtudes es la caridad, recogió y llevó á su compañía á un niño huérfano desamparado á quien adoptó por hijo.

Vivia Palemon en una granja á corta distancia del pueblo que le vió nacer, cuya casa sencilla y su extenso cercado reunian cuantos encantos ofrece la naturaleza y son apetecibles en la vida campestre. La antigua ama de gobierno de Palemon, Marcela, y algunos vecinos que le amaban por su benéfico corazon, se prestaron gustosos á representar los papeles que en esta continuada comedia de la moral en accion quiso el virtuoso labrador destinarles.

Todas las tardes al ponerse el sol se sentaba el anciano Palemon bajo el emparrado de su casita y en rededor suyo tomaban asiento en el mullido césped sus cuatro hijos, Armando de quince años, Adela de catorce, Benito de trece, Leon de doce, y el huérfano Julio tambien de trece años, que se habia criado al lado de los dos primeros, y tanto téorica como prácticamente, el padre de familia se ocupaba en instruir á sus hijos, y los veia con satisfaccion crecer en edad, en talento y en virtudes.

LAS TARDES
DE LA GRANJA

TARDE PRIMERA

EL TRABAJO

Pecó el hombre, y el Señor
Al trabajo le condena;
Que fué merecida pena
Y no severo rigor.
En su paternal amor,
Quiere que siempre afanoso
Evite el vano reposo,
Y activo y atareado
Viva en la virtud honrado;
Que no es bueno el que es ocioso.

Era una hermosa tarde de otoño y ya el sol se acercaba al término de su carrera: los labradores suspendian sus tareas para entregarse al descanso necesario para recobrar sus fuerzas y emprender con nuevo vigor el trabajo al dia siguiente. Esta era la hora que Palemon desde su primera edad habia elegido para sus estudios, y la que posteriormente habia adoptado para la instruccion de sus queridos educandos. Sentado en medio de ellos y al lado de la buena Marcela, asegurado de la atencion de su auditorio le dirige estas cariñosas palabras:

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aldea. Palemon los llamó á su compañía, y para enseñar á todos que la primera de las virtudes es la caridad, recogió y llevó á su compañía á un niño huérfano desamparado á quien adoptó por hijo.

Vivia Palemon en una granja á corta distancia del pueblo que le vió nacer, cuya casa sencilla y su extenso cercado reunian cuantos encantos ofrece la naturaleza y son apetecibles en la vida campestre. La antigua ama de gobierno de Palemon, Marcela, y algunos vecinos que le amaban por su benéfico corazon, se prestaron gustosos á representar los papeles que en esta continuada comedia de la moral en accion quiso el virtuoso labrador destinarles.

Todas las tardes al ponerse el sol se sentaba el anciano Palemon bajo el emparrado de su casita y en rededor suyo tomaban asiento en el mullido césped sus cuatro hijos, Armando de quince años, Adela de catorce, Benito de trece, Leon de doce, y el huérfano Julio tambien de trece años, que se habia criado al lado de los dos primeros, y tanto téorica como prácticamente, el padre de familia se ocupaba en instruir á sus hijos, y los veia con satisfaccion crecer en edad, en talento y en virtudes.

LAS TARDES
DE LA GRANJA

TARDE PRIMERA

EL TRABAJO

Pecó el hombre, y el Señor
Al trabajo le condena;
Que fué merecida pena
Y no severo rigor.
En su paternal amor,
Quiere que siempre afanoso
Evite el vano reposo,
Y activo y atareado
Viva en la virtud honrado;
Que no es bueno el que es ocioso.

Era una hermosa tarde de otoño y ya el sol se acercaba al término de su carrera: los labradores suspendian sus tareas para entregarse al descanso necesario para recobrar sus fuerzas y emprender con nuevo vigor el trabajo al dia siguiente. Esta era la hora que Palemon desde su primera edad habia elegido para sus estudios, y la que posteriormente habia adoptado para la instruccion de sus queridos educandos. Sentado en medio de ellos y al lado de la buena Marcela, asegurado de la atencion de su auditorio le dirige estas cariñosas palabras:

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hijos mios : ¡ qué gozo experimento en este instante por verme rodeado de vosotros! ¡ Cuánto se complace mi alma con abrazaros á todos ! Benito, Leon, la muerte os arrebató una bienhechora, que nunca debéis olvidar; por esta causa vais á vivir en adelante conmigo, con Armando, con Adela y con Julio, interesante huérfanito que he adoptado, y á quien en breve me parece que amaréis como á un nuevo hermano que os ha enviado la naturaleza. Hijos y amigos mios, vivid siempre unidos : nunca turbe rivalidad alguna vuestro tierno y recíproco amor. Estáis viendo á Julio, é ignoráis las desgracias de este hijo adoptivo; pues voy á referirlas; si la sensibilidad os arranca lágrimas, dejadlas correr libremente. Alejad de vosotros el frio y despreciable estoicismo que seca el llanto que produce la ternura, y que impide la dilatacion de un alma conmovida del infortunio y del abandono. Si la naturaleza ha dado al hombre la facultad de derramar lágrimas, debe verterlas sobre las desventuras de sus semejantes.

Escuchadme atentos, y de esta historia podréis inferir que todos los hombres han nacido para trabajar; y que el ocioso se causa á sí propio su desventura y la desgracia de toda su familia.

Historia de Bernardo el holgazan.

Bernardo era un jóven de esta comarca, á quien su padre habia criado en la ociosidad; por lo que en vez de ayudarle en las faenas de la labranza, quitándole de las manos el arado, que ya no podia manejar, pasaba los dias enteros sentado descuidadamente sobre el banco de piedra que estaba junto á la puerta de su habitacion. No era Bernardo disipador, no era afecto á la embriaguez, ni aun frecuentaba sociedad alguna de las de su pueblo; solo la pereza le dominaba, y en tales términos, que á la hora del desayuno se le hallaba todavía muellemente reclinado en su lecho; se levantaba cuando ya el sol habia corrido la mitad de su carrera. ¿Os reis? pues me gustan, hijos mios, esas señales de desprecio que manifestáis respecto de la conducta tan indigna de un hombre, y mas siendo labrador : ellas significan que despreciáis á Bernardo tanto como él se hizo despreciable á los ojos de todos sus conciudadanos. Su anciano padre no tenia bastante resolucion ni autoridad para precisarle al trabajo; cuando le hablaba, Bernardo no le atendia, y aun se propasaba á tratar al buen viejo con tanta dureza, que abrevió sus cansados dias. Sí, hijos mios, este padre débil, con el sentimiento de haber dado la vida á un hombre

inútil á sus semejantes (porque el perezoso ni aun para sí mismo es útil) enfermó, y murió una mañana sin tener el consuelo de ver á su hijo, porque todavía estaba durmiendo.

Tan triste suceso mudó en parte el plan de vida del indolente Bernardo. Le fué preciso arreglar sus negocios, en lo que tuvo poco que trabajar, porque todo estaba corriente. Su virtuoso padre le habia dejado su quinta y algunas aranzadas de tierra libres de toda deuda y obligacion. Consideradle ya dueño de sí propio, y tambien casado, pues uno de sus vecinos, antiguo amigo de su padre, se empeñó en precisarle á que reflexionase sobre la necesidad del trabajo, dándole por esposa una hija jóven, modesta, ecónomica y llena de mil gracias. Era de esperar que Bernardo, considerando las inmensas obligaciones que contraia respecto de la naturaleza y de la sociedad, abandonase la indolencia, aplicándose al trabajo para sostener su casa y familia. ¡ Vana esperanza ! los vicios de la juventud rara vez se dejan en la edad madura. Bernardo era padre, era esposo, y veia tranquilamente desmejorarse la preciosa herencia de sus padres. La naturaleza, que quiere que el hombre bañe con su sudor el pan que le contribuye, le negaba las producciones que solamente concede á los que fertilizan sus campos. Las yerbas dañosas cubrian sus heredades; en su huerta no se hallaba ni la hortaliza mas despreciable; sus establos estaban desiertos, sus corrales sin el menor habitador, y se veia precisado á recurrir á sus vecinos, para obtener de ellos la legumbre mas simple y que exige ménos cultura.

No podia Bernardo vivir de esta manera y desempeñar sus obligaciones. En vano su desgraciada esposa le reconvenia con dulzura y le exhortaba al trabajo. Bernardo maltrataba á su mujer, y volaba á la taberna, donde se estaba bebiendo hasta la noche, pues hacia poco que habia contraido este defecto, consecuencia casi precisa de su ociosidad. Al cabo de algunos años, este hombre despreciable se vió sumergido en un mar de deudas. Su suegro salió fiador y se arruinó. Contrajo Bernardo nuevos empeños, y la justicia se apoderó de aquel campo, fértil en otro tiempo, y tantas veces regado con el sudor de su padre; de los muebles que Bernardo habia usado, sin atender á su conservacion; y en fin, de la quinta, ántes tan hermosa y ahora casi desmoronada por todas partes. Su desgraciada esposa, llevando de la mano á su hijo Julio, se ve precisada á abandonar el techo conyugal, vuelve á la casa paterna, maldiciendo mil veces al criminal esposo, que ocasionó sus desgracias... ¿ Os estremecéis, hijos

mios? pues esperad y veréis cómo presento á vuestra vista un cuadro todavía mas horroroso.

No sobrellevó Bernardo este golpe terrible con su acostumbrada indolencia : apoderóse el pesar de su corazon, y prontamente cedió este lugar á la desesperacion. Despreciado en todas partes no pudo encontrar ni una miserable plaza de jornalero : nadie queria darle labor, temiendo que no la desempeñaria. Este hombre, desgraciado á la verdad por culpa suya, conoció demasiado tarde la inmensidad del infortunio en que se hallaba abismado, y formó la horrible intencion de quitarse la vida.

Una tarde, su pobre esposa, que casi no le veia, estaba á la orilla del rio lavando su ropa y la de su hijo Julio : este jugaba á poca distancia de su madre; pero la desventurada se deshacia en lágrimas, pensando en su triste situacion, y suplicaba al cielo que pusiese término á sus males; mas ¡ ay ! el cielo la habia escuchado... De repente se agitan las ondas, y arrojan á la playa, junto á la afligida esposa, un objeto que al pronto no puede distinguir : se acerca : ve un cadáver : ¡ un cadáver ! ¡ oh cielos ! ¡ qué funesto presentimiento ! Se aproxima mas, lo examina, reconoce á Bernardo, y cae sin sentido. ¡ Considerad el espanto del inocente Julio ! Llama con dolorosas voces á su madre, se arroja sobre su padre, á quien quiere reanimar con el calor de sus besos... hasta que al fin, sus penetrantes gritos son oidos de algunos pasajeros.

Llegan várias personas, que trasladan á otra parte el desfigurado cuerpo del suicida Bernardo; llevan tambien á su desmayada esposa á casa de su padre, donde esta infeliz solo recobra la vida para dar á luz un niño, que muere pocas horas despues sobre el seno de su madre, la cual no pudo sobrevivir á tantas penas : exhaló los últimos suspiros entre los brazos de su padre; de su padre desesperado, anciano, enfermo, sin apoyo, sin recursos, que aun llora el haber perdido por su imprudencia una hija virtuosa y adorada.

Julio, el inocente Julio quedó huérfano : yo le adopté, hijos mios; vedle ahí, en vuestros brazos le tenéis. ¡ Oh ! acariciad á esta tierna criatura, y tened siempre presente el ejemplo de su padre, para que améis el trabajo, y evitéis cuantos males son indispensable consecuencia de una vida ociosa, inútil, gravosa para los mismos que la siguen y para la sociedad.

Habia Palemon acabado su historia, y todos los muchachos estaban en pié abrazando estrechamente á Julio : lloraba este, y

tambien sus hermanos adoptivos le inundaban en lágrimas de ternura. Los sucesos de Bernardo les habian interesado tanto, que cada uno se proponia no perder jamas de vista este ejemplo, para arreglar su conducta, y hacerse dignos de las lecciones de su respetable padre.

Esta tarde se dedicó á manifestar la necesidad del trabajo, y la felicidad que disfruta un hombre honrado cuando llena todas sus obligaciones. Palemon eligió con cuidado una víspera de fiesta, á fin de ofrecer á sus hijos una viva imágen de la actividad, y las ventajas que de ella resultan : vamos á ver cómo se manejó para conseguirlo.

Estaba ocupado en explicar á su jóven auditorio que el hombre en todas las clases ha nacido para trabajar; que todos trabajan en una sociedad bien organizada; y que de la aplicacion han nacido las artes, su perfeccion y el adelantamiento en todas materias; cuando se presentó una cuadrilla de jornaleros, cubiertos de polvo y de sudor, y cargados de instrumentos de agricultura.

¡ Hola ! ¿ estáis aquí, mis buenos amigos? les dijo Palemon levantándose : habéis hecho muy bien en venir : sentaos, que vendréis fatigados. Esperad un instante, que muy luego volveré á pagaros vuestra semana.

En seguida se dirige á su granja para tomar el dinero necesario : entre tanto sus hijos examinan atentos á los buenos jornaleros que están delante de ellos sentados sobre la yerba. Benito y Leon particularmente, para los cuales es enteramente nuevo este espectáculo, no se cansan de mirar los rostros tostados por el sol, los nerviosos brazos y el aire alegre de estos hombres laboriosos : piensan en las lecciones que acaba de darles su padre sobre el amor al trabajo, y desean con ansia poder ser tan útiles como estas buenas gentes, disfrutar su salud y la paz interior de que gozan.

No tarda en volver Palemon acompañado de Marcela, la cual trae un buen jarro lleno de vino y una taza, en la que da de beber á todos los peones : el mismo Palemon no se desdeña de brindar á su salud; y este cuadro de bondad y sencillez enternece á los muchachos, que apénas se atreven á respirar por no perder nada de tan agradable escena.

Cuando los jornaleros han satisfecho su sed, se sienta Palemon, y paga á cada uno su salario, pues todos trabajan en sus heredades, y le aman á competencia. Toma, Santiago, dice á uno; esto es lo que te pertenece. Es un verdadero placer el ver á un hombre honrado como tú ganar dinero, y saberlo emplear, pues

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

me consta que socorres al pobre carretero que está herido. ¿Te avergüenzas, amigo mio? vaya, no hablemos mas de ello.

Tú, Pedro, ¿cómo tienes á tu mujer y tus cuatro hijos? serán muy buenos trabajadores si se parecen á su padre.

Jorge, tengo que hacerte algunas advertencias. Siento mucho que quieras abreviar tu vida. Sé que depues de haber trabajado para mí todo el dia, vas á trabajar una parte de la noche en el molino de Tomas. Eso me parece demasiado: es verdad que ademas de tu mujer y tus hijos, tienes que alimentar á tu anciano padre, los cuales por tu actividad disfrutan de una regular comodidad; pero temo que con el exceso del trabajo se debilite tu salud.

Á propósito, Felipe: dicen que vas á comprar la casa y cercado de Guillelmo, tu vecino: preciso es, buen Felipe, que hayas trabajado y economizado mucho para poderte proporcionar un albergue seguro en tu vejez; muy bien, amigo mio, muy bien; tengo mucho gusto en ocupar á un hombre tan arreglado como tú: ¡oh! los hombres laboriosos nunca carecen de ocupacion ni de lo necesario á su vida: solo los perezosos se confunden en la indigencia y se arrebatan á cometer el crímen.

Así elogiaba Palemon á sus obreros proporcionando las alabanzas al mérito. Todos le dieron las gracias, y se retiraron despues de haberle prometido, como tenian de costumbre, madrugar mucho el primer dia de labor, para servirle con toda diligencia y exactitud.

Luego que se fueron, tuvo el anciano la satisfaccion de ver que el cuadro de la actividad recompensada, que acababa de presentar á sus hijos, producia todo el efecto que se habia prometido. Vió brillar en sus ojos el deseo que tenian de hacerse un dia amables á la sociedad, en fuerza de útiles ocupaciones y de una actividad sin límites. Todos le prometieron aprovecharse de las lecciones que les daba, y no olvidar por las artes agradables los oficios honrados y estimables que les enseñaba. Uno aprendia el de carpintero, otro el de cerrajero, otro se dedicaba á la arquitectura, y otro se ocupaba en la agricultura. En cuanto á la jóven Adela, queria su padre que los cuidados domésticos, y los trabajos de su sexo, fuesen su única ocupacion, persuadido de que una buena madre de familia es tan recomendable como el artista ú oficial que trabaja fuera de casa para atender á sus obligaciones, y proporcionar recursos á sus dependientes.

Así se pasó esta tarde, consagrada á las lecciones y al ejemplo del trabajo.

Palemon se habia propuesto instruir á sus hijos con ejemplos y lecciones prácticas, contando con que por este medio conseguiria mejor la perfecta y sólida educacion de sus tiernos discípulos, que no con solo lecciones teóricas y puramente clásicas. Continuemos para ver el sazonadísimo fruto de sus trabajos.

Virtuosos padres y madres que amáis á vuestros hijos, á esos dones preciosos de la naturaleza, que son vuestra esperanza y la de vuestra patria; venid á casa del anciano Palemon: entrad conmigo en su granja sencilla, pero cómoda, á pasar con este respetable hombre todas las tardes que ha de consagrar á la formacion de hombres y ciudadanos; este cuadro es digno de vuestra atencion: él me inflama y exalta mi imaginacion; y si no os ofrezco un plan completamente ordenado de educacion, á lo ménos os presentaré algunos rasgos morales que podrán ser provechosos á vuestros hijos y dependientes. Los buenos principios son útiles en todas partes: la moral del corazon enciende, reanima el alma mas tibia, así como un dia apacible en que brilla con todo su esplendor el astro refulgente regocija al hombre mas insensible á los atractivos de la naturaleza.

Cuantos esfuerzos, cuantos sacrificios hiciereis, quedarán ampliamente recompensados, si lográis inspirar en los corazones de vuestros hijos el amor á la virtud. No se la pintéis rígida, severa: hacédsela conocer tan dulce, tan amable como es: presentadles con claridad todos sus atractivos, para que por sí mismos la busquen y la sigan como el único recurso que ha de facilitarles la paz del alma, única felicitad que puede disfrutarse en la tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TARDE II

LA BENEFICENCIA

Á tu hermano en la amargura
Socorre, enjuga su llanto;
En su penoso quebranto
Consuélale con dulzura.
Si con fraternal ternura
Así alivias la indigencia,
La divina Providencia,
Bendecirá tus acciones.
Te colmará con sus dones
Y hará feliz tu existencia

El dia siguiente era festivo, y Palemon y sus hijos le dedicaron á los actos religiosos propios de semejantes dias, y el tiempo sobrante, á aquellos juegos juveniles que excitan la alegría y hacen desarrollar las fuerzas y la agilidad. Proponíase el buen anciano acostumbrarlos al uso del dinero, pero queria que este lo empleasen dignamente. Su laboriosidad, sus buenas acciones eran siempre premiadas con algunas monedas; pero al que durante la semana en nada se habia distinguido ó hubiese cometido alguna falta, le privaba de esta ligera recompensa. Nada temia en cuanto á la inversion, porque el sitio en que vivian nada ofrecia que lisonjear pudiese sus deseos; y queria evitar que suspirasen anticipadamente por la posesion de una cosa que tantos afanes y cuidados debia costarles en adelante. Por otra parte vigilaba muy

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de cerca á las prendas de su corazon, y del uso del metálico se proponia sacar utilísimas lecciones.

La mañana del lúnes se habia pasado en los ejercicios ordinarios de los muchachos; y á la caída de la tarde, todos habian acudido al bosquecillo á fin de aprovecharse de las lecciones de su padre, que tanto les interesaban. Ya están todos sentados, y Palemon no llega : Marcela ocupa su lugar, y quiere entretener á los muchachos con uno de sus insípidos cuentos ; pero apénas la eschuchan : no tenía como Palemon el arte de inspirar respeto y fijar la atencion. Principió Marcela á reparar que su auditorio bostezaba á menudo, y volvia sin cesar los ojos hácia la puerta de la granja para ver si venia Palemon : iba á prorumpir en expresiones de indignacion, cuando de repente se presenta un viejo lleno de andrajos, encorvado bajo el peso de sus años : un báculo sostiene sus pasos vacilantes : la blanca barba le cubre el pecho : sus piés desnudos vierten sangre que le han hecho derramar las agudas piedras que ha pisado en el camino : todo anuncia en él la miseria mas extremada.

Se detiene : mira, derramando lágrimas, á los cinco muchachos, que quedan atónitos al verle, y no pueden pronunciar una palabra. ¿Qué es esto? exclama la anciana Marcela : ¿qué queréis? ¿por dónde habéis entrado? — La puerta del cercado no estaba cerrada, responde el viejo, y me he tomado la libertad de entrar hasta aquí. — ¡ Pues no es mal atrevimiento !... ya se ve... es verdad... ¡ como yo estaba ocupada !..... vaya, vaya : me ha causado miedo... pero al fin ¿ hablaréis ? ¿ qué es lo que se os ofrece? — Vengo á implorar vuestra compasion para con un desdichado viejo y enfermo, que se ve precisado á mendigar el sustento. — ¡ Un mendigo ! á la verdad que no nos faltan aquí : este es el sexto de los que hoy han acudido : ¡ no se ve otra gente ! Idos, amigo, idos : tengo pobres de obligacion. —¿Conque vuestras limosnas no se dirigen sino á algunos infelices privilegiados? ¿Conque todos los desgraciados no son vuestros hermanos? — ¡ Hermanos mios ! ¿ qué queréis decir con eso? Yo tenia dos hermanos, y bellos mozos, otro tanto mas altos que yo : los dos murieron en el ejército, y los lloraré toda mi vida : vaya, vaya, retiraos, que yo tengo mil cosas á que atender... ¿ Apostamos á que no quiere irse?

La vieja iba á empujarle ásperamente hácia la puerta, cuando el jóven Armando se levanta, y la suplica que tenga mas humanidad. Nuestro padre, dice, nos ha enseñado á respetar los harapos de la miseria, y no permitiremos que tratéis con tanta dureza á este venerable anciano. — No, no, exclaman todos los niños, cogiendo del brazo al mendigo, y precisándole á sentarse en medio de ellos. — Virtuosos niños, les dice este ; compasivas criaturas, el cielo os bendecirá : tendréis una dichosa ancianidad, pues sabéis respetarla. — ¡ Bueno ! replica la vieja : él os dirá la buenaventura : despedid á ese vagamundo : si habéis de recibir á todos de esta manera, no os faltarán ocasiones, yo os lo aseguro.

Los ñinos estrechan al anciano entre sus brazos, y le suplican que perdone las amargas expresiones de Marcela, á tiempo que este fija en ella la vista, y exclama : ¿No me engaño ? ¿ sois vos Marcela ? — Sí, yo soy ; pero no os conozco. — ¿No reconocéis ni os acordáis de Pedro Lebon, un antiguo jornalero de vuestro amo Palemon? — ¡ Ah ! ¡ eres tú ! ¡ qué desconocido estás !... Pero, ¿ cómo te atreves á presentarte aquí, despues del indigno modo con que has procedido respecto del hombre mas honrado? yo te aconsejo que te retires ántes que vuelva mi amo, porque si te hallase aquí... — Ya voy, ya voy á evitar su presencia. ¡ Gran Dios ! ¿ conque todavìa está irritado conmigo? voy á retirarme ; pero ántes hacedme el favor de oir mi justificacion. — ¿Tú justificarte? mucho lo dudo. — Dejadle hablar, dice la jóven Adela; este buen viejo puede ser inocente ; y su aspecto respetable así lo anuncia : ¿no es verdad, hermanos mios? — No, no, exclaman todos; no es culpable; hablad, buen hombre ; explicaos.

Marcela murmura entre dientes; pero por fin se sienta, y el mendigo comienza de este modo una relacion que hace prorumpir en llanto á los muchachos.

Mis sucesos, niños compasivos, acaso me harán odioso á vuestros ojos : sin duda vais á aborrecerme, y á convenir en que si soy desdichado, he merecido serlo ; porque la prosperidad huye de los corazones empedernidos ; pero ¡ cuántas lágrimas me ha hecho derramar esta falta irreparable ! ¡ cuántas veces al dia me maldigo ! ¡ Ah ! ¡ el cielo aumente en vuestros corazones el deseo de ser buenos y útiles á vuestros semejantes, del cual me dais en este instante una prueba tan sensible ! Las almas tiernas hacen su felicidad contribuyendo á la de los desgraciados á quienes socorren.

Aventuras del viejo mendigo.

Me llamo Pedro Lebon : mi padre fué labrador de esta comarca en otro tiempo, y tenia un hermano, quien, á sus veinte años, sentó plaza, y dejó para siempre la casa de sus padres. El mio recibia de cuando en cuando noticias de este hermano, á quien amaba sobremanera : le escribia muchas veces, rogándole que volviese á sus hogares, y á compartir las comodidades que disfrutaba : mi tio se resistió siempre á estas súplicas, porque amaba la carrera militar, y decia que estaba resuelto á morir bajo los estandartes del honor. Esta obstinacion de mi tio Santiago Lebon afligia á mi padre, el cual decia que no deseaba sino que su hermano viniese á cerrar sus ojos en su última hora. Por fin, un dia recibió una carta (¡ y fué la última !) de tan querido hermano : m ipadre nos la leyó vertiendo lágrimas : siempre la tendré presente : estaba, poco mas ó ménos, concebida en estos términos :

« Voy á participarte una noticia que seguramente te afligirá, » querido hermano mio, segun es grande el amor que me tie- » nes, y porque se opone á los proyectos que has formado para » nuestra reunion : el cielo lo ha dispuesto de otro modo. Sabe » que un rico comerciante, muy amigo mio, me lleva consigo á » la América donde, segun dice, quiere que yo haga una fortuna » considerable. Por ti, amado hermano, y por tus hijos, me de- » termino á correr los peligros de la navegacion y mañana me » embarco : Dios vaya conmigo. . Si la suerte me es adversa, » volveré á vivir contigo, y aceptaré tus generosos ofrecimientos : » por el contrário, si hago fortuna, te traeré las riquezas que » acumule ; y si la muerte me sorprendiere en medio de mis tra- » bajos, encargaré á persona segura que te entregue mis bienes, » ó á tu hijo Pedro, si el cielo dispone de tus dias. Conserva esta » carta para que te sirva en todo tiempo y lugar : ruega por la » felicidad de un hermano, acaso imprudente, pero lleno deter- » nura para contigo. Á Dios; deséame un viaje feliz : te escri- » biré cuando pueda : á Dios ; abraza por mí á tu esposa, á mi so- » brino, y á todos nuestros amigos. — *Santiago Lebon.* »

Esta carta causó tal impresion en mi padre, que enfermó, y murió pocos dias despues. ¡ Ejemplo admirable del amor fraternal, tú parecerás sin duda fabuloso y exagerado á los corazones insensibles ; pero serás muy dulce para los que conocen la verdadera amistad y abrigan sentimiendos nobles ! ¡ Ah ! la sensibilidad no está á los alcannes de todos. Niños, vosotros sois hermanos : amaos mucho : el lazo de la fraternidad es tan dulce como el que une á los padres con los hijos.

Los hijos de Palemon se abrazaron recíprocamente con un espontáneo movimiento de ternura, que hizo derramar algunas lágrimas al viejo mendigo, el cual les rogó volviesen á ocupar sus sitios, y siguió su historia.

Habia muerto mi padre ; y mi madre, mas anciana aun, me parecia demasiado afectada de su muerte, para no temer en ella igual desgracia. Mi hermano menor acababa de entrar en la milicia por haberle tocado la suerte, y era preciso que se ausentase de nosotros. Todas las desventuras reunidas apuraban nuestro sufrimiento. Tomé el partido de trabajar para sostener una triste viuda que acababa de perder su apoyo ; porque á excepcion de la granja que habitábamos, y era nuestra, el poco dinero que mi padre habia empleado consistia en rentas vitalicias, y con él lo perdimos todo.

Entónces fué cuando el virtuoso Palemon me alargó su mano benéfica : me ocupó en su casa, y gané para sostenerme en compañía de mi madre, á la cual tuve el pesar de ver morir entre mis brazos al cabo de seis años. La quinta fué vendida para satisfacer algunas deudas atrasadas, y como era la única finca que poseia, no me quedó mas que el esfuerzo de mis brazos : mi hermano habia muerto en campaña y yo me encontraba absolutamente solo.

La desgracia agrió mi carácter : debo decirlo, amables niños, para mi justificacion. Me habia hecho áspero, taciturno, intratable, y aun egoísta : aborrecia á los hombres ; y á excepcion de vuestro padre, á quien queria y respetaba, todos los demas me parecian viciosos, traidores, y dispuestos á ligarme mas y mas con la cadena del infortunio que me agobiaba. Solo Palemon, jóven entónces, pero bueno, sensible y generoso, me habia colmado de beneficios : él era el único hombre exceptuado de la aversion con que miraba á los demas.

Mas de veinte años despues de la muerte de mi padre, tuve cierto dia que hacer un corto viaje á cuatro leguas de aquí, para visitar á un amigo á quien no habia visto en mucho tiempo. Pasámos el dia juntos, y al declinar la tarde, despues de haber dado un gran paseo, entrámos en una hostería á merendar, con el fin de que yo me retirase temprano ; pero... ¿ lo confesaré ?... los

vapores del vino no tardaron en calentar mi cerebro; y no pensé en dejar aquel sitio que me era tan agradable.

Un hombre de mediana edad, y de porte decente, que ocupaba una mesa inmediata á la nuestra, mira el reloj, se levanta de repente, y pregunta si hay mucho camino desde allí hasta el pueblo donde reside Palemon. — Cuatro leguas, le respondí con aspereza. — ¿Cuatro leguas? ¿estáis bien seguro? — ¿Seguro? no lo he de estar si vivo yo allí. — ¿Allí? ¿y os vais á marchar pronto? — Dentro de un rato: no tengo prisa; pero ¿á qué viene esa pregunta? — Perdonad; no conozco bien el camino; me han dicho que hay que atravesar un bosque peligroso, y como es tarde... — ¿Tenéis miedo? — Á la verdad... — Pues yo no lo tengo, y atravesaria el bosque á cualquiera hora de la noche. — Si hicierais el favor de acompañarme, me prestariais un servicio, y mayor aun á cierta persona... un beneficio nunca se pierde: contad con mi agradecimiento. — He aquí una proposicion bien particular, le dije, con mi aspereza acostumbrada: ¿soy por ventura postillon? Si tenéis miedo, yo no; y gusto muy poco de acompañarme con cobardes.

Á esta necedad añadí otras muchas. El extranjero volvió nuevamente á instarme; pero viendo que yo llevaba hasta el extremo la grosería, tomó su baston y sombrero, y se salió disgustado, diciendo á média voz que el cielo no permitiria le sucediese desgracia alguna favoreciendo la buena accion que iba á ejecutar.

Habia trascurrido un cuarto de hora, cuando advertí que un jóven que habia escuchado atentamente al desconocido, salió precipitadamente con cierto aire de inquietud. Este miserable, si era aun mas descortes que yo, á lo ménos tenia mayor penetracion, como lo conoceréis bien pronto.

Pasé con mi amigo una gran parte de la noche, y á cosa de las once tomé el camino de mi pueblo. La oscuridad no me permitió distinguir los objetos que se me presentaban; pero aunque estaba atolondrado, atravesé el bosque presurosamente con cierta angustia que parecia oprimir mi corazon, funesto presentimiento de la desgracia que allí acababa de sucederme. Llego á mi casa, me acuesto; pero mil sueños melancólicos agitan mi fantasía. El desconocido, en quien no habia pensado despues de su partida, se presenta á mis ojos: parece que me llama, me echa en cara mi inhumanidad, y me dice que pronto encontraré el castigo de mi dureza. Fatigado por estas visiones, que á la mañana siguiente atribuí al festin de la víspera, tomo mis aperos, y voy á casa de

Palemon: le pregunto si ha visto un extranjero que le buscaba, cuyas señas le pinto; y respondiéndome que no, olvido este asunto, y me pongo á trabajar.

Pero apénas principio mi tarea, cuando se presenta un oficial de justicia, y me pregunta si me llamo *Pedro Lebon*. — Sí, le respondo. — Pues es preciso que vengáis conmigo. — ¿Adónde? — Á la aldea inmediata, donde preguntan por vos. — ¿Quién? — Un desconocido que hemos encontrado esta mañana moribundo en el bosque, y ahora está en el hospital. — Un desconocido moribundo... en un hospital... ¡Oh cielos!

Arrojo mis aperos, y sigo á aquel hombre, que me lleva á la grupa de su caballo. Consideradme caminando con el corazon oprimido y abismado en un mar de dudas y recelos. El desconocido moribundo me recuerda el extranjero á quien no quise acompañar. Este extranjero, me decia yo, ¿es mi perseguidor? él es sin duda el que ha tenido esta desgracia, y pregunta por mí; pero ¿de qué me conoce, quién le ha dicho mi nombre? Si mal no recuerdo, no me di á conocer en su presencia... pero tenia asuntos con Palemon: venia á su casa, y acaso le habrán dado señas de mí... ¡Oh Dios! ¡qué incertidumbre tan cruel!

Pregunto al que me guiaba, y no puede satisfacerme: en fin, agitado de dudas llego al hospital: me acerco al lecho del moribundo, y reconozco á mi extranjero. Acababan de curarle las heridas: me mira, me reconoce, y con lánguida voz me dice: ¿Sois vos Pedro Lebon? — Sí, le respondí tímidamente. — ¿Vos, hombre bárbaro y grosero, vos Pedro Lebon?... ¡Cielos! ¡qué fatalidad! ¿no sois el que ayer me negó su compañía para atraversar el bosque? pues yo os aseguro que quedaréis mas castigado que yo: yo muero sin disgusto, y vos viviréis con el remordimiento de haberme dejado asesinar, y el pesar de perder la herencia de un tio... de un tio. Leed esa carta, desventurado.

El extranjero me entrega una carta: la abro precipitadamente, y leo lo que sigue: « Estoy en mis postreras horas, amado » sobrino; pero ántes de exhalar mi espíritu encargo á mi an» tiguo amigo Felipe que te lleve las muchas riquezas que he » acumulado durante mi residencia en las Colonias; esta es la » promesa que en otro tiempo hice á tu pobre padre, y de la cual » me desempeño en el dia. Haz buen uso de tu fortuna, y que te » sirva para aliviar á los desdichados.

» Á Dios; nunca olvides á un tio que te llena de beneficios ;y

« mira, como otro yo, al amigo que te entregará esta carta. — « *Santiago Lebon.* »

El espanto me dejó inmóvil, y el extranjero prosiguió: Guardad bien esa carta de un tio que os amaba; este es el único bien que os queda de su herencia. En cuanto á una cartera llena de letras de cambio que os traia, la habéis perdido por vuestra falta: ayer por la noche no quisisteis guiar mis pasos inciertos por el peligroso bosque: un fatal presentimiento me lo hacia temible. Apénas entré en su espesura, cuando se me presentó un hombre que habia visto en la hostería en que os hablé: se me acercó con afabilidad, y me suplicó le permitiese ir en mi compañía. Aunque me inspiraba desconfianza, no pude ménos de tratarle con atencion. El malvado, en lo mas espeso del bosque me tira un pistoletazo, me roba, y me deja bañado en mi sangre: esta mañana me han traido aqui, donde hallaré una muerte que me será dulce, pues me reunirá con mi amado Lebon, el único amigo que me hacia la vida soportable: yo solo queria cumplir su última voluntad; para esto me dirigia á casa de Palemon, pues me habian informado que os hallaria en ella. Os hubiera entregado todo cuanto se me confió como fiel depositario; pero vos habéis causado vuestra desgracia y la mia... ¡Imprudente! vuestro corazon me mata y os arruina... Aprended, pues, hombres duros é insensibles, las tristes consecuencias que regularmente ocasiona el no llenar los deberes de la hospitalidad, y que el malograr la ocasion de servir y ayudar á nuestros semejantes nos expone á los mayores sentimientos.

Calló el desventurado; y yo, oprimido con el peso del remordimiento y de la confusion, bañaba su lecho con mis lágrimas, cuando me arrancaron de aquel sitio, para ver si el enfermo descansaba un rato. ¡Ay! este descanso fué eterno: la noche de aquel mismo dia supe que habia fallecido, acusándome de su muerte.

No os pintaré, amables niños, el exceso de mi dolor: todavía me despedaza el corazon tan trágico suceso: tenia muy presente la fisonomía del malvado asesino de Felipe, quien ántes de espirar me aseguró que este infame le dijo en el camino que pensaba marchar al otro dia á Paris, y me determiné á buscarle en esta gran ciudad. Confundido y avergonzado de lo mucho que se hablaba de este suceso, y de la ignominia que me resultaba, no me atreví á volver á la casa de mi bienhechor Palemon, que me hubiera reprendido ásperamente; porque los vicios del corazon indignan á todas las gentes honradas. Pero aunque busqué por muchas partes al que me arrebataba la fortuna, todo fué en vano. Este monstruo acaso goza de ella en algun país remoto. En fin, despues de haberme dedicado á varios oficios, me hallé á un tiempo cercado de la vejez y miseria, y precisado á mendigar el sustento para expiar una falta, un solo defecto. Ya me veis, queridos mios; los andrajos de que voy cubierto no me defienden del remordimiento que atormenta mi corazon; y me parece que el cielo inspira á cada persona cuya piedad imploro, que debo ser tratado con dureza; que soy desventurado por mi culpa, por no haber cumplido con las obligaciones de la beneficencia.

Apénas el mendigo acabó su historia, tan interesante para los hijos de Palemon, cuando estos se levantaron derramando algunas lágrimas; y recogiendo de sus bolsillos cuanto el dia anterior les habia dado su padre, suplicaron al pobre anciano que lo aceptase. Este, despues de una cortés resistencia, lo tomó: bendijo cien veces á las virtuosas criaturas que compadecian sus infortunios, y se retiró, encargándoles que nunca olvidasen que la beneficencia es la primera de las virtudes; que es un vínculo sagrado de la sociedad; y que los buenos corazones que la ejercen son imágenes de Dios en la tierra.

Los muchachos quedaron conmovidos largo tiempo despues de su partida. No es necesario, dijo Julio á sus hermanos adoptivos, contar este suceso á nuestro padre; puede irritarse contra su antiguo criado, que le dejó de una manera tan imprevista, y con tantas apariencias de ingratitud. Sin duda no nos reprenderia un impulso de sensibilidad; pero hallaria tal vez mucho de reprensible en el proceder de Pedro Lebon: por lo cual nada le digamos si no nos pregunta, porque en tal caso no podemos faltar á la verdad.

Todos fueron de este parecer. Á corto rato se presentó su buen padre, su digno maestro, el cual por una casualidad, que les pareció muy extraña, no les habló en toda la tarde sino de que el poderoso debe socorrer al indigente, y del placer que se disfruta haciendo limosna á los pobres ancianos que carecen de medios para atender á su manutencion. Los muchachos, atónitos, creyeron desde luego que Palemon sabía lo que acababa de suceder; pero este nada les dijo, y ellos guardaron su secreto mucho mejor oyendo decir á Palemon que las almas sensibles y generosas cuidan mucho de ocultar el bien que hacen á sus semejantes; porque un beneficio divulgado pierde mucho de su mérito, y disminuye en gran manera la satisfaccion interior del que lo dispensa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE III

EL AMOR PROPIO

Es amor propio un veneno
Que al hombre le ensoberbece,
Todo lo nuestro enaltece
Ymenosprecia lo ajeno.
Pero abrígale en tu seno
Si le llega á moderar
La razon : has de notar,
Y el juicio recto proclama,
Que el que á sí mismo no se ama
Á nadie mas podrá amar.

El relato del mendigo preocupó notablemente los ánimos de los niños durante la noche : todos soñaron con él, y Leon llevó sus ensueños hasta la realidad, pues compuso un romance que le dejó muy satisfecho de sí mismo. Leyólo á los demas, y Benito se le rió descaradamente. Leon se formaliza, y le reconviene con que no hará otro tanto en toda su vida. Eres un necio, le dice, un majadero, un miserable. — ¿ Miserable yo? responde Benito, sofocado de cólera ; pues toma ; y le da una fuerte puñada ; Leon le corresponde con un puntapié : Benito se lo vuelve : Leon furioso se arroja sobre su cuello ; pero Armando los separa al instante, y los hace que se abracen, prometiéndoles que nada diria á su padre sobre este particular. Sin embargo todo se sabe : el genio picaruelo que se complace en hacer públicos los desmanes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los muchachos, cuenta lo ocurrido entre Leon y Benito al virtuoso Palemon, quien nada dice en toda la mañana; pero se promete manifestar muy bien por la tarde su disgusto á los dos campeones.

Llegada la hora en que debia darles una severa leccion, todos se sientan junto á su padre, que los mira y atemoriza, porque está mas serio de lo regular. Leon, dijo con mucha sequedad, muy tarde te has levantado esta mañana: ¿ querrás imitar el ejemplo de Bernardo, cuya historia os conté hace algunos dias? — Padre, me he levantado á la misma hora que mis hermanos. — Pues no has bajado hasta las diez. — Es verdad... pero... — ¿Pero qué? Te pones colorado: habla, hijo, habla: me contemplaria como extraño para ti desde el momento que dejases de hablarme con confianza: díme en qué te has ocupado, porque estoy persuadido de que no habrás hecho nada malo. — No, señor, todo lo contrário. — ¡ Hola! *¡ todo lo contrário!* ¡ mucho significa esta expression! vaya, pues díme, hijo mio, ¿ en qué has empleado una parte de la mañana? — He compuesto unos versos, padre mio. — ¡ Unos versos! ¡ no es nada! ¡ versos! mucho me alegro, sí, celebro que te ocupes en esta gracia, que da tanta energía y ocasiona tan felices momentos al hombre que sabe pensar: estoy contentísimo, querido Leon; pero el señor poeta, ¿ no le hará á su padre el favor de leerle los versos? — Sí, señor... pero... recelo... temo... que os parezcan muy flojos. — ¿Conque temes eso? ¡ no es poco el orgullo que se descubre! pues ¿ para qué hacéis versos, señor mio? ¿ para que los celebren sin ponerles el memor defecto, ó para que cualquiera os diga francamente su parecer? — ¡ Oh! sin duda para esto. — En tal caso debes desechar el temor, porque (y tenlo muy presente) el autor á quiem falte ánimo y prudencia para oir la crítica que hagan de sus obras, debe arrojar la pluma, porque nunca hará cosa buena: yo lo digo, señor ingenio.

Pronunció Palemon esta sentencia con mucha fuerza: Leon mudó de color, miró á Armando como para recordarle su promesa; y luego, sacando el manuscrito, lo que hizo sonreir á su padre, se preparó á recitar su romance; pero el tierno retoño del Pindo, como todos sus compañeros, creyó necesario que precediese una explicacion. — Es preciso deciros, padre mio, lo que me ha sugerido la idea de este romance; es un lance que... — Muy bien; muy bien, hijo mio: á un lado explicaciones, que yo conoceré lo que es: sobre todo, fuera temores; recita tu romance, que yo lo oiré con mucho gusto. Leon, aplicando á su composicion toda la energía de que es capaz un autor, leyó con voz sonora los siguientes versos:

El anciano mendigo.

¿ Quién se lamenta afligido?
¿ Qué acentos lúgubres llegan
Á mis oídos, que el alma
De agudo dolor penetran?
¿ Quién... pero veo un anciano
Que se aproxima á mi puerta
Agobiado por los años,
Consumido por las penas.
En su rostro venerable
Se retrata la inocencia:
¿ Qué pesares le devoran?
¿ Qué trabajos, qué miserias
Aumentan los que consigo
Lleva la triste indigencia?
¿ No basta la ancianidad
Para agravar su pobreza?
— Si á tu corazon, hermano,
Le ennoblece un alma tierna,
Compadécete afectuoso
Del que á tus umbrales llega.
Perseguido aun en la cuna
Por la suerte mas adversa,
Perdí mi padre y mi madre,
Perdí mi hermano en la guerra.
Penoso y duro trabajo
De muy niño me sustenta,
Que mis fuerzas debilita
Y hasta mi razon altera.
Un poderoso pariente
Fallece en lejanas tierras
Y me nombra su heredero;
Mas la fortuna perversa
Dispone que el portador
De aquella cuantiosa herencia
Caiga en poder de malvados,
Que en lo espeso de una selva

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Le acometen, le despojan
Y terminan su existencia.
Quedé, pues, sin esperanza;
Ningun consuelo me alienta.
Cansado ya de arrastrar
Tan precaria y tan molesta
Vida, tan solo la muerte
Para alivio de mis penas
Espero ansioso, pues sé
Que la sacra Providencia
Premio depara en el cielo
Al que sufre acá en la tierra.
Socórreme, hermano mio,
Compadece mi indigencia.
— Sí haré tal, que Dios me dió
Pingües, cuantiosas riquezas,
Y manda que enjugue el llanto,
Que vista, alivie y sostenga
Al que de bienes exahusto
Mendiga la subsistencia.
Cama tendrás en mi casa,
Te sentarás á mi mesa;
Y tus míseros harapos
Trocarás por limpias telas.
Deja el llanto, pobre anciano,
Y á Dios, que todo lo ordena,
Ruega que admita benigno
De mi caridad la ofrenda.

Leon acabó así su romance, y sus hermanos dan mil palmadas de aplauso, ménos Benito que no quiere ceder. Palemon lo advierte, pero no lo manifiesta: quiere experimentar el amor propio del autor, y descubrir enteramente los celos de su hermano, á fin de proporcionar la ocasion de dar á todos saludables consejos. Hijo mio, dijo á Leon, no quiero decidir de tu obra ántes de saber el dictámen de tus hermanos: tienen gusto, y debo consultarlo. Vaya, hijos mios, decid francamente lo que pensáis del romance de Leon; sed severos; se trata de manifestar á vuestro padre si tenéis juicio recto, y valor para decir la verdad: tú, Adela, ¿qué piensas?

Adela responde, que el romance de Leon la parece muy bien,

pues la ha hecho llorar. —¿Y tú, Julio? Julio conviene con Adela. —¿Y tú, Armando? Este responde que encuentra algunos versos flojos, pero que para un muchacho de la edad de su hermano, es demasiado. Palemon pregunta su parecer á Benito, en quien esperaba hallar contrariedad; y en efecto, dijo este: Padre mio, si he de decir francamente mi parecer sobre el romance, sabed que lo tengo por malo, malísimo.

Al oir estas palabras Leon manifestó alguna alteracion: Palemon lo advirtió y continuó preguntando á Benito: — ¿Conque ese es tu parecer? pero es menester probarlo: ¿cuáles son los defectos que encuentras? — Muchos: este hombre que pregunta al viejo; el viejo que le responde; no se puede adivinar quién habla; ademas, las voces de *pingües, cuantiosas* ¿qué tiene mas uno que otro? En una palabra, el tal romance me parece despreciable. —¿Despreciable, señor Aristarco? creo que partís muy de ligero, y que vuestro dictámen, mas que el de un crítico es el de un envidioso. — ¡De un envidioso! — Eso sí: no es otra cosa, dijo Leon: me alegro que padre lo conozca: esta mañana me ha dicho cien necedades ese miserable ignoranton.

Poco á poco, niño, repuso Palemon: no me gusta ese modo de hablar: ninguno de los dos carece de culpa: me reservo el decir mi opinion hasta que os cuente la historia de un poeta que yo conocí, el cual desde muy niño hacia versos como Leon, y encontró críticos crueles como Benito: veréis lo que le sucedió á un orgulloso que en nada queria ceder, y á un envidioso que malignamente se complacia en criticar lo que no era capaz de hacer.

Aquí Leon se sonrió de ver á su hermano humillado, y Benito se avergonzó de que su padre hubiera descubierto la envidia que se habia apoderado de su corazon. Palemon, despues de haber examinado atentamente la fisonomía de los dos rivales, quiso corregirlos refiriendo la siguiente

Historia del poeta Hilario.

Hilario era hijo de un rico comerciante de Paris, llamado Dormon: dedicado á la carrera de la jurisprudencia, acababa de terminar el estudio de las leyes; pero en el colegio habia contraido la manía de hacer versos sobre el menor asunto, y componia algunos muy regulares. Deslumbrado con los elogios que recibia por todas partes, mostraba sus versos á su padre, el cual, sin prever el daño que causaba á su hijo, le llenaba de caricias, le hacia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mil regalos, y le pronosticaba la mas brillante fortuna. Ademas de esto, el viejo Dormon, infatuado del mérito que suponia en su hijo, creyendo haber engendrado un nuevo Homero, esparcia por todo el pueblo las composiciones del jóven Hilario, y se burlaba de las familias que no tenian en su seno un genio tan superior. El hermano de Dormon, era tan preocupado como él, y tenia un hijo de la edad de Hilario, llamado Joaquin: este infeliz era todos los dias objeto de las sátiras, y aun del desprecio de su padre y de su tio. Mira, le decian; mira á tu primo: ese sí que ilustrará la familia: llegará á ser un grande hombre; pero tú nunca serás mas que un majadero.

Joaquin, maltratado así por sus parientes, concibió desde luego el mayor odio á su primo, causa de sus pesares, aunque por sí no se los procuraba. Los celos se apoderaron de Joaquin, y le prepararon los tormentos mas crueles. Este maldito, se decia á sí propio, tiene trastornadas las cabezas de todos. Él solo recibe el incienso de toda la familia. Me arrebatará el corazon de mi padre, de mi tio, y de todo cuanto amo en el mundo. Recibirá todas las satisfacciones, miéntras que yo seré siempre tratado como un ente despreciable. No hay duda: tal vez un dia llegue yo á verme sin estado y sin fortuna (porque mi padre es capaz de abandonarme por él), y obligado á mendigar el sustento, en tanto que el poetilla goce á mi vista de todos mis bienes, y de toda la felicidad posible. ¡Oh! no será si yo puedo: tomaré á mi cargo los adelantamientos del señor pedanton: él sabe hacer versos; pero yo sé intrigar, y veremos quién cae debajo.

Determinado á vengarse Joaquin, se propuso perseguir incesantemente á su primo; y vais á ver cómo se condujo para lograrlo.

Estaba Hilario en edad de tomar estado, pero arrastrado del fanatismo poético no queria mas que hacer versos. Su padre empezó á advertir que habia lisonjeado excesivamente la manía de su hijo: le suplicó, le instó para que se aplicase á su carrera. En el dia tengo medios, le dijo, para procurarte un empleo, y un reves de fortuna, tan frecuentes en nuestro estado, puede quitarte este recurso: aprovéchate ahora: trabaja un año ó dos en el estudio de las leyes; yo te haré consejero, y entónces podrás seguir tu inclinacion, en cuanto no se oponga á tus obligaciones. Pero Hilario á nada atendió: siguió emborronando papel, sin hacer grandes progresos, y de esta manera malogró los cuatro años mas floridos de su juventud. Una quiebra considerable arruinó á su padre, que murió de pesadumbre al cabo de un mes, detes-

tando á Hilario y agobiándole con el horrible peso de su maldicion. Ademas de esto, los acreedores le arrojaron de la casa paterna; y no halló otro recurso que la generosidad de su tio, que siempre aduló su manía.

Pero Joaquin, que todo lo habia previsto, mandó escribir una sañuda sátira en verso, en donde se prodigaban á su mismo padre los mas injuriosos epítetos por haber abandonado en la desgracia á su arruinado hermano Dormon. Esta sátira la hizo circular Joaquin como produccion de su primo, y dispuso que llegase á manos de su padre: el viejo se encoleriza: no quiere volver á ver á su sobrino, y encarga á Joaquin que le despida y le dé diez escudos, bajo la condicion de que no se presente jamas en casa de un tio á quien ha ultrajado tan vilmente.

Bien conocéis el placer que experimentaria Joaquin al desempeñar semejante comision. Llega Hilario para arrojarse en los brazos de su tio; pero Joaquin le intima su resolucion, y le dice: esto me ha encargado que os dé: idos, señor mio, que es cosa muy indigna el haber compuesto una sátira tan sangrienta contra quien tanto os amaba. Hilario protesta su inocencia, y Joaquin le empuja hácia la puerta; pero Hilario se revuelve contra su primo, que le rechaza duramente: caen los dos luchando, acuden los criados, los separan y ponen á Hilario en la calle.

¡Considérese su situacion! Sin parientes, sin amigos, sin recursos, rabioso y despechado, jura que ha de vengarse; ¿pero cómo? Sin embargo, espera hallar algun medio: entre tanto alquila un miserable cuarto, y allí, solo, sin ropas, sin ajuar, y sin esperanza de apaciguar á su tio, se postra en tierra, é invoca para subsistir los favores de su musa.

¡Oh musa! exclama: desciende en mi auxilio; ven á inspirar en este corazon que es tuyo todo el ánimo que necesita: tú das gloria; pero el laurel mas pomposo pronto se marchita si el pan no le acompaña. Une, musa, á tus favores alguna cosa mas sólida; y no permitas que un espíritu, en que reinas tan absolutamente, habite un cuerpo diáfano y debilitado por la abstinencia y el ayuno.

Yo no sé si lo oyó su musa; pero lo cierto es, que Hilario pasó un mes en su cuarto sin poderse proporcionar el menor recurso: los diez escudos estaban ya muy léjos: habia vendido una parte de sus vestidos sin el menor disgusto, porque Hilario era filósofo y desdeñaba el fausto en todo; pluma, tintero y papel eran las únicas alhajas que apreciaba. Trascurrió otro mes sin que la for-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tuna, ni su ingrata musa, le ofrecieran el mas leve recurso para salir de su mal estado, aunque pasaba dias y noches haciendo epitalamios, madrigales y epístolas dedicatorias que enviaba á algunas personas opulentas, sobre las cuales creia elevar su fortuna, lisonjeando su vanidad. ¡ Vana esperanza ! Le convidaban á comer, y á esto se reducia todo. ¡ Cuántas veces olvidó Hilario sus disgustos, para recordarlos en seguida con mayor dolor y sentimiento ! Iba á comer á casa de un hombre rico, que hacia gastos excesivos para obsequiarle, lo cual le hubiera sido mas útil percibir en dinero para alimentarse quince ó mas dias. Esta reflexion le ocurria continuamente, pero al cabo comia bien y leia sus versos : su apetito y su amor propio se satisfacian á un tiempo; pero cuando salia de esta casa fastuosa, cuando tentaba su bolsillo y lo encontraba vacío, cuando dejaba á sus espaldas la opulencia para subir á un cuarto piso y encerrarse en su miserable albergue, ¡ cuánto suspiraba ! ¡ cuánto declamaba contra la injusticia de los hombres, y los caprichos de la fortuna ! Hilario se acostaba sin luz, temblando de frio ; y regaba su asqueroso lecho con lágrimas nacidas de un loco orgullo, no del noble sentimiento de un hombre que ha agotado todos los recursos, sin poder encontrar halagüeña la fortuna. Hilario era desgraciado por su voluntad, y no merecia compasion.

Muchas veces habia escrito á su tio, pero Joaquin estaba vigilante para interceptar sus cartas, y reducirlas á ceniza. No le quedaba, pues, á Hilario sino el triste recurso de morirse de hambre, cuando una tarde halló en su cuarto una carta de cierto personaje, que suponia haber sido amigo de su padre, y le instaba á que al dia siguiente fuese á verle para un negocio que podria serle muy ventajoso. Hilario, loco de contento, leyó mil veces esta salvadora carta, y se acostó temprano con la idea de madrugar mucho. En medio de mil agradables pensamientos se quedó dormido, y soñó que veia rodar el carro de la fortuna; que la tropelía y confusion de gentes no le permitia acercarse á la deidad; pero que esta, por sí misma, se le acercó, le dió la mano para subir, y colocado en un asiento de predileccion, derramó sobre su cabeza el cuerno de la abundancia. Sorprendióle la mañana en tan apacible sueño ; se acicaló como pudo, y se encaminó á la casa de su incógnito Mecénas. Despues de los ordinarios cumplimientos, su protector le enseña una tragedia que ha compuesto, y le promete una cantidad considerable bajo la condicion de que la haria representar como suya. Mi estado, le dijo, me

impide el manifestar que soy el autor ; se burlarian de mí, y me veria muy comprometido. ¡ Extraña necedad ! En otro tiempo, hijos mios, los grandes se avergonzaban de ser discretos é instruidos.

Hilario leyó la obra, que le pareció detestable, y no obstante cometió la vileza de pasar por su autor; pero esta vez su hambre, como mas fuerte, triunfó del amor propio. En ménos de un mes fué representada la pieza, y á fuerza de aplausos comprados salió con mediana reputacion : ya tenemos á Hilario acreditado ; pero ¡ qué caro va á costarle este crédito !

La reputacion que acababa de adquirir Hilario, despertó desde luego el odio y los celos de Joaquin, que se declaró el mayor detractor del mérito de su primo ; pero aquel inconsiderado jóven se produjo tan imprudentemente, que todas las gentes imparciales le detestaron. No soló perdió la pública opinion, sino que el gran personaje, verdadero autor del drama, indignado de las sátiras que esparcia Joaquin contra su tragedia, encontró medios para arruinar al padre de este, suponiéndole delitos, y precisándole á expatriarse con su imprudente hijo. Así fué castigado el envidioso : veamos ahora cómo lo fué Hilario, por no haber seguido los juiciosos consejos de su padre.

El orgullo de Hilario no le permitió soportar largo tiempo la fama de autor de una tragedia que muchos criticaban con razon, y reveló á varios amigos el nombre del verdadero autor : estos lo dijeron á otros, y en breve tiempo la noticia llegó hasta la familia del personaje, que recibió terribles reprensiones. El autor se defendió como pudo, y quedó decidido en el concilio de familia, que el pobre Hilario, como auxiliador de la locura de su padrino, seria encerrado en una prision por toda su vida : en consecuencia se obtuvo, con otro pretexto, la órden correspondiente ; y un hermoso dia en que el desdichado Hilario se extasiaba en su cuarto con las musas, respirando inmortalidad, entró la justicia, y se apoderó del infeliz hijo de Apolo. Letrillas, madrigales, sonetos y elegías, todo fué pasto de las llamas ; y el triste poeta se halló en breves horas á la puerta de una horrorosa fortaleza, que le sumergió para siempre en sus oscuros calabozos, porque á poco tiempo murió de pesadumbre.

Tal fué el trágico fin de un orgulloso jóven, que prefirió la ociosidad al trabajo ; un destino dudoso por otro cierto; y desdeñando los consejos de un padre amoroso, se atrevió á desacreditar á un grande, cuyo resentimiento es tan temible.

Leon, Benito, es preciso deciros que en la historia de Hilario

estáis retratados los dos; tú, Benito, porque alimentas en el fondo de tu alma una vil envidia de ver que tu hermano tiene mayor talento; porque criticas injustamente unos versos que no eres capaz de hacer; y porque te opones sin razon á tu hermano: de modo, que si yo no lo remediara, al cabo le detestarias, y te harias despreciable como Joaquin. Tú, Leon, porque estimas mas de lo que valen unas obras y composiciones débiles; porque no puedes tolerar la crítica, y te conmueves á la menor palabra que hiere tu amor propio, aprovecha el ejemplo de Hilario. Yo te mando que no hagas versos sino á ratos perdidos; que á nadie, ni á tus mismos hermanos, los enseñes ántes que á mí; y que no te reserves copia alguna: yo me encargo de conservar cuanto compongas; y cuando estuvieres establecido, te devolveré todos los manuscritos: entónces podrás entregarte á una ocupacion, que es la mayor de todas las diversiones cuando no se toma como profesion. Ya ves que no me opongo á que cultives tus disposiciones, ántes bien te exhorto á que no las descuides, pero bajo la condicion impuesta; y cuidado que faltes en lo mas mínimo, porque me enojaré infinito.

Entre tanto, como no ignoro que Leon y Benito se han propasado esta mañana hasta la barbaridad de golpearse... ¡dos hermanos! ¡qué horror! mando que queden encerrados toda la noche en el cuarto oscuro: allí dormirán sobre el duro suelo: no comerán mañana conmigo, ni con sus hermanos, y no los veré hasta la tarde: á Marcela encargo la ejecucion de mis órdenes.

Pronunciadas estas palabras con mucha severidad, se retiró Palemon; y la vieja ejecutó al instante la terrible sentencia. Los dos reos, anegados en lágrimas, fueron conducidos á la prision, donde pasaron el tiempo prescrito dándose estrechos abrazos, y jurando recíprocamente que se aprovecharian del funesto ejemplo de Hilario y de Joaquin.

Dejémoslos, pues, que sufran el justo castigo que han merecido, y vamos á ver cómo se pasó la tarde siguiente.

TARDE IV

LA AMISTAD

Un tesoro es la amistad
De valor inestimable;
Es un amigo apreciable
Sobre el oro; mas cuidad,
Que con capa de lealtad
Y aparentando favores
No os venda, pues hay traidores
Amigos harto obsequiosos,
Cual áspides venenosos
Ocultos entre las flores.

Mala noche pasaron los muchachos; pero el anciano Palemon tampoco la tuvo muy buena, por haberse visto obligado á imponerles aquel castigo. El buen padre no desconocia que su hijo Leon tenia talento poético, porque el romance que habia compuesto no era del todo malo para un niño de doce años, y el anciano casi se ensoberbecia del precoz ingenio de un jóven que podia adquirir mucha fama algun dia; pero le atormentaba el recelo de que Leon perdiese un tiempo precioso en hacerse un mediano autor: por esto se felicitaba de haberle mandado que le entregase todos sus manuscritos; y estaba seguro de ser obedecido, porque se hacia amar mucho de sus hijos.

El carácter celoso de Benito tambien le afligia; pero este muchacho tenia buen corazon, y era fácil corregirle. No asustaba á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estáis retratados los dos; tú, Benito, porque alimentas en el fondo de tu alma una vil envidia de ver que tu hermano tiene mayor talento; porque criticas injustamente unos versos que no eres capaz de hacer; y porque te opones sin razon á tu hermano: de modo, que si yo no lo remediara, al cabo le detestarias, y te harias despreciable como Joaquin. Tú, Leon, porque estimas mas de lo que valen unas obras y composiciones débiles; porque no puedes tolerar la crítica, y te conmueves á la menor palabra que hiere tu amor propio, aprovecha el ejemplo de Hilario. Yo te mando que no hagas versos sino á ratos perdidos; que á nadie, ni á tus mismos hermanos, los enseñes ántes que á mí; y que no te reserves copia alguna: yo me encargo de conservar cuanto compongas; y cuando estuvieres establecido, te devolveré todos los manuscritos: entónces podrás entregarte á una ocupacion, que es la mayor de todas las diversiones cuando no se toma como profesion. Ya ves que no me opongo á que cultives tus disposiciones, ántes bien te exhorto á que no las descuides, pero bajo la condicion impuesta; y cuidado que faltes en lo mas mínimo, porque me enojaré infinito.

Entre tanto, como no ignoro que Leon y Benito se han propasado esta mañana hasta la barbaridad de golpearse... ¡dos hermanos! ¡qué horror! mando que queden encerrados toda la noche en el cuarto oscuro: allí dormirán sobre el duro suelo: no comerán mañana conmigo, ni con sus hermanos, y no los veré hasta la tarde: á Marcela encargo la ejecucion de mis órdenes.

Pronunciadas estas palabras con mucha severidad, se retiró Palemon; y la vieja ejecutó al instante la terrible sentencia. Los dos reos, anegados en lágrimas, fueron conducidos á la prision, donde pasaron el tiempo prescrito dándose estrechos abrazos, y jurando recíprocamente que se aprovecharian del funesto ejemplo de Hilario y de Joaquin.

Dejémoslos, pues, que sufran el justo castigo que han merecido, y vamos á ver cómo se pasó la tarde siguiente.

TARDE IV

LA AMISTAD

Un tesoro es la amistad
De valor inestimable;
Es un amigo apreciable
Sobre el oro; mas cuidad,
Que con capa de lealtad
Y aparentando favores
No os venda, pues hay traidores
Amigos harto obsequiosos,
Cual áspides venenosos
Ocultos entre las flores.

Mala noche pasaron los muchachos; pero el anciano Palemon tampoco la tuvo muy buena, por haberse visto obligado á imponerles aquel castigo. El buen padre no desconocia que su hijo Leon tenia talento poético, porque el romance que habia compuesto no era del todo malo para un niño de doce años, y el anciano casi se ensoberbecia del precoz ingenio de un jóven que podia adquirir mucha fama algun dia; pero le atormentaba el recelo de que Leon perdiese un tiempo precioso en hacerse un mediano autor: por esto se felicitaba de haberle mandado que le entregase todos sus manuscritos; y estaba seguro de ser obedecido, porque se hacia amar mucho de sus hijos.

El carácter celoso de Benito tambien le afligia; pero este muchacho tenia buen corazon, y era fácil corregirle. No asustaba á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Palemon la pelea de los dos hermanos; mas, sin embargo, no le pesaba el severo castigo que les habia impuesto: tenia tambien presente el proceder de los niños con el viejo mendigo que les habia enviado, que no era sino un astuto labrador del pueblo, á quien disfrazado de aquel modo, el mismo Palemon habia ensayado el papel que debia representar. Marcela estaba instruida de todo, y así se ejecutó tan perfectamente, como se ha visto, para experimentar la beneficencia de los muchachos, los cuales correspondieron segun las esperanzas de su padre. Como ninguno de los niños habló de este asunto, en fuerza de una modestia que embelesaba al anciano, queria este, sin darse por entendido, encontrar ocasion de recompensarlos con mucho mas de lo que habian gastado tan á su gusto, y no tardó su imaginacion en sugerirle el modo de verificarlo, como se verá en la continuacion de esta obra.

Apresurémonos ahora á poner en libertad á nuestros presos; sentémonos con ellos á la hora acostumbrada en el bosquecillo, y junto á un padre tan respetable.

Al volver á la presencia de este los dos hermanos, derramaron algunas lágrimas: advirtiólo el anciano, y no les habló mas de un crimen ya expiado; pero les abrió los brazos, á los cuales se arrojaron precipitadamente. Despues de haberlos estrechado en ellos, tuvo el placer de verlos abrazarse mutuamente, como dándole á entender que siempre vivirian unidos. Enternecióse Palemon, y de esto mismo sacó el tema para entretener un rato á sus hijos, haciéndoles una pintura agradable del placer que experimentan los hombres amándose, y de la delicadeza de la amistad contraida desde la infancia.

Hijos mios, les dijo, ayer pasámos una tarde muy divertida; procuremos que la de hoy sea lo mismo. Esta mañana, hojeando algunos libros de mi biblioteca, he reparado en este grueso volúmen que estáis viendo: le he recorrido, y hallado en él una historia... ¡ pero qué linda! estoy bien seguro de que os divertirá mucho; por eso lo he traido: Armando leerá, y así hará mis veces esta tarde.

Al solo anuncio de una historia divertida, todos los muchachos se miraron con cierto aire de alegría, que no se le escapó á su director. Rodearon á Armando, y este sin necesidad de que se le repitiese, tomó el libro; Marcela se puso á hilar; Palemon se preparó á examinar la impresion que causaria en sus hijos la lectura, y el jóven Armando la comenzó en los términos siguientes:

Historia de Dulis y Gerardo.

Dulis y Gerardo estudiaban en un mismo colegio, y mil veces se habian jurado la amistad mas tierna. Era Dulis hijo de un comerciante de escasos fondos, y el padre de Gerardo un arrendatario del Delfinado: la poca diferencia de fortuna, el ser de una misma edad los dos jóvenes, y de unas mismas costumbres é inclinaciones, todo habia, por decirlo así, identificado á estos muchachos, uniformando sus ideas y pensamientos. Sin embargo, Dulis era presuntuoso, y por deseo de sobresalir, aunque sus facultadas eran muy limitadas, se complacia frecuentemente en convidar á Gerardo, el cual lo atribuia únicamente á efecto de su amistad, y no podian humillarle los favores de su amigo. Cuántas veces los dos, dilatando sus almas, se dijeron: « ¡ Oh amigo mio! nunca nos separaremos. Si yo llego á ser rico, quiero partir contigo mis bienes. Acordémonos sin cesar de esta promesa; y el que fuere mas pobre, no dude en recordarla algun dia al que tuviere mas comodidades. » Tales eran los pensamientos de estos sensibles jóvenes, y los juramentos que todos los dias renovaban. ¿Quién será el que primero los quebrante? No tardaremos en verlo.

Estaban para terminar sus estudios, cuando murió el padre de Dulis, y solo le quedaba un tio poderoso, que tenia dos hijos de muy tierna edad: este, á quien correspondia la tutela de Dulis, residia en Cambray, y compadecido de su pupilo, determinó llevarle á vivir en su compañía con ánimo de establecerle. Recibió Dulis esta noticia, que le hizo derramar muchas lágrimas, porque tenia que separarse de su amado Gerardo, y era para él la mayor desventura. ¡ Cuántas lágrimas derramaron en esta separacion! ¡ qué de abrazos! ¡ cuántas promesas de volver á reunirse! Sí, decia Dulis; segun parece, me estableceré en Cambray: si la desgracia te persigue, amado Gerardo, ve á buscarme allí; y si yo faltase á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazon.

En fin, llegó el dia fatal; y Gerardo obtuvo del director del colegio el permiso de acompañar á su amigo hasta el paraje en que le esperaba un criado de su tio. Parte Dulis, y su amigo vuelve tristemente al colegio, ántes morada de la felicidad, y desierto horroroso despues que no le habita la amistad.

Tierna amistad de los muchachos: ¡ cuánto electrizas mi alma!

¡ qué deliciosamente penetras mi corazon ! ¡ Tú eres el vínculo de la sociedad futura : tú preparas la union y la paz de la posteridad, y eres la aurora que un dia debe resplandecer sobre las generaciones !

Despues de la partida de Dulis, los dos amigos siguieron algun tiempo escribiéndose de vez en cuando. Gerardo, luego que terminó los estudios volvió á su casa, porque su padre, anciano y enfermo, habia experimentado pérdidas que casi le arruinaron. Su hija no podia mas que atender á los cuidados domésticos, y era necesario un mozo que se encargase de lo demas. Gerardo se encargó de todo, cambiando los vestidos de lujo por otros rústicos y propios para el trabajo : sus libros y plumas por el arado y la azada : en una palabra, pasa de estudiante á labrador ; pero su alma es siempre hermosa, su corazon bueno y sensible; no olvida las musas, y aun dirige canciones á Triptolemo, conduciendo la ingeniosa máquina que inventó para provecho de la humanidad.

Así pasa Gerardo algun tiempo sin recibir noticias de su querido Dulis, á quien supone entregado á ocupaciones mas sérias : está casi para enojarse de este silencio, cuando un cruel accidente le obliga á recordar las promesas que le hizo este amigo en otro tiempo. El buen padre de Gerardo muere agobiado de deudas. Obligado el hijo á ceder todos los bienes á los acreedores, se ve en la precision de abandonar su pueblo para subsistir en otra parte aplicándose á unos oficios indignos de su educacion y delicadeza. Ha perdido á su padre, y con él su fortuna, sus esperanzas y el reposo que disfrutaba. Piensa muchas veces en Dulis, y siempre recuerda los juramentos que se hicierou recíprocamente, pues los corazones buenos y sencillos nunca dudan de la virtud ni de la amistad. Iré, decia, á ver este tierno y fiel amigo, y le diré: ten presente las obligaciones que contrajimos desde nuestra infancia : la suerte te ha reservado la felicidad de cumplirlas : héme aquí : yo soy Gerardo, y tú eres siempre el mismo Dulis. ¡ Oh, cuánto me consuela esta esperanza ! Si me proporciona un destino para vivir junto á él, me doy por satisfecho..... ¿ pero y mi hermana ?.... la llevaré conmigo. Aunque no tenga mas que un pedazo de pan, lo partiré con esta hermana querida, y la naturaleza se complacerá en deberlo todo á la amistad.

Gerardo se decidió; y como su hermana Julia, de edad de diez y seis años no tiene otra voluntad que la de su hermano, am-

bos hicieron un pequeño lio de ropa y provisiones, y partieron para Cambray.

Nada diremos de las esperanzas lisonjeras que consolaban á entrambos durante su viaje, y nos apresuraremos á llegar con ellos á una ciudad, donde están seguros de hallar el término de sus infortunios.

Era casi média noche cuando Gerardo entró en Cambray; pero no juzgó prudente el ir á hora tan intempestiva á casa de su amigo, y se acomodó en la primera posada que halló. Parecióle que la criada de la casa gustaba de conversacion, y quiso ver si le daba noticia de Dulis. ¿Podriais decirme dónde vive Mr. Dulis? — ¿Pues no? es nuestro vecino : vive en un gran palacio que encontraréis en la primera calle, á mano izquierda. — ¡ En un gran palacio ! ¿vive con su tio? — ¿Su tio? eso quisiera el buen señor ; hace ya tiempo que se murió. — ¿Ha muerto? — Sí, señor; pues qué, ¿no lo sabiais? poco importa : yo os contaré todo lo ocurrido, y veréis que anda la fortuna yo no sé cómo con ciertas gentes. El tio de Mr. Dulis tenia millones, y estaba viudo con dos hijos; y hétele aquí que viene la viruela : ¡ y qué maligna ha sido en esta ciudad ! porque yo tambien tenia un ahijado que se ha muerto : ¡ qué muchado ! hermoso, hermosísimo y gracioso, mas que ninguno. — Continuad, os lo suplico. — Ved aquí, pues, que la viruela le quita los dos hijos en quince dias : ¡ en quince dias, señor ! ¿no es una cosa bien triste ! El pobre padre quedó tan desconsolado, que de allí á poco enfermó, y se le llevó Dios : yo misma le he visto enterrar : ¡ qué pompa ! ¡ qué aparato ! — Adelante. — Mr. Dulis heredó todos los bienes : ¡ no habrá encontrado mal bolson ! ¡ caramba ! Era el comerciante mas rico de esta provincia. — ¿Conque Dulis ha sido su heredero? — Sí, señor, todo lo ha heredado : el palacio, las tierras, las casas, los ganados, todo, todo, todo ; justamente hacia un mes que habia entrado en la mayor edad : ved en qué buenas manos ha caido todo. — ¡ Qué dicha para la humanidad que Dulis sea rico ! ¡ Ah ! ¡ cuántos serán felices por su beneficencia ! — ¿Felices? sí por cierto; rameras y vagamundos son los que él hace felices : no se da mala maña : su casa es una feria : ¡ qué confusion ! Pronto dará con los trastos en tierra si continúa de este modo... Pero, ¡ Dios mio ! ¿ qué es lo que he dicho? ¡ habrá lengua mas maldita que la mia ! perdonad, caballero, si sois amigo de Dulis. ¡ Soy tan habladora ! por todo cuanto tengo no quisiera que supiese lo que he dicho, ¡ porque tiene mal genio, y tiene tanto influjo !..... ya

se ve; por eso comete tantas injusticias... ¡que no sepa contenerme!... pero perdonad; me están llamando en la cocina: soy muy servidora vuestra.

La muchacha habia desaparecido; y Gerardo y su hermana estaban como petrificados por lo que acababan de escuchar. Dulis rico, no era una sorpresa para Gerardo; ¡pero Dulis malvado! ¡Dulis rodeado de mujeres públicas y hombres perdidos! ¡Dulis capaz de cometer injusticias! Esto le parecia imposible: no, no es este el Dulis que he conocido en el colegio: debe ser otro: esta mujer está equivocada, porque un buen natural no se muda tan fácilmente; y quien en sus primeros años vertia lágrimas á la sencilla narracion de una accion virtuosa, no puede hacerse un hombre perverso.

Sin embargo, este tio que tenia dos hijos; este Dulis sobrino suyo; todo se conforma con la familia de su amigo. Gerardo no puede dudar de que sea el mismo; pero en fin, que se distraiga y pase como quiera el fuego de su juventud; y aunque sea injusto respecto de algunas personas, no es posible que lo sea con su antiguo amigo, con este buen Gerardo, á quien tantas veces ha estrechado entre sus tiernos brazos. Nos complacemos en volver á ver á los amigos de nuestros primeros años; ellos nos recuerdan los parajes por donde corríamos, aquellos juegos y placeres puros é inocentes, que aun en el frio de la decrepitud conmueven agradablemente á los ancianos. ¡Oh! Gerardo será bien recibido; no cabe duda en ello. Se avergüenza de haberse atrevido á sospechar de su amigo; sin embargo, como siempre hay mucho que temer de los hombres en las diversas posiciones de la vida, Gerardo determinó ir solo á recibir los abrazos de su amigo, ó á exponerse á la dureza de un ingrato y perjuro: no llevará consigo á su hermana para no exponerla al desaire de un mal recibimiento. Si sus deseos se cumplen, entónces volverá por Julia, y la presentará á Dulis; y está seguro de que se la presentará, porque no duda de que será bien recibido.

Despues de haber pensado de esta manera, Gerardo se entregó á las dulzuras del sueño, que no tardó en venir á reparar sus fuerzas. Durmió profundamente, porque no podia creer lo que habia oido. Al despertar á la mañana siguiente, dijo Gerardo para sí: la criada de la posada es una habladora que dice lo que sabe y lo que no sabe: quizá haya exagerado mucho. En seguida se vistió, se desayunó en compañía de su hermana, y despues, dejando á esta encomendada al ama de

la posada, se encaminó á la casa de Dulis, lleno de dulces pensamientos.

El aspecto exterior del edificio le encanta desde luego; y se regocija cuando piensa en la felicidad que allí debe disfrutar su amigo. Pregunta por Mr. Dulis: un desabrido portero le responde con aspereza: Subid á la antecámara. Lo hace, y se encuentra con un lacayo que le pregunta: ¿Qué quiere? — ¿Mr. Dulis? — Duerme. — Esperaré. — ¿Qué se te ofrece? (1) — ¿Qué... se me... ofrece? — Sí: ¿qué tienes que decirle? — No te importa el saberlo. — ¡Hola! ¿conque no me importa? Pues le importará tal vez á Mr. Dupuis, el ayuda de cámara del amo. — Nada tengo que hacer con ese Dupuis. — ¡Ese Dupuis! ¡no es mala llaneza! ¡qué modo de hablar!... Pues, amigo, será preciso que digas á ese Dupuis lo que se te ofrece con elamo: las gentes de tu calaña no entran aquí sin esta formalidad preliminar. Gerardo se indignó, y dijo: Sabed, bribones, que un cortísimo número de las gentes de mi estofa vale mas que todas las de la vuestra, por numerosa que sea. El lacayo y otros dos que estaban en la antecámara soltaron una gran carcajada, diciendo: ¿Quién será este salvaje? echémosle á la calle. Entónces Gerardo se sentó, y ellos continuaron: Bravo, el buen hombre se ha arrellanado; está de mal humor; pero tendrá bastante tiempo para calmar su cólera, hasta que se levanten Mr. Dupuis y el amo.

Dicho esto, los lacayos lanzan á Gerardo miradas despreciativas, y se vuelven á sentar á la mesa en que estaban entretenidos jugando á los naipes, cuando entró nuestro buen labrador, y no hacen el menor caso de él: sin embargo, Gerardo permanece, y dice entre sí mismo: ¡Qué canalla! ¡qué insolentes! ¡qué holgazanes! Al mismo tiempo que viles esclavos, son mas orgullosos que sus amos. Seguramente que Dulis ignora la falta de atencion con que reciben los de su casa á los forasteros, porque no lo toleraria si lo supiera, siendo tan bueno y tan humano.

Así discurria Gerardo; pero su corazon se hallaba oprimido: nunca habia amado el fausto ni el tono de las gentes opulentas: todo cuanto miraba le afligia: detestaba en su interior aquella vana profusion, y le parecia ligereza é inconsecuencia de parte de Dulis la prodigalidad de una inútil pompa, siendo tan dulce el vivir en un estado de sencilla comodidad, haciendo felices á otros

(1) Como Gerardo iba vestido de labrador, el altivo criado se atrevió á tutearle.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con el sobrante de sus bienes. Esto es lo que se proponia representar á su amigo cuando renovasen su primera intimidad; pero ántes de llegar este término, le quedaban aun por ver cosas mas inesperadas.

Hacia mas de una hora que esperaba, cuando un lacayo entró precipitadamente y dijo á los de Dulis: Todo está preparado: la expedicion se hará por la puerta falsa: cuando el padre se halle dormido, la señorita acudirá á la seña: espero que Mr. Dupuis me recompensará los muchos pasos y fatigas que me cuesta este asunto: ponderádselos bien, y despacharemos juntos cuatro botellas de Málaga. Dicho esto se marchó: los otros volvieron á su juego, y Gerardo no entendió nada de todo esto. Un padre dormido... una jóven que acudirá á la seña... ¿Se habrá corrompido Dulis hasta el extremo de seducir á la virtud? ¿Y este tráfico infame, cuyo director parece es Mr. Dupuis?... Mucho deseaba Gerardo el conocer á este hombre. Sin duda, decia, es el que gobierna y dispone de la casa. Por lo que ve y oye el buen labrador, supone que la criada de la posada no le haya hecho sino una ligera pintura de la conducta de Dulis. Espera un momento, virtuoso Gerardo, y formarás cabal idea del conjunto de este cuadro, tan nuevo para tus ojos.

Se pasa otra hora, y ninguno comparece: al cabo se presenta un hombre que dice á los criados á média voz: ¿Se puede hablar? — Sí, sí. — ¿Pero este hombre?... — No importa, es un pobre rusticazo, demasiado ignorante para entendernos.

Gerardo, que ha oido distintamente este principio de conversacion, presta mas atencion, y el desconocido añade: ya murió. — ¿De las heridas? — ¿Pues de qué ha de ser? Todo el barrio está alborotado: y de esta muerte acusan á Isabelita, en cuya casa cenó anoche: esta es la mas interesada en callar; mas su criado... se hallaba presente al tiempo de la disputa del señor con aquel bárbaro capitan, y hubiera podido contarlo todo; ¿pero sabes lo que hice? Al instante me fuí á casa del escribano nuestro camarada y le conté el lance; en un momento juntó algunos alguaciles, y corrió á notificarle la órden de salir al punto de la ciudad con un motivo supuesto: por otra parte, es un picaronazo, y merece esto y mucho mas; á la hora de esta ya se halla bien léjos: el secreto está entre nosotros, y yo hice correr la voz de que el capitan habia sido muerto en la calle por unos ladrones. — ¿Y lo sabe todo Mr. Dupuis? — Sí por cierto; pero no adivinarás dónde le he encontrado: no, no se descuida: le hallé á tiempo que con el

auxilio de Ricardo arrebataba.... pero ya lo sabrás todo: M. Dupuis viene tras mí, y ya me admiro de que tarde tanto.

Á estas palabras, el desconocido levantó la voz, y habló con los lacayos de cosas indiferentes. ¡Pero Gerardo!... ¡Oh! no sabe si está en la tierra ó en el infierno, no puede concebir tantos horrores; y aunque no conozca este suceso, del que resulta un hombre muerto y otro expatriado, conoce que Dulis representa un papel principal en esta escena abominable. ¿Verá á este hombre, á quien ya no se atreve á dar el título de amigo? Sí; lo verá: no puede creer que se expone á ser insultado. ¡Se amaban tanto en otro tiempo! Considera el trabajo del viaje que ha hecho, y no quiere volverse sin respuesta, sea cual fuere: ademas, desea ardientemente conocer á este Mr. Dupuis, de quien tanto se habla, cuyo nombre no se pronuncia sino con el mayor respeto, y que sin duda es un malvado, que ha pervertido á su señor, y ha malogrado la índole mas dispuesta á la virtud. Impaciente estaba por ver al tal personaje, cuando se abrió la puerta: todos los lacayos se levantan prontamente, y dicen en voz baja: es Mr. Dupuis.

Palemon advirtió que era ya tarde: hizo callar á Armando, y se suspendió hasta el dia siguiente la continuacion de una lectura que interesaba tanto á los muchachos, los cuales manifestaron el disgusto que les causaba el no poder acabarla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE V

LA PIEDAD FILIAL

Es de precepto divino
Amar á quien la existencia
Debemos, y gran prudencia
Hacer feliz su destino.
Si sigues este camino,
El que así lo estableció
Te dará cual prometió
Vida feliz: ya se sabe,
Hijo sin padre es cual nave
Que vela y timon perdió.

Acudieron con la mayor puntualidad nuestros apreciables jóvenes la tarde siguiente, deseosos de saber los sucesos del buen Gerardo, en cuya suerte se interesaban, y de conocer el carácter de Dupuis, á quien de antemano aborrecian. Esperaban á Palemon con impaciencia, pero tardaba en llegar, y tampoco èstaba allí Marcela. Si al ménos tuvieran el libro, podria Armando continuar la historia que sin duda ya sabria su padre. Y tú tambien, lector mio, ¿ no participas de la viva curiosidad de nuestros tiernos héroes? Paciencia; pronto proseguiremos la historia de Gerardo; mas por ahora nos lo impide un accidente que no nos dejará de inspirar un interes muy particular.

Vista la tardanza de Palemon, se pusieron los muchachos á entretenerse con aquellos juegos propios de su edad, cuando de re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pente llamó su atencion el agradable sonido de una flauta que se oia hácia la puerta. Un jovencito de unos quince años, un saboyanito es quien toca tan dulce instrumento; y en su miradas da á entender que busca una casa, cuya situacion no conoce : repara en los muchachos, y les dice : ¿ Vive por aquí el buen Palemon? — Aquí mismo. — ¿ Sois sus hijos? — Sí. — ¡ Oh ! ¡ cuánto me alegro de encontraros ! Á vosotros solos os busco : dejadme entrar, porque tengo mil cosas que deciros.

Entra el músico con los muchachos, quienes cierran luego la puerta, le llevan al terrazo, le obligan á tomar asiento, en una palabra, le hacen todos los honores debidos á un forastero. Nuestro músico se sentó con cierto aire de gravedad, limpió el sudor de su frente, miró con interes á los muchachos, y despues les dijo : Ahora bien, amiguitos mios, es preciso que yo cumpla una promesa que he hecho, y es muy sagrada; sois cinco, ¿ no es verdad? — Si, y todos somos hermanos.

Sacó entónces el flautista un bolsillo lleno de escudos; hizo cinco partes, y luego, dejando atónitos á los niños, pone en la mano de cada cual una porcion, y les dice : Esto es lo que os toca. Admirados los muchachos no saben qué hacer. — ¿ Os burláis, amigo? Este dinero no puede ser nuestro : ¿ quién nos lo habia de dar? — Yo digo que es vuestro, tomadlo : pronto sabréis quién os hace este corto regalo. — Pero... — Pero es preciso tomarlo : así lo desea quien me envía. — El que os envía no será nuestro padre, dijo Adela, y no podemos aceptar vuestros dones sin su permiso, ó al ménos sin que sepa... Todo lo sabrá, y será de su aprobacion. Este dinero es vuestro : lo habéis ganado legítimamente. — Pero decidnos siquiera... — ¡ Ah ! eso sí; con mucho gusto; tal era mi intencion : meta cada uno en su bolsillo la parte que le corresponde, y luego hablaré. Confusos los muchachos, miran el regalo que se les hace : cada uno recibe quince libras : ¡ qué cantidad para ellos! No saben si deben guardar el dinero; pero al cabo se determinan á hacerlo, despues de haberlo reflexionado, y resuelto el no dejar salir al músico sin restituirle la suma, si las razones que les diere no les pareciesen legítimas.

El saboyanito iba ya á descubrir el autor de este beneficio, cuando de repente llegaron Palemon y Marcela. ¿ Por qué los muchachos, al ver á su padre, se avergonzaron como si acabasen de cometer algun crímen? ¿ Por qué les palpita el corazon, y no se atreven á pronunciar una palabra? Esto consiste en que un beneficio que se recibe, y cuyo orígen se ignora, humilla mas que

satisface; por eso los corazones honrados experimentan cierta confusion al recibir un favor : en fin, un beneficio recibido de persona desconocida, sin motivo antecedente, envuelve en sí cierto género de ultraje.

Palemon advierte la turbacion de sus hijos; ve en su casa un desconocido, y le pregunta con afabilidad qué se le ofrece. Es preciso que el músico responda, porque ninguno de los muchachos se atreve á hacerlo : han recibido el dinero, y temen que su padre los tache de imprudentes. El desconocido, pues, tomó la palabra y refirió á Palemon lo que acababa de decir á sus hijos, y el placer que experimentaba de que hubiesen aceptado el regalo que les habia hecho.

Los jóvenes fijan la vista en Palemon, procurando descubrir en su semblante si le han disgustado; pero quedan agradablemente sorprendidos al ver que se sonríe, y aun se chancea sobre el asunto. En verdad, amiguito, dijo al músico, que esto parece un milagro : me alegraria de encontrar una buena alma que todos los dias me hiciese igual favor. ¿ Conque estáis muy ricos, hijos mios? Me alegro mucho, muchísimo; pero, sin duda, desearéis tanto como yo saber quién es el hombre generoso que os ha regalado con tanta liberalidad. Supliquemos, pues, á nuetro huésped que nos explique este misterio; pero ántes me parece muy justo que le deis algun refrigerio.

Adela corre á la cocina, y vuelve con pan, vino y frutas : el músico las acepta con desembarazo : todos se sientan; ya no se acuerdan del libro grande : el interes mayor vence al menor; y luego que Marcela ha tomado la labor, y se ha puesto los anteojos, el jóven músico da principio á su narracion en esta forma :

Historia del padre ciego.

Nací en las montañas de Saboya : mi padre fué muy jóven á Paris para ocuparse en un oficio útil, cual es el de aguador. Aunque semejante profesion no se mire con la consideracion que otras ménos útiles, sin embargo, cuando se medite lo trabajoso que le será á cualquiera el verse obligado á ir con el cántaro ó cubeta por el agua que necesite en su casa, y volver con tan pesada carga, tal vez diariamente, entónces se confesará de buena fe la grande utilidad y conveniencia que proporcionan estos hombres laboriosos, que por un corto estipendio excusan tantas penas y fatigas, y lo muy obligados que debemos estarles... Es preciso que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me perdonéis si acaso alguna vez os parecieren simples mis reflexiones; porque no he tenido instruccion, ni he frecuentado las casas grandes, ni numerosas concurrencias : siempre he vivido entre el pueblo artesano, y solo de este os podré hablar.

Mi madre murió miéntras mi padre se hallaba en Paris : tenia yo entónces ocho años; un vecino caritativo se compadeció de mí, me llevó á su casa, y al momento escribió á mi padre; el cual se apresuró á volver á Saboya para arreglar algunos cortos asuntos. Al llegar Gilberto, mi padre, á casa de su vecino, me estrechó entre sus brazos, y me dijo derramando lágrimas : Hijo mio : has perdido á tu madre, y con ella toda tu felicidad : tu padre es un pobre jornalero, que no ha tenido tiempo para ahorrar dinero alguno : es preciso que vayas con él á Paris : allí te enseñaré modos honrosos de existir, ó bien limpiando chimeneas, ó sirviendo á los pasajeros, ó haciendo recados. Esta es la suerte que te espera, querido José; pero si te aplicas y eres honrado, serás mas feliz que si poseyeses una fortuna brillante.

Dicho esto vuelve á abrazarme tiernamente, da las gracias al piadoso vecino, vende los pocos efectos que le restan, y pasados algunos dias se pone en camino, llevándome consigo. Pero algunas leguas ántes de llegar á Paris, un terrible accidente privó á mi padre de la vista. ¡ Gran Dios! ¡ cómo podré contaros tan trágico suceso sin deshacerme en llanto!

Á las ocho de una noche oscurísima llegámos á los afueras de una gran ciudad. Siendo forzoso detenernos para descansar, llamé á la puerta de una quinta, y pedí permiso para pasar con mi padre la noche en el establo : me respondieron con aspereza que no admitian gentes desconocidas; insisto y me arrojo á los piés del ama de la casa, la cual, mas compasiva que su marido, exclamó : ¡ Pobrecito! no puedo ménos de darle acogida. ¿ Dónde está tu padre? — Mirad, allí abajo : padre mio, padre mio. Llegó mi padre, y su respetable fisonomía acabó de decidir á la buena señora. ¿ Y adónde quieres ponerlos, si con motivo de la cosecha está todo lleno de gentes? le dijo su marido. — No importa; los pondremos en el granero viejo, pues en él no hay mas que un poco de paja : no está bien cerrado; pero á lo ménos mejor pasarán allí la noche que al sereno. Nos condujo, pues, esta caritativa mujer al granero, y aun tuvo la humanidad de hacernos traer pan, agua y algunos restos de la cena. Cenámos alegremente, y luego nos tendimos cada uno en el rincon que nos pareció mas á propósito. Yo dormia profundamente, cuando á cosa de las cinco

me despertó un espantoso ruido : llamo á mi padre; pónese á escuchar y me dice que son cañonazos que tiran en la ciudad, sin duda á causa de la fiesta que en ella se iba á celebrar aquel dia, segun habia oido decir cuando llegámos.

Entre tanto, yo observaba que á cada cañonazo temblaba la miserable estancia en que nos hallábamos. Mi padre, que se estaba vistiendo, observa lo mismo, y se asusta. Despacha, José, me dijo; vístete aprisa, porque aquí no estamos seguros, pues este desmoronado edificio puede de un instante á otro sepultarnos en sus ruinas. Al oir estas palabras se apoderó el terror de mis sentidos : salgo precipitadamente de la estancia; y apénas estoy fuera, oigo una terrible descarga, veo que se abren las paredes y cae el granero, quedando mi padre envuelto entre las ruinas, segun me anunciaban sus tristes clamores.

¡ Qué habia de hacer yo en tan cruel situacion! Las gentes de la quinta se hallaban distantes de donde nosotros estábamos. Si me iba á avisarlas de aquella desgracia, tal vez mi padre podia morir ántes de darle socorro. La ternura y el temor me dan una fuerza sobrenatural; y sin consultar mis fuerzas, creo que puedo escombrar las ruinas, apartar los pesados maderos, y salvar á mi padre. Al mismo tiempo que trabajo, pido á voces socorro. Por fortuna, una hija de la casa me oyó : el ruido de la caida del granero la habia asustado : y la curiosidad la traia al sitio de las ruinas : esta buena muchacha corrió precipitada á la quinta, y luego volvió acompañada de varios hombres, que acabaron una obra que á mí me parecia haber adelantado mucho porque separé algunos terranes. Cuando los vi, el consuelo y la esperanza me hicieron sentir mi mal estado : tenia las manos y los piés ensangrentados : un sudor frio corria por todo mi cuerpo; caí sin sentido, y me trasladaron á la quinta, donde no volví en mi acuerdo sino para presenciar el dolor de los que me rodeaban; y particularmente la afliccion del ama de la casa, que lloraba amargamente por suponer que ella era la causa de nuestra desgracia. ¡ Padre mio! ¡ padre mio! exclamé. — ¡ Tu padre!... ¡ pobre muchacho! — ? Ha muerto? — ¡ Mas valia! — ¿ Pues qué le ha sucedido? — Ha perdido la vista : vese á verle al hospital, adonde acaban de llevarle : Juana, acompaña á este muchacho abonde está su padre : ¡ oh Dios mio! ¿ por qué ha sucedido en mi casa tan funesto accidente!

Caminaba yo tan aprisa que apénas podia seguirme la criada. Estaba el hospital á bastante distancia de la quinta, en la ciudad

dondehabian disparado los cañonazos, causa de nuestro infortunio. No os pintaré mi desesperacion cuando me arrojé sobre la cama de mi padre, el cual así que recobró el uso de la lengua lo primero que habló fué preguntar por su hijo : cerca de él estaba este hijo querido; ¡ pero jamas podia volver á verle! El infeliz Gilberto estaba magullado, tenia várias heridas, y los ojos muy hinchados. El cirujano me dijo que de todo sanaria ménos de la vista, la cual no habia esperanzas de que la pudiese recobrar.

Tuvieron la bondad de permitirme quedar en el hospital para cuidar de mi padre, y aun me mantuvieron por caridad durante dos meses, en cuyo tiempo se restableció enteramente mi padre, y dejámos aquel piadoso asilo, sin otro recurso que el de mendigar. Convinimos en que yo llevaria por todas partes á mi padre, y pediria limosna para él; pues el grande amor que le tenia nada presentaba á mis ojos que fuese desagradable, si servia para su alivio. Cuando veia algunas gentes, gritaba : ¿ no hay quien socorra á este pobre ciego? Unos me daban, y muchos me despreciaban : yo entregaba fielmente á mi padre el producto de las limosnas, y no me separaba de él ni un minuto.

Una señora anciana, que pasaba un dia por donde nos hallábamos mi padre y yo, se compadeció de nosotros, y despues de haberme dado algunas monedas, me dijo : ¿ Adónde vais de esta suerte, hijos mios? — Señora, vamos á buscar un albergue para pasar la noche que se acerca, y temo que su frialdad haga daño á mi padre. — ¡ Cómo! buen hombre, ¿ este muchacho es hijo vuestro? — Sí, señora, y es muy bueno; yo os lo aseguro. — Bien lo anuncia su rostro : ¿ qué edad tiene? — Diez años. — ¡ Es muy hermoso! Pero ¿ dónde acostumbráis pasar las noches? — En el primer rincon que la caridad nos franquea. — Escuchad, buenas gentes; yo quiero recogeros : tengo dos camas en una sala baja, que ocupaban dos hijos de mi jardinero, los cuales están ahora en el ejército : todas las noches podréis disfrutarlas : durante el dia iréis á pedir limosna adonde quisiereis ; y al oscurecer os entregarán la llave de vuestro cuarto : yo me obligo á dulcificar vuestra suerte : seguidme. Mi casa está muy cerca : venid conmigo, y agradeced á Dios el haberme encontrado.

La buena señora caminaba delante de nosotros : mi padre la llenaba de bendiciones, y á poco rato llegámos á una hermosa casa, situada enteramente en el campo, y en la que todos los criados imitaban la humanidad de su señora. Nos entregaron la llave del cuarto bajo, nos dieron tambien de cenar, y nos acostámos en

dos camas que nos parecieron de blanda pluma, porque hacia muchísimo tiempo que no sabíamos lo que era dormir en blando.

Á la mañana siguiente, la mujer del conserje nos dió de almorzar, y salímos al camino á implorar la compasion de los buenos corazones. Voy á daros á conocer las almas caritativas que nos habian franqueado un asilo, á la verdad alejado del cuerpo de la casa, pero cómodo y aseado.

Madama de Aubri, viuda de un rico comerciante, vivia de sus rentas con un hijo, hombre de treinta y cinco á cuarenta años, cuya única ocupacion eran el estudio y la beneficencia. Ninguno se apartaba de su presencia sin salir consolado: cuidaba sobremanera de su madre, anciana y algo enferma: ningun dia dejaba de ir á desayunarse junto á su lecho, porque la buena señora se levantaba muy tarde : por la noche tambien la acompañaba ; en fin, por todos los medios posibles procuraba pagarle los cuidados que le habian costado su crianza y educacion.

Hubiéramos podido dispensarnos de mendigar, segun el cariñoso extremo con que nos trataba la buena señora; pero temiamos se persuadiese de que queriamos serle absolutamente gravosos. Nos hacia mil regalos, pues con mucha frecuencia decia á sus criados: llevad esto al pobre ciego; guardad aquello para el buen ciego; comprad tal cosa para Pepito. Ella y su hijo tenian muchas veces la bondad de pasar á visitarnos; me hacian cantar algunas canciones de mi país; reian á carcajadas, y se retiraban muy contentos. El hijo de esta señora era aficionado á la música y su instrumento favorito era la flauta: quiso enseñarme á tocarlo, persuadido de que me seria útil para ganar la vida, y todos los dias me daba leccion. Por mi parte no tardé en manifestarle que sabia aprovecharme de su condescendencia. Tambien me enseñó á leer y escribir, y me instruyó en todo cuanto cabia en mi corto entendimiento. No hay beneficio que mi padre y yo no hayamos debido á estas dos generosas criaturas; pero la felicidad dura poco. Vamos ahora al suceso mas particular de mi vida: escuchadme con atencion, y oiréis un lance tan extraordinario, que es preciso ser bien desdichado para haber sido el héroe principal del suceso.

Habíamos pasado tres años en esta casa, y hacia dos que nuestros bienhechores dispusieran que mi padre no saliese á pedir limosna: todo lo hallábamos en este asilo; y aun Mr. de Aubri pensaba en procurarme un buen establecimiento, cuando la des-

gracia, que nos perseguia, vino á trastornar todo el edificio de nuestra esperanza y tranquilidad.

Mr. de Aubri estaba muy á menudo distraido y taciturno: habia momentos en que parecia agitado de una terrible desesperacion; y estos accesos eran mayores hacia un mes. Su madre le preguntaba la causa continuamente; pero él se excusaba con que el estudio le enardecia la cabeza: estaba reservado á nosotros el descubrir la causa de su melancolía, como lo vais á oir.

Una tarde que yo volvia de pasear con mi padre á tiempo que empezaba á oscurecer, adverti que todavia nos faltaba un largo trecho para llegar á casa, y senti un involuntario terror. Hacia algun tiempo que se hablaba de una tropa de bandidos que infestaba el país: nuestro exterior seguramente no nos exponia á ser robados; pero el temor no reflexiona. No dije á mi padre que oscurecia, pero le supliqué que acelerase el paso, pretextando que el aire refrescaba mucho. Creyóme el anciano, y caminámos aprisa, cuando al pasar por un bosquecillo, salen dos hombres corriendo y parecia que venian huyendo. El uno de ellos estaba herido, y derramaba mucha sangre de un brazo, aunque le tenia envuelto en un pañuelo. El otro empujó á mi padre con tal fuerza, que le derribó al suelo. ¡Cielos! exclamé, ¡habrá tal aturdimiento! — ¿Cómo aturdimiento? ¿por qué no se apartan á un lado? — ¿No veis que mi padre es ciego? — ¿Ciego?... Compadre, dijo dlrigiéndose al otro, aquí tenemos el hombre que necesitamos. — Sí por cierto, contestó su compañero: la casualidad nos le presenta: llevémosle.

Á estas palabras los crueles me arrebatan la flauta que siempre llevo conmigo: cogen á mi padre cada uno por un brazo, y le obligan á caminar con ellos. Juzgad de su espanto, de sus clamores y de los mios: en vano les supliqué que me restituyesen á mi padre; los bárbaros se rieron de mis lágrimas: quiero al ménos seguirlos, pero uno de ellos me dió un terrible empellon, y me arrojó en tierra: procuré levantarme, y ántes que lo verificase, uno de los malvados sacó de los bolsillos unos cordeles, y llegó su ferocidad hasta el extremo de atarme á un árbol en presencia de mi padre, que dirigia al cielo melancólicos gemidos.

Despues que me ató, á pesar de los esfuerzos que hice para resistirme, los monstruos volvieron á coger á mi padre, que no queria alejarse de su desgraciado hijo, manifestando con su débil resistencia la fuerza de la ternura paternal. Pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuve el dolor de verme arrebatar el padre sin

poder seguirle, y sin quedarme mas consuelo que mi llanto. Considerad cuál sería mi situacion, amigos mios, y decidme si puede darse otra mas horrorosa. Vedme solo en un bosque al cerrar la noche, atado á un árbol y sin esperanza de ver pasar alguna persona que rompa mis ligaduras. Todo me asustaba, todo me estremecia: las sombras no me permitian distinguir los objetos: oigo á lo léjos los espantosos aullidos de los animales que habitaban aquellas espesuras, y creia que se acercaban á devorarme: estos temores, el fúnebre silencio de la noche, y el horror de mi situacion, casi me privaban del sentido, cuando de repente descubro á lo léjos...

Aquí interrumpió Palemon al jóven músico para advertir que ya era hora de que su familia se retirase. Levantóse José, y prometiendo á los muchachos continuar su historia la tarde siguiente, se despidió de ellos. Dejemos á Palemon disfrutar de la incertidumbre de sus hijos acerca del dinero que han recibido, sin que José haya tenido tiempo para descubrir el orígen.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE VI

LA INGRATITUD

Quien por bien devuelve mal
Merece la execracion
Del mundo, y la maldicion
Del Sacro Ser Eternal.
Es detestable, inmoral,
Es un loco, un insensato,
Es infame, es mentecato,
Es pérfido sin segundo;
Pues no hay monstruo en todo el mundo
Que se compare á un ingrato.

¡Qué larga se les hizo la siguiente mañana á nuestros jóvenes! Sin embargo, sus estudios y las diferentes ocupaciones de cada uno abreviaban el tiempo que les parecia tan largo. Llegó por fin la caída de la tarde, y todos se encaminaron apresuradamente al emparrado. Esperaban impacientes al saboyanito, y su padre entre tanto les hacia sábias reflexiones acerca de los sentimientos que inspira la naturaleza en un alma bien educada; pero advirtió que en aquellos momentos su moral era casi inútil: todos deseaban que llegase José, y tenian los ojos clavados en la puerta; al menor ruido imaginaban que entraba el deseado historiador; ¡pero no venia! ¡qué lástima será que los deje toda una noche en la incertidumbre de lo que le sucedió en el bosque estando atado á un árbol! ¡qué pérdida para su curiosidad si no vuelve á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

granja! Entre tanto, la hora se adelantaba: desesperaban ya de verle esta tarde, y en todas sus fisonomías se pintaba el descontento. Viendo Palemon el enfado de sus hijos, para distraerlos por medio de una ocupacion agradable (porque ya conoce que sus reflexiones son entónces inútiles) se va por el libro grande para acabar de leer la historia del buen Gerardo.

Obsérvese la extravagancia de los hombres. Los muchachos, dos dias ántes deseaban ansiosos saber el fin de esta historia, otra nueva les conduce poco á poco al mismo grado de interes, y vuelven á tomar la primera con indiferencia; sin embargo, es preciso resignarse, pues José no viene. Palemon trae el libro grande; se lo entrega al lector Armando, y todos los muchachos prestan atencion despues de recordar que habian quedado en la llegada de Mr. Dupuis.

Continuacion de la historia de Dulis y Gerardo.

Todos los criados se habian levantado respetuosos á recibir á Mr. Dupuis, y nuestro amigo Gerardo habia permanecido sentado para ver mas á su satisfaccion á tan importante personaje. Era un hombre de unos treinta años, bien formado; pero de una fisonomía que manifestaba doblez y falsedad. Mr. Dupuis habló largo rato en voz baja al desconocido, en seguida se despidió, y acercándose luego á Gerardo, con un ridículo tono de proteccion, le dijo: ¿qué se ofrece, amigo mio? — Hace dos horas que aguardo ocasion para hablar á Mr. Dulis. — Aunque esperases cuatro, sería lo mismo, porque no puedes verle. — ¿No? — No: es preciso que me digas á mí lo que quieres con él. — ¿Conque Mr. Dulis no ve á sus amigos sino por procurador? — ¿Sus amigos? ¿Eres-tú amigo suyo? ¿Tú? — Yo te haré arrepentir de tus amargas burlas cuando Dulis sepa el modo insultante con que tratas á su amigo Gerardo... — ¡Gerardo!... Nunca ha tenido mi señor amigo de semejante nombre. — Pero si, como parece, eres tú el confidente de sus mas secretos pensamientos, muchas veces le habrás oido hablar de mi. — No: jamas se ha acordado de semejante persona: por lo demas en mi mano está el impedirte que hables á mi señor; pero quiero divertirme viendo el recibimiento que hace á su amigo Gerardo. Lafleur, lleva al amigo Gerardo al gabinete del amo... pero no, á mí me corresponde el hacer los honores y renovar los vínculos de esta amistad. Sígueme, Gerardo... ¿qué digo? Seguidme, señor Don Gerardo; já, já, já...

En cualquiera otra ocasion habria dado Gerardo muy buenos mojicones á este impertinente criado; pero contenia su cólera la esperanza de que Dulis le haria justicia de tan malos procederes: en fin, va á verle, y arrojarse en sus brazos. Ábrese la puerta: un jóven, en traje de tocador, está delante de un espejo ocupado en leer una carta. Reconócele Gerardo, y se precipita en su seno. — ¡Dulis, amigo mio! — ¿Qué es lo que queréis? Mr. Dupuis, ¿quién es este hombre? — Pues qué, señor, ¿no le conocéis? ¡es vuestro mayor amigo! ¡el amigo Gerardo! — ¿Gerardo? — Sí por cierto, respondió nuestro buen labrador; soy tu antiguo compañero de colegio: ¿lo desconocerás? — Dejadnos solos, Mr. Dupuis, le dijo Dulis.

Atónito Dupuis, habló en secreto á su amo: Gerardo no oyó mas que estas palabras: es prodigiosa: no se puede mejorar. Quedaron solos Gerardo y Dulis, y este le dirigió entónces la palabra: ¿Vos aquí, Gerardo? En verdad que no os esperaba. ¡Hace tanto tiempo que no nos hemos visto! — Es verdad; pero ¿te has acordado de mí en todo ese tiempo! — Sí por cierto; todos los dias; pero ¿qué es lo que te traé á esta ciudad? — ¿Puedes preguntármelo? — Sin duda disfrutas comodidades: ¿trabajas con tu padre? ¿te quiere mucho? — ¡Ay amigo mio! estoy lleno de pesares: mi padre ya no existe: ¡me veo arruinado! — ¡Arruinado! ¿Conque has tenido mala conducta? — ¡Oh cielos! ¿tan mal piensas de tu amigo? Permíteme que me siente, y te contaré mis desgracias. — Siento mucho no tener ahora tiempo para escucharte. — ¿Conque... no tienes... tiempo? ¡Cruel! ¿De este modo recibis á vuestro antiguo amigo, que tantas veces os ha estrechado en sus brazos? — Entónces éramos niños: verdad es que nos queríamos mucho. — ¿Y esa es la única memoria que ha quedado de tan íntimo cariño? ¡Funestos presentimientos, qué poco me habéis engañado! Pero voy á manifestaros mi franqueza. No puedo avergonzarme de la promesa que voy á recordaros: *Si la desgracia te persigue,* me dijisteis, *vé á buscarme; y si yo faltase á nuestras palabras y juramentos, te permito que me traspases el corazon.* Yo soy desgraciado, y estoy aquí. — ¿Y qué quiere decir eso? ¿será alguno capaz de amenazarme en mi casa? ¿qué significa eso de *traspasar el corazon*? — Las palabras, señor, no son nada: un amigo reclama el corazon de otro: si os extrañáis de mí, decídmelo. — ¿Ahora venís á recordarme unas expresiones tan fuertes? Los muchachos no saben lo que se dicen. — ¿Y tienen los hombres ménos alma que los muchachos? — ¡Gerardo! — Ya me voy, señor; no de-

bia esperar otra cosa del amo, atendida la insolencia de los criados. — ¿Os han insultado? — Sí, señor. — Sin duda les habréis hablado con dureza, porque nunca... — Dejemos explicaciones: yo he venido á buscar á Dulis; no le encuentro, y le abandono para siempre. — Escuchad, atended... — ¿Qué me queréis? — No quiero que se diga que un antiguo amigo ha venido á verme, y no ha experimentado los efectos de mi liberalidad: si verdaderamente os halláis necesitado, algunos luises podrán... — ¡Hombre ingrato y perjuro! garda tus riquezas; prodígalas con mujeres perdidas, criados infames, y hombres corrompidos, que en ti han echado á perder la mas bella índole: niégate á la amistad; pero sabe que Gerardo nunca olvidará que Dulis solo ha vivido para él hasta la edad de diez y siete años. Mas teme que el infortunio descargue algun dia sobre ti todas sus iras: tiembla de que la suerte agote en ti todo su favor. Entónces, te hallarás solo, y derramarás lágrimas que nadie enjugará... ¡Desventurado! Tú no tendárs ningun amigo. El ingrato no puede ser feliz sobre la tierra.

Dichas estas razones se retiró Gerardo, dejando á Dulis como petrificado con la funesta suerte que le habia pronosticado. Dulis sentia su corazon oprimido por los remordimientos; quiso llamar á su amigo, y expiar entre sus brazos la falta que habia cometido; pero entró Mr. Dupuis, y le ofreció mil motivos de distraccion y consuelo. Dejemos á estos hombres perversos, y volvamos con Gerardo á la posada, donde ha dejado á su hermana, á la cual va sin duda á sorprender, refiriéndole lo que le ha sucedido.

Por la primera vez experimenta Gerardo cierta especie de vergüenza atravesando la antecámara, donde los señores lacayos estaban muy dispuestos á mofarse de él nuevamente. Gerardo se habia engañado respecto al juicio que formó de Dulis; y estaba mas humillado que si hubiese cometido algun delito. No podia concebir cómo las riquezas y el libertinaje apagan en un buen corazon todos los movimientos de sensibilidad. Como que quiere dudar de que este Dulis, á quien acaba de ver, sea el mismo á cuyo lado pasó su feliz niñez; y decia para sí: ¡Dios mio! si la edad de la razon muda tanto al hombre, ¿por qué no es siempre niño? Si la fraternidad, la bondad y la dulce confianza rodean su cuna, ¿por qué no le acompañan tambien hasta el sepulcro?... No lo sé. Solo veo que cuando se halla avanzado en la edad de la discrecion, le deslumbran los vicios; y que por lo regular, cuando anciano, amortiguadas sus pasiones, vuelven

á brillar sobre su arrugada frente las mismas virtudes; esta es la razon por que la cuna y el sepulcro reunen los mismos sentimientos, los mismos afectos.

Complacíase Gerardo en sus reflexiones filosóficas; pero bien pronto la imágen de la indigencia que le espera, comprimió su corazon: un temblor involuntario se apoderó de sus miembros; y conoció demasiado tarde, *que en la sociedad nadie debe contar sino consigo mismo.* Sin embargo, es preciso que piense lo que ha de hacer: mil proyectos se ofrecen á su imaginacion turbada, y al cabo resuelve ejecutar el siguiente: Se pondrá á servir de jornalero en casa de algun labrador; su hermana le hará compañía, y con las labores de su sexo procurará ayudar á su subsistencia: así, la paz y la tranquilidad vendrán á habitar con ellos bajo el techo fraternal, y no conocerán los vicios de las grandes sociedades. Hé aquí un plan bien concebido y arreglado: ansioso está Gerardo de comunicarlo á Julia. Bien podia aprovecharse de su educacion, procurando acomodarse de ayo ó secretario; pero no quiere: se confirma en su primer pensamiento, y entra en la posada con la misma alegría que brillaba sobre su frente cuando salió para ir á casa del insensible Dulis.

Pregunta por su hermana, y le responden: ¿Pues qué, no está con vos? — ¿Conmigo? — Sin duda: ha salido de aquí. — ¿Salido? Explicaos mas claro, señora. — ¿Qué mayor claridad? Me fuí á las habitaciones altas, y cuando bajé, ya no estaba vuestra hermana, y creí que habia ido á buscaros; esto es todo lo que puedo deciros. — ¡Qué oigo, cielos! ¡mi hermana! ¡Julia! ¿dónde estará? Nosotros á nadie conocemós en la ciudad... ¿Qué puedo pensar de su ausencia? — Esperad un poco: no debe tardar en volver: acaso por curiosidad haya salido á pesearse un rato por este barrio, que es el mas hermoso de Cambray.

No se puede imaginar la inquietud de Gerardo durante la mañana, y aun todo el dia, porque Julia no pareció. ¿Qué hará? ¿adónde irá? ¿á quién se la pedirá? Reprende agriamente á la dueña de la posada, la cual le responde con dureza, que ella no ha de llevar una jóven colgada de la cintura como manojo de llaves. Casi se entrega Gerardo á la desesperacion. Ya es de noche, y determina dar parte al magistrado: pregunta á la criada de la posada dónde vive el juez, por cuyo medio espera saber de su hermana. La criada era la misma que la noche anterior le habia dado señas tan ciertas del pérfido Dulis, la cual le dijo: ¡Ah! mi querido señor, guardaos de ir á casa del juez: os tengo mucha

inclinacion, porque me parecéis franco y bueno : mirad, no há mucho que vino aquí un dependiente de la justicia, el cual es compadre mio, y yo le he dicho : Hola, Tomas, ¿ cómo va ? ¿ cómo están vuestra mujer y el niño ? Muy bien, me contestó : le brindé con un trago, y lo aceptó con mucho gusto : le di una copa, me senté y tomé otra para hacerle compañía, porque yo gusto mucho de mi compadre : es un bello hombre, sí por Dios ; mas veces ha visto el fuego de la guerra, que yo el de la cocina. — Yo lo creo, ¿ pero al fin ? — Al fin me dijo : ¿ no está aquí aposentado un tal Gerardo ? No, le respondí ; porque yo no sabía vuestro nombre. — No puede ménos, me dijo él ; es una especie de aldeano no mal trazado, que llegó aquí ayer con una hermana suya... ¡ Ah ! sí, sí ; aquí está, le contesté. Tanto mejor, me respondió : esta noche... ¡ Y añadió á esto un juramentazo !... porque el tal mi compadre jura como un carretero ; y esto no es extraño, ya lo veis, porque ha sido muchos años soldado, y siempre en batallas ; valiente, arriesgado... — Al caso, por Dios ; que me tenéis en la mayor inquietud. — Yo lo creo, la cosa no es para estar sosegado ; no se trata de ménos que de encajaros en la cárcel. — ¡ En la cárcel ! — Sí, en la cárcel ; mi compadre me lo ha dicho : ¡ oh ! ¡ pues si yo os dijera todo ! — Decidmelo por Dios ; hacedme el favor de no ocultarme nada. — No, señor, porque sería muy largo de contar ; ademas de que yo estoy de prisa, y no tengo tiempo de charlar como la criada de Grifon, que siempre está hablando á trompon con todos los forasteros que allí se alojan ; no hay uno de quien no sepa la historia mejor que la cartilla ; así tiene tal fama de habladora. — Pero vamos al caso, por el amor de Dios. — Ya estoy, ya estoy ; en dos palabras, para abreviar : hoy habéis sido delatado al juez como un vagamundo y malhechor ; y esta noche vendrán á prenderos : yo lo sé ; no hay que dudar : mi compadre me ha enseñado la órden, y está encargado de ejecutarla : si hubierais estado aquí, ya no tenia remedio, porque mi compadre es terrible en esto de cumplir con su obligacion : ¡ caramba ! es mas listo que una bala de cañon : yo le he aconsejado que volviese á média noche ; porque á esta hora es cosa muy natural el encontrar las gentes en sus casas.

Un rayo no hubiera confundido tanto á Gerardo... ¿ Quién le conocia en Cambray ? ¿ Qué enemigos ocultos podia tener en la ciudad ? ¿ Será algun nuevo rasgo de la perversidad de Dulis ?... Por otra parte ¿ será verdad la relacion de la criada ? ¿ habrá visto la órden fatal ? ¿ no puede ser un lazo que le preparan los raptores de su hermana ? Sí ; no puede ser otra cosa. Gerardo se confirma en esta idea, porque no es posible que le hayan calumniado : el hombre virtuoso no puede sospechar semejante maldad. Se presentará al juez ; le manifestará el rapto de su hermana, porque es forzoso que álguien la haya robado, puesto que no parece ; y si el magistrado ha expedido alguna órden contra él, la hará revocar descubriéndole la malicia de sus enemigos, quienes sin duda disponen su prision para consumar sus horribles deseos.

Lleno Gerardo de confianza, se dirige á su cuarto para tomar su baston y sombrero ; pero apénas ha subido tres escalones, cuando oye decir en el portal : ¿ Ha vuelto Gerardo ? — No, responde la criada, todavía está corriendo por la ciudad en busca de su hermana, que se la han robado. — ¿ Se la han robado ? ¡ bravo ! Es cosa nueva ; el magistrado nada sabe de esto ; y á la verdad, las gentes que lo han delatado no dijeron si tiene hermana. Es muy raro que tal hombre no haya vuelto, siendo ya las nueve ; pero á bien que á média noche no se nos escapará : tú me llevarás con mucho silencio á su cuarto ; ¿ no es así ? — Sí por cierto ; y aun te alumbraré. — Mil gracias ; hasta la vista, comadre. — Á Dios, compadre.

Queda Gerardo sobrecogido del susto que le causan las palabras de aquel hombre que le busca. Ve subir á la criada que con el mayor interes le dice : escapad, escapad pronto ; ya veis lo que hago por vos : ¿ no le he respondido bien ? Gerardo sube precipitadamente á su cuarto ; recoge su corto equipaje ; lo lia, y paga el gasto á la criada ; manifestándole el pesar que tiene de no poder agradecerle los favores que le debe. — Á Dios, mi buena amiga, á Dios ; ya conocéis... — Sí, sí, no perdáis un instante : ¡ pobrecito ! ¡ cuánto me alegro de poder salvarle ! Porque ya se ve que este es un hombre honrado ; la cara lo dice.

Por fin Gerardo se veia obligado á evadirse del peligro... a huir... Huir solo, sin su querida hermana, dejándola acaso entregada al infortunio mas terrible...

Agitado por estos pensamientos salió de la ciudad, cuando un nuevo incidente vino á aumentar sus males.

Palemon, viendo que la hora era avanzada, mandó á Armando suspender la lectura, prometiendo continuarla otro dia.

TARDE VII

EL DESINTERES

Si solo por bien obrar
Haces un bien á tu hermano,
Si ajeno de orgullo insano
Te negares á aceptar
El pago con que premiar
Pretendan tu bella accion;
Tu bondoso corazon
Se inundará de consuelo,
Y Dios te dará en el cielo
Generoso galardon.

La impaciente curiosidad de los hijos de Palemon se hallaba esta tarde dividida entre la historia de los estudiantes y la del jóven saboyano; dudaban de cuál de las dos desearian con mas anhelo saber el desenlace. En esta perplejidad se hallaban, cuando oyeron la flauta que sonaba á lo léjos. El himno de victoria entonado por un ejército, no causa mayor gozo á su asustada patria, que la que en aquellos niños produjo el sonido del alegre instrumento. Salen en busca del saboyano, le acompañan, le hacen sentar á su lado, y rodeando todos al buen padre, escuchan al narrador, que continúa su historia en estos términos :

Continúa la historia del padre ciego.

Os dejé, amigos mios, en el momento en que solo, separado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de mi padre, atado á un árbol en una noche oscurísima, hacia retumbar la selva con mis gemidos : cansado ya, dejé de quejarme, y advertí que se acercaba á mí una luz. Cuando ya estaba próxima la persona que la conducia, exclamé : ¡ oh tú, cualquiera que seas! ven á dar libertad á un infeliz, así el cielo te bendiga. Pero al oirme, deja la linterna en el suelo y echa á correr con todas sus fuerzas asustada. Así pasé la noche : al amanecer oigo pasos de un caballo que se aproximaba ; poco despues le veo, distingo al jinete, era mi protector Mr. Aubri : le llamo á voces, me reconoce sorprendido, y viene al momento á desatarme. Le refiero mi desgracia derramando un torrente de lágrimas; y acordándome que uno de los malhechores llevaba un brazo herido, y que por él se desangraba, seguimos la direccion que la mancha de las gotas nos marcaba, y no tardamos mucho en llegar á las ruinas de un castillo viejo, donde juzgamos que habrian ocultado á mi padre : doy vuelta al rededor de las paredes, oigo un pequeño ruido procedente de una ventana que daba á un sótano, llamo á mi padre, y me contesta lleno de alegría. Gozoso yo tambien hasta el extremo, discurro en union con Mr. Aubri los medios de libertarle; ensayo, y veo que cabia por entre los hierros de la reja, y descolgándome con la cuerda con que me habian atado, bajo al subterráneo y me arrojo en los brazos de mi padre. Reconozco el calabozo, y veo que la carcomida puerta solo está asegurada por un cerrojo que cebaba en una pared casi deshecha. Pocos esfuerzos me costó el acabar de destruirla, franquear la salida y subir por una escalera tortuosa á reconocer el interior del derruido edifi io en el que, despues de haber atravesado un patio, descubrí una puerta que salia al campo, y una llave colgada junto á ella.

Vuelvo al sótano, refiero á Mr. Aubri el éxito de mi exploracion, y le pido una de sus dos pistolas que me echó atada con la misma cuerda, y me prometió esperar junto á la puerta. Salgo del calabozo conduciendo á mi padre, atravesamos los corredores, pasamos por el patio, tomo la llave, y cuando ya estaba abriendo, oigo que me gritan : ¡ Deteneos ó sois muertos! — Eso, lo veremos, contesté disparándole un pistolezato que le hizo caer al suelo herido en una pierna. Salimos por fin, pero la explosion de la pistola y los gritos del herido, habian despertado á los habitantes de aquellas ruinas : mi padre habia montado en el caballo de Mr. Aubri, y ya nos disponíamos á alejarnos, cuando una jóven se deja ver en una ventana alta exclamando : ¡ Por Dios, salvadme; libertad á la pobre Cecilia ! — ¡ Cecilia! clama Mr. Aubri : ¡ ella

es! Cecilia, reconoce á tu amante. — Aubri, estoy en poder del pérfido Ferrando.

Apénas habian terminado estas palabras, vemos salir tres bandidos, dos de los cuales eran los mismos de la tarde anterior. El otro, que yo no conocia, se acercó á Mr. Aubri, que le esperó con las pistolas amartilladas; pero al acercarse á él y conocerle, queda como aterrado y se cubre el rostro con las manos.— Pérfido amigo, le dice mi protector, aquí tienes á tu rival : dispútame con las armas la virtuosa mujer que has robado á su familia, ó tráemela al momento si no quieres perecer á mis manos. Ferrando, que así se llamaba el desconocido, se retira con los bandidos, y un momento despues vuelve acompañado de la hermosa Cecilia, se la entrega á Mr. Aubri, y vuelve á encerrarse en su guarida.

Mi protector amaba á Cecilia, jóven apreciable, cuyo dote consistia en solo sus virtudes y sus gracias : la madre de aquel se habia opuesto á su enlace, no queriendo que su hijo se casase con una mujer pobre. Tambien Ferrando la amaba, aunque sin ser correspondido. Un dia que este salió á caza, se vió asaltado por tres ladrones, de los cuales tendió á dos en tierra, y reconociendo en el tercero á un antiguo criado suyo, le ocurrió la idea de robar á Cecilia y llevarla á alguna guarida ignorada de todos. Así lo hizo auxiliado del bandido y de otros compañeros; pero la jóven vivia triste y melancólica en aquella sociedad aborreciendo á su raptor que en vano procuraba distraerla.

Entónces quiso llevarla algun músico con este objeto, y los bandidos deseando complacerle, y creyendo que mi padre era el que tañia la flauta, le llevaron á las ruinas para que divirtiese á la pobre prisionera.

Madama Aubri consintió al fin en el casamiento y vivimos todos juntos durante dos años en la mayor felicidad, que fué turbada por la muerte de la anciana señora, á la que pocos meses despues siguió mi padre á la tumba. Mi protector, agradecido á que por mi medio se hubiese descubierto el paradero de su esposa, y queriendo premiar la intrepidez con que salvé á mi padre, me hizo brillantes promesas que no quise admitir, sirviéndome de única satisfaccion el haber cumplido con mis deberes desinteresadamente; y reuniendo algun poco de dinero, fruto de la liberalidad de la difunta señora, dejé la casa que durante cinco años me habia servido de asilo.

Hace tres ó cuatro dias que, pasando por la ciudad inmediata, quise visitar y consolar á los enfermos del hospital, pues no hay

placer mas puro para el alma que aliviar la suerte de los desventurados. Habia en un lecho un anciano moribundo; me preguntó hácia qué punto me dirigia, y cuando le dije que venia á este pueblo: —¡Ah! exclamó derramando algunas lágrimas: hacedme el gusto de entrar en casa del labrador Palemon; allí encontraréis cinco ñinos modelos de amabilidad y beneficencia; todos ellos son mis bienhechores: ayer me dieron cuanto poseian. Yo no tengo parientes y quiero que sean mis herederos; tomad esa corta cantidad, fruto de mis economías, que no creia bastante para pasar el resto de mis dias, y sin embargo me sobra toda entera; repartidla entre ellos y decidles que recibiéndola llenarán los deseos del viejo mendigo. — Me encargué gustoso de esta comision, y aquel mismo dia falleció el anciano. He cumplido su voluntad; y así de esto como de mi historia, que os he referido, podéis inferir que el amor filial, el desinteres y la beneficencia son tres virtudes que llevan en sí mismas la recompensa.

El músico dejó de hablar; Palemon fingió sorprenderse del rasgo de beneficencia de sus hijos, alabó su modestia y sensibilidad y los abrazó con ternura. Los niños se empeñaron en que el saboyano recibiese una parte de la herencia; pero este se negó á aceptarla, diciendo que la Providencia atendia liberalmente á sus necesidades, y que conocia lo delicado de los deberes de un ejecutor testamentario; pero prometió no olvidarse nunca de Palemon y de sus hijos.

TARDE VIII

EL OLVIDO DE LOS AGRAVIOS

Cuando ultrajado te veas
De un amigo ó de un extraño,
No medites en su daño,
Ni agites crueles ideas.
Por poco noble que seas,
Si escuchas á la razon,
Aun cuando tu corazon
Á la venganza te incita,
El sano juicio te excita
Al generoso perdon.

Muy preocupado tuvo el ánimo de los niños aquella noche y la siguiente mañana el relato del músico saboyano; pero mas aun la gratitud del mendigo que les habia nombrado herederos suyos. No cesaban de mirar, contar y contemplar su herencia y discurrir los medios de emplarla; hasta que por fin le ocurrió á Julio que supuesto que ellos nada necesitaban, pues el padre les daba cuanto habian menester, se informasen de si habia desgraciados en el pueblo que reclamasen auxilios, y socorrerlos haciendo para ello un fondo comun, pues la herencia del pobre debia volver al pobre; todos los niños convinieron en ello excepto Benito. Llegó todo á noticia de Palemon, que se regocijó del buen empleo que aquellos trataban de dar á su caudalito; pero temió que Benito llegaseá malearse, y se propuso corregirle mas adelante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

placer mas puro para el alma que aliviar la suerte de los desventurados. Habia en un lecho un anciano moribundo; me preguntó hácia qué punto me dirigia, y cuando le dije que venia á este pueblo: —¡Ah! exclamó derramando algunas lágrimas: hacedme el gusto de entrar en casa del labrador Palemon; allí encontraréis cinco ñinos modelos de amabilidad y beneficencia; todos ellos son mis bienhechores: ayer me dieron cuanto poseian. Yo no tengo parientes y quiero que sean mis herederos; tomad esa corta cantidad, fruto de mis economías, que no creia bastante para pasar el resto de mis dias, y sin embargo me sobra toda entera; repartidla entre ellos y decidles que recibiéndola llenarán los deseos del viejo mendigo. — Me encargué gustoso de esta comision, y aquel mismo dia falleció el anciano. He cumplido su voluntad; y así de esto como de mi historia, que os he referido, podéis inferir que el amor filial, el desinteres y la beneficencia son tres virtudes que llevan en sí mismas la recompensa.

El músico dejó de hablar; Palemon fingió sorprenderse del rasgo de beneficencia de sus hijos, alabó su modestia y sensibilidad y los abrazó con ternura. Los niños se empeñaron en que el saboyano recibiese una parte de la herencia; pero este se negó á aceptarla, diciendo que la Providencia atendia liberalmente á sus necesidades, y que conocia lo delicado de los deberes de un ejecutor testamentario; pero prometió no olvidarse nunca de Palemon y de sus hijos.

TARDE VIII

EL OLVIDO DE LOS AGRAVIOS

Cuando ultrajado te veas
De un amigo ó de un extraño,
No medites en su daño,
Ni agites crueles ideas.
Por poco noble que seas,
Si escuchas á la razon,
Aun cuando tu corazon
Á la venganza te incita,
El sano juicio te excita
Al generoso perdon.

Muy preocupado tuvo el ánimo de los niños aquella noche y la siguiente mañana el relato del músico saboyano; pero mas aun la gratitud del mendigo que les habia nombrado herederos suyos. No cesaban de mirar, contar y contemplar su herencia y discurrir los medios de emplarla; hasta que por fin le ocurrió á Julio que supuesto que ellos nada necesitaban, pues el padre les daba cuanto habian menester, se informasen de si habia desgraciados en el pueblo que reclamasen auxilios, y socorrerlos haciendo para ello un fondo comun, pues la herencia del pobre debia volver al pobre; todos los niños convinieron en ello excepto Benito. Llegó todo á noticia de Palemon, que se regocijó del buen empleo que aquellos trataban de dar á su caudalito; pero temió que Benito llegaseá malearse, y se propuso corregirle mas adelante.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Llegada la tarde y colocados bajo el emparrado, mandó el buen padre llevar el libro grande y en él leyó Armando lo siguiente :

Fin de la historia de Dulis y Gerardo.

Abismado en sérias reflexiones caminaba Gerardo ya fuera de Cambray, cuando pasan dos hombres junto á él diciendo : Es obstinada como una Lucrecia. — En efecto, parece virtuosa. ¡ Pobre Gerardo! si supiese que su hermana solo está á dos leguas de aqui.....

La celeridad de los caballos no permitió á nuestro amigo oir una palabra mas de la conversacion de los dos desconocidos; pero esto bastó para hacerle decidirse á registrar todas las inmediaciones de la ciudad. Su hermana estaba á dos leguas; pero ¿en qué direccion?... Pregunta en una posada que encuentra en el camino, y le informan de que por allí ha pasado hace algunas horas una aldeana, á quien contra su voluntad llevaban en un carruaje; dos lacayos la habian bajado desmayada. — ¿ Llevaba saya negra? — Sí. — ¿Y pañuelo azul? — Justamente. — ¿Y no sabéis adónde la llevaban? — No, porque apénas se repuso, la volvieron al carruaje y desaparecieron.

Gerardo continuó caminando en la direccion que le indicaron; pero distraido en sus cavilaciones se separa del camino, y se pierde : vuelto en sí, advierte su extravío y que se encuentra en un profundo valle; quiere volver atras, y no sabe por dónde ha bajado hasta aquel sitio; entre tanto anochece; el cansancio le obliga á echarse en el suelo, y queda profundamente dormido...

Al llegar aquí Armando, advierte que al libro le faltan algunas hojas, pues de la página 254 pasa á la 267... pero ¿qué remedio? Era preciso contentarse con ignorar los sucesos intermedios, y siquiera saber la conclusion : continuó, pues, leyendo :

Un año hacia que Gerardo residia en Paris, dedicado á hacer recados y comisiones para los comerciantes, entre los cuales habia uno con especialidad que le distinguia por su honradez, y acaso le hubiera admitido en su casa como dependiente, si una feliz casualidad no proporcionara al apreciable jóven los medios para vivir con independencia y vengarse con nobleza de los agravios de su amigo.

Pasando un dia por delante de una administracion de loterías, le ocurre la idea de aventurar el dinero que llevaba, y tal fué su fortuna, que pocos dias despues vió con indecible placer que habia alcanzado un premio de veinte mil duros. Dueño de una fortuna para él inmensa, al instante toma un partido : volverá á Cambray, buscará á su hermana; si Dulis es rico, aun le dejará entregado á su suerte; pero si está necesitado, le dirá : Partamos entre los dos mi dinero,

Disfrázase de comerciante judío, y llega á Cambray bajo el nombre de Benjamin, fingiendo que va á emplear caudales; corre la voz en la ciudad, y el primer vendedor que se le presenta, es Dupuis. ¿ Vais á fijaros en esta ciudad? pregunta al supuesto judío. — No, responde este, cubriéndose bien el rostro para no ser conocido ; voy á paises extranjeros, y busco objetos de valor. — Pues yo os proporcionaré algunos; pero en estos tiempos... la probidad... ya me entendéis... Mi amo está necesitado..... y es preciso que entre los dos nos compongamos... me daréis un recibo de la mitad del dinero que me entreguéis por cada cosa, y así todos viviremos... por ejemplo, os traigo una alhaja de valor de doscientos pesos, me dais ciento por ella, y me ponéis un recibo de veinte : ¿os acomoda?

Efectivamente, presentó un reloj guarnecido de brillantes, de valor de ocho mil reales, y recibió por él sesenta duros, quedando citados para llevarle al dia siguiente alhajas de mucha consideracion. Así sucedió, que por tres mil duros recibió Gerardo joyas que valian doce mil, y de los cuales solo debia dar á su amo mil quinientos. Terminada la venta, supo que Dulis debia huir de la ciudad al dia siguiente, y se decidió entónces á dar parte al magistrado de las maldades de Dupuis, quien despojado de las cantidades mal adquiridas para restituirlas á su dueño, fué conducido á la cárcel á esperar el condigno castigo.

Gerardo recobra su nombre y su modesto y verdadero traje; toma la cajita de las alhajas compradas, y dirígese con ella á casa de Dulis.., ¡ Qué mudanza! ¡ qué cambio encuentra en ella ! Ni un portero, ni un criado ; la desnudez y soledad mas profunda reinan en todas las estancias. Llega al cuarto de Dulis, y este, creyendo ver en él alguno de sus muchos acreedores, palidece. Conoce á Gerardo, y pareciéndole que va á insultarle en su desgracia, y echarle en cara la conducta que con él observó cuando estaba en la opulencia, toma una pistola y quiere quitarse la vida; pero Gerardo le detiene, le estrecha en sus brazos, y le persuade á que admita sus consejos y su proteccion. No nací vicioso, Gerardo, dice Dulis; pero las malas compañías, los malos consejos y el atractivo de las riquezas y de los deleites... mas ya toto lo he

perdido. — Pues bien, si estás arruinado, vende las fincas, paga álos acreedores... — ¡No basta; me faltan aun cinco mil duros! — No importa, aquí los tienes en buenas letras de cambio; aun nos quedan otros diez mil con que vivir cómodamente, y ademas, lo contenido en este cofrecito que es tuyo. — ¡Mio?—Sí, ábrelo. — ¡Cielos! ¡mis alhajas! ¿cómo puede ser, si las he vendido? — Porque la amistad las ha comprado, y te las devuelve. Entónces Gerardo le contó la maldal de Dupuis y su paradero.

¡Hombre generoso! continuó Dulis, si supieras hasta qué punto me he hecho indigno de tu amistad!... En el mismo dia que te traté con tanta dureza, Dupuis te denuncia como vago, y yo contribuyo á arrancar del magistrado una órden de arresto contra ti... Pero aun no es esto todo; aun tienes un motivo mayor para detestarme... Entónces se levanta, llama á su mujer, sale esta, y Gerardo queda absorto al verla... y ambos se abrazan estrechamente... era Julia.

Apénas saliste aquel dia de tu posada, continuó Dulis, entró en ella Dupuis, y vió á tu hermana; informóse de la mesonera en cuanto á tu condicion y objeto de tu venida, y pensando que la bellez de Julia podria suavizar mi fastidio, le dijo que quedabas en los brazos de tu amigo Dulis y la enviabas á llamar. Así engañada, la saca de la casa y me la presenta..... ¡figúrate cuál seria su situacion al desengañarse!... Viendo yo cuán inútiles eran mis tentativas de seduccion, la trasladé á una casa de campo, donde ha sufrido todo el peso de la desgracia. Mi fortuna en tanto se destruia á pasos agigantados. ¡Concebí por Julia una verdadera pasion al conocer su virtud, se compadeció de mí uym casé con ella de secreto!... Tal ha sido mi conducta... árbitro eres de mi suerte: véngate de cuanto te he hecho padecer. — Mi venganza será estrechar á ambos en mis brazos; justo es que el que ántes fué mi amigo, sea hoy mi hermano. Si quieres ser feliz olvida tus malas inclinaciones como tu amigo y tu esposa olvidan sus agravios.

Dulis vendió sus fincas, pago álos acreedores, y con el resto de sus bienes adquirieron una linda alqueria en que vivieron felices muchos años, dejando una numerosa prole que heredó los cuantiosos bienes que despues adquirieron, y las virtudes de que fueron modelo en la comarca.

Así terminó Armando la lectura, sobre la que hizo Palemon sérias reflexiones; concluidas las cuales, se retiraron á disfrutar las dulzuras del sueño.

TARDE IX

LOS DESAFIOS

El desafío brutal
Hace cobarde á un valiente,
Asesino á un inocente,
Honrado á un ente inmoral.
¿Quién en su juicio cabal
Entrega á un arma traidora
Lo que respeta y adora
Por saciar loco furor?
¿Quién fia vida y honor
De una espada vengadora?

Armando era el único que faltaba de nuestra pequeña sociedad, cuando Palemon llegó á ella, y aunque no ignoraba la causa de su ausencia, mandó que le buscasen y le llevasen bajo el emparrado. Benito, encargado de esta comision, encontró al ausente arrimado á una pared en el establo. Trabajo le costó el acceder á los ruegos de su hermano, quien no consiguió sacarle de su escondite hasta que le intimó la órden de su padre. Llegó cabizbajo, y el anciano le dijo solamente: Mucho has tardado, hijo mio. — Señor, estaba... — Siéntate y escuchad todos una historia que ha causado gran disgusto. Bien sabéis quién era el duque tillo que se ve en aquella cumbre. — El marqués Leon. — Justamente; pues voy á referiros un

perdido. — Pues bien, si estás arruinado, vende las fincas, paga álos acreedores... — ¡No basta; me faltan aun cinco mil duros! — No importa, aquí los tienes en buenas letras de cambio; aun nos quedan otros diez mil con que vivir cómodamente, y ademas, lo contenido en este cofrecito que es tuyo. — ¡Mio?—Sí, ábrelo. — ¡Cielos! ¡mis alhajas! ¿cómo puede ser, si las he vendido? — Porque la amistad las ha comprado, y te las devuelve. Entónces Gerardo le contó la maldal de Dupuis y su paradero.

¡Hombre generoso! continuó Dulis, si supieras hasta qué punto me he hecho indigno de tu amistad!... En el mismo dia que te traté con tanta dureza, Dupuis te denuncia como vago, y yo contribuyo á arrancar del magistrado una órden de arresto contra ti... Pero aun no es esto todo; aun tienes un motivo mayor para detestarme... Entónces se levanta, llama á su mujer, sale esta, y Gerardo queda absorto al verla... y ambos se abrazan estrechamente... era Julia.

Apénas saliste aquel dia de tu posada, continuó Dulis, entró en ella Dupuis, y vió á tu hermana; informóse de la mesonera en cuanto á tu condicion y objeto de tu venida, y pensando que la bellez de Julia podria suavizar mi fastidio, le dijo que quedabas en los brazos de tu amigo Dulis y la enviabas á llamar. Así engañada, la saca de la casa y me la presenta..... ¡figúrate cuál seria su situacion al desengañarse!... Viendo yo cuán inútiles eran mis tentativas de seduccion, la trasladé á una casa de campo, donde ha sufrido todo el peso de la desgracia. Mi fortuna en tanto se destruia á pasos agigantados. ¡Concebí por Julia una verdadera pasion al conocer su virtud, se compadeció de mí uym casé con ella de secreto!... Tal ha sido mi conducta... árbitro eres de mi suerte: véngate de cuanto te he hecho padecer. — Mi venganza será estrechar á ambos en mis brazos; justo es que el que ántes fué mi amigo, sea hoy mi hermano. Si quieres ser feliz olvida tus malas inclinaciones como tu amigo y tu esposa olvidan sus agravios.

Dulis vendió sus fincas, pago álos acreedores, y con el resto de sus bienes adquirieron una linda alqueria en que vivieron felices muchos años, dejando una numerosa prole que heredó los cuantiosos bienes que despues adquirieron, y las virtudes de que fueron modelo en la comarca.

Así terminó Armando la lectura, sobre la que hizo Palemon sérias reflexiones; concluidas las cuales, se retiraron á disfrutar las dulzuras del sueño.

TARDE IX

LOS DESAFIOS

El desafío brutal
Hace cobarde á un valiente,
Asesino á un inocente,
Honrado á un ente inmoral.
¿Quién en su juicio cabal
Entrega á un arma traidora
Lo que respeta y adora
Por saciar loco furor?
¿Quién fia vida y honor
De una espada vengadora?

Armando era el único que faltaba de nuestra pequeña sociedad, cuando Palemon llegó á ella, y aunque no ignoraba la causa de su ausencia, mandó que le buscasen y le llevasen bajo el emparrado. Benito, encargado de esta comision, encontró al ausente arrimado á una pared en el establo. Trabajo le costó el acceder á los ruegos de su hermano, quien no consiguió sacarle de su escondite hasta que le intimó la órden de su padre. Llegó cabizbajo, y el anciano le dijo solamente: Mucho has tardado, hijo mio. — Señor, estaba... — Siéntate y escuchad todos una historia que ha causado gran disgusto. Bien sabéis quién era el duque tillo que se ve en aquella cumbre. — El marqués Leon. — Justamente; pues voy á referiros un

El padre castigado.

El marqués Derfort se casó á la edad de cuarenta años con una hermosa señora, con quien hubiera vivido en la mayor felicidad si la muerte no se la hubiera arrebatado al hacerle padre de un hermoso niño. Inconsolable quedó con tan lamentable desgracia, y para aliviar sus penas dirigió su atencion y ternura á le educacion de su hijo. Creció este en edad, en estatura y en talento: su padre le rodeó de excelentes maestros, y con su auxilio hizo progresos en las letras. Ricardo era cortés, generoso y benéfico para con los desgraciados.

Pero todas estas ventajas las oscurecia un desmedido orgullo, que, estimulado por su padre, le hacia incurrir en una ridícula manía. Tal era la de la vana ostentacion de los títulos y prerogativas de su familia. «Piensa, le decia el marqués, que circula por tus venas la sangre mas ilustre de Francia, que cuentas siete siglos de nobleza, y que la historia de tus antepasados se confunde en la noche de los tiempos.» Les profesores de Ricardo estaban encargados de inculcar estas máximas en el jóven, con lo cual llegaba al extremo su altivez; de cuyo estímulo no tenia gran necesidad, porque naturalmente era soberbio en demasía.

Quince años tenia Ricardo cuando su padre se vió precisado á ausentarse á una provincia, dejando encargado muy particularmente al ayo hiciese instruir al jóven en el manejo de la espada; pues la esgrima, decia, es una de las habilidades mas útiles á un noble: lo que cumplieron puntualmente, logrando hacer de aquel un furibundo espadachin... Hacia dos años que el marqués estaba ausente, y ya habia escrito el dia fijo de su regreso, cuando recibió una carta del ayo de Ricardo en que le decia entre otras cosas:

«Al salir de la ópera hace tres dias vimos junto al coche dos jóvenes que decian: Baron, te equivocas, este no es tu coche, examina las armas. — Tienes razon; las mias tienen un águila mas. Estas son de Derfort, y á fe que casi valen tanto como las mias. — ¿Conocéis al caballero Derfort? dijo Ricardo acercándose. — No por cierto, ni deseo conocerle. — Pues tened entendido que si sus armas no valen tanto, su espada vale mas que la que inútilmente lleváis pendiente de la cintura. — ¡Insolente! — Pocas palabras; seguidme y conoceréis á Derfort.

» Salieron los dos al campo seguidos de mí y del amigo dél incógnito, sacan las espadas y vuestro hijo recibe una herida mortal. Un instante despues se presenta en el lugar de la catástrofe el conde Dorimon padre del adversario y exclama: ¡Qué obcecacion, matarse por un aguilucho mas ó ménos! Mi hijo hubiera dado cuantas satisfacciones se le hubieran exigido ántes de llegar á tal extremo. ¡Ese no es valor sino barbarie!... ¡Quién os ha enseñado á matar ó ser muerto por una vana palabra?... ¿Acaso es mas honrado el muerto ó el matador que el que se rie y menosprecia tan ridículas quimeras?...

» Vuestro hijo fué trasportado á casa, donde acaba de espirar, lamentándose de la educacion que ha recibido y que en tan temprana edad le ha conducido á la tumba.» Así terminaba la carta: apénas la leyó el marqués se apoderó de él una melancolía tan profunda que en poco tiempo le condujo al sepulcro, pagando así las locas preocupaciones que habia infundido en el ánimo del desdichado jóven..... Por nada en el mundo, añadió Palemon, me confesaria yo hermano, amigo y mucho ménos padre de un espadachin, de un duelista, de un tigre sediento de la sangre de sus semejantes.

Mucha fué la energía con que Palemon pronunció estas palabras; pero mucho mayor era aun la confusion con que Armando las escuchaba: por fin se arroja á los piés de su padre y le dice: — No, padre mio, no soy ningun tigre; ni volveré á incurrir en la falta que hoy he cometido... sabed que... — Todo lo sé: mas sin embargo refiérelo, por el ejemplo que debes dar á tus hermanos. — Pues oid: Hace pocas horas que viniendo de paseo, preocupado en resolver un problema de matemáticas, encontré á Julian, que mirándome se puso á reir. — ¿De qué te ries, salvaje? le dije. — De ti. — ¿De mí, insolente? — La insolencia es tuya; ¿quién eres tú para tratarme con tanta soberbia? hijo de un labrador como yo, con la diferencia de que mi padre siempre ha tenido criados y el tuyo ha sido un jornalero. Irritado del poco respeto con que hablaba de vos, le di un bofeton; quiso él darme otro, pero nos separaron las gentes que pasaban; me desafió, acepté, y mañana debemos reñir á palos.

Muy bien, Armando, ¡ya estás en el caso del hijo del marqués!... ¿y sabes por qué se reia Julian? — Sí, señor, despues lo conocí, porque el aire me habia llenado de hojas el sombrero; pero haberos tratado de jornalero..... — Tiene razon... y me honro de haberlo sido... el hombre que prospera á fuerza de economía

y trabajo, vale mas que el que se enriquece por el robo, la intriga y la adulacion.

Un general en jefe de un ejército, que acompañado de su estado mayor y lleno de condecoraciones pasaba por cierta aldea, convidó á comer á dos ancianos esposos, German y Berta, y se sentó á la mesa en medio de ellos. Concluida la comida, dijo el general : Hoy soy vuestro jefe ; pero habéis de saber que empecé mi carrera por los grados mas ínfimos ; hasta la edad de veinte años cultivé la tierra, despues me cupo la suerte de soldado, pasé á la América, presté servicios al Estado, ascendí, y hoy vuelvo á mi patria... Estos respetables ancianos son mis padres... Atónitos quedaron todos y mucho mas los aldeanos que contaban á su hijo por muerto ya hacia muchos años... abrazáronse todos estrechamente, y lo que mas entusiasmaba al veterano era el deber sus adelantamientos al valor, á la aplicacion, á la actividad.

Ahora, Armando, continuó Palemon, creo no dudarás cuáles son tus deberes religiosos y sociales. — Padre mio, espero vuestras órdenes. —¿Mis órdenes?... Pues bien ; mañana... Aquí fueron interrumpidos por la llegada de Julian y de su padre. Armando al ver á aquel se puso encendido, pero levantándose repentinamente, ambos contendientes se abrazaron con efusion. El hijo de Palemon pidió á Julian le perdonase. — Ya está expiada tu falta, respondió este ; si el bofeton que enfurecido me diste pudo manchar mi mejilla, el beso de la amistad basta para borrarle.

Aprovechaos de esta leccion, hijos mios ; huid de herir en lo mas mínimo la susceptilidad de nuestros prójimos, y si llegáis alguna vez á ofenderlos ó recibir algun agravio, preferid pedirles perdon ó perdonarlos, al triste recurso de exponer vuestra vida ó de privar á una honrada familia de un padre, un hijo ó un hermano, en quien quizá se hallen cifradas todas sus esperanzas.

TARDE X

EL AGRADECIMIENTO

Por rico, por agraciado,
Por entendido que seas,
Ó encumbrado que te veas,
Siempre habrás necesitado,
La mano que te ha guiado,
Colocado, enriquecido,
Ó quizas te ha contenido,
Besa humilde y con llaneza;
Que es prueba de gran nobleza
Ser el hombre agradecido.

La mañana de este dia estaban los niños reunidos en la sala ; Palemon, á quien creian distante de la casa, se hallaba en el gabinete inmediato. Discurrian aquellos sobre la variedad de historietas que en los dias anteriores habian oido, y de ellas deducian que el corazon humano abundaba en sentimientos de nobleza, de beneficencia, de humanidad ; de que eran excelentes ejemplos Gerardo, Aubri, el conde Dorimon, y otros muchos ; pues si bien Dulis y el jóven Derfort se habian separado del camino de la rectitud y de la prudencia, habia sido vencidos por afectos, pasiones y malos ejemplos, no por perversidad ni depravacion ; y de aquí deducian que cuando la edad los pusiese en estado de presentarse en el gran mundo, debian hacerlo confiados en la natural bondad de sus semejantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y trabajo, vale mas que el que se enriquece por el robo, la intriga y la adulacion.

Un general en jefe de un ejército, que acompañado de su estado mayor y lleno de condecoraciones pasaba por cierta aldea, convidó á comer á dos ancianos esposos, German y Berta, y se sentó á la mesa en medio de ellos. Concluida la comida, dijo el general : Hoy soy vuestro jefe ; pero habéis de saber que empecé mi carrera por los grados mas ínfimos ; hasta la edad de veinte años cultivé la tierra, despues me cupo la suerte de soldado, pasé á la América, presté servicios al Estado, ascendí, y hoy vuelvo á mi patria... Estos respetables ancianos son mis padres... Atónitos quedaron todos y mucho mas los aldeanos que contaban á su hijo por muerto ya hacia muchos años... abrazáronse todos estrechamente, y lo que mas entusiasmaba al veterano era el deber sus adelantamientos al valor, á la aplicacion, á la actividad.

Ahora, Armando, continuó Palemon, creo no dudarás cuáles son tus deberes religiosos y sociales. — Padre mio, espero vuestras órdenes. —¿Mis órdenes?... Pues bien ; mañana... Aquí fueron interrumpidos por la llegada de Julian y de su padre. Armando al ver á aquel se puso encendido, pero levantándose repentinamente, ambos contendientes se abrazaron con efusion. El hijo de Palemon pidió á Julian le perdonase. — Ya está expiada tu falta, respondió este ; si el bofeton que enfurecido me diste pudo manchar mi mejilla, el beso de la amistad basta para borrarle.

Aprovechaos de esta leccion, hijos mios ; huid de herir en lo mas mínimo la susceptilidad de nuestros prójimos, y si llegáis alguna vez á ofenderlos ó recibir algun agravio, preferid pedirles perdon ó perdonarlos, al triste recurso de exponer vuestra vida ó de privar á una honrada familia de un padre, un hijo ó un hermano, en quien quizá se hallen cifradas todas sus esperanzas.

TARDE X

EL AGRADECIMIENTO

Por rico, por agraciado,
Por entendido que seas,
Ó encumbrado que te veas,
Siempre habrás necesitado,
La mano que te ha guiado,
Colocado, enriquecido,
Ó quizas te ha contenido,
Besa humilde y con llaneza;
Que es prueba de gran nobleza
Ser el hombre agradecido.

La mañana de este dia estaban los niños reunidos en la sala ; Palemon, á quien creian distante de la casa, se hallaba en el gabinete inmediato. Discurrian aquellos sobre la variedad de historietas que en los dias anteriores habian oido, y de ellas deducian que el corazon humano abundaba en sentimientos de nobleza, de beneficencia, de humanidad ; de que eran excelentes ejemplos Gerardo, Aubri, el conde Dorimon, y otros muchos ; pues si bien Dulis y el jóven Derfort se habian separado del camino de la rectitud y de la prudencia, habia sido vencidos por afectos, pasiones y malos ejemplos, no por perversidad ni depravacion ; y de aquí deducian que cuando la edad los pusiese en estado de presentarse en el gran mundo, debian hacerlo confiados en la natural bondad de sus semejantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mucho se alegró el anciano de oir esta conversacion, pues en ella se persuadió que si continuaba presentando á sus hijos modelos de virtud dignos de imitacion, quizas engendraria en ellos una ciega confianza para con la generalidad de las gentes, que pudiera acarrearles serios disgustos ; y esto le decidió á cambiar algun tanto de método en sus lecciones prácticas.

En la misma tarde envió á Armando con una carta para un vecino suyo : tenía que atravesar el bosque para llegar á la alquería de aquel ; cumplió su mandado, y al volver por la espesura ve en el suelo un rollo de papel atado con tres cintas, una encarnada, otra azul y otra blanca. Lo coge, era bastante pesado : sin duda se le ha extraviado á algun pasajero ; por otra parte el camino es poco transitado... Duda si abrirá el envoltorio para ver lo que contiene... pero al fin resuelve llevarlo á su padre tal cual se halla.

En efecto, vuelve á casa cuando ya sus hermanos, juntamente con el jefe de la familia, se hallaban sentados bajo el emparrado : da cuenta de haber desempeñado su comision, y en seguida entrega su hallazgo, añadiendo, que por mas que ha mirado no ha visto por aquellas inmediaciones la persona á quien podia pertenecer. Palemon aparenta sorprenderse, aplaude la conducta de Armando, desata el paquete, y en la primera cubierta halla un letrero que decia : *Conservad estas tres cintas, pues vendrán á reclamarlas.* Rompe la segunda cubierta, y debajo encuentra con general sorpresa *dos mil reales* en buenas monedas de oro, y juntamente con ellos un papelito que decia : *Esta suma está destinada á la impresion de este cuaderno, sumamente útil á la posteridad.* Juntamente habia un cuadernito, y con él un papel que decia : *El autor de este manuscrito estará, mañana á las once, en el mismo lugar donde habéis hallado este.*

Todos estos misterios excitaron en el ánimo de los jóvenes la mas viva curiosidad ; llenos de admiracion, ruegan á su padre, que aparentaba tomar parte en ella, les lea la singular historia, y efectivamente el anciano lee lo que sigue :

HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

CAPÍTULO

El testamento singular.

Pedro Deviñes era hijo de padres poco acomodados, pero por medio de su trabajo y aplicacion logró reunir una fortuna tal, que pocas la podian igualar en la comarca. Habia llegado á la ancianidad, y era feliz : tenia tres hijos, llamados Ricardo, Huberto y Graciano, á quienes habia educado con esmero, los cuales le ayudaban en su trabajo sin codiciar las cuantiosas riquezas que pasaban por sus manos y de que disfrutaban moderadamente. Llególe al anciano Pedro la hora de la muerte, y teniendo junto al lecho mortuorio á los hijos, les dice : « Hijos mios, vais á cerrarme los ojos : las inmensas riquezas que poseo y van á ser vuestras, me han costado mucho trabajo el adquirirlas ; vosotros trabajaréis lo mismo para heredarlas. He entregado mi testamento á vuestro tio Tomas ; juradme que cumpliréis todo cuanto en él os mando. » Así lo juraron los tres jóvenes, derramando un torrente de lágrimas ; el anciano les dió su bendicion y espiró.

Se hicieron al buen Pedro los últimos honores, y sus hijos, dando una breve tregua al dolor, rogaron á su tio les leyese el misterioso testamento, el cual decia :

« Ántes de declarar á mis hijos mi última voluntad, debo contarles mi historia, la cual nunca han sabido, y no les será enfadosa. Soy hijo de un artesano ; entregado al estudio de las artes desde mi mas tierna edad, no habria sin duda hecho tan brillante fortuna sin el auxilio de tres personas, cuyos principios, costumbres y virtudes son muy raras en el siglo en que estamos. Un filósofo, á quien las desgracias que no habia merecido le redujeron á la miseria mas horrorosa, se hizo mi amigo, y se tomó el trabajo de cultivar mi entendimiento, enseñándome la moral y la filosofía. Perdí á este hombre apreciable ; y un bienhechor de nueva especie reparó la pérdida que acababa de experimentar : este fué un rico desinteresado que me llenó de beneficios por espacio de seis años, sin verme, y aun sin querer que supiese su nombre. Nada estrecha mas á los artistas, me escribia muchas veces, nada contiene su vuelo y honrosa emulacion, tanto como la necesidad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trabajar para vivir : vivid, amigo Devíñes : no trabajéis sino para vuestra gloria y para perfeccionaros. Juntamente con estas cartas me enviaba sumas considerables de dinero. En fin, murió tambien este generoso desconocido : entónces supe su nombre y que me dejaba un legado considerable en su testamento.

» Ahora vais á conocer la tercera persona que ha contribuido á mi felicidad. En un viaje que hice, la imprudencia de un guardabosque casi me costó la vida : recibí un escopetazo, y quedé tan desfigurado que era imposible conocerme en mis facciones cotejándolas con las que anteriormente tenia. Un desconocido me hizo trasportar desde el camino á su casa : su hija era hermosa y sensible : ocurrióme fingirme pobre, á fin de ver si esta jóven podria amar á un feo y sin dinero. Hice brillar á sus ojos el poco talento que tenia, y me fué útil. Justina, que despues fué vuestra madre, se casó conmigo; y quedó atónita cuando al tiempo del contrato conoció los grandes bienes de que era poseedor, y que la habia engañado agradablemente; ella tambien era muy rica; otras herencias aumentaron una fortuna, que ya era tan considerable; y con esto, hijos mios, queda mi historia concluida.

» Despues de haber hecho mil reflexiones sobre la casualidad dichosa y rara que me habia llenado de felicidades por medio de tres individuos, que si de propósito los hubiese buscado, jamas los hallara, formé el proyecto de recompensar con una parte de los bienes que he recibido de aquellas tres personas, á otras tres de iguales circunstancias, y he contado con mis hijos para que desempeñen la deuda de su padre : en consecuencia de esto, deberán ejecutar lo siguiente : luego que se acabare de leer mi testamento, los tres se disfrazarán, y dejando los bienes en poder de su tio, á quien nombro por mi ejecutor testamentario, correrán el mundo hasta que hayan hallado un artista infeliz que no lo sea por su culpa, un poderoso que sea benéfico sin ostentacion ni interes, sino por el puro placer de hacer bien, y en fin, una mujer que se decida mas por lo moral que por lo físico y por la riqueza. Cuando mis hijos hayan encontrado estos tres entes tan singulares, los conducirán á su tio, el cual repartirá entre ellos la mitad de mi herencia; pues con el resto de ella todavía pueden mis hijos vivir en la abundancia.

» Huberto, que tiene bastante penetracion, es observador, y se sabe insinuar, buscará al infeliz : Ricardo, cuya ternura y bondad son capaces de conmover los corazones mas duros, buscará al rico; y Graciano, el mas jóven de los tres, suspirará á los piés de las

damas hasta que encuentre la desinteresada. Esta es mi voluntad. Un padre, aun en el sepulcro tiene derechos sobre sus hijos : los mios graduarán acaso mi testamento de extravagante, y aun de necio : poco me importa su opinion y la del público, si mi proyecto resulta en beneficio de las costumbres y de la moral, porque para instruccion de los hombres escribirán mis hijos un diario de su viaje, y lo harán imprimir : esta es mi última voluntad. — *Pedro Devíñes.* »

CAPÍTULO II

El interes es la piedra de toque del corazon humano

Extravagante en extremo pareció á los tres hermanos el testamento de su padre; pero no por eso vacilaron un momento en ponerle en ejecucion, buscando los tres sugetos recomendados, para lo cual se disfrazaron, tomaron el dinero necesario y partieron por diferentes caminos.

Sigamos ahora nosotros al sensible Ricardo, el cual habia tomado unos vestidos muy sencillos que anunciaban la indigencia. Llevaba una alforja al hombro, y para caminar se apoyaba sobre un grueso y nudoso baston. Queria ir á Paris y caminó todo el dia sin hallar otra cosa que granjas y labradores. Á la tarde se halló en una llanura de bastante extension, y temió que la noche le sorprendiese en ella. Un soberbio castillo dominaba todo el llano á la derecha; las ventanas abiertas permitian el registro de várias estancias adornadas de ricas colgaduras, grandes espejos, y mesas de mármol, sobre las cuales, en candeleros de oro, ardian ya mil luces, aunque no habia anochecido : la agradable armonía de un dulcísimo concierto, el movimiento de las gentes, todo le indicaba á Ricardo que se daba alguna gran funcion en este magnífico castillo. Suspenso estaba contemplando lo que veia, cuando le empujaron fuertemente : volvióse, y vió un hombre vestido decentemente y con un libro en la mano, el cual le pidió perdones. No os habia visto, le dijo, por venir embelesado en la lectura; ¿os he lastimado acaso? — No, señor, no por cierto; pero pues la casualidad me proporciona el hablaros, os suplico me digáis de quién es este castillo. — De un rico que se llama Dormont; ¿le conocéis? — No, señor : parece que hay alguna diversion. — No me habléis de eso; yo soy el mismo Dormont, mio es ese castillo, y nunca me hallo bien en él sino cuando estoy solo : huyo de su recinto cuando los bailes y diversiones me recuerdan la vida tu-

multuosa de las ciudades, que detesto. —Perdonad mi curiosidad, ¿no dais vos la funcion?—No, á fe mia; mi mujer es la que celebra el dia de mi nacimiento. Ha convidado una multitud de gentes que hacen un estruendo infernal: yo he tomado un libro para leer y meditar, porque este es mi único placer, y no el gastar en una noche lo que haria felices á veinte familias pobres. — Eso es tener un corazon muy humano y generoso. — No hay mérito en ello: mas quiero extender la mano al desgraciado, que contribuir al lujo.

Hé aquí un hombre, dijo para sí Ricardo, que se asemeja algun tanto al que yo busco. ¿Cómo haré para ganar su confianza y asegurarme de si es el que necesito? Dormont se despedia de Ricardo para continuar su solitario paseo; pero este, deteniéndole, le suplicó que le dijese si habia cerca algun pueblo donde pudiera pasar la noche. — ¿No sois de este país? — No, señor; voy á Paris á implorar el auxilio de las gentes caritativas. — ¿Cómo? — La muerte de un padre que amaba me ha privado de todo recurso. — Parecéis bien nacido: no os faltarán auxilios; ¿sabéis algun oficio?—Sé lo bastante para desempeñar el empleo de secretario ú otro semejante. — Quisiera poder proporcionaros uno; quedad con Dios. — ¿No podéis indicarme algun albergue? — Eso es imposible: yo os podria recibir en mi casa; pero ahora ¡hay tanta gente! á Dios. — Esperad: como hace un momento que os manifestasteis tan inclinado á favorecer... —¿Qué quiere decir eso? ¿por ventura me... pedís limosna á semejante hora? — Me llena de rubor vuestra odiosa sospecha. Pretendo solo excitar vu estra sensibilidad, no vuestra compasion. — Ya veo que tenéis mucho discernimiento; me equivoqué; perdonad mi recelo. Venid, venid conmigo.

Dormont llevó consigo á Ricardo, entró en el castillo, y dijo al conserje: Haced que este hombre cene con vos, y que se acueste en el cuarto inmediato al vuestro: luego dirigiéndose á Ricardo, le dice: No puedo veros en toda la noche, porque tengo mucho á que atender; pero mañana no os iréis sin hablarme: entre tanto paseaos en el parque y disfrutaréis los placeres que en él se preparan; veréis unos fuegos artificiales, que dicen son maravillosos; porque no hay locura en que no incurra mi mujer.

Retiróse Dormont, y Ricardo pasó la noche notando la disipacion á que todos se entregaban, la rareza de los personajes que componian aquella sociedad, y esperando la visita de Dormont con la mayor impaciencia.

Llegó el momento tan deseado: Dormont envió á llamar á Ricardo: pasó este á la rica estancia en que aquel se hallaba, el cual desde luego le obligó á que le tratase con franqueza; despues le preguntó su nombre, el estado de su padre, su conducta, etc., etc. Ricardo contestó á todo como mejor le pareció, pero con cierto aire de franqueza, de lo que Dormont quedó muy satisfecho. Amigo mio, le dijo en seguida, he pensado en vos, y creo que me convenís: quiero favoreceros; pero exijo de vos mucho secreto y grande condescendencia. Madama Dormont, mi esposa, es vieja, fea y mala: no la puedo tolerar; y si no mediasen los hijos, hace mucho tiempo que me hubiera separado de ella. Para consolarme de estos disgustos, he puesto, pero inocentemente, todo mi corazon en una jóven amable. Hace poco tiempo que mi mujer lo sabe, y se ha arrebatado á tales extremos, que tienen comprometida mi reputacion: en este supuesto, ved si os conviene lo que voy á proponeros: sois mozo y de nadie dependéis; yo os casaré con mi amada Constanza, y me encargo... — No prosigáis, le dijo Ricardo furioso. El desprecio y la cólera se pintaron en las miradas que dirigió á Dormont, y solo el estar en su casa moderó su resentimiento, contentándose con decirle: ¿Es eso todo lo que queréis hacer por mí?—Sí; y me parece que el partido que os propongo no debe rehusarlo un hombre miserable. — Pobre soy, es verdad, pero no sin delicadeza. — ¡Oh! si sois delicado, esa es cosa muy diferente; ¡tanta delicadeza!... — La tengo, y vuestra proposicion me ha ofendido infinitamente. — Tened la bondad de apaciguaros: ¡hé aquí los hombres! desean que se les sirva en todo, y ellos no quieren corresponder en nada: ¡siempre he tropezado con ingratos! — No aumentaré yo su número; el cielo os guarde y os dé mas conocimiento.

Ricardo salió precipitadamente; Dormont se levantó como para detenerle; pero al mismo tiempo llegó su mujer, y le obligó á contenerse: entre tanto Ricardo corria como si alguno le persiguiera; y cuando se vió en el campo, exclamó dolorosamente: ¡Ah, mucho temo que mi encargo sea mas penoso que el de mis hermanos!

Miéntras gime sobre lo mucho que se ha equivocado con Dormont, vámonos tras de Huberto, que va buscando un desgraciado, cuyos males sean efecto de la suerte.

Aquí Palemon dejó la lectura para el dia siguiente. Habia advertido la impresion que hacia en sus hijos, y celebraba interiormente lo dispuestos que se hallaban á la moral y á la sana filosofía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XI

LA PRESUNCION

Pocos necios suele haber
Que de sabios no blasonen;
Mas hay sabios que suponen
Encerrar en sí el saber,
Y se niegan á extender
Con criminal precaucion
La ciencia que su ambicion
Les hiciera atesorar;
Que así les obliga á obrar
La insensata presuncion.

Los hijos de Palemon asistieron puntuales á la reunion acostumbrada, todos con el mas vivo deseo de oir en qué paraban las aventuras de los tres hermanos: y el padre, abriendo el libro, sin preámbulo ninguno, prosiguió su lectura en estos términos:

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

CAPÍTULO III

Orgullo vano.

Huberto, cubierto con el traje de un hombre de mediana fortuna, tomó el camino sin saber adónde se dirigia. Revolvia en su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

imaginacion mil proyectos y medios para conocer á fondo los desafortunados con quienes tendria que tratar durante el curso de su viaje. Hácia la mitad del dia encontró una poblacion, y determinó descansar en ella. En todos los rincones de la tierra, decia para sí, hallaré infelices destituidos de todo recurso ; pero no son estas las gentes que yo busco. Si no tienen el talento que distingue á los sabios en las respectivas profesiones, su suerte es muy comun, porque son infinitos los que la experimentan. El desgraciado que debo buscar, cumpliendo el encargo de mi padre, ha de ser un hombre dotado de todas las cualidades intelectuales, y de todas las disposiciones necesarias para que por sí mismo, por medio de sus conocimientos, facilitándole auxilios, sepa adquirirse fama, y sea útil á su patria. Si á este hombre le han hecho infeliz ó el ceño del destino, ó la envidia y celos de los demas, despues de haber puesto cuanto está de su parte, este es el que yo busco; pero no será fácil hallarle en una aldea : necesito ir á una ciudad grande; allí me daré á conocer como artista, y sin duda haré pronto mi eleccion.

Preocupado con esta idea, Huberto determinó seguir su camino: comió en la primera posada que encontró, y luego se puso en marcha. Al cabo de tres dias llegó á la gran ciudad de Paris, donde tomó cuarto en una casa de posadas, y se preparó á cumplir la última voluntad de su padre. Hizo anunciar en los periódicos que una sociedad de sabios le habia comisionado para averiguar quién era en aquella capital el artista que se habia distinguido por sus obras mas perfectas y descubrimientos útiles en su respectiva profesion, á fin de adjudicarle un premio que tenian acordado. Creia que este era buen medio para descubrir al hombre que deseaba hallar; pero se equivocó, porque su casa se vió llena de charlatanes de toda clase, que ponderaban sus talentos sin dar ninguna prueba de ellos. Aturdido Huberto, y cansado de tanta multitud de fanáticos orgullosos, pensó dejar con todo sigilo su habitacion, desesperanzado de hallar lo que buscaba. Ya habia prevenido su maleta, cuando recibió el billete siguiente, que reanimó sus esperanzas:

« Si el aspecto de la indigencia no os asusta, tomaos el trabajo de venir á la calle de Reuilly, en el arrabal de San Antonio, número 25, cuarto piso, y veréis un infeliz artista privado de todo recurso; pero que acaso merecerá vuestra estimacion. — *De Yuran.* »

Huberto, muy alegre con esta invitacion, creia que ya habia terminado las fatigas de su peregrinacion, y al instante se presentó en la habitacion indicada ; empujó una puerta que estaba entornada, y quedó sumamente enternecido al ver un venerable anciano acostado en una miserable cama, y que una jóven, hermosa como el amor, le prodigaba mil atenciones y cuidados, hijos, al parecer, del amor filial. La jóven al ver á Huberto, se avergonzó, y corrió á ocultarse detras de una vieja cortina. El anciano le miró con los ojos llenos de lágrinas, y le dijo : ¡ Ah, señor ! ¿ sois vos el sugeto á quien me he tomado la libertad de escribir una esquela? — Sí, señor; ¿ y vos sois el desdichado Yuran ? — El mismo, que os agradece la bondad de haber venido desde tan léjos á un paraje tan poco grato para el hombre dichoso. Apénas os envié la esquela, me arrepentí de haberlo hecho. — ¿ Y por qué? — ¡ Hay tantos intrigantes ! ¡ hay tantos desgraciados que lo son por su culpa ! y temí que me confundieseis con estos entes despreciables que todos los dias procuran excitar la sensibilidad de sus semejantes para engañarlos y entregarse á los mas viles excesos. El hombre que estáis viendo y oyendo, es digno de ser distinguido por su aplicacion, por sus desgracias, y aun por sus virtudes: aunque parezca arrogancia. — Así lo creo ; pero pues no ignoráis lo que me ha conducido á Paris, servios presentarme las pruebas que acrediten vuestro ingenio, y tomaré la competente nota. — Al instante voy á satisfaceros. ¿ Sofía ? Apareció la jóven que se habia ocultado, y el anciano le dijo : Vé, hija mia, tráeme la obra que sabes, fruto de treinta años de fatiga, y que solo me ha producido persecuciones : ahora veréis, señor, lo que acaso todo el ingenio de los hombres juntos jamas hubiera podido concebir, y sin embargo, yo lo he creado á fuerza de años, de estudios y trabajos. Me he visto preso en várias cárceles, sin mas crímen que el de haber querido hacer á los hombres felices : esta es la obra : servios examinarla.

La jóven presentó un enorme manuscrito lleno de polvo, que parecia no haberse abierto en muchos años : al ver su tamaño, se desanimó Huberto, y temió volver á ser engañado ; sin embargo, lo apoyó en la chimenea, y se puso á recorrerlo. Á cada página veia figuras de geometría, círculos, triángulos y ángulos de toda clase, acompañados de letras mayúsculas que indicaban el lugader su explicacion. ¿ Qué significa esto ? preguntó Huberto con la mayor admiracion. — Prestadme atencion, le contestó el viejo. Persuadido desde mi mas tierna juventud de que el Ser Supremo ha pues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

to relaciones admirables en todas sus operaciones, y que con la moral y la filosofía sucede lo mismo que con las ciencias matemáticas que nos ha permitido sacar del seno de la naturaleza, he concebido el plan de una obra extraordinaria, y lo he puesto en práctica. He querido reducir á problemas de geometría las lecciones mas fuertes de virtud, los axiomas mas simples del arte de gobernar ; es decir, que por medio de claras reglas de matemáticas establezco el mejor sistema de gobierno, reformo los abusos, arreglo las rentas de todos los estados, y hago á los hombres mas sabios, mas virtuosos y mas racionales. Decidme ahora, ¿ cuándo un hombre ha concebido proyecto mas vasto y mas útil para lo presente y para lo venidero?

Huberto no responde, y el viejo continúa.

Pues esta obra tan sublime es la que me ha sumergido en horribles desgracias, y en la indigencia en que me veis terminar mi carrera. He llamado á todas las puertas de los ministros, y me han tratado como á un fanático sin juicio, y me han tenido preso largo tiempo. He manifestado mi obra á todos los sabios, á todas las gentes de alguna instruccion, y en todos ellos solo he hallado orgullo y envidia. Unos me han vuelto la espalda riéndose de mi á carcajadas; otros me han llenado de injurias, y me han prohibido su sociedad : yo me he enojado; me parece que tenia razon para ello, ¿ no es así ?

Huberto permanece silencioso.

He escrito cartas sobre cartas, memorias sobre memorias, y todo ello no ha servido mas que para suscitarme nuevas persecuciones. Al fin, cansado de tantos insultos y ultrajes, he condenado mi manuscrito á un eterno olvido, persuadido de que los hombres no merecen que se les instruya é ilumine : he venido con mi hija á esconderme en este rincon, indigno de un hombre que ha pasado su vida trabajando por el bien de sus semejantes : á nadie trato, y por tanto á nadie hablo de mi obra ; y nunca hubierais tenido noticia de ella, si un amigo no me hubiese precisado á tentar este último recurso, para hacer ver á todo el universo los únicos medios que le quedan de fijar la felicidad sobre este suelo de penas y trabajos.

Si el lector ha conocido la especie de locura del viejo, fácilmente se persuadirá de lo atónito que quedaria Huberto oyéndole tantas extravagancias con el gravísimo tono de la verdad y sabiduría. ¿ Qué obra es esta tan maravillosa, que ha costado tantos desvelos, y contiene la ciencia de la felicidad? Huberto la recorre de nuevo y no ve en ella sino las mismas figuras matemáticas :

dice al anciano que se sirva explicarle alguna cosa, porque nada entiende, y el buen hombre lo hace con sumo placer ; pero como molestó mucho á Huberto, no queremos hacer lo mismo con nuestros lectores ; y así les bastará saber que señalando una línea, en cuyo principio decia *moral*, iba á terminar en un círculo donde decia *virtud :* de todos los puntos de este círculo nacian otras líneas, donde se leia : *beneficencia, bondad, dulzura, candidez, etc.;* de modo que segun la explicacion del viejo, el hombre, siguiendo la línea de la moral, entraba en el círculo de todas las virtudes. Con estas y otras invenciones semejantes pretendia corregir todos los vicios, y establecer la felicidad universal; y este infeliz habia pasado toda su vida entregado á esta locura, y por sostenerla experimentó graves desgracias. ¡ Delirio incomparable ! se quejaba de los hombres ; pero estos á quienes habia atormentado y molido con tan inútil fárrago, ¿ no tenian razon tambien para quejarse de él ? Con todo, el infeliz era padre, habia encadenado á sus desgracias una hija amable á quien debia hacer feliz ántes de empeñarse en que lo fuesen los demas; hé aquí un loco de una manía bien rara... pero ¿ qué digo ? ¿ acaso no es demasiado comun el hallar en la sociedad muchos de estos entes proyectistas, que siguen un sistema errado con la perseverancia mas obstinada ? Estos sugetos declaman mucho contra sus semejantes, y en su opinion las injusticias, las cábalas, las intrigas y persecuciones solo se han hecho para ellos. Molestan, aturden á todos con sus necias pretensiones; y cuando se les hacen ver sus errores, tachan de locos á los demas, persuadidos de que la ciencia se ha refugiado solamente á su cabeza : en realidad son desgraciados tales hombres; pero la culpa es suya. Dotados de talento, hubieran podido ser útiles al estado, vivir como buenos ciudadanos, y ser excelentes padres de familia ; pero no es posible disuadirlos de su manía.

Tal era el hombre raro con quien tenia que lidiar nuestro Huberto ; y así no tardó en dejarle, despues de haberle prometido, como se hace con estas gentes, que volveria á verle y se tomaria mas tiempo para examinar el manuscrito y participar su mérito á la sociedad. Dióle las gracias el anciano, y salió Huberto, no sin compadecerse de la jóven, que al parecer sentia mucho el estado de su padre, y probablemente lamentaria en secreto su obstinacion.

¡ Hijos felices, á quienes ha dado el cielo padres económicos, prudentes y laboriosos, que os dejan por herencia la fortuna, el honor y el ejemplo del trabajo; conoced vuestra felicidad : cono-

ced cuán dulce es no tener que avergonzarse de su memoria, y vivir con la intacta reputacion de probidad que os han trasmitido! ¡Oh! ¡qué lisonjero es el elogio que se hace de un padre respetable! ¡cuán halagüeña es la estimacion inherente á su nombre! ¡Hijos afortunados, que tenéis padres virtuosos, dirigid una mirada de compasion hácia aquellos cuyos padres se han hecho desgraciados por sus caprichos, por el vicio ó por el crímen, y agradeced á la Providencia el haberos colocado en el seno de la felicidad!

Así que salió Huberto de casa del anciano, en quien habia creido hallar al hombre que buscaba, se volvió á la posada, y se preparó para dejar á Paris, resuelto á limitar sus investigaciones á las aldeas y pequeños pueblos que desde luego habia despreciado. Solo el cielo, exclamó dolorosamente, me puede proporcionar el hombre modesto é infeliz, indicado en el testamento de mi padre: mucho temo que sea mas difícil de hallar en los campos y aldeas que en esta inmensa ciudad; pero en ella todo es alboroto y confusion; sería necesario un siglo para descubrir el verdaderamente infeliz sin haberlo merecido, y el mérito y la virtud, en medio de un mar de ficciones que se agita de todas maneras para engañar al hombre crédulo. Acaso me aparto de mi objeto; pero conozco que no tendria valor para buscarlo mas tiempo en Paris: partiré, viajaré, y corra á cargo de la Providencia el terminar mis fatigas, y llenar la voluntad de un padre que me encomendó un empeño tan difícil. ¡Ah! ya veo que yo seré el último de los tres que vuelva.

Tomó Huberto al salir de Paris el primer camino que se le presentó y caminó dos dias casi sin detenerse. No buscaba Huberto, y queria encontrar; no era este el medio para acabar pronto su viaje; pero el tumulto de Paris, y la turba de embusteros y presuntuosos ignorantes que le habian rodeado, hicieron que se desanimara.

Sumergido en estas reflexiones caminaba la tarde del segundo dia, sin advertir que una ligera lluvia comenzaba á penetrar sus vestidos, y que las nubes, amontonándose en la atmósfera, aumentaban la oscuridad de la noche en que iba á confundirse toda la naturaleza. Estaba en un camino de travesía, y ya no alcanzaba á distinguir las heredades que habia admirado un cuarto de hora ántes. Todas las aves se habian refugiado á sus escondidos albergues, y solo se oian los melancólicos ecos de los pájaros nocturnos, y el estruendo de los torrentes que se precipitaban desde las altas sierras. Temeroso de la soledad en que se hallaba, é

ignorando adónde se dirigia el camino que llevaba, extendió su vista por los tenebrosos campos, y no pudo distinguir el mas leve asilo.

El estrépito de los truenos y la pálida luz de los relámpagos le llenaban de terror: rásganse las nubes: vierten á mares la lluvia que contenian en sus senos, y no hallaba ni un árbol adonde refugiarse; pero animoso y resignado, arrostrando el rigor de los elementos, prosiguió su camino: ya por fin distinguió una luz á lo léjos, que regocijó su alma, y reanimó su vigor. Siguió la direccion de la luz, y á poco rato se halló junto á la puerta de una casa, en cuyo umbral vió á un anciano que parecia estaba contemplando el majestuoso espectáculo del choque de los elementos, y á quien no alteró la llegada de Huberto; ántes bien dijo con entusiasmo á una mujer que le acompañaba: ¡Ah! ¡qué hermosura, dulce amiga! ¡qué bellos son los efectos de la electricidad! ¡qué grandeza y majestad nos presenta la naturaleza!

Por estas palabras conoció Huberto que el anciano era hombre instruido, y tal vez artista; pues como solo pensaba en esta clase de sabios, á todos los que encontraba los creia dedicados á las artes. Acercóse al anciano y le pidió hospitalidad, manifestándole lo mucho que le habia fatigado la tempestad: el viejo le recibió con humanidad, y sin moverse del umbral de la puerta en que estaba entregado á la contemplacion, dijo á la jóven que le acompañaba que diese á Huberto todos los auxilios que necesitase.

Huberto conoció que su huésped no era ceremonioso, y lo celebraba en su interior; siguió á la jóven, diciéndole que venia de Paris, que se habia perdido en el camino, y que á no hallar tan generosos corazones, le hubiera sido imposible continuar su viaje, pues acaso habria perecido de cansancio y debilidad. Miéntras que enjugaba al fuego sus vestidos, cesó la tempestad, el cielo se serenó, y la luna disipó las tenebrosas sombras. Entónces entró el viejo, y sin mirar á Huberto, pidió á la jóven la llave de su gabinete, porque queria hacer experiencias en su máquina eléctrica. Reparando Huberto que el viejo no hacia caso de él, le pidió permiso para acompañarle, añadiendo que podia lisonjearse de que no le faltaban luces para ayudarle en sus experiencias.—¿Conque tenéis nociones? tanto mejor; yo tambien las tengo: gusto mucho de las ciencias y las artes... ¡Oh! ¡las artes!... yo soy artista: venid, venid y veréis...

El anciano tomó una luz; Huberto le siguió, y se sorprendió al hallarse en un soberbio gabinete lleno de instrumentos de físi-

ca, y de una cantidad de máquinas que parecian ser producciones de su huésped, porque muchas todavía no estaban acabadas, y se veian confusamente esparcidas por el suelo várias piezas é instrumentos para trabajar.

Despues de algunas explicaciones recíprocas, y diversas pruebas demostrativas de que el anciano tenia una verdadera instruccion, dando á Huberto un golpecito sobre el hombro, le dijo: Mucho me alegro de que la casualidad os haya traido á mi casa: habláis de artes como un profesor diestro, y por eso quiero enseñaros varios descrubrimientos económicos que he hecho: tratándose de artes, llamo economía al medio de ahorrar tiempo, gastos y brazos. Ved aquí un telar de nueva invencion; con solo el manejo de este resorte, hago girar una multitud de ruedas, cuyo movimiento en solo una hora produce mas que otros telares en todo un dia. Tambien he inventado esta máquina para hacer médias; esta para gasas, y esta otra para hacer encajes. Este es un piano, con acompañamiento de varios instrumentos: quisiera que lo oyeseis; pero está toda la máquina desarmada; y no debéis extrañarlo, amigo mio, porque se me presentan pocas ocasiones de manifestar mis obras...

De esta manera fué el anciano enseñando á Huberto las máquinas de su gabinete; y no hubiera concluido en mucho tiempo, á no haberle avisado que ya era hora de cenar. Sentáronse ambos á la mesa con la jóven, que por la conversacion conoció Huberto que era la esposa del viejo. Nuestro peregrino no babia tenido tiempo para apreciar los descubrimientos de su huésped; pero le miraba como á hombre sabio é ingenioso. ¡Si fuera este, decia Huberto entre sí, el artista que busco! ¡sería cosa bien particular haberle hallado cuando ménos lo pensaba!

Lleno de esta dulce esperanza, se propuso sondear á su huésped, para saber si era modesto como parecia desinteresado: miéntras cenaban le preguntó si habia ya publicado algun descubrimiento importante. — Ninguno, amigo mio, ninguno; no soy yo de aquellas gentes que van pregonando su ingenio y sus obras; soy absolutamente desconocido; vivo aquí solo con mi mujer, á un cuarto de legua de la ciudad, adonde nunca voy: me divierto inventando, trabajando, y de este modo soy feliz. — Pero si podéis ser útil á vuestros semejantes, ofreciéndoles el fruto de vuestros trabajos, os pueden acusar de que viváis tan oscurecido. — Diriais bien si los hombres fuesen dignos de que se les instruyera; pero ¿iria yo á decirles que tengo mas disposicion y talento que ellos?

me maltratarian, me despreciarian y confundirian entre la hez del vulgo, y perderia mi felicidad y sosiego por unos ingratos. No, amigo mio: los hombres no aman la verdad, y por eso es preciso guardarnos de decírsela. — Sin embargo, ¿si os llamaran y recurriesen á vuestras luces?... — ¿Quiénes? No os ocultaré que he hecho algo, bien poco, para comunicar mis conocimientos; pero ha sido en vano. Cuando haya perfeccionado mis descubrimientos, lo único que pienso es embarcarme con todas mis máquinas, llevarlas á reinos extraños, y salir de ellos así que las haya despachado á buen precio. — ¿Es posible? ¿privaréis á vuestra patria?... — Mi patria no me merece: yo necesito recompensas dignas de los servicios que puedo hacer á la humanidad; en una palabra, ó millones ó nada. — Conque si yo, por ejemplo, fuese enviado por una sociedad académica para conocer los artistas, juzgar sus inventos y adjudicar un premio honorífico á quien fuese mas digno, ¿nada lograria con vos? — Nada, señor, nada absolutamente. ¿Qué me importa el lauro? dinero es lo que busco, porque el oro vale mas que la fama y los honores; dentro de dos ó tres meses daré una vuelta por la Europa, y espero hacer una fortuna muy considerable. — Os la deseo, caballero.

No insistió mas Huberto: cenó, se acostó, y al otro dia muy temprano volvió á ponerse en marcha, desesperado de haberle salido por segunda vez fallidas sus esperanzas.

¡Qué raro es el hombre que me ha hospedado? decia Huberto miéntras caminaba. No he tenido tiempo para examinar las máquinas que dice haber inventado: muy buenas pueden ser; pero si de nada valen, tenemos otro loco, cuyas ideas son dignas de compasion; por el contrário, si sus inventos pueden ser útiles á la sociedad, es un monstruo en sepultarlos ó estimarlos en exorbitante precio; y para colmo de su crímen, quiere privar á su país de un bien que le debe; porque á su patria, y no á los reinos extranjeros, debe todo hombre su genio, su tiempo y su talento. Supone que su nacion le será desagradecida; pero ¿quién se lo ha dicho? ¿de dónde lo infiere? ¿Bastan algunas indicaciones vagas, acaso hechas con altanería y orgullo, para hacer conocer y apreciar la utilidad de sus descubrimientos? ¡Ah! estos hombres que aman la oscuridad, y se vanaglorían de no hacer alarde de sus talentos, no son tan modestos y desinteresados como parecen: una soberbia refinada es la causa de su fingido desinteres; y el exceso de su amor propio, unido al desprecion con que miran á sus semejantes, los contiene para no entregarse al cansancio de las

pretensiones. Yo no sé si preferiria un hombre que hubiese hallado la piedra filosofal y reservase el secreto, á otro que creyendo haberla encontrado manifestase deseos de hacerle conocer: á lo ménos este busca el ser útil; pero el otro es un vil egoísta contra quien clama toda la naturaleza. Vamos, Huberto; vamos, amigo; no hay que desmayar: este hombre vano y codicioso no es el que tú buscas: sigue tu peregrinacion, continúa tus investigaciones, aunque al parecer vuelvas el último de tus hermanos.

Así discurria Huberto, á quien la fatiga y la experiencia hacian cada dia mas filósofo: dejémosle por hora, y sigamos á Graciano, cuyo empeño es buscar una mujer que le ame solo por su talento y virtud.

TARDE XII

LA LIVIANDAD

Es tesoro en la hermosura
El ruboroso pudor,
Con que el virginal candor
Ennoblece un alma pura
Mas es punible locura
La seduccion disfrazada,
Que en apariencias velada
De ternura y de inocencia,
El decoro y la decencia
Insulta desenfrenada.

Esperaban con ansia los hijos de Palemon la hora de su reunion vespertina, porque deseaban saber los acontecimientos de Graciano: llegada aquella y reunidos todos, el padre tomó el libro y leyó lo que sigue:

CONTINÚA LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

CAPÍTULO IV

El castillo.

Graciano era un jóven de excelentes cualidades, y aunque no conocia prácticamente el amor, tampoco carecia de medios, ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pretensiones. Yo no sé si preferiria un hombre que hubiese hallado la piedra filosofal y reservase el secreto, á otro que creyendo haberla encontrado manifestase deseos de hacerle conocer: á lo ménos este busca el ser útil; pero el otro es un vil egoísta contra quien clama toda la naturaleza. Vamos, Huberto; vamos, amigo; no hay que desmayar: este hombre vano y codicioso no es el que tú buscas: sigue tu peregrinacion, continúa tus investigaciones, aunque al parecer vuelvas el último de tus hermanos.

Así discurria Huberto, á quien la fatiga y la experiencia hacian cada dia mas filósofo: dejémosle por hora, y sigamos á Graciano, cuyo empeño es buscar una mujer que le ame solo por su talento y virtud.

TARDE XII

LA LIVIANDAD

Es tesoro en la hermosura
El ruboroso pudor,
Con que el virginal candor
Ennoblece un alma pura
Mas es punible locura
La seduccion disfrazada,
Que en apariencias velada
De ternura y de inocencia,
El decoro y la decencia
Insulta desenfrenada.

Esperaban con ansia los hijos de Palemon la hora de su reunion vespertina, porque deseaban saber los acontecimientos de Graciano: llegada aquella y reunidos todos, el padre tomó el libro y leyó lo que sigue:

CONTINÚA LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

CAPÍTULO IV

El castillo.

Graciano era un jóven de excelentes cualidades, y aunque no conocia prácticamente el amor, tampoco carecia de medios, ni

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para inspirarle, ni para hacerlo creer, pues era músico y poeta. Vistió un traje pobre y emprendió su camino... Pasáronse algunos dias sin que le ocurriese cosa notable; mas una tarde, ya cerca de anochecer, distingue un antiquísimo castillo almenado y rodeado de fosos, pero descuidado y casi amenazando ruina. Las ideas de Graciano eran un si es no es quijotescas, y no tardó en figurarse que aquel vetusto edificio quizá serviria de prision á alguna inocente beldad oprimida por un bárbaro é inhumano perseguidor... su imaginacion se exalta... cree oir lamentos... deseaba ser el paladin de la cautiva belleza... se figuraba el castillo decorado de sótanos y puentes levadizos, animado por el opresor y la oprimida; con su correspondiente acompañamiento de enanos, de dueñas y de sayones, y su música de trompas y chirimías.

Absorto en tan extrañas meditaciones, estaba el buen Graciano contemplando el castillo, cuando distingue luz entre las celosías de una ogiva ventana y oye una voz hechicera que canta lo siguiente:

Jóven caminante,
Que mustio transitas,
Espera un instante
Y díme tus cuitas.

¿Qué penas, qué azares
Afligen tu pecho
Con rudos pesares?
¿Acaso te han hecho
Su víctima amores?
¿Ó tal vez meditas
Finar los dolores
Que en tu mente agitas?

Bello caminante,
Cuéntame tus cuitas.

¿Dónde se encamina
Tu marcha furtiva?
Si es que tu divina
Beldad te es esquiva;
Si labra implacable
Tormentos que evitas;

Jóven apreciable
Que el amor excitas;

Aun hay quien amante
Alivie tus cuitas.

Admirado quedó Graciano al oir una cancion tan conforme con sus poéticos ensueños; duda si es efecto de la casualidad ó de alguna invencion prevenida para sorprenderle. Sea lo que quiera, la aventura le parece maravillosa y resuelve llevarla adelante. Decide, improvisa y canta las coplas siguientes, imitando el mismo aire y estilo de la dama:

Beldad soberana,
Que afable me invitas
Con voz sobrehumana,
Escucha mis cuitas.

De amor los vaivenes
No afligen mi pecho;
Ni ingratos desdenes
Me causan despecho:
Mas solo en el mundo-
Penas infinitas
En tedio profundo
Me sumen; si evitas

Mi muerte, señora,
Escucha mis cuitas.

Vagando en la tierra
Sin bien, sin consuelo,
No creo se encierrra
Mi dicha en el suelo.
La voz melodiosa
Con que á amar incitas,
De mi alma afanosa
Ansias inauditas,

En gozo las trueca
Si escuchas mis cuitas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estos versos, cantados con voz sonora y expresiva, fueron oidos por la dama que los habia provocado; pero no tuvo por conveniente coronar tan pronto el improvisado amor del peregrino; al contrário, bien fuese temor, ó vergüenza de haberse en cierto modo empeñado en una aventura, cantando, por distraccion, unos versos que habia aprendido en otro tiempo, lo cierto es que tomando la luz se ausentó de la estancia en que cantó, sin dirigir siquiera un suspiro al pobre caminante, á quien acababa de electrizar. Bien advirtió Graciano que la luz desaparecia; pero siempre lleno de ideas caballerescas, creyó que la castellana, sensible á su cancion, iba á dar órdenes para que fuese conducido á su presencia. En esta confianza esperó largo tiempo; pero en vano, pues nadie pareció: al cabo de una hora exclamó Graciano: ¡Cuál es la extravagancia del corazon humano! Bien veo que cada uno tiene un grado de sensibilidad que gasta enteramente en exterioridades, no quedando ni una sola centella dentro del alma. Muchas personas se enternecen á la mera narracion de un rasgo generoso, y no serian capaces de hacer el mas leve beneficio. Los hombres mas viciosos son los que en público aplauden la virtud con mayor entusiasmo: por ejemplo, esta mujer ofrece hospitalidad al caminante extraviado; la ternura hace trémula su voz, su acento es verdadero; pero su alma está toda en su cancion, de modo que sus impulsos finalizan con el último acento de su voz; ofrece hospitalidad, se acepta y nadie aparece... Extraviado, y en noche oscurísima, no sé qué camino tomar para hallar un asilo. ¿Qué haré?... Repentinamente decide llamar: pediré, decia, una satisfaccion, me quejaré del lazo que han tendido á mi credulidad, y veremos si es lícito burlarse así de la buena fe de un corazon sensible. Se acerca á la puerta, llama, y nadie le responde: vuelve á llamar. — ¿Quién llama á semejantes horas? — Un peregrino extraviado. — Retiraos, importuno: ¿pensáis que no os han oido? — Pero... — Ved aquí, señora, decia la misma voz con acento de reconvencion, el efecto de vuestras canciones. — Señor, responde la dama, ¿habia yo de imaginar que precisamente se hallase tan cercano un caminante para responderme? — Esposa mia, sois una loca; y algun dia seréis causa de que nos degüellen á todos en este castillo solitario. — Marido mio, siempre tenéis la cabeza llena de ilusiones. — Callad, ó de lo contrário soltaré todos los perros contra vuestro *bello caminante* y entónces podrá de véras contaros sus *cuitas*.

¡Esposa! ¡marido! Graciano se estremeció al oir semejantes

palabras. Presumia que la castellana vivia infeliz con un hombre tan bárbaro que trataba de soltar les perros contra los caminantes: é indignado por su presuncion, se atrevió á decir al marido mil injurias; pero no le contestaron, y solo oyó pasar y repasar cerca de la puerta. La fragancia de los manjares que se disponian en la cocina llegó al olfato de Graciano, que estaba hambriento, no tenia donde recorgerse, ni quien se compadeciese de su triste situacion. Por fin, se decide á subirse á un árbol, y dormir en brazos de la naturaleza, que nunca niega la hospitalidad á sus hijos. El que le pareció mas á propósito fué uno que precisamente estaba inmediato á la ventana de la estancia en que cantaron cuando llegó. Encaramóse á él, y segun iba subiendo, con voz firme y dolorido acento, cantó los siguientes versos:

Lleno de pesares,
un sueño propicio
va buscando ansioso
este peregrino:

Y pues que los hombres
le niegan auxilio,
un árbol frondoso
será compasivo,

Y hospedará grato
al fiel peregrino,
que por la desgracia
se ve perseguido.

Aun no se habia acomodado entre las ramas del árbol, cuando vió acercarse una luz á la ventana consabida, y que despues de un corto rato hacian descender aquella luz hasta quedar depositada en el suelo. Bajó inmediatamente del árbol, acercóse á la luz y vió pendiente de una cinta una linterna, una llave y un papel. Impaciente por saber lo que contenia, se apresuró á desdoblarlo, y leyó lo siguiente:

Estaba yo con mamá cuando ella cantaba la cancion del caminante; tambien he oido la vuestra; y despues he sabido que os han negado la hospitalidad para esta noche: ¡pobre peregri-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

no! Si mis padres han sido tan inhumanos con vos, aceptad el asilo que os ofrece su sensible hija, á quien habéis interesado en extremo. Debajo de la ventana, un poco á la izquierda, hallaréis una puerta que se abre con la llave que os envío : entrad sin miedo : á la derecha hay una sala con una cama, donde podéis pasar la noche; y por la mañana, al iros, cerraréis bien la puerta, y pondréis la llave entre la piedra que veréis al pié del segundo árbol de la hilera izquierda, contiguo á la puerta principal : á nadie digáis nada, porque creerian que hago mal, y el corazon me dice que hago bien. Á Dios; buenas noches. »

Figúrese el lector cuál sería la sorpresa y alegría de Graciano : la carta de la niña le embelesa; es un ángel tutelar destinado á socorrer á los infelices. Graciano ama á esta jóven, aunque no la conoce; y la ama desde aquel momento con la mayor ternura; debe ser bellísima, porque ¿cómo han de ser feas las personas que tienen buen corazon? Á favor de la luz de la linterna halla la puerta, abre, y se encuentra en un cuarto bajo bastante limpio, aunque al parecer inhabitado hacia algun tiempo, adornado de sillas antiquísimas medio destrozadas, sin cama alguna, pero sí un banco que puede hacer su oficio : la comodidad no es mucha, mas Graciano se da por satisfecho.

Ya se disponia á entregarse al sueño cuando oyó bajar por una escalera, y que se detenian á una puerta del cuarto en que se hallaba. — ¿Estáis ahí? — Sí; sois vos quien... — Sí, yo soy; ¿no estáis aquí mejor que en el campo? — Sí, señora; pero no veré el ángel benéfico que... — No tenéis necesidad de verme para aprovecharos del corto socorro que os dispenso. — ¡Amable criatura! perdonad si os molesto; pero ¡la necesidad me debilita tanto! desde esta mañana no he podido reanimar mis fuerzas... — ¡Ah! ya entiendo; deseáis tomar algun alimento : no sé cómo hacerlo para traéroslo, porque me he propuesto no veros; y nadie sino yo sabe que estáis aquí... Sin embargo, si me prometéis que no intentaréis verme, puedo entreabrir esta puerta, y alargaros algunos manjares... pero no, que tendria demasiado miedo. — Hermosa incógnita, yo juro no miraros... — No, no juréis; papá tiene la costumbre de hacerlo, y al oirlo me pongo á temblar : conozco que debo socorrer vuestra necesidad... esperadme; todavía está en la mesa; pronto vuelvo.

Graciano oyó que la niña subia la escalera, y que cerró tras sí una puerta; luego nada percibió; deseaba con ansia verla, y el haberla pedido algun alimento, mas eraefecto de este deseo que

de su necesidad; pero habia ofrecido privarse del dulce placer de verla, y debia cumplir su palabra. Con la mayor impaciencia esperó cerca de una hora; por fin oyó pasos, y vió que se entreabria la puerta desde donde le habian hablado : su corazon empezó á latir violentamente. — Tomad estos manjares, le dijeron; pero volveos de espaldas para no verme, como me lo habéis prometido.

Graciano, vuelto de espaldas, alargó la mano, y recibió lo que le daba la jóven; pero no pudiendo contener por mas tiempo su curiosidad se volvió rápidamente hácia ella; y aun cuando la escasa luz de la linterna no le permitió distinguir mas que el bulto de una mujer, iba á decirle mil ternezas, cuando de improviso se presenta en la estancia un hombre furioso, acompañado de varios criados con luces, y exclama : ¡Imprudente esposa! bien recelé la traicion que meditabas : hé aquí una nueva prueba de tu perversa conducta.

Considérese la confusion de Graciano : la amable hermosura á quien creia deber la hospitalidad; la niña tan hermosa, no era sino una mujer entrada en edad y fea cuanto es posible. Entre tanto que Graciano contemplaba absorto aquella escena, disputan obstinadamente marido y mujer; mas esta, furiosa por verse descubierta á los ojos del peregrino, dirigiendo á su marido coléricas miradas, le dijo : ¿Qué derecho tenéis para espiar mis pasos de esta suerte? — Porque os he visto ir y venir continuamente; porque os he oido bajar várias veces por esa escalera, y porque conozco las infamias que caben en vuestro pecho. Ademas de esto, ¿no os he oido desde arriba fingir la voz, y aplicaros un *papá* y *mamá*, para persuadir á ese forastero que erais la hija de la casa? Muy dichoso me contemplo en no tener hijos, por no verlos pervertidos con el ejemplo de una madre delincuente : ¡ah! ¡cuántas veces maldigo la cadena que arrastro! — ¿Y por qué os la impusisteis? ¿qué erais cuando me dignéheceros dueño de mi mano? nada : todo lo traje yo : os enriquecí, y esta es la recompensa de mis beneficios. ¿Es posible, Dios mio, decia llorando, es posible que así se trate á una tierna esposa á quien se le debe todo? Hombre inhumano, hombre ingrato y sin delicadeza, vos debiais bendecir un lazo que..... — Vamos de aquí, señora, y avergonzaos de la conducta que observáis delante de un desconocido, que si es hombre honrado, hará de vos el juicio que merecéis. En cuanto á vos, dice á Graciano, solo puedo acusaros de la excesiva facilidad con que habéis caido en el lazo que os

armó mi mujer ; porque sin duda creiais que era mas jóven, y no tan fea, á no ser que conociéndola ántes... — Os juro, le contestó Graciano, que nunca habia visto á vuestra esposa, y que aun reputándola por hija vuestra, habria observado la conducta que exigen las leyes del honor. — Bien puede ser; pero sois demasiado jóven para resistir en semejantes casos. Yo sabía muy bien lo que me hacia; y vos convendréis en que conociendo, como conozco, á mi mujer, era preciso no permitir que se albergase en mi casa el *pobre peregrino ;* mas viendo que no sois peligroso, *bello caminante,* pasad la noche en esta sala, y á la mañana tomaréis el camino que se os antoje : buenas noches.

Ya se habia retirado la castellana llena de rabia y despecho; y su marido se retiró asimismo dejando bien cerrada la puerta de la escalera. Probablemente estos tiernos esposos pasarian una noche divertida entre gritos, lágrimas y recíprocos denuestos : dejémoslos reñir, y volvamos á Graciano.

Sin duda se supondrá lo mucho que reflexionó sobre este suceso extraordinario : era honrado y virtuoso, y la conducta de la castellana indignaba su alma cándida. ¡ Cómo le habia engañado ! ¡ qué astucia de mujer ! ¡ fingir la voz, tono y expresiones de una jóven sencilla, para abusar así de la buena fe de un forastero, y afligir cruelmente á su esposo ! Lo que mas daba que pensar á Graciano, era el haber oido decir á la mujer que todo era suyo... Esto prueba que quiso á su marido siendo pobre, y que le entregó sus bienes : luego esta mujer es tal como ahora la busca Graciano. ¡ Y por qué se habrá hecho tan viciosa ! Se pierde en conjeturas, y por fin hace propósito de reflexionar detenidamente, y proceder en su eleccion con el mas severo exámen, porque acaba de ver un ejemplo de la perversidad de las mujeres; y ya no cree que pueda merecer su confianza la primera que se le presente. Sin embargo del asombro que le ha causado la escena que acaba de pasar, se aprovecha del favor que le ha hecho la castellana; cena tranquilo, y duerme profundamente hasta la mañana. Á las seis, un criado llamó á su puerta : Graciano se viste, se informa de la salud del dueño de la casa, y suplica al criado le haga presente su gratitud y su sentimiento por la molestia que le ha causado. Despues le suplica que le indique el camino de Paris, y deja el castillo donde ha recibido tan fuerte leccion.

Nosotros no le seguiremos á Paris, donde, por mucho que trabajó y discurrió, no halló sino coquetas, mujeres muy diferentes del retrato que se habia formado de la belleza que buscaba.

Cansado de las molestias que le causaban sus investigaciones, recibió en fuerza de la experiencia un conocimiento perfecto del carácter de las mujeres; y al fin tomó el partido de dejar una ciudad en que la fluctuacion de las intrigas no convenia á su condicion dulce y sosegada ; y esperando que tal vez la casualidad le presentaria lo que hasta entónces habia buscado en vano, salió de Paris desconfiado de volver á su casa ántes que sus hermanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



AMOR DESINTERESADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XIII

AMOR DESINTERESADO

Prescindir del personal
Interes, de la belleza.
Y amar solo con fineza
La hermosura en lo moral;
Este es el bello ideal,
Es la utopia en el amor;
Quien merezca tal favor
De un dulce objeto adorado,
Puede decir que ha logrado
De prodigios el mayor.

Reunida nuestra tertulia como los tardes anteriores, colocáronse los muchachos en el sitio que cada cual acostumbraba, manifestando, con su silencio y con la vista fija en su padre, el deseo que tenian de saber el fin de la historia de los peregrinos. Palemon prosiguió la lectura en estos términos:

FIN DE LA HISTORIA DE LOS TRES PEREGRINOS

CAPÍTULO V

Los tres prodigios.

Sería interminable esta historia, si á referir fuésemos las variadas aventuras que á los tres peregrinos ocurrieron con ricos que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hacian pasar por efecto de generosidad los caudales invertidos en satisfacer sus brutales pasiones, con pseudos sabios y artistas, que á su refinado egoismo y petulancia daban el título de abnegacion; con mujeres coquetas y livianas, que se atrevian á dar á su libertinaje el precioso título de amor. Despues de mil infructuosas diligencias, Graciano volvió el último á casa de su tio Tomas, donde halló á sus hermanos: solo á él esparaba el tio, para juzgar si sus tres sobrinos habian cumplido la última voluntad de su padre, y partir entre ellos la herencia. Por fin, llega Graciano conduciendo á una jóven, accompañada de su tutor, cuya fisonomía inspiraba respeto. Huberto está sentado junto á Tomas; á su lado se ve un anciano agobiado del peso de los años, y muy pobremente vestido; este era el infeliz que buscaba, y que al fin habia encontrado. Algo mas retirado está Ricardo, hablando con un hombre como de unos cuarenta y seis años, muy bien puesto, que parece ser el rico desinteresado, objeto de su comision. Los tres hermanos se abrazan vertiendo lágrimas de ternura, y se manifiestan deseosos de saber sus respectivas aventuras: su tio Tomas, que tambien lo desea, hace sentar á todos junto á sí. Convienen en que Ricardo sea el primero que las refiera, y este se explica del modo siguiente:

Mi relacion no será larga; os bastará saber que despues de haber buscado inútilmente un hombre rico y benéfico, solamente por el gusto de serlo; y despues de no haber hallado sino libertinos, ambiciosos, y sobre todo multitud de egoístas, me volvia á casa de mi tio, desesperanzado de poder cumplir con mi encargo, cuando llamó mi atencion un hombre que hallé llorando en el camino; parecia atormentado de algun grave pesar; me acerqué á él, y con cuanta dulzura inspira siempre el aspecto de un infeliz, le pregunté la causa de sus sentimientos. Estoy perdido, me respondió; estoy perdido: he suscitado contra mí el odio del mejor de los amos. — ¡Cómo! hablad; explicaos. — Hace diez años que sirvo, ó por mejor decir que soy el íntimo confidente de un hombre rico llamado Berville, á quien pertenece el castillo que veis situado sobre aquella colina; es el hombre mas tierno, mas generoso, y mas digno de estimacion que se conoce: cifra su felicidad en favorecer al desgraciado, pero no como los demas: un solo rasgo os hará conocer su excelente corazon, y la causa de mi desgracia. El señor de Berville tiene un sobrino, que crió á sus expensas por haber quedado huérfano desde la infancia. Procurando su bienestar por cuantos medios le parecian justos, pensó en casarle muy ventajosamente con la hija de un vecino. Cuando esto intentaba, supo que el sobrino estaba en relaciones ya hacia bastante tiempo con una jóven de familia muy pobre, y que de estos amores habian resultado dos hijos. Otro se hubiera irritado; pero este señor solo trató de informarse secretamente de todo lo que entre ambos jóvenes habia mediado. Sus averiguaciones le ocasionaron la mas sensible pena. No hay duda, le oí decir, esta jóven será víctima de la seduccion sin merecerlo. ¿Qué intenciones acompañarán á mi sobrino? ¿Si habrá pensado solamente en satisfacer su pasion, abusando de la credulidad, y abandonarla despues? No será ínterin yo viva. Quiso descubrirlo, y con este fin, obrando con el mayor disimulo, propuso al sobrino que solicitase la mano de la señorita que le designó, ofreciendo dejarle por su único heredero si se decidia á complacerle. El señorito no pudo ocultar su alegría dando por efectuado el matrimonio, mediante la grande influencia que con el padre de la propuesta tenia su tio: le contestó que estaba pronto á cumplir su deseo, pues que no podia proponerle cosa que fuese mas de su gusto, y se retiró brincando de contento. Vi pintada la rabia en el apacible rostro de mi amo; pero se contuvo, quiso disimular aun, prometiéndose dar á su sobrino una fuerte leccion, despidiéndole ademas de su casa si se negaba á cumplir el sagrado deber que á sí mismo se habia impuesto, pues creia conforme con la moral y la razon que reconociese por esposa á la madre de sus hijos.

Una mañana que salí acompañando á caballo al señorito, me habló del casamiento que le proponia el tio, y de lo mucho que halagaba su amor propio la idea de unirse á una jóven tan acaudalada y de esclarecida familia. Como yo sabía lo que proyectaba mi amo, y estaba bien enterado de los amores del señorito y de su conducta, porque se valia de mí en muchas ocasiones, y me hacia mil regallilos, con los que me tenia ganado; le manifesté el grande chasco que su tio le preparaba, si se negaba á dar la mano á Belly, que era la jóven á quien habia engañado.

Débil, imprudente fuí. Con mi relato se enfurece el señorito, jura, desata su lengua contra mi buen amo, y dice que primero consentirá ser hecho pedazos que casarse con Belly: que los hijos de esta no son sus hijos, porque del mismo modo que se ha rendido á sus halagos, no duda que se haya dejado vencer por los de otro, pues todo se ha de suponer en una mujer que se entrega al que no es su marido, ó que al ménos no tiene seguridad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que lo sea. Calmó su furor por un momento, sin duda para preguntarme si era cierto todo lo que yo le habia dicho. Despues de asegurarle que sí, añadí, que informado su tio de que ya no veia á Belly, se habia presentado en su pobre habitacion, y asegurádola que si su sobrino huyese de cumplir como hombre de honor, porque estaba bien informado del tiempo, los amaños, y hasta de las palabras que habia empleado para persuadirla, y de todo lo demas que habia mediado, desde luego la ofrecia ser su amigo, su protector, y el padre de sus hijos. Á Dios, me dice aquel jóven precipitado; á Dios, para siempre. ¡Maldicion, sobre mi tio! y desapareció con el caballo á todo correr. ¡Considerad cuál sería mi turbacion! Conocí entónces mi imprudencia. Volvíme á casa, y dije á mi amo que su sobrino me habia mandado retirar, porque se reunió con dos amigos á quienes yo no conocia, los cuales, segun oí, le acompañarian á su vuelta. Así lo creyó. Llegó la noche, y como no se presentaba, sospechó que le hubiese sucedido algun mal. Sensible el buen tio, no pudo ménos de manifestar su impaciencia. Me mandó que recorriera los caseríos circunvecinos: lo cual hice por disimular, y en ninguno me dieron razon de si le habian visto. Pasaron algunos dias sin saber dónde habria ido á parar; pero ayer recibió una carta mi amo, la que, segun he sabido despues, es de su sobrino. Ignoro el contenido; pero la verdad es que no bien la hubo leido, me hizo llamar, y me dijo: Al instante saldrás de mi casa: y jamas volverás á ponerte en mi presencia: quise hablarle, pero me volvió la espalda.

En este momento acaban de decirme que mi amo ha pasado de nuevo á manifestar á Belly la fuga de su sobrino, y que ha determinado llevar á vivir en su compañia á esta triste jóven con sus hijos, cediendo todos sus bienes en su testamento á favor de los tres.

Así terminó aquel criado su narracion, la cual me conmovió hasta lo sumo. La compasiva ternura del señor de Berville me inspiró el mas vivo interes: hé aquí, dije para mí, el hombre que busco; es preciso que sin perder tiempo me presente á él; en consecuencia propuse al criado que le accompañaria á casa de su amo, y haria que le perdonase: creyóme, y fuimos en busca del señor de Berville. Hice relacion á este hombre generoso del testamento de mi padre, y del objeto de mi peregrinacion, y le supliqué que aceptase en mi herencia la parte destinada al hombre rico y desinteresado. Conozco, añadí, que os hace muy poco al caso este aumento de riqueza; pero sirva tambien á la pobre Belly y á sus

hijos, á estos infelices abandonados por vuestro sobrino. — Sois un hombre franco, me dijo Berville, abrazándome; os creo, y acepto vuestros ofrecimientos en favor de una desdichada, á quien iremos mañana á visitar; y despues os acompañaré gustoso á casa de vuestro tio.

En efecto, á la mañana siguiente fuimos á ver á Belly, á la cual participámos los favores que la fortuna le concedia, á falta de los del amor y del himeneo. Belly se arrojó á los brazos de su tio, pues así queria Berville que le llamase.

Acabada tan tierna visita, volvimos al castillo de Berville, y al dia siguiente nos pusimos en camino para esta casa, donde el buen Berville recibirá la parte de bienes que le señala nuestro padre, como si fuese hermano nuestro: ¿y no lo es? Siempre los hombres virtuosos son de una misma familia; ademas de que la herencia de la ternura paternal debe, por el conducto de tan benéficas manos, aliviar las desgracias del maternal afecto.

La historia de Ricardo interesó infinito á la familia de Deviñes; todos abrazaron á Berville, y cuando hubieron pasado los primeros movimientos de efusion, tomó Huberto la palabra para referir á la sociedad lo que le habia sucedido en su peregrinacion. Su relacion no fué ménos agradable que la de Ricardo. El hombre que acompañaba á Huberto, era efectivamente desgraciado sin merecerlo; la fatalidad fué la sola ocasion de sus desgracias: lleno de conocimientos, nunca habia hallado proporcion para manifestarlos; en una palabra, justificaba absolutamente la intencion del testador. No referiré individualmente la historia de este hombre, que se llamaba Raimundo, en atencion á que no contiene accidentes maravillosos; baste decir que fué adoptado por la familia, y pasaremos á la historia del jóven Graciano, que llenó de placer á su auditorio, diciendo así:

No me admira, hermanos mios, que hayáis hallado lo que buscabais: todavía hay virtud en la tierra: la dificultad es el poderla encontrar; pero siempre se encuentra si se busca con eficacia. Mi empeño era el mas dificultoso. Hablen por mí cuantos me oyen y conozcan el corazon de las mujeres, y convendrán en que yo necesitaba una discrecion y una paciencia consumada; sin embargo, hallé á esta mujer, apreciable sobre todos los tesoros del mundo, y la estáis viendo en la amable Cecilia. ¿Cabe mayor reunion de gracias y modestia? pero no quiero que sonroseen su rostro mis elogios; hablaré de sus virtudes, de las cuales puede gloriarse mucho mas que de sus atractivos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No os referiré la graciosa aventura que me sucedió en un antiguo castillo con una vieja fea y loca; tampoco de las coquetas que he encontrado; el cuadro que voy á presentaros no necesita de sombras, pues debe ser puro como la persona que tengo que pintar en él.

Pasando yo por una ciudad situada á pocas leguas de aquí, oí hablar de Cecilia: todos la pintaban como una mujer de juicio y de talento: decian que hallándose feliz en compañía de su tio y tutor el señor Duval, que entrañablemente la amaba, habia renunciado muchas veces los lazos del matrimonio. Estos lazos, decia interiormente, acaso habrán tenido por principio el interes; los de la estimacion y el amor son mucho mas poderosos; procuremos hacerlos brillar á los ojos de esta insensible Cecilia; pero ciñámonos á las leyes que dicta el testamento paterno; oscureceré bajo un traje humilde la poca frescura de mis facciones; destruiré enteramente el imperio de lo físico; pero nada omitiré para que triunfe el del alma y sus nobles cualidades.

Resuelto á esto, me visto limpia, pero pobremente; me cubro un ojo y gran parte del rostro con una venda negra, mi brazo izquierdo como maltratado en un pañuelo pendiente de mi cuello, y un báculo sostenia mis vacilantes pasos. En este estado, despreciable para el amor, pero interesante para la compasion, me acerqué á la habitacion del señor Duval, y pregunté por él. — Ha salido, me contestó una criada; la señorita está sola. — Pues bien, presentadme á la señorita. Esta me hizo esperar mucho tiempo en un salon donde habia un piano y varios papeles de música; ya sabéis que tengo la voz bastante agradable, y me puse á cantar el primer romance que me ocurrió. Cecilia llegó poco á poco, y la vi, á favor de un espejo, detenerse y aun dar muestras de placer en oirme: yo continué; me dejó acabar, y al volverme, fingiendo que no la habia visto, le pedí perdon de mi atrevimiento. Cecilia se sonrió, y me aseguró que se alegraba de no haberme interrumpido: en seguida me preguntó qué era lo que se me ofrecia. — Señorita, soy un pobre huérfano perseguido de la suerte, y á quien perseguirá siempre la mas cruel indigencia, si no encuentro ocupacion en que pueda manifestar alguna instruccion que tengo: aunque no es de las mayores, creo que podré enseñar música, dibujo y algunas lenguas; por esto me he tomado la licencia de venir á preguntar al señor Duval, si entre sus amigos podria proporcionarme algunos discípulos. — ¿De dónde conocéis á mi tutor? — Señorita, luego que un forastero entra en esta

ciudad, todo el mundo le indica el asilo de la beneficencia y de la... hermosura. — Mi tutor no está en casa; pero no tardará en volver; ¿queréis tomaros la molestia de esperarle? — Con mucho gusto, pues me lo permitís.

Cecilia me acercó una silla, y me obligó á cantar algunos juguetes italianos, que le gustaban mucho: en esto llegó el tutor, á quien me presentó con mucho empeño: hízome este mil preguntas, y al cabo me recibió en su casa para que desde aquel mismo dia diese leccion á su sobrina. Me pareció que la jóven mostraba mucha satisfaccion del resultado de mi visita, lo cual lisonjeó sobremanera mi amor propio. Todos los dias daba lecciones á Cecilia, que las recibia con el mayor placer. Mis fingidas heridas, que yo supuse haber recibido en el ejército, decia que le inspiraban un interes extraordinario; en una palabra, á poco tiempo conocí que me amaba. Leíamos juntos; yo la enseñaba á hacer versos, y aun componia algunos en su alabanza; esto sorprendió al señor Duval, quién me dió á entender algunos recelos. Creí que lo mejor era interesarle á mi favor, confiándole el testamento de mi padre y mis intenciones; podia hacerlo, porque una cláusula de este testamento me permitia tomar cualquiera resolucion conducente al acierto. Exigí el secreto del señor Duval; me lo prometió, y desde este momento tomó sus medidas para proceder de acuerdo conmigo. Al cabo de algun tiempo, cuando creimos que el amor habia echado profundas raíces en el corazon de la jóven, su tutor la propuso un partido muy ventajoso, pero Cecilia no lo admitió. El tutor se fingió enojado, y le dijo que ya conocia que en mí consistia el motivo de su resistencia; pero que al instante me despediria de su casa, lo cual ejecutó, participándome cuanto habia ocurrido. Desde entónces me valí de mil artificios para hablar á Cecilia, y tuve la satisfaccion de ver que se prestaba á mis ideas con la mayor resolucion: me declaró su amor, y cuando vi las cosas en este punto, acordé con el tio que terminase el asunto, haciendo los últimos esfuerzos para experimentar la fineza de su sobrina. Duval no concedió á su pupila, para su última resolucion, sino ocho dias; y esta, viéndose tan apurada, le dijo: Bien conocéis á Graciano; sabéis que es pobre, que tiene figura despreciable, y que si no es á mí, no puede agradar á mujer alguna; pues bien, señor, yo le amo; soy rica, y quiero hacer su felicidad. Disimuló Duval el exceso de su alegría; y continuando su fingido enojo, nunca se mostró mas irritado: reprobó tan extravagante enlace, y se salió despues de haber amenazado á Cecilia con que

eligiese un convento ó el esposo que le proponia. Cecilia me dió parte de estas amenazas; yo me arrojé á sus piés llorando, y suplicándola que no se hiciese infeliz por mi causa; pero ella, con la mayor firmeza, me aseguró que ántes moriria que dejarme, que acudiria á la justicia para librarse de tan tirana violencia; y que cuando no hubiera remedio, viviese seguro de que nadie sería dueño de su mano; que si no se determinaba á huir del poder de su tutor, solo la detenia el justísimo respeto de su opinion. Duval, que nos estaba escuchando, entró á esta sazon y le dijo : no te aflijas, querida : no es tu tio tan tirano como piensas; únicamente ha querido conocer á fondo tus sentimientos ; y pues que ya los sabe, él mismo te dará el esposo que amas, coronando la constancia mas sin ejemplo, y el amor mas desinteresado.

Atónita quedó Celicia al oir las expresiones de su tutor, que le manifestó entónces quién era yo, refiriéndole al mismo tiempo los medios que habíamos empleado para examinar si me amaba únicamente por mis cualidades morales, y acabó esta escena entregándome la mano de Cecilia. Considérese la alegría de esta amable jóven; solo podia compararse con la mia. Al dia siguiente los tres nos pusimos en camino para venir aquí, donde me veis acompañado de un amigo verdadero, de una esposa dulcísima, lleno de placer por esto, y tambien porque vosotros, hermanos mios, habéis concluido una peregrinacion, que nunca creí tuviera fin tan dichoso.

Cuando Graciano finalizó su historia, Cecilia abrazó á sus hermanos Ricardo y Huberto, y en el mismo dia su tio Tomas les entregó la herencia que les habia costado tantas penas é inquietudes. Esta inmensa riqueza fué desde luego dividida en dos partes; la una, reducida á tres, se dió á Cecilia, Raimundo y Berville; este al instante hizo donacion de ella á la desgraciada Belly; la otra parte se distribuyó entre los tres peregrinos, de los cuales Graciano fué el mas dichoso, porque se vió dueño de una gran fortuna y de una mujer perfectísima. Así quedó cumplido el extraño testamento de Pedro Deviñes, y así fueron recompensados el mérito perseguido, la humanidad y el desinteres.

Aquí concluyó la historia de los tres peregrinos, á la que Palemon no dejó de añadir mil reflexiones acerca de los vicios que infestan la sociedad, y lo peligroso que es creer de ligero en la probidad y virtud de los hombres. Es preciso, decia, que cada uno tenga buenas costumbres; es necesario hacer todo lo posible para ser virtuosos; pero no crean los hombres honrados que todas las gentes son como ellos, porque se engañarán con mucha frecuencia. Seguramente me maravilla lo raro del hallazgo de este manuscrito : las tres cintas, encarnada, azul y blanca con que estaba atado, son sin duda emblema de los colores que habian tomado los tres hermanos. Aunque he practicado las diligencias posibles para saber de quién es tan extraño papel, enviando gente al sitio en que le halló Armando, nadie se ha presentado á reclamarlo; sea lo que fuere, su autor desea que se imprima, pues le ha acompañado con una suma de veinte y cinco luises; yo cumpliré su deseo. Retirémonos, queridos, que mañana necesitamos madrugar, pues es dia de descanso, y quiero llevaros á la granja de los Nogales, que dista una legua de aquí : allí almorzaremos, y me alegraré que conozcáis á una mujer tan anciana como respetable, que habita junto á la granja, y debe toda su fortuna á un muchacho mas jóven que Leon, llamado Emiliano. ¿Os admiráis? pues es bien cierto; oiréis su historia, que es muy divertida; y estoy seguro de que os interesará mucho, pues hay lances extraordinarios en la de este niño; pero de nada servirá que veáis ejemplos de virtud, si no los imprimís en vuestros corazones para imitarlos. Espero que no se dirá mañana que os enseñaron el camino seguro y apacible de la virtud y no quisisteis seguirlo : esto sería haceros acreedores al desprecio de los buenos, y á la indignacion de un padre que ha procurado instruiros con la mayor ternura, inspirándoos las máximas mas sanas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XIV

LA CODICIA

¿ De qué te sirve afanar
Por salir de tu pobreza,
Si esa mísera riqueza
Que tratas de atesorar
Al fin no la has de lograr ?
¿ Pretendes vivir gozoso ?
Pues abandona juicioso
Ese afan que te desquicia,
Que aquel que ménos codicia
Es siempre mas poderoso.

¡ Qué dilatada es para los niños la noche que precede á un dia de recreo ! El sueño huye de sus párpados, y cuando llegan á entregarse á él empiezan á gozar de antemano de los placeres campestres. Los saltos, las carreras, los juegos inocentes se ofrecen á su impresionable imaginacion. Se levantan al amanecer, y sus primeras miradas se dirigen al cielo, ansiosos de ver si está sereno : si le hallan apacible, ¡ qué alegría infunde en sus sencillos corazones ! miran la atmósfera, la vuelven á mirar, y saludan á la naturaleza con cuanto entusiasmo cabe en su edad.

Esto es lo que sucedió á nuestros amiguitos : madrugaron mucho, y por fortuna vieron la hermosura del sol, que aparecia sin el menor celaje. Vamos, hombre, despacha; nunca acabas; siempre nos haces esperar ; esto es lo que recíprocamente se decian :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

presentóse en esto su padre, y todos se arrojaron precipitadamente á su cuello, diciéndole : ¿ vamos, papá ? ¿ por qué nos detenemos ? cuanto ántes, papá, cuanto ántes. — Sí, hijos mios ; traedme el baston y el sombrero.

Tres de ellos corren á un tiempo á ejecutar el mandato de su padre, y de allí á un minuto ya están de vuelta : sonrióse el buen anciano al ver la eficacia de sus hijos, y se pone con ellos en marcha. Marcela cierra la puerta de la granja, y tambien se va con ellos. Los muchachos corren, brincan, saltan las acequias y arroyos con demostraciones de la mas viva alegría. Palemon lleva á su lado á Armando, porque este es el apoyo de su vejez, el mas juicioso de todos, y escucha atentamente las sábias razones de su padre, aunque de cuando en cuando le distraen las travesuras de sus hermanos durante el camino.

Como era preciso atravesar el bosquecillo de los Castaños, Palemon permitió á su tropa que descansase allí un breve rato. Apénas el anciano se sentó sobre la fresca yerba, cuando los muchachos propusieron jugar á las cuatro esquinas; se trató de determinar quién se habia de quedar ; y echando la chinita tocó á Leon. Este, en medio de los otros cuatro, se valia de cuantos artificios le sugeria el discurso para pillar á alguno y ocupar su sitio ; ya se llaman, ya corren, ya tornan, riendo y gritando todos con la mayor alegría. Por fin Leon pilló á Benito, que manifestó algun enfado, y le preguntó : ¿ Me has dado tres golpes en la espalda? — Sí. — No, señor, no han sido mas de dos; y de aquí se levantó tal gresca, que no podian entenderse.

¡ Juegos inocentes y puros de la niñez, cuánto conmovéis mi corazon ! ¡ qué de tiernas memorias presentáis á mi imaginacion ! ¿ Qué se han hecho aquellos tiempos en que el cansancio era un placer para mí ? ¡ Ay ! desde que abandonamos los pueriles entretenimientos, empiezan los disgustos inseparables del trabajo y el estudio, y nos atacan las pasiones, que son los mas crueles enemigos de nuestra existencia. ¡ Oh ! ¡ qué gloria es ser hombre ! ¡ pero yo hubiera preferido ser siempre niño !

Cuando se acabó el juego de las cuatro esquinas, Armando y Benito quisieron luchar, pero se opuso Palemon, tanto por lo peligroso del juego, cuanto porque ya habia descansado, y era tiempo de satisfacer su apetito, que era muy bueno.

Cubiertos, pues, de polvo y de sudor, mas encarnados que las rosas, caminaban los muchachos al lado de su padre, pero con mas lentitud que ántes ; estaban algo cansados, y por consiguiente mas serios. Hacian á su padre mil preguntas ingenuas, á las cuales contestaba con la sencillez y claridad que le caracterizaban. Á todas las respuestas que les daba, exclamaban de un modo que embelesaba al anciano, porque veia en sus hijos disposicion para instruirse, y al mismo tiempo notaba la impresion que les causaba aquello que les parecia maravilloso.

Llegaron, en fin, á la granja, situada en un paraje delicioso, y muy proporcionado para no sentir los fuertes calores del dia: servíala como de foso un cristalino arroyo, donde se acercaban á beber multitud de aves domésticas. Muchos nogales apiñados formaban un hermoso bosque ; en una palabra, este delicioso y campestre sitio inspiraba la mas religiosa calma, un respetuoso silencio, y aquel placer tan puro que solo conocen los que admiran los prodigiosos encantos que presenta á cada paso la naturaleza. Así que entraron en la granja nuestros niños, tomaron un frugal desayuno, mucho mas sabroso á su parecer que el de los otros dias, por el apetito que les habia despertado el ejercicio.

Acabado el desaynuo, visitaron toda la granja : y aunque no eran desconocidas sus dependencias á los muchachos, Palemon siempre encontraba motivo para hacerles notar nuevos objetos, á fin de no malograr las ocasiones de inspirarles aficion á las ocupaciones provechosas. Sencillos habitadores de los campos, exclamaba el anciano ; hombres simples y laboriosos, que no conocéis mas necesidad ni mas diversion que el trabajo, ¡ cuán apreciables aparecéis á mis ojos ! Vosotros sois á quienes la tierra encarga el cuidado de fecundarla, cultivarla y recoger sus inmensos tesoros, y en quienes ha depositado sus secretos la naturaleza. Los vestidos que os cubren son para el hombre sensato mas ricos que todos los que ostenta en las ciudades un lujo insolente : empapados están en vuestro sudor, al que debemos nuestra existencia, porque sin él no fecundaran las plantas y semillas que producen nuestro alimento.

Habian recorrido la granja los muchachos, y ya en sus ojos se conocia el anhelo de preguntar á su padre si les haria prontamente conocer á Emiliano, cuando el anciano se anticipó á sus deseos. Ahora, amigos mios, les dijo, venid conmigo á aquella callejuela que desde aquí se descubre, y que se dirige á la aldea cercana ; entraremos por un momento en casa de la buena mujer, de quien os he hablado : vuelvo á deciros que es muy anciana y muy digna de respeto ; disfruta unas conveniencias regulares, y sabréis

de ella misma el suceso que ha ocasionado la paz y tranquilidad que goza en sus últimos años.

Siguieron á su padre los muchachos, y todos seis llegaron en breve á casa de la anciana, que los recibió con la mayor franqueza y cortesía. Felices dias, virtuosa Brígida, le dijo afectuosamente el venerable Palemon. — Buenos os los dé Dios, respondió ella. —¿ Dónde está vuestro Emiliano ? — En la ciudad; necesitábamos algunas provisiones, y mi querido hijo, que bien puedo llamarle así, marchó por ellas esta mañana, y no volverá hasta la noche. —¿ Pero siempre alegre y contenta con vuestra suerte ? — ¿ Y cómo podria no estarlo? Emiliano es todo para mí ; me sirve de padre, de hijo, de cuanto hay mas dulce en la naturaleza ; continuamente estudia y previene mis deseos ; me ama como si fuese su madre, y puedo decir que desempeña todas las obligaciones del hijo mas sumiso y respetuoso ; pero, tomad asiento, señor Palemon : ¿ esta es sin duda vuestra amable familia ? ¡ qué muchachos tan graciosos ! y esta niña ¡ qué buena y qué modesta parece ! acércate, hija mia ; llégate y dáme un abrazo.

La anciana Brígida estrechó entre sus brazos á todos los hijos de Palemon ; luego fué á buscar unos requesones que habia hecho por sí misma, y los convidó á un nuevo desayuno, que aceptaron consintiéndolo su padre, el cual ya sabe que en semejante edad no se cuentan las comidas : luego que acabaron de comer, Palemon dijo á Brígida : He hablado á mis hijos de vuestra historia, y están tan interesados en saberla, que me han empeñado para que os ruegue que vos misma se la contéis : tened esta condescendencia, y con el ejemplo de los felices sucesos que han dado fin á vuestras desgracias, manifestadles que el cielo nunca abandona la virtud, cuando se apoya en la beneficencia y en el trabajo. — Con mucho gusto : y se duplicará mi placer por confiarla á unos niños tan amables y tan bien educados : sentaos todos, y escuchadme atentamente. ¡ Oh ! me han sucedido cosas muy particulares ; en ellas veréis cómo un niño de cinco años enjugó mis contínuas lágrimas, y me hizo dichosa.

La familia de Palemon, impaciente por oir unos sucesos que debian ser interesantes, se estrecha sin hablar en torno de su anciano padre; Brígida está sentada un poco mas léjos, y comienza la relacion de su vida de esta suerte :

No soy, hijos mios, mas que una mujer del campo; pero nac de padres honrados que disfrutaban bastantes comodidades : era mi padre propietario : en la flor de su vida perdió á su esposa y

madre mia, y desde entónces se entregó enteramente á mi educacion. Bañaba este buen padre la tierra con su sudor, y el cielo favorecia sus constantes esfuerzos : todos los años aumentaba su caudal, y de cuando en cuando compraba algunas fanegas de tierra, dando de este modo mayor extension á su patrimonio. Ya os he dicho que gozaba comodidades, y me lo confirmó el doloroso accidente que me privó de este apoyo; pues me vi dueña de una posesion que producia mas de mil y doscientas libras, que en aquel tiempo era mucho.

Habia ido mi padre un dia á trabajar en su heredad, cuando volviendo á la noche por un bosquecillo en que habia muchos cazadores, un escopetazo disparado sin la debida precaucion, le hirió peligrosamente. Nadie le prestó socorro, y quedó tendido en el suelo hasta la mañana siguiente, que unos caminantes le hallaron y trajeron á su casa, debilitado por la mucha sangre que habia derramado, y por la intemperie de la cruel noche que habia pasado : yo habia corrido por mil partes, pero nadie pudo darme noticias de mi padre : en fin, me le trajeron moribundo : todos los socorros posibles fueron infructuosos; le desengañaron de que apénas podia vivir veinte y cuatro horas; y aprovechándose del poco tiempo que le quedaba, hizo llamar á Rogerio, su mozo de labor y amigo, haciéndome acercar al mismo tiempo á su cama. Hija mia, me dijo, hace mucho tiempo que he reparado que amas á Rogerio (en efecto era así), y que él te corresponde. Quiero y debo uniros ántes que muera : recibid la bendicion de un padre que os manda que os caséis, seáis sus herederos, y cultivéis un patrimonio que ha extendido y conservado para vosotros; pero ántes que toméis posesion, debo revelaros, por causas que despues sabréis, un secreto, que nadie lo sabe sino yo... Acercaos mas, porque mi voz se debilita; vais á ser señores de un campo que he regado con mi sudor, y de una casa que yo mismo hice edificar. Dentro de estas posesiones hay un tesoro, el cual bastaria para haceros felices, aunque vivieseis muchos años : yo le he respetado siempre, y hasta el lugar en que se halla : espero que vosotros haréis lo mismo, pues es preciso que cada uno cuente solo con el producto de su trabajo, con lo que de derecho le corresponda, y de ningun modo con lo ajeno, sea quien fuere el que posea ; porque lo mal adquirido, generalmente se convierte en daño del que se lo lleva. Ademas, guardaos de turbar la paz de los sepulcros : temblad si os atrevéis á poner la planta sobre los huesos de los que nos han precedido... Este tesoro... el tesoro de que hablo...

No pudo mi padre proseguir ; un sudor frio cubrió su semblante : la voz se apagó ; hizo varios esfuerzos para continuar, pero le atacó una violenta convulsion, y á muy breves instantes quedó muerto entre nuestros brazos. Figuraos cuál sería nuestra pena : olvidámos el tesoro de que nos habia hablado, y no pensámos ya sino en la dolorosa pérdida de un padre adorado.

Hicímosle los últimos honores, y despues acordámos el arreglar nuestros asuntos : Rogerio entónces me recordó la voluntad de mi padre, y la cumplí, tanto por gusto como por obligacion : Rogerio fué mi esposo. Era hombre de la mas dulce condicion, propio en fin para hacer mi felicidad ; pero tenia un defecto, que fué causa de su pérdida y la mia ; era codicioso, y le atormentaba extraordinariamente la sed del oro. Algunos meses despues, se acordó mi esposo del tesoro de que mi padre hizo mencion : desde este tiempo perdió su natural alegría, mostrándose siempre inquieto y taciturno. Me rodearon mil temores, y le pregunté la causa de su disgusto. El tesoro, me respondió... — Pero, amigo mio, ignoramos el sitio que le oculta : ¿necesitas de él para vivir? ¿no tenemos cuanto podemos apetecer? Deja inútiles proyectos, amado Rogerio, y esperemos del tiempo y de la casualidad que nos proporcionen el hallazgo de ese tesoro. ¿Quieres acaso remover toda la casa, arrancar lo plantado, destruirlo todo? ¿te privarás de tus cosechas, y arruinarás esta habitacion edificada por mi padre, en la que nos hallamos tan bien? Créeme, Rogerio ; olvidemos enteramente un tesoro que nos es inútil. Pues tenemos lo suficiente para vivir, ¿para qué queremos mas cuidados? Te ruego que no pienses mas en eso, y aun exijo de ti que no vuelvas á hablarme de semejante materia : la suerte no ha querido que fuésemos mas ricos : gocemos de los beneficios que debemos á la Providencia, y no tratemos de aumentar nuestros cuidados aumentando nuestra fortuna.

Parecióme que Rogerio cedia á mis razones ; me abrazó prometiéndome olvidar las últimas palabras de mi padre, y volvió al trabajo aparentando su acostumbrada alegría. Seis años pasaron, durante los cuales advertí que mi marido padecia frecuentes distracciones. Tenia proyectos de edificar, y le oia siempre hablar de construir aquí, y derribar allá. Aunque me disgustaban estos designios, no pensaba yo en su verdadero objeto. Llegó, en fin, el momento en que Rogerio habia de ser víctima de su codicia, arrastrándome en su ruina.

Una hermana de mi padre, que vivia distante de nuestra casa

treinte leguas, y de la cual éramos herederos, cayó enferma, y me llamaron á toda prisa, porque preguntaba por mí sin cesar. Abracé á mi marido ; le encargué cuidase mucho de la casa, y me puse en camino. Hallé á mi tia mucho mas enferma de lo que me habian dicho, y no queria que me separase de ella. El tiempo se pasaba, y seguia lo mismo ; yo queria volver á mi casa ; pero el temor de afligir á la infeliz enferma, y perder el fruto de mis cuidados, me detenia. Así trascurrieron ocho meses hasta la muerte de mi tia, y entre tanto sucedia en mi casa lo que voy á referiros.

Apénas me ausenté de Rogerio, cuando el ansia de descubrir el tesoro renació en su corazon : pensó seriamente en buscarlo ; y ocupado en esto, abandonó el cuidado y cultura de sus campos ; llamó trabajadores, y á la cabeza de ellos todo lo revolvió, registró y asoló : ni aun la casa se vió libre de sus locuras ; no dejó en ella techo, tabique ni cimiento que no derribase. Rogerio, en medio de un monton de escombros, apartándolos con sus propias manos, cubierto de polvo, pálido el rostro, palpitando violentamente su corazon, fijos en el suelo los ansiosos ojos con el deseo de que la suerte le deparase el suspirado tesoro, presentaba un cuadro que infundia horror, al mismo tiempo que movia á compasion. ¡ Infructuosas fatigas ! Nada descubrió su avaricia... Despues de trascurrido un tiempo demasiado largo segun su impaciencia, volvió á continuar con mas ahinco sus investigaciones.

En un extremo de nuestra huerta habia un trozo de las ruinas de un antiguo castillo, cuya parte compró mi padre para aumentar su habitacion. En ella, como mejor se pudo, aprovechando los trozos de pared que aun existian, se habian arreglado las cuadras y un cobertizo para encerrar el heno. Aquí es donde Rogerio decidió el trabajar de nuevo. Á fuerza de fatigas y tiempo, por fin descubrió una losa. ¡ Cómo brillaron sus ojos ! ¡ Con qué perfeccion se retrató en su rostro la imágen de la avaricia ! Llegó al término de sus ansias : aquí está el tesoro ; no hay duda. Todo se suspende en el instante : los trabajadores se retiran. La noche tarda en llegar mas de lo que Rogerio desea : ya son las doce, hora en que ha determinado pasar solo á levantar la losa : ya está con sus picos y palas empleando toda su fuerza para levantarla... (En este intermedio se habia levantado una fuerte tempestad.) Ha vencido : volcó la losa... Un subterráneo es sin duda lo que se descubre : no se detiene á meditar si debe ó no penetrar en él : ata un cordel á la parte de arriba, y con la lámpara, su compañera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nocturna, desciende precipitadamente á este lugar. ¡Pero cuál fué su sorpresa viendo en el centro un sepulcro!... Á la sorpresa sucedió el terror, producido por el espantoso ruido de los truenos, la fuerza de los relámpagos y el silbido de los vientos. Sin embargo, se determinó á levantar la cubierta de la sepultura, que se movia con facilidad, y sus ávidos ojos descubrieron el cadáver de una mujer cuyas facciones y traje (pues estaba totalmente vestida) se hallaban tan bien conservados como si hubiera sido depositada en aquel sitio el mismo dia. Sus vestidos son tejidos de oro y plata; los diamantes mayores y mas finos brillan en su cuello y dedos; todo el cuerpo está sembrado de preciosísimas joyas... ¡y qué hermosa es su figura! parece que duerme apaciblemente... pero ¿qué es lo que tiene en sus manos? una hoja de plata, sobre la cual están grabadas estas palabras, que lee Rogerio:

« El amante que me ha perdido en la flor de mi edad, me ha » depositado aquí con todos los regalos que me habia hecho; y » miéntras ha respirado, todos los dias ha venido á derramar lá- » grimas sobre mi pálido semblante, que era en otro tiempo su » delicia; él solo sabia dónde estaba mi sepulcro. ¡Oh tú, cual- » quiera que seas, si lo descubres, respeta mis cenizas, y llora mi » destino, si has conocido el amor. »

Rogerio no dudó que este era el tesoro que mi padre nos quiso manifestar. ¿Qué hará? ¿me dará parte de este suceso? Grande era su turbacion, y se detuvo á reflexionar... Se acordó de las últimas palabras de mi padre, y las repitió: « ¡Guardaos de turbar la paz de los sepulcros: temblad si os atrevéis á poner la mano sobre los huesos de los que nos han precedido! » Este cadáver es sin duda del que hablaba; luego sabria por dónde se podria llegar al sepulcro: ¿y por dónde seria? ¿es posible que yo no haya descubierto otra entrada?

Dejémosle abismado en sus reflexiones. ¡Infeliz! su codicia le precipitaba en una total ruina, y me arrastraba consigo en la desgracia. ¿Cómo podré, hijos mios, contaros el lastimoso suceso que se siguió á este descubrimiento de mi marido? ¡Ah! ¡quedarán vuestros corazones traspasados de dolor! Pero el dia se adelanta, y tengo muchas cosas que hacer; permitid que deje para otro dia la continuacion de una historia que me conmueve en extremo.

Calló Brígida, y Palemon, que no sentia ménos que sus hijos esta interrupcion, suplicó á la anciana que fuese á pasar la tarde á su granja; no pudo acceder por las muchas ocupaciones que

entónces tenia; pero ofreció complacerle en la siguiente tarde, con la expresa condicion de que la acompañaria su hijo adoptivo Emiliano. Palemon se despidió con gran sentimiento de sus hijos, que durante el camino no hablaron sino del disgusto que experimentaban por no haberse continuado una historia, que sin duda tendria relacion con la de Emiliano.

Así que llegó á su casa la familia de Palemon, que con el paseo habia adquirido nuevo apetito, comió alegremente, y pasaron la tarde jugando, porque ya se ha dicho que era dia de descanso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XV

LA PROBIDAD

Cuando de ajenos caudales
Acaso el hado arbitrario
Te hiciera depositario,
Pon tus conatos leales
En conservarlos cabales,
En aumentar su valor.
Devuélvelos sin dolor
Y con semblante halagüeño
Al reclamarlos su dueño,
Y guarda ileso tu honor.

El dia siguiente lo pasaron los hijos de Palemon ocupados en sus acostumbradas tareas, que concluyeron ántes de lo que solian para estar ya libres cuando Brígida viniese con su Emiliano, á quien tanto deseaban conocer. Acudieron temprano al terrazo, y no apartaron sus ojos de la puerta, hasta que á breve rato vieron entrar á Marcela y á la buena Brígida apoyada en el hombro de un jóven de catorce á quince años, que sin duda era Emiliano; quedaron atónitos nuestros amiguitos, pues esperaban un muchacho mas jóven que ellos, y veian un mozo casi enteramente formado; no reflexionaban que se les habia hablado de un suceso de muchos años atras, pero pronto se ilustraron sobre este punto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Brígida presenta su hijo adoptivo; todos le abrazan, y luego continúa su relacion en esta forma:

Rogerio pasó la noche pensando únicamente en el cadáver, y en el tesoro que habia encontrado. Á la mañana siguiente vinieron los peones de su mayor confianza, y le hallaron en la mayor agitacion; pero no pudiendo sacarle una palabra se retiraron. Pasáronse varios dias sin que Rogerio pudiese superar la turbacion á que estaba entregado. Combatido del deseo que tenia de despojar el cadáver, y del terror que le inspiraba este mismo deseo, enfermó á poco tiempo.

Entre tanto corrió la voz de que pasaban cosas extraordinarias en casa de Rogerio: y como no era él solo dueño del secreto, pues se lo habia confiado á un amigo, este lo divulgó todo: la justicia se mezcló en el asunto, y á fuerza de diligencias llegó á descubrir el sepulcro. El noble que habia vendido esta parte del edificio, hombre tan codicioso como Rogerio, supo que en aquel sitio se habian hallado inmensas riquezas, y se presentó á hacer valer sus derechos. Rogerio, algo restablecido de su enfermedad, sostuvo que el tesoro pertenecia á quien le habia hallado; pero el noble, que tenia mucho favor, ganó el pleito; y Rogerio, confundido, desesperado, y temiendo mi resentimiento, se expatrió, llevándose los pocos efectos de valor que nos quedaban, dejando solo las paredes de nuestra habitacion medio destruidas.

Ignoraba yo todos estos sucesos, y al propio tiempo me sucedian nuevas desgracias. Murió mi tia, y entónces se descubrió que unos parientes mal intencionados habian robado casi todo cuanto tenia ántes que yo llegase á su casa; de modo que despues de su muerte no hallé sino algunas deudas, y nada con que pagarlas. Sin embargo de este contratiempo, me consolaba pensando en que volveria á la compañía de mi marido, á cuya sombra pasaria mis dias hasta la ancianidad mas remota. Partí, pues, para mi casa, y considerad cuál sería mi dolor al hallarme sola, sin casa, sin muebles, y despojada de mis heredades, pues los trabajadores las habian hecho vender con autoridad de la justicia para ser pagados de sus jornales; en fin, supe las desgracias de un hombre demasiado ambicioso y su fuga, que fué el colmo de mi dolor, pues me dejaba sin el menor recurso: ¡qué horrible situacion!

Fué preciso aplicarme al trabajo para mantenerme; pero tantos disgustos alteraron mi salud, y una enfermedad aguda me condujo á un hospital. Á esta enfermedad se siguió una parálisis, de la cual todavía me resiento algunas veces: así pasé treinta

años, rodeada de las angustias de un mal que se juzgaba incurable, de hospital en hospital, entregada á la compasion de los que en ellos se dedican al socorro de la humanidad. En fin, mis males se aliviaron cuando ya tenia cincuenta años; ¿qué partido podia tomar en semejante edad? Me resolví á mendigar, y sentada todos los dias á la orilla de un camino, busqué mi manutencion en los corazones caritativos.

Un dia que yo pasaba por mi perdida patria (porque rara vez me detenia en unos mismos lugares), me ocurrió el volver á ver las ruinas de la casa en que habia nacido, recibido la mejor educacion, donde habia muerto mi padre, y con él toda mi felicidad. Era casi de noche: me acerqué á las ruinas, me senté sobre una piedra, y á impulso de las reflexiones que me inspiraban mis fatigas, exclamé: ¡He perdido este asilo de mi infancia, que entónces era asilo de todas las virtudes! ¡Cuál está la casa construida por el padre mas tierno y amoroso! ¡se ha convertido en albergue de aves nocturnas! ¡Dios de la bondad! ¡en qué abismo de males me ha sumergido la codicia del hombre que me destinaste para compañero!

Historia del niño Emiliano.

En tanto que yo desahogaba mi pecho con estas exclamaciones, un niño como de cinco años, muy bien vestido, corriendo á mas no poder, y derramando lágrimas amargas, pasó por el camino, se detuvo á mis dolorosas quejas, y me dijo sollozando: Señora, ¿habéis visto á mamá? — ¿Tu mamá, querido? ¿pues qué, la has perdido? — Sí, sí: la he perdido: ¡no puede ménos, porque no la hallo en este camino! — ¿Es posible? acércate, querido; no tengas miedo; escúchame. — Eso no; yo no os conozco, y solo quiero ver á mi mamá. — ¡Recelas de mí! ¡ah! ¡si me conocieses!.... Soy una pobre mujer; en otro tiempo tuve aquí mi casa, y ahora pido limosna para vivir. — ¿Limosna? ¡pobre mujer! ¡cuánto me alegro de tener dinero! tomad, tomad; esto es mio; no es de mamá, pues me ha dicho que hiciese lo que quisiera con ello... Vamos, tomad. Diciendo así, el niño me puso en la mano algunas monedas: yo no sabía si debia ó no tomarlas; pero admiraba el buen corazon de esta criatura, que olvidaba que se habia extraviado, por socorrer la indigencia. Amigo, le dije, acepto tu regalo; y me alegraria de poderte ser útil: ¡cuán dulce me sería el llevarte á tu madre, que estará llena de inquietud! ¿Cómo te

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llamas? — Emiliano. — ¿Emiliano? ¡pobre muchacho! ¿Y tu madre? — Madama Leclerc. — ¿Tienes padre? — Dicen que sí; pero nunca le he visto. — ¿Conque te ha educado tu madre? — Sí; ella sola con mi aya. — ¿Y en dónde vives? — En una ciudad muy grande...,. nunca me acuerdo de su nombre. — Pero ¿adónde vas, de dónde vienes, y cómo has perdido á tu mamá? — Esta mañana me tomó en brazos llorando, y me dijo: Emiliano mio: nosotros vamos á buscar á tu padre para vivir siempre con él; ven conmigo; tú le abrazarás, y le harás muchas caricias, porque ha padecido mucho por ti, y yo tambien. — ¿Y luego? — Luego, mamá y mi aya han hecho unos paquetes que han puesto en un coche grande, en el cual nos hemos metido; yo estaba muy contento, porque decian que íbamos muy léjos. Mamá lloraba mucho, pero yo no estaba tan triste como ella, y hablaba con mi aya. Al tiempo de ocultarse el sol, tres hombres muy grandes han hecho detener el coche; iba á preguntar si era mi papá; pero dos de estos pícaros me han arrebatado de los brazos de mamá, á pesar de sus gritos y los de mi aya. Me parece que otro ha entrado en el coche, que ha echado á correr. Yo gritaba y lloraba mucho: los dos pícaros que me tenian, me parece que eran criados, porque tenian franjas por todo el vestido, y me causaban un miedo terrible. De repente oyeron que venian dos caballos, me tiraron á un hoyo, y eseaparon como si fueran ladrones. Muy bien he oido pasar los caballos delante de donde yo estaba, porque iban corriendo á mas no poder. He salido del hoyo, y me he venido por aquí para hallar el coche, ó alguno de los que van corriendo á caballo, que acaso me llevará donde esté mamá; pero estoy muy cansado, y sin remedio perderé á mamá: ¡Dios mio! ¡qué será de mí!

La relacion sencilla de Emiliano me dejó sumamente enternecida; le abracé y procuré consolarle lo mejor que pude. Como la noche avanzaba, era preciso tomar alguna resolucion, pues no debia dejar al niño solo en medio de los campos, y me determiné á pasar con él la noche en alguna parte. Querido, le dije, te has extraviado, y ahora es imposible hallar á tu mamá; ven conmigo, que mañana haré cuanto sea posible para dulcificar tu cruel situacion... ¿No quieres venir, hijo mio? — Señora... sí por cierto..... ¡Dios mio! ¡mamá! ¡mamá! El muchacho no se atrevia á decirme que mas queria á su mamá, y esto era muy natural. Le tomé de la mano, y le llevé al pueblo inmediato, donde le hice cenar y acostarse lo mejor que pude. Sin duda que extrañarian las gentes ver á una mujer anciana y mendiga con un niño hermoso como un ángel, y vestido con el mayor primor. Sea lo que fuere, el muchacho durmió poco, pues le oí suspirar con frecuencia; yo dormí ménos, y estuve haciendo mil reflexiones. Lo que me dijo relativo á su madre, me hacia sospechar que era hijo de un amor perseguido. ¡Cuánta sería la tristeza de una madre, que tal vez en aquel momento lloraba amargamente la pérdida de su hijo! Me interesaba mucho por esta inocente criatura, pero no tenia recursos para ampararle. ¿Qué debia hacer, Dios mio, qué debia hacer en tan dura situacion?

Llegó el dia, y aun no sabía el partido que deberia adoptar. Ya se habia levantado Emiliano, y procuraba vestirse por sí mismo; acudí á ayudarle, y primero le abracé tiernamente. Al tomar su casaca, advertí que pesaba mucho, observacion que no habia hecho la noche anterior, y le dije: ¿Qué tienes en los bolsillos, querido? — Mirad, me respondió con franqueza, pero al mismo tiempo con cierto aire de misterio: me parece que sois una buena mujer; yo no se lo diria á otro, porque podria ser un ladron; pero cuidado, que nadie lo sepa; los dos somos ricos, y hasta que encontremos á mamá, tenemos con que andar en coche. — Pero, hijo mio, ¿cómo puede ser eso? — Ahora os lo diré, con la condicion de que lo tomaréis todo, y gastaréis por mí, porque yo soy muy pequeño para... — Está bien, explícate; yo te lo suplico. — Ayer mañana cuando entré en el coche con mamá, me hizo sentar á su lado, y me dijo: Toma, amor mio; ve aquí el precio de los males que ha padecido tu padre; por esta miserable herencia no se ha atrevido á confesar tu nacimiento; yo la deposito en tus manos para que tú seas quien se la ofrezca: abre el bolsillo, y cuidado que no toques esta cartera hasta que hayamos llegado; toma tambien este retrato mio; todo se lo darás á tu padre, diciéndole: Papá, á la naturaleza corresponde ofreceros la imágen de la ternura, y los dones de la fortuna que tanto os ha perseguido. Mamá me hizo repetir muchas veces estas palabras, á fin de que las aprendiese bien, y ya veis que no se me han olvidado; ¡qué lástima que no pueda decírselas á papá!

Dicho esto, Emiliano me enseñó una cartera que contenia cien mil francos en buenos billetes. Vi tambien el retrato de su madre, que me pareció jóven y hermosísima; tambien habia dos cartas amorosas, de las que solo pude inferir que los padres de Emilia-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

no, perseguidos por un tio avariento, se habian casado en secreto. Por mi desgracia (mejor diré por la de Emiliano) estas cartas no estaban firmadas; y sus razones eran tan generales, que ni aun pude descubrir la profesion ó empleo de los padres del niño; en una palabra, todo era para mí un profundo misterio. El niño poseia cien mil francos, y me penetraba el corazon cuando con la mayor franqueza y confianza me decia: Tomad, tomad esto para que podáis ir al mercado; y si papá me lo pide algun dia, yo le diré que vos me habéis socorrido y alimentado, y se quedará contento.

Al mismo tiempo me daba el niño mil tiernos abrazos. Tomé el dinero y las cartas; pero no quiso desprenderse del retrato, por mas que le hice presente que podia romperlo. Cuando vi en mi poder esta cantidad, pensé cómo podria emplearla, y en la cuenta que acaso tendria que dar de ella algun dia. Indecisa sobre la conducta que debia observar, por lo delicado de la materia, tomé por fin el partido de ir á consultar este punto con un hombre muy caritativo y virtuoso llamado Laurant, el cual, aunque bastante necesitado, me habia favorecido várias veces. Cogí pues de la mano á mi pupilo, y le llevé á casa del señor Laurant, que ocupaba una estrecha habitacion cerca de aquí. Sorprendióle mucho el caso, y su primer pensamiento fué depositar el muchacho y el dinero en manos de algun hombre público; pero temió á la codicia, y que el niño, despojado de cuanto le pertenecia, fuese á parar á un hospicio. Tomó, pues, otro partido mas prudente este hombre sensato, y nos dijo: Permaneced en mi casa todo el tiempo necesario para las diligencias que debemos hacer á fin de descubrir los padres de este niño: si nada adelantamos, entónces veremos lo que se ha de hacer.

Consentí en esta idea, porque me pareció justa, y Laurant, tomando todas las precauciones convenientes para que no se descubriese el secreto, hizo cuantas diligencias son imaginables; pero trascurrieron tres meses sin que nada se averiguase; por lo cual Laurant me decidió á lo que se avenia mejor con la fortuna y la probidad. Hizo venir á su casa un notario, ante el cual compré la casa en que ayer me visteis, con unas tierras muy fértiles dependientes de ella; pero la escritura se otorgó en nombre de Emiliano, que pasó por sobrino mio; y de este modo, despues de mi muerte, se hallará dueño de estas posesiones, las cuales, con sus mejoras, hubiera entregado gustosa á sus padres si los hubiese descubierto.

Ya veis, hijos mios, que yo procedia segun las reglas de la mas estricta probidad; al ménos así lo creí. Eduqué á mi Emiliano, que desde luego me miró como madre, aunque siempre conserva la memoria de la que le dió el ser, juntamente con el retrato que besa de contínuo, lo que es muy bien hecho; yo soy incapaz de oponerme á los sentimientos de su amor filial.

Así he vivido disfrutando unas conveniencias regulares con mi amado Emiliano, á cuya educacion atendí con todo el esmero posible: presente le tenéis; á él le debo el fin de mis desgracias, el retorno de mi fortuna, y el descanso de mi vejez: mis propios hijos no serian mas respetuosos, dóciles y tiernos. Ignoro si sus padres le han hecho buscar, pero hace diez años que nada se sabe de ellos. Emiliano es huérfano... pero no, no lo es, teniendo como tiene en mí una madre que le ama, le adora, y á quien él corresponde con la mayor fineza; abrazadle, hijos mios, y miradle como modelo de los buenos corazones.

Así acabó la anciana Brígida su relacion, estrechando en sus brazos á su hijo adoptivo, del cual luego se apoderaron los hijos de Palemon. Emiliano, que era dulce y muy sensible, se enternecio en los brazos de sus amigos; y esta escena arrancó lágrimas dulcísimas al virtuoso padre de familia. Todo el mundo quiso luego ver el retrato de la madre de Emiliano, y pasó por manos de todos; luego le recogió Emiliano, le aplicó á su corazon, y despues le dió mil besos. ¡Cuánto deseaban los hijos de Palemon saber los sucesos de los padres de este jóven! tal vez competia su deseo con el de la misma Brígida y su hijo adoptivo. Paciencia, niños; acaso veremos en breve á este Emiliano que tanto amáis, entrar en el seno de su familia que le llora hace tanto tiempo; acaso tambien... pero no anticipemos noticias que inquieten mas á nuestros niños: es forzoso que el tiempo traiga consigo los sucesos, y desarrolle á nuestros ojos el cuadro de las vicisitudes humanas: entónces seguiré fielmente el hilo de esta aventura.

Muy bien se habia empleado esta tarde; Brígida y su hijo adoptivo fueron obsequiados por los hijos de Palemon que les sirvieron várias frutas, leche y otros rústicos regalos. En seguida se retiraron, prometiendo volver algunas veces. Despues que se ausentaron, se habló largo tiempo de la admirable historia que se acababa de referir; y el anciano tomó de ella motivo para sentar una moral excelente sobre la satisfaccion que produce el dar limosna, y sobre la probidad de la buena anciana, que no habia

querido apropiarse unos bienes que la fortuna la ofrecia, y la debilidad de la infancia no le hubiera podido disputar. La moral, cuando se explica con dulzura, es un bálsamo salutífero, cuyo aroma penetra el sentimiento y el espíritu. Nuestros jóvenes amigos así lo experimentaron; se acostaron alegres, y durmieron sosegados hasta la mañana siguiente.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XVI

LA ENVIDIA

Del propio bien descuidada,
Del bien ajeno oprimida,
Está la envidia suicida
En devorarse ocupada.
Mírala desfigurada,
Pálida, triste, ojerosa;
No de su mal pesarosa,
Sino del bien que propicio
Obtuvo en su beneficio
El que ella odia rencorosa.

Los hijos de Palemon se amaban tiernamente; pero el anciano habia advertido que Adela se iba haciendo caprichosa y que abrigaba el deseo de dominar á sus hermanos. Benito por su parte se complacia en oponerse á cuanto hacian los demas, y en particular aquella, que gritaba, lloraba y pateaba á cada momento. Ocurrió la mañana de este dia que Adela dibujaba en la huerta desde donde copiaba un punto de vista. Benito se acercó á ella y le dijo: — ¿Por qué dibujas esa colina? yo la tengo casi concluida para presentarla á padre, y si tú tambien la llevas despreciará mi obra. — ¿Y yo qué culpa tengo? no lo sabía. — Pues debias suponerlo... ¡estaba por hacerte pedazos el dibujo! — Á que no lo haces. — ¿Quieres verlo? — Sí. — Pues mira... y tomando el dibujo lo

querido apropiarse unos bienes que la fortuna la ofrecia, y la debilidad de la infancia no le hubiera podido disputar. La moral, cuando se explica con dulzura, es un bálsamo salutífero, cuyo aroma penetra el sentimiento y el espíritu. Nuestros jóvenes amigos así lo experimentaron; se acostaron alegres, y durmieron sosegados hasta la mañana siguiente.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XVI

LA ENVIDIA

Del propio bien descuidada,
Del bien ajeno oprimida,
Está la envidia suicida
En devorarse ocupada.
Mírala desfigurada,
Pálida, triste, ojerosa;
No de su mal pesarosa,
Sino del bien que propicio
Obtuvo en su beneficio
El que ella odia rencorosa.

Los hijos de Palemon se amaban tiernamente; pero el anciano habia advertido que Adela se iba haciendo caprichosa y que abrigaba el deseo de dominar á sus hermanos. Benito por su parte se complacia en oponerse á cuanto hacian los demas, y en particular aquella, que gritaba, lloraba y pateaba á cada momento. Ocurrió la mañana de este dia que Adela dibujaba en la huerta desde donde copiaba un punto de vista. Benito se acercó á ella y le dijo: — ¿Por qué dibujas esa colina? yo la tengo casi concluida para presentarla á padre, y si tú tambien la llevas despreciará mi obra. — ¿Y yo qué culpa tengo? no lo sabía. — Pues debias suponerlo... ¡estaba por hacerte pedazos el dibujo! — Á que no lo haces. — ¿Quieres verlo? — Sí. — Pues mira... y tomando el dibujo lo

hizo trizas. Adela gritó y le llamó bárbaro, envidioso, atrevido... Benito la amenazó y ella huyó y se encerró en su cuarto.

Palemon lo supo todo, deploraba la obstinacion de su hija, y la brutalidad de Benito, cuyas pasiones nacientes anunciaban un carácter duro é intratable. El buen padre se paseaba lentamente en su huerta, reflexionando con dolor acerca de las fatigas que causa la educacion de los hijos. Este Benito, decia para sí, me ha de dar muchos pesares, si no acudo prontamente al remedio; es atropellado, colérico, envidioso, y ademas de eso nada hace bien, como lo hacen sus hermanos; necesita un terrible castigo, y desde hoy mismo se lo he de imponer sin compasion ni debilidad, y sin atender á los ruegos y lágrimas de sus hermanos, que tienen mejor corazon.

Despues de haber reflexionado así, formó un proyecto raro, pero excelente, para corregir á este muchacho, que continuamente le estaba causando disgustos. De nada se dió por entendido; y segun lo acostumbraba, puso buen semblante á todos, y aun al mismo Benito. Al acabar de comer convidó á sus hijos á dar un paseo en su compañía por el bosque cercano. ¿Habéis visto hacer carbon? les preguntó. Todos respondieron que no. Pues es preciso que lo veáis; quiero que conozcáis todas las producciones de la industria de los hombres, á fin de que sepáis apreciar el valor de las cosas y el trabajo de los que os las procuran. Los muchachos se alegraron mucho de esta proposicion; hasta Benito, que era bastante perezoso, saltaba de alegría, porque lograba estas horas de descanso en sus ocupaciones. Toda la familia estaba dispuesta á partir, ménos Adela; pregunta por ella Palemon, y Benito le dice que está indispuesta y encerrada en su cuarto. Va Marcela á llamarla, y Adela responde sollozando que le duele la cabeza, y no tiene gana de salir: el padre va personalmente á buscarla, y para excusar una delacion que no quiere oir, pues lo sabe todo, le dice: ¿Estás enferma, hija mia? — Sí, señor; y mucho. — Vaya, ven conmigo á tomar el aire, y esto te aprovechará. — Pero, señor, Benito... — Benito vendrá con nosotros y muy contento. — Lo que me ha hecho... — Señorita, yo le mando que no me replique, y baje al instante. — Pero, señor... — ¿Cómo? ¿no he dicho que no gusto de réplicas?

Siguió á su padre Adela; pero durante el camino puso especial cuidado en no arrimarse á Benito; este fingió que no lo advertia, y se entregó á su acostumbrada alegría. Á la média hora de marcha llegaron al bosque, se internaron en su espesura, y

luego advirtieron el humo de una carbonera; Palemon dirigió á ella sus pasos. Un hombre todo negro salió de una cabaña construida debajo de los árboles, se presentó á los muchachos, y les explicó el modo de hacer carbon, las precauciones que se deben tomar, y las fatigas que cuesta este trabajo á los que velan sobre él noche y dia. Maravillados los muchachos, mostraban en su silencio lo mucho que les interesaba esta explicacion. Cuando concluyó el carbonero, Palemon le obligó á sentarse á su lado, y le dijo: ¡Bien duro es, amigo mio, el trabajo en que os empleáis! — ¡Ah, señor, no me habléis de eso! muchas veces me ha cansado este oficio; pero me es preciso seguir la voluntad del cielo, sin embargo de que no me habia destinado á semejante ocupacion. — ¿No? ¿no habiais nacido para tal estado? ¿pues quién ha podido precisaros?... — La desgracia y mi culpa. — ¿Vuestra culpa? — Sin duda: ¡si no hubiera abrigado en mi pecho el odio y la envidia!... ¡qué imprudencia la mia! ahora disfrutaria todos los regalos de la fortuna. — ¿Queréis referirnos vuestra historia? — Con mucho gusto: mi historia no me hace honor; pero tal vez podrá servir de leccion á estos amables niños, para que no se malogren las bellas disposiciones que anuncian.

Los hijos de Palemon se estrechan: sus semblantes indican su curiosidad; observan el mayor silencio, y el carbonero da principio á su historia en estos términos:

Historia del carbonero.

Yo soy hijo de un comerciante de Paris; tenia un hermano y una hermana de tierna edad, cuando falleció nuestra madre. Quedó mi padre solo á la cabeza de su familia; era virtuoso, pero tenia mucha credulidad y poca firmeza. Adoraba en mí, con exclusion de mis hermanos; yo era su ídolo y su oráculo: cuanto le decia era bien dicho, y cuanto hacia bien hecho: los otros sufrian reprensiones contínuas; y la preferencia con que me distinguia mi padre lisonjeaba tanto mi vanidad, que los maltrataba sin cesar, y hacia de este modo insufrible la situacion en que los infelices se hallaban.

Desde los mas tiernos años, mi carácter dominante y envidioso habia sabido hacer á mis hermanos odiosos á nuestro padre, valiéndome para ello de contínuas delaciones, ya verdaderas, ya falsas ó figuradas, segun mis caprichos. Todo lo malo que se hacia recaia sobre ellos; los cuales, gracias á mis informes, eran te-

nidos en concepto de desaplicados, quimeristas, golosos; en una palabra, tenian todos los defectos, y yo todas las virtudes. Daba mi padre crédito á cuanto yo le decia, y por eso resolvió que me quedara en su compañía, y mis hermanos fuesen puestos á pupilaje. Vime enteramente dueño de la casa, y me valí tanto de mi ascendiente, que logré que mi padre no fuese á ver á sus hijos, y no les enviase sino lo muy preciso. En estas circunstancias murió mi hermano de viruelas : desgracia que á mí no me fué sensible, pues tenia un obstáculo ménos contra la dominacion que queria ejercer, y los proyectos que andaba maquinando en mi cabeza; porque aunque solo tenia diez y ocho años, y aunque la disipacion y las pasiones dominaban mis sentidos, no por eso dejaba de atender á lo venidero, y decia para mí : mi padre es rico : su hacienda le produce, sobre poco mas ó ménos, diez mil libras de renta, y dos veces mas su comercio; somos dos hijos; si partimos este caudal, ni uno ni otro seremos muy ricos. ¡ Si yo no tuviese que partir con otro ! ¡ si pudiera desconceptuar á mi hermana con mi padre, de modo que este la desheredase, ó que huyese de casa para siempre, poseeria yo entónces una gran fortuna !

Estas vilísimas ideas se apoderaron de mi corazon de tal manera, que desde el instante en que así pensé, dirigí todas mis baterías para arruinar á una hermana que detestaba : ahora veréis cómo lo dispuse, y el fruto que saqué. Fué mi intencion hacerla caer en un funesto lazo, y para no fiarme de nadie, yo mismo me hice el héroe de esta aventura. Estaba mi hermana en una severísima casa de educacion : por medio de un mozo de recados, á quien pagué muy bien, le hice entregar el billete siguiente :

« Amable Cecilia : me constan vuestros disgustos y triste si-
» tuacion, y como he tenido la dicha de veros, vuestras gracias
» se han apoderado enteramente de mi corazon; soy jóven, bien
» nacido y rico, y desearia saber si admitiriais sin repugnancia
» el rendimiento de vuestro tierno amante. — *Valvil.* »

Cecilia, que solo tenia diez y seis años, leyó el billete, al principio con sorpresa, despues con cuidado, y al fin con emocion. El abandono de un padre, el odio de un hermano, cuyas persecuciones no ignoraba, todo habia sumergido su alma en una tristeza profunda : presentábase un hombre que compadecia sus males, y se interesaba en su suerte : considerábase amada de un jóven noble y rico : ¿ qué mujer en su estado resistiria los asaltos de su imaginacion? Leyó cien veces el billete, y no pudo ménos de suspirar por una situacion venturosa.

Cuando creí que su imaginacion se hallaria ya bastante exaltada, aventuré otro billete pidiendo respuesta ; no la obtuve y lo extrané mucho, pero á la tercera carta me contestó estas pocas palabras : *Señor, haceos conocer, y entónces se os dirá si podéis esperar.* Extremada fué mi alegría : al instante forjé otro enredo, con el cual se hizo creer á mi víctima que el *Valvil* que la amaba era hijo de un hombre riquísimo y muy noble, decidido á no dar á su hijo por esposa sino una mujer de la primera distincion : no olvidé las imprecaciones contra la injusticia de la suerte, y contra el irresistible amor que me rindió á Cecilia la vez primera que la vi paseando con sus compañeras : en fin, que me moriria si no conseguia de ella el hablarla por la noche en la calle del Sena por la ventana del cuarto de una de las colegialas, cuya confianza pude ganar.

Nada es comparable á la turbacion de Cecilia al leer la carta que contenia todo esto. Me respondió que lo que le pedia era un empeño muy aventurado : que no cometeria jamas semejante imprudencia ; y que una vez que no podia esperar que yo la pidiese á su padre, me suplicaba no prosiguiera en importunarla.

No me desanimó esta severa respuesta. Aunque yo era tan jóven, bien conocia el corazon de las mujeres. Una sociedad corrompida, juntamente con la lectura de malos libros, me habia dado toda la experiencia de un libertino de cuarenta años : así pues, proseguí constantemente mi empresa, enviando carta sobre carta.

Me preguntaréis ¿ cómo Cecilia no conocia la letra? En primer lugar, yo la desfiguraba ; ademas mi hermana habia salido muy niña de casa, en la que apénas estábamos juntos un cuarto de hora ; y por fin, ¿ cómo la infeliz podia recelar un proyecto tan horrible de mi parte? Era Cecilia el mismo candor, y nunca habria reparado en la similitud de letras : se creia sinceramente amada ; y aun sin conocerlo, ya correspondia al que la ofrecia su corazon. ¡ Infeliz ! ¿ podia ser engañada con mayor crueldad?

Seis meses de paciencia me costó el conseguir que me hablara. Cuando se verificó, dí por logrados mis pensamientos. Una de sus compañeras, sensible á sus desgracias y á la suerte que se le presentaba, le franqueó su cuarto, al que se trasladó á média noche. Yo habia hecho vestir perfectamente á mi criado, que era un jóven algo fino y de talento ; le habia ensayado el papel que debia representar, porque poco mas ó ménos bien conocia lo que puede decir una jóven en semejante ocasion. Mi criado, pues, representó el papel de Valvil amante y desesperado : yo estaba á corta

distancia oculto detras de un ángulo que formaba la pared, y oí toda la conversacion. Cecilia le hizo mil preguntas, y despues de confesar que correspondia á su afecto, le preguntó cuál seria el término de una pasion que adjuraba si no llegaba á coronarse con indisolubles lazos. Contestóle mi criado que el casarse era facilísimo; que tenia una tia que adoraba en él, y ya estaba enterada de su pasion: que la esperaba impaciente, y que en su casa se casarian de secreto: que ademas, se encargaba esta tia de componer despues el asunto con su padre, porque este era muy bondadoso; y que en fin, aun cuando lo llevase á mal, la tia tenia sobradísimos bienes para recompensar á sus sobrinos lo que por otra parte les pudiesen negar.

Todas estas proposiciones deslumbraron á Cecilia, y pidió tiempo para reflexionar; pero mi criado la estrechaba, no queria dilaciones; decia que se moria de amor, y que se daria de puñaladas á su vista si cuanto ántes no conseguia el objeto de su ternura. Asustada Cecilia, prometió decidirse dentro de ocho dias; y amo y criado nos retirámos muy satisfechos de nuestra empresa.

Al instante levanté otras baterías para sostener las anteriores. Á la mañana siguiente recibió mi padre una carta supuesta de uno de los maestros de la casa de educacion en que estaba mi hermana, informándole de que esta tenia mil defectos, que era muy ociosa, que se presumia andaba un poco distraida, con otras cosas por este estilo. Mi padre me comunicó este tejido de calumnias: yo le determiné á que al punto escribiese á su hija, y le dicté las expresiones. ¡ Cómo quedó Cecilia al leer la terrible carta du su padre ! en ella le decia que habia resuelto abondonarla; que nunca la estableceria; que estaba dispuesto á maldecirla, y otros horrores de igual naturaleza, que oprimieron su sensible corazon. La desgraciada reconocia en todo esto los efectos del odio de su hermano; ¿ qué hará ? si escribe, serán interceptadas cuantas cartas envíe. ¿ Seguirá al jóven Valvil, que la ofrece un destino venturoso? ¡ En qué ideas, en qué confusiones se halla sumergida !

Dos dias despues recibió una carta del supuesto Valvil, y otra de la tia de este jóven, concebida en estos términos:

« He sabido vuestras desgracias, amada sobrina (permitidme » este nombre): no ignoro que Valvil os ama, y yo lo apruebo, » porque todos los informes que he tomado son otros tantos elogios » vuestros. Estad dispuesta el lúnes á la média noche: bajaréis » por la ventana de vuestra amiga, para lo cual se os facilitarán » los medios: si esta quiere acompañaros, yo soy bastante rica para mantener á entrambas: yo misma os recibiré en mis brazos, » y un coche nos trasladará brevemente á mi castillo, donde el » himeneo espera al amor: ¡ qué consuelo será este para mis cansados años ! ¡ y qué dulzura será para vos vivir en el seno de » una tia; y en el del padre de vuestro esposo ! porque conozco » muy bien á mi hermano, y tengo sobre él bastante imperio » para obligarle, despues de vuestro casamiento, á cuanto sea » del agrado de vuestra tierna y amante tia. — *Úrsula de Valvil.* »

Esta intriga carecia del fundamento necesario para alucinar á una mujer que tuviera mas instruccion y experiencia que Cecilia; pero á los diez y seis años, sin conocimiento del mundo y sus seducciones, ¿ era extraño que cayese en el lazo? Esta carta bastó para inspirarle la seguridad de que su amante no la habia engañado, pues que su tia, mujer respetable, aprobaba su eleccion, y aun se prestaba á contribuir por todos los medios á su felicidad. La pobre Cecilia consultó á su amiga, que era huérfana, y tambien sin experiencia del mundo, la cual consintió en acompañarla, y quedaron convenidas en estar dispuestas para la noche siguiente, que era la señalada.

En fin, llegó el momento del rapto, que era el golpe terrible, y se dió felizmente sin que yo compareciese; afecté este dia un fuerte dolor de cabeza, y me encerré en mi cuarto por la noche, pero no pude dormir. Atormentado de la idea del crímen que cometia, recelé que mi padre advirtiese la alteracion de mi semblante, y adivinase la causa: ¡ cuán cierto es que el culpable teme siempre que sus maldades se descubran aun por las personas que están mas léjos de presumirlas !

Durante este diempo, mi astuto criado, en compañía de una vieja infame con quien se contaba para el lance, se trasladó á la calle del Sena; una escala arrimada á la pared facilitó la evasion de Cecilia y su amiga; ambas entraron en un coche en que las esperaba la fingida tia, entró luego mi criado, y se pusieron en camino.

Á la mañana siguiente supe todo lo ocurrido cuando mi padre recibió la noticia por los maestros de mi víctima. Hacia bastante tiempo que estos habian avisado que mi hermana recibia ocultamente papeles amorosos; que muchas veces la habian visto hablando con un jóven por la noche, que sin duda era este el raptor, y que para colmo de tanta maldad, la criminal Cecilia habia seducido á una compañera en sus desórdenes y fuga.

Bien supondréis que adelanté mi perfidia hasta el punto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agriar, en cuanto pude, la indignacion de mi anciano padre. En efecto, le dije, ya me habian hablado de que trataba con un mozo despreciable é intrigante; pero creí que fuese una impostura, pues nunca hubiera pensado que mi hermana fuese capaz... ¡Oh cielos! ¡deshonrar la familia, causar tantos pesares á tan buen padre! ¡Ah! decidios á no verla jamas. Contémosla ya por perdida, padre mio, por perdida para siempre.

Añadí otras mil exclamaciones, y disfruté el cruel placer de oir á mi padre maldecir á su hija, y jurar que la abandonaba enteramente. Mi hermana, al partir con su fingido amante, habia dejado sobre la mesa una carta para mi padre, y yo cuidé de que no la viese; en ella le hablaba de su amor á un jóven rico y bien nacido; de las persecuciones de un hermano bárbaro; y en fin, queria justificarse, en cierto modo, de su temerario arrojo; quemé esta carta como lo habia hecho con otras anteriores, y creí gozar en paz de mi perfidia. Estos sucesos causaron tal pesadumbre á mi padre, que enfermó peligrosamente; yo no me separé de su lado; é hice tanto, que desheredó á mi hermana, y me nombró por su único heredero.

Habia conseguido el objeto de mis maldades, mas no debia disfrutarlo largo tiempo; pronto veréis cómo el cielo disponia los sucesos para castigar el crímen, y dejar triunfante la inocencia oprimida; pero ántes de llegar á la venganza divina, que tanto habia merecido, debo retroceder á la calle del Sena, al momento del rapto de Cecilia, y seguir á esta crédula víctima del odio y ambicion del hermano mas perverso. Sin duda desearéis saber lo que sucedió con el falso Valvil y la supuesta tia; luego conoceréis sus desgracias, y el modo cruel con que quedó desengañada.

Era la média noche y volaban los fugitivos..... Aquí Palemon suplicó al carbonero que suspendiese su narracion, porque tenia que andar média legua para volver á su casa, y temia hallarse de noche en el bosque con su tierna familia. Mañana volveremos, le dijo, y continuaréis una historia que nos interesa infinitamente.

Convino el carbonero; Palemon volvió á la granja con sus hijos, y su conversacion recayó sobre los horribles crímenes del hombre que habian visto; el anciano tuvo cuidado de dirigir indirectamente algunas aplicaciones á Benito y á su hermana; estos bajaron los ojos, pero no tuvieron valor para abrazarse. Palemon quedó indignado de ello, y mucho mas de la obstinacion de Benito, que era el mas culpado, lo cual le decidió á castigarle severamente: en la tarde siguiente veremos cómo se manejó para ello.

TARDE XVII

LA RECONCILIACION

¡Cuán dulce es el abrazar
Á un pariente ó un amigo
De quien el hado enemigo
Nos procuró separar!
¡Cuán bello es el perdonar
Á quien cruel nos persiguió!
Si villanamente obró,
Aprenderá su malicia
Á desterrar la injusticia
Y amar á quien ofendió.

Adela pasó la mañana siguiente encerrada en su cuarto y sin ver á nadie, esperando que su padre le preguntase las causas de su enojo, pero Palemon permaneció silencioso, pues no queria chismes ni delaciones entre sus hijos. Por la tarde volvieron al bosque donde ya los esperaba el carbonero, quien continuó su historia de este modo:

Concluye la historia del carbonero.

Era média noche; hacia largo tiempo que el coche corria, y Cecilia turbada no habia aun examinado las personas que la acompañaban. No respondia á nada de cuanto le hablaban; tal era el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

agriar, en cuanto pude, la indignacion de mi anciano padre. En efecto, le dije, ya me habian hablado de que trataba con un mozo despreciable é intrigante; pero creí que fuese una impostura, pues nunca hubiera pensado que mi hermana fuese capaz... ¡Oh cielos! ¡deshonrar la familia, causar tantos pesares á tan buen padre! ¡Ah! decidios á no verla jamas. Contémosla ya por perdida, padre mio, por perdida para siempre.

Añadí otras mil exclamaciones, y disfruté el cruel placer de oir á mi padre maldecir á su hija, y jurar que la abandonaba enteramente. Mi hermana, al partir con su fingido amante, habia dejado sobre la mesa una carta para mi padre, y yo cuidé de que no la viese; en ella le hablaba de su amor á un jóven rico y bien nacido; de las persecuciones de un hermano bárbaro; y en fin, queria justificarse, en cierto modo, de su temerario arrojo; quemé esta carta como lo habia hecho con otras anteriores, y creí gozar en paz de mi perfidia. Estos sucesos causaron tal pesadumbre á mi padre, que enfermó peligrosamente; yo no me separé de su lado; é hice tanto, que desheredó á mi hermana, y me nombró por su único heredero.

Habia conseguido el objeto de mis maldades, mas no debia disfrutarlo largo tiempo; pronto veréis cómo el cielo disponia los sucesos para castigar el crímen, y dejar triunfante la inocencia oprimida; pero ántes de llegar á la venganza divina, que tanto habia merecido, debo retroceder á la calle del Sena, al momento del rapto de Cecilia, y seguir á esta crédula víctima del odio y ambicion del hermano mas perverso. Sin duda desearéis saber lo que sucedió con el falso Valvil y la supuesta tia; luego conoceréis sus desgracias, y el modo cruel con que quedó desengañada.

Era la média noche y volaban los fugitivos..... Aquí Palemon suplicó al carbonero que suspendiese su narracion, porque tenia que andar média legua para volver á su casa, y temia hallarse de noche en el bosque con su tierna familia. Mañana volveremos, le dijo, y continuaréis una historia que nos interesa infinitamente.

Convino el carbonero; Palemon volvió á la granja con sus hijos, y su conversacion recayó sobre los horribles crímenes del hombre que habian visto; el anciano tuvo cuidado de dirigir indirectamente algunas aplicaciones á Benito y á su hermana; estos bajaron los ojos, pero no tuvieron valor para abrazarse. Palemon quedó indignado de ello, y mucho mas de la obstinacion de Benito, que era el mas culpado, lo cual le decidió á castigarle severamente: en la tarde siguiente veremos cómo se manejó para ello.

TARDE XVII

LA RECONCILIACION

¡Cuán dulce es el abrazar
Á un pariente ó un amigo
De quien el hado enemigo
Nos procuró separar!
¡Cuán bello es el perdonar
Á quien cruel nos persiguió!
Si villanamente obró,
Aprenderá su malicia
Á desterrar la injusticia
Y amar á quien ofendió.

Adela pasó la mañana siguiente encerrada en su cuarto y sin ver á nadie, esperando que su padre le preguntase las causas de su enojo, pero Palemon permaneció silencioso, pues no queria chismes ni delaciones entre sus hijos. Por la tarde volvieron al bosque donde ya los esperaba el carbonero, quien continuó su historia de este modo:

Concluye la historia del carbonero.

Era média noche; hacia largo tiempo que el coche corria, y Cecilia turbada no habia aun examinado las personas que la acompañaban. No respondia á nada de cuanto le hablaban; tal era el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

efecto de su inquietud, y acaso de su arrepentimiento. Su amiga, ménos culpable y mas resuelta, hacia el gasto de la conversacion, porque Laura (que así llamaba) gustaba de hablar mucho. Señora condesa, decia á la vieja, yo he seguido á mi amiga, y sentiria infinito que me separasen de ella; una vez que se case, me quedaré por camarera suya, y no la dejaré hasta la muerte.

La vieja accedia á todo, miéntras que el falso Valvil se ocupaba en distraer á Cecilia, hablándola de sus amores, jurándola una constancia eterna, y añadiendo: Cuando ya seamos esposos mi padre consentirá: ¿no es así, tia mia? ¿no convendrá en todo? — Sobrino mio, yo te aseguro que tu padre para mí es lo de ménos en este asunto. — Pero decidme algo por favor, Cecilia hermosa: oiga yo de vuestros labios siquiera una expresion que me asegure de vuestro amor, porque temo que mi temeridad haya excitado vuestro aborrecimiento.

Cecilia casi nada respondia: desde que entró en el coche empezaron á agitarla mil pensamientos funestos. Veia abrirse un abismo que sin duda la iba á sepultar, y se arrepentia de haber sido tan crédula: ademas observaba que el sobrino y la tia se hablaban al oído, y de cuando en cuando prorumpian en unos extremos de risa que no podian contener, lo cual excitaba mas y mas su inquietud; y á no ser porque Laura la animaba, se hubiera deshecho en lágrimas. En esta situacion pasaron toda la noche, y cuando amaneció ya estaban á diez leguas de Paris. Entónces Cecilia, contemplando las dos figuras que la acompañaban, empezó á temblar. Vió á un jóven de no mala fisonomía; pero que anunciaba en ella la ignorancia y grosería tan propias de su verdadero estado, y á su lado una vieja horribilísima, muy pintado el rostro; reparó que sus vestidos eran sucios, antiguos y muy ordinarios; á esto se agregaba su voz bronca y licenciosas palabras.

Hubiera querido Cecilia comunicar sus temores á Laura; pero no era fácil: esta mas ligera y de ménos discernimiento, no hizo reparo alguno en lo que tanto cuidado infundia á su compañera: por el contrário, lo aplaudia todo, é interiormente se lisonjeaba de gozar en adelante una suerte feliz con personas de tan alta calidad. Cecilia perdió enteramente el uso de la voz, y solo exhalaba algunos profundos suspiros, levantando los ojos al cielo, como para preguntarle si la castigaba por haber faltado al respeto de su padre, al suyo mismo y á las obligaciones de su sexo.

Á la hora de desayunarse entraron en una posada, donde co-

menzó á descubrirse mas el carácter de los dos intrigantes. Nada quiso tomar Cecilia; pero la vieja golosa pidió vino, jamon y otras mil cosas. Entre tia y sobrino despacharon tres botellas de vino, y se bebieron una cantidad considerable de aguardiente: Laura solamente tomó chocolate.

Póngase cualquiera en lugar de Cecilia, y considere las reflexiones que haria. Animados entrambos malvados con la fortaleza de los licores, principiaron á tratar de sus palacios y posesiones, diciendo mil tonterías para suponerse gentes de clase y de fina educacion. Despues que concluyeron de beber, el supuesto Valvil salió, y la vieja se durmió profundamente. La desgraciada Cecilia aprovechó estos momentos para comunicar á Laura sus recelos, y le dijo: ¿Qué gentes son estas á las que nos hemos entregado? ¡santo Dios! ¿pueden darse personas mas groseras y despreciables? — Yo, amiga mia, hace poco que lo he reparado: y en efecto, su exterior, sus palabras y acciones se me hacen muy extrañas. — ¡Ay! ¡qué hemos hecho! ¡qué imprudencia la nuestra! ¿Es este aquel Valvil tan tierno y sensible que me escribia cartas tan llenas de amor y delicadeza? ¿Es este aquel amante tímido y sumiso que me encantó con la magia de su estilo? No es sino un hombre horroroso y detestable á quien aborrezco mortalmente, y con quien me sería la vida insoportable; y esta vieja loca, que se dice su tia, es una de las mujeres mas comunes y despreciables, bebe hasta el extermo de embriagarse, y jura, sin embargo de que he advertido que los dos parecia se querian contener por estar nosotras delante. No es posible, no: no puede ser que estas gentes sean bien nacidas. ¡Oh amiga mia! ¿seré víctima de alguna intriga secreta, ó de alguna traicion horrorosa? ¿habré sido causa de tu perdicion y la mia? Sí, un espantoso vacío se presenta á mi temerosa imaginacion; no hay duda; estoy amenazada de alguna grande desgracia, y estoy ya sumergida en ella á pesar mio... ¿qué digo? ¿á mi pesar? yo, Laura, yo tengo la culpa de todo. Me he entregado á un hombre á quien solo he visto una vez en medio de las tinieblas de la noche. ¿Quién me ha salido garante de su clase, riquezas y probidad? ¿Quién me ha dicho que no me abandonaba á un peligroso seductor? ¡Cecilia! ¡desventurada Cecilia! ¿que es lo que has hecho? ¿qué partido es el que te resta? ¿quién te protegerá? ¡oh Dios mio! ¡oh Dios misericordioso!

La infeliz ocultó su rostro entre las manos, que inundó con un torrente de lágrimas. En vano procuraba Laura consolarla; y ya

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se decidia á una violenta resolucion, cuando vió entrar á su supuesto amante; pero ¡ en qué estado ! Valvil habia vuelto á beber con los mozos de caballos, y estaba casi embriagado: miró á Cecilia, y á médias palabras le dijo: ¿Lloras, muchacha? ¿qué tienes? vaya que no será nada: vamos, mi honradísima tia, ya es hora de volver al coche.

La tia no despertó hasta que sacudida violentamente por el fingido sobrino, se volvió hácia él diciéndole: ¿ Qué diablos quieres de mí, Picard? — ¡ Picard ! exclamó Cecilia. Al momento la vieja advirtió la indiscrecion que acababa de cometer, y procurando tomar el tono y lenguaje de señora, dijo: Perdona, sobrino, porque estaba soñando con un bribon de criado que tenia llamado Picard: ¿ le conociste? le despedí, porque era un borracho. — ¡ Picard un borracho ! Sed mas moderada en vuestras expresiones.

La vieja reparó el fatal estado de su compañero, y temia que cometiese alguna necedad: cortó la conversacion, y subieron todos al coche, donde á breve rato los dos impostores se entregaron á un sueño profundo. Segunda vez se halló Cecilia en libertad de hablar en voz baja con su amiga. Sin conocer á fondo el misterio, estaba enteramente desengañada en cuanto á Valvil y su tia: ademas de esto nunca podria vivir con un hombre tan despreciable: por tanto, se resolvió á permanecer con ellos únicamente hasta que pudiese hallar una ocasion favorable para huir con Laura, la cual tan asustada como Cecilia, consintió en todo.

Pasóse el dia sin que Valvil y su tia pidiesen de comer, ni aun les ocurriese el ofrecérselo á sus compañeras. Por la noche se detuvieron en una venta, donde los dos impostores pensaron seriamente en el objeto de su viaje, conociendo que Cecilia se habia persuadido del engaño que con ella se usaba. Despues de haber caminado seis dias, en que tanto la vieja como Picard usaron de algunas atenciones con Cecilia y su compañera, al llegar al frente de una fonda situada en la division de varios caminos, dijo Picard á la vieja: Querida tia, ya es tarde: si os parece, podemos pasar aquí la noche, y mañana, madrugando, llegaremos á la hora del almuerzo á vuestro castillo. Consintió la tia, se apearon y pidieron un cuarto para cada individuo. Se acostaron, y Cecilia, que no podia dormir, angustiada por el remordimiento de su disparatada resolucion, creyó oir que por debajo de la puerta de su estancia introducian un papel: á poco rato advirtió la marcha precipitada de un coche, exhaló un suspiro involuntario, con el que pareció dilatarse su corazon, y se quedó dormida. No bien amaneció, ansiosa de averiguar si efectivamente era cierto lo que presumia, se levantó, y recogió un papel, cuyo contenido era el siguiente:

« Á Dios, desgraciada jóven: aquí es donde os debo abandonar: » estáis perdida por haberos dejado robar, y mucho mas fiándoos » de gentes desconocidas. No soy Valvil, como habéis creido; ni » la que me acompaña es mi tia, sino una mujer de mala vida, » que tambien se concertó para perderos. »

Ya ve Cecilia realizadas sus sospechas: ya ha comenzado el castigo de su credulidad: ya está perdida. Corre á llamar á Laura que aun dormia, y miéntras esta se viste, vuélvese Cecilia á su cuarto; pero tropieza con una carta que está inmediata á la puerta: la coge y lee lo que sigue:

« ¡ Muy bien, Picard ! veo por la tuya, que mi hermana, mi » crédula hermana, se ha figurado que eres el bello Valvil. Qué » idea tan feliz la mia, de enamorar á mi hermana bajo un nom» bre supuesto, entregártela y alejarla para siempre de mi pa» dre..... Tampoco yo he estado de mas: mi padre deshereda á » Cecilia, y me deja todos sus bienes... Abandona á esa necia lo » mas léjos posible, y ven á recibir el premio debido á tan fiel » criado: entre tanto, morirá el buen viejo porque ya está muy » decaido, y quedaré dueño de todo, pues esa tonta sin recursos » y cubierta de oprobio no podrá presentarse en ninguna parte. » Ven pronto, repito, porque yo he supuesto aquí que habias ido » á pasar quince dias en tu tierra. Quema esta carta. »

Cecilia no dudó un momento que esta carta era mia: la leyó repetidas veces y no podia dar crédito á sus ojos. Informó de todo á Laura y ambas dieron gracias al cielo que las proporcionaba un documento con que justificarse ante un padre irritado... ¿ Pero de qué modo habia de valerse para llegar á postrarse á los piés del anciano, sola y privada de toda clase de recurso?

En la fonda en que se hallaban no se hablaba de otra cosa que de tan extraño suceso: casualmente habia en ella un comerciante de Paris que regresaba á esta ciudad y con objeto de informarse de la verdad del hecho fué al cuarto de mi hermana, la preguntó y ella con toda franqueza le refirió lo ocurrido: quiso saber el apellido y quedó asombrado cuando oyó que era hija de un consocio

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y amigo íntimo suyo. — Yo os presentaré, la dijo, á ese engañado padre; seréis rehabilitada en su cariño, y vuestro indigno hermano sufrirá el castigo que merece.

Habian trascurrido algunos dias y mi padre se hallaba convaleciente de su enfermedad... una noche al volver de una orgía pasé á abrazarle y vi que me recibia con frialdad. — ¿Has tenido noticia de mi hija? — ¿De mi hermana? — Sí, ¿qué sabes de ella? — Señor, no sé qué pensar... ese aspecto..... Nunca os he visto de ese modo. — ¡Porque me tenias muy engañado! Y tu criado ¿cuándo vuelve de su tierra? — Eso él lo sabrá. — Y yo tambien, pues me lo ha confesado todo. — ¡Confesado! Señor no os entiendo. Entónces sale Picard pálido, desfigurado y me dice: Señor, lo he confesado todo, porque vuestro padre nada ignoraba.

Todavía traté de negar; pero mi padre, enfurecido, exclamó: Sal, hija mia, y confunde á este infame con tu presencia.

Ábrese entónces una puerta y aparece mi hermana conducida por un hombre respetable, se postra á los piés de mi padre y le suplica me perdone... mi padre me manda alejar de su presencia y yo huí de la casa paterna para no volver mas á ella. Anduve de ciudad en ciudad, de país en país, solo y pobre, dedicado á diferentes profesiones, hasta pasados mas de diez años que volví á Paris y supe que mi padre habia fallecido revocando ántes su testamento, instituyendo por única heredera á Cecilia, á la cual habia casado con un hijo de su amigo que la habia salvado, en cuya compañía era dichosa. Fuí á verla y me recibió con cariño colmándome de beneficios, pero no pudiendo resistir su presencia volví á ausentarme y me dediqué á este oficio en que me veis.

No en vano he oido vuestra historia, dijo Palemon: justamente aquí hay un señorito que procede mal con su hermana; quiero que se quede en vuestra compañía y aprenda vuestro oficio. Los hermanos quisieron interceder por Benito; Adela se arrojó á los piés de su padre, pero nada consiguieron, ántes bien esta última supo que tambien para ella habia castigo preparado. Todos estaban tristes ménos Benito que con afectada resolucion exclamó: — Al cabo esto no es deshonra. — No, ¿hé? pues bien, estaréis aquí ocho dias que es doble del tiempo que tenia pensado que permanecieseis. — Aunque sean quince estaré, padre mio. — Como gustéis, caballero, pero sobre todo, dijo al carbonero, que trabaje, ya que tan buenos deseos manifiesta.

Benito se quedó en la carbonera y los demas con su padre se retiraron tristemente á su casa, considerando la justicia del castigo de Benito, y cómo él mismo lo habia cuadruplicado por sus soberbias contestaciones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XVIII

LOS INTRIGANTES

Es Proteo el intrigante
Que de formas mil varía;
Adular es su porfía
Solícito y anhelante;
Te ensalza si estás delante,
Detras te desacredita,
La ambicion sola le excita
Á gozar altos favores,
Y entre grandezas y honores
Con mayor frecuencia habita

El siguiente dia se pasó con mucha tristeza; y Palemon para aumentar el temor de sus hijos, mandó que Adela estuviese tres dias sin salir de su cuarto en castigo de haber excitado la envidia de Benito en vez de reducirle con dulzura y cariño. Para distraer en cierto modo la melancolía que la ausencia de los dos hermanos causaba, Palemon resolvió que se leyese aquella tarde una historia del libro grande, en que trataba de dos criados embusteros, que á semejanza de Picard y la vieja su cómplice, se habian vestido de señores con intencion de engañar á otros, solo que estos lo que habian logrado era engañarse á sí propios. Ántes de principiar la lectura dijo Palemon á Leon: Tú que haces versos, y eres el poeta de la casa, podrás, si quieres, formar de este agradable cuento una comedia, ó cualquiera otra composicion

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que mejor te parezca. Los tres muchachos prestan la mayor atencion á su padre, el cual comienza así:

Los embusteros de Milan.

Un intrigante, para conseguir el fin que se propone, emplea cautelosamente todos los medios que le sugiere su imaginacion, por ilegítimos y extraviados que sean, sin reparar en inquietudes ni fatigas; y tal vez se hallarán hombres para los cuales sea este crímen una pasion favorita, de que no desistirian aun cuando se les presentasen mil caminos rectos para lograr lo que desean. Estas consideraciones me recuerdan un suceso bastante extraordinario que acaeció no há mucho en Milan; mas para que el lector se instruya de todas las particularidades, explicaré ántes el orígen y educacion de mis héroes.

Lázaro, era hijo de unas gentes muy pobres; pero manifestó anticipadamente la inclinacion que le arrastraba á ser intrigante. Desde muy pequeño se escapó de su casa robando á su anciano padre una corta cantidad de dinero, fruto de sus penosas tareas. Era gallardo y de agradable rostro: tenia ingenio y cierta facilidad en hablar, con la cual suplia la falta de educacion. Tenia diez y seis años cuando huyó de su casa, y se fué á Roma, donde á la puerta de una fonda muy concurrida se ofrecia á servir á cuantos viajeros entraban ó salian. Su juventud, su aire fino y desembarazado agradó mucho á un jóven frances, que viajaba por solo distraerse. Belmont (que así se llamaba el viajero) examinó á Lázaro, y halló en él las disposiciones y luces que un amo libertino busca en sus criados. Acomodóse, pues, Lázaro con Belmont; viajó con él, y le sirvió con la mayor destreza en todos sus negocios de amores y juego. El amo, embelesado de haber hallado tan buen criado, le recompensó con liberalidad, y aun le interesó en todas las utilidades que resultaban del juego ó de la intriga. Hallándose en Venecia, oyó Belmont hablar de la hija de un rico particular, que debia llevar de dote cuatrocientas mil libras, y se enamoró de ella, ó por mejor decir de su dote. Confió á Lázaro el proyecto que tenia de introducirse en casa de la señorita, y añadió: Tú sabes discurrir é inventar; si logras que yo me case con esta jóven, te daré cincuenta mil libras, y te irás á gastarlas adonde quieras.

Esta promesa despertó la ambicion de Lázaro, quien prometió á su amo hacerle esposo de la jóven veneciana. Al momento fingió ejecutorias de nobleza, cartas de familia, y derechos irrevocables á sucesiones cuantiosas; de modo que representó á Belmont como un caballero muy rico que viajaba para instruirse; extendiendo la ficcion hasta suponer que el padre de Belmont aprobaba con toda su voluntad el casamiento, para lo cual le enviaba una letra de cambio de una gran cantidad, librada contra el comerciante mas opulento de Venecia, y cobrable al instante que se firmasen las capitulaciones: en fin, todo se dispuso tan bien, que padre é hija cayeron en el lazo que se les tendió. Belmont se casó con la jóven que apetecia, cobró el dote, entregó al pícaro criado la cantidad prometida, y huyó con el dinero restante, abandonando á su mujer, que tarde ó temprano debia descubrir la traicion de que habia sido víctima por su necia credulidad y la de su padre. Como Belmont y Lázaro temian ser presos si huian juntos, convinieron en separarse para reunirse á cierto tiempo en Paris. Dejemos al malvado Belmont, y sigamos á nuestro Lázaro, que nos ofrecerá escenas muy cómicas.

El bribon, apénas se vió poseedor de cincuenta mil libras, cuando principió á formar mil proyectos. Bien hubiera podido emplear este dinero, y vivir sosegadamente, si es que un malvado puede disfrutar sosiego; pero resolvió arriesgar su tesoro para aumentarlo; en una palabra, no se hallaba sin intrigar. Habiendo yo conseguido, decia, que el pobreton de mi amo, que nada tenia, se haya casado con una mujer poderosa; poseyendo yo cincuenta mil libras, ¿no he de hallar un partido igual? Vamos, Lázaro, ahora es preciso desplegar todos los resortes de tu genio; esta es la ocasion de emplear todo tu discurso. Volemos á la fortuna, que no protege sino á los audaces.

Hechas estas reflexiones, al momento concibió en su imaginacion el proyecto mas vasto que cupo en cabeza de intrigante, y para ponerlo en práctica salió aquel mismo dia de Venecia. Despues de haber caminado de noche, y por sendas extraviadas, llegó á Milan, en donde mudó enteramente de tono, de vestidos y de lenguaje. Ya no es Lázaro, sino el jóven duque de Eperville, señor frances; y tomó una magnífica casa, criados, en fin, todo el tren de un hombre de la mas alta distincion: recibió artistas, literatos, y algunos periodistas que al dia siguiente insertaron en sus periódicos el artículo siguiente:

«Ha llegado á esta ciudad un gran señor frances, que parece hallarse sumergido en la mas profunda melancolía. Dícese que adandonado de una mujer que amaba, busca fuera de su patria

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una dama de calidad, sensible y dulce, que pueda reparar con los vínculos del himeneo los males que le ha causado el amor.» Á esto se seguian las señas del *señor frances*, con algunas que parecian reflexiones de los periodistas.

Lázaro leyó en los diarios este artículo; le halló á medida de su deseo, y desde entónces se aplicó con todo esmero á sostener el carácter que pertenecia á su papel. En su fisonomía se veia pintada la tristeza: sus ojos de tiempo en tiempo vertian algunas lágrimas, y muellemente reclinado en su sofá, vestido como con desden, aunque elegantemente, esperaba que alguno, ó conmovido ó interesado, viniese á proponerle alguna mujer; pero que fuese muy rica, porque si no, no tenia prisa para casarse.

En semejante estado le encontró la condesa Hortensi, que fué á visitarle. Levantóse Lázaro al ver que se le presentaba una dama elegantemente ataviada, jóven, y de una figura bastante agradable. Señor duque, le dijo haciéndole siete ú ocho reverencias, tal vez graduaréis de atrevido mi proceder, y os pido mil veces perdon de haberos incomodado. He visto en el diario un artículo en que se trata de vos; parece que habéis experimentado los rigores del amor, y yo... ¡ay de mí!... yo tambien puedo contar hazañas de tan travieso niño. Á vuestra vista está la mujer mas desventurada, mis lágrimas os dicen lo bastante: perdonad; pero me es imposible el contenerlas. — Sosegaos, madama, y no queráis con vuestros sentimientos renovar mis heridas, que todavía no están cicatrizadas; y si vos... — ¡Necia de mí! venia á consolaros, y soy quien os aflige; ¿qué vais á pensar de mi? — Que es mucha vuestra sensibilidad, y que nuestros corazones son muy propios para confiarse recíprocamente sus penas. — Las mias, señor duque, son crueles, y sin duda capaces de igualarse con las vuestras. Suponed, desde luego, que mis parientes me sacrificaron en mis mas floridos años entregándome al conde Hortensi, hombre poderosísimo; pero á quien yo no amaba, porque, Laurencio solo era el objeto de todas las ansias de mi corazon; pero... murió... murió el infeliz, y dos dias ántes habia experimentado la misma suerte mi marido en un desafío, promovido por muy leve causa; de modo que en solos cuatro dias perdí mi amante y mi esposo. Si Laurencio hubiera vivido, yo le hubiera hecho dueño de mi mano, y juntamente de toda mi fortuna; entónces habria sido feliz; pero ahora me es preciso derramar eternamente lágrimas de amargura. — Madama, os compadezco; son grandes vuestras desgracias, pero no debéis desesperar de hallar alivio;

en vuestra edad, con tantas gracias, y un corazon tan tierno, las cenizas de Laurencio pueden reanimarse; la suerte puede ofreceros otro sugeto, que aunque tal vez no sea tan amable, no le ceda en prendas apreciables ni en finura amorosa. — ¡Esposo cruel! tirano, que arrebataste mi mano de unos parientes codiciosos, ¿de qué me sirven las cien mil libras de renta que me has dejado? ¿para qué quiero tus castillos, posesiones y vanos títulos? á todo hubiera preferido el logro de mi amor... — Pero señora, tranquilizaos..... volved á tomar asiento.... sosegaos.— ¿Qué es lo que hago? ¡Cielos! perdonad estos impulsos del sentimiento que procuraré moderar, é interesándome en vuestros sucesos, vendré otro dia á consolaros, porque ahora ya veo que no hago sino hablar de mí propia, rayando en descortes. — ¡No os podéis figurar, señora condesa, cuánto me interesáis! Vuestra afliccion me conmueve en extremo: y aun me parece que si os dignáis admitirme en vuestra sociedad, tal vez llegaremos á consolarnos mutuamente; entre tanto espero mereceros que honréis mi mesa. — No, señor, no; he abusado infinitamente, y así me retiro... no os canséis... dejad que me retire, queria enjugar vuestras lágrimas, y no derramar otras á vuestra vista. — Pero, madama...

La condesa no accedió, y bajó acompañada de Lázaro hasta su coche; el cochero recibió órden de dirigirse á casa, y Lázaro la hizo seguir por uno de sus criados, quien no tardó en traerle las señas de la habitacion de la hermosa y afligida señora.

Ahora que ha partido la condesa, dejemos á Lázaro entregarse á las ideas lisonjeras que se presentan á su imaginacion, y participemos al lector quién es esta condesa, aunque tal vez ya lo habrá adivinado.

Cervina, hija de unos pobres, despues de haber servido á várias mujeres de mala vida, entró á ser camarera de una actriz famosa. En esta situacion, que supo aprovechar, no se olvidó de hacerse pagar muy bien de veinte ó treinta amantes, por hacerles el favor de entregar á su ama billetes amorosos. Ya Cervina habia hecho algun dinerillo en esta casa, cuando la actriz se casó y despidió á la criada, despues de haberle hecho un buen regalo. No quiso Cervina volver á servir, y tomando supuestos nombres, corrió mil aventuras. Asociada despues á una tropa de tahures, contribuyó á despojar mil inocentes, hasta que un jóven llamado Laurencio perdió todo cuanto tenia en las cavernas de disolucion que habitaba Cervina. Persuadido de que lo habian robado, fué á dar parte á la justicia, que acudió á la casa, y Cervina y sus cóm-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

plices se vieron rodeados de esbirros, sin mas arbitrio para librarse que el de saltar por una ventana: sus compañeros auxiliaron á Cervina, y se escapó toda la cuadrilla. Corrió Cervina de ciudad en ciudad, y al cabo se fijó en Milan, donde hizo la juiciosa resolucion de contraer un buen matrimonio. Para lograrlo, tomó una buena casa, recibió gentes, arrastró coches, se fingió viuda del conde Hortensi; en una palabra, concibió el mismo proyecto que Lázaro. Entre tanto, los fondos de la condesa iban disminuyendo de dia en dia. Todos sus artificios é intrigas no le habian proporcionado amante alguno; y comenzaba á desesperar de su empresa, cuando el artículo del diario que hablaba de Lázaro reanimó todas sus esperanzas. Creyó ser mas feliz con un extranjero; y despues de haberse adornado con todo cuanto la coquetería de una mujer cree que puede hacer brillar sus gracias, se presentó á nuestro héroe, persuadida de que era cierto lo que de él se decia. Vamos á ver el resultado de la entrevista de dos intrigantes, empeñados en engañarse reciprocamente.

Un hombre bien educado se hubiera persuadido por el solo paso que la señora condesa acababa de dar, de que esta mujer, por lo ménos, era una loca; pero nuestro Lázaro solo vió en la dama modales distinguidos, palabras elocuentes: no dudó de que pertenecia á la mas alta clase, y que, como ella lo habia dicho, tenia mas de cien mil libras de renta. Pasó lo restante del dia y toda la noche saboreándose con las mas dulces quimeras; á la mañana siguiente se vistió con magnificencia, y fué á visitar á la fingida condesa, cuya casa le pareció de las mas bien amuebladas.

Esperábale Cervina, porque habiendo presumido que algun criado seguiria su coche, mandó de propósito que la llevasen muy despacio. Cervina, pues, en el traje mas descuidado, pero mas atractivo, esperaba á su víctima, y se lisonjeaba de que aquella vez no podria ménos de quedar sometido al imperio de sus gracias. Por su parte Lázaro se proponia echar el resto de su artificio, para terminar cuanto ántes un asunto que le proporcionaba tan conocidas ventajas; de esta manera entrambos se esforzaban á engañarse. Esta visita, aun mas original que la primera, dejó á los dos satisfechos; y su excelencia, el señor duque, convidó á su excelencia, madama la condesa, á comer para el dia siguiente. Aceptó Cervina, y asistió á una delicadísima mesa, que nuestro Lázaro habia preparado con la mayor profusion: en los postres se sirvieron licores fuertes; y ambos intrigantes bebieron tanto,

que faltó muy poco para que se descubriesen por quienes eran. En fin, Cervina dijo que se sentia indispuesta, y Lázaro, que apénas podia tenerse, la hizo subir en su coche, la acompañó á su casa, volvió y se acostó. Al dia siguiente los dos se vieron en casa de Cervina, y no se acordaron de nada de cuanto habian hablado en la mesa, sino de la declaracion amorosa que se habian hecho en medio de los vasos y botellas. Lázaro se postró á los piés de la hermosa viuda, la cual le hizo levantar, acabando de embelesarle con sus miradas halagüeñas. Por último, se habló de matrimonio, que era lo que ambos deseaban; pero con mucho disimulo, y como de paso, se preguntaron mutuamente acerca de los grandes bienes, de que cada cual se suponia dueño: castillos, casas, heredades, alhajas, títulos, todo en fin fué especificado y afianzado con escrituras falsas: y se fijó el dia de la boda. Sin embargo, todo estuvo á pique de desbaratarse cuando se trató del lugar en que habian de vivir los tiernos esposos despues de su union. Queria Cervina que este sitio fuese alguno de los estados de Lázaro, y este pretendia que fuese en alguno de los de aquella, y los dos tenian sobrado fundamento para este empeño; pero Lázaro cortó la diferencia diciendo: aunque mi hacienda de Cavata esté casi destruida por el mal gobierno de un pícaro administrador, este me parece el lugar mas á propósito para conduciros por ahora, hasta que resolvamos otra cosa.

Sabía Lázaro que esta hacienda estaba de venta, y pensaba comprarla apénas Cervina le entregase las doscientas mil libras que le habia prometido entregar en dinero efectivo cuando se verificase el casamiento, y decia entre sí: Todavía permaneceremos algun tiempo en Milan; pretextaré un viaje indispensable, y entre tanto compraré la hacienda. Todo estaba ya arreglado entre los dos pícaros, que creian engañarse uno á otro. Cada cual supuso por su parte algunos cercanos parientes, que buscaron entre bribones de su especie, y llegado el deseado dia, los vistieron magnificamente. Fueron, pues, á casarse á una legua de Milan, en una aldea extraviada, por evitar, segun decian, el tumulto enfadoso de la concurrencia. Llegaron con cinco ó seis de sus confidentes al lugar destinado, y formaron un lazo indisoluble en presencia del Eterno, á quien estaban ultrajando, el cual les preparaba un terrible castigo. Despues de celebrado el matrimonio, se detuvieron á desayunarse en la aldea, ántes de volver á Milan, donde la casada debia entregar el dote á su amable marido.

Pero en esta fatal aldea es donde los dos van á horrorizarse

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

uno do otro, y a ser entregados á la venganza de las leyes ultrajadas. Dos viajeros, el uno jóven y otro anciano, llegaron casualmente al mismo sitio, é informados de la novedad, por efecto natural de curiosidad desearon ver á la recien casada. Los dos viajeros no se conocian, pero se hablaron y ambos se dirigieron á la casa en que estaban los novios. Acercándose á la sala principal, uno de los viajeros, viendo á Lázaro se arrojó á él, y cogiéndole del cuello de la casaca, exclamó: ¡Estás aquí, infame! ¡por fin se han logrado mis anhelos! ¡miserable! ¿dónde está tu complice? ¿donde el dote de mi hija?

En tanto que esto pasaba con Lázaro, el otro viajero se apodero de Cervina, diciéndole: ¡Malvada! ¿cómo te has escapado de la justicia? ¿dónde está el dinero que me has robado en tu infame casa?

Considérese cuál sería el espanto de los tiernos esposos al reconocer el uno al padre de la veneciana casada con Belmont, y el otro al jóven Laurencio, á quien habia arruinado con una cuadrilla de tramposos; ambos perdieron el color, mas por no quedar descubiertos, toman el partido de fingir. Lázaro dice al que le tiene agarrado: Padre inhumano y bárbaro, ¿puedes tratar de esta manera á un amante desdichado, que amó á tu hija, y á quien ella abandonó despues con la mas inaudita crueldad? yo la ofrecia toda mi fortuna; queria elevarla á mi clase, y ambos lo habéis resistido; ¿podrás pues resentirte de que forme nuevos lazos? Entre tanto Cervina dirige al otro extranjero estas razones: ¡Cómo, Laurencio! ¿qué, vives todavia? ¿te vuelvo á encontrar tan fino y tan tierno como siempre? pero ¡ay, en qué fatal momento has llegado! —Todas las ocasiones son buenas para restituir el dinero. —¿Qué hablas de dinero? si mi esposo te quedó debiendo alguna cosa, yo nunca lo he sabido. — ¡Qué novela!... —Pero no perderás nada; todo se te pagará, no lo dudes, yo te lo prometo; no descubras nada (esto se lo dijo al oído); me he casado con un hombre riquísimo, y mañana ú otro dia, cuando quieras, te volveré todo cuanto te falta.

Calló Laurencio porque le enmudeció la admiracion; pero Lázaro no pudo conseguir el mismo silencio del padre de la veneciana. Ladron, infame, le dijo el respetable anciano, ¿así pretendes encubrirte? ¿Piensas que me he olvidado del robo que me hiciste asociado con tu cómplice Belmont? ¿Sabes que mi hija ha espirado de dolor? —¡Ha espirado! ¡cielos! ¡qué golpe! Sin embargo de su infidelidad, la lloraré eternamente. —¿Pero qué significa?... —(*Lázaro al oido del anciano*). No me perdáis; acabo de casarme con una condesa de bienes cuantiosos; yo os pagaré todo lo de Belmont, nada perderéis; pero, por Dios, que no me perdáis. — ¡Monstruo! ¿me volverás mi hija y mi honor ultrajado? No; es necesario que pagues tus delitos; no hay remedio; y á vos (*dirigiéndose al dueño de la casa que se habia dado á conocer*) os hago responsable de este malvado, en tanto que acudo á la justicia; al instante vendrá; si le dejáis escapar, sois perdido.

Sale el viejo de la casa despues de haber dado esta órden, y Laurencio, que al instante conoce la maula, toma el mismo partido, y dice al amo de la casa: Yo tambien os hago responsable de esta mujer perversa. Dicho esto, se fué y quedaron nuestros recien casados sin atreverse á mirar, temblando de las consecuencias de este fatal accidente. Durante la escena que acabamos de referir, los convidados huyeron dejando solos á Lázaro y Cervina, á quienes el amo de la casa con algunos aldeanos no perdieron un punto de vista. Al cabo de algun rato llegó la justicia con los dos viajeros, y terminó sin remedio la ficcion de los dos novios, porque se vieron precisados á declarar separadamente su nombre, patria, y demas necesario. Concluida la declaracion, dijo Lázaro á Cervina: Bella condesa, ya no es tiempo de disimular... — Amado duque, le contestó, no me es posible engañaros por mas tiempo. — Os habéis casado conmigo, y no soy sino... — ¡Un bribon! y yo... — ¡Una embustera! (*Los dos á un tiempo.*) Vos me habéis engañado.

Iban á llenarse de dicterios; pero el magistrado atajó la disension, atándolos y haciéndolos conducir á la cárcel de Milan, donde fueron castigados como merecian. Este ejemplar atemorizó á los intrigantes, tramposos y embusteros: por mucho tiempo no se habló en Milan de otra cosa, y la historia de tales malvados fué citada como ejemplo de los golpes casuales, y de la venganza divina, que nunca deja el delito sin castigo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XIX

LOS LITIGIOS

Pérdidas irreparables,
Odios, disputas, rencores,
Pesares, iras, temores,
Son males inseparables
Del que litiga. Intratables
Uno con otro adversario,
Suele ser caso ordinario
(Y no lo tomes á risa)
Verse el uno sin camisa
Y en cueros á su contrário.

Mucho divirtió á los tres muchacos la historia de los embusteros engañados. Leon se proponia que le sirviese de asunto para componer una comedia, y aun empezaba ya á trazar el plan, cuando viéndole Palemon, le separó de su propósito diciéndole que ni el asunto era digno ni la moral de la mas á propósito, ni tenia la novedad suficiente para interesar en el teatro. Al mismo tiempo le estimuló á que cultivase su entendimiento ilustrándole con la lectura de buenos modelos, principalmente de los autores griegos y latinos : díjole tambien que esperaba á un amigo de allí á muy pocas horas con el cual podria consultar sus últimas composiciones. Leon, aprovechando el buen humor de su padre, se atrevió á pedirle gracia para Adela y Benito. — No me hables de eso si no quieres disgustarme, contestó el anciano ; han delinqui-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do y deben sufrir su castigo. En cuanto á Adela, pasado mañana podrá ya acompañarnos; con respecto á Benito va mas despacio. Trabaja y disponte á escuchar con mucha atencion á Mr. de Lonchamps, de quien te acabo de hablar, que es un hombre de mérito, y sin duda nos referirá algunas cosas de gusto.

Dejó el anciano á Leon, y este, dócil á los consejos de su padre, abandonó el plan de la comedia para entregarse á sus acostumbradas ocupaciones. Llegó la hora de comer : Armando y Julio, á quienes Leon habia participado que tendrian un convidado, fueron con su hermano al cuarto de su padre, donde hallaron á Mr. de Lonchamps, cuya fisonomía inspiraba respeto y estimacion. Abrazó este á los hijos de su antiguo amigo, y se sentaron á la mesa. Durante la comida habló Lonchamps de su viajes, sobre todo del placer que habia experimentado recorriendo la Auvernia, y añadió : Será preciso, amigos mios, que os refiera una anécdota muy agradable que me contaron en Brioude, en este delicioso país donde se encuentran las bellezas naturales unidas con la honradez de sus habitantes. Un dia pues...

Palemon interrumpe á su amigo, rogándole que deje para la tarde su narracion. No sabéis, le dijo, la diversion de nuestras tardes, y pues habéis de permanecer con nosotros algunos dias, quiero que participéis de este gusto. Feliz en medio de mis hijos, mi único placer es dirigirlos por el camino de la virtud, contándoles muchas veces algunas historias divertidas que alimentan su espíritu y conmueven su corazon; por eso me quieren tanto: ¿ no es verdad, hijos mios, que amáis mucho á vuestro anciano padre? La respuesta de los muchachos fué arrojarse atropelladamente á los brazos de Palemon : y Mr. de Lonchamps no pudo contener sus lágrimas al ver tan tierno cuadro. Despues de comer tuvieron los muchachos licencia para jugar en la huerta, en la que estuvieron paseando los dos amigos; y al declinar el dia todos cinco se reunieron en el terrazo, adonde tambien acudió con su labor la buena Marcela, que tenia grande aficion á oir historias. Cuando ya todos estuvieron sentados, Armando recordó á Mr. de Lonchamps que les habia prometido referir una anécdota de Brioude : sonrióse este, reclamó la atencion, y comenzó su relacion en estos términos :

El Puente de los Enamorados

Cuando yo recorria las montañas de Brioude, tan fecundas en riquezas de historia natural, cuanto estériles en mieses, descendí por la parte occidental á los mas profundos subterráneos, y observé atentamente la naturaleza en estos ocultos retiros, la sorprendí, por decirlo así, en sus operaciones, y vi cuanto podia desear. Sobre todo, me causó admiracion el ver los altos y soberbios basaltos de Chiliac y S. Arcons, dignos de competir con los de Irlanda : atravesé aquella admirable calzada de los Gigantes, que es un camino de veinte toesas de anchura, rodeado de altísimas columnas de basalto, y sobrepujado de prismas colocados horizontalmente, y que forman como una especie de chapitel sobre este magnífico órden de arquitectura natural. ¡ Cuánto habia trabajado mi imaginacion en aquella gruta abierta bajo las masas enormes de peñascos ! El camino es arenoso, y la humedad ha cubierto esta arena de una especie de musgo verdoso que, por decirlo así, le sirve de alfombra. En el mayor calor se respira allí el aire mas fresco, y por eso se reunen en este sitio, durante el estío, los pastores y pastoras. El rio Allier corre al levante, y se oye desde allí el ruido de sus ondas, que chocan con las lavas que los volcanes han vomitado en sus riberas. Esta caverna, al mismo tiempo quo inspira melancolía, eleva el alma ; la vista se asusta al medir la masa de las rocas que la cubren; pero se sosiega luego que piensa en el grande arquitecto que ha construido esta bóveda. Considero imposible que sea artista el que haya recorrido las montañas de Auvernia : la mano del Ser Supremo está allí grabada de un modo demasiado visible.

Me quedaba por ver la ciudad de Brioude, y el magnífico puente erigido, segun se dice, por los romanos, no léjos de sus muros. Al recordar los romanos en este sitio, ¡ cuántas ideas se despiertan ! se atraviesan los siglos, y parece que se presentan las falanges guerreras de aquel pueblo tan amigo de las artes, y que se oye razonar á Caton, Scipion y otros héroes célebres de la antigüedad.

Iba, pues, á Brioude, y para llegar á esta ciudad era preciso pasar el puente, que me habian ponderado sobremanera. Esta obra es mas admirable que hermosa; envejecida por un largo trascurso de siglos, se halla revestida de una cantidad considerable de láminas de hierro que contestan su antigüedad. Forma este puente

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

un grando arco de ciento ochenta piés de anchura, sobre ciento de elevacion; nada tiene de dibujos; no es mas que un simple semicírculo que estriba sobre dos rocas, en una de las cuales se eleva la antigua Brioude. Por un efecto de su construccion, este puentees muy apreciado de los amantes, á los cuales ha favorecido repetidas veces, á pesar de los celosos; voy á referiros la anécdota que me han contado con relacion á este puente maravilloso.

Antonio, jóven pastor de Brioude, amaba á Luisa, hija de un labrador de la montaña situada en frente de esta ciudad, y dividida solo por el puente. Destinados desde la infancia á ser esposos ambos jóvenes, conducian sus rebaños á unos mismos lugares, donde pasaban dias enteros hablando de sus amores, y de la esperanza que tenian de verse algun dia unidos para siempre. Pero de repente el interes, este tirano del amor y de la sociedad, vino á separarlos y á destruir enteramente sus esperanzas. Un pleito indispuso á sus padres, que prohibieron á los jóvenes el verse, y aun el quejarse. Dóciles ambos, y en aquella feliz y florida edad en que solo una severa mirada de un padre es un castigo terrible, Antonio y Luisa se esforzaron en obecceder, y se resolvieron á morir, pues no podian verse ni hablarse. Temiendo que el amor ó la casualidad los reuniese, sus padres inflexibles les habian prohibido pasar el puente que separaba el monte de la ciudad, y solo estaban acordes en desesperar al amor, quitándole todos los medios de comunicarse; pero esta vez, si al amor no ayudó el genio, la suerte, que tantas veces se le opone, se declaró á favor suyo, y se encargó de que los amantes se comunicasen, sin que se les pudiese acusar de haber quebrantado los preceptos paternales.

Cada dia la pobre Luisa conducia sus vacas á la orilla del rio, y el tierno Antonio llevaba su ganado á la parte opuesta. Allí se lamentaban, derramaban abundantes lágrimas, hacian al cielo testigo de sus sentimientos, y le suplicaban que acabase sus pesares. Los dos, por una simpatía natural, iban todos los dias, y á la misma hora, á un mismo sitio; no podian hablarse, pero se veian de léjos, y esto les servia de algun consuelo á sus tiernos corazones.

Un dia, se cargó la atmósfera de espesas nubes; los truenos y relámpagos que se oian y veian de léjos, anunciaban una horrible tempestad; á breve rato se abrieron las cataratas del firmamento, y caian diluvios de agua y de granizo. Atónitos con el trastorno de la naturaleza, los dos amantes corrieron á refugiarse de-

bajo del puente. Allí, al abrigo de su inmenso arco, no atreviéndose á mirarse, fijan en el arco sus lagrimosos ojos; abrazan las piedras, y como por instinto, les confían sus dolores y juramentos. Pero ¡oh sorpresa! en tanto que en voz baja renuevan las promesas de una tierna constancia, Antonio percibe la voz de Luisa, y esta la de Antonio: entónces, creyéndose reunidos por alguna fuerza mágica, se vuelven para mirarse y hablarse, y reparan que aun média entre los dos el rio; ven desaparecer sus esperanzas, y dirigiendo sus miradas á la piedra, le dicen: ¡cruelmente no has engañado!... y perciben recíprocamente estas palabras: los pobres jóvenes creen que se burla de ellos algun espíritu maléfico, y aun se disponen á huir de este encantado sitio; pero se apacigua la tempestad, y con ella su primer terror. Entónces dijeron entre sí: si es un mal genio el que se complace en repetir nuestras palabras, obra segun nuestra voluntad; ¿pues por qué hemos de huir de lo que favorece el amor? Animados de esta reflexion, vuelven hácia la piedra para experimentar si sus palabras se oyen de nuevo. Yo te amo, Antonio, dijo Luisa en voz muy baja; y al momento percibe que le responden: Y yo te correspondo, amada Luisa. — ¿Conque me oyes? — ¿Y tú tambien? — ¡Oh felicidad!

Mas asegurados, y palpitando de alegria sus corazones, agradecen á la casualidad favor tan inesperado: vuelven á colocarse junto á sus respectivas piedras, y convienen en confiarse por este medio sus penas y sus mas ocultos pensamientos. Como no resonaba la voz, nadie podia oirlos y así no temian ser sorprendidos. Todos los dias iban á hablarse de este modo, y desde entónces vivian muy consolados. Si Luisa tenia que hacer algun viaje, Antonio lo sabía, y no dejaba de presentarse en el camino; y en fin, habian hallado el medio mas seguro para fomentar la inocente llama que los abrasaba.

Así vivian, cuando un pintor de Brioude, llamado Roberto, tomó por ocupacion el ir todos los dias á la ribera del rio á dibujar aquellas vistas: várias veces habia observado que los dos jóvenes, puestos bajo del puente, se volvian las espaldas, y se arrimaban cada uno por su lado á las piedras del arco, de lo que infirió lo que hacian, y penetró su secreto. Interesóse mucho en la suerte de estos desgraciados amantes, y un dia tuvo el atrevimiento de acercarse con mucho disimulo adonde estaba Antonio, á ver si podia oirle alguna expresion, y en cualquier caso ofrecerle todos los auxilios que estuvieran en sus facultades. Nadie en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aquel sitio solitario habia interrumpido á Antonio; por otra parte nada podia distraerle de tan dulce ocupacion como la de hablar á Luisa; por esto no vió á Roberto, que se acercó mas, y pudo oir el siguiente romance, que el pastorcillo á média voz cantaba á su querida.

Piedra, que amores proteges,
que favorable á mis ansias
mis dichas y mis pesares
llevas á mi prenda amada;

Tú, que sensible á mis ayes
eres fiel depositaria
y mis quejas y suspiros
trasmites á mi adorada,

Díle á mi Luisa que la amo
cual nadie pudiera amarla:
que su amor me desespera
y mi constancia me mata.

Díle á mi amable pastora
que mi corazon y mi alma
la rindo, pues prendas son
por ella muy apreciadas.

Que en mi pecho el vil engaño
jamas halló su morada,
que mi pasion verdadera
procuró siempre agradarla.

Puente, que para consuelo
diestra mano te labrara
de tristes enamorados,
díle á mi Luisa adorada,

Que si ahora de su belleza
cruel destino me separa,
acaso un dia felice
se enlazarán nuestras almas.

¡Oh puente! De tu misterio
en alas imaginarias
lleva á mi amada pastora
mis amorosas palabras.

Son tristes, mas siendo mias,
amante sabrá apreciarlas,
que de amor acrisolado
las tristezas entusiasman.

Y Luisa sabe que la amo
cual nadie pudiera amarla,
que su amor me desespera
y mi constancia me mata.

Luego que Antonio concluyó de recitar su romance, se volvió hácia donde estaba Roberto; y al verle tan inmediato, empezó á temblar como si acabase de cometer algun delito. — Nada temáis, desgraciado amigo, le dijo Roberto; adivino una gran parte de vuestras desventuras, y me ofrezco á repararlas. —¿Vos? — Yo: confiadme vuestras penas, decidme, ¿qué inconvenientes son los que se oponen á vuestra felicidad?

Antonio se manifestó indeciso al principio; pero luego, cediendo á la confianza que siempre inspiran los buenos corazones, le dijo: Yo amo á Luisa, y ella me corresponde; los dos debíamos ser esposos algun dia; pero Mateo, mi padre, queria aumentar una posesion que tiene en el monte, comprando seis acres de tierra á Jerónimo, padre de Luisa, el cual consintió desde luego, conviniéndose en cierto precio; pero ahora se desdice, y pretende anular el contrato; mi padre reclama el convenio: de esto se ha originado un pleito y la enemistad de nuestros padres, siendo nosotros víctimas del interes: nos han prohibido el vernos y comunicarnos, y solo el arco de este puente repite nuestros dolorosos acentos: á esto se reducen nuestras desdichas y el único alivio de nuestros pesares.

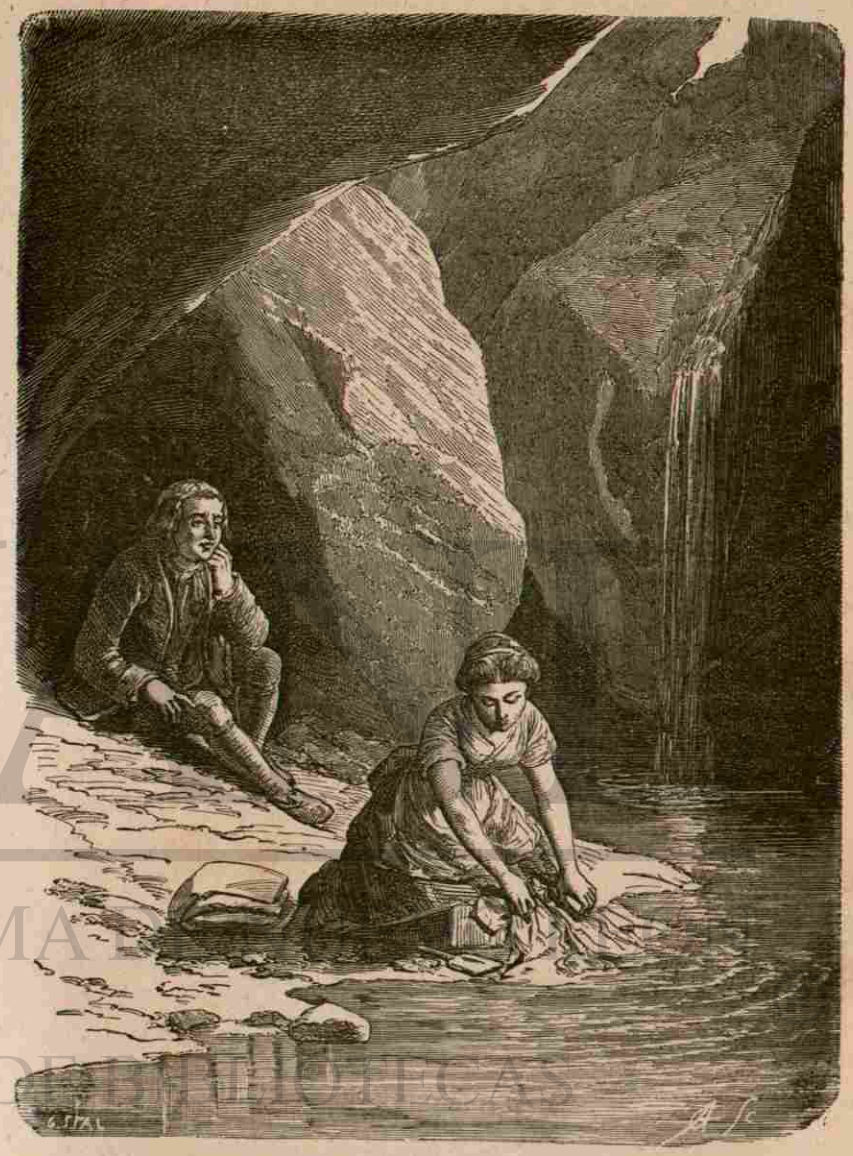
Roberto conocia á los dos ancianos, y se encargó de componer este asunto y reunir á los amantes. ¡Considérense los extremos de alegría que hizo Antonio! Participó á Luisa la nueva esperanza que le animaba y Roberto se despidió para poner en práctica su ofrecimiento. En efecto, buscó á Jerónimo, y le preguntó cuál era el precio en que estimaba sus tierras: este se lo dijo, y el pintor se lo entregó; pero para coronar su obra convidó á los dos padres á una comida en el campo, y así que llegaron les dijo: Estas tierras que han dado motivo á vuestra desunion, tienen que ser la prenda de vuestra mas firme alianza: no las he comprado para mí, sino para que sirvan de dote á dos amantes que solo esperan vuestro permiso para celebrar su enlace.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los padres consintieron, se celebró la boda, de que el mismo Roberto quiso ser padrino, y los novios quedaron en la duda de quién habia tenido mayor parte en su dicha; si Roberto, su bienhechor, á quien siempre dieron este título, ó si el *Puente de los Enamorados*, que desde entónces se llama de este modo.

Antonio y Luisa enseñaron el secreto del puente á algunos jóvenes que padecian las mismas penas que ellos acababan de experimentar, y por su imprudencia se divulgó el secreto; por eso en el dia cuando los padres notan alguna pasion mal dirigida en sus hijos, les prohiben hasta el acercarse al puente.

Causó esta historia el mayor placer á los tres hijos de Palemon, y sirvió de materia á sus discursos todo el resto de la tarde; y como Mr. de Lonchamps habia de pasar algunos dias en casa de los muchachos, se lisonjearon estos de que les contaria otras historias de sus viajes; por lo cual se empeñaron á porfía en servirle y obsequiarle aun mucho mas de lo que esperaba Palemon.



LA CORRECCION. — BENITA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XX

LA CORRECCION

Caprichosa insoportable,
Que el consejo paternal
Desoyes, que irracional
Eres cual fiera indomable,
Y en vez de escuchar afable
Una amorosa leccion,
De aspereza y rebelion
Sueles hacer vil alarde;
¡ Ay de ti si llega tarde
La debida correccion !

Adela encerrada en su cuarto sin que se la permitiese salir ni aun para concurrir á la mesa, expiaba la falta de haber disputado con su hermano, sin tener mas testigo de sus lágrimas y su arrepentimiento que la buena Marcela, que la amaba ciegamente, y sentia tanto como Adela misma su prision; y para terminar las penas de su hija, que así la llamaba, rogó á Mr. de Lonchamps que obtuviese de Palemon la libertad de su querida : aceptó aquel con mucho gusto el encargo, y en presencia de los tres muchachos pidió á su antiguo amigo la libertad de la jóven prisionera : condescendió Palemon, y á breve rato se presentó Adela encarnada como una rosa, y se arrojó á los brazos de su padre derramando un torrente de lágrimas. Hija mia, le dijo este buen padre, no llores, olvida como yo tus faltas; las has expiado, y no debes pen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sar mas en ellas, evitando por todos los medios la necesidad de que las recuerde. Agradece á este caballero el perdon que has obtenido; colócate junto á tus hermanos, y vive segura de que nada has desmerecido en mi ternura y confianza, persuadido de que no volverás á abusar de ellas.

Adela quiso protestar de su arrepentimiento; pero los sollozos ahogaron su voz: su padre la abrazó, sus hermanos la rodearon y enjugaron sus lágrimas, y en breve la satisfaccion de verse reunida á la familia restablece la general alegría.

Faltaba otra gracia que pedir, y era la de Benito; pero su padre se mantuvo inflexible, y aun estaba de acuerdo en esto con Mr. de Lonchamps: en vano Adela y sus hermanos se empeñaron con este para que templase el enojo de su padre, porque Mr. de Lonchamps se resistió á sus ruegos diciéndoles, que lo que le habian contado del carácter indócil de Benito le determinaba á no mezclarse en semejante asunto. Fué, pues, necesario esperar del tiempo lo que no se podia alcanzar de la amistad ni de la ternura paternal. Consoláronse los niños, y por la tarde se reunieron los cuatro en el terrazo, donde suplicaron á Mr. de Lonchamps que les contase alguna historia por el estilo de la del puente de Brioude. Ya se supone que los tres muchachos habian referido á su hermana todo lo ocurrido en su ausencia, de modo que tenia la misma curiosidad que sus hermanos; se interesó juntamente con ellos para que aquel caballero les hiciese alguna agradable narracion de lo que habia oido y visto en sus viajes. El amable viajero no se hizo de rogar, y refirió lo que sigue:

Conocí en Languedoc á una mujer anciana, á quien habian sucedido cosas muy particulares. Escuchad, amables niños, y convendréis conmigo en que la Providencia, que lo arregla todo, ha proporcionado consuelos á los desgraciados, aun en las circunstancias mas críticas de la vida, y que el hombre nunca experimenta mas males que los que puede sobrellevar.

Benita ó la casa subterránea.

No muy distante de la ciudad de Aviñon, á la entrada de un sombrío y espeso bosque, habia un castillo muy antiguo, cuya parte baja fué construida por los romanos, segun decian. Habitaba en él un anciano respetable con su mujer, y una hija de quince años muy linda; pero por desgracia, de un carácter altivo, duro é intratable, por lo cual Benita, que así se llamaba esta jóven,

se hacia insufrible aun á sus mismos padres, que no tenian otro hijo, y fundaban en Benita las esperanzas de su ancianidad. ¡Vanas ideas! La niña, al posa que crecia en edad, crecia tambien en envidia, indocilidad y sobre todo en orgullo. Veinte veces al dia se encolerizaba con los criados y hacia que los reprendiesen, ó los reprendia ella misma con una aspereza insoportable. Por mucho que los padres la reconviniesen por su conducta, y aun castigasen, volvia á incurrir en los mismos defectos: en fin, no habia fuerza para aguantarla ni se podia esperar que mudase de carácter.

Bien conoceréis, queridos, cuán desagradable será el tener siempre á la vista una hija semejante. Si el orgullo, la envidia y la indocilidad son cualidades odiosas en el hombre, lo son mucho mas en la mujer que debe aparecer modelo de dulzura y de sensibilidad. Era pues Benita tan mala, que todos la detestaban, y por último sus padres tomaron el partido de separarla de su lado. Hija mia, le dijo su padre un dia, tú has despreciado todos nuestros saludables consejos, los castigos no han bastado á corregirte; por esta razon nos es imposible tenerte en nuestra compañía. Si los bienes que poseemos te han inspirado tanta altivez y soberbia, desde ahora no cuentes con ellos: ya no tendrás quien te sirva; aprenderás un oficio, y entrarás en la clase de las personas laboriosas que trabajan para vivir. Mañana, luego que amanezca, Campagne te llevará á casa de una costurera de Aviñon: allí aprenderás lo que gustes, en inteligencia de que con el trabajo de tus manos solo has de mantenerte: no cuentes ya con nosotros. Por nuestra parte, poco trabajo nos costará el olvidarnos de semejante hija, pues ella hace mucho tiempo que se ha olvidado de que tenia un padre y una madre demasiado buenos é indulgentes. Nosotros nos ausentamos ahora mismo, y nunca llegarás á saber el lugar de nuestra residencia: Á Dios.

Benita, confusa y humillada, no pensó en arrojarse á los piés de sus padres para enternecerlos en su favor; pero se puso pálida, se mordió los labios de rabia, y pronunció entre dientes algunas expresiones groseras, que no oyeron sus padres, porque ya habian bajado la escalera; Benita los vió subir á un coche cargado de maletas y varios efectos, y seguidos de todos los criados, á excepcion del conserje y Campagne, el terrible Campagne, encargado de unas órdenes secretas que la atemorizaban. ¿Qué hará? no puede seguir á sus padres, y se resuelve á examinar al conserje, del cual no recibe la mas mínima explicacion, porque todo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo ignora. Campagne solo es el que todo lo sabe, pero precisamente es el criado á quien mas ha maltratado, y mil veces ha hecho todo lo posible para que fuese despedido; por lo cual debia presumir que no se dejaria vencer de sus lágrimas ni de sus ruegos.

Hé aquí, pues, á Benita sola, abandonada, sondeando el espantoso abismo que ve abrirse ante sus ojos: ¡ella costurera!.... ¡Ah! solo el nombre de un estado que le parece despreciable, le causa un disgusto insufrible; preferiria la muerte á semejante partido... pero esto de morir es demasiado duro: ¡si pudiese huir de una casa con la que ya no tiene relacion alguna!... pero ¿adónde irá? ¿quién la mantendrá? será forzoso trabajar continuamente, y para ella la labor es un suplicio. En estas agitaciones pasa aquella noche, y la aurora la sorprende en tan tristes pensamientos. Todavía no ha visto á su conductor Campagne á quien ántes detestaba, pero que ya no es el mismo á sus ojos, pues solo ve sus buenas cualidades; es un hombre de edad madura, bueno, humano, generoso, que la queria mucho cuando era muy niña, y la traia siempre entre sus brazos: aunque tanto le ha perseguido, no será inflexible; le dirá dónde han ido sus padres; correrá á verlos; se arrojará á sus piés; les prometerá ser en adelante mas amable, y volverán á admitirla, perdonándole cuantas faltas ha cometido: ¡ah, cómo las reconoce ahora! ¡cuánto se arrepiente! pero nada puede hacer: es preciso esperar á Campagne, y procurar conmoverle. Tales son las ideas y proyectos de Benita que todavía conserva alguna esperanza.

Por fin se presenta Campagne y le dice: Señorita, vamos. — ¿Adónde? — Ya lo sabréis. — ¡Campagne! — ¿Señorita? — Por favor... tú sabes adónde han ido mis padres; dímelo por Dios: dímelo. — No puede ser. — Mira, yo conozco que te he tratado mal muchas veces; olvida mis excesos, y vuélveme á la presencia de mis padres. — ¡Hola! ¿conque ahora os arrepentís? ya es muy tarde; por mi parte no puedo hacer nada, nada absolutamente: me es preciso cumplir con las órdenes de mis amos; y así, debo llevaros á Aviñon, y dejaros allí para nunca volver á veros. — ¡Campagne!... — No, señorita; no entiendo sino de hacer lo que me han mandado: preparaos al viaje, que dentro de una hora nos pondremos en camino.

El criado se retiró, Benita quedó deshaciéndose en lágrimas; in embargo, no tardó en ddejarse arrebatar de su carácter altivo: senjugó su llanto, se levantó espechada, y se dispuso á la marcha diciendo: No importa; ya no tengo padre ni madre; todos son conmigo crueles: iré... veré... el cielo no me abandonará, y acaso me ofrecerá medios... ¿pero qué medios?.... Volvia ya á su primera afliccion, cuando apareció Campagne con una maleta, un baston y todo el aparato de un caminante. Daremos una idea de Campagne, encargado de Benita. Este era un hombre de mas de cincuenta años, y no le faltaba talento y educacion: bueno, fiel y complaciente, llevaba treinta años de servicio en casa de Benita; la habia visto nacer; la habia amado... la amaba todavía: sentia mas que ella la terrible experiencia á que la condenaban sus padres, pero la aprobaba porque esperaba por este medio que se verificase un cambio total en su señorita; era juicioso, y tenia la suficiente firmeza de carácter; sabía que el ministerio que se le habia confiado exigia prudencia y aun rigor: Campagne era el único que podia contribuir al logro de los proyectos de su amo, que le apreciaba. ¡Oh, cuánto estimaba este buen criado la confianza con que le distinguian! ¡Cómo se proponia coresponder á ella! Tal era Campagne, tal era el hombre honrado que iba á servir de guia á nuestra heroina: sigámoslos, amigos mios, y veamos qué es lo que sucedió.

Campagne intimó á Benita por última vez la órden de seguirle: Benita cogió un paquetito y obedeció temblando. Cuando llegó á la puerta del castillo extrañó no ver algun coche ú otro carruaje, y dijo al criado: ¿Por ventura hemos de ir á pié? — Sí, señora; á pié por lo ménos tres leguas que dista la primera casa de postas, en la que esperaremos el carro de la diligencia, que nos llevará á Aviñon. Benita se resolvió á todo, y siguió á su conductor, haciéndole mil preguntas, á las que aquel contestó con poca ó ninguna claridad.

El sol brillaba con todo su esplendor. Era el mes de Agosto, y la hora de mediodía cuando Benita caminaba. Ya no podia sufrir tanto calor, y la sed la acosaba. Campagne, dijo al criado, quisiera beber agua y descansar un rato, porque me hallo muy fatigada. — Bien, señorita, bien; pero no hay por aquí ni fuente, ni arroyo, ni nada. Yo tambien voy sofocado. El solo partido que podemos tomar, es dirigirnos á los peñascos que veis á nuestra izquierda. Si subimos hasta aquella piedra blanca, podremos entrar en un subterráneo donde hay excelente agua; mitigaremos entónces la sed, y descansaremos á la sombra, disfrutando de la agradable frescura de aquel lugar. — ¿Y habrá fieras en esa caverna, ó algunos otros animales que nos hagan daño? — Nada temáis. Es

precisamente un paraje muy concurrido. Sirve de albergue en las tempestades á los pastores, y á muchos viajeros. — Siendo así, vamos. — Pues seguid mis pasos, señorita, porque el camino desde aquí está un poco enmarañado. Subid por este lado, señorita, que hay ménos pendiente... Ya estamos cerca... ¡ Gracias á Dios que hemos llegado ! — Hermoso sitio para librarse de los ardores del sol en esta hora. — Sí, señorita; pero es forzoso detenernos un rato hasta que nos hayamos sosegado, porque el pasar repentinamente del calor al frio, expondria nuestra salud. Sentaos á la sombra de estas peñas. — Bien, Campagne, hagamos lo que te parezca. Despues que se hubieron sosegado, pasaron adelante. Á pocos pasos vieron claridad, y esto les animó á continuar sin miedo. Dieron vueltas y revueltas por el subterráneo, que parecia estar iluminado á causa de las lumbreras por donde penetraba el sol, y llegaron por fin á una fuentecilla : Campagne y Benita bebieron con mucho placer. Señorita, dijo Campagne, pues estamos en tan hermoso sitio, si os parece podemos comer de la corta provision que traigo, y así descansaremos mas tiempo. Mucho se alegró Benita de tan buen acuerdo.

Despues que comieron, se dispuso salir del subterráneo para continuar el viaje : retrocedieron, dieron vueltas y revueltas; pero sin duda este lugar era un laberinto, pues no encontraban por donde salir de él. ¿ Es posible, dice Campagne, que no hemos de hallar el sitio por donde entrámos? ¡ Bueno fuera que despues de tantos siglos como se ha conservado intacto, le hubiera dado gana de terraplenarse alguna parte dejándonos encerrados ! Todo puede suceder. Se ven cosas que nadie las pensara. ¡ Vaya ! y esto debe de ser indudablemente, porque ya estamos cansados de andar, y ninguna abertura encontramos para salir. Por las claraboyas que le iluminan, no es fácil ; ¿ cómo es posible que nosotros ¡repemos tan alto? ¡ Dios mio, Dios mio ! ¿nos veremos obligados á permanecer en este sitio, y morir en él de hambre? — ¡ Ay ! Campagne, ¿si será este lugar un abrigo de ladrones, y tal vez ellos nos hayan interceptado el paso? — Señorita, no sé qué decir, aunque nunca he oido hablar de eso.

Benita lloraba, clamaba al cielo y Campagne procuraba consolarla lo mejor que podia. Volvamos atras, la dijo : registrémoslo todo; veamos si por otro lado encontramos salida. Miéntras caminan, Campagne distrae á Benita diciéndole que aquel subterráneo es obra de los romanos, señores en otro tiempo del país ; que es maravilloso, que nada han ponderado las personas á quienes ha oido hablar de él, con otras mil cosas que juzgó convenientes. Llegaron otra vez á la fuente, la cual naciendo de un peñasco formaba un arroyuelo que, serpenteando entre menudas piedras, corria rápidamente por el declive del terreno : nuestros viajeros siguieron la direccion del arroyo, esperando que por alguna abertura saldrian sus aguas al campo; pero se equivocaron; las aguas del arroyo se perdian por imperceptibles conductos. En este paraje advirtieron que la bóveda del subterráneo era mucho mas alta que por todo lo demas donde habian caminado. Á favor de las lumbreras que le daban claridad, les pareció ver una casa á no muy larga distancia : se aproximaron, y en efecto lo era ; constaba de dos pisos muy bajos : tenia puertas, ventanas, y hasta chimenea, cuyo respiradero penetraba todo el alto. Atónito admiró Campagne tan raro edificio, y agradeció á la Providencia el haberles proporcionado á lo ménos un asilo seguro donde podian albergarse sin temor de sorpresas, y descansar el tiempo necesario para cobrar fuerzas y registrar de nuevo aquel sitio, buscando los medios de salir de él ; pero aun no lo habian visto todo : salieron de la casa para examinarla detenidamente por fuera y se hallaron mucho mas sorprendidos al notar grabadas en una piedra las palabras siguientes :

Caminante extraviado, si la desgracia te conduce á este asilo, aprovéchate de lo restante de las provisiones de un infeliz que aquí ha vivido treinta años. Busca, trabaja y vivirás.

Esta inscripcion les dió mucho ánimo : les decia que buscasen y trabajasen. Al instante tomó Campagne de la mano á Benita ; entraron otra vez en el edificio, y registraron los rincones mas secretos. Efectivamente, hallaron en la sala baja una considerable cantitad de harina, un horno para cocer pan, todo género de utensilios caseros, y porcion de leña. Si nos vemos, dijo Campagne precisados á vivir aquí por largo tiempo, á lo ménos no nos moriremos de hambre. Benita, que un momento ántes temblaba de espirar de necesidad en esta prision, cobró aliento. Apretó la mano á Campagne, y prometió ayudarle en cuanto sus fuerzas se lo permitieran. Bien, hija mia, bien, le dijo este fiel criado. Lo que mas nos interesa ahora, es preparar algun alimento y despues registraremos los rodeos confusos de esta mansion, de la que mas ó ménos tarde podremos salir : no hay que desesperar.

Dicho esto se puso á encender fuego, y pasó largo rato en calentar el horno : entre tanto Benita trae agua : ayuda á su amigo, que convierte la harina en pasta, y pone á cocer un pan grosero,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pero muy necesario, porque ya el hambre los acosaba. Sola la vista del pan que van á comer reanima sus fuerzas abatidas; le miran con ansia, y están dispuestos á devorarlo sin esperar á que se enfríe. Asi pasaron una gran parte de la noche, sin mas luz que la del horno, bien cerrados en aquella habitacion, temblando de miedo al menor ruido que el aire hacia en la caverna.

Despues de cena tan frugal, se quedaron dormidos, y no despertaron hasta muy entrado el dia. Campagne recorrió de nuevo la casa, y á cada instante hacia nuevos descubrimientos. Encontró sacos llenos de toda clase de legumbres; un tonel lleno de manteca y muchas viandas saladas; Benita, al ver tantas provisiones, saltaba de alegría. Hay mas; si el que ocupó este sitio, no se descuidó del alimento del cuerpo, tampoco se olvidó del pasto del alma, reuniendo muchos libros instructivos y morales para direccion del entendimiento y consuelo del espíritu. Libertad y un jardin era lo que únicamente faltaba en este lugar, porque las demas comodidades de la vida se encontraban en él con abundancia. Campagne, despues de haber examinado todas sus riquezas, tomó de la mano á Benita, y fueron otra vez á registrar las largas calles del subterráneo; pero temiendo perderse en ellas, ó no volver á hallar su querida casa, hacian señales en los ángulos de las que recorrian. Su exámen fué tan infructuoso como el anterior. Volvieron á su casa, y prepararon para alimentarse algunos manjares que comieron tristemente. Despues de comer hicieron nuevas investigaciones, y todas inútiles : entónces Campagne dirigió á Benita las razones siguientes :

Ya veis, hija mia, que nos es imposible salir por ahora de tan lóbrega morada; yo , aunque sin merecerlo, solo por haberos seguido, obedeciendo á vuestros padres, voy á sufrir tan cruel destino : paciencia: os debo todos mis cuidados, atendida la flaqueza de vuestra edad ; pero vos tambien me debéis toda vuestra docilidad : permanezcamos aquí, pues el cielo lo ordena, hasta que él mismo nos proporcione la sallda : entre tanto, hija mia, será preciso que os sirváis vos misma, y que me ayudéis á trabajar. Aquí no hay amo ni criado : la desgracia ha igualado nuestras condiciones : voy á serviros de padre; bien conoceréis que no os sufriré lo que él os sufria : exijo de vos la mayor dulzura, y experimentaréis de mi parte la mayor condescendencia y el mas fino afecto. Ya veis á qué estado nos ha conducido vuestra indocilidad : nos ha separado de vuestros padres, y aun de todo el mundo. Quiera Dios que esta desgracia y sus consecuencias produzcan

en vuestra alma un amargo y sincero arrepentimiento, y que se cambie enteramente vuestro carácter altivo y obstinado. No lloréis, Benita, y miradme en adelante como á un padre tierno y sensible, que quiere perfeccionar vuestra educacion, corrigiendo vuestros defectos, para haceros digna de la sociedad, si alguna vez podemos volver á ella.

Benita, penetrada de dolor, se arrojó á los brazos de su amigo: le prometió la mayor sumision, y le pidió perdon de la desgracia que por su culpa experimentaba. Campagne se enterneció, la abrazó, y desde el mismo instante buscó los medios de arreglar la habitacion para pasar con ménos trabajo todo el tiempo que se vieran precisados á vivir allí. Dispuso dos camas, que colocó en aposentos separados, para lo cual no le faltaban colchones ni sábanas : tambien halló alguna ropa blanca en un armario, y quedó á cargo de Benita el lavarla en el arroyo, componerla y guardarla; tambien debia atender á las menudencias de la cocina, cuya manejo era preciso que aprendiese : á todo se prestó con la mayor complacencia; cuanto se le encargaba, tanto cumplia con una docilidad y aplicacion que alegraban el corazon del buen Campagne. En los ratos ociosos se aprovechaba de los libros; y por este medio se instruia y perfeccionaba en sus deberes : en una palabra, su carácter se mudó enteramente. Ya no era aquella señorita imperiosa, que despreciaba á todos, y los creia dichosos por dejarse servir de ellos : era una jóven dulce, aplicada, tierna y tan amable, que apetecia con ansia las ocasiones de servir á su compañero y ayudarle en todos sus trabajos. ¡ Ah ! ¡ Cuán cierto es que no hay mejor escuela que la desgracia !

Veia Campagne con el mayor placer tan deseada mudanza ; y así ponia todo su conato en divertir á su discípula en aquella melancólica soledad : le contaba mil historietas, inventaba juegos, y jugaba y corria con ella por las calles del subterráneo. Muchas veces hacian juntos investigaciones en aquel laberinto, porque nunca desesperaban de salir de él : jamas habian podido hallar la boca de la caverna por donde entraron, ni otra alguna : solo encontraban várias calles cerradas en sus extremos con escombros y fragmentos de peñascos amontonados. Benita habia aconsejado á su amigo que trabajase en quitar aquellos escombros, á fin de ver si hallaban salida para el campo , pero Campagne graduaba de impracticable este proyecto; con todo, le quedaba una esperanza sola, y era que al fin de una de las avenidas que conducian á la casa habia hallado una enorme puerta de hierro, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin duda era salida para el campo; pero ni tenia llave, ni instrumentos proporcionados para abrirla ó romperla. Muchas veces se ponian junto á ella á escuchar por si oian gentes, y llamarlas para que los socorriesen; pero jamas percibian el menor ruido, por lo que presumian que esta puerta comunicaba á otros subterráneos. Acaso el solitario á quien reemplazaban tenia la llave, y tal vez por allí iria á buscar sus provisiones; pero no habia dejado escrito su secreto, y se veian reducidos á gemir y esperar...

¡ Esperar ! la perspectiva era terrible : si los víveres llegaban á faltarles, era preciso morir de hambre. Benita los economizaba, pero comunicaba várias veces sus temores á Campagne, quien se esforzaba en tranquilizarla : entre tanto ella estudiaba, trabajaba, y cada dia se hacia mas perfecta. Sin embargo, la melancolía se descubria en su semblante : pensaba en sus padres, los llamaba, suspiraba por ellos, y no podia perdonarse sus defectos. Su amigo, en estos ratos de tristeza, enjugaba sus lágrimas, y la animaba á esperar que algun dia se veria en el seno de su familia : la muchacha le abrazaba, y se consolaba leyendo ó jugando con él.

Ya habian pasado cerca de un año en esta triste soledad, y aunque Campagne siempre encontraba nuevas riquezas en la habitacion, las provisiones disminuian considerablemente. Entónces fué cuando los pesares de Benita se hicieron mas crueles : muchas veces iba á las orillas del arroyo, allí con sus limpias aguas mezclaba sus lágrimas, y se entregaba á todo el exceso de su dolor. Un dia que habia llorado amargamente sobre su suerte, volvió á la habitacion, y se afligió en extremo por no encontrar allí á su amigo. Várias veces habia advertido que desaparecia, sin que ella supiera dónde iba : y cuando le preguntaba á Campagne, este no hacia mas que reirse y decirle que no tuviese cuidado; pero esta vez se aseguró bien de que no estaba en la casa : ¿ pues dónde estará ? Á su sorpresa se siguió el espanto : temblaba de quedar abandonada : llamó, gritó, y nadie la respondió; ¡ pobre muchacha ! ¿ quedarás efectivamente entregada á los horrores de la soledad ? Un amigo ingrato y aun bárbaro, ¿ te habrá abandonado ? ¡ pobre muchacha ! ¡ cuánto me conmueven tus inquietudes !

Llora Benita, y exclama : ¡ Oh amigo mio ! ¡ oh tú que me servias de padre en la tierra ! ¿ habrás abandonado á tu Benita ? ¿ á tu hija adoptiva ? ¿ Qué motivo te ha dado para que la aborrezcas y huyas de ella ? Su corazon está mudado; tú has formado su carácter; ella te ama; ¡ y tu la abandonas ! ¿ qué digo !... no, no es

posible que hayas podido dejarla sola en este funesto albergue : sin duda algun accidente... ¿ pero cuál puede haber sido ? Nadie ha comparecido en este sitio : en estas bóvedas solo han resonado hasta ahora nuestros gemidos... ¡ ah ! ¡ yo he perdido mi amigo, mi apoyo, mi consuelo ! amado padre, dulce madre mia, ¿ qué hacéis ? ¿ en dónde estáis ? ¡ que no podáis venir á socorrer á vuestra hija abandonada por su amigo, así como vosotros la abandonasteis en otro tiempo ! ¡ Oh ! ¡ si pudieseis conocer su arrepentimiento, y oir sus dolorosos acentos ! ¡ padre !... ¡ madre !... ¡ amigo !... ¡ todo el mundo se ha alejado de mí ! nadie puede consolarme. Apénas acabó de pronunciar estas palabras cuando vió moverse un armario arrimado á la pared, detras del cual habia una puerta. ¡ Oh Dios ! ¡ qué objetos se presentan en ella á los ojos de la feliz Benita ! Su padre y su madre seguidos de algunos criados con faroles; Campagne los acompaña, y exclama : Vedla : ahí tenéis á vuestra hija, muy digna ahora de serlo.

Sin saber cómo, se halló Benita entre los brazos de sus padres, que la llenaban de caricias, diciéndole : El tiempo que te hemos hecho padecer ha podido mudar tu carácter; quedarás bien recompensada de las penas que has sufrido, recobrando toda nuestra ternura.

Benita estaba como petrificada : no podia hablar; solo estrechaba fuertemente entre sus brazos á los autores de su vida, y esperaba que le explicasen lo que estaba viendo. Dejem oeste sitio, le dijo su madre; te hallas á muy pocos pasos de tu casa; vuelve á entrar, pues que ya mereces vivir en ella para siempre. La tomó de la mano, la hizo subir por una escalera altísima, y luego se encontró en el jardin y habitaciones de sus padres. ¿ Podré creerlo ? exclama : ¡ oh felicidad ! Pero, madre mia, ¿ qué es esto ? — Voy á decírtelo, hija mia : Sabes que no pudiendo corregir por otros medios los muchos defectos que tenias, y que te hacian odiosa á todos, tu padre y yo determinamos encerrarte, privándote de toda sociedad, exceptuando la de una sola persona que te acompañase; y nos propusimos darte lecciones instructivas en el encierro, hasta que tu carácter se mudase enteramente. Participamos esta idea al honrado Campagne, que merecia toda nuestra confianza : este se obligó á buscar medios para conducirte al subterráneo, por el sitio que de antemano se habia dispuesto, cuya entrada debian cerrar los trabajadores que al efecto estaban preparados así que ambos estuvieseis dentro, precisándoos de este modo á vivir en él, cuidando nosotros de que no os

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

faltasen las provisiones, lo que nos era fácil, como has visto; y cualquiera que hubiese reflexionado mas que tú, tendria por imposible que un sitio tan sombrío é ignorado de las gentes ofreciese todas las comodidades que habéis disfrutado por espacio de un año. Campagne tenia órden de acostumbrarte al trabajo y al estudio, y le habíamos trasmitido cuanta autoridad tenemos sobre ti : te ha sido muy provechosa la desgracia en que te considerabas sumergida; tu carácter se ha dulcificado; te has hecho prudente y laboriosa : várias veces al traves del armario por donde nos has visto entrar, te hemos oido discurrir y razonar con el mayor juicio, lo que nos ha servido de infinita satisfaccion : en fin, hija mia, hemos abreviado tu destierro, abriéndote las puertas de la prision, y ve aquí el secreto de tu detencion en la casa subterránea, la cual fué mandada construir por un loco que hace muchos años poseia este castillo, á la que se retiró el pobre señor impulsado de sus manías. Tu padre la compró tambien, y todo el subterráneo, cuyo lugar nos pareció el mas adecuado para nuestro ensayo, por todas las razones que ahora sería inoportuno explicarte, y que verdaderamente me parece excusado, porque tú las puedes alcanzar.

Benita, despues de esta explicacion, abrazó de nuevo á sus padres, deshaciéndose en lágrimas, sin olvidarse de hacer lo mismo con el buen Campagne; y desde entónces continuó siendo un modelo de bondad, de dulzura y de virtudes sociales; yo he conocido á la amable Benita; era ya anciana, y madre de una numerosa familia : ella misma me contó la historia de su juventud ; y yo os la refiero para estimularos con este ejemplo á que seáis siempre dulces, honrados y humanos con todos los que os rodean; pues si Benita lo hubiera sido desde los principios, no habria experimentado la terrible prueba de la casa subterránea.

Grande impresion hizo en los muchachos esta historia : Adela, sobre todos, que conocia se la podia aplicar, se puso encarnada como la grana, y se retiró confusa. Los demas solo hablaron de lo maravilloso del suceso.

TARDE XXI

LA DESOBEDIENCIA

De ley divina y humana
Firme base es la obediencia,
Sin la cual fuera demencia
La autoridad soberana.
En su fuerza sobrehumana
Se funda el órden social ;
Y el mas deplorable mal
Que ocurrir puede á un estado,
Es cuando se ha relajado
Este vínculo legal.

Solo la ausencia de Benito era la que agriaba los placeres inocentes de los hijos de Palemon, que sobre este particular permanecia inflexible. Habíales ocurrido la idea de arrojarse á los piés del padre á implorar su perdon, pero no se habian atrevido. Tambien habian formado el proyecto de ir á visitar y consolar á su hermano si Palemon llegaba á hacer algun viaje que les diese tiempo suficiente, y como el anciano ni aun sus ocultos pensamientos ignoraba, quiso ponerlos en ocasion de llevar á cabo su idea por ver si podia en ellos mas el amor fraternal que la obediencia.

Mr. de Lonchamps tenia que visitar á un amigo que vivia unas tres leguas distante de la Granja, y persuadió á Palemon que le acompañara : accedió con gusto, y dijo á los muchachos : Hijos

UNIVERSIDAD DE LA RIOJA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

faltasen las provisiones, lo que nos era fácil, como has visto; y cualquiera que hubiese reflexionado mas que tú, tendria por imposible que un sitio tan sombrío é ignorado de las gentes ofreciese todas las comodidades que habéis disfrutado por espacio de un año. Campagne tenia órden de acostumbrarte al trabajo y al estudio, y le habíamos trasmitido cuanta autoridad tenemos sobre ti : te ha sido muy provechosa la desgracia en que te considerabas sumergida; tu carácter se ha dulcificado; te has hecho prudente y laboriosa : várias veces al traves del armario por donde nos has visto entrar, te hemos oido discurrir y razonar con el mayor juicio, lo que nos ha servido de infinita satisfaccion : en fin, hija mia, hemos abreviado tu destierro, abriéndote las puertas de la prision, y ve aquí el secreto de tu detencion en la casa subterránea, la cual fué mandada construir por un loco que hace muchos años poseia este castillo, á la que se retiró el pobre señor impulsado de sus manías. Tu padre la compró tambien, y todo el subterráneo, cuyo lugar nos pareció el mas adecuado para nuestro ensayo, por todas las razones que ahora sería inoportuno explicarte, y que verdaderamente me parece excusado, porque tú las puedes alcanzar.

Benita, despues de esta explicacion, abrazó de nuevo á sus padres, deshaciéndose en lágrimas, sin olvidarse de hacer lo mismo con el buen Campagne; y desde entónces continuó siendo un modelo de bondad, de dulzura y de virtudes sociales; yo he conocido á la amable Benita; era ya anciana, y madre de una numerosa familia : ella misma me contó la historia de su juventud ; y yo os la refiero para estimularos con este ejemplo á que seáis siempre dulces, honrados y humanos con todos los que os rodean; pues si Benita lo hubiera sido desde los principios, no habria experimentado la terrible prueba de la casa subterránea.

Grande impresion hizo en los muchachos esta historia : Adela, sobre todos, que conocia se la podia aplicar, se puso encarnada como la grana, y se retiró confusa. Los demas solo hablaron de lo maravilloso del suceso.

TARDE XXI

LA DESOBEDIENCIA

De ley divina y humana
Firme base es la obediencia,
Sin la cual fuera demencia
La autoridad soberana.
En su fuerza sobrehumana
Se funda el órden social ;
Y el mas deplorable mal
Que ocurrir puede á un estado,
Es cuando se ha relajado
Este vínculo legal.

Solo la ausencia de Benito era la que agriaba los placeres inocentes de los hijos de Palemon, que sobre este particular permanecia inflexible. Habíales ocurrido la idea de arrojarse á los piés del padre á implorar su perdon, pero no se habian atrevido. Tambien habian formado el proyecto de ir á visitar y consolar á su hermano si Palemon llegaba á hacer algun viaje que les diese tiempo suficiente, y como el anciano ni aun sus ocultos pensamientos ignoraba, quiso ponerlos en ocasion de llevar á cabo su idea por ver si podia en ellos mas el amor fraternal que la obediencia.

Mr. de Lonchamps tenia que visitar á un amigo que vivia unas tres leguas distante de la Granja, y persuadió á Palemon que le acompañara : accedió con gusto, y dijo á los muchachos : Hijos

UNIVERSIDAD DE LA RIOJA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mios, os dejo por un solo dia; durante mi ausencia os reuniréis, como siempre, en el terrazo: Armando tiene el libro grande, en el que os leerá algunas historias para entreteneros: á mas de eso, para que sintáis ménos mi ausencia, os concedo libertad para que juguéis todo el dia; podéis hacerlo en el prado inmediato á la huerta; pero cuidado con desviarse, porque hace algun tiempo que una cuadrilla de ladrones infesta estas cercanías: á Dios, hijos mios; no olvidéis lo que os acabo de decir: mañana nos veremos, y proseguiremos nuestros ejercicios acostumbrados.

Los muchachos abrazan á su padre, que sale con su amigo. Apénas han partido, cuando Adela llama á Leon y Julio, y les dice: tenemos por nuestro todo el dia: hoy podemos verificar el proyecto de ir á ver á nuestro hermano Benito: ¡pobrecillo! ¡cuánto debe padecer léjos de nosotros! ¡qué desconocido estará! Vaya, vamos, vamos. — ¿No hay mas que vamos? dijo Leon; ¿y Armando? — Armando, responde Adela, está demasiado ocupado en sus matemáticas; y ademas si supiese algo, no nos dejaria ir: escuchad: esperemos la hora de jugar en el prado, á fin de que Marcela no sospeche nada: Armando no concurrirá, porque no le gustan nuestros juegos; y así que los dos estén descuidados, nos pondremos en camino: no hay mucha distancia, y no haremos mas que ir y volver. — ¿Y los ladrones que padre nos ha dicho? — Siendo de dia no hay que temer, y para la noche ya habremos vuelto; á mas de eso, ¿no somos tres? — Eso es cierto; ¿qué miedo podemos tener? yo llevaré el sable de papá; Julio un buen garrote, y tú tambien, si te parece, te armarás: no hay cuidado.

Concluido así el proyecto, los tres saltan de alegría pensando en el gusto que van á disfrutar, y comen tranquilamente con su hermano Armando sin darle parte de su designio. Acabada la comida, Armando les señala la hora de reunirse en el terrazo, donde quiere leerles una historia: despues sube á su cuarto, y se encierra en él para trabajar; Marcela está ocupada en los oficios domésticos, y nuestros tres amigos salen al prado. No bien se hallaron en él, se encaminan al bosque en donde está su hermano, muy ajeno de semejante visita. El paraje en que se hacia el carbon estaba muy retirado en el fondo de una espesura, y para llegar allí solo habia una estrecha senda. El dia que fueron á este sitio con su padre, no tuvieron cuidado de reparar en la senda, y ahora no podian hallarla. — Á la izquierda estaba, dijo Adela. — No, sino á la derecha, respondió Julio. — Pues yo digo, repuso Leon, que es

menester ir en derechura. Confusos se hallaban, y aun expuestos á malograr su proyecto, cuando se les acercó un leñador, á cuya primera vista temblaron acordándose de los ladrones mencionados por su padre. Sin embargo, el verse armados los sosiega, y preguntan á este hombre si están muy distantes del sitio en que se hace carbon. — La semana pasada, les respondió, se trabajaba muy cerca de aquí, allí abajo: en el dia, para llegar á la nueva carbonera, falta mas de una legua. — ¿Para la carbonera de Lagrange? — Sí, señores: tomad esta senda á la izquierda, que va á parar á un sitio despejado, y desde allí veréis una espesa humareda que sale de la carbonera: á Dios, señores.

Dicho esto, se fué el leñador, y nuestros tres fugitivos quedaron confusos: ¡Todavía una legua! ¡Dios mio! ¡qué léjos está! ¿qué hora será? ¡si tuviéramos un reloj! ¿proseguimos? — Sí, prosigamos: aun no es tarde: lo mismo nos han de reñir por dos horas que por cuatro: vamos, vamos: á lo ménos veremos á nuestro pobre hermano; le daremos mil abrazos, y sin detencion nos volveremos.

Los imprudentes jóvenes siguieron el camino indicado por el leñador, sin advertir lo difícil que les habia de ser acertar con él. Caminan, caminan, y al cabo descubren el humo espeso que despide le carbonera. Á su aspecto se les aumenta el vigor: ya no caminan; corren, vuelan, y llegan á una cabaña, donde no dudan hallar á su hermano, pero no está allí; nadie se presenta á sus ojos: ¿de quién se informarán? En esto ven á los léjos un muchacho cargado de leña, y negro de los piés á la cabeza, la que traia inclinada á la tierra, de modo que era imposible reconocer sus facciones. ¿Si sería él? ¿Sería este aquel Benito, tan hermoso, tan limpio y aseado? Los muchachos no podian creerlo; pero Benito ya los habia reconocido. Arrojó la carga de leña, y sin reparar que mancharia los vestidos de sus hermanos, se echó en sus brazos derramando lágrimas. Él es: exclamaron los otros tres.

Luego que se pasaron los primeros momentos de efusion, Benito les preguntó por su padre, y Leon contó entónces que han venido ocultamente, y que nunca lo descubriera, añadiendo: Hemos venido á verte, por no poder resistir el deseo de abrazarte y consolarte. Tendrás mucho trabajo, ¿no es verdad? — ¡Oh, si lo supierais!... Todos los dias Lagrange, que tiene maldito genio, me hace cortar, serrar, liar y traer la leña del modo que veis; y despues ir por agua á unos estanques... en fin, es un trabajo in-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sufrible; ¡no dormir sino cuatro horas! ¡siempre en pié! y sobre eso no comer sino un pan duro y negro: esta es la vida que paso: ¡oh Dios! ¡cuánto siento haber irritado á mi padre! ¿cómo haria para desenojarle? — Mira, le dice Julio, no hay sino un arbitrio: él volverá mañana; escápate, y ven á pedirle perdon de tus faltas, así en el mismo traje en que te hallas, que eso le conmoverá mucho mas: para acertarlo mejor, será bien que te presentes á cosa de las ocho de la noche, para que no te haga volver; pues siendo tan bueno como es, no es posible que te despida á semejante hora; nosotros apoyaremos tus ruegos, y Mr. de Lonchamps, á quien no conoces, y es un hombre muy apreciable, tambien nos ayudará, y sin duda quedaremos satisfechos: ¿qué tal? ¿te parece bien la idea que me ha ocurrido?

Benito solo con abrazos responde á sus hermanos: les agradece el consejo, lo seguirá, é irá á postrarse á los piés de su padre: ya se le habia ocurrido, pero le contenia el temor de hacer mayor su delito; mas una vez que está seguro del apoyo de sus hermanos, y del de un amigo de su padre, nada teme, y lo espera todo; ¿pero cómo burlará la vigilancia de Lagrange, que parece su sombra? Sin embargo, no desconfía de hallar medios para su fuga: por ahora Lagrange, segun su método ordinario, está durmiendo en su cabaña: elegirá pues la misma hora para escapar y trasladarse á casa de su padre. Benito no puede contener su regocijo; admira la ternura de sus hermanos, y cuando se reuna con ellos, se propone amarlos tiernísimamente, y no causarles nunca el mas leve disgusto. Con todo, no está satisfecho de Armando: solo la idea de que no habria permitido á sus hermanos venir á verle, le causa pena. Nuestro hermano Armando, dijo, es un egoísta. — No es tal, respondió Adela, te ama tanto como nosostros; pero encargado particularmente de las órdenes de papá, nos habria representado que debíamos ejecutarlas, obligándanos así á no desobedecer; porque hablando con ingenuidad, bien conozco que en esto média un poquito de desobediencia de parte nuestra: padre nos mandó que no nos alejáramos de la casa, y aun nos aseguró que en el bosque andaba una cuadrilla de ladrones. — ¡Patarata! repuso Benito; eso os lo dijo para atemorizaros. Nunca he oido hablar de ladrones, ni se halla ninguno por estos contornos; vaya, vaya, que no tenéis qué temer; el camino es seguro; yo salgo fiador. — Te creo; pero con todo es forzoso que nos volvamos al punto; á Dios, á Dios. — ¿Cómo á Dios? no señor; todavía tenéis tiempo: merendaréis conmigo; que

aunque no tengo que ofreceros cosas exquisitas, las hará apreciables el ser ofrecidas por un hermano: todo se reduce á algunas nueces y avellanas, que son cuanto poseo. —No puede ser, que nos detendremos demasiado. — ¿Conque tan pronto quieres separarte de tu hermano, querida Adela? — No puedes, Benito, conocer cuán agradable me es tu compañía; pero... — ¿Qué pero? dice Julio; ¿por qué hemos de desairar á un hermano? ¿no es verdad que lo sentirias, Benito? — ¡Oh! yo te lo aseguro.

Adela no es de parecer que se detengan mas en este bosque; pero los dos muchachos son intrépidos: el uno saca á relucir su sable, y el otro hace ostentacion de su grueso y nudoso garrote, diciendo á su hermana: mira, con este no temo yo á un regimiento entero; fuera de que Benito nos asegura que no hay qué temer: padre ha querido asustarnos, y los padres dicen cosas como estas á los muchachos cuando les conviene.

Nuestros valentones tranquilizan á Adela, que al fin consiente en todo: Benito, que hace punto de honor el obsequiar á sus huéspedes, los deja por un breve rato, y luego vuelve cargado de un enorme pedazo de pan negro, y con el sombrero lleno de nueces y avellanas: extiende su provision sobre la yerba, y con cierto aire de gravedad convida á sus hermanos á comer: ellos se sientan en torno á los manjares, y los despachan con buen apetito.

Entre tanto corre el tiempo, la noche se acerca, y trae sobre sus negras alas los accidentes, las inquietudes y temores que van á experimentar nuestros tres viajeros. ¡Dulce placer de la mesa! ¡tú haces olvidar las rápidas horas! ¡en ti se desperdicia un tiempo muy precioso! ¡cuántos males has causado! ¡y cuáles son los que preparas á nuestros fugitivos héroes!

Adela fué la primera que advirtió la rapidez con que pasaba el tiempo, se levantó, tomó de las manos á sus dos compañeros, y les precisó á dejar los deliciosos manjares que hacia una hora estaban devorando, diciéndoles: Ya es tarde, hermanos; tenemos mucho que andar: ¿y quién sabe si acertaremos el camino? — ¿Pues no hemos de acertar? — Á la verdad, dice Benito, no es gran dificultad: la carretera está allí abajo. — Sí, allí abajo; ¿pero por dónde iremos á ella? — Por esta vereda, que conduce rectamente hasta ella.

Miéntras que Benito recogia los residuos del convite, Adela se compuso sus vestidos, y luego mirando á Julio, dió una gran carcajada. — ¿Por qué te ries? — Porque estás tan negro como un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carbonero. — Y tú lo mismo; y tambien Leon. Benito los habia ennegrecido al arrojarse á sus brazos. Luego que se limpiaron cuanto les fué posible, se despidieron de su hermano, encargándole que cuanto ántes ponga en ejecucion lo que le habian aconsejado. Benito no podia separarse de ellos; lloraba, y los otros correspondian á su llanto: de nuevo vuelven á abrazarle, olvidándose por entónces de que los habia ensuciado con los anteriores abrazos, pues estaban muy enajenados para pensar en otra cosa que en el dolor de su separacion. Mil veces se despidieron, y por fin se separaron, dirigiéndose desde léjos miradas cariñosas con la mayor sensibilidad.

¡Dulces vínculos del amor fraternal!; ¡dichosos los corazones que os conocen, y saben sentir vuestras preciosas impresiones! la amistad de los hermanos es la prenda de la sociedad, pues prepara aquella union y armonía que debe reinar siempre entre los hombres; la ternura fraternal es el primer paso hácia la filantropía: y las virtudes privadas, las virtudes de la naturaleza y el sentimiento, son los manantiales de las virtudes sociales.

Siguieron, pues, nuestros caminantes rectamente la senda que les habia indicado su hermano. Todavía estaban enternecidos con el placer que habian tenido de verle, de su buen recibimiento, y sobre todo de los felices efectos que esperaban de los consejos que le habian dado. No hay duda, decian, papá es bueno, sensible y generoso; cuando le vea á sus piés, le abrirá sus brazos, y lo olvidará todo. Á la verdad, Benito ya no sería carbonero si hubiese manifestado mas docilidad, dulzura y arrepentimiento cuando padre le intimó este castigo: si en vez de mostrar una punible audacia, le hubiese pedido perdon, hubiera venido con nosotros, y todo quedaba concluido; pero respondió como burlándose; papá no gusta que se le replique, con razon, pues sabe lo que debe hacer para educarnos; conoce nuestros defectos, y tanto su gusto como su obligacion, es el corregirnos; pero verá, oirá á su hijo, á quien ama tanto como á nosotros, y todos nos echaremos á sus piés para desarmar su severidad. ¡Oh! no puede ménos de salir todo á medida de nuestros deseos.

Razonando así, advirtieron que el sol se ponia, que unas densas nubes adelantaban la llegada de la noche. Adela temblaba, y sus dos bravos campeones conocian que vacilaba todo su valor; crecieron sus temores cuando acabaron de atravesar la senda que, segun Benito, debia conducirlos á la carretera, pues no hallaron camino alguno trillado, sino arbustos, maleza y multitud de sendas que, cruzándose entre sí, no presentaban punto alguno de direccion.

Entónces sí que se arrepintieron de haberse detenido tanto con Benito, conociendo que les sería imposible volver á casa ántes que cerrase la noche, y que lo ménos que podia sucederles era el ser reprendidos severamente por Armando y Marcela, que sin duda estarian llenos de inquietud, y podian contar á su padre la escapatoria: sin embargo, era forzoso caminar, y no hallaban quien pudiese dirigirlos.

Aunque no cesaban de andar, conocian que se iban extraviando cada vez mas. Adela estaba casi desfallecida; no podia dar un paso mas; pero el deseo de salir del bosque la prestaba fuerza: apoyada sobre Julio y Leon, se esforzaba á vencer el miedo y la fatiga.

Entre tanto el cielo se oscureció enteramente: la noche desplegó las sombras mas densas en aquel sitio con la multitud y espesura de los árboles de la selva: solamente se oia el canto lastimero de las aves nocturnas: nada se distinguia: todo inspiraba terror y aumentaba el espanto de nuestros caminantes.

Ya casi desesperaban de poder salir del bosque, cuando á Julio le pareció ver una luz á lo léjos: lo mismo advierten los otros: un rayo de esperanza brilló á sus ojos; pero pronto la disipó el miedo. Iremos allí, decian, ¿y si tropezamos con algunos ladrones? — Mas regular es que sea alguna cabaña de leñadores ó carboneros. — ¿Estás persuadido de eso? — Sí por cierto.

Leon animó de este modo á sus compañeros, y les aseguró que aun cuando diesen en poder de ladrones, nada podian hacer á unos muchachos que ni tenian dinero, ni los vestidos podian excitar su codicia: les persuadió, pues, á que le siguieran, porque era el único medio para salir de aquel inmenso bosque. Llegaron al sitio en que habian visto brillar la luz, y hallaron una cueva cuyo fondo se perdia de vista, lo cual pudieron observar fácilmente al resplandor que arrobaja una gran tea encendida y clavada en la tierra. Sin duda, dijo Adela, este sitio es un albergue de malhechores. — No creas tal, respondió Leon, y llamó desde la entrada del subterráneo: nadie le contestó sino el eco de sus voces que se repitieron á lo léjos en la gruta: volvió á llamar, y sucedió lo mismo. — Entremos. — No, dice Adela conteniéndole: ¿quieres que nos suceda lo mismo que á Benita? — Déjate de eso, y no tengas tanto miedo.

Leon tomó de las manos á sus hermanos y entraron en el sub-

terráneo; pero á los pocos pasos que dieron en él, admirados de no ver á nadie, no se atrevieron á internarse: al recorrerlo con la vista, vieron algunas escopetas colgadas en la pared, lo cual los atemorizó y no sabian si permanecer allí ó volver á buscar el camino. En esto se les presentó una feísima vieja que salió del fondo del subterráneo, diciendo: ¿Quién me llama? ¿quién turba mi reposo?... hola, hola, ¿qué hacéis aquí?

Los muchachos, mas asustados con el aspecto de esta mujer, quieren huir; pero de repente entran en la caverna cinco ó seis bandidos, y dicen á la vieja: ¿Quiénes son estos muchachos, Démona? — No lo sé; acabo de hallarlos aquí registrándolo todo. — ¡Bravo! ¡bravo! dice uno de ellos; estos serán espías; porque muchas veces la justicia se vale de semejantes picaruelos para descubrirnos.... Ea, decid, ¿qué buscáis en este sitio?

La terrible voz de aquel malvado confundió á los muchachos, que apénas pudieron decir que se habian perdido en el bosque. — Mala excusa, exclamó un hombre de grandes bigotes: otros designios son los vuestros: de cuando en cuando suelen venir por aquí algunos chicuelos, sin duda para observar; esto es muy sospechoso: mejor será que con ellos sepultemos el secreto: ¿qué os parece, camaradas?

Todos los bandidos fueron del mismo parecer, y los muchachos conocieron demasiado tarde su perdicion: clamaban, lloraban; pero nada conmovia á estos bárbaros; dos de ellos se apoderaron de Adela, y querian darle de puñaladas: otros tres cogieran á Leon, y le pusieron al pecho una pistola, y Julio se arrojó á los piés de la execrable vieja, que hacia muchos esfuerzos para atarle. ¡Espantoso cuadro, cuya pintura repugna á mi corazon! ¡Oh imprudentes niños! ¿quién podrá libertaros de estos monstruos? Á este tiempo se presentaron dos hombres, sin duda encaminados á aquel sitio por las angustiosas voces de los muchachos: entraron, y al momento la vieja y los bandidos, tan cobardes como crueles, se retiraron precipitadamente al fondo del subterráneo. Los muchachos, casi desmayados, se reanimaron, y fueron á postrarse á los piés de sus libertadores; pero ¡cual fué su sorpresa al reconocer en ellos á su padre y á Mr. de Lonchamps!

Su confusion y arrepentimiento les hicieron caer en tierra. Palemon y su amigo los levantaron, diciéndoles: Hijos desobedientes: bien merecido tenéis.... pero no hay que perder tiempo: salgamos de esta caverna, en que ibais á ser sacrificados si la prudencia y vigilancia paternal os hubieran perdido de vista. Palemon tomó á Adela en los brazos, y Lonchamps cogió las manos de Julio y Leon. Salieron de aquel funesto lugar, encontraron la carretera y se encaminaron á casa, sin que el padre dijese cosa alguna á los muchachos, los cuales tampoco tenian valor para pronunciar ni una palabra.

En casa es donde Palemon se propuso reprenderlos como merecian. Así que hubieron llegado, les hizo sentar, y les habló de este modo: Mi amigo y yo hemos salido de aquí al amanecer con ánimo de volver mañana; pero á cosa de tres leguas hallámos al mayoral del amigo de Mr. de Lonchamps, quien nos dijo que su amo estaba en la ciudad cercana, donde se detendria algunos dias: damos la vuelta á casa, y nos dicen que faltáis de ella: al instante presumí que habiais ido á ver á vuestro hermano Benito sin mi licencia; vamos á buscaros, y siendo ya tan tarde, conocemos que os habéis perdido en el bosque; lo recorremos, y llegamos á la caverna en el mismo instante en que los ladrones, de que os habia hablado, iban á quitaros la vida: favor del cielo ha sido: no os diré ahora lo que pienso en órden á esto: es tarde, y estámos cansados: lo que importa ahora es retirarse cada uno á su cuarto, que mañana nos veremos.

Palemon pronunció estas palabras con tono irritado: los tres muchachos, penetrados de sentimiento, se retiraron. Mañana veremos cómo Palemon habia dispuesto el suceso de los fingidos ladrones, que eran unos leñadores con quienes se habia convenido para castigar la desobediencia de sus hijos, que por otra parte consideraba digna de indulgencia, porque era efecto del amor fraternal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXII

LA INDULGENCIA

Si en el castigo es clemente.
É inclinada á perdonar,
Se hará del súbdito amar
La autoridad indulgente;
Que á veces el delincuente,
Disculpable en su ignorancia,
De las leyes la observancia
Descuidó precipitado,
Y si no es disimulado
Reincidirá en su arrogancia.

Es consiguiente que los viajeros no pasarian muy buena noche; el cansancio y el recuerdo de los peligros á que habian estado expuestos, era lo que ménos los inquietaba; pero la incomodidad y el enfado que habian causado á su buen padre los tenian muy desazonados, porque aun no habia resuelto el castigo que iba á darles, y temian que fuese para con ellos tan inflexible como lo habia sido con Benito: de consiguiente, lo que mas temian era el momento de ver á su padre.

Al fin llegó aquel momento tan temido. Palemon hizo llamar á su cuarto á los tres, que se le presentaron cubiertos de lágrimas. No se habian engañado: la primera mirada de su padre fué un rayo que los confundió. ¿Os accordáis, les dijo, de la órden que os di ayer por la mañana? — Sí, señor. — ¿Cuál fué? — Que no

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nos alejásemos de casa. — Muy bien : ¿ y habéis cumplido con mi órden?... ¿no respondéis ? ¿me habéis obedecido ? — No, senor. — ¡ No ! ¿ y qué hariais en mi lugar con unos hijos desobedientes ? — ¡ Papá !... — Adelante. — Perdonadnos : nosotros queremos infinito á nuestro hermano Benito : vos mismo nos habéis inspirado estos sentimientos del amor fraternal : muchas veces nos habéis encargado el amarnos, protegernos y defendernos recíprocamente : solo os hemos desobedecido por abrazar y consolar á un hermano infeliz, agobiado con el peso de vuestra justa cólera. ¡ Oh papá ! perdonad nuestra falta, pues solo procede de las lecciones que nos habéis dado.

Leon era el orador ; Palemon se alegraba interiormente de la energía de su jóven poeta, y le agradó mucho el gracioso artificio con que se defendia ; pero conoció que era preciso rechazar su elocuencia con razones sólidas ; y afectando mucha severidad, le dijo : Señor mio, estoy muy léjos de reprender la ternura que profesáis á vuestro hermano; al contrário, la apruebo con todo mi corazon; solo me quejo de que no me habéis pedido licencia para irá verle; ya conocéis que... — ¡ Ah señor ! ¿ y nos la hubierais concedido ? — Eso es otra cosa ; hubiera hecho lo que me pareciera ; pero suponiendo que me la hubieseis pedido, y os la hubiera negado, veo que habriais despreciado mis órdenes : conozco que vuestra desobediencia es mucho mas criminal de lo que pudiera imaginar : vosotros habéis dicho : no hablemos de esto á padre porque no nos lo concederá : lo mismo es que si lo hubierais hecho ; y en el fondo habéis despreciado absolutamente mis preceptos. — ¡ Ah papá ! no es eso. — ¿No ? creéis que yo no penetro vuestras intenciones? Vuelvo á decir que no me enoja la visita que habéis hecho á vuestro hermano, sino el no haberme comunicado vuestro deseo : parece que de nada sirven mis lecciones : ¡ no os acordáis de que mil veces os he encargado que me miréis como á vuestro mejor amigo, confiándome vuestros mas ocultos pensamientos ? ¿ no me lo habéis prometido, hijos ingratos ? ¿ os olvidáis de que soy vuestro padre ? ¿ queréis habituaros á mirarme como á un director, á quien se teme, de quien se huye y se oculta, aun para hacer buenas obras ? ¿ no consideráis los peligros á que os habéis expuesto por haber despreciado mis preceptos ? Muy felices habéis sido en hallar tan á punto á vuestro padre, á vuestro amigo, á aquel á quien sin duda temiais mas encontrar, y cuya presencia, á no ser por aquel accidente, os habria turbado mas que la de un tirano. ¿ Desde cuándo se alejan

mis hijos de mi seno, y temen mi presencia ? ¡ Ah ! ¡ algun dia conoceréis que los regalos mas dulces que el cielo ha podido hacer á la humanidad, son para un padre unos hijos dóciles, y para estos un padre tierno y sensible !

Algunas lágrimas se desprendieron de los ojos de Palemon : al advertirlo sus hijos ya no pensaron en justificarse : todos se arrojaron á sus piés, y él les abrió sus paternales brazos, en los que se echaron de tropel, haciéndole mil caricias. Ya veo, les dijo, que os ha sido muy sensible el pesar que me habéis causado, y que estáis arrepentidos de vuestra culpa : ¿ no es asi? — Sí, señor. — ¿ Me prometéis no hacer nunca cosa alguna sin consultarla ántes conmigo? — Os lo juramos. — Pues yo os perdono bajo esa palabra, y tambien atendiendo al castigo que habéis sufrido con el terror que experimentasteis. Hijos mios, hijos mios, miradme como el mas fiel amigo : ¿ qué cosa reserva un amigo de otro, que lo es verdaderamente? — Nada, nada ; todo lo sabréis papá, todo, todo. — Está bien : yo tambien lo olvido todo, porque conozco que un padre experimenta el placer mas puro y agradable cuando perdona á sus hijos.

Esta escena se terminó con efusiones recíprocas : Julio y Adela abrazaron á Leon, que habia sido su abogado : Palemon se sonrió de los extremos de alegría que manifestaron ; porque sabía que cuando los hijos se alegran tanto de que se olviden sus defectos, no están léjos de corregirse. Comieron alegremente, y el jóven Armando se alegró infintio de ver á sus hermanos reconciliados con su padre : este se mostró muy alegre, y tambien su amigo. Á los postres se le mandó á Leon que cantase sus dos romances, y lo hizo con una gracia y expresion que encantaron á todos. No los ponemos aqui porque no son de grande interes : solamente seguiremos el curso de este dia, que se terminó como veremos.

Por la tarde, reunidos todos en el terrazo, trataban de elegir algun entretenimiento, cuando Marcela dijo que un sugeto desconocido pedia permiso para presentarse á la familia ; pero sin aguardar respuesta, apareció en el mismo instante un muchacho negro de piés á cabeza. Adela, Julio y Leon se estremecieron al reconocer á Benito. Palemon se levantó, su frente se armó de una severidad no acostumbrada, y el muchacho se arrojó á sus piés sin poder pronunciar una palabra : su padre le dice : ¿ Qué queréis, señor mio ? — Papá, yo soy.., — Un hijo altivo, rebelde y obstinado, á quien yo habia desterrado de mi seno. — Señor, conozco que merezco toda vuestra cólera y que soy indigno de un

generoso perdon, lo confieso; pero ¡ si supieseis cuánto he padecido desde que estoy privado de vuestra presencia! — ¡No dijisteis que estariais un mes con Lagrange! pues todavía no se ha cumplido. — Es verdad; pero un movimiento de despecho... — ¿ Conque estabais despechado? lo siento; mas sin embargo, proseguiréis en vuestro destierro hasta concluir el término que vos mismo os impusisteis.

Dicho esto, Palemon quiso retirarse ; Leon, que por la mañana habia defendido tan bien su causa y la de sus hermanos, trató de emprender la de Benito; pero el anciano se mantenia inexorable, y solo cedió á las instancias de su amigo Lonchamps que salió garante de la docilidad y sumision que prometió observar Benito en lo futuro. Palemon no pudo ya resistir los ruegos de su amigo, y las lágrimas de sus hijos : abrazó, pues, á Benito, diciéndole : Yo sabré, amigo mio, recompensar las virtudes de mis hijos con la ternura paternal; pero tambien sabré corregir sus defectos con toda la severidad de un juez : sirva á todos de leccion lo que he practicado contigo; al que se exceda, no le desterraré á un subterráneo, como hicieron los padres de Benita ; pero le emplearé en labores útiles : trabajará como tú has trabajado, y no le recibiré en mi casa hasta estar seguro de su arrepentimiento. Ahora olvidémoslo todo, y vuelva á renacer entre nosotros la alegría acostumbrada : retírate, Benito : haz que desaparezca el aprendiz de Lagrange, y que se me presente mi hijo.

Benito, que entendió muy bien esta órden, al instante fué á lavarse y mudarse de vestido, y volvió á abrazar á su padre con su traje acostumbrado : luego se colocó junto á sus hermanos, y ya no se trató sino de entretener la tarde. Mr. de Lonchamps se encargó de esto : debia ausentarse al dia siguiente y manifestó á los muchachos cuánto se alegraba de ver, ántes de dejarlos, reinar la paz y la dicha en una casa cuyo hospedaje le habia sido tan agradable : estos, que deseaban gozar mas tiempo de su compañía, le preguntaron qué era lo que le obligaba á viajar tanto; y les respondió, que solo á ellos les diria la causa. Vosotros, continuó, estáis muy deseosos de saber mis aventuras : no será larga mi relacion, ó á lo ménos procuraré abreviarla : escuchadme, y acaso aprenderéis una leccion nueva de moral y paciencia.

Nací en una gran ciudad, donde el tumulto de los placeres me arrastró en mi mas florida edad á unos excesos cuya memoria me llena ahora de rubor. Despreciando absolutamente los cuidados de mi educacion, llegué a conocer muy tarde, que el hombre que

malogra el tiempo de su juventud, se prepara crueles disgustos para el resto de su vida. Tenia veinte años, y hallándose en mí tan amortiguado el fuego de las pasiones, como pudiera estarlo en un hombre de cuarenta, vi que era preciso entregarme al estudio. Mi padre era un buen anciano, muy melancólico, muy cansado de su existencia, que no cuidaba de mí, procediendo lo mismo que si no tuviera hijo : su único placer consistia en pasar dias enteros encerrado en su gabinete, cuya llave quitaba para que nadie entrase á interrumpirle. Muchas veces suspiraba profundamente y aun lloraba, pero yo no me daba por entendido de tales extremos; porque várias veces le habia preguntado la causa, y jamas quiso decírmela. De esta conducta de mi padre, resultó el que yo me entregase á todo género de extravíos, que por fin quebrantaron mi salud. Mi padre, á quien en mi interior habia acusado de negligente acerca de mi suerte, me manifestó entónces que sabia llenar todos los deberes de la ternura paternal. Viéndome este buen padre en un estado de debilidad que podia conducirme al sepulcro, no me dejó ni de dia ni de noche hasta que me recobré. Entónces me aconsejó que volviese á emprender los estudios, que habia descuidado demasiadamente. Solos los dos, porque mi madre habia perdido la vida al dármela, nos aplicámos á los libros, y mi padre se hizo maestro mio. Con todo, siempre observé en él igual disgusto, y la misma manía de encerrarse muchas horas en su gabinete misterioso, en el cual entraba yo muchas veces, sin que todo mi cuidado y exámen pudiese penetrar qué ocupaciones eran las de mi padre en aquella estancia. Un dia me aventuré á preguntarle acerca de este extraño secreto; y la respuesta fué suspirar, derramar algunas lágrimas y decirme : ¡ Oh amado hijo ! no procures arrancar de mi pecho este importante secreto : demasiado pronto lo sabrás, y conocerás las desventuras de tu padre. Confuso al oirle tales expresiones, tomé el partido de callar, y esperar á que el tiempo me hiciese digno de que mi padre depositase en mí su confianza.

Entre tanto trabajaba á su vista, y recuperaba el tiempo perdido con una actividad que le embelesaba. Mi salud no era de las mejores; pero tenia esperanza de acabar de restablecerme; y disgustado de los vanos placeres de la sociedad, todos mis gustos y deseos se habian convertido á las artes y ciencias, las cuales, segun mi padre, algun dia debian ser mi único recurso : yo, prescindiendo de este motivo, las cultivaba por inclinacion, pues no tenia otro gusto que el que ellas me inspiraban.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Se acercaba el momento en que iba á conocer la solidez de las razones de mi padre, cuya vida tocaba su fin, al paso que yo me fortificaba en la mia : enfermó peligrosísimamente : entónces se le acrecentó mucho la melancolía, que le dominaba hacia tanto tiempo : parecia que sus ojos iban á saltar de sus órbitas : no pronunciaba sino exclamaciones vagas, y yo temblaba á un tiempo por su juicio y por su vida. Cuando le vi en tal situacion, resolví aprovechar el primer momento que tuviera para arrancarle el secreto; pero estaba decidido que no lo habia de lograr. En vano hice várias preguntas á mi padre, á quien parecia que atormentaban grandes remordimientos : no pude conseguir la menor luz, pues solo me señalaba su papelera, cuya llave nunca dejaba, exclamando : Allí está, allí está. En fin, se apoderó de él un furioso delirio, y segun sus expresiones, veia una mujer con el cabello enmarañado, que le llamaba y le arrastraba al fondo de su ataúd. Un cruel anciano estaba preparado á traspasarle el pecho con un puñal, que está siempre pendiente sobre su cabeza, y suplica á cuantos rodean su lecho que aparten de su vista aquel sangriento acero : en vano le dicen que ya está obedecido; siempre ve resplandecer aquel instrumento de muerte ; en una palabra, su delirio excitaba á un mismo tiempo horror y compasion.

Cuando vi que me era imposible recibir de él explicacion alguna, me consolé creyendo que la papelera contenia algunos documentos concernientes á este terrible secreto : y aunque siempre estaba la llave en su poder, consideraba que si por desgracia moria, vendria á parar á mí la llave, y acaso entónces descubriria lo que me ocultaba con tanta obstinacion, pero hasta este recurso me negó la suerte. Durmióse profundamente una noche, y yo me aproveché de esta coyuntura para entregarme tambien al sueño que no habia disfrutado en muchos dias. Dejé con mi padre un criado de confianza, encargándole que estuviese atento á todos sus movimientos, y que si despertaba me viniese á llamar. El criado ofreció cumplirlo; mas apénas volví la espalda, cuando fatigado de las muchas noches que habia estado velando, se durmió tambien, y roncaba con tal estrépito, que despertó al enfermo : este, á pesar de su debilidad, se levantó, y apoyado en un baston llegó hasta la papelera, la abrió, y despues de haber amontonado en el cuarto muchas cartas y papeles, les prendió fuego con la luz que alumbraba la estancia, y sin mas precaucion, se volvió poco á poco á su cama : solo en esto podéis conocer el estado en que se hallaba su juicio.

Pocos momentos despues un espeso humo llenaba toda la estancia, una mesa y várias sillas eran ya pábulo de las llamas. Despertó el criado, y asustado de este accidente corrió por toda la casa gritando : fuego, fuego. Oigo sus voces, me levanto apresuradamente, bajo al cuarto de mi padre, le tomo en mis brazos, le llevo ya moribundo á mi cuarto, y le pongo en mi cama. En tanto que yo me empleo en aplicarle esencias para reanimarle, se apaga el fuego á fuerza de agua; me informo del criado, el cual me confiesa que se habia rendido al sueño, y que no sabe cómo ha sucedido aquello : mi padre mismo, mi padre fué quien me lo explicó : Sí, me dijo, yo he sido la causa del incendio, por quemar todos esos funestos papeles; el deseo de borrar hasta la mas leve señal de mis desgracias me ha dado fuerzas; ya no existen; asi moriré mas tranquilo.

Considerad, amigos mios, cuál sería mi confusion. Hay ciertas sensaciones inexplicables, y las mias eran de este género. El moribundo estaba delirante, y yo habia perdido absolutamente la esperanza de descubrir sus secretos. Supliqué á los médicos que nada omitiesen para que siquiera recobrase algunos momentos el juicio; pero todo fué inútil : espiró en mis brazos, y con él murieron mi consuelo, mi felicidad y mi esperanza.

Aquí, amigos mios, da principio la aventura mas admirable y extraordinaria : aquí comienzan mis inquietudes, mis pesares, los motivos que me han hecho viajar desde la muerte de mi padre, que todavía continúan, y me precisan á dejaros manaña para visitar nuevas comarcas. Prestadme la mayor atencion : vais á conocer al perseguidor de mi padre, al mio... ¿qué digo? conoceréis á mi bienhechor, á un hombre singular á quien nunca he visto, y que sin cesar me sigue á todas partes, me llena de beneficios, y á quien tanto para vosotros como para mí llamaré

El Hombre invisible.

Apénas habia espirado mi padre, cuando traté de recoger su herencia; nunca habia sabido el estado de su fortuna, pero era hijo solo, y por consiguiente único heredero. No sabía que mi padre tuviese tierras, posesiones ni casas; solo sí veia que en la de mi padre se vivia con mucha opulencia. No me hablaba de sus bienes, ni yo jamas le hice la menor pregunta acerca de ellos. Lo que mas sentia era no haber podido penetrar la causa de la tristeza que le habia conducido al sepulcro, y se me acrecentó este

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pesar cuando abriendo la papelera no hallé en ella sino cartas y papeles de ninguna importancia. ¿De qué vivia este hombre? decia yo para mí: ¿cuáles eran sus recursos? pues nada me quedaba sino unos muebles, bastante considerables en verdad; pero no tanto que con su importe pudiese mantenerme con decencia. En estas reflexiones estaba sumergido, cuando me entregaron una carta, traida por un desconocido muy bien puesto, segun informes del criado que la habia recibido, y que para este efecto habia bajado de un coche: oid esta carta extraordinaria, cuyo contenido nunca se me olvidará.

« Nada temas, jóven apreciable, hijo de un padre demasiado » infeliz; tu destino depende de un hombre que siempre ha vela- » do sobre tu familia, y nunca te abandonará; pero procura me- » recer sus bondades, y borrar la mancha que han impreso en » su frente los autores de tu existencia: esto lo reconocerá en tu » docilidad, y en la confianza que tengas en él. »

¡Júzguese mi sorpresa! ¿De dónde me venia este raro aviso? ¿Quién podia interesarse en mi suerte? Jamas habia oido decir á mi padre que tuviese parientes, ni aun amigos, y el que me escribia suponia haber velado siempre sobre mi familia, y por consiguiente sobre mi padre. ¿Era acaso este el motivo del tormento interior que consumia á este respetable anciano?

Esta carta agitó mi imaginacion por espacio de algunos dias; sin embargo, me era preciso tomar algun partido. Todas las investigaciones que habia hecho en los papeles de mi padre solo habian servido para convencerme de que yo carecia absolutamente de bienes, y que no tenia mas recursos que mi industria y aplicacion. Resolví, pues, despedir los criados, vender los muebles de la casa, y buscar donde colocarme. Ejecuté este proyecto, y despues de vendido todo, alquilé un cuarto pequeño, esperando encontrar alguna colocacion que me permitiese vivir con mas comodidad. Al segundo dia de mi mansion en esta casa, situada en Paris en la calle de la Universidad, salí para visitar algunos conocidos que podian favorecerme: volví por la noche, y me dijeron que un hombre habia estado á preguntar por mí, y que no hallándome, habia dejado una caja para que me la entregaran. Al instante me ocurrió que esta era invencion del incógnito que ántes me habia escrito: subí corriendo á mi cuarto, abrí la caja, y me quedé asombrado: la primera cosa que fijó mi atencion fué una carta, que leí al momento, y decia de este modo:

«No hagas diligencias para hallar colocacion; te lo prohibo, y

» me opondria á que la obtuvieses. Algun dia disfrutarás un des- » tino brillante: entre tanto te remito esa cantidad de dinero, y » no tardarás en recibir otra, si empleas esta bien: juntamente » te envío el retrato de tu madre, y una sortija que siempre lle- » vaba; conserva estas alhajas, si quieres que no te abandone. » No te quedes en Paris, porque aquí no está segura tu liber- » tad. »

Con turbado corazon lei cien veces esta carta. Examiné los efectos contenidos en la caja, y encontré en ella mil y doscientas libras, una repeticion, una sortija de brillantes, y un retrato de mujer, sobre el cual se fijaron mis ojos con ternura, porque era de mi madre, segun me lo decian. Era hermosa, sin embargo de verse estampada en su fisonomia la imágen del dolor. Tenia en su regazo un niño, sobre el cual parecia que derramaba muchas lágrimas. ¡Este niño!... ¿sería yo?... Sí, sí; yo soy, figurado en una edad en que somos insensibles á todo ménos á las caricias maternas. ¡Oh Dios! ¿qué terrible misterio será este? ¿por qué mi padre jamas me ha hablado de ello? ¿por qué no he recibido de mi padre este retrato? ¿lo tenia en su poder? ¿Por qué casualidad un hombre, de quien nunca he oido hablar, ni quiere darse á conocer, me envía una alhaja tan preciosa? Me pierdo en un abismo de confusiones: beso mil veces el retrato, cuya vista me arranca lágrimas y vuelvo á leer el billete que lo acompañaba: mucho me chocan estas palabras: *No te quedes en Paris, porque aquí no está segura tu libertad.* ¿Qué enemigo persigue á un hombre que jamas ha perjudicado á nadie? ¿Cómo estoy envuelto en una intriga peligrosa y oscura, sin haber cometido delito alguno? Sin embargo, este hombre generoso, que se interesa en mi suerte y ha conocido á mi madre, me avisa que salga de Paris: tambien me prohibe buscar colocacion, y aun dice que se opondria á que la obtuviera: ¿cuál será la razon de esta conducta? ¿seré juguete de algun mal intencionado, ó tendré la dicha de hallar un segundo padre?

Despues de haber reflexionado mucho sobre estos sucesos, me parece que alguno quiere hacerme héroe de novela, y resuelvo seguir mi primer pensamiento. Me quedo en Paris, y solicito el favor de mis amigos: uno de ellos me proporciona empleo en una oficina, y debia tomar posesion al dia siguiente: fuí, y llegué tarde: la plaza estaba ya dada á otro sin saber cómo. No desmayé por esto: conocia al jefe de una administracion pública; me presento á él, y le suplico que me acomode en su ramo: este hombre

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me recibe con la mayor benevolencia, y me promete una plaza con dos mil escudos de sueldo: al dia siguiente voy á visitarle, pero ya no me recibe, y me preguntan los demas oficiales si tengo algun enemigo: respondo que no, y me dicen: Un sugeto os ha descompuesto con el señor director, y tanto, que ha resuelto haceros prender si volvéis á presentaros. — ¡Prenderme! ¿pues qué delito he cometido?...

Tomé el partido de escribir al referido director para aclarar este enigma, pero no recibí contestacion. ¿Quién es, pues, el que así desbarata todos mis proyectos? ¡Oh! no hay remedio: no cesaré hasta desentrañar este misterio.

Buscaba medios para conseguirlo, cuando una noche, entrando en mi casa, se me presentó la huéspeda asustada, y me dijo: Huid, Mr. de Lonchamps, huid al instante. — ¿Por qué? — Os buscan: muchos hombres de mala traza han venido á preguntar á qué hora volveriais: andan acechando al rededor de la casa: huid al instante. — ¿Huir? eso sería confesarme culpable. — Vuelvo á deciros que os pongáis en salvo: el sugeto que dias pasados me entregó la caja, acaba de irse de aquí, y me haencargado que os dijera que huyáis al instante, y que todavía estáis á tiempo de hacerlo. — ¡Cómo! ¿el hombre que me envió la caja? — Habrá un minuto que se ha ido; y aun me admiro de que no lo hayáis encontrado. — ¿Pero es invisible ese buen hombre? — No, señor: si lo he visto como os veo á vos.

No pude ménos de reirme de la sencillez de mi huéspeda; é iba ya subir á mi cuarto para reflexionar sobre esto, cuando ella me contuvo, diciéndome: ¡Lo que es la turbacion! lo mejor se me olvidaba; pues me ha dado aquel hombre este billete y este bolsillo. — ¿Quién? — Vuestro amigo. — ¿Mi amigo? — Sí, aquel buen viejo de quien os he hablado. — ¿El hombre de la caja? — El mismo: ved al instante lo que os encarga.

Abrí apresuradamente el billete y leí lo siguiente:

« No has querido cumplir mis órdenes: huye al momento si » no quieres perder la libertad, y la ternura de quien se ve cruel- » mente atormentado por tu obstinacion. »

Atónito examiné el bolsillo, y hallé en él mil y doscientas libras: entónces ya no me paré á reflexionar, sino que me dispuse á obedecer á aquel hombre extraordinario que parecia profesarme el mayor afecto; y sin examinar qué motivo le animaba, ni cuál podia ser mi crímen, hice un lio de mis cosas, pagué á mi huéspeda, fuíme á la direccion de carruajes públicos, y pedí un asiento de coche. — ¿Para dónde? me preguntó el comisionado, y le respondí turbado: Para dónde quisiereis. — Pero señor... — Si yo mismo no se adónde voy. — Si fuese para Chártres, al punto podriais salir. — Pues bien, á Chártres es precisamente adonde tengo que ir.

No sabía lo que hacia, ni lo que decia: pagué mi asiento y subí al coche, que inmediatamente emprendió la marcha. Llegué al otro dia por la noche á Chártres sin saber qué habia de hacer allí. Todas mis ideas eran tan confusas, que me fué imposible coordinarlas. El incógnito que me protegia no me ordenaba que tomase camino determinado. Aunque me incomodaba su vigilancia, ya empezaba á tenerle cariño sin conocerle, y sentia mucho que ignorase mi destino. Estuve dos dias en esta ciudad, pensando en el partido que tomaria, y os confieso que muchas veces, solo en mi cuarto, clamaba contra la injusticia de la suerte, y decia en alta voz: ¿qué es lo que quieren de mí? ¿cuándo se acabará la persecucion que experimento? Despues de estas exclamaciones salia á distraerme por la ciudad. La noche del segundo dia volvia á descansar, resuelto á dejar á Chártres al siguiente dia, cuando acercándome á una mesa vi un papel de la misma letra que los anteriores, que solo contenia estas palabras: *¿De qué te quejas? velan sobre ti, y nada te falta: viaja uno ó dos años: esto es todo lo que se te pide.*

Os veo atónitos, hijos mios; yo tambien lo quedé; y sin embargo, esto no es nada en comparacion de lo que me sucedió la misma noche: es tan increíble, que casi no me atrevo á referirlo por muy extraordinario. Pero ya es muy tarde; no puedo concluir mi historia, y quisiera partir mañana mismo.

Desesperados estaban los muchachos con la interrupcion de una historia que tanto picaba su curiosidad: advirtiólo su padre, y dijo á Mr. de Lonchamps: ¿quién puede precisaros á dejarnos tan pronto? — Una nueva órden de mi hombre invisible. — ¿Pues qué, no lo habéis descubierto? — No: todavía espero el desenlace de este suceso. — Mucho me ha interesado: quedaos otro dia: yo os lo suplico, y tambien mis hijos. — Mi destino es llevar una vida errante: es preciso cumplir esta órden irrevocable; sin embargo, por complaceros me detendré un dia mas en el seno de la amistad, y mañana á la hora acostumbrada os aca-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

baré de referir una multitud de sucesos aun mas raros que los que habéis oido.

Los muchachos agradecieron á Mr. de Lonchamps su complacencia, porque hubieran sentido en extremo no saber lo que le habia sucedido despues de su viaje á Chártres.

TARDE XXIII

LA DOCILIDAD

Cuál jóven mimbre flexible
Debes en tu tierna edad
Sujetar tu voluntad
Á la ajena; si es punible
La resistencia, atendible
Te hará tu docilidad;
Que en premio de la humildad,
El Ser que á todos gobierna,
Promete corona eterna
De inmensa felicidad.

Reunidos todos el dia siguiente en el sitio acostumbrado, Mr. de Lonchamps volvió á tomar el hilo de la relacion interrumpida la tarde anterior, y prosiguió de este modo:

Continuacion de la historia del Hombre invisible.

El extraordinario papel que me habian dejado sobre la mesa, me causó la mayor admiracion. Estaba á mas de veinte leguas de Paris, habia entrado en la primera posada que se ofreció á mi vista, y el incógnito me venia siguiendo, y estaba sin duda muy cerca de mi, pues me habia oido hablar en alta voz dentro de mi cuarto: él era el autor del papel, porque su letra me lo aseguraba. ¿Dónde podia esconderse? Salí de mi estancia, y bajé á pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

baré de referir una multitud de sucesos aun mas raros que los que habéis oido.

Los muchachos agradecieron á Mr. de Lonchamps su complacencia, porque hubieran sentido en extremo no saber lo que le habia sucedido despues de su viaje á Chártres.

TARDE XXIII

LA DOCILIDAD

Cuál jóven mimbre flexible
Debes en tu tierna edad
Sujetar tu voluntad
Á la ajena; si es punible
La resistencia, atendible
Te hará tu docilidad;
Que en premio de la humildad,
El Ser que á todos gobierna,
Promete corona eterna
De inmensa felicidad.

Reunidos todos el dia siguiente en el sitio acostumbrado, Mr. de Lonchamps volvió á tomar el hilo de la relacion interrumpida la tarde anterior, y prosiguió de este modo:

Continuacion de la historia del Hombre invisible.

El extraordinario papel que me habian dejado sobre la mesa, me causó la mayor admiracion. Estaba á mas de veinte leguas de Paris, habia entrado en la primera posada que se ofreció á mi vista, y el incógnito me venia siguiendo, y estaba sin duda muy cerca de mi, pues me habia oido hablar en alta voz dentro de mi cuarto: él era el autor del papel, porque su letra me lo aseguraba. ¿Dónde podia esconderse? Salí de mi estancia, y bajé á pre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

guntar á mis huéspedes si habia muchos caminantes en la posada, y me respondieron que solo estaban mis compañeros de coche: á todos los habia visto, y en ninguno me pareció haber hallado las señas de mi invisible, segun la idea que me habia formado de él: durante el viaje ninguno me habia hablado, y esto me parecia imposible si se hubiese hallado conmigo dentro del coche. Pregunté si durante el dia habian entrado algunos forasteros en la posada, y me contestaron que á cada paso entraban y salian gentes; pero que de nadie me podian dar razon individual.

Estas respuestas no pudieron satisfacer mi curiosidad. Vuelvo á mi cuarto y escribo estas breves palabras:

« Dejaos conocer, hombre asombroso, á quien no sé si debo » amar ó aborrecer, y contad en todo caso con mi discrecion. »

Pongo este papel sobre la mesa en el mismo sitio en que habia hallado el otro, y dejando sin cerrar la puerta, bajé, no con intencion de ocultarme y acechar, sino para hacer tiempo y ver si venian á buscar la respuesta del billete anónimo. Pasada mas de una hora, volví á subir á mi cuarto, y creció mi sorpresa viendo que en vez de mi papel habia otro que decia así:

« Eres demasiado curioso: tiempo llegará en que conozcas á » quien debes compadecer y amar; el cual, por ahora, solo exige » de ti una sumision que produzca tu felicidad. »

No hay remedio, dije entónces; es preciso que me contente con este comercio epistolar. Sí, cualquiera que seas, hombre, espíritu, genio maléfico ó benéfico, yo seguiré ciegamente tus órdenes: ya veo que pareces sombra mia, pues no doy paso que de algun modo no sea determinando por ti mismo. Guíame, dirígeme; y si es para mi bien, como lo aseguras, me verás algun dia agradecer tus bondades, no obstante la mortal inquietud que agita mi corazon considerando que tus beneficios vienen acompañados de un misterio que me mata y me hacen recordar á mi desdichado padre.

Despues de estas exclamaciones, que expresamente pronuncié en voz alta, bajé á la sala comun donde todos los viajeros comian, como se dice, á mesa redonda. Pregunté si alguno de ellos habia comido en cuarto separado, y me respondieron que solamente tres lo habian hecho; pero uno era un fraile, y los otros dos eran una anciana y una sobrina suya. Los que tenia á mi vista eran militares, negociantes, mujeres, y todas gentes conocidas; conque seguramente no estaba entre ellas mi incógnito: ¿pues dónde estaria?

Me acosté temprano, mas no pude dormir. Mil tristes pensamientos afligian mi espíritu, cuando me pareció que oia ruido en mi propio cuarto, y aun cerca de mí. Pocas cosas me asustan; pero os confieso que aquella especie de magia de que me veia rodeado me espantó tanto, que casi se suspendió la circulacion de mi sangre. ¿Quién es? pregunté: no me respondieron y cesó el ruido. Creí que mi miedo solo era efecto de lo exaltada que se hallaba mi imaginacion, y procuré dormir. Al cabo de una hora volví á sentir el ruido; pregunté: ¿Quién anda ahí? y tampoco me contestaron. Atribuí la causa de mi terror á la fuerza del viento que agitaba las ventanas de la estancia, y sin embargo resolví levantarme con el mayor silencio; tomé mis armas, y registré los rincones del cuarto, que era demasiado reducido para que alguno pudiera esconderse. Fuí, pues, tentando por todas partes, y no hallando nada, no pude ménos de reirme de mi debilidad; me volví á la cama, y cogí un sueño tan profundo que cuando desperté ya habia partido el coche de Vendome. Me consolé creyendo que encontraria otros medios para ir á Tours, donde queria visitar á uno de mis amigos, y fuí á encerrar mis efectos en la maleta; pero con el mayor asombro la hallé sobrecargada de un monton de paquetes: los desenvuelvo, y veo ropa blanca nueva, vestidos ricos, alhajas, y en fin, unos regalos magníficos. Sobre uno de los paquetes estaba escrita esta cláusula: *premio de la sumision*. No dudé que todo me lo enviaba mi incógnito. Estaba segurísimo de que por la tarde no se hallaban allí aquellos paquetes; conque era claro que los habian introducido aquella noche; pero ¿quién y como?

Dejo á vuestra consideracion las reflexiones que yo haria en semejante caso, pues conozco que participáis de la sorpresa que experimenté entónces. En efecto, amigos mios, estos sucesos son tan raros que sobrepujan á los que leemos en muchas novelas; pero creed, hijos mios, que nada hay de fabuloso.

Ya me habia propuesto un sistema de docilidad, que pensaba seguir con la mayor exactitud, aunque me sucediese cualquier mal; y era forzoso hacerlo así, porque de lo contrário me exponia á perder el juicio. Recogí todo cuanto se me regalaba con tanta liberalidad, y no traté de hacer nuevos esfuerzos para conocer quién me prodigaba tantos beneficios, dejándome al propio tiempo libertad para hacer lo que me pareciera. La misma tarde emprendí mi viaje á Tours, diciendo para mí: veremos si me sigue á todas partes. Al dia siguiente, á cosa de las cuatro, llegué

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á esta ciudad, en que al instante me dieron noticia de la casa de mi amigo. Era este uno de mis antiguos compañeros en extravíos, que desangañado de los placeres frívolos, vivia retirado en el seno de su familia. Me recibió muy bien, me presentó á su madre y á su hermana, jóven muy bella; y me suplicó que me hospedara en su casa. No dudé en admitir el ofrecimiento, y no me pesó. Preguntóme qué motivos me conducian á aquel país, y no me pareció conveniente participarle lo que me habia ocurrido despues de la muerte de mi padre. La singularidad de la condueta de mi incógnito, el secreto con que se ocultaba, el reconocimiento que le debia, á pesar de lo mucho que me inquietaba, todo me obligaba al silencio; lo guardé, pues, y solo contesté á mi amigo que viajaba por distraerme y para instruirme. Aprobó mi idea, y se empeñó en hacerme ver cuantas curiosidades habia en aquella ciudad: este es estilo de las gentes de provincia: todos alaban su país como el mejor y mas agradable, y no perdonan la mas leve circunstancia que pueda confirmar su concepto: ¿es esto ridiculez? no por cierto: es un efecto del amor patrio; pues se ven muy pocas gentes que no tengan particular inclinacion á los países en que han nacido y pasado los mas floridos años de su vida. El jóven desde luego ama la casa de su padre: despues su calle, luego su pueblo, su provincia, y por fin el estado entero, cuyas leyes sigue, y en cuya felicidad se interesa: así es como del afecto que profesamos á una cabaña, se deriba el que sentimos respecto de la nacion y dominios en que nacemos; pero volvamos á mi asunto.

Hacia mas de un mes que vivia en casa de mi amigo: pensaba muchas veces en mi hombre invisible, y aunque alegre interiormente porque me dejaba en paz, estaba algo picado de que no se acordase de mí. Creí que ya me habia abandonado, cuando un dia me entregaron una carta que luego reconocí ser suya: en ella me decia lo siguiente:

« Ya es tiempo de que salgas de esta ciudad: en Burdeos se » cambiará tu situacion: parte cuanto ántes á este pueblo. »

Resolví obedecerle, empeñado en ver el fin de tan maravillosos accidentes, y decidido á manifestarle una absoluta docilidad, para que si algun dia me resultase cualquier perjuicio, no pudiera atribuirse á falta mia. Quise despedirme de mi amigo, pero no consintió en mi ausencia: exigió que me detuviese ocho dias mas, y me pareció que no debia negarle esta satisfaccion. Pasámos pues estos ocho dias en várias diversiones; no creyendo yo que

mi condescendencia pudiese excitar la cólera de mi Mentor. La víspera del dia en que debia ponerme en camino, nos entretuvimos mi amigo y yo pescando en un estanque que tenia á una legua de Tours. Volvimos á casa, y á la puerta encontrámos á los señoras: la madre me dijo: Mr. de Lonchamps, ¿habéis visto á un anciano que os buscaba? — No, señora: ni yo conozco á nadie en esta ciudad. — ¿Cómo puede ser? él ha dicho que es vuestro mas íntimo amigo, y que os ha visto nacer. — ¿Un anciano que me ha visto nacer? — Ciertamente: aquí os ha estado esperando mas de tres horas; pero cansado de tanto esperar, se ha ido hace muy pocos instantes. — ¿Qué me decís? — Siento que no le hayáis hallado, porque, segun decia, tenia que comunicaros cosas muy importantes: sin duda que os ama infinito: hemos hablado largo rato, y he sabido que vuestra madre ha experimentado muchas desgracias. — Sí, señora; pero ¿no ha dicho dónde vive, ó dónde podré hallarle? — No: al instante sale para Burdeos: ha dicho que allá os reuniriais, y que los dos seriais muy felices: siento infinito que hayáis tardado tanto, pues el hombre está impaciente por veros: su presencia es grave, y se conoce que algun pesar oculto le atormenta. — ¿Y no ha dicho cómo se llama? — Me parece que no... al ménos.... no, no lo ha dicho, ni se lo he preguntado.

Yo estaba desesperado: maldecia mil veces la diversion que me habia impedido conocer á este hombre, que sin duda se presentaba con intencion de descubrirse, pues me habia esperado tanto tiempo y con tanta impaciencia: ¿podia ser mayor mi desgracia? En fin, dije para mí, pues va á Burdeos, allí le veré, donde sin duda procurará buscarme. Pero si desea terminar mis inquietudes, ¿por qué no dice dónde nos reuniremos? Á todas partes me sigue; ¿por qué no viaja conmigo? sin duda quiere experimentar hasta dónde llega mi sufrimiento: este hombre se complace en atormentarme: finge que me espera, y se va justamente al tiempo en que presume que he de volver: se divierte desesperándome; pero ¿qué provecho saca? ¿pueden tener sus acciones algun objeto racional? hé aquí lo que no alcanzo.

Ántes de dejar á mis amigos, les participé la causa de mi turbacion, refiriéndoles la extraña conducta del anciano que se presentó en su casa: quedaron atónitos; y despues de haber hablado largo rato sobre el asunto, concluyeron con que yo debia obedecer ciegamente á aquel hombre raro, de quien, al parecer, estaba pendiente mi destino, y no queria descubrirme sus ideas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mucho les interesó mi relacion, y se quejaron de que no les hubiese confiado ántes mi situacion; pues si la madre se hubiera hallado instruida, podria haber hecho mil preguntas al incógnito, y precisarle en cierto modo á explicarse; mas ya era tarde; así lo conocí, y me propuse para en adelante instruir de mis sucesos á todas las personas en cuyas casas me alojase, á fin de penetrar tan singular misterio.

Á la mañana siguiente salí para Burdeos, donde esperaba el fin de mis incertidumbres. Mi viaje fué agradable hasta que me vi entre Niort y San Juan de Angely, donde me sucedió un lance de los mas particulares.

Se habian mudado caballos en la posta de Beauvoix; pero los dieron tan malos, que casi hubiera sido mejor caminar á pié las dos postas que restaban hasta Loulay, donde debia hacerce nueva remuda. Como la silla caminaba lentamente, tomé el partido de dormir, y lo mismo hizo el postillon en el pescante, sin cuidar de aguijar los caballos.

Á poco mas de média posta me despierto porque oigo que me llaman: veo otra silla de posta un poco mas adelante que la mia, mas no á la persona que desde ella me hablaba. Lonchamps, Lonchamps, me dice: piensa en cumplir mis órdenes con la mayor escrupulosidad, y serás feliz. — ¿Quién sois? — Tu amigo, tu bienhechor, el que nunca te abandonará. — ¡Cómo! vos sois el que...! — Sí, yo soy; te seguiré á todas partes, dándote pruebas del interes que me han inspirado tus desgracias y las de tu madre. — Permitid que os vea. — Aun no es tiempo: ve á Burdeos, que allí estaré; harás cuanto te diga, y veremos: ten paciencia, que con el tiempo lo alcanzarás todo.

Dicho esto, el postillon de mi incógnito arreó sus caballos, y la silla desapareció con velocidad. En vano prometí al mio regalarle cuando quisiera; los pobres caballos estaban tan débiles, que fué imposible hacerlos correr. Vi pues partir á mi hombre sin poder seguirle; no puedo expresar el disgusto que me causó este contratiempo; sin embargo, me consolé imaginando que el incógnito mudaria caballos, como yo, en la primera posta; allí gratificaria yo profusamente al nuevo postillon para que pusiese en mi silla los mas fuertes y veloces, y poder por este medio alcanzar á mi invisible ántes de llegar á Burdeos.

Llegué á Loulay, y pregunté si habia pasado un anciano: dijeron que sí, y que hacia mas de média hora: tomé excelentes caballos, y corrí hasta San Juan de Angely, donde supe que aun

me precedia el mismo sugeto: no desmayé, y llegué á San Hilario de Villafranca, de allí á Saintes, á Lafard, Pons y otros lugares, sin poder alcanzar á mi hombre. Picóme esto en gran manera; pues habiendo volado mi silla, ni aun pude ver la que bai delante. No importa, dije, puede ser que le alcance ántes de llegar á Burdeos, llevando siempre el mismo paso: dióme nuevas fuerzas esta esperanza, que quedó destruida en la posta de Damet, á nueve leguas de Burdeos. Allí supe que no habia llegado anciano alguno, ni persona de suposicion. Pues ¿qué se ha hecho? dije: ¿habrá tomado otro camino? ¿pero cuál? ¡Si lo supiese!... En fin, he perdido sus huellas; habrá presumido que le seguiria á todo correr: no hay arbitrio: continuemos hasta Burdeos, y veremos allí qué aspecto toma el asunto.

Á cosa de las dos del dia siguiente llegué á Burdeos: no quise alojarme en posada muy concurrida, para que mi hombre tuviese mas trabajo en descubrirme, y sus diligencias tal vez pudieran manifestarle: me apeé en una casa pequeña, situada en una calle muy larga, y muy separada del centro de la ciudad: á mas de esto, resolví no salir en algunos dias, para no darme á conocer, y hacer mas difíciles las investigaciones de mi Árgos. Pero parecia que algun espíritu maléfico participaba á este hombre hasta la mas mínima de mis acciones. Hacia cuatro dias que estaba en Burdeos; ya me reia interiormente de haberme sustraido a toda pesquisa, cuando mi huéspeda, hallándome solo, me dijo: Cuatro dias há que estoy preguntando á cuantos hay en casa, y hasta ahora no habia pensado en informarme de vos: decidme, ¿sois quién ha encontrado en el camino de San Juan de Angely á un viajero que.....? — Sí, sí, yo soy; adelante. — Mirad lo que aseguráis, porque me han encargado el secreto. — Vuelvo á deciros que yo soy... — ¿El que llevaba tan malos caballos? — Sí, sí, y mil veces sí; proseguid, por Dios. — Me alegro de saberlo: ¡lo deseaba tanto! pero ahora ya es muy tarde para... — Por favor, señora, vamos al asunto. — Vamos en buena hora: el dia, pues, que llegasteis aquí, se me presentó un hombre respetable, el cual me dijo así: En vuestra casa tenéis un hombre á quien he hallado en tal paraje: os ruego le digáis que le espero á la noche en el café del Águila, y que no deje de venir. — ¿Os ha dicho su nombre? — No me ha ocurrido el preguntárselo. — Pues esto es lo mismo que si no hubiera venido; pero si vuelve, procurad entretenerle, y con todo sigilo enviadme á buscar con algun cria-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do. Fuése la huéspeda, y yo quedé envuelto en nuevas confusiones. ¿Cómo me ha descubierto desde el primer dia este hombre? es preciso que tenga algun espía que me sigue continuamente: ¡me esperaba en un café, y no lo he sabido! pues yo iré todos los dias á ese café, y observaré á todos, y si alguno me habla, procuraré reconocer la voz; bien presente la tengo, porque me hizo mucha impresion.

Al momento me fuí al café indicado, registré las fisonomías de todos los concurrentes, dirigí algunas preguntas vagas á los que me inspiraban sospechas, y me contestaron bajo el mismo tono; pero no reconocí la voz que deseaba: sin duda que aun no habia llegado el incógnito: pasé allí toto el dia, y volví á mi posada sin haber adelantado cosa alguna. Los dos dias siguientes hice lo mismo, y todo fué inútil: en fin, al dia inmediato encontré tanta gente en el café, que no pude penetrar hasta el interior; advertí sin embargo que el ama del café me miraba con mucha atencion: me acerqué á ella, y me dijo: ¿Esperáis á algun caballero? — Sí, señora. — ¿Tendrá como unos sesenta años? — Sí, señora. — Él tambien os esperaba. — ¿Y qué? — Ciertamente estabais ciego: ha pasado junto á vos: ¿no le habéis visto? pues tropezasteis con él. — ¿Cómo? — Justamente salia cuando vos entrabais: tres dias ha estado sin venir; pero esta misma mañna me ha dicho que esperaba á un sugeto, y siu duda sois vos. — ¿De qué lo inferís? — De algunas señas que me dió. Entiendo bastante de fisonomías: ¡la costumbre de ver tanta gente! Apostaria que el tal hombre es vuestro padre. — ¿Mi padre? — Ó tio vuestro. — ¿Por qué? — ¡Porque os parecéis tanto! todas las facciones son idénticas: es imposible ver dos figuras tan parecidas, sin mediar un estrecho parentesco. — ¿Y no os ha dicho?... — Nada: no sé ni su estado, ni su nombre, ni el vuestro; solo sé que esperaba aquí á un sugeto.

¡Qué rayo de luz para mí! El hombre invisible tiene facciones parecidas á las mias: ¿tendrá algun parentesco conmigo?... ¿seré yo fruto de un amor ilegítimo? El anciano que espiró entre mis brazos, tal vez podia ser un mero encubridor... no lo puedo creer... pero este incógnito ¡es tan parecido á mí! me ha dado el retrato de mi madre, y sabe sus desgracias... ¿Será mi padre? En efecto, solo un padre es capaz de seguirme, velar sobre mí, y llenarme de beneficios con tanta constancia: y ¿por qué se oculta? tendrá sin duda algunas poderosas razones para no descubrirse todavía. Pero mi huéspeda de Paris, y mis amigos de Chártres que le han visto, ¿cómo no me han dicho nada acerca de tan particular semejanza que ha maravillado al alma del café?

Continué en ir al café todos los dias despues de este acaecimiento, pero mi hombre no pareció; por lo que dejé esta costumbre, y volví á permanecer en mi habitacion; y así como él, al parecer, se complacia en atormentarme, yo tambien me complacia en hacer todo lo posible para desbaratar sus proyectos; y para lograrlo mejor, en el espacio de tres meses tomé tres diferentes habitaciones: con todo cuidado las elegí en barrios muy distantes entre si y no volví á hablar de mi incógnito. Resolví tambien salir de esta ciudad, trasladarme á Bayona, de allí á Tárbes, y correr un poco el país: veremos, dije, si mi sombra me sigue allí tambien.

Salí pues en posta: nada de particular me sucedió hasta Castels, donde se mudan caballos; allí encontré unos trabajadores, que con la mayor diligencia se ocupaban en componer una silla de posta que se habia roto. Aunque ya hacia dos meses que me dejaba en paz mi invisible, no sé qué presentimiento me anunciaba que podria ser suya aquella silla: por tanto, y á pretexto de interesarme en aquel caso, pregunté con disimulo cuántos eran los viajeros que iban en ella. Respondiéronme que solo uno. — ¿Anciano? — Como de sesenta años. — ¿Parecido á mí? — Sí por cierto; y tanto, que á ser ambos de igual edad, costaria dudas el distinguiros. — ¿Dónde está, dónde está? — ¿Le conocéis? — ¿Si le conozco? es mi mayor amigo. — Pues le hallaréis en aquel gran jardin, que está de venta con la hermosa casa que veis. Se lo hemos dicho á ese sugeto, y ha ido á examinarla miéntras componemos su silla, ¡Oh! pues esta vez, dije corriendo al sitio indicado, no se me ha de escapar; y bien sea en la casa ó en el jardin, por fuerza he de hallarle.

Corrí cuanto podia; me hice abrir la puerta de la casa; pregunté si habia entrado en ella un viajero; me dicen que está en el laberinto del jardin, y vuelo hácia él... ¿Creéis, hijos mios, que ya habia llegado al término de mis cuidados? nada de eso: de nuevo van á acrecentarse: escuchad este suceso, que sin duda os parecerá muy curioso. El laberinto que habia en este inmenso jardin era ciertamente intrincado: tanto me interné en él, que al fin me perdí. Despues de haberle recorrido en vano, quise salir, persuadido de que mi hombre ya no estaba en él; pero me fué imposible dar con la salida. Sudaba de tanto andar, y cuanto mas corria mas me enredaba en esta admirable obra. Me habian dado

un guia, pero yo, con el deseo de que no se me escapase mi invisible, me adelanté y extravié : ¿qué haré? Si llamo á mi bienhechor, sabrá que estoy aquí, y sin duda procurará ocultarse.

Estaba sumergido en la mayor confusion, cuando muy cerca de mí, sin poder alcanzarle, oigo cantar, y reconozco la voz del hombre que me habia hablado en el camino de San Juan de Angely : pongo atencion, y se explicaba de este modo :

Inocente y desgraciada
prenda del mas tierno amor,
víctima desde la cuna
de una atroz persecucion ;
¿Por qué en mis brazos amantes
no puedo estrecharte yo ?
¿por qué con nombre supuesto
siendo ilustre el que te dió
Naturaleza al nacer,
á vagar te condenó
quien te ama mas que á si propio
cual siempre lo demostró ?
Tu vida inocente y pura
la de tu madre costó,
que la parca no perdona
la belleza ni el dolor.
Rico nacistes y tienes
parientes nobles, que son
tus mas crueles enemigos
por insana obcecacion.
Pero tienes quien defienda
tu vida, bienes y honor ;
quien solo para salvarte
exige tu sumission.
Sufre paciente y confía
resignado y con valor,
y en dicha verás trocarse
tu precaria situacion.

Este romance excitó mi sensibilidad porque me tocaba muy de cerca; yo era sin duda su objeto, y por consiguiente quien al nacer habia causado la muerte de mi madre. Aquel hombre sabía todas las desgracias de mi familia, y me las dejaba ignorar. Así que acabó el romance, me aventuré á dirigirle estas palabras :

Hombre sensible, por compasion permite que te vea ; deja que me precipite en tus brazos.... pero ¡ ah ! te burlas de mi dolor, y este me conducirá al sepulcro. Déjame darte el dulce nombre de padre, pues tanto te interesas por mí.

Me puse á escuchar si me respondian, y á mis voces sucedió un absoluto silencio ; entónces desbaraté los enlazados arbustos que formaban las calles, salté, corrí, examiné, busqué, pero á nadie hallé : mi impaciencia crecia con el tiempo que malograba, y viendo que el invisible podia huir de mí miéntras me ocupaba en buscar salida, se angustió mi corazon. Al fin, agobiado de cansancio, el guia, que habia perdido, me halló en tan intrincado seno y me condujo á la casa ; pregunté qué se habia hecho el viajero que buscaba, y me respondieron que se habia ido : corrí á la posta á ver si allí le encontraba, y tampoco estaba ya. Así acabó mi esperanza, y se renovaron mis disgustos.

¿Qué mas os diré, amigos mios ? Hace diez años viajo de este modo; diez años há que este hombre me sigue por todos los pueblos de Francia, de la que no quiere que salga, sin que jamas le haya visto. Nunca he podido adivinar el motivo de su extraordinaria conducta. No me deja carecer de cosa alguna : me llena de dinero y regalos ; vela sobre mis mas leves acciones ; en sus cartas me habla muchas veces de mi madre, de mi nacimiento, y de los secretos que sabré algun dia. Aquí mismo, ántes de ayer, recibí carta suya, en la que me dice que vaya á Paris, que allí me verá, y tendrá fin la vida errante que llevo : esto me promete, y esta esperanza sostiene mi ánimo ; porque en verdad, hijos mios, ¿ puede haber vida mas extraordinaria que la mia ? parece una novela : se hace increíble, y es ciertísima. Habéis deseado saber mis aventuras, y os he dicho todo cuando sé de mí mismo. Mañana me ausento, segun creo, para ser feliz. Yo volveré, amigos, cuando se haya declarado mi suerte, á contaros cuanto sepa de nuevo. Os explicaré todo este enigma, cuando mi paciencia alcance el premio prometido, y vuestra curiosidad quedará satisfecha.

Así terminó su historia Mr. de Lonchamps ; y los niños, que apénas podian recobrarse de la admiracion que les habia causado, le manifestaron el deseo que tenian de verle feliz, y le suplicaron que no dejase de volver á participarles cuanto le ocurriera : lo mismo le rogó Palemon ; y esta tarde se acabó reflexionando sobre los caprichos de la suerte, y la variedad de los destinos de los hombres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXIV

EL ORGULLO

Es orgullo un vil gusano
Que hinchado crece y alienta;
Aire infecto le alimenta,
Es todo aparente y vano;
Viste oropeles ufano
Que la intriga y el amañc
Le prestaron y el engaño;
No se conoce á sí mismo,
Y al fin se hunde en el abismo
Que él propio abriera en su daño.

El mismo dia que marchó Lonchamps, se sintió Palemon indispuesto, agravóse su mal y al fin se declaró una enfermedad peligrosa. Durante ella sus hijos le asistieron con el mayor esmero, y tanto esto como la robusta naturaleza del anciano, le sacaron, por decirlo así, de entre las garras de la muerte. No la temia el buen padre por sí, sino por sus hijos queridos que aun quedaban pequeños y faltábale perfeccionar su educacion.

Apénas se vió restablecido, hizo llamar á todos sus hijos, y les dijo: Hijos mios: poco ha faltado para haberos quedado huérfanos: enjugad ya vuestras lágrimas; y pues que recobré la salud, recobrad vosotros tambien la esperanza y alegría. La enfermedad me ha sugerido unas ideas que debo comunicaros. Si me hubieseis perdido, ¿qué habriais hecho? — ¡Ah papá!... — Hablad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— Yo, señor, respondió Armando, que entónces me hubiera mirado como cabeza de la familia por mi edad, habria cuidado de mis hermanos, y con la asistencia de nuestros parientes y la de las leyes hubiera procurado que fructificasen todo lo posible los bienes que nos quedasen. — Muy bien, hijo mio: dices que te considerarias como cabeza de la familia; pero el que ha de regirla debe tener un estado del que tú careces: tampoco sabes hacer nada útil á tus semejantes: no has elegido todavía una profesion, y es tiempo de pensar en ello; pues en tu edad ya se debe escoger: en una palabra, es preciso aprender el ejercicio que se ha de abrazar: ea pues, háblame con franqueza, hijo mio, ¿ cuál es el que tú prefieres? — Pero, papá.... — Di, amigo mio, díle á tu padre cuáles son tus ideas con respecto á esto. — ¿ Me lo permitis? — Y aun te lo mando. — Me parece, pues, que la condicion que algun dia puede elevarnos á los primeros empleos del estado, debe ser preferida á todas. — ¿ Qué quieres decir con eso? — Quiero decir que la magistratura es lo que yo preferiria, porque á cierto tiempo podria proporcionarme el contribuir al gobierno de mi patria, y yo siento una inclinacion dominante hácia el gobierno. — ¡ Hola, hola! ¡ conque el señor Armando tiene ambicion! — Sin duda que la tengo; y vos mismo me habéis dicho cien veces que un alma grande y elevada debe tenerla. — Un poquito. — Un poquito, ya se vé, porque es menester que cada cual procure ilustrar en cuanto pueda su nacimiento. — ¿ Ilustrar su nacimiento? — ¿ Pues qué, siempre se ha de trabajar en la agricultura? — ¿ Conque tú desprecias á tu padre que toda la vida ha trabajado la tierra? — No digo yo tal; pero si se puede hacer algo mejor.... — ¡ Algo mejor! ¿ y qué se puede hacer mejor que fecundar el suelo que mantiene á nuestros semejantes, y que?... — Esas razones, señor, me parecem muy buenas en filosofía; pero en el comercio de la vida, todas estas bellas máximas son exageradas. El mundo aprecia mas á un togado que á un labrador. — Entendámonos: si por hombre togado entiendes un juez que defiende al oprimido, salva la vida, la fortuna y el honor de las familias, que es el órgano de las leyes, que distribuye la justicia con equidad, recompensa el bien, castiga el crímen y llena en la tierra el ministerio del Ser Supremo, en este caso adoptaria tu opinion; quiero decir, que pondria al hombre togado al nivel del hombre activo y laborioso, que baña con sus sudores la tierra para sacar de ella los dones de la naturaleza: estimaria á los dos igualmente, y los miraria como dos bienhechores de la

humanidad, pero dejemos eso; tú, siendo el mayor de los hermanos, debes administrar las tierras y posesiones que yo he regado con mi sudor por espacio de treinta años. Me parece que no querrás despreciar la memoria de tu padre. — ¿ Qué decís? — La verdad: conozco cuál es la suerte de los padres que educan á sus hijos para un estado que suponen mas elevado que el suyo: el desprecio y abandono, es lo que les espera á la vejez; no me expondré yo á esto: siendo tu condicion igual á la mia, no turbarán nuestra tranquilidad las preocupaciones; el equilibrio de los respetos y atenciones se conservará entre los dos, y al fin gozarás en paz de mis bienes, honrando la memoria de quien te los ha dejado. En cuanto á tus hermanos, son todavía tan niños, que tú ó yo tendremos bastante tiempo para pensar en ellos: esta es mi resolucion, Armando. — Pero, papá, ¿ para qué me habéis hecho aprender lo que puede guiarme á la carrera que os propongo, y ademas el dibujo, las matemáticas, la música y otras mil cosas? — Para que como yo seas instruido: para que disfrutes la estimacion de tus semejantes, y para que no te se hagan extraños los placeres de la vida. ¿ No se pueden cultivar los campos por una persona que reuna mil cualidades brillantes? Á mí me parece que un hombre dotado de tantas gracias que labrase por sí mismo las heredades paternas, sería mucho mas feliz y mas recomendable. — ¿ Pensáis que yo ultrajaria vuestra memoria? — No por cierto, pero conozco el ejemplo del mundo, y sé que el orgullo malogra la índole mas bella... Terminemos esta conversacion: si me amas, seguirás mis consejos, y algun dia me agradecerás el habértelos dado. Hoy hace buen dia, y me siento con bastantes fuerzas para dar un paseo. Acompañadme todos, hijos mios: iremos á comer á casa de un labrador amigo mio, que vive cerca de aquí, hácia los castañares: es un hombre muy rico, y aunque no nos espere, estoy seguro de que nos recibirá muy bien.

Á esta proposicion saltaron de alegría los muchachos, porque hacia mucho tiempo que no habian salido. Solo Armando estaba un poco triste; pensaba en lo que acababa de decirle su padre, y su amor propio se resentia de la condicion que le habian impuesto; pero en breve, estimulado por sus hermanos, recobró su alegría, y partieron todos entregándose á las graciosas extravagancias de su edad. Era muy de ver al anciano apoyándose en su báculo, sostenido del brazo derecho por Armando, del izquierdo por Benito, y detras á Leon, aprovechándose de la conversacion del maestro mas respetable. Adela y Julio caminaban delante,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hablando de su recíproca ternura. Ya hacia tiempo que Palemon habia conocido que su hijo adoptivo amaba á Adela mucho mas que á los otros hermanos. Los dos eran casi de una misma edad; iban á cumplir en breve quince años: ambos se buscaban mutuamente sin cesar, y se prestaban las atenciones mas puras y delicadas. Palemon veia con mucha satisfacion esta feliz correspondencia; y deseaba que los muchachos llegasen á amarse verdaderamente: despues veremos el resultado de este amor naciente, y comó supo su padre contener sus ímpetus, arreglando á la razon sus progresos.

Llegaron á casa del labrador, que los recibió con amigable franqueza: hizo matar algunas aves y comieron alegremente: despues visitaron su habitacion, que era muy capaz y hermosa. Al pasar por delante de la puerta principal, reparó Palemon que habia una inscripcion sobre ella, y le dijo á Armando: ¿ Qué es aquello? pues no traigo los anteojos, lee tú, y sabremos el significado de aquellas letras. Armando, con bastante trabajo, por estar algo borradas, leyó lo siguiente:

Esta herencia, Florival,
Perdiste por tu locura:
Llora, insensato, tu mal.

¡ Rara inscripcion ! dijo Palemon al labrador que le acompañaba: hacedme el favor de explicar su sentido. — Con mucho gusto; pero es una historia bastante larga; sentémonos, que yo tendré mucha satisfaccion en contárosla. Los muchachos, que se miraron á un tiempo oyendo hablar de una historia, se colocaron al instante á los lados de su padre, y el labrador comenzó su relacion en los términos siguientes:

Historia de Juanon y su hijo.

Juanon, á quien por su rusticidad llamaban así, no fué en sus principios mas que un simple jornalero: á fuerza de trabajar llegó á ser arrendador del señor de Mamonville, y se manejó tan bien, que aumentó considerablemente su fortuna. No tenia mas que un hijo de muy tierna edad, en quien fundaba todas sus esperanzas y consuelo, porque era viudo, y lloraba sin cesar la compañera activa é industriosa que le habia ayudado á acumular sus bienes. Era sensible, humano, y sobre todo, hombre de probidad;

pero carecia de instruccion, y esta falta de cultura le hacia aparecer grosero. Como su lenguaje era propio de su crianza, se desesperaba por no haber estudiado, y no ser tan instruido como los muchos señoritos que continuamente veia en el castillo de Mamonville. Voto á tal, decia colérico, que mi hijo no ha de ser como yo; no por cierto: estudiará, mal que le pese; y pues que yo soy rico, le tengo de ver en los mejores empleos: á fe mia que no ha de ser tan salvaje como yo; no, por vida de tantos.

Tales eran los insensatos proyectos de mi predecesor, pues él fué quien me antecedió en la posesion de estas tierras, y el que hizo poner sobre la puerta la inscripcion que habéis visto. Queria elevar á su hijo á una clase superior, y así se preparaba los mayores disgustos. Tenia Juanon en Paris un hermano procurador, y envió á su casa al jóven Nicolas: no hay que reparar en dinero, escribió á su hermano; enséñale á mi hijo latin, y todas las cosas que pueden hacerle sabio, para que algun dia sea hombre de provecho.

El hermano de Juanon, que era muy vanidoso, recibió muy bien al jóven Nicolas; pero se guardó de darle el título de sobrino. Le puso en un colegio, le hizo estudiar, y despues le trajo á su mismo despacho en calidad de escribiente. No le llamó sobrino hasta que tuvo diez y ocho años, y le vió mozo gallardo, petimetre y fino, lo que llenó de amor propio al desdichado jóven. Ya no era este Nicolas, sino Mr. de Florival, el cual crecia diariamente en soberbia y presuncion. Muchas veces oia ridiculizar á su padre, tratándole de grosero y estúpido; y él celebraba con desmesurada risa los dicterios contra un padre que le colmaba de beneficios, pues nada omitia para satisfacer todos los caprichos de su hijo. Desgraciadamente, este buen padre vivia muy léjos de Paris, por cuya razon no podia ir á la corte con frecuencia; ademas de que ya era anciano, y no tenia el vigor que en otra edad para hacer viajes. Florival, que no cuidaba mucho de ver á su padre, le escribia que la aplicacion á sus estudios no le permitia pasar á su casa, y todas sus cartas terminaban pidiendo dinero: el inocente padre tenia por legítimas estas causas; le enviaba cuanto le pedia, y suspiraba por el momento de abrazar á este hijo idolatrado.

En tal estado se hallaban las cosas cuando murió el tio de Florival, y su hijo mayor se apoderó de sus negocios: no estaba muy bien quisto Florival con sus primos, por lo cual dejó su compañía y alquiló una casa, con ánimo de continuar el estudio de la juris-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

prudencia, y seguir la profesion de abogado : participó este pensamiento á su padre, que lo aprobó muy contento. ¡ Mi hijo, decia, mi hijo abogado ! ¡ qué honor para mí ! Así es como la vanidad, ó por mejor decir, la ternura con que amaba á su hijo, le disponia para su vejez los mas crueles pesares.

Estaba Florival para recibirse de abogado, cuando vió en el teatro una mujer bellísima, de la que quedó perdidamente enamorado : hizo seguir el coche de aquella señorita á Labrin, su criado, mozo astuto, intrigante, y muy propio para servir á un petimetre ; y á poco rato supo que la hermosa dama que le habia embelesado, se llamaba Rosalía, hija del baron de Saint-Chal, hombre de pocas facultades. Al momento concibió Florival la idea de casarse con esta señorita ; pues aunque era baronesa, él se supondria tambien hombre de clase, y como era pobre esta señorita, despues de contraido el matrimonio, sabria él aplacar su enojo y el de su noble familia, haciendo ostentacion de las grandes riquezas de su padre.

Halló Florival medio para introducirse en casa del baron, á quien deslumbró fácilmente con la finura de su ingenio y de su educacion. El padre de Rosalía era un antiguo militar, mas instruido en el arte de la guerra, que en el conocimiento del mundo y del corazon humano : habia sido herido en mas de veinte batallas, y tantos servicios solo le habian producido una corta pension que apénas era suficiente para mantenerse con su hija, que ya no tenia madre. El baron no se ocupaba sino en presentar memoriales y molestar al ministro de la Guerra para obtener una recompensa digna de sus servicios : la ingratitud del gobierno le indignaba, y sin duda se habria retirado á alguna aldea, á no haberle prometido Florival alcanzarle cuanto solicitaba por medio de su influjo y el de sus amigos : este era el único medio de conmover al anciano, y por eso miraba á nuestro jóven como si fuera hijo suyo. Por lo que hace á Rosalía, no habia podido resistir mucho tiempo á las seductoras expresiones de Florival : correspondia á su ternura suspirando por el feliz momento de su matrimonio, que tambien deseaba con ansia su amante.

Los excesivos gastos de Florival fácilmente persuadieron al baron que era muy rico, y por tanto admitió con bondad la súplica que á poco tiempo le hizo, á fin de que le diese la mano de su hija. Sin embargo, el baron era bastante preocupado, y queria que su yerno fuese noble : no se detuvo en esto Florival, y trasformó al buen Juanon en un oficial retirado en su tierra, é impedido de la gota, que no le dejaba descansar ni un momento. Fingió cartas, en las cuales su buen padre le manifestaba el sentimiento que tenia de no poder ir á bailar un minué con su amada nuera en la noche de su boda. Escribia al baron que en favor de matrimonio tan honorífico para su familia, compraria á su hijo una plaza de consejero en el Parlamento : en una palabra, Florival y su criado dispusieron tan bien este enredo, que el padre de Rosalía se convino á todo, y quedó determinado el dia de la boda de los jóvenes. Ya estamos en el pasaje mas interesante de la historia.

De todo esto Florival nada habia participado á su padre, temiendo que por ignorancia, ó por algun otro medio descompusiese sus proyectos : sin embargo, necesitaba mucho dinero para celebrar dignamente su matrimonio. Es necesario que Labrin, su criado y confidente, emplee toda su destreza en esta negociacion; que vaya á ver á Juanon, y le dé parte del casamiento de su hijo con una jóven de alta clase ; y para evitar que el viejo escriba ó se ponga en camino, supondrá que la boda ha de hacerse dentro de dos meses, siendo así que debia celebrarse al dia siguiente de la vuelta de Labrin. Verificado el matrimonio, podia Juanon venir cuando quisiera, pues ya no sería temible su presencia, porque Florival habria desengañado á su esposa y suegro, los cuales le perdonarian fácilmente el engaño, á favor de sus grandes bienes.

Tales eran las ideas de Florival y de su confidente ; tales sus esperanzas ; pero estaba decidido que la ingratitud y mala fe serian castigadas : toda su prevision debia ceder á la justicia divina que iba á perseguirlos y descomponer sus designios.

Juanon no habia visto á su hijo hacia seis años : tranquilo en su casa, ignoraba la intriga de Florival en Paris, y firmemente persuadido de qué su hijo se portaba con toda modestia y probidad, quedó absorto al ver presentarse en su casa á uno de sus sobrinos, hijo del procurador en cuya compañía habia estado Florival. Ya he dicho que no se amaban los primos ; y este, que estaba instruido de cuantos resortes se valia Florival para casarse con Rosalía, se habia propuesto hacer de modo que en casa del futuro suegro se representase una escena de las mas cómicas. Abrazó pues el sobrino á Juanon, y le dijo que su primo Nicolas se casaba con la hija del baron de Saint-Chal, hombre muy conocido en Paris : se están haciendo los preparativos de la boda, y solo se espera vuestra persona para que todo quede concluido : partid

pues, partid cuanto ántes, pues mi primo me ha encargado mucho que os lo previniera : él mismo hubiera venido, á no haberle ocurrido cierto negocio que le obliga á permanecer en Paris : nada os digo en cuanto al dinero que debéis llevar para un asunto de tanta importancia : bien conocéis el honor que á todos nos resulta de este enlace, y sabréis manejaros con prudencia; pero lo mas urgente es el viaje, porque vos solo retardáis la felicidad de dos amantes.

Atónito quedó el buen Juanon con esta noticia : no podia concebir que su hijo se casase con la hija de un baron : honor tan grande le enloquecia. El sobrino recargó sobre la prontitud del viaje, y se despidió del tio diciéndole : Mi primo me espera impaciente, porque necesita mi asistencia para mil cosas; á Dios, amado tio : dentro de cinco ó cuando mas siete dias, espero veros en casa del baron, que vive en la calle de la Universidad, cerca de la de Bac, número 76, y para que no os olvidéis de las señas, os las dejo escritas en este papel.

El maligno primo, hecho esto, partió riéndose de su artificio y de sus consecuencias, que debian ser bien funestas para el orgulloso Florival. Apénas se hudo ausentado, cuando Juanon sacó de su cofre sus mejores vestidos, y luego hizo esta reflexion : El suegro de mi hijo es noble : ¿pues quién me quita el ennoblecer tambien á mi Colas? Hace mucho tiempo que estoy juntando dinero para comprarle una hacienda; la de Mamonville está de venta : se la compraré, y llevaré en el bolsillo la escritura; callaré como un muerto, y el dia de la boda, á los postres de la comida, se la regalaré á mi nuera, y todos quedarán contentísimos, porque el que sea dueño de esta tierra se hace noble, y así no tendrán motivo alguno para despreciar á mi hijo.

El buen padre compró la hacienda que tenia en arriendo : recogió la escritura, montó en una de sus mulas, cargada ademas de algunos quesos de su país, y se dirigió á la corte. Dejémosle caminar, y volvamos á su hijo que ignoraba la supercheria de su mal intencionado primo.

Acercábase el dia determinado para la boda, y solo faltaba enviar á Labrin á visitar á Juanon para concluir el meditado proyecto, cuando un incidente, que sin duda adivináis, suspendió el viaje. La víspera del dia que Labrin habia elegido para ponerse en camino, el baron, su hija y Florival fueron á ver á una tia de Rosalia que vivia algunas leguas distante de Paris. Estaba Labrin en casa del suegro, cuando un buen aldeano, caballero en una

mula cargada de cestas, se presentó á la puerta, y preguntó : — ¿Vive aquí el baron de Saint-Chal? — Sí, señor. — Quisiera hablar á Mr. de Florival (sabía este nombre por el primo). — No está en casa. — Sin embargo, necesito hablarle. — Hablad á su criado : le hallaréis allí en el fondo del patio, á la izquierda; preguntad por Labrin. — Muy bien; voy á entrar mi mula en el zaguan. Desmontó Juanon, y ató la mula junto á la escalera : pasó adelante, y preguntó por Labrin al mismo que lo era, el cual le dice : ¿Qué queréis, buen hombre? — ¿Florival? — Ha salido. — ¿Volverá? — Sí, pero esta noche.... — Que vuelva cuando quiera; le esperaré. — ¿Pues qué tenéis que hacer con él? — ¡Bella pregunta! vengo á hallarme en su boda. — ¿En su boda? — Sí, señor : ¿y qué? para eso soy su padre. — ¡Su padre!

Labrin quedó confundido. Afortunadamente se hallaba solo con Juanon : nadie les habia oido : sin embargo, todo quedó descompuesto con esta novedad : ha venido el padre de su amo, aldeano rústico y torpe : ¿qué hará Labrin? valerse del último remedio, engañando al anciano para alejarle de aquella casa.

Fingió mucha complacencia de ver al padre de su amo, y le dijo : ¡Ah, señor! ¡con cuánta impaciencia os esperábamos! ¡qué alegría para todos! permitid que os abrace. — Con mucho gusto : mi hijo se quedará aturdido de verme : ¿no es verdad? — ¿Pues no ha de ser? pero debo deciros que esta no es su casa, sino del señor baron. — Ya estoy. — Mi amo vive en otro barrio : venid conmigo á su habitacion, y estaréis allí como en vuestra misma casa : todas las noches se retira muy tarde : yo no le diré palabra de vuestra llegada, á fin de proporcionaros el gusto de que os encontréis repentinamente : tendréis toda la noche para descansar, y mañana sin duda os presentará mi amo á su nueva familia : esto es mas decente en mi concepto : ¿qué os parece? — Yo creo que tienes razon.

Labrin ayudó al anciano á desatar la mula : Juanon la llevó del freno, y siguió al criado, que le hizo atravesar todo Paris para llevarle á la habitacion que ocupaba Florival ántes de conocer al baron, y en la que ya no residia, aunque la conservaba : era en la Estrapada, junto á las aulas ó escuelas del derecho, y se reducia á un cuarto pequeño que se hallaba en el fondo de un jardin : allí llevó Labrin al respetable padre de su señor, y le dijo : Perdonadme si os dejo solo, porque tengo que hacer una diligencia muy importante que me ha encargado mi amo : volveré dentro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de una ó dos horas, y cuidaré de que disfrutéis cuantas comodidades sean posibles.

Fuése Labrin, y Juanon, acosado del hambre y la sed, pasó todo el dia sin ver á nadie. Interin estaba solo examinó el viejo los muebles del cuarto, y como hacia bastante tiempo que no se habitaba, estaban cubiertos de polvo, las camas deshechas y todo desordenado : no sabía el buen hombre qué inferir de esto, y su inquietud se aumentaba notando que se acercaba la noche : por fin, se presentó Florival acompañado de Labrin, y el tierno padre olvidó su hambre, su sed y sus fatigas, y se arrojó á los brazos de este hijo tan querido ; pero no vió que estaba pálido é inquieto. Juanon le estrechó contra su corazon, y derramó sobre él algunas lágrimas, dulces afectos de la ternura paternal.

Pero, amigos mios, advierto que sin saber cómo me he extendido demasiado, y la noche que se va acercando me manda que atienda al arreglo de las cosas de mi granja : perdonad que no pueda concluir la historia principiada; en otra ocasion os referiré lo que resta.

Conociendo Palemon cuán sensible era á sus hijos esta interrupcion, dijo al labrador : Hoy no nos esperabais, y hemos venido á que partieseis con nosotros la comida ; mañana os esperamos en nuestra casa ; procuraremos trataros tan bien como merecéis, y concluiréis la historia, que os aseguro me interesa mucho. Aceptó el labrador el convite y Palemon se volvió á casa con sus hijos.

TARDE XXV

EL ARREPENTIMIENTO

Si faltaste á tu deber,
Si delinquiste obcecado,
Al punto que hayas logrado
Tu imprudencia conocer,
Procura pronto romper
Del delito la cadena.
Sírvate solo de pena
El santo arrepentimiento,
Ántes que el negro escarmiento
Te imponga dura condena.

El labrador cumplió su palabra de ir á comer á casa de Palemon, y despues que se hubieron alzado los manteles, continuó la historia de Juanon en la forma que sigue :

Concluye la historia de Juanon y su hijo.

Dejé, amigos mios, á Juanon con su hijo. Lloraba el buen padre, estrechando entre sus brazos al ingrato, y diciéndole : ¿Eres tú? ¿ eres tú, Colas mio? ¡ qué bizarro, qué alto, qué buen mozo estás ! ¡ eres un vivo retrato de tu madre ! — ¡ Padre mio ! — ¿ Pero por qué no me vuelves á abrazar? — Con mucho gusto, padre ; pero... — ¿ Qué dices? ¿ qué tienes? — Mucha satisfaccion en veros. — Yo tambien tengo mucho gusto : ya ves que soy hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de una ó dos horas, y cuidaré de que disfrutéis cuantas comodidades sean posibles.

Fuése Labrin, y Juanon, acosado del hambre y la sed, pasó todo el dia sin ver á nadie. Interin estaba solo examinó el viejo los muebles del cuarto, y como hacia bastante tiempo que no se habitaba, estaban cubiertos de polvo, las camas deshechas y todo desordenado : no sabía el buen hombre qué inferir de esto, y su inquietud se aumentaba notando que se acercaba la noche : por fin, se presentó Florival acompañado de Labrin, y el tierno padre olvidó su hambre, su sed y sus fatigas, y se arrojó á los brazos de este hijo tan querido ; pero no vió que estaba pálido é inquieto. Juanon le estrechó contra su corazon, y derramó sobre él algunas lágrimas, dulces afectos de la ternura paternal.

Pero, amigos mios, advierto que sin saber cómo me he extendido demasiado, y la noche que se va acercando me manda que atienda al arreglo de las cosas de mi granja : perdonad que no pueda concluir la historia principiada; en otra ocasion os referiré lo que resta.

Conociendo Palemon cuán sensible era á sus hijos esta interrupcion, dijo al labrador : Hoy no nos esperabais, y hemos venido á que partieseis con nosotros la comida ; mañana os esperamos en nuestra casa ; procuraremos trataros tan bien como merecéis, y concluiréis la historia, que os aseguro me interesa mucho. Aceptó el labrador el convite y Palemon se volvió á casa con sus hijos.

TARDE XXV

EL ARREPENTIMIENTO

Si faltaste á tu deber,
Si delinquiste obcecado,
Al punto que hayas logrado
Tu imprudencia conocer,
Procura pronto romper
Del delito la cadena.
Sírvate solo de pena
El santo arrepentimiento,
Ántes que el negro escarmiento
Te imponga dura condena.

El labrador cumplió su palabra de ir á comer á casa de Palemon, y despues que se hubieron alzado los manteles, continuó la historia de Juanon en la forma que sigue :

Concluye la historia de Juanon y su hijo.

Dejé, amigos mios, á Juanon con su hijo. Lloraba el buen padre, estrechando entre sus brazos al ingrato, y diciéndole : ¿Eres tú? ¿ eres tú, Colas mio? ¡ qué bizarro, qué alto, qué buen mozo estás ! ¡ eres un vivo retrato de tu madre ! — ¡ Padre mio ! — ¿ Pero por qué no me vuelves á abrazar? — Con mucho gusto, padre ; pero... — ¿ Qué dices? ¿ qué tienes? — Mucha satisfaccion en veros. — Yo tambien tengo mucho gusto : ya ves que soy hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre de palabra. — ¿De palabra? — Pues qué, no he venido á tiempo para asistir á tu boda? pero cuéntame, cuéntame cómo ha sido todo esto. — ¿ Conque ya sabéis.... — Todo, todo : el muchacho ha desempeñado bien su comision. — ¿ Qué muohacho ? — ¡ Buena pregunta ! tu primo. — ¡ Cómo ! ¿ él ha sido quien?... — ¿ Pues quién habia de ser?... pero hablemos de tu matrimonio; ¿ cómo has hecho para hallar una señorita tan linda, y un suegro de alta clase? — Señor, ya veo que mi primo ha procurado perjudicarme : conozco que os ha contado el artificio de que me he valido, y no sé cómo ha podido saberlo. — ¿ Pero qué diablos dices ? no te entiendo, y me parece que tienes atolondrada la cabeza : él me dijo que te casabas ; que tu mujer y tu suegro estaban deseosos de que viniera, que era lo único que faltaba para la ceremonia : ¿ ha hecho mal en decirme todo esto? — ¿ Y no os ha dicho mas? — ¿ Pues habia mas que decirme? — Mi primo ha querido perjudicarme ; y no puedo engañaros mas largo tiempo. — ¡ Hola, hola ! — Perdonad ; pero vuestra presencia en este momento... — ¿ Te enfada? — No; pero.... — ¿ Pero qué ? — Yo no creia... no esperaba... hubiera querido... — ¿ Qué hubieras querido? — Que no hubieseis venido : perdonad, padre mio; mil veces os ruego que me perdonéis; mi suegro es un hombre tan encaprichado de su nobleza... yo no he tenido valor para decirle que soy hijo de un simple labrador. — ¿ Y por qué? — Porque no me habria dado su hija, á la que amo entrañablemente. — Conque has engañado á ese hombre?... ¿ pues qué le has dicho? — No sabe que mi padre es... — Un hombre honrado, que ha trabajado, y todavía trabaja por la felicidad de un hijo ingrato. — Padre mio... — Colas, tú eres un soberbio, un desnaturalizado; ya veo que desprecias á tu padre. — Yo le amo y le respeto; pero... — Pero es forzoso que yo me vaya, ¿ no es esto? ¿ quieres que te deje engañar á un hombre, que cree que tú eres, por lo ménos, hijo de un gran señor? ¿ has sido capaz de mentir de este modo? — Ha sido necesario... — ¡ Hijo ingrato ! ¡ no sabes el dolor que me causas ! ¡ tú despedazas mi corazon ! — ¡ Padre mio !.. — Ya no lo soy; tú me has negado ; ya no eres hijo mio, sino un vanidoso que aborrezco : no me volverás á ver. — No me hacéis justicia. — ¿ Para esto te traje á Paris, y he gastado tanto para que fueses un hombre perfecto? ¿ de qué sirven las letras si matan el amor de los hijos á los padres? — Escuchad, padre mio : dándome una educacion superior á la vuestra, habéis elevado mis sentimientos, obligándome por este medio á entrar en las preocupaciones vulgares : son crueles; son injustísimas; pero reinan en la sociedad : es preciso respetarlas si se desea adelantar. — Y para ser instruido, para tener educacion, ¿ es preciso ultrajar la naturaleza? ¿ por qué ne te hice labrador? ¿ por qué no puse el arado en tus manos desde que eras pequeñuelo? ahora no despreciarias á tu padre. — Pero, señor, el mundo.... la preocupacion... — ¡ La preocupacion ! ¿ qué significa esta palabra ? ¿ es algun empleo, ó qué es ? — Es la tiranía de los hombres : es un modo de pensar que... — ¿ Pero qué quiere decir esto? mi modo de pensar siempre ha sido amar á mi hijo ; y el modo de pensar de este, debe ser siempre el amarme, respetarme y preferirme á todos los modos de pensar de los demas; pero veo que no es así y no disfrutarás de tu maldad : yo veré á ese señor baron; sí, le veré y le diré : ¿ por qué me despreciais, caballero ? Estoy seguro de que me contestará que no es cierto; y yo le añadiré : mi hijo es quien lo asegura. — ¡ Cielos ! ¡ Ah padre mio ! si me amáis, si os interesáis en mi suerte os ruego que no os presentéis en esa casa; si os ven en ella, quedo perdido y deshonrado.

Florival se arroja á los piés de Juanon : le suplica que se vuelva á Mamonville hasta despues de celebrada su boda : entónces, añadió, yo mismo os presentaré al baron: vuestros muchos bienes, vuestra probidad, vuestro aspecto respetable, todo le enternecerá y confirmará mi felicidad.

El buen labrador se enfurece : no quiere atender á razones : la conducta de su hijo le saca de juicio; y le jura que irá á ver al baron, que se lo manifestará todo, y le hará ver el infame artificio con que quieren engañarle. Sí, añadió, sabrá quién eres y quién soy ; y si me desprecia, á lo ménos me serán sus desprecios ménos sensibles que los de un hijo desconocido.

Florival se desesperaba de que sus súplicas y lágrimas eran inútiles para con su irritado padre. No sabía qué partido tomar, cuando su criado Labrin le sacó de este apuro, exclamando : pues bien, si vuestro padre quiere ver al señor baron, y quizá causaros la muerte, es muy dueño de hacerlo; mañana le llevaré yo mismo á la casa; pero por ahora no podemos pensar sino en proporcionarle buena cena y mejor cama. — No por cierto, dice Juanon ; no quiero quedarme aquí; no permaneceré en casa de un hijo que me niega, y que no es hombre honrado : voy al instante á buscar un asilo : no faltan en Paris : quiero ver al momento á ese caballero tan vilmente engañado ; le desengañare, y luego me iré para nunca volver.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Florival hizo presente á su padre que era tarde y que podia suspender su proyecto hasta el dia siguiente : y fué tanto lo que le rogó, que el buen hombre consintió en pasar solo aquella noche en el cuarto en que se hallaba. Esto era lo que deseaba Labrin, que le proporcionó cuanto necesitaba, y salió con su amo dejando las puertas bien cerradas. Cuando Juanon se vió encerrado, no pudo contener el exceso de su dolor : se apoyó en una mesa, y empezó á derramar lágrimas amargas : ¡ su mismo hijo le privaba de la libertad ! ¡ este hijo, á quien llenaba de caricias y beneficios, y para quien habia comprado tan rica posesion ! ¡ este hijo, que quebrantaba todas las leyes de la virtud y de la naturaleza ! ¿ Qué designio será el de este hombre bárbaro ? ¿ qué pretende hacer con su padre ?... Juanon se resuelve á causar un alboroto, y pedir auxilio á voces por la ventana; pero la noche estaba muy adelantada, y era muy expuesto el alborotar á semejantes horas : era necesario esperar al dia, y que alguno compareciese. El monstruo que le ha encarcelado no extenderá su crueldad hasta el extremo de dejarle perecer de hambre.

Tales fueron las tristes reflexiones del buen labrador. Pasó la noche llorando la falta que habia cometido enviando su hijo á Paris, y luego que amaneció procuró por todos medios salir de su prision ; pero no podia conseguirlo, á ménos que álguien viniese á socorrerle ; y ¿ quién habia de venir ? ademas de eso, sin llaves, ¿ quién se habia de atrever ?...

Incierto estaba sobre el partido que debia tomar cuando oyó abrir várias puertas. Era Labrin, que llegó cargado de provisiones. Malvado, le dijo Juanon, déjame salir, ó teme... Labrin no le respondió; dejó lo que habia traido, y escapó cerrando de nuevo todas las puertas, viéndose el buen viejo precisado á continuar en su encierro, siempre indeciso en llamar para que le socorrieran. Por la tarde se tranquilizó un poco. Veamos, dijo para sí, en qué para todo esto : no me han de tener aquí como á un pájaro en la jaula ; y luego que mi indigno hijo tenga la bondad de soltarme, conocerá el terrible castigo que le preparo, que será el abandonarle y maldecirle.

Á la mañana siguiente volvió Labrin y se quedó atónito de ver tan sosegado á su prisionero : quiso disculparse, asegurándole que en breve aprobaria los motivos de una conducta tan poco regular, y que su mismo hijo la desaprobaba, aunque se veia precisado á observarla. Juanon le correspondió con un gesto despreciativo, y

el criado volvió á marcharse no olvidándose de dejar cerradas las puertas.

¿ Os estremecéis, hijos mios, al oir semejante atentado contra un padre tan digno de mejor correspondencia ? Pronto sabréis cómo el cielo supo castigarlo. Ya hacia cuatro dias que Juanon estaba encerrado, y no pudo sufrir mas : una mañana abrió las ventanas que daban á un gran patio, y se resolvió á llamar á la primera persona que viese. Justamente fué un anciano el primero. ¿ Sois padre, señor ? le preguntó Juanon con desesperado acento. — Amigo mio, esa pregunta... sí, padre soy. — ¿ Tenéis, como yo, un hijo ingrato que desconoce y desprecia á su padre, á quien hace cuatro dias que le tiene encerrado en esta estancia? — ¿ Qué decís ? — Que estoy aquí preso, y que mi hijo, mi malvado hijo, es quien me tiene de este modo. — ¡ Justo Dios ! ¿ Y cómo ?... — ¡ Oh ! proporcionadme los medios de salir, buen hombre, y lo sabréis todo, compartiréis las penas que padezco si conocéis lo que es el amor paternal.

El anciano hizo nuevas preguntas á Juanon, el cual, con la sencillez de sus respuestas, le inspiró el mas vivo interes : entre tanto que le hablaba, un criado que atravesaba el patio le dijo con bastante viveza : ¿ Cómo, señor, estáis hablando con ese loco ? — ¿ Loco? no tiene nada de eso. — Labrin nos ha dicho que ese aldeano tiene la cabeza trastornada, y que no hiciéramos aprecio de cuanto nos dijese.

Estas palabras causaron una mortal herida en el corazon del buen labrador : suplicó al anciano que se persuadiese de que le asistia la razon en todos sentidos, y este hombre sensible, que adivinó una parte del horrible misterio, era justamente el dueño de la casa. Envió á buscar una larga escalera, la arrimó á la pared del cuarto de Juanon, y subió por ella á darle la mano y facilitarle los medios de bajar. Juzgad cuáles serian los sentimientos del buen labrador : se arrojó á los brazos de su libertador, y le inundó de lágrimas : este le condujo á su cuarto, y allí Juanon le contó extensamente todo lo que le pasaba. El anciano se estremeció de horror, y le dijo que fuese al instante á casa del baron, á fin de que, si todavía era tiempo, no quedase engañado. Juanon, que era del mismo parecer, halló en un establo su mula, la cogió, y abrazando al hombre benéfico que le habia ayudado, se encaminó á casa del baron, cuyas señas, por fortuna, habia conservado. Dejémosle atravesar la ciudad, y veamos qué ha hecho su culpable hijo en todo este tiempo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bien se puede conocer que el dia de la llegada de Juanon, Labrin estuvo acechando el momento en que su amo volviese del campo, adonde habia ido con Rosalía y su padre: que le llamó aparte, y le participó tan inesperado suceso. Florival, aterrado con este golpe, aprobó el celo y conducta de su criado, y dejó por corto rato la compañía del baron, para visitar á su importuno padre, que venia á trastornar sus ideas. Ya habéis visto cómo le habló: y que no pudiendo obtener nada de lo que pretendia, se valió del consejo de Labrin, que fué el de tener al anciano encerrado hasta que se verificase el matrimonio. Ambos volvieron á casa del baron, é hicieron todo lo posible para adelantar un enlace, despues del cual esperaba Florival desenojar á su padre, presentándole al de Rosalía, y disculpándose con la ceguedad de su amor. Convinieron, pues, en celebrar el casamiento dentro de tres dias; pero la tardanza de una tia de Rosalía, que se esperaba por momentos, lo suspendió; esto desesperaba á Florival, que en el fondo de su corazon sentia crueles remordimientos por los disgustos que causaba al mejor de los padres.

En fin, llegó la víspera del suspirado matrimonio: todo estaba dispuesto conforme á los deseos de Florival: no tenia que esperar mas que un dia, durante el cual debia Labrin duplicar su vigilancia, y no perder de vista ni un instante la prision de Juanon. Florival habia salido á comprar várias cosas indispensables: el baron y su hija quedaron solos en casa, conversando sobre la felicidad que el próximo enlace preparaba á la vejez de un padre, y á la ternura de una hija enamorada de su futuro esposo, cuando entró un criado, y dijo al baron que un aldeano deseaba harblarle en secreto: mandó que entrase, y se presentó Juanon, quien se explicó en estos términos:

Señor baron, perdonad la molestia; pero el honor y la razón me obligan á visitaros. — Sentaos, buen anciano. — ¡Oh señor! estoy muy bien así. — No lo permitiré: sentaos; vuestra edad exige todo respeto... pero ¿suspiráis? á vuestros ojos se asoman lágrimas: ¿qué tenéis? ¿puedo serviros en alguna cosa? — En nada, señor; yo sí que vengo á serviros, y evitar que cometáis una necedad.— ¿Una necedad? Decidme ¿qué especie de necedad es la que puedo cometer en edad tan avanzada? — Yo he cometido muchas en la mia, y soy mas viejo que vos; pero no perdamos tiempo: ¿se halla aquí Mr. Florival? — Ha salido. — Tanto mejor. — ¿Le conocéis? — ¿Si le conozco?... ¿Parece que le casáis con vuestra hija? — Mañana mismo: ¡oh¡ es un mozo

muy honrado. Juanon suspiró, y pregunto al baron: — ¿Conocéis á su padre? — Nunca le he visto; pero sé que es un oficial retirado, un..... — ¿Oficial retirado? — Sí por cierto; y muy rico. — En esto no hay duda. — ¿Y en lo demas? — ¿Quién os ha informado de la clase del padre de Florival? — Su mismo hijo: fuera de que yo he visto sus cartas. — ¿Las cartas del padre de Florival? — Sí, señor. — Pero si no sabe escribir. — Entiendo lo que queréis decirme: ya sé que la gota le tiene impedido, y que no puede usar de su mano derecha; pero su mayordomo escribe, y él dicta las cartas. — ¡La gota! ¡vive Dios!... ¡la gota¡ esa es una grandísima mentira: el padre de Florival está bueno y sano, y esto es lo que siente su malvado hijo. — ¿Qué decís? — Que os ha engañado; que el padre de vuestro futuro yerno es un simple labrador, que siempre ha cultivado la tierra: no hay duda en que es rico; pero no es noble, sino de humilde condicion, y hasta ahora ignoraba los artificios de que se valia su hijo para engañar á una ilustre familia. — ¡Cielos! ¿estáis seguro?... — Si lo dudáis, sabed que soy Juanon, labrador de Mamonville, y padre de Florival. — ¿Vos?... ¿vos? ¿así me ha engañado? — Yo lo ignoraba todo; cuando lo he sabido, he venido á Paris: mi perverso hijo me ha impedido el veros; él y su criado me han tenido encerrado cuatro dias; esta mañana he podido escaparme, y he venido á impedir el casamiento, si todavía no se ha concluido. — Dejadme respirar, hombre de honor y de verdadera delicadeza; dejadme considerar en toda su extension la perfidia de un hombre á quien yo amaba, y tenia por sugeto de tanta probidad y franqueza como yo mismo lo soy. ¡Cómo! ¿Se ha atrevido á burlarme, y á despedazar el corazon de su propio padre? ¿Y vos habéis venido á avisarme?... ¡Ah! este modo de proceder os honra mucho porque anuncia una bella alma.

Por algunos momentos quedó el baron sumergido en sus reflexiones; luego hizo llamar á Rosalía, y le dijo: Hija mia, es preciso que ya no pienses en una felicidad, de la que hace un instante te formabas la imágen mas lisonjera; es forzozo que olvides á Florival. — Padre mio... cómo... hoy... en vísperas de..... — En vísperas de causarte eternos disgustos: sí, hija mia, hoy estamos á tiempo de evitar la desgracia; mañana ya no habria remedio. — ¡Gran Dios! ¿pues qué ha dicho este anciano — Que es el padre de Florival. — ¡El padre!..... — Sí, ve aquí á su padre: no es aquel militar que suponia, decorado con tanta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

antigüedad de nobleza, sino un humilde labrador. — ¡ Labrador !

Sí, hija mia; pero lleno de honradez y probidad, que equivale á las mayores distinciones. — Estaba bien seguro, dijo, Juanon, de que no me despreciariais. — ¿ Yo despreciaros, buen viejo ? ¿ y por qué ? ¿ envileceria yo en vos el carácter de hombre, que en nada nos distingue ? No, no soy yo de aquellos nobles deslumbrados con sus títulos, que miran como viles todas las profesiones á que no han sido llamados, ó que se avergonzarian de ejercer. Aprecio la virtud mas que los dones de la casualidad : el hombre honrado nunca ha sido despreciable á mis ojos. — Padre mio, conque todavía puedo esperar... — Nada; renuncia toda esperanza, y atiende mis razones. Este labrador es un hombre apreciable; la humildad de su cuna, ó por mejor decir, las preocupaciones, me indispondrian con toda mi familia, y con todos los que aprecian en alto grado la nobleza : sin embargo, todo lo despreciaria, anteponiendo la virtud á las costumbres, si Florival fuese un hombre tan recto, tan franco y apreciable como su padre; pero siendo un hombre falso, un intrigante, que se vale de un criado para engañar, tratando mi alianza como asunto de comedia, te haria desgraciada; y yo deseo tu felicidad : ahora le desprecio, y jamas será mi yerno. — Es verdad, padre; pero... — Abre los ojos, hija mia; escucha la voz de la razon; piensa con tanto juicio como yo en el porvenir, y se calmará tu pasion. — ¡ Ay, padre mio !... Bien; si vos me lo mandáis, sacrificaré hasta mi vida : aborreceré á Florival. — No le desprecio yo porque es hijo de un humilde labrador, sino porque me lo ha ocultado; porque me ha engañado sabiendo mis principios y filosofía : si francamente me hubiera dicho : señor, estoy apasionado de vuestra hija; es verdad que no soy noble; pero mi padre es honrado, y tiene conveniencias; con el dinero se hace todo : si tenéis la manía de ennoblecer á vuestro yerno, no será difícil conseguirlo : esto es lo que debia decirme; pero nos engañaba, y mañana queria consumar su crímen. No pensemos mas en esto, Rosalía; y á vos, hombre excelente, ¿ cómo podré pagar tan singular favor?... ¡ Maltratar á tan buen padre! Sabe, hija mia, que le ha tenido encerrado cuatro dias, porque no descubriese sus artificios. — ¡ Oh Dios ! — Sí, hija mia; Florival es un hombre sin fe, sin honor y sin delicadeza.

Rosalía hizo que Juanon le repitiera lo ocurrido con su hijo : se indignó de oirlo, y el desprecio ocupó en su corazon el lugar de la ternura. Trató el baron al triste anciano con el mayor cariño y agasajo : quiso hospedarle en su casa, y presentarle á Florival para que fuese mayor su confusion; pero no accedió á ello Juanon, porque determinó no volver á ver á su culpable hijo : le abandonaba para siempre, y al instante queria volverse á su aldea, donde solo, y entregado á su dolor, maldeciria toda su vida el instante en que le ocurrió enviar á su hijo á Paris para que fuese un sabio.

Nada pudo contenerle : suplicó al baron y á su hija que aceptasen los regalillos que traia, y los recibieron por pura complacencia : luego acompañaron al virtuoso labrador, que montando en su mula y despidiéndose de ellos, tomó el camino de su país. En tanto que camina, vamos á ver cómo queda humillado y confundido el presuntuoso novio.

Volvieron el baron y su hija á su habitacion, y estaban hablando con mucho sentimiento de la vergonzosacautela que acababan de descubrir, cuando entró Florival, rebosando satisfacciones y esperanzas, cargado de regalos para su prometida esposa. Sentaos, le dijo gravemente el baron. — Estoy muy bien así : nadie puede cansarse en servir á la bella Rosalía. — ¿ Conque os habéis tomado el trabajo de comprar?... — Frioleras; aunque espero que en adelante nada faltará á mi esposa para sostener el brillo de su clase. — ¿ Pero á qué clase esperáis elevarla? — ¿ Qué clase? ¿ pues no os he dicho que pienso comprar una plaza de consejero? — ¿ Para ennobleceros? — ¡ Cómo ! yo creo que os chanceáis. — No por cierto; no tengo humor de chancearme. — Pues, señor, ¿ no hemos hablado cien veces de estos asuntos? ¿ nos hemos de ocupar hoy en tan pesadas repeticiones? — Vuestro tono galante y ligero es sin duda muy amable; pero hoy me hallo con poca disposicion para divertirme. — En efecto, señor, ese aire de seriedad... — Os anuncia la dilacion de vuestro casamiento. — La dilacion... — Sí, porque he formado un proyecto que sin duda aprobaréis; vuestro padre permanece, segun me habéis dicho, en su casa; y pues no puede venir á asistir á la boda, iremos á celebrarla en su compañía y bajo sus auspicios. — ¡ Cómo !... — Mañana nos pondremos en camino. — Señor... — Yo celebraré mucho el verle; y dos padres siempre se entienden mucho mejor. — Pero... — Nos ayudaremos mutuamente para tolerar los disgustos de la vejez. — Sí... — Está enfermo, y necesitará sin duda de auxilios. — ¿ Permitís? — ¡ Qué placer tendréis en abrazarle ! porque creo que le amáis con mucha ternura : ¿ no es así? — Mi obligacion... — Sí, sí; sois un excelente hijo : mañana sin falta

partiremos. — Si no sois... — Pues qué, ¿ os opondriais á tan racional idea? parece que estáis turbado. — Es verdad. — ¿ Puede desagradaros este viaje? — Pero, señor, ¿siempre ha de haber obstáculos que retarden mi felicidad ? Casémonos mañana, y al dia siguiente iremos si gustáis... — No, no ; quiero ver á vuestro padre, y conocerle ; porque tambien, si no fuera hombre sociable, con quien pudiese componerme... — ¡ Oh ! no dudéis de que merecerá vuestra estimacion. — Así lo creo ; será un hombre muy honrado. — Es la misma probidad. — ¿ Pues por qué no le imitáis ? — ¡ Cómo ! señor... — Sí, ¿ por qué no le imitáis ? ¿ por qué tratáis de engañar á una familia que os ha recibido en su seno ? — No os entiendo. — Voy á explicarme : vos nos habéis engañado : el antiguo militar que ha hecho tantas campañas, este hombre impedido de la gota, en una palabra, vuestro padre, acaba de salir de aquí. — ¡ Cielos ! — Ha mudado nombre y clase, y ahora es un humilde labrador de Mamonville. — ¡ Soy perdido ! — Nosotros le debemos la satisfaccion de conoceros, y la dicha de evitar la alianza del hombre mas pérfido, y del hijo mas ingrato. (*Florival se arroja á los piés del baron*). — ¡ Ah señor ! ya conozco que lo sabéis todo, y que me aborreceréis entrambos. — No por cierto, os despreciamos : este es el único sentimiento que debéis esperar eternamente de nuestra parte. — El amor... — Muda de nombre y de carácter cuando destruye la naturaleza y la probidad. — Temia que no me hubieseis dado á Rosalía si... — Muy mal me habéis conocido; pero sobre todo, me engañabais para satisfaceros. — Dignaos escucharme : todavía hay tiempo para reparar mi falta : mi padre es muy rico, y yo puedo... — Nada, señor mio ; y nada tenéis que esperar: nunca seréis esposo la mi hija, porque no quiero verla desgraciada : sois amigo falso, y mal hijo; y así nunca seriais buen marido, ni buen padre. — Pero tanto rigor..... — Ven, hija mia; huyamos de este hombre peligroso : á Dios, señor, espero que esta sea la última vez que os presentéis en mi casa.

El baron se retiró con su hija, y Florival permaneció por algunos instantes aterrado del golpe que acababa de recibir : en fin se levantó enfurecido, y al salir encontró á Labrin asustado, que le dijo : Señor, se ha escapado... — Demasiado lo sé.

Los dos volvieron al alojamiento que habia servido de cárcel á tan buen padre. Florival, desesperado, formaba mil proyectos que se destruian sucesivamente por sí mismos. En fin, al cabo de algunos dias, considerando lo mal que habia obrado, despidió á

Labrin, á quien acusó de la mayor parte de sus crímenes. Solo, y entregado á sí mismo, no sabía qué hacer. ¿Irá á echarse á los piés del virtuoso labrador ? Sí ; bañará con lágrimas sus plantas, pedirá un generoso perdon, y le obtendrá, porque Juanon le amaba ciegamente. Juanon es un padre que le colmaba de beneficios, y que sin duda está dispuesto á abrirle sus paternales brazos.

Apoyado en esta esperanza, tomó un caballo, y partió para Mamonville. ¡ Qué agitado está durante su viaje ! ¡ y cómo late su corazon á medida que se acerca á la granja, á aquella granja que no ha visto en tantos años ! En fin, la descubre, y se detiene á pensar lo que debe hacer y decir. Pierde el color, titubea, las fuerzas le abandonan, y está para volverse. Al cabo se resuelve á entrar. Ve que muchos mozos de labranza trabajaban, y les dice que quiere hablar á Juanon; uno de ellos, sin conocerle, le conduce á la presencia del respetable anciano, que quedó atónito al reconocer á su hijo. Arrojarse á sus piés, deshacerse en lágrimas, y protestar su arrrepentimiento, fué para Florival negocio de un momento ; pero Juanon le dejó á sus piés sin mandarle levantar, le miró con frialdal, y le escuchó impasible cuanto sugirió á sus labios la efusion momentánea de su alma. Cuando acabó de disculparse, cargando la culpa á Labrin, ó por mejor decir, de confesarse culpable de la mas negra ingratitud, levantó los ojos hácia los de su padre, y quedó confuso de su severidad y silencio : ¿ no me respondéis, padre mio ?

La respuesta de Juanon fué tomarle de la mano, salir con él hasta afuera de la puerta principal, detenerse delante de ella, y mostrarle con el dedo la inscripcion que habéis leido, y que ha excitado vuestra curiosidad. ¿ Qué quiere decir esto ? preguntó Florival. — Esto, señor mio, quiere decir, que yo habia comprado toda esta posesion en vuestro nombre ; que llevaba en mi bolsillo la escritura para regalárosla el dia de vuestra boda; que la he vuelto á traer sin hablar de ello á vos ni al señor baron, y que nunca seréis dueño de mis bienes. — ¡ Cielos !... — Bien conocéis que sois digno de un castigo severo, por haber ultrajado á un padre que solo iba á hacer vuestra felicidad. Á Dios para siempre : no me volváis á ver : os abandono, os desheredo, y os prometo todo el odio que merecen los hijos desconocidos é ingratos, y los hombres que degeneran de la virtud de sus padres.

El anciano se entró en su casa, Florival quiso seguirle ; pero su padre mandó á los criados que le arrojasen como si fuera un

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extraño. Cinco ó seis mozos echaron fuera á empujones á Florival, y le prometieron el mismo tratamiento siempre que se atreviese á presentarse.

Florival se vió confundido y desesperado de haber malogrado, por su vergonzosa intriga, un casamiento que podia haber contraido por medio de la rectitud y honradez, con una herencia tan cuantiosa como la de su padre.

Este hijo criminal volvió á Paris, donde se mantuvo algun tiempo. Al fin, su pesar le causó una enfermedad, de la cual murió, llamando á grandes voces á su padre, cuya maldicion le perseguia, dejando un ejemplo terrible á los hijos ingratos que se atreven á negar, despreciar y despedazar los corazones de sus padres : Juanon, en sus últimos años, casó con una hija de un amigo suyo indigente : la dejó toda su fortuna, la cual, entre sus manos se hizo patrimonio de los pobres. La hacienda de Mamonville fué vendida, y quedó la inscripcion que recuerda el suceso de Juanon y su hijo. El viajero curioso pregunta su orígen : se lo refieren, y esta narracion es una leccion útil que enseña á respetar á un buen padre, y á observar todas las leyes de la naturaleza.

Calló el labrador, y los muchachos, penetrados del interes que les habia inspirado la historia de Juanon, prometieron no olvidarla jamas. Sobre todos Armando quedó mas comnovido; porque el suceso se avenia perfectamente con los consejos que su padre le habia dado en órden al estado que queria tomar. Conoció tambien la fuerza de las razones que Palemon le habia expuesto, y se propuso no contradecirlas nunca, viendo que de ellas dependia su dicha, como la de su anciano padre, y cuyas consecuencias podian ser muy funestas. Advirtió Palemon la emocion que experimentaba su hijo mayor, y se alegró del feliz efecto de los ejemplos que siempre sabía aplicar á sus lecciones. Vivia persuadido de que este era el medio mas seguro para hablar mejor al corazon y al entendimiento de sus jóvenes discípulos : y hasta ahora se ha visto que no se ha separado un punto de su plan de instruccion práctica.

TARDE XXVI

EL COQUETISMO

Sé prudente, se discreta ;
No altanera y caprichosa ;
Pues la mujer veleidosa
Que á razon no se sujeta,
La altiva y necia coqueta
Que pretende dominar,
Viene por fin á arrastrar
Su triste y mísera vida
Hasta de sí aborecida,
Sin poderse tolerar.

Hallábase Palemon enteramente restablecido y en la granja renacia la alegría. Crecian los muchachos, y las fuertes lecciones anteriores habian mudado en gran manera su corazon, é ilustrado su juicio. Sin embargo, de cuando en cuando se notaba la diversidad de sus caractéres, como se verá despues ; pero eran en la actualidad mas dóciles, mas sumisos y mas sensibles : Palemon lo conocia y estaba muy satisfecho. Hé aquí, decia para sí, los felices efectos de la educacion que doy á mis hijos. Padres de familia, aprovechaos de mi ejemplo. Los que estén persuadidos de que con multiplicadas reprensiones y repetidos castigos pueden educar bien á los suyos, van equivocados ; les hacen fastidiosa la moral, y sentir demasiado el yugo del poder paternal ; los asustan, y son á sus ojos unos rígidos preceptores : los mios me mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

extraño. Cinco ó seis mozos echaron fuera á empujones á Florival, y le prometieron el mismo tratamiento siempre que se atreviese á presentarse.

Florival se vió confundido y desesperado de haber malogrado, por su vergonzosa intriga, un casamiento que podia haber contraido por medio de la rectitud y honradez, con una herencia tan cuantiosa como la de su padre.

Este hijo criminal volvió á Paris, donde se mantuvo algun tiempo. Al fin, su pesar le causó una enfermedad, de la cual murió, llamando á grandes voces á su padre, cuya maldicion le perseguia, dejando un ejemplo terrible á los hijos ingratos que se atreven á negar, despreciar y despedazar los corazones de sus padres : Juanon, en sus últimos años, casó con una hija de un amigo suyo indigente : la dejó toda su fortuna, la cual, entre sus manos se hizo patrimonio de los pobres. La hacienda de Mamonville fué vendida, y quedó la inscripcion que recuerda el suceso de Juanon y su hijo. El viajero curioso pregunta su orígen : se lo refieren, y esta narracion es una leccion útil que enseña á respetar á un buen padre, y á observar todas las leyes de la naturaleza.

Calló el labrador, y los muchachos, penetrados del interes que les habia inspirado la historia de Juanon, prometieron no olvidarla jamas. Sobre todos Armando quedó mas comnovido; porque el suceso se avenia perfectamente con los consejos que su padre le habia dado en órden al estado que queria tomar. Conoció tambien la fuerza de las razones que Palemon le habia expuesto, y se propuso no contradecirlas nunca, viendo que de ellas dependia su dicha, como la de su anciano padre, y cuyas consecuencias podian ser muy funestas. Advirtió Palemon la emocion que experimentaba su hijo mayor, y se alegró del feliz efecto de los ejemplos que siempre sabía aplicar á sus lecciones. Vivia persuadido de que este era el medio mas seguro para hablar mejor al corazon y al entendimiento de sus jóvenes discípulos : y hasta ahora se ha visto que no se ha separado un punto de su plan de instruccion práctica.

TARDE XXVI

EL COQUETISMO

Sé prudente, se discreta ;
No altanera y caprichosa ;
Pues la mujer veleidosa
Que á razon no se sujeta,
La altiva y necia coqueta
Que pretende dominar,
Viene por fin á arrastrar
Su triste y mísera vida
Hasta de sí aborecida,
Sin poderse tolerar.

Hallábase Palemon enteramente restablecido y en la granja renacia la alegría. Crecian los muchachos, y las fuertes lecciones anteriores habian mudado en gran manera su corazon, é ilustrado su juicio. Sin embargo, de cuando en cuando se notaba la diversidad de sus caractéres, como se verá despues ; pero eran en la actualidad mas dóciles, mas sumisos y mas sensibles : Palemon lo conocia y estaba muy satisfecho. Hé aquí, decia para sí, los felices efectos de la educacion que doy á mis hijos. Padres de familia, aprovechaos de mi ejemplo. Los que estén persuadidos de que con multiplicadas reprensiones y repetidos castigos pueden educar bien á los suyos, van equivocados ; les hacen fastidiosa la moral, y sentir demasiado el yugo del poder paternal ; los asustan, y son á sus ojos unos rígidos preceptores : los mios me mi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ran como á un tierno padre y un buen amigo; buscan mi conversacion, porque mis discursos nunca son severos; no pueden pasar sin verme, porque mis miradas son dulces é indulgentes. Como la virtud debe ser siempre recompensada, y el vicio castigado, les doy las pruebas de esta verdad, y para apoyarlas, me sirvo de los extraños, atendiendo á que la moral puesta en accion por persona desconocida, hace mucha mas impresion en los muchachos, que todas las advertencias de un preceptor, y los consejos de un padre. Mas se les imprimen los ejemplos que tienen á la vista, que las máximas de la sabiduría que se les dictan con gravedad: así es como yo disfruto de su felicidad y ternura; sus ojos se fijan en los mios con dulzura; sus brazos están sin cesar al rededor de mi cuello; sus manos me acarician á cada instante: cuando los abrazo, siento que palpitan de amor sus corazones. Padres de familia, imitadme: seréis felices, y lo serán las inocentes criaturas que os deben el ser.

Tales eran los agradables pensamientos que ocupaban continuamente á Palemon: atendia sin descanso á la educacion de sus hijos, y cada dia encontraba nuevos motivos de satisfaccion: su infatigable vigilancia los seguia tanto en sus diversiones como en sus estudios, y en todas ocasiones encontraba medios de estudiar su carácter, conocer las pasiones que ya los agitaban, corregir sus defectos, y desarrollar en ellos el gérmen de las virtudes que descubrian: todo servia de materia á su reflexion, y nada se escondia á su vigilancia y penetracion.

¡Cuántas veces se divertia con ellos como un niño! Esgrimia el florete con Armando; jugaba al volante con Adela; seguia á Benito jugando al marro, y cuando se dejaba coger, todo era gritos y palmadas de alegría, que le causaban el mayor alborozo: acompañaba á Julio en la pesca, y leia ó hacia versos con el ingenioso Leon: así es como se prestaba á sus placeres y gustos particulares, distribuyendo las horas; y cuando no concurria á las diversiones, eran mucho ménos vivas y halagüenas. ¡Ah! ¡qué feliz es un padre que consigue hacerse necesario en todo á sus hijos!

Desde la disension de Benito y Adela, que tan cara les habia salido, vivian los muchachos con la mayor armonía: sin embargo, cierto dia se suscitó entre ambos una pequeña diferencia, que nuevamente dió motivos de inquietud al virtuoso padre.

Era una mañana: el tiempo estaba apacible, el horizonte despejado, y los muchachos determinaron ir á almorzar al bosque-

cillo de la huerta. Cada cual llegó con un gran pedazo de pan, dispuestos á despojar uno ó dos de los cerezos que crecian en este sitio. Adela vió que Armando, Benito y Leon se subieron á un árbol, y les suplicó que la echasen algunas cerezas; pero Benito le respondió: No tenemos tiempo para eso, haz como nosotros. — ¿Puedo yo hacerlo? No tengo disposicion para tanto. — Pues bien, peor para ti.

El galante Julio, para quien eran leyes inviolables los menores deseos de su querida, subió á otro cerezo, diciendo á Benito: Á la verdad que eres muy poco complaciente: los hombres deben ceder á los justos deseos de las damas. — ¡De las damas! sí: ¡de las damas como esta! — Como otra cualquiera, replicó Adela encendida de cólera: ¡miren qué cortesía! si me llego á casar, no hay miedo que dé mi mano á un hombre tan grosero como tú. — ¿Qué dice la señorita? — Que si continúas de esa manera, siempre serás un bárbaro. — Como baje del árbol, verás si soy bárbaro ó no.

Julio, para cortar la disputa, dirigió á Adela esta pregunta: ¿Cómo quieres que sea tu marido? — Quiero que sea dulce, complaciente, y que si tengo caprichos, se someta á ellos; en una palabra, quiero gobernarle y que no me gobierne. Si quiero ir al baile, á la comedia, ó á cualquiera parte no me ha de contradecir, y se ha de sujetar á mi voluntad sin replicar ni una palabra. — ¡Bravo! dijo Benito; será preciso estar siempre á los piés de madama, como á los de un ídolo. — Pues qué, ¿no lo merezco? — Calla, que eres una altanera, y nada mas.

Otra vez iba á encenderse la disputa, y nuevamente la terminó Julio diciendo algunas lisonjas á Adela; olvidó su almuerzo para atender al de esta; y la llegada de Palemon restableció la calma en todos los corazones. El anciano, que lo habia oido todo, no quiso darse por entendido: vió á sus hijos encaramados sobre los cerezos; se sonrió, pidió cerezas, que le echaron todos á competencia; se sentó al lado de Adela, y almorzó tranquilamente con su interesante familia. ¡Pintura encantadora que arrebata un alma sensible mas que los bellos espectáculos y los círculos brillantes!

Acabado el frugal almuerzo, todos entraron en la granja á emplearse cada cual en sus acostumbrados ejercicios. Palemon, en su cuarto, meditaba sobre lo que habia oido decir á Adela: son pequeñeces que no harian impresion en cualquiera otro padre; pero Palemon las consideraba como de mucha consecuencia: habia oido á su hija hablar de *caprichos*, *gobernar á su marido*, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

otras expresiones que indicaban un genio dominante : conocia el buen fondo de su corazon, pero no queria que alimentase tales ideas. Si estos defectos se arraigaran profundamente en su alma, haria, sin duda, desgraciado al que quisiese asociarla á su destino. Por perfectos que sean los muchachos, tienen defectos que se deben corregir, á fin de que despues no degeneren en vicios. Así pensaba Palemon : su hija necesitaba un exemplo, y él se lo presentará, sin hablarla palabra sobre los despropósitos que ha proferido. Muchas veces lo que no merece una reprension, exige una leccion disimulada, cuya aplicacion indirecta produce mas efecto que las reprensiones, cuando el sugeto á quien se dirige tiene buenos sentimientos.

Durante toda la mañana se habian ocupado los muchachos en sus ejercicios ordinarios; y hácia la tarde, Adela y Julio, paseándose junto al bosque en que se habian desayunado, oyeron cantar cerca de ellos; mas no conocieron la voz. ¿Habria venido algun forastero á visitar á Palemon, miéntras ellos estaban ocupapados? Quisieran informarse; pero los detiene el eco de la voz que, acompañada de una vihuela, cantaba la siguiente letrilla

Aves inocentes,
que pobláis los aires;
ecos de la selva,
oid mis cantares.

De mi bien amada
que en breves instantes
premiará mis ansias
y dulces pesares,
cantara las gracias
belleza y donaire
si vuestra armonía
llegaseis á darme.

Aves inocentes,
oid mis cantares.

Oh ! cuán hechicera
se prestó á premiarme
con sus bellos ojos,
con su esbelto talle,

con su mano hermosa,
con su alma adorable,
las penas que el pecho
la rinde constante.

Ecos de la selva,
oid mis cantares.

¡ Oh santo himeneo !
tú que voluntades
enlazas por siempre,
tu entorcha á alumbrarme
prepara afectuoso,
que ya en homenaje
le rindo á tu yugo
mi cerviz amante.

Aves inocentes,
oid mis cantares.

Y tú, dulce hechizo,
zagala admirable,
que entre mil pastores
quisiste ensalzarme,
ven, que ya en el templo
las antorchas arden;
los himnos ya entonan
pastoras, zagales.

Y aves inocentes,
que pueblan los aires,
unen sus gorjeos
á nuestros cantares.

Adela y Julio quedaron prendados de la gracia con que el desconocido habia cantado : le descubrieron, se le acercaron, y él se mostró como algo resentido de que le hubiesen escuchado; mas al fin les dijo : ¿Sois por ventura hijos del virtuoso agricultor que tan generosamente me ha hospedado? — Sí, respondió Adela; y tambien tenemos otros tres hermanos. — Si se os parecen, serán ciertamente muy amables. — Mil gracias por el favor; ¿pe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ro cómo es que?... — ¿Os admiráis de verme aquí? verdad es que no he tenido el honor de hablaros cuando entré en la granja: sabed, pues, que ahora poco, á muy corta distancia, mi silla de posta, que dirigia yo mismo, ha volcado y se ha roto: vuestro padre advierte mi caída, vuela á socorrerme, y me ofrece un asilo en su casa hasta tanto que mi silla se componga: he aceptado su ofrecimiento, y me paseo aquí; pero el placer de meditar me ha enajenado de tal suerte, que no he reparado en que la noche se acerca: vámonos juntos á casa, pues para mí será un placer el disfrutar de vuestra compañía.

Siguió el forastero á Julio y Adela, y llegaron á la granja cuando ya estaba el anciano con los demas hijos en el terrazo. Palemon presentó á su familia el nuevo forastero, repitiendo lo que Adela y Julio ya sabian, añadiendo: Cuando un caminante se ve en tal apuro, me obliga á ofrecerle mi casa y mis obsequios: me lisonjeo de que no se ausentará tan pronto, porque los trabajadores que están componiendo su silla me han asegurado que necesitan todo un dia para ponerla en buena disposicion; tal vez esta tardanza será desagradable á nuestro huésped, pero nos esforzaremos en distraerle. — En vuestra compañía, respondió cortesmente el forastero, es muy fácil olvidar tan ligero accidente. — Si no es demasiada indiscrecion, quisiera saber vuestro nombre y el objeto de vuestro viaje. — Con mucho gusto mio voy á satisfaceros. Mis sucesos son poco interesantes; pero están complicados con otros, que me parece gustaréis oir, y aun me atrevo á decir que su relacion puede ser útil á estos niños, ofreciéndoles un objeto moral, una leccion que sin duda no necesitarán; pero que nunca está demas el repetirla, para la felicidad de los hombres y aprovechamiento de la sociedad: prestadme la mayor atencion.

Historia de Madama Dumont.

Eugenia, hija de un rico comerciante, era una muchacha llena de orgullo y presuncion, desde sus primeros años monstraba repugnancia á las virtudes domésticas, y el placer era su gusto dominante. Siempre en la niñez se advierte el gérmen de los vicios y virtudes que tenemos en la edad madura; y el carácter se empieza á desarrollar desde que ya podemos entregarnos al juego ó al estudio. Era pues Eugenia altiva y presuntuosa, y hasta sus mismos padres no se libraban de ser objeto de sus caprichos y de su

espíritu dominante. Su padre, que no habia tenido vigor para sujetarla, era el que mas padecia; y procuró casarla apénas tuvo la edad conveniente. Entre varios que solicitaron su mano, obtuvo Dumont la perferencia, por ser un jóven honrado, complaciente, tierno y de mucho ingenio. Habia visto á Eugenia, y su hermosura le inflamó tanto, que sin detenerse á estudiar su carácter se casó con ella.

Apénas Dumont se vió casado, cuando advirtió la cadena que arrastraba, y su insoportable peso. Hizo todo lo posible para que su mujer conociese sus defectos y se corrigiera; pero fueron mal recibidos sus consejos. Decia madama Dumont, que no se habia casado para ser esclava; y se precipitó en el abismo de toda especie de distracciones. Esta mujer pasaba su vida en los bailes, juegos, espectáculos y otras distracciones. Rara vez volvia á su casa ántes de las dos ó las tres de la mañana: rodeada siempre de gentes entregadas como ella á la disipacion, olvidaba los cuidados domésticos, dejándolos enteramente á cargo de su infeliz esposo. Cuando este la reprendia, exclamaba llorando, que su marido carecia do ternura y complacencia para con ella; que era un tirano, que se habia casado con ella solo por tener una esclava mas, y que no era posible hallar mujer mas desventurada.

Dumont sufria y callaba: para mayor tormento suyo, madama Dumont dió á luz una hija, á la que alejó al instante de su seno, contra el deseo y los principios de su esposo. La inocente criatura fué entregada á una nodriza fuera del pueblo en que habitaba su madre; y despues pasó á poder de maestros desconocidos y alejados. Esta mujer no amaba á su marido; por consiguiente, no podia querer á sus hijos. Dumont, desesparado de haber contraido un enlace tan fatal, resolvió tomar un partido muy serio. Examinó el estado de su fortuna, y despues de reducir á dinero lo poco que de ella le quedaba, hizo llamar á su gabinete á su indigna esposa, y con mucha gravedad le dijo de este modo: Señora, cuando me casé, creí hallar en vos una compañera dócil, amable y tierna, con quien pudiese compartir mis trabajos y placeres: la experiencia me ha desengañado cruelísimamente. En vez de una amiga fiel, solo he encontrado una mujer desdeñosa, inconsecuente, altiva, que se ha entregado á la disipacion, sin calcular sus facultades ni las ideas de su esposo. Siendo mujer de un simple negociante, habéis recibido en vuestra casa unas gentes que son, en vuestro concepto, de la mas alta clase: estas gentes os han trastornado la cabeza, y habéis abandonado aun

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las sagradas obligaciones que os impuso la naturaleza para con vuestros hijos; en una palabra, habéis creido que vuestro esposo debia obedeceros ciegamente, y someterse á todos vuestros caprichos, contra el órden social, que siempre ha exigido y exige que la mujer sea dirigida por su marido, el cual, así como tiene sobre sí todo el peso de la casa, debe tambien tener su gobierno: en fin, me habéis hecho infeliz hasta ahora, y no quiero sufriros mas tiempo. He ordenado la division de nuestros bienes comunes. Aquí está vuestro dote; disponed de él como gustareis. Os dejo y me voy á América, para ver si puedo aumentar el miserable fondo que acabo de realizar. Sin duda permaneceré allí muchos años, y volveré despues á reunirme con una mujer que he amado, si la edad y la experiencia rectifican su juicio é ilustran su espíritu. No creáis, Eugenia, que os abandono para siempre; os escribiré con frecuencia, y volveré apénas me permita la fortuna reparar las pérdidas enormes que me han causado vuestras locuras, para colocar á mi hija como le corresponde. Tal es mi resolucion, de la que nada podrá apartarme.

Atónita madama Dumont de semejante proyecto, se encolerizó y prorumpió en voces y lamentos; pero su marido la dejó despues de encargarle la educacion de su hija, y se puso en camino á la mañana siguiente. Ya se veia árbitra de sí misma esta mujer que tanto amaba la independencia; y ya podia dar rienda suelta á todas sus inclinaciones y caprichos. Al principio se resintió un poco de la determinacion de su marido; pero luego se consoló entregándose mas que nunca á los placeres. Recibia en su casa las gentes de menor juicio; todo era bailes, convites y juegos, que apénas tenian la mas leve intermision: en una palabra, madama Dumont despilfarró en poco tiempo cuanto su marido le habia dejado; y al cabo de tres años se vió arruinada, abandonada de sus falsos amigos, y reducida á la mayor indigencia. Por fortuna, su marido en su última carta le decia que prosperaba en sus negocios, y que no tardaria en volver cargado de riquezas, que pondria á su disposicion si la encontraba digna de su estimacion. Madama Dumont conoció por fin el vacío que la rodeaba: se hizo traer su hija y se entregó á los dulces cuidados de madre, deseando con ansia el momento de abrazar á un esposo á quien reconocia que habia ofendido, y cuya ausencia era para ella un manantial inagotable de amargos remordimientos: un dia...

Aquí se detuvo el desconocido, suponiendo que estaba muy cansado, y ofreció al auditorio continuar la relacion al siguiente dia.

TARDE XXVII

LA ECONOMIA

Si á fastuosas reuniones
Prudente tus puertas cierras;
Si el necio lujo destierras
De tu persona y salones;
Si evitas las ocasiones
De disipar tus caudales,
Podrás eludir los males
De la terrible indigencia;
Que el boato y la opulencia
Traen resultados fatales.

Concluye la historia de Madama Dumont.

El forastero, despues de haber visitado en la mañana de este dia las posesiones del virtuoso Palemon, al caer la tarde fué con todos al terrazo, y sentándose en medio de los muchachos, continuó su relacion en estos términos:

Os dije ayer que madama Dumont se habia hecho juiciosa despues de la ausencia de su marido. El mal estado de su fortuna, y el proceder de los que habia mirado como amigos, cambiaron en parte su carácter. Conservaba su altivez é inclinacion á las sociedades, pero carecia de medios para lucir. Dumont la enviaba á decir que estaba riquísimo, y ella le contestaba que volviese cuanto ántes, pues ya era digna de su corazon, y se proponia hacerle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las sagradas obligaciones que os impuso la naturaleza para con vuestros hijos; en una palabra, habéis creido que vuestro esposo debia obedeceros ciegamente, y someterse á todos vuestros caprichos, contra el órden social, que siempre ha exigido y exige que la mujer sea dirigida por su marido, el cual, así como tiene sobre sí todo el peso de la casa, debe tambien tener su gobierno: en fin, me habéis hecho infeliz hasta ahora, y no quiero sufriros mas tiempo. He ordenado la division de nuestros bienes comunes. Aquí está vuestro dote; disponed de él como gustareis. Os dejo y me voy á América, para ver si puedo aumentar el miserable fondo que acabo de realizar. Sin duda permaneceré allí muchos años, y volveré despues á reunirme con una mujer que he amado, si la edad y la experiencia rectifican su juicio é ilustran su espíritu. No creáis, Eugenia, que os abandono para siempre; os escribiré con frecuencia, y volveré apénas me permita la fortuna reparar las pérdidas enormes que me han causado vuestras locuras, para colocar á mi hija como le corresponde. Tal es mi resolucion, de la que nada podrá apartarme.

Atónita madama Dumont de semejante proyecto, se encolerizó y prorumpió en voces y lamentos; pero su marido la dejó despues de encargarle la educacion de su hija, y se puso en camino á la mañana siguiente. Ya se veia árbitra de sí misma esta mujer que tanto amaba la independencia; y ya podia dar rienda suelta á todas sus inclinaciones y caprichos. Al principio se resintió un poco de la determinacion de su marido; pero luego se consoló entregándose mas que nunca á los placeres. Recibia en su casa las gentes de menor juicio; todo era bailes, convites y juegos, que apénas tenian la mas leve intermision: en una palabra, madama Dumont despilfarró en poco tiempo cuanto su marido le habia dejado; y al cabo de tres años se vió arruinada, abandonada de sus falsos amigos, y reducida á la mayor indigencia. Por fortuna, su marido en su última carta le decia que prosperaba en sus negocios, y que no tardaria en volver cargado de riquezas, que pondria á su disposicion si la encontraba digna de su estimacion. Madama Dumont conoció por fin el vacío que la rodeaba: se hizo traer su hija y se entregó á los dulces cuidados de madre, deseando con ansia el momento de abrazar á un esposo á quien reconocia que habia ofendido, y cuya ausencia era para ella un manantial inagotable de amargos remordimientos: un dia...

Aquí se detuvo el desconocido, suponiendo que estaba muy cansado, y ofreció al auditorio continuar la relacion al siguiente dia.

TARDE XXVII

LA ECONOMIA

Si á fastuosas reuniones
Prudente tus puertas cierras;
Si el necio lujo destierras
De tu persona y salones;
Si evitas las ocasiones
De disipar tus caudales,
Podrás eludir los males
De la terrible indigencia;
Que el boato y la opulencia
Traen resultados fatales.

Concluye la historia de Madama Dumont.

El forastero, despues de haber visitado en la mañana de este dia las posesiones del virtuoso Palemon, al caer la tarde fué con todos al terrazo, y sentándose en medio de los muchachos, continuó su relacion en estos términos:

Os dije ayer que madama Dumont se habia hecho juiciosa despues de la ausencia de su marido. El mal estado de su fortuna, y el proceder de los que habia mirado como amigos, cambiaron en parte su carácter. Conservaba su altivez é inclinacion á las sociedades, pero carecia de medios para lucir. Dumont la enviaba á decir que estaba riquísimo, y ella le contestaba que volviese cuanto ántes, pues ya era digna de su corazon, y se proponia hacerle

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

enteramente feliz. Ya hacia dos años que se habian agotado todos sus recursos; vivia retirada y dedicada exclusivamente á la educacion de su hija. Afortunadamente, en medio de todos los lazos de la seduccion, habia sabido conservar puro su honor. Dumont, aunque tan lejano de su esposa, sabía cuanto pasaba por medio de un antiguo criado que habia dejado con ella al tiempo de su ausencia: y compadecido del estado fatal de su mujer, determinó volver á su compañía. En la última carta le decia que iba á recoger todos sus bienes, y pasaria muy en breve á verla. Esta feliz noticia reanimó á madama Dumont; pero viendo que habian pasado tres meses desde la carta de su marido, y que este no parecia, empezaba á impacientarse, cuando un dia le sucedió un lance muy particular.

Hallábase una tarde sola con su hija en una pradera de las cercanías de Paris: la noche se acercaba y madama Dumont se apresuraba á volver cuanto ántes á la ciudad, cuando se la acercó un pobre y le pidió limosna. Ella, sin mirarle, le dió una moneda: el mendigo inclinó la cabeza en señal de agradecimiento, y fué siguiéndola. Advirtiólo madama Dumont, y le previno que se apartase; pero el pobre continuó en su seguimiento. Atónita y aun asustada de tal audacia, redobló el paso, esperando encontrar alguna persona que le sirviese de resguardo; pero el mendigo se acercó mas, le cogió la mano, y se arrojó á sus piés: ella dió un grito; mas el mendigo le dijo con dulzura: Ingrata, ¿es posible que me desconozcas? Madama Dumont le miró con cuidado, y reconoció á su esposo cubierto de andrajos, y en el estado de la mas deplorable miseria. ¡Dios mio! exclama: ¿eres tú Dumont, ó estoy soñando? — No, amada esposa, demasiado verdad es lo que miras: héme aquí arruinado, perdido y en la situacion mas lastimosa. — ¿Pero cómo?... — La desgracia y la imprudencia me han conducido á este punto: habia juntado dinero y géneros preciosos en América: todo lo embarqué en un navío que ha naufragado: yo, á favor de una tabla, pude arribar á la costa mas cercana, cuyos habitantes me socorrieron. Acabo de llegar á Paris en tan miserable estado como me ves, fatigado del hambre y del cansancio: hasta ahora no habia pedido limosna: no he comido desde ayer: te he conocido cuando estabas paseando, y me he valido del medio que has visto para descubrirme á ti, darte una idea de mi posicion, y excusarte en cuanto fuese posible el sobresalto; en fin, te veo, y espero que me recomendarás á alguno de aquellos ricos amigos que eran de tu sociedad, y sin

duda lo son todavía, á fin de que me proporcionen algun arbitrio para mi subsistencia. — ¡Ah! ¿qué dices? esos amigos de quienes me hablas, y que tanto tiempo me han tenido engañada, son unos viles, unos ingratos y traidores, que me han arruinado enteramenie: estoy tan miserable como tú. — Pues será forzoso que de nuevo nos separemos. — ¡Separarnos! eso no; nunca lo consentiré: si hubieses conservado tus bienes los habrias partido conmigo, ¿no es asi? — ¿Puedes dudarlo? — Pues bien, yo debo partir tus penas, y ayudarte á sufrirlas; los dos estamos miserables; unamos, pues, nuestros esfuerzos para resistir al infortunio, y procuremos del modo posible dulcificar nuestra suerte: desde hoy mismo principia verdaderamente la reforma de mis costumbres: dejémonos de mutuas reconvenciones, que no servirian sino para hacer mayor nuestra desgracia: huyamos del tumulto y corrupcion de las ciudades, trabajemos en cualquiera otra parte para vivir y educar á esta inocente criatura, hija tuya, á quien yo habia inspirado ideas de orgullo y vanidad, que yo misma sabré destruir. Ven á mis brazos, Dumont, y no volvamos á separarnos jamas.

Mucho enternecieron á Dumont las expresiones de Eugenia: llegaron á su casa donde halló algunos vestidos que habia desechado en otro tiempo, y ahora le fueron de mucha utilidad. Eugenia, á quien este repentino golpe infundió mas ánimo y mas juicio, propuso á su marido que vendiesen los pocos efectos que les quedaban; él se conformó con esta resolucion, y verificada, ambos se retiraron á un pueblecillo cercano. Ya tenemos á Eugenia convertida en simple aldeana: ya no la adornan encajes, plumas y demas frivolidades del lujo, pero recibe mayor realce su hermosura; una blanca toca cubre, como al descuido, sus rubios cabellos: un modesto corpiño da mucha mas elegancia y soltura á su esbelto talle: en una palabra, está mucho mas apreciable que ántes: ya no tiene otra pretension que la de complacer á su esposo, que la ha devuelto toda su estimacion; y en tanto que este cultiva una pequeña huerta, que ha formado por sí mismo en un erial, ella va á vender la leche de una vaca que habian comprado, volviendo despues á participar de una frugalísima comida, que ella misma prepara; y por la tarde instruye á su hija en los principios de la virtud, le enseña las habilidades y labores que sabe, y entre los brazos de esta niña y los de su esposo olvida la inconstancia de la fortuna, cuya ojeriza ha experimentado: aun diré mas: estaba contentísima con su nuevo estado, y en su idea le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preferia á todas las vanidades humanas, que tanto tiempo la habian seducido : disfrutaba pacíficamente las delicias de la ternura conyugal y del amor materno; vivia feliz, y no recordaba su anterior estado sino para deplorar sus pasados extravíos

Dichosos moradores de los campos, ¡ cuán envidiable es vuestra suerte ! Para vosotros siempre se levanta el sol puro y sereno; y la aurora os trae la necesidad del trabajo, el apetito y la alegría. Costumbres sencillas, placeres inocentes, satisfacciones hijas de la naturaleza, todo, todo contribuye á haceros felices; ¡ ah ! no envidieis la suerte de los que habitan las ciudades, pues rara vez disfrutan los dos grandes bienes que poseéis vosotros, que son la paz del dia y la tranquilidad de la noche.

Casi un año habia pasado Eugenia entregada á los afanes del campo : ni un suspiro, ni una queja habia salido de sus labios ni de su corazon. Enteramente aplicada á sus ocupaciones, no ambicionaba mas placeres : su esposo y su hija eran para ella los mayores bienes : dulce, buena, sensible y complaciente, se hacia adorar de todas las gentes de su clase, que sabian sus desgracias, y la ayudaban en todas sus necesidades.

Vivia pacífica, sin conocer la ambicion; pero experimentaba cierta inquietud, porque su esposo estaba ausente dias enteros; y cuando le preguntaba qué asuntos le separaban tanto tiempo de su compañía, se disculpaba con que su genio pensador le inclinaba á paseos solitarios, ó con la precision de visitar á algunos amigos; y por último la abrazaba estrechamente para calmar su inquietud. Como Eugenia no era celosa, no sabía á qué atribuir la conducta de su marido; mas por no afligirle contenia su curiosidad. La confianza, la dulzura, la delicadeza, todas las virtudes se ostentaban en su corazon.

Un dia Dumont no volvió : ella le esperó, aunque en vano, para cenar, y pasó la noche entera en la mas violenta inquietud. Amaneció el siguiente dia; se pasó parte de la mañana, y sin parecer su esposo : entregada á mil pensamientos, salió con su hija á recorrer los bosques y los prados, en busca de su marido, y en el camino se le presenta un labrador, que le entrega un billete de parte de Dumont; le abre precipitadamente : y lee las siguientes palabras :

Sigue con nuestra hija al portador, y me hallarás.

Atónita Eugenia, cumplió la órden de su esposo; hizo mil preguntas al conductor, pero este la contesta que tiene órden de no decir nada. ¿Qué significará este misterio? ¿ se la preparará alguna

nueva desgracia Confió la llave de su pobre albergue á una buena vecina, tomó á su hija de la mano, y siguió al labrador, que se obstinó en guardar el mas profundo silencio. Á la entrada de un camino halló una silla de posta que los esperaba : Eugenia subió á ella temblando, y despues de haber caminado mas de cinco horas, paró la silla á la puerta de un soberbio castillo, cuyo conserje, acompañado de otros dependientes, se inclinó con el mas profundo respeto al llegar Eugenia, y le dijo : Aquí es donde está vuestro esposo; le dió la mano para subir por una magnífica escalera, y la condujo por muchas habitaciones hasta llegar á un soberbio salon : tan agitada se hallaba, que no pudo seguir andando, y á no sostenerla se habria desmayado.

Por último, se le presentó un caballero ricamente vestido : Eugenia le miró, reconoció á Dumont, y arrojándose en sus brazos, exclamó : ¡ Esposo mio ! — Ven, le dijo Dumont, reclinándola en un camapé : ven, mujer tan virtuosa cuanto arrepentida; ven á gozar la dicha que te preparan el amor y la fortuna : estás en tu casa ; cuanto ves y mucho mas es tuyo, y de todo puedes disponer á tu arbitrio, como tambien de un esposo tierno y respetuoso, que te suplica le perdones el error en que te ha mantenido. La prueba que quise hacer contigo te ha vuelto toda mi ternura : ambos quedamos muy bien recompensados.

Eugenia que no sabia si estaba despierta ó soñando, exclamó : ¡ Cómo ! este castillo, estos muebles, el parque que he visto, y tantos criados, ¿ son tuyos ? — No, sino tuyos, Eugenia mia : traje de América muchas riquezas; y hablando ingenuamente, desconfiaba de ti; temia tu ligereza, é hice esta reflexion : ella ha disipado su patrimonio en locuras y extravagancias : tambien disipará mi caudal, por grande que sea : entónces me ocurrió la idea de presentarme á tus ojos en traje de mendigo. Durante nuestra morada en la aldea, un amigo de confianza manejaba mis asuntos, compraba en mi nombre várias propiedades : no necesitaba mas que ir á firmar de cuando en cuando, y este era el motivo de mis frecuentes ausencias : por fin, la mudanza de tu corazon y de tus costumbres me ha parecido tan sólida, que no he querido engañarte por mas tiempo. Sí, esposa mia, somos ricos ; juntamente con este castillo y sus tierras adyacentes, tienes dos casas muy buenas en Paris, y otras propiedades que te haré conocer. Toma posesion de tus dominios, y de tu estado rústico no conserves sino las virtudes que has practicado en todo este año.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apénas acabó de hablar Dumont, cuando se presentaron dos camareras con los vestidos que estaban preparados para Eugenia y su hija, á quienes Dumont y todos sus dependientes prodigaban las mas tiernas caricias. Se sirvió despues una excelente comida, y la tarde se pasó en explicaciones y examinar todas las piezas del castillo. ¿Quién podrá referir la alegría de madama Dumont? Amigo mio, decia fuera de sí á su esposo, ¡ qué mutacion ! ¡ qué feliz soy ! ¡ qué esposo tan noble es el mio ! Nunca olvidaré unos procedimientos tan finos, y procuraré merecerlos elevando mi alma hasta la cumbre de la virtud. Cumplió muy bien su palabra, pues continuó siendo un modelo de ternura conyugal y de virtudes domésticas. Como sabía lo que era el campo, amaba á las gentes que lo cultivaban; quiso vivir en su castillo, y por consiguiente no léjos de su querida aldea, haciendo felices á todas las buenas gentes de aquellos contornos. Su hija ha crecido sin apartarse de su vista, y reune todas las perfecciones; con ella voy á casarme : sí, amigos mios ; como hijo de un amigo de Mr. Dumont, he tenido la dicha de agradar á su hija, y obtener de sus padres el consentimiento para nuestra union. Mañana pienso llegar á casa de Mr. y madama Dumont, donde la amistad, el amor y el himeneo deben fijar para siempre mi felicidad. Mucho celebraré que os haya interesado la historia de Eugenia, la cual cuenta sus sucesos con la mayor franqueza, haciendo una sencilla confesion de sus defectos; su hija tiene en ella una viva leccion de moral, para arreglar su conducta con el esposo que se le prepara : ved si seré feliz con una jóven tan bella y virtuosa, y que ha tenido tan buenos ejemplos á su vista.

Gran placer causó á nuestros muchachos la relacion del viajero, y Adela se propuso refrenar su amor propio con la mayor escrupulosidad. Al dia siguiente se despidió el forastero de Palemon, y nuestra familia se entregó á sus acostumbrados ejercicios.

TARDE XXVIII

EL DESPRENDIMIENTO.

El hombre que de cristiano
Se precia, y la caridad
Ejerce sin vanidad,
Nunca abandona á su hermano.
Con esmero sobrehumano
Le remedia en la indigencia;
Y si quizá en su conciencia
De proteccion y favores
Le es deudor, otros mayores
Le prestará su prudencia.

Los rigores del invierno interrumpieron las alegres reuniones del emparrado, sustituyéndolas por las sérias veladas que pasaban dedicados cada uno á aquellos ejercicios y labores que mas convenientes les parecieron. Á la vuelta de la primavera anunció Palemon á sus hijos que apénas el tiempo lo permitiese, volverian á los mismos recreos instructivos del año anterior.

Por fin, una mañana anunció á su familia que aquella tarde habria reunion en el terrazo, y no dejaria de llevar el libro grande, donde ya se leyó la historia del buen Gerardo y su amigo Dulis : en él buscaremos, les dijo, alguna historia moral, pero divertida, que nos entretenga al paso que nos instruya.

Los muchachos hicieron mil extremos de alegría; corren á sus respectivos estudios, pero suspiran por la llegada de la tarde, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apénas acabó de hablar Dumont, cuando se presentaron dos camareras con los vestidos que estaban preparados para Eugenia y su hija, á quienes Dumont y todos sus dependientes prodigaban las mas tiernas caricias. Se sirvió despues una excelente comida, y la tarde se pasó en explicaciones y examinar todas las piezas del castillo. ¿Quién podrá referir la alegría de madama Dumont? Amigo mio, decia fuera de sí á su esposo, ¡ qué mutacion ! ¡ qué feliz soy ! ¡ qué esposo tan noble es el mio ! Nunca olvidaré unos procedimientos tan finos, y procuraré merecerlos elevando mi alma hasta la cumbre de la virtud. Cumplió muy bien su palabra, pues continuó siendo un modelo de ternura conyugal y de virtudes domésticas. Como sabía lo que era el campo, amaba á las gentes que lo cultivaban; quiso vivir en su castillo, y por consiguiente no léjos de su querida aldea, haciendo felices á todas las buenas gentes de aquellos contornos. Su hija ha crecido sin apartarse de su vista, y reune todas las perfecciones; con ella voy á casarme : sí, amigos mios ; como hijo de un amigo de Mr. Dumont, he tenido la dicha de agradar á su hija, y obtener de sus padres el consentimiento para nuestra union. Mañana pienso llegar á casa de Mr. y madama Dumont, donde la amistad, el amor y el himeneo deben fijar para siempre mi felicidad. Mucho celebraré que os haya interesado la historia de Eugenia, la cual cuenta sus sucesos con la mayor franqueza, haciendo una sencilla confesion de sus defectos; su hija tiene en ella una viva leccion de moral, para arreglar su conducta con el esposo que se le prepara : ved si seré feliz con una jóven tan bella y virtuosa, y que ha tenido tan buenos ejemplos á su vista.

Gran placer causó á nuestros muchachos la relacion del viajero, y Adela se propuso refrenar su amor propio con la mayor escrupulosidad. Al dia siguiente se despidió el forastero de Palemon, y nuestra familia se entregó á sus acostumbrados ejercicios.

TARDE XXVIII

EL DESPRENDIMIENTO.

El hombre que de cristiano
Se precia, y la caridad
Ejerce sin vanidad,
Nunca abandona á su hermano.
Con esmero sobrehumano
Le remedia en la indigencia;
Y si quizá en su conciencia
De proteccion y favores
Le es deudor, otros mayores
Le prestará su prudencia.

Los rigores del invierno interrumpieron las alegres reuniones del emparrado, sustituyéndolas por las sérias veladas que pasaban dedicados cada uno á aquellos ejercicios y labores que mas convenientes les parecieron. Á la vuelta de la primavera anunció Palemon á sus hijos que apénas el tiempo lo permitiese, volverian á los mismos recreos instructivos del año anterior.

Por fin, una mañana anunció á su familia que aquella tarde habria reunion en el terrazo, y no dejaria de llevar el libro grande, donde ya se leyó la historia del buen Gerardo y su amigo Dulis : en él buscaremos, les dijo, alguna historia moral, pero divertida, que nos entretenga al paso que nos instruya.

Los muchachos hicieron mil extremos de alegría; corren á sus respectivos estudios, pero suspiran por la llegada de la tarde, que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

debe ser el principio de sus antiguas satisfacciones. Entre tanto llegó la hora de comer, y Palemon se presentó en la mesa taciturno, dando muestras de alguna oculta inquietud; suspiraba, y no podia tomar alimento : los muchachos advirtieron su alteracion, pero respetando el dolor de su padre, no se atrevieron á preguntarle la causa, y se revistieron de una seriedad muy conforme á la melancolía de su padre, pareciendo que el disgusto que le oprimia habia pasado á sus tiernos corazones. Se miraban unos á otros, y temian aparecer indiscretos si aventuraban la mas leve pregunta ; al fin su padre les habló en estos términos :

Hijos mios : os habia prometido emplear una gran parte de la tarde en alguna lectura agradable, pero no puedo cumpliros la palabra, porque no podré acompañaros; procurad divertiros útilmente, que yo quiero quedarme solo en mi cuarto, y entregarme enteramente á mis tristes reflexiones.

Armando se arriesgó á decirle : ¿Pues qué tenéis, padre mio? ¿os ha sucedido alguna desgracia repentina? Esta mañana, y aun ahora poco, estabais tranquilo, y brillaba la alegría en vuestro semblante; decidnos, ¿qué tenéis? Nadie ha venido que haya podido daros una mala noticia. — ¿Nadie, hijo mio? ¿pues el mayoral no me ha traido una carta? — Es verdad, no me acordaba; yo mismo os la entregué; y si hubiera sabido que podia ser causa de vuestro disgusto, no os la hubiera dado. — Hijo mio, perdono tu imprudencia á favor del motivo que la ocasiona : ¡ sustraer una carta á su padre! ¡ qué horror! — Perdonad, porque si yo... — Basta : acabo, hijos mios, de recibir una noticia desagradable, que debo comunicaros; y aun deseo saber vuestro parecer acerca del modo con que debo proceder en este asunto : atended.

Soy hijo de un labrador de corto caudal. Murieron vuestros abuelos cuando, sobre poco mas ó ménos, tenia yo la misma edad que Armando. Recogí mi corta herencia; pero no me bastaba para comprar una granja, y ponerme á la cabeza de una casa : ¿qué habia de hacer en tales circunstancias? trabajar toda mi vida para otros; pero no fué así, pues la Providencia, como á Pedro Devíñes, padre de los tres peregrinos, cuya historia habéis leido, me envió un bienhechor, un segundo padre.

Un dia me hallaba solo en el bosque, y reclinado sobre un árbol pensaba en mi fatal situacion..... pero debo preveniros, que entónces amaba yo á vuestra madre, cuyo padre se hallaba aun mas indigente que yo, por lo que no se podia verificar nuestro enlace.

Este dia, pues, que lamentaba en el campo mis desgracias, un caminante que pasaba á caballo junto á mí, se detuvo á mirarme. Absorto en mis tristes pensamientos, no reparé en él hasta que habiendo desmontado se me acercó á mí, me dió un golpe en el hombro, y me dijo : ¿Qué tenéis, amigo? lo profundo de vuestra melancolía ha llamado mi atencion; he conocido vuestra pena en vuestros suspiros; por eso me he acercado, y quisiera saber cómo siendo tan jóven tenéis ya motivos para los dolorosos sentimientos que indican vuestras lágrimas. — Nada me preguntéis, señor, le respondí; no podéis vos interesaros en mi pena, y mucho ménos remediarla. — ¿Y por qué no? ¿qué sabéis si tengo intencion y medios para haceros dichoso? á no ser que un amor desesperado..... pero en vuestra edad no es regular... sin embargo, si esto fuese, aun se podria..... — Sí, señor; amo, y no puedo alcanzar el objeto de mi ternuna. — ¿La jóven ama á otro? — No, señor; ántes bien corresponde á mi cariño. — Ya, ¿conque vuestro padre será el que?.... — No, señor, soy un miserable huérfano. — Luego el padre de ella es el que se opone. — Sí por cierto; ¡ es un hombre tan codicioso! sobre no dar nada á su hija, quiere que el que sea su yerno tenga mucha hacienda. — Y vos ¿nada tenéis? — Muy poco. — Y cuánto dinero necesitáis para casaros?

Á esta pregunta miré con mas atencion al forastero, como para preguntarle si su intencion era el burlarse de mi desgracia; porque estaba muy léjos de pensar que pudiese ofrecerme la menor suma : entónces me dijo : ¿Por qué me miráis así? ¿os figuráis que sea mi ánimo insultar á los desgraciados? Cuando os pregunto qué necesitáis para obtener la mano de vuestra amada, ¿creéis que es para engañaros, ó para daros aquí mismo neciamente el dinero, sin informarme si merecéis mi proteccion? Amigo mio, yo exijo confianza, y nadie ha dejado de tenerla conmigo

El tono áspero con que pronunció estas palabras me intimidó; conocí que habia ofendido la delicadeza de este hombre, y sin responderle hice un movimiento para retirarme; lo advirtió él y me preguntó : ¿Vivís en esa aldea que se descubre desde aquí? — Sí, señor, le respondí. — Podéis marcharos.

Eché á andar, y él me siguió, llevando su caballo del diestro. Llegámos al pueblo sin habernos hablado una palabra, y á su entrada me preguntó cómo me llamaba : yo que no tenia motivo para ocultarle mi nombre, le dije : Me llamo Palemon, y aquella humilde choza es mi albergue.

Dejóme, y por espacio de algunos dias no le volví á ver; mas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

una mañana que iba á salir á mi trabajo, me dijeron que me esperaba en su casa el notario del pueblo. No sabiendo qué podia querer de mí el notario, dudé si iria á verle; pero al fin me resolví, y quedé sorprendido al hallarle acompañado de mi desconocido, el cual, corriendo hácia mí, me dió un estrecho abrazo, diciendo: Estoy informado de vuestras cualidades, y sé que por ellas sois generalmente estimado en esta comarca: hallándome gravemente enfermo, hice voto de dotar, si sanaba, á un matrimonio virtuoso, y no puedo cumplir esta obligacion mejor que ofreciéndoos veinte mil libras, que hacen la cuarta parte de mis bienes... — ¡Cómo, señor? — Sí, amigo mio; me veia á las puertas de la muerte, y prometí á Dios lo que he dicho; vos seréis el agraciado con mi promesa. El padre de Justina, á quien he hablado, vendrá luego con su hija, y yo haré vuestra felicidad, comprando para vos la granja de los tres olmos, y casándoos con la que amáis.

Aturdido de tan impensado suceso, quedé sin poder pronunciar una palabra y casi sin sentido, entre los brazos de mi bienhechor, cuando se presentó Justina acompañada de su padre, el cual me dió el título de hijo y de amigo. El notario extendió nuestro contrato y la escritura de adquisicion de la granja, que es esta misma que yo he aumentado despues considerablemente; y el forastero, que se llama Mr. Delacour, se despidió de nosotros, despues de haberlo pagado todo, sin querer decirnos ni su estado, ni el lugar de su residencia, para evitar, segun dijo, hasta nuestro agradecimiento, del cual nos dispensaba por no haber hecho mas que cumplir con su obligacion.

¿No es este, hijos mios, un hombre raro? muy pocos se hallan en el mundo que se le parezcan. En fin, vuestra madre y yo no volvimos á saber de él, á pesar de las muchas diligencias que hicimos para ello; y aun permaneceria yo en la misma ignorancia á no ser por la carta que he recibido, que me pone en la mayor consternacion: oid su contenido, y juzgaréis despues segun vuestros alcances.

« Muy señor mio: Creo que no habréis olvidado al hombre ge-
» neroso que os casó dotándoos en veinte mil libras; por esta ra-
» zon debo participaros que ademas de hallarse agobiado con el
» peso de muchos años, y rodeado de cinco hijos que todavía no
» están en disposicion de poder socorrerle, acaba de ser arruina-
» do á causa de una quiebra fraudulenta: su familia está poseida
» del mas intenso dolor: no debo deciros mas sabiendo, como
» sé, la delicadeza de vuestros sentimientos. Venid á verme, y dis-

» pondremos juntos los medios mas á propósito para el alivio de
» mi amigo Delacour, á quien yo nada puedo dar por la estrechez
» en que me hallo. Él no sabe que os escribo, pues he descubierto
» vuestra habitacion y la conducta de mi amigo para con vos, re-
» gistrando sus papeles para examinar si le quedaba algun recur-
» so; pero no tiene ninguno. Una nota de lo que os dió, me ha
» instruido de todo. No dudo de vuestro agradecimiento (pues
» no puede faltar en un hombre tan honrado) como el único re-
» curso de este infeliz. Paris, etc. — *Bertier*. — Calle de Harley,
» núm. 30. »

Me parece, hijos mios, que en semejante caso tengo obligacion de volver á Mr. Delacour las veinte mil libras que me dió. — No hay duda en ello, exclamó al instante el jóven Leon, á quien su padre sonriéndose, dijo: Bien debia yo esperar que este fuese tu dictámen; los artistas y literatos generalmente son desinteresados; pero reflexiona, hijo mio, que no tengo esa cantidad, ni puedo proporcionármela sino vendiendo esta granja, que pensaba dejaros. — Es preciso venderla, padre mio, dijo Adela; las deudas de la gratitud son sagradas. — Poco á poco, contestó Benito, porque ántes es preciso examinar si esto es ó no deuda. — Deuda es, dijo Julio; ¿no es un dinero adelantado?

BENITO.

Dado.

ADELA.

Prestado.

LEON.

Para un hombre como nuestro padre, es un dinero puesto á ganancia.

JULIO.

Adelantado, dado ó prestado, son para mí en este caso una misma cosa, porque Mr. Delacour no debia esta suma á mi padre; y todo lo que se recibe no perteneciéndonos, se queda á deber.

BENITO.

Pues qué, ¿un hombre no puede hacer lo que quiera de su dinero? Conforme se lo dió á mi padre, pudo muy bien enterrarlo.

LEON.

Es verdad, y la tierra le hubiera sido mas agradecida que tú, pues se lo habria devuelto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BENITO.

¡Buen modo de responder! Leon, yo no quiero decir...

ARMANDO.

Todos disputáis, y para ello no consultáis la razon. Si padre lo permite, diré libremente mi parecer, aunque no sea muy del agrado de Adela, Julio y Leon.

PALEMON.

Habla francamente, hijo mio.

ARMANDO.

Pues señor, vos no habéis ido á buscar á este hombre tan digno de estimacion; nada le habéis pedido: él os ha ofrecido, y aun en cierto modo precisado á aceptar en virtud de la legitimidad del motivo que le hacia obrar; él habia hecho un voto, y lo cumplió en beneficio vuestro; no habéis contraido deuda alguna, porque apénas hizo el voto ya aquellos bienes no le pertenecian, y eran patrimonio del que eligiese para entregárselos, que fuistes vos por casualidad. Si Mr. Delacour os hubiese dicho al ponerlos en vuestras manos: Cuando me halle necesitado os los pediré; y vos hubierais prometido entregarlos, en el dia teniais que desprenderos de todos; pero no ha sido así: nada habéis prometido, ni creo que os hubierais atrevido á prometer el restituir lo que los sucesos inciertos podian hacer imposible. El contrato de adquisicion de vuestra granja, ¿contiene alguna cláusula que exprese ser un adelanto, préstamo, ó cosa semejante de Mr. Delacour? ¿os compromete á alguna restitucion? no por cierto: luego en razon y conciencia, á nada estáis obligado sino al agradecimiento regular, y así podéis enviarle los socorros pecuniarios que pudiereis sin arruinar vuestra hacienda: esta es mi opinion.

BENITO.

Esto sí que es hablar: y sin decir cosas picantes: ¿lo oyes Leon?

LEON, *meneando la cabeza.*

Ya lo oigo; pero todo eso me parece mas especioso que verdadero.

PALEMON.

Habla, pues; explícate mas claro.

LEON.

Temo desagradar á mi hermano Armando.

ARMANDO.

No, amigo mio; por nada me resentiré.

PALEMON.

En el exámen de un asunto, cada cual tiene libertad para exponer su dictámen: díme, pues, qué es lo que hallas especioso mas que verdadero en el parecer de tu hermano.

LEON.

Dice Armando que apénas hizo el voto Mr. Delacour, ya no eran suyas las veinte mil libras; pero por eso ¿eran vuestras? no: procurasteis saber la residencia de este hombre generoso; ¿y qué fin os movia á ello? me parece que el de reintegrarle algun dia lo que os habia dado: luego sin duda conociais que esta suma en rigor no era vuestra; y así, el volvérsela me parece un acto de justicia. ¿No os casasteis con este dinero? ¿no habéis triplicado con él vuestra hacienda? Estas solas razones os empeñan mas á la restitucion: los que piensan de otro modo, no conocen la delicadeza, ni recuerdan que deben responder ante el Criador de todos los extravíos de probidad y reconocimiento, y que la ingratitud es el mas vil y despreciable de todos los vicios que caben en el corazon humano.

PALEMON, *sonriéndose.*

¡Mucho se inflama nuestro jóven poeta! pero no piensa que para restituir es forzoso que yo me deshaga de esta granja que amo, que fué mi asilo nupcial, cuna de mis hijos, quienes debian trasmitirla á los suyos como su antiguo paternal albergue. Si no puedo acabar en ella mis dias, conozco que el dolor apresurará mi muerte.

BENITO.

¿Lo oís, señor Leon?

ARMANDO.

Conservadla, padre mio.

ADELA.

Tomad prestado sobre ella, porque es preciso restituir;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PALEMON.

¡Pasaba en ella dias tan felices! me complacia en perfeccionarla; todos sus árboles los he plantado yo mismo.

ADELA, JULIO Y LEON.

Pero debéis veinte mil libras.

PALEMON.

Cuando la muerte, me decia á mí mismo, haya descompuesto mi ser, junto á la cuna de mis hijos se colocará mi sepulcro. Allí, en medio de aquellos empinados álamos, en las orillas de aquel arroyo coronado de sauces, me elevará un monumento la piedad filial; grabarán en él mi nombre, y en cierto modo me hallaré todavía presente en el lugar donde instruí su juventud: ¿y he de privarme de tan dulce esperanza?

ADELA.

Pero ¡aquel anciano, padre mio, aquel anciano indigente!

JULIO.

Se halla enfermo, arruinado, y es muy digno de compasion.

LEON.

Tiene hijos, cuya herencia está en vuestro poder.

BENITO.

Nada tienen aquí que reclamar.

ARMANDO.

Se les puede auxiliar sin arruinarse.

PALEMON.

Mucho me alegro, hijos mios, de la franqueza con que os habéis explicado, pues ella muestra la confianza con que me tratáis. Voy á reflexionar la conducta que debo observar, y correspondiendo á vuestra ternura, os participaré mi resolucion: esta tarde os reuniréis en el terrazo...

ARMANDO.

Pues qué, ¿no estaréis con nosotros?

PALEMON.

Sí, sí; iré un rato; procuraremos distraernos, y tal vez en medio de vosotros olvidaré el nuevo cuidado que causa mi inquietud.

Todos los muchachos á competencia abrazaron á su padre, y despues cada uno se retiró á su respectiva tarea. Palemon se encerró en su cuarto, donde reflexionó sobre la experiencia que habia hecho del modo de pensar de sus hijos, y se proponia dar una nueva leccion á aquellos cuya opinion no le habia gustado: pronto veremos si la de Armando ó la de Leon se llevaron la preferencia.

Á la hora que el padre les previno se reunieron los muchachos, y se preguntaron recíprocamente si alguno de ellos habia visto á Palemon: no ha salido todavía de su cuarto, se respondieron unos á otros. Se miraban inquietos, y no podian entregarse á sus juegos acostumbrados. Iban á pasar una tarde muy enfadosa si Dios no lo remediaba. Por fortuna la buena vieja Marcela se les presentó con un hombre bien vestido, que daba el brazo á una mujer jóven, la cual traia un niño entre sus brazos. Armando preguntó á Marcela quiénes eran aquellas gentes; y esta le respondió: Son unos caminantes perdidos y cansados: no vemos aquí otra cosa: ya no falta sino poner una muestra sobre la puerta de la casa, para que sepan todos que es una posada comun. Poco á poco, Marcela, dijo Leon: sabed que la hospitalidad se convierte en insulto cuando no se franquea con buena voluntad: nada digáis á mi padre, porque está ahora ocupado; despues verá á nuestros huéspedes cuando baje; lo que importa es que les traigáis algun refresco, y les dispongáis cuarto.

Marcela se retiró regañando y diciendo entre dientes: ¡Hola! ¡qué tono toma ya este picaruelo! Armando invitó á los caminantes á sentarse en medio de sus hermanos, y la jóven Adela tomó en su regazo al niño para descansar á la madre, que parecia muy fatigada: el mismo Armando preguntó al hombre: ¿venís de muy léjos? — De Auvernia: hace doce dias que salí de allí con mi esposa y el niño que ella misma cria. No habiendo podido alcanzar el coche público en la ciudad inmediata, hemos resuelto ir á pié hasta el primer pueblo, del que mañana debe salir otro carruaje; pero nos hemos extraviado en el bosque, y sabiendo que todavía tenemos que atravesar otro, viendo acercarse la noche nos hemos tomado la libertad de llamar á vuestra casa, para pedir albergue á vuestro padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y os le concederá gustoso, dijo Leon, y nosotros tambien; porque es una obligacion que nos complacemos todos en cumplir. — Ménos vuestra ama de gobierno. — Es verdad; pero no se la hace caso: á veces es insufrible; algun dia tengo de hacer una sátira contra ella. — ¿Una sátira? ¡hola! ¿conque hacéis versos? —Sí, señor, responde Benito, hace versos; ha dado en esa manía: nosotros tambien los haríamos, pero no queremos ridiculizarnos. —¡Ridiculizarse! contestó el forastero; ¿á la poesía llamáis ridiculez? pues yo no tengo vergüenza de confesar que tambien algunas veces incurro en esa ridiculez. — ¿Conque componéis versos? repuso Leon, lanzando una terrible mirada á Benito. — Algunas veces los hago, amigo mio; pero no es esta mi principal ocupacion. Mi profesion es la pintura. — ¡Oh qué bello arte! ¿y venís de Auvernia? ¿Se pinta tambien en ese país? — Como en todos los demas; y puedo deciros que pintando las bellezas naturales, que abundan en su comarca, encontré á mi querida esposa: sí, amada María, á mis pinceles debo tu posesion.

Entónces los muchachos rogaron al extranjero que miéntras venia su padre les contase cómo se habia hecho su casamiento por medio de la pintura. Convino el extranjero; pero habiéndose presentado Marcela con algunos refrescos, la jóven esposa del pintor pidió licencia para retirarse al cuarto que les estaba destinado, á fin de dar de mamar á su niño y aviarle: salió pues con Marcela; los muchachos rodearon al pintor, que principió su historia en estos términos:

Historia de la familia de Auvernia

Nací en Paris: mi padre, que se llamaba Vertpré Dermevil, no tenia mas hijos que á mí y hacia muchos años que se hallaba viudo. Despues de haber traficado largo tiempo, dejó su primera ocupacion, en la que adquirió bastante riqueza; pero no creyéndola suficiente para establecer á su hijo, se dedicó al cambio de letras. Me dió una esmerada educacion; la música, la esgrima, el baile y el dibujo ocupaban los ratos ociosos que me permitia el estudio de las letras humanas que seguia en una casa de pensionistas. Adelantaba bastante en todo; pero mi carácter melancólico, mi aficion á las maravillas de la naturaleza, y mi inclinacion á la soledad, me decidieron por la pintura, á la que me entregué exclusivamente. No podia sospechar que un arte que cultivaba por gusto, habia de ser algun dia mi único recurso para subsistir, aunque verdaderamente, tales cosas suceden con frecuencia en el mundo.

Tenia veinte años, y no trataba sino de pintar y hacer versos, que eran mis dos inclinaciones dominantes: no pensaba en tomar estadoalguno, ni mi padre me habia hablado de ello jamas; ántes bien, enorgullecido con mis progresos, no hacia sino estimularme á continuar mis ocupaciones. Observé que hacia algun tiempo que estaba muy triste; conocí que le dominaba algun grave cuidado, y un dia me atreví á preguntarle qué era lo que le afligia; pero la respuesta que me dió fué el derramar algunas lágrimas, dejarme y encerrarse en su gabinete. Creí que aumentaria su afliccion con preguntas importunas, y por respeto reprimí mi curiosidad. Como yo pasaba muchos dias y noches enteras pintando ó leyendo, una de ellas, que estaba embebido en las poesías de *Osian*, oí mucho ruido en el gabinete de mi padre, cuyas ventanas se hallaban en frente de las mias. Nada padia ver por estar echadas las cortinas; pero la luz se movia continuamente; se oia el ruido de abrir y cerrar gavetas, de rasgar papeles, y quejarse armargamente. Asustóme su estado, me acerqué á la puerta del cuarto, llamé dándome á conocer, mas no me respondió; por la cual me retiré, resuelto á madrugar para hablarle; pero la fatiga y el desvelo de algunas noches que habia perdido, me sepultaron en tan profundo sueño, que no me desperté hasta las nueve de la mañana, á cuya hora sentí que llamaban á la puerta de mi cuarto.

Abrí y entró Contois, criado de toda nuestra confianza: parecia agitado de alguna grave inquietud; traia un billete en la mano, y me le alargó diciendo: Leed ese papel, y seguidme; abajo tengo dispuestos dos caballos; no hay que perder ni un momento. Tomé temblando el papel, que decia así:

« Várias quiebras fraudulentas, hijo mio, son causa de la mia; » me veo perdido y te confundo en mi ruina: sigue á Contois, » quien te conducirá adonde me hallo. »

Quise volver á leer el billete; pero me lo estorbó Contois, diciéndome: Vamos, señor, que ya están allí... — ¿Quiénes? — Los esbirros, los escribanos, los diablos, ¿qué se yo? toda la caterva de ministros infernales. — ¿Pero adónde vamos? ¿dónde esta mi padre? — Muy léjos de aquí, pero le alcanzaremos.

Y sin tomar mas que las poesías de Osian, que aun estaban abiertas, montámos á caballo y no parámos dia y noche hasta llegar á Moubrin en el Borbones, donde hallé á mi padre, á quien la pesadumbre tenia ya á las puertas de la muerte. Hijo mio, me dijo, en esa cartera hallarás el estado de mis negocios; liquida mis cuentas: nada te quedará, pero tienes talento y sabrás aprove-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

charle... Lo que mas siento, continuó, es mi desdichado... no... no... te avergonzarias de ser hijo mio... y sin decir una palabra mas espiró dejándonos en la duda de lo que podria significar aquel secreto que no pudo desprenderse de sus labios. Volví á Paris, reuní los acreedores, realicé los créditos, satisfice á todos, y vinieron á quedarme poco mas de cien doblones.

Terminados todos mis negocios en Paris, quise visitar el sepulcro de mi padre, y despues me propuse recorrer la Auvernia y tomar de sus montañas los mas bellos paisajes. Estando en la parte mas árida de aquella comarca, un dia se exaltó de tal modo mi imaginacion recorriendo aquellos hermosos puntos de vista, que no advertí que la noche se adelantaba, y ya era bien oscuro cuando recordé que me hallaba en un lugar solitario léjos de la carretera; eché á andar con ánimo de buscar el camino, pero á cada paso me separaba mas de él. Por fin vi una luz, y dirigido por ella llegué á una cabaña que vi abierta, y dentro cinco personas cenando al rededor de una rústica mesa. Un caminante extraviado, les dije, implora vuestra generosidad para obtener un asilo. — ¿De véras? preguntó el amo de la cabaña. ¿De véras os habéis perdido? ¿no traéis armas? Mis armas son estas, dije enseñándole los pinceles. — Querida mia, me parece hombre de bien; vaya, quedaos y perdonad nuestro recelo, porque andan por aquí muchos pícaros, y estamos léjos de poblado: María, trae un vaso; y vos, señor pintor, sentaos á nuestra mesa.

María era su hija mayor, la miré y el amor penetró por primera vez en mi corazon: vedla aquí; ahora es mi esposa.

María, como os iba diciendo, se levantó, y con la mayor afabilidad y modestia me presentó un vaso, y yo me senté en medio de aquellas buenas gentes. La cena fué alegre y luego...

Al llegar á esta parte de la narracion del viajero llegó Palemon, y como advirtió que Vertpré y su mujer estaban fatigados, los obligó á retirarse á descansar, rogándoles se quedasen un dia mas en su casa, á lo que accedieron. El resto de la tarde le emplearon los niños en juegos inocentes á presencia de su padre, quien nada les dijo de lo que habia resuelto acerca del asunto de Delacour.



LA DELICADEZA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXIX

LA DELICADEZA

El hombre de pundonor,
Generalmente apreciado,
Es bien quisto y estimado
Con distinguido favor.
Si algun impío rigor
De la suerte le persigue,
Sobreponerse consigue
Con solo su buen obrar
Y siempre llega á encontrar
Quien sus desgracias mitigue.

Quedóse Vertpré, como habia prometido, y entretuvo la mañana hablando á los hijos de Palemon de las pintorescas montañas de Auvernia y mostrándoles sus dibujos, que se alegraron mucho de ver, porque era materia en que podian dar su voto, y no pudieron ménos de hacer justicia al mérito de su huésped.

Por la tarde continuó este la narracion de sus aventuras de Auvernia, del modo que sigue:

Concluye la historia de la familia de Auvernia.

Luego que hubimos terminado la cena, Santiago, que era el jefe de aquella familia, alto, seco, como de unos cincuenta años, me preguntó: ¿Sois de Auvernia? — No, amigo mio, soy de Paris.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

— ¡ De Paris ! bien conozco esa ciudad ¡ allí fuí aguador mas de veinte años... y me acordaré toda mi vida, añadió suspirando. — ¿ Qué, habéis experimentado allí algunas desgracias ? — Una sola, pero que vale por muchas. — ¿ Queréis contármela ? — Mucho mal me hizo cierto sugeto, muy ingrato fué para conmigo, pero no deshonraré su nombre. No hubiera creido en él semejante maldad. Dios le perdone.

No quise insistir en mis preguntas, felicité á la madre por buen órden en que tenia la casa, por la compostura que observaban á la mesa sus dos hijos pequeños, y sobre todo por la belleza y modestia de María, á quien me pareció no serla yo tampoco indiferente ; mandaron á esta que cantase á estilo del país, y sin hacerse de rogar, cantó lo que vais á oir :

Escúchame, Perico,
un momento no mas,
te diré los amores
de Benita y Colas.
Encontróla en las eras
el dia de San Blas,
y dijo que la amaba
cada vez mas y mas.
Que sus ojos azules,
su gracia en el andar,
y su cara de cielo
loco le volverán.
Y su saya encarnada,
pañuelo de madras,
jubon de terciopelo
y cintas y collar,
Quítanle el blando sueño
y el dulce descansar ;
pónenle cabizbajo
y le hacen delirar.
Al verle tan garrido,
tan majo y tan galan,
prendóse de él Benita,
amóle con afan.
Díjole la muchacha :
si te quieres casar,

dos vacas y un pollino
mi madre me dará.
Concertóse la boda
allá para San Juan,
y en tanto bailan juntos
si hay danza en el lugar.
Y á la fuente por agua
siempre juntitos van,
y á casa de Benita
de noche va Colas.
Ahora díme, Perico,
¿ por qué, como Colas,
á tu amada Maruja
no vienes á buscar ?

Tambien me rogaron que cantase alguna cosa á estilo de Paris, y por complacerlos canté lo siguiente :

¿ Quién resiste al amor cauteloso
Cuando en forma gentil se presenta,
Y beldad natural solo ostenta
Despojada de ornato fastuoso ?
¿ El que huyendo del Dios azaroso
Las ciudades dejar solo intenta,
Y en los campos sus reales asienta,
Piensa incauto salir victorioso ?
Qué, en los montes, los valles, los prados
¿ No hay preciosos semblantes de rosa ?
¿ No hay luceros de vista alevosa
Que nos matan si miran airados ?
Y si afables se bajan templados
¿ Qué no vence su vista amorosa
Si la anima sonrisa graciosa
Que derrita los pechos helados ?

Despues me condujeron á una estancia dónde hallé una aseada cama, y dormí hasta el dia siguiente. Apénas se levantaron en la casa me vestí y quise despedirme; pero se opusieron á mi partida. ¿ Qué prisa tenéis ? dijo Santiago ; permaneced entre nosotros algunos dias, y dibujaréis cuanto os acomode; el pais no es hermoso por aquí, pero iremos á San-Flour donde la naturaleza se os-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tenta en toda su belleza; yo os acompañaré, y tambien mi hija María, que es una buena muchacha á quien ya hubiera casado, ¡ pero son aquí tan pobres las gentes de nuestra clase ! — ¿ Y vos, Santiago, sois rico? — No por cierto; ¿ pues si yo fuera rico exigiria que lo fuese mi yerno? Pero si yo nada tengo ni mi yerno tampoco, mi hija, que es lo que mas me importa, no puede ser feliz... Conque ¿ os quedáis ó no?

La filosofía natural de este hombre me agradaba ; ningunos negocios me acosaban, y como por otra parte María habia hecho tan profunda impresion en mi alma, resolví quedarme algun tiempo entre aquellas buenas gentes. Todos los dias salia á recorrer la comarca, acompañado de Santiago ó Luis su hijo, ó de María que era lo mas comun. Estuve así ocho dias; despues me rogaron permaneciese otros quince, y yo no sabía separarme de tan apreciable familia. Me interesaba tanto principalmente la buena María, que consultando seriamente con mi corazon, vi que estaba perdidamente enamorado de ella: si reflexionaba sobre mi situacion ¿ podia prometerme alguna brillante alianza yo, pobre huérfano, sin parientes, sin amigos y condenado por el deshonor de una quiebra á una perpétua oscuridad? María era jóven, bella, virtuosa; yo la amaba; si ella me correspondia y el padre daba su consentimiento, ¿ por qué me habia de avergonzar de enlazarme con unas gentes honradas?

Un dia que yo estaba entregado á estas reflexiones, se acercó á mí María y me dijo : ¿ Qué tenéis? parece que derramáis algunas lágrimas. — Sí, María, lloro y vos sois la causa. — ¿ Yo ? ¡ Dios mio ! pues á mí me sucede algunas veces lo mismo. — ¿ Y seré yo quien haga derramar esas lágrimas? os habré desagradado ? — No por cierto; si fuera así no lloraria : y yo ¿ os he dado algun disgusto ? — Al contrário, no hay cosa que yo ame mas en el mundo. — Yo no habia amado nunca, y ahora amo demasiado. — ¿ Á vuestros padres y hermanos? — Eso por supuesto; pero tambien se puede amar á un amigo... y viéndoos me parece que tengo un hermano mas... un... — ¿ Un esposo? — Puede que sí. — ¿ Queréis ser mia? — Con todo mi corazon. — ¿Y vuestro padre? — Quiere que sea feliz y le diré que no puedo serlo sin vos.

María era franca y sencilla como la naturaleza, y cuando llegó Santiago, dejando aparte toda timidez, le dijo : — ¿Me amáis, padre mio? — Ya lo sabes. — ¿No me habéis prometido un esposo? — Cuando encuentres un hombre digno de tu amor. — Pues ya le he encontrado, presente le tenéis. — Muchacha ¿ esta en tu

juicio? ¿Crees que el Sr. Vertpré quiera desacreditarse? — ¡ Desacreditarme ! exclamé yo; señor Santiago, ¿ es posible que me atribuyáis un orgullo que no tengo? — Pero nosotros no somos mas que unas gentes... — Muy honradas, á quienes yo amo y respeto. — Pues bien, vamos al caso : ¿ os agrada mi hija? — Sí. señor; infinito. — Bueno, eso es lo principal : otra cosa... vuestra familia... — Soy solo, no tengo padres ni parientes, ni mas amigos que vos, si queréis serlo. — Lo que es amigo siempre; pero ántes de ser suego quiero que sepáis mis intenciones. Ya os dije el otro dia que soy pobre y queria que mi yerno trajese algun poquito de dinero. — ¿ Y cuánto sería bastante? — Si tuvierais siquiera cien doblones... — Pues justamente los tengo : contad, Santiago, la cantidad que hay en ese bolsillo.

Santiago contó el dinero, lo volvió á poner en el bolsillo y me lo devolvió diciéndome que mas adelante me diria los motivos que tenia para exigir precisamente esta cantidad. En seguida abracé á mis nuevos parientes; quedó aplazada la boda para de allí á tres dias, y todos se ocuparon en hacer los preparativos necesarios. Santiago me llamó aparte, y haciéndome sentar á su lado, me rogó le escuchase atento.

Nací, me dijo, en esta pobre cabaña, que perteneció á mi padre, el cual, habiendo enviudado, me envió á Paris, donde al principio me ocupé en hacer recados y despues me hice aguador, consiguiendo tener muy buenos parroquianos en el arrabal de San German. Vine á mi tierra, me casé y despues volví á Paris, haciendo casi todos los años un viaje á mi querida Auvernia para traer parte de mis ahorros ; no todo, porque mi anhelo era reunir una cantidad suficiente para retirarme al seno de mi familia. ¡ Dios sabe cuánto trabajaba para esto, porque eran muchas mis tareas ! Al fin, llegué á reunir la cantidad de cien doblones.

Un dia entré en casa de un parroquiano, hombre honrado, á quien yo amaba porque aunque poderoso no tenia orgullo, me daba siempre tabaco y hablaba conmigo. Este hombre estaba triste; le pregunté la causa, y á fuerza de instarle á que me la dijese, me confesó que á consecuencia de una quiebra de un corresponsal suyo, estaba arruinado, que tenia que hacer aquel dia algunos pagos y carecia absolutamente de fondos para verificarlo. Entónces yo, conociendo su hombría de bien y persuadido de que cuando pudiese cumpliria conmigo noblemente, saqué mi bolsa con los cien doblones que tenia en oro, y le precisé á aceptarlos á pesar de su obstinacion. Unos dias despues vine á mi tierra, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cuando regresé á Paris y fuí á casa de aquel hombre, me encontré con que habia hecho quiebra y se habia ausentado de la capital, sin que se supiese el paradero de él y de un hijo que dejó. Quise reclamar; pero como no tenia ningun documento que acreditase la deuda, me aconsejaron no hiciese tal cosa, porque sería en balde. Entónces, viéndome ya sin fuerzas para el trabajo, me retiré á mi país y resolví no casar á María sino con uno que trajese en dote los cien doblones que yo habia perdido. Al fin lo he hallado, por lo que me considero dichoso de haber tenido tal inspiracion.

Durante la narracion de Santiago habia yo experimentado ciertos presentimientos inexplicables, y terminada que fué, rogué á Santiago dijese quién era el sugeto que tan mal habia procedido con él: se resistió, porque aunque le habia perjudicado no queria deshonrar su nombre. Tantas instancias le hice que al fin, suplicándome no saliese de mis labios, como tampoco volveria á salir de los suyos, me dijo que aquel hombre se llamaba Mr. Dermevil y era negociante.

Al oir este nombre perdí el color y quedé confundido sin articular una palabra: era mi padre el que habia arruinado á Santiago. Mi padre se llamaba como yo Vertpré Dermevil; pero era conocido bajo este último nombre, y á mí generalmente me llamaban solo Vertpré. Los cien doblones pertenecian á Santiago y yo debia renunciar á mi felicidad. Tomé, pues, mi resolucion y la llevé á cabo: salí de la casa, y encontrando á Luis, hermano de María, en el camino, hice que me acompañase hasta la próxima poblacion, que solo distaba média legua: entramos en una posada, y pidiendo tintero y papel escribí á Santiago la siguiente carta:

» Vuestra confianza, Santiago, me ha hecho infeliz. Vos ignorabais que estabais hablando con el hijo del desgraciado Dermevil, orígen de vuestras penas. Bajo este supuesto, considerad si debo aspirar á la mano de María. No tengo nada, y me veo envilecido á vuestros ojos. Os envío los cien doblones, única cantidad que creí me pertenecia: os la restituyo, y me ausento para siempre. Á Dios: consolad á María, á la que nunca dejaré de amar, y buscadla un esposo que sea mas digno de ella y de vos, que — *Vertpré Dermevil.* »

Cerré esta carta y la entregué á Luis juntamente con el bolsillo, regándole lo pusiese todo en manos de su padre.

El muchacho marchó y yo quedé en la posada entregado á las mas tristes reflexiones. Así pasé el resto del dia, y la noche, que era de las mas apacibles, me sorprendió en la ventana de mi habitacion contemplando el majestuoso aspecto de la naturaleza. Ya hacia algun tiempo que me hallaba de este modo, cuando siento los pasos de un caballo, y poco despues veo un hombre montado con un muchacho á la grupa. Eran Santiago y Luis que venian en busca mia.

¿Has podido pensar, me dijo, que no sabria yo apreciar tu modo de proceder? ¡podias haberte casado con María y guardado tu dinero, y no lo has hecho prefiriendo á tu gusto el honrado proceder! ¡Este rasgo me ha complacido en extremo! ven, Vertpré, María te espera llorando á mares, y todos desean verte. — ¿Permitiréis que me case? — ¿Por que no? mi plan en nada ha variado.

Por fin, llegamos á casa, donde fuimos recibidos con la mayor alegría; dos dias despues se verificó nuestro enlace. Luego pasé á Clermont donde gané algun dinero que entregué á Santiago, pues no puedo permitir que vuelva á emprender trabajos superiores á sus fuerzas, y en la actualidad voy á Paris, donde espero ganar lo suficiente para sostener con decencia las presentes obligaciones y remitir á los padres de mi esposa una pension para que se mantegan con desahogo y den educacion á los otros dos hermanos.

Terminada la relacion de Vertpré, pasaron todos al comedor, donde cenaron con la mayor alegría.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXX

EL TALENTO

Disípanse los caudales,
Gástase la plata y oro;
Mas de la ciencia el tesoro
Y sus dones celestiales,
Enriquece á los mortales
Con bienes tan verdaderos,
Que siendo imperecederos
Ledan nobleza, esplendor,
Popularidad, honor,
Brillo, grandeza y dineros.

Vertpré y su mujer partieron á la mañana siguiente: los muchachos se reunieron al tiempo del desayuno: Palemon no concurrió por estar ocupado en su gabinete. La historia de la tarde anterior les suscitó mil reflexiones acerca de la restitucion de las veinte mil libras que su padre habia recibido de Mr. Delacour. ¡El jóven Vertpré, que no se creyó propietario de los cien doblones que habia recogido de la sucesion de su padre! ¡este hombre virtuoso que lo abandonó todo, hasta su mismo amor, por restituir una cantidad en el instante en que supo que no le pertenecia! Todo esto ocupaba los discursos de nuestros jóvenes, y les hacia mirar las cosas con mucha delicadeza. Armando fué el primero que mudó de opinion, y dijo á Benito: ¿Sabes que desde ayer pienso de distinto modo acerca del asunto de papá? Ahora

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

me parece que efectivamente debe restituir la suma á Mr. Delacour. — Pues yo no estoy tan convencido como tú. Si piensas así por lo que ayer oiste á Vertpré en órden al dinero que volvió á Santiago, el caso es muy diferente. — No tanto. — Absolutamente diverso; el dinero de Vertpré era rigurosamente un prés. tamo, y el de papá una liberalidad de Delacour. — Pero cuando el que ha hecho el don se halla tan necesitado... — Es cierto que tambien á mí me ha conmovido el exceso de delicadeza de Vertpré... — ¡ Exceso de delicadeza ! exclamó Leon; nada tiene de excesivo su proceder; el padre habia abusado de la confianza y bondad de un hombre honrado, y el hijo estaba obligado á la reparacion. Así es como yo pienso; y en el caso presente, si yo fuera hijo único, y perdiese á mi respetable padre, la primera cosa que haria seria el volver á Mr. Delacour ó á sus hijos las veinte mil libras. — Benito replicó con una sonrisa irónica: ¿ Y si no tuvieras otra cosa ? — Seguiria el ejemplo de Vertpré, que no tenia mas que sus tristes cien doblones. — Pero este efectivamente era deudor. — Nosotros tambien lo somos. — No. — Sí. — Para convenirnos, dijo Armando, dejemos á un lado la legitimidad de la deuda, y atendamos solo á lo que nos dictan el honor y la delicadeza. En hora buena, contestó Benito; pero Leon siempre la echa de entendido. — Discurriendo segun nuestro corazon, repuso Armando, conoceremos que en nuestro interior resuena una voz que nos grita: volved al indigente lo que os dió en su prosperidad. — Es verdad, exclaman á una voz los muchachos; y Armando prosigue: sin duda es cosa dura el despojarse uno de lo que legitimamente le pertenece, reducirse á un estado miserable, perder el fruto de sus trabajos y la esperanza de todo establecimiento. Por ejemplo, será preciso algun dia casar á mi hermana; no se puede verificar esto sin dotarla; ¿ y cómo se ha de hacer ? — ¡ Oh ! interrumpió Julio, no hables de eso; Adela tiene suficiente dote en sus gracias y virtudes. — ¡ Qué galante está el señor Julio ! dijo Benito; y Armando le repuso con dulzura: la galantería de Julio está fundada en el mérito de mi hermana; pero aun suponiendo que esta no necesite de dote, quedamos por establecer cuatro varones; digo cuatro, porque Julio es hermano nuestro, y debe entrar á la parte de todos los bienes. Sobre todo á mí, que como mayor debo casarme el primero, no me será muy agradable el ser mozo de granja, en vez de ser dueño de ella, y casarme... con una mujer cualquiera, que no tenga nada. — Lo mismo me sucederá á mí, añadió Benito, si se restituye toda la

suma. — Pues á mí, dijo Leon, no me faltan talentos: de lo demas no hago caso. — ¡ Bellos talentos ! contestó Benito, meneando la cabeza: este, porque hace malos versos, piensa que tiene toda la discrecion de la familia, y... — Benito, dijo Armando con seriedad, tú siempre serás maligno y envidioso; no gustas sino de herir el amor propio de tu hermano Leon; es una bajeza, y mucha dicha tuya que no te haya oido padre: ¿ se te ha olvidado ya la reclusion que pasaste en compañía del carbonero ? Pues procura no dar motivos para volver á ella; pero dejemos esto, y decidme si queréis que vayamos al cuarto de padre á decirle que Benito y yo hemos mudado de opinion, decidiéndonos por la de Adela, Julio y Leon. — Vamos al instante, dijeron los otros cuatro, y Benito añadió: Nosotros nos casaremos como podamos: si padre vende la granja, nos quedaremos sin nada y nos casaremos con aldeanas. — Sí, con aldeanas, respondió tristemente Armando; porque mi padre quiere que sea labrador como él; bien podéis acordaros de que me impuso esta ley el dia que fuimos á comer á Mamonville.

Los muchachos subieron al gabinete de Palemon que por entónces no estaba allí; pero no tardó en volver, y pareció admirarse de aquella reunion con visos de embajada, aunque desde luego conoció su objeto. Sentaos, hijos mios, les dijo, afectando inquietud, como procurando leer su intencion en sus semblantes.

Padre, dijo Armando, Benito y yo venimos á confesaros que ayer no acertámos en oponernos al modo de pensar de nuestros hermanos; y yo he conocido que las razones que di en favor de mi opinion no eran bastante sólidas. — ¿ Sobre qué asunto ? preguntó con mucho disimulo Palemon. — Sobre la carta que recibisteis y el estado infeliz de Mr. Delacour, vuestro digno bienhechor. Volvedle, padre mio, volvedle las veinte mil libras, aunque sea necesario venderlo todo. — Eso no, una parte del valor de esta granja bastaria para satisfacerle; ¿ pero quién os ha obligado á mudar tan pronto de dictámen ? — La delicadeza de Vertpré, y el haber reflexionado con mas juicio. (*Palemon disimuló su alegria.*) Es cierto que la conducta de este jóven respecto del buen Santiago, es muy digna de elogio, aunque lo exigian el honor y la probidad. — Mucho celebro que vuestra opinion sea tan conforme á la mia: ya no debo ocultaros que desde el momento en que recibí la carta de Bertier, resolví la restitucion de toda la cantidad; sin embargo, he exigido vuestras opiniones; me las habéis dicho con franqueza, y he estado muy léjos de enojarme contra los que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

se han opuesto á mi dictámen· ahora me sirve de mucha satisfaccion que los seis pensemos de un mismo modo ; y que la delicadeza no encuentre infractor alguno en el seno de mi familia. Por lo demas, hijos mios, vivid tranquilos sobre el resultado de este asunto, que terminará sin que mi hacienda padezca alteracion particular ; nada venderé (*Armando y Benito se sonrien*) : acabo de recibir una cantidad que la tenia como perdida ; toda la suma está preparada ; al instante voy á enviarla á casa de Bertier, amigo de Mr. Delacour, por medio de Miguel, el labrador vecino, que hoy mismo sale para Paris, y es hombre de toda confianza : conque ya este es negocio concluido.

Palemon abrió una gaveta, y al lado de muchas letras de cambio, mostró á sus hijos algunos rollos de luises con los que habia completado el importe de la deuda. Armando y Benito suspiraron viendo que aquel oro iba á salir de la casa. Palemon los miró y penetró su pensamiento : cerró la gaveta, y dijo : Ahora que todo está arreglado, no pensemos, hijos mios, sino en el placer que Mr. Delacour experimentará por haber favorecido en otro tiempo á un hombre honrado. Este oro va á restituirle la vida, así como él me hizo á mí el mas feliz esposo y el mas afortunado padre.

Abrazaron los muchachos á Palemon, el cual añadió : Hoy está el dia apacible : vamos á que nos dé de comer Mr. de Versevil, que ha comprado el parque y castillo del marqués Defort, cuya muerte funesta ya os he referido. Versevil es un hombre de excelentes costumbres ; le debo una tierna amistad, y repetidas veces me ha encargado que con toda franqueza fuese á comer en su compañía ; hoy quiero aprovecharme de sus corteses ofertas. Id, hijos mios, á disponeros : dentro de dos horas partiremos, porque su castillo está tan cerca que se descubre desde estas ventanas.

Retiráronse los muchachos muy alegres con esta intermision de sus ordinarias tareas. Armando parecia el mas contento, pero ignoraba que esta diversion se reduciria principalmente á darle una severa leccion ; porque Palemon sabía que su hijo mayor temia no tener bastantes bienes para contraer un casamiento ventajoso : deseaba una mujer rica, y se avergonzaria de casarse con una simple labradora. Era preciso reducirle á ideas mas sanas, y siempre por medio del ejemplo. ¡ Oh padre respetable y hombre sensato, que sabes educar tan bien á tus hijos ! ¡ cuánto me complace el ser tu historiador !

Pareciales á los muchachos que tardaba mucho en llegar la

hora de la marcha. Suspiraban por este feliz momento, y creian que el tiempo se paraba de intento para mortificarlos. Por fin, Palemon toma su baston y su sombrero, y parten... Pronto llegaron al castillo, á cuya puerta hallaron á Mr. de Versevil, que dijo á Palemon del modo mas afectuoso : Sin duda venís á comer conmigo, vecino mio ; ¡ cuánto os agradezco el que os presentéis con esta familiaridad ! ¿ son estos vuestros hijos? Parecen muy amables ; esta señorita tiene mucha gracia, y vuestro hijo mayor ya es hombre hecho. Á la verdad, me causa grande satisfaccion la visita, pues esta tarde espero á mi yerno, que ha ido á ver á su padre, y debe volver con su esposa y su hijo; porque, amigo mio, ya hace un mes que soy abuelo : mi hija ha ido á presentar el niño á su suegro, y esto es muy natural ; los veréis ántes de salir de quí ; entre tanto me haréis compañía.

Nuestros muchachos celebran el buen recibimiento de tan gran señor, y Palemon le da mil gracias por tantos favores. Hablan, rien, juegan, se pasean en el parque, visitan todo el castillo, y despues se sientan á una mesa poco suntuosa, pero donde reina la franqueza. Al fin de la comida Palemon preguntó á Mr. de Versevil : Señor conde, ¿ es acaso el padre de vuestro yerno algun caballero de las cercanías ? porque m e parece haberos oido decir que sus tierras estaban poco distantes de las vuestras. — ¿ Sus tierras ? amigo, creo que nunca os he hablado de eso ; á lo ménos no lo tengo presente. El padre de mi yerno tiene á la verdad alguna haciendilla, pero ni es rico ni caballero. — ¡ Bueno ! — ¿ Pues qué, no os he contado su historia? — No, señor. — Perdonad, porque... — Os protesto, señor conde, que nunca me habéis hablado de ello. He oido decir que vuestra hija se habia casado, pero nada mas. — ¿ Conque no sabéis que la he casado con el hijo de un pobre labrador ? — ¡ Un pobre labrador ! lo ignoraba. — Pues es preciso que lo sepáis, para que tengáis mas gusto de ver á mis jóvenes cuando vuelvan. Tomemos primero café ; despues iremos todos á sentarnos en el parque, donde os referiré las particularidades de este raro matrimonio.

Ya estaban los muchachos impacientes por saberlo todo ; especialmente Armando, á quien le chocaba mucho la alianza de un labrador con tan ilustre caballero. Fueron por fin al parque, y sentados bajo un frondoso cenador, Mr. de Versevil refirió lo siguiente :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Historia del jóven Ledoux

Soy el mayor de tres hijos de una de las principales familias de Picardía. Mi padre fué mariscal de campo, y teníamos bastante proteccion para adelantar en la milicia. Juntamente con mis hermanos seguí largo tiempo la guerra: hasta que hechas las paces me retiré del servicio y me casé. Fué mi esposa la hija del señor de Labriche, que me hizo feliz y padre de una niña. Habiendo tenido la desgracia de perder á mi esposa cuando aun era muy pequeña mi hija, resolví mantenerme viudo toda mi vida, por no perjudicar á mi Eugenia, que crecia á mi vista en gracias, talentos y virtudes. Era muy instruida y hábil en todo cuanto emprendia; pero de genio taciturno, lo cual me disgustaba algunas veces. La veia insensible á los placeres de su edad, por mas que yo procuraba multiplicarlos para hacérselos agradables. Preferia la soledad, la música y los libros á los bailes, espectáculos y brillantes concurrencias. Muchas veces que le argüia sobre esta especie de vida solitaria, me contestaba: Todos los hombres que veo me parecen falsos y lisonjeros: los jóvenes son fatuos, y presuntuosos; las mujeres malignas y murmuradoras; las piezas del teatro por lo regular insulsas, y los bailes un vértigo de locura. Mas quiero conversar con Bufon; sus héroes no tienen los vicios de los hombres; y sobre todo la sociedad de mi padre es para mi corazon mas grata que todos los vanos placeres del mundo.

Con este modo de pensar presumia yo que sería muy difícil casarla. No queria ver gentes, y juzgando á los hombres con tanta preocupacion, la era imposible elegir entre ellos. Yo no queria violentar su inclinacion, y ella me decia que su ánimo era vivir sola conmigo hasta el fin de mis dias. Esto me desesperaba, porque mi mayor anhelo era verla esposa y madre. Para lograrlo hice el último esfuerzo en Paris, donde á la sazon nos hallábamos. Di un convite, en que procuré reunir cuantos jóvenes apreciables se hallaban en la corte. Tuve cuidado de decir á mi hija los nombres y pretensiones de cada uno de ellos, y hasta sus aventuras galantes, siendo de aquellas que se pueden referir á una jóven bien educada. Muchas veces, decia yo para mí, la relacion de estos lances, los celos, y la envidia ó el amor propio, exaltan y encienden la imaginacion de una mujer. La felicidad de un padre suele consistir tal vez en uua vanidad ó capricho pueril de sus hijos; pero todo fué inútil con Eugenia, y ninguno de mio

brillantes actores hizo impresion en aquella por quien se representaba esta comedia.

Cansado de tanta frialdad, la reprendí severamente; pero me desarmó con tantas razones y pruebas de su ternura para conmigo, que al fin resolví no volverle á hablar de este asunto.

Estábamos hácia el fin del último estío: lo apacible de los dias y los trabajos urgentes y provechosos del otoño nos llamaban á este castillo, que habia comprado de los herederos del desgraciado marqués Defort. Nos pusimos en camino para venir á tomar posesion, y mi cochero, que nunca habia estado en Versevil, se extravió en un bosque que está á seis leguas del castillo; yo iba hablando con mi hija, y no lo advertí hasta que cerró la noche; entónces eché de ver por la tardanza nuestro extravío. Para mayor sentimiento, conocí que el sitio en que nos hallábamos era desierto y aun peligroso, y que en cuatro leguas al rededorno se hallaba sino una quinta aislada, y esta distaba todavía dos leguas del camino que seguíamos. No quise comunicar mis temores á Eugenia, y sin reprender demasiado al cochero, le encargué que parase en la primera habitacion que hallara á la derecha. Mi ánimo era pedir hospitalidad al dueño de la casa, aunque no le conocia, porque no me atrevia á continuar caminando á tales horas por caminos que no se podian distinguir con exactitud. Eugenia, sintiendo como yo la tardanza, aprobó mi parecer, y á las once de la noche llegámos á la quinta, que mirámos como un magnífico albergue. Aunque era tarde, me pareció que habia luz en un cuarto, cuyas ventanas entreabiertas daban sobre el camino. Esto me aseguró de que no todos los de la casa dormian, y llamé á la puerta. — ¿Quién está ahí? me gritaron de la parte de adentro. — Unos caminantes extraviados. — Aquí no se recibé á nadie. — Abrid, por favor, y veréis quiénes somos. — Algunos pícaros, sin duda, que á estas horas cometen mil atentados. — Una señorita y su padre ¿pueden causaros recelos? — Dejadnos dormir, ó si no soltaré los perros. — Con esta amenaza iba ya á retirarme, cuando otra voz dijo: Pedro, para despedir las gentes no es necesario desvergonzarse.

Pedro, á quien reprendian justamente por habernos injuriado, calló, y no volví á oir nada. Persuadido de que el que reprendia era de condicion mas dulce, y que podia ser el dueño de la casa, me atreví á llamar de nuevo. Entónces las ventamas se abrieron del todo, y vi que se asomó un respetable anciano, el cual me preguntó qué se me ofrecia. Se lo dije; examinó cuanto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pudo mis gentes, coche, etc., y mandó al instante á Pedro que abriese.

Hízolo este de mala gana, y el mismo amo bajó á recibirnos. Perdonad, me dijo, la necedad de mi criado; su desconfianza no es de extrañar, porque andan muchos ladrones por estos campos. Entrad, entrad, y sed muy bien venidos. Habia proporcion para acomodar el coche y los caballos, y mis dos criados quedaron al cuidado de Pedro. Mi hija y yo seguimos al labrador á una sala baja, y allí me di á conocer á este buen hombre, que quedó aturdido de hospedar en su casa al conde de Versevil, de quien habia oido hablar repetidas veces. En tanto que por sí mismo disponia una cena frugal sobre una rústica mesa, le supliqué me dijese su nombre, á fin, añadí, de conocer á un sugeto á quien debia tan particular favor. — Yo, dijo, me llamo Guillermo Ledoux. —¿Tenéis mujer? — Quince años há que estoy viudo; ¡perdí á mi pobre Magdalena! ¡qué mujer! — ¿Y tenéis hijos? —? Sí, señor; tengo uno, que me hace el mas feliz de cuantos padres hay en el mundo; porque yo creo que los muchos hijos no hacen la dicha de los padres, sino sus cualidades; uno bueno basta para mi felicidad. — Tenéis razon, continué yo, mirando con ternura á mi hija, que me abrazó: ¿y es varon? — Sí, señor, y todo el consuelo de mi vida. — Le casaréis pronto, porque en vuestra edad ya es preciso descansar. — ¡Casarle! si no quiere; dice que miéntras yo viva no quiere mas compañía: ¡oh! es una especie de lo que en las ciudades llaman un fi... fi... fisolofo. — Un filósofo querréis decir. — Cabalmente: ¿os reís, senor condé? pues á fe que si le conocierais..... no penséis que es un labrador ignorante como yo, que no sé leer ni escribir; no por cierto: sabe música, pinta, y lee unos librotes... pero no por eso es soberbio con su padre.

La cena estaba preparada; pusímonos á la mesa, y en tanto que comíamos, el buen Ledoux, que echaba un trago de cuando en cuando, porque ya habia cenado, estaba tan contento de que le hablásemos de su hijo, como de la mayor satisfaccion que pudiera recibir. Es preciso que sepáis, añadió, que mi hijo tenia siete años cuando murió su madre, que hace ahora quince; y entónces dije para mí: no quiero que mi hijo sea tan ignorante como yo. Aunque no soy rico, tengo lo suficiente para darle alguna educacion; porque creo que esto es lo primero que deben hacer los padres. Le envié á Paris á casa del dueño de esta quinta, la que despues compré. Aquel señor, que gustaba mucho de mi pequeño Eusebio, le puso en un colegio; allí aprendió

mil cosas, y hubiera adelantado mas á vivir su protector. En tanto, yo adquirí lo bastante para comprar esta posesion; le traje á mi compañía hace tres años, y desde entónces no se ha separado de mí ni un instante; pero no toma el arado, eso no. Lee, escribe, pinta y hace mil habilidades; sin embargo, me quiere tanto, que cuando me ve trabajar demasiado en el campo, viene, me quita la azada de la mano, y me ayuda mas que un jornalero que no hubiera hecho otra cosa en toda su vida: cuando llega el tiempo de la sementera, sale todos los dias al campo conmigo, aunque á mí no me gusta, y le hago retirar muchas veces, porque es muy delicado para este trabajo. — Pero, Guillermo, con la brillante educacion que habéis dado á vuestro hijo ¿no deseáis que algun dia os suceda en el oficio, y sea labrador como vos? — En esto hará lo que quisiere; yo no le violentaré; pero creo que nunca abandonará la herencia de su padre: tomará criados que le ayuden. ¡Tiene una condicion tan dulce! nada le divierte tanto como los libros. — Quisiera yo ver á ese jóven, dijo Eugenia con bastante viveza, é impelida de cierto interes cuya causa ignoraba. — Á la verdad, señorita, respondió Guillermo, no es cosa muy difícil: os llevaré á su cuarto, porque no se acuesta hasta muy tarde, ocupado en sus estudios. Mi hija se puso como una grana con la respuesta de Guillermo: me miró, y leí en sus ojos que me pedia perdon de su ligereza. Yo tambien deseaba conocer á un jóven tan elogiado de su padre; y apoyando el deseo de Eugenia, dije al labrador: Pues bien, Guillermo, si no le molestamos, hacednos el favor de presentarnos á él, y le diremos cuán obligados quedamos á vuestra hospitalidad. — Pues, señores, no hay mas que subir esta pequeña escalera.

El buen viejo, embelesado, tomó la luz, echó delante, nos condujo al piso mas alto, y deteniéndose junto á una puerta, dijo: ¿Te has acostado, Eusebio? — No, señor. — Pues abre, que te traigo una buena compañia. Abrió, y quedámos atónitos al vernos en una estancia adornada con el gusto mas exquisito: el jóven era un modelo de gallardía, cortés en gran manera, y modesto hasta lo sumo. Estaba vestido de un sobretodo muy bien hecho; cuanto veíamos anunciaba en él la educacion mas fina. Nos saludó, y tomando la mano á Guillermo, le dijo: ¿Pues cómo, padre mio, no os habéis entregado al descanso todavía? — Ya sabes que duermo poco; y por eso ando por abajo haciendo tiempo, y pensando en ti, que es lo que mas me divierte.

Eusebio nos suplicó que nos sentásemos en un canapé; lo hici-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mos, y entre tanto cerro apresuradamente algunos manuscritos, en los cuales, al parecer estaba trabajando. Guillermo le contó nuestra llegada repentina, y le dijo mi nombre : él abrazó á su padre alabando su buen corazon ; luego, dirigiéndose á mí, me dijo : Señor conde, mucha felicidad es para nosotros el que la casualidad nos haya proporcionado el honor de hospedaros. No encontraréis aquí las comodidades á que estáis acostumbrado ; pero sí el respeto y todas las atenciones que merecéis... — ¿ Qué tal ? interrumpió Guillermo ; ¿ no es una alhaja el muchacho ? ¿ por qué no enseñas á estos señores tu librería ? — Ya la veo, dije yo, por cortar las sencilleces de Guillermo : ¿bien tendréis aquí unos quinientos volúmenes ? — Dos mil hay, respondió Eusebio con mucha dulzura. — Tambien hay dibujos y cuadros, que me parecen... — Son suyos, señor ; él los ha hecho, dijo muy alegre Guillermo. — ¿ Conque tambien pinta ? añadió Eugenia. — Un poco, señorita ; pero mis obras tendrian mucho mas mérito si copiase las gracias que os adornan.

Avergonzóse Eugenia, y yo me levanté para examinar los cuadros, que me parecieron muy buenos. Habia un cuaderno de música sobre un piano ; Eugenia lo advirtió, y Guillermo dijo al instante á Eusebio : « No nos harás el favor de tocar y cantar un poco ? — Con mucho gusto, padre mio ; pero temo privar á nuestros huéspedes de un sueño que sin duda necesitan.

Todos le suplicámos que no lo dejase por ese reparo ; él no se hizo de rogar, y con la voz mas dulce y el estilo mas expresivo, nos cantó el siguiente romance, que él mismo habia compuesto :

Corra en pos de una belleza,
de una sonrisa, un suspiro ;
sujétese á las cadenas
del implacable Cupido
Quien materiales placeres
codicie, que yo en mis libros
hallo el sustento del alma
único bien á que aspiro.
No desprecio la hermosura,
que hacerlo fuera delito ;
obra es del supremo autor,
y acá en mi mente concibo
Que debe ser admirada
sin rendirla el alvedrío.

Quede en libertad el alma
de contemplar lo infinito.
El que á la vil servidumbre
se rinde, tenga entendido
que es amor una ilusion
y le ofusca los sentidos.
Que una amorosa mirada,
una palabra, un cariño,
bienes son para admirados,
mas no para apetecidos.
Mucho valen, pero cuestan
á precio muy excesivo :
carezco de ellos prudente,
y ni los busco ni envidio.

Eugenia, á ruegos de Eusebio, tambien cantó, pero temblando, y como temiendo la superioridad del que la habia precedido ; y con razon, porque este jóven reunia todas las gracias en su mayor punto. Mucho tiempo nos detuvimos en su cuarto ; y ya era muy tarde cuando bajámos á la habitacion del labrador. Guillermo nos preguntó con entusiasmo qué pensábamos de su hijo : nosotros le hicimos la justicia que se merecia, con lo que el viejo quedó contentísimo. Mi hija y yo nos retirámos á dos cuartos contiguos. Yo dormí ; pero no tan profundamente, que no advirtiese que Eugenia tosia con frecuencia, y no podia disfrutar las dulzuras del sueño ; lo que atribuí al cansancio, y sobre todo á la inquietud que nos habia causado la pérdida del camino. A la mañana, cuando nos presentámos, nos hicieron las preguntas de estilo, y todos juntos nos pusimos á desayunar. Entónces fué cuando nos confirmámos en la opinion que habíamos formado de Eusebio, porque su conversacion fué la mas agradable que se puede imaginar. Manifestaba mucho amor y respeto á su padre, y no le humillaban los modales rústicos del anciano. Si este raro y feliz carácter me embelesaba, aun hacia mas impresion en el alma de Eugenia, que hasta entónces habia sido insensible al amor. No reparé entónces la revolucion que nacia en su pecho ; y cuando tomé el coche, sin prever las consecuencias, rogué á Guillermo y á su hijo que viniesen á verme á este castillo : me lo prometieron, y al fin nos separámos con el mayor sentimiento.

Luego que llegámos aquí, reparé que mi hija se hallaba entregada á una profunda melancolía. Cuando le hablaba del mérito

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del jóven Ledoux, procuraba mudar de conversacion, y veia asomar las lágrimas á sus ojos. Mucho tiempo estuve sin penetrar la causa de su tristeza, y aun la ignorara, si un dia no hubiesen entrado á decirme que deseaban verme Guillermo y su hijo. Al oir esto, perdió Eugenia el color, se trastornó, y fué preciso llevarla á su cama. No por eso dejé de recibirlos bien; el padre me aseguró que habia venido á visitarme accediendo á las vivas instancias de su hijo; añadiendo, sin saber lo que se decia, que la hermosura de Eugenia habia trastornado la cabeza de su Eusebio.

Este se puso como un fuego, y todo su talento no bastó á remediar la inadvertencia de su padre. Les hice sentar, y al instante me preguntaron por mi hija, que se presentó pálida y triste. Eusebio mostró cuánto se interesaba en su salud; Eugenia le miró con demasiada ternura, y al instante conocí los sentimientos de que se hallaban agitados ambos jóvenes. Sin embargo, disimulé, y mis huéspedes estuvieron en mi casa tres dias, que se dedicaron á las musas, á las artes, y á las mas agradables conversaciones.

Cuando se fueron, volvió mi hija á caer en su terrible mélancolía; apoderóse de ella una fiebre lenta que podia serle muy funesta. El temor de perderla pudo mas en mí que el orgullo y la vanidad; por cuya razon le dije un dia: Hija mia: ¿por qué no soy digno de tu confianza? — ¿Qué decís, padre mio? — Sí, tu me ocultas un secreto que mas hubiera querido saberlo de ti, que adivinarlo. — ¿Un secreto? — Sí; tú estás enamorada..... — ¡Cielos! ¿pero de quién?... Del jóven Ledoux. — Pero, señor, no pudiendo ser mi esposo ¿me habia de atrever?... — Vaya; confiesa ingenuamente que despues de haber resistido á toda la brillante juventud de Paris, el hijo de un simple labrador ha triunfado de tu corazon. — Su mérito... — Es grande, convengo; pero considera su clase. — Castigad pues á vuestra hija, que no ha podido cumplir la promesa que os habia hecho de no amar; ¡me confunde mi debilidad! — Muchas cosas podria decirte; pero las reservo para ocasion mas oportuna: dentro de dos dias sabrás mi resolucion. — ¿Dentro... de dos dias? — Sí, hija mia; pero cuenta siempre con la ternura y consuelos de tu padre.

Dejé á Eugenia inquieta, y tomando al instante un caballo, marché á la quinta de Guillermo, que se sorprendió al verme. Despues de los regulares cumplimientos, le dije: ¿Qué podéis dar á vuestro hijo cuando se case? — Pero, señor, esa pregunta..... — Respondedme con franqueza; ¿qué le dais? — Yo...

puedo darle esta quinta... algunas pocas tierras... y todo lo que tengo, aunque no es mucho. — Está bien; pues yo le caso. — ¿Á quién? — Á vuestro hijo. — Vaya que os queréis burlar: ¡casar á mi hijo! ¿y con quién? ¿con alguna criada de la señorita, ó con alguna labradora? El caso es, que él no lo hará; está enamorado, parece un loco, y la causa de todo ha sido el haberos hospedado.

Empezó el viejo á llorar tan amargamente, que tambien yo me enternecí, y con la mayor dulzura le pregunté: ¿Y de quién está enamorado? — Yo, señor, no me atrevo á decíroslo. — Pues en verdad que siento que se halle en esta disposicion, porque trastorna todos mis pensamientos: cabalmente venia yo á ofrecerle por esposa á mi hija. — ¿Qué... qué decís? ¿habláis de véras? — No hay duda; yo le queria para marido de Eugenia; pero si está enamorado.... — De ella, señor, de ella. ¡Dios mio! ¿qué es lo que me pasa? ¡qué alegría! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Eusebio? ¿Eusebio?... ¡el pobre muchacho! ¡estaba tan triste! ¡Eusebio! baja pronto; ¡si supierais qué afligido estaba yo! me hubiera muerto de pesar... Hombre ¿no bajas?

Eusebio, asustado de los gritos de su padre, bajó precipitadamente; y en efecto, estaba muy desfigurado. Al verme se quedó inmóvil; y temiendo que yo supiera su amor, y que me presentaba á reprenderle, se cubrió el rostro con las manos; pero Guillermo se arrojó á su cuello, diciéndole: Alégrate, hijo mio, alégrate; porque el señor conde quiere que seas esposo de su hija. — Sí, amigo mio, le dije; quiero hacerte feliz, y llevarte conmigo para que seas dueño de la mano de Eugenia, ya que lo eres de su corazon.

El jóven cayó sobre mi pecho, inundándolo con lágrimas de gratitud, en tanto que su padre, dándome golpecitos sobre la espalda con la mayor familiaridad, exclamaba: ¡Este sí que es hombre que sabe estimar la honradez tanto como la nobleza! Eusebio, como fuera de sí, decia: ¿Qué me sucede? ¿es posible? ¡yo esposo de Eugenia! ¡oh padre mio! ¡hoy sí que conozco y agradezco la educacion que me habéis dado!

Dejé á Eusebio desahogarse, y en dos palabras arreglé con Guillermo los contratos. Estaba tan aturdido con tan inesperada felicidad, que á mis proposiciones no respondia mas que *sí, señor*. — Guillermo, me llevo á vuestro hijo. — Sí, señor. — ¿Queréis acompañarnos? — Sí, señor. — No quiero que deis nada á vuestro hijo. — Sí, señor. — Conservaréis en propiedad vuestra quin-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta. — Sí, señor. — Y acabaréis en ella pacíficamente vuestros dias. — Sí, sí, señor.

Á la mañana siguiente montámos á caballo los tres, yllegámos á Versevil á la hora de comer. Me adelanté á mis nuevos huéspedes, subí al cuarto de mi hija, que estaba muy inquieta por mi ausencia, y no se atrevió á preguntarme el motivo. Hija mia, le dije, traigo dos amigos á comer, y aunque sé que no estás muy buena, quisiera que te esforzases á hacernos compañía en la mesa. — Si pudieseis dispensarme... — Me será muy sensible. — Pues bajaré. Así lo hizo; se sentó á la mesa conmigo, y los convidados no parecian; ella miraba á todas partes, sin saber en qué consistia esta novedad, cuando entraron mis nuevos parientes. ¡Cielos! ¿qué veo? exclamó Eugenia.

Hice sentar á Eusebio junto á su amada, á quien dije: Hija mia, esta es una comida de familia; porque tienes á tu lado á tu esposo, y este anciano será en adelante tu segundo padre.

No os explicaré la alegría de los dos amantes; solo os diré que se casaron á los pocos dias, y que mi hija y yo cada dia agradecemos al cielo con el mayor fervor la felicidad que nos ha proporcionado.

Apénas habia acabado de hablar Mr. de Versevil, cuando llegaron sus hijos, y se arrojaron á sus brazos. ¿Cómo está tu padre? preguntó el conde á su yerno. — Muy bueno y me ha encargado que os dijera mil cosas... — Y ha hecho, añadió Eugenia, infinitas caricias á mi niño. — Yo lo creo; es grande satisfaccion el verse uno reproducido en sus nietos.

Mr. y madama Ledoux repararon entónces en nosotros, y saludaron á Palemon, que no se cansaba de admirar las gracias de estos jóvenes esposos: habló con ellos y con su padre algun rato; luego se despidió, y volvió con toda su familia á la granja hablando de la interesante historia que acababan de oir.

TARDE XXXI

LA JUSTICIA

Todo en el mundo es falible;
Todo está sujeto á error;
Solo el Supremo Hacedor
En la ciencia es infalible.
Su poder indefinible,
Equitativo desquicia
Lo que ignorancia ó malicia
Del hombre quiso fallar,
Porque siempre ha de brillar
Pura y recta su justicia

La historia de Mr. Ledoux habia interesado á Armando mas que á sus hermanos. Ya suponia que el talento allana las distancias de la riqueza ó de la cuna; pero se admiraba que se hallasen hombres tan poco esclavos de la preocupacion, que sin oposicion entregasen sus hijas al hijo de un labrador. Él tambien estudiaba, dibujaba, sabía música y otras habilidades que, aunque escaso en bienes de fortuna, le permitian aspirar á un brillante partido, y esto le sirvió de un poderoso estímulo para aplicarse mas en adelante.

Embebido se hallaba en estas reflexiones cuando Palemon le envió á llamar: subió al cuarto de su padre, y este le dijo: Hijo mio: como tú eres el mayor de mi familia, debes sustituirme en mi ausencia; y así, por dos ó tres dias te encargarás del cuidado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta. — Sí, señor. — Y acabaréis en ella pacíficamente vuestros dias. — Sí, sí, señor.

Á la mañana siguiente montámos á caballo los tres, yllegámos á Versevil á la hora de comer. Me adelanté á mis nuevos huéspedes, subí al cuarto de mi hija, que estaba muy inquieta por mi ausencia, y no se atrevió á preguntarme el motivo. Hija mia, le dije, traigo dos amigos á comer, y aunque sé que no estás muy buena, quisiera que te esforzases á hacernos compañía en la mesa. — Si pudieseis dispensarme... — Me será muy sensible. — Pues bajaré. Así lo hizo; se sentó á la mesa conmigo, y los convidados no parecian; ella miraba á todas partes, sin saber en qué consistia esta novedad, cuando entraron mis nuevos parientes. ¡Cielos! ¿qué veo? exclamó Eugenia.

Hice sentar á Eusebio junto á su amada, á quien dije: Hija mia, esta es una comida de familia; porque tienes á tu lado á tu esposo, y este anciano será en adelante tu segundo padre.

No os explicaré la alegría de los dos amantes; solo os diré que se casaron á los pocos dias, y que mi hija y yo cada dia agradecemos al cielo con el mayor fervor la felicidad que nos ha proporcionado.

Apénas habia acabado de hablar Mr. de Versevil, cuando llegaron sus hijos, y se arrojaron á sus brazos. ¿Cómo está tu padre? preguntó el conde á su yerno. — Muy bueno y me ha encargado que os dijera mil cosas... — Y ha hecho, añadió Eugenia, infinitas caricias á mi niño. — Yo lo creo; es grande satisfaccion el verse uno reproducido en sus nietos.

Mr. y madama Ledoux repararon entónces en nosotros, y saludaron á Palemon, que no se cansaba de admirar las gracias de estos jóvenes esposos: habló con ellos y con su padre algun rato; luego se despidió, y volvió con toda su familia á la granja hablando de la interesante historia que acababan de oir.

TARDE XXXI

LA JUSTICIA

Todo en el mundo es falible;
Todo está sujeto á error;
Solo el Supremo Hacedor
En la ciencia es infalible.
Su poder indefinible,
Equitativo desquicia
Lo que ignorancia ó malicia
Del hombre quiso fallar,
Porque siempre ha de brillar
Pura y recta su justicia

La historia de Mr. Ledoux habia interesado á Armando mas que á sus hermanos. Ya suponia que el talento allana las distancias de la riqueza ó de la cuna; pero se admiraba que se hallasen hombres tan poco esclavos de la preocupacion, que sin oposicion entregasen sus hijas al hijo de un labrador. Él tambien estudiaba, dibujaba, sabía música y otras habilidades que, aunque escaso en bienes de fortuna, le permitian aspirar á un brillante partido, y esto le sirvió de un poderoso estímulo para aplicarse mas en adelante.

Embebido se hallaba en estas reflexiones cuando Palemon le envió á llamar: subió al cuarto de su padre, y este le dijo: Hijo mio: como tú eres el mayor de mi familia, debes sustituirme en mi ausencia; y así, por dos ó tres dias te encargarás del cuidado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la casa. Miguel, el labrador vecino, no va á Paris, como pensaba; y he resuelto hacer este viaje para entregar yo mismo á Mr. Bertier el dinero que necesita mi bienhechor Delacour: está muy infeliz y no debo perder un instante en su alivio; pues el necesitado que espera un pago ó un socorro, cuenta los dias, las horas y aun los minutos, y es obligacion muy sagrada socorrerle con prontitud. Voy, pues, á ponerme en camino; tú como mayor, y que ya no se te puede llamar muchacho, debes tener grande vigilancia, y cuando vuelva me participarás todo lo ocurrido en mi ausencia; pero delante de tus hermanos, pues no me gustan delaciones secretas, que suelen rebajar ó exagerar las cosas. Esta es la llave de mi papelera, donde hallarás el dinero necesario para mantener la casa en mi ausencia, que, á lo mas, será de cuatro dias; y llevarás una razon exacta de todo el gasto. — Padre, mucho agradezco vuestra confianza; y espero que á la vuelta os convenceréis de que no la he desmerecido. — Así lo creo, hijo mio. Inmediatamente se difundió por la casa la noticia del viaje del anciano, que consternó á los muchachos: parecia que estos se veian amenazados de la mayor desolacion, y que perdian para siempre todas sus satisfacciones, sus placeres y felicidad. Palemon los reunió, y les dijo: Sabed que trasfiero todos mis derechos á vuestro hermano Armando; obedecedle como á mí mismo; seguid sus consejos, que yo desde ahora apruebo cuanto él hiciere.

Los muchachos abrazaron á su padre, derramando lágrimas, miéntras que la buena Marcela, en un rincon de la sala, murmuraba entre dientes porque no se la confiaba el manejo de la casa. Palemon montó á caballo, se despidió de sus hijos, y partió.

Parecia que la casa se habia convertido en un melancólico desierto al faltar la presencia del anciano. Todos los muchachos se miraban con el corazon oprimido y los ojos llenos de lágrimas; y Armando, con cierto aire de autoridad, les encargó que fuesen á entregarse á sus respectivas ocupaciones; pero todos se negaron, y fué el primer movimiento de insubordinacion, y acaso de envidia, especialmente de parte de Benito y Adela: en aquel era efecto de un sentimiento vil que no sabía vencer, y en esta un exceso de vanidad que le inspiraba la reflexion de que era mas natural fiar el cuidado de la casa á una persona de su sexo. Armando se enfadó y le contradijeron; replicó y le contestaron; véase pues la guerra declarada. Armando, colérico como un tigre, se retiró á su cuarto, diciendo que él apuntaria dia por dia, y hora por hora, todos los actos de desobediencia de sus hermanos; pero

estos le dejaron decir, se le rieron en su cara y se fueron todos á jugar al patio, á cuya puerta se presentó un hombre que traia un bulto bastante grande, y dirigiéndose á Benito, le dijo: ¿Vive aquí el labrador Palemon? — Sí, señor. — Siendo así, entregadle este regalo. — ¿De parte de quién? — El que le envía no quiere ni aun que se sospeche quién es: á Dios.

El hombre se retiró; y Benito, confuso, levantó un blanquísimo lienzo que cubria una soberbia empanada, cuyo delicioso olor excitaba el apetito. Al momento le rodearon los demas, y le preguntaron: ¿Qué te ha dado ese hombre? — Una empanada. — ¿Para quién? — Para papá. — Quién la envía? — No ha querido decirlo, ni el que la envía quiere que se sepa. — Veámosla: ¡caramba! ¡qué grande! ¡qué buena pasta! ¡qué olor! — Atended, dijo Benito, me ocurre una idea; papá está ausente, y tardará en volver; no sabrá quién le ha hecho este regalo, y tampoco necesitamos decírselo á Armando. Guardémosla, y la comeremos á las horas de merendar. — ¡Oh! no, dijo Adela; eso sería mal hecho. — Pues bien, si eres tan escrupulosa, no probarás ni un bocado. — Si padre lo sabe... — ¿Pero quién se lo ha de decir? ¿nosotros? — Pero... — Vaya, vaya, ¡tantas ceremonias para comer una empanada! Yo sabré decidirte, dijo Benito; y al instante arrancó un pedazo de la sabrosa pasta, se la engulló á vista de sus atónitos hermanos, y luego exclamó: ¡Qué buena! ¡qué rica! ¡no he probado cosa mejor en mi vida!

¿Qué partido debian tomar sus hermanos? ¿se lo dirian á Armando? ¿Permitirian que Benito solo se regalase? La empanada ya habia sufrido una embestida; una de sus murallas estaba con brecha abierta, y esta no se podia cubrir; el asalto era fácil; por tanto, se resolvieron á darle, y cada cual, como valiente campeon, se armó de un resplandeciente cuchillo para arruinar los indefensos flancos de aquella plaza. Pero sería imprudencia hacerlo en el patio: un cenador de la huerta era sitio mas á propósito para consumar el sacrificio; atropelladamente cogió cada cual un pedazo que se iba comiendo por no perder tiempo, y Benito se llevó el resto al cenador: allí no podian ser descubiertos, ni temian que se declarase su arrojo por parte del que habia enviado el regalo: podian, á su parecer, ser golosos impunemente. Mas ¡ay! pronto se verá que nuestros héroes no lo habian previsto todo.

Cada cual de los muchachos se apoderó nuevamente de una porcion de la atractiva empanada; se deleitaban y saboreaban al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismo tiempo que comian. Adela miraba con tiernos ojos á Leon, quien, como tenia la boca llena, nada la decia, así como tampoco Julio; y en tanto, Benito comia con tal ansia, que amenazaba no dejar migaja. Se regalaban, y ninguno hablaba. Nada les distraia, nada les divertia tanto como esta sabrosa ocupacion.

Cuando ménos lo esperaban se presentan Armando y Marcela: esta traia en la mano un pedazo de la misma pasta que devoraban con tanta complacencia. ¿Quién se lo habria dado no habiéndola llamado á comunidad? Vamos á saberlo. ¿Qué es esto? ¿qué hacéis aquí? preguntó Armando con una voz de trueno. — Hombre, yo no sé nada, respondió Benito metiendo en la faltriquera los restos de su racion. — ¿Nada sabes? replicó Armando; pues yo veo que todos estáis comiendo. Vamos, hablad. Todos permanecieron silenciosos. — No es difícil saberlo, aunque se obstinen en callar, dice Marcela; ya os he referido que me hallaba junto á la puerta de la leñera que cae al patio, donde está encerrado de dia nuestro perro *Galaor*, el cual gruñia sin cesar; y por saber lo que queria, le abrí; salió, y al instante vi que cogió un pedazo de empanada: dile un grito terrible, y como es tan dócil, lo dejó; yo lo recogí y os di parte, Armando, pues como en casa no habia la menor cosa de masa, al instante conocí que sería alguna picardigüela de estos señoritos; y ya estáis presenciando que se engullen sin duda algun regalo que hayan traido á vuestro padre, y del que no tendríamos noticia á no ser por el maravilloso olfato de *Galaor*.

Los muchachos quedaron aturdidos. No advirtieron que se les habia caido en el patio un pedazo de la empanada, cuando tanta prisa se dieron á tomar cada uno su porcion para no dejar de comer hasta llegar al cenador de la huerta. El pícaro perro, goloso como ellos, y excitado tambien su apetito por el olor, queria salir de la leñera para participar del banquete, y todo lo descubrió. No se atrevian á hablar ni una palabra. Armando volvió á preguntarles, y Leon fué el único que tuvo valor para decir la verdad. Hizo Armando que le entregasen el resto de la empanada, y sin detenerse fué á apuntar esta escena en su diario.

No pintaré la tristeza en que toda la mañana estuvieron sumergidos los golosos. Al declinar el dia se reunieron en el terrazo, no para jugar, no para divertirse, sino para suplicar á su hermano que borrase del libro verde una falta de que ya estaban muy arrepentidos. Armando se resistió, porque si su padre llegaba por casualidad á saberlo, le haria cargo de este injusto disimulo.

Los muchachos duplicaron sus ruegos, y Marcela, que tenia muy buen corazon, se puso de su parte, hasta que Armando consintió en borrar la nota, bajo la condicion de que sus hermanos, hasta el regreso de su padre, no volverian á ponerle en la precision de delatarlos. Todos se lo prometieron; la alegría renació en la asamblea, y aun excitó su risa el petardo que habia dado *Galaor* á los delincuentes. ¡Es de maravillar, exclamó Benito, cómo se descubre todo! — Y por unos medios que no se pueden precaver, añadió Leon. — Dios lo dispone, dijo Adela. — Sí, concluyó Julio; el delincuente siempre comete alguna imprudencia que lo descubre.

¡Si bien lo supierais! exclamó la buena Marcela. Yo sé una historia terrible, que tiene mucha conexion con lo que habéis dicho. — ¿Una historia? dijo Leon; ¿queréis hacernos el favor de contarla? — ¿Y por que no? — Pues bien, Marcela, referidnos esa historia si no es demasiado larga. — No por cierto, no es larga, y es muy interesante: mi madre conoció al pobre Aubrí, que era un droguero, á quien le sucedió. — ¡Hola! ¿conque es una historia verdadera? — ¿Verdadera? lo mas que puede ser una historia: ahora la oiréis; estad con atencion. Los muchachos se acercaron á Armando, el cual temia que Marcela iba á fastidiarlos; pero por no desagradar á su buena ama de gobierno, se resolvió á escucharla. Marcela se quitó los anteojos, dejó la labor, y á su modo dió principio á la historia en estos términos:

Historia del droguero Aubrí.

En una ciudad de provincia, que se llama... se llama... no me acuerdo... y es mucho, porque mi memoria es tan..... pero al cabo, el nombre de la ciudad no hace al caso; tal vez me acordaré conforme vaya hablando. Digo, pues, que vivia en una ciudad de provincia un droguero llamado Aubrí, el cual entendia muy bien su oficio, y sabía hacer su negocio: tenia una infinidad de parroquianos, al paso que dos drogueros, que acababan de abrir tienda en una callejuela poco frecuentada, no despachaban sino muy pocos de sus géneros. Estos que eran jóvenes, y se llamaban los hermanos Martin, concibieron tal odio contra Mr. Aubrí, que resolvieron perderle: para esto se valieron de muchos medios que no les aprovecharon; y Mr. Aubrí, conociendo su mala voluntad, recurrió várias veces á la justicia para que contuviese sus insultos y calumnias. Pero ellos no se desanimaron; y viendo que les

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

era imposible vengarse abiertamente, se valieron de la traicion para deshacerse de aquel hombre á quien aborrecian.

Mr. Aubrí no tenia hijos, y le ayudaba en el comercio su mujer, que era de bastante capacidad. Para descansar de las tareas de la semana, habia comprado Mr. Aubrí una casita de campo, poco distante de los arrabales de la ciudad, y pasaba en ella todos los domingos. Su mujer salia el sábado por la mañana á fin de prepararlo todo para servir á su marido, el cual iba á su casa de campo el mismo dia, despues de haber cerrado la tienda, que era siempre muy de noche. Nunca atravesaba la ciudad; y tenia la costumbre de pasar por una calle de árboles, lindera á un bosque que estaba justamente detras de la ciudad, al pié de las casas del arrabal. Los hermanos Martin, que sabian todo esto, resolvieron aprovecharse de la soledad de la noche, y del tiempo en que pasara por allí Mr. Aubrí, para cometer la mayor iniquidad. ¿Creéis que le esperaron para asesinarle? nada de eso; mas astutos en su venganza, se manejaron de distinto modo.

Habia en la calle de Mr. Aubrí un mozo muy tonto y pesado, á quien él várias veces habia echado de la tienda porque le molestaba. Á este buscaron los Martin, y le dijeron: Nicolas, ¿quieres ganar diez luises? — ¿Pues no he de querer? vaya, vaya, ¿quién pregunta eso? — Pues bien; mañana que es sábado, á las nueve de la noche estarás en la calle de los Castaños, que allí nos encontrarás. Esta era precisamente la calle de árboles por donde pasaba Mr. Aubrí para ir á su casa de campo. Los malvados fueron á las ocho á aquel sitio; se ocultaron en el bosque, y vieron que Mr. Aubrí pasaba á la hora acostumbrada, sin recelar la menor cosa del horrible lazo que le disponian. Á muy breve rato se presentó Nicolas, reconociéronle, y salieron del bosque. Entónces el tonto les preguntó: ¿Y los diez luises? ¿qué tengo de hacer para ganarlos? — Poca cosa, respondió el mayor de ellos; aquí están, y serán tuyos con tal que grites tres veces de modo que te oigan: *Mr. Aubrí, ¿qué os he hecho? ¿por qué me queréis asesinar?* — ¿No es mas que eso? repuso Nicolas riéndose: ¡valiente empeño! pero supongo que no le vendrá mal á Mr. Aubrí. — ¿Qué mal? vaya comienza: dílo tres veces, y el dinero es tuyo.

El infeliz gritó á todo gritar, por dos veces: *Mr. Aubrí, ¿qué os he hecho? ¿por qué me queréis asesinar?* — Mas fuerte y con mas dolor, le dijo el mayor al oído; y Nicolas volvió á repetir con voz dolorosa las mismas palabras. Apénas acabó, reclamó la suma prometida; pero ¡oh maldad! el hermano mayor le tiró un pistoletazo, y cayó muerto á sus piés. ¿Os estremecéis, hijos mios, y os compadecéis acaso del pobre Nicolas, víctima de una astucia á que se habia prestado sin saber cuáles serian las consecuencias? Esperad, y oiréis cosas que os maravillen.

Los dos hermanos tomaron su dinero, y dejando en aquel sitio el cadáver de Nicolas, se retiraron por sendas extraviadas, y volvieron á la ciudad. Entre tanto, á las voces de Nicolas y al tiro se abrieron las ventanas de las casas que caian hácia aquella parte, y desde ellas clamaron las gentes: *Favor... justicia... al asesino...* Los criminales esparcieron la voz de que pasando casualmente por junto á aquella calle de árboles habian visto el modo horrible con que trataba Mr. Aubrí á un tal Nicolas: que tambien los habian visto luchar; y que al fin Mr. Aubrí habia tirado un pistoletazo, pero que ignoraban el resultado.

Los vecinos acudieron y rodearon el cadáver; llegó la justicia, se informó, los Martin declararon lo que llevo referido, y los vecinos dijeron que habian oido las exclamaciones de Nicolas. Fué la justicia á la casa de campo de Mr. Aubrí, y le encontraron cenando tranquilamente con su mujer, sin el menor recelo de la desgracia que le esperaba. Le prendieron, le encadenaron, y le llevaron á la cárcel. Preguntó el motivo de su prision, y solo le dijeron que bien lo sabia. Al infeliz le presentaron al dia siguiente el cadáver, y se estremeció al verse acusado de asesino. En vano negó, en vano representó el ningun interes que le resultaba de cometer semejante homicidio, pues los dos hermanos sostenian haberle visto matar á Nicolas, y otros testigos insistian en las exclamaciones de este ántes de oir el pistoletazo. El desgraciado Aubrí, nada sabia de estas declaraciones; pero sí presumia que su desgracia era obra de sus enemigos, los únicos que se presentaban como testigos de vista, y los mas encarnizados en su pérdida. El juez, hombre íntegro y delicado, daba, como dicen, largas al asunto, porque no podia persuadirse de que fuese delincuente un hombre de su reputacion, y cuya buena vida y costumbres eran generalmente conocidas. Pero en fin el asunto aparecia claro: habia dos testigos de vista y mil de oídas; la prueba rayaba en evidencia: el crímen de Aubrí por este medio estaba probado. Ya se habia valido de cuantos medios le sugirió su inocencia, pero eran débiles contra pruebas tan concluyentes. El desgraciado Aubrí fué condenado á horca, y sufrió la pena en la misma ciudad donde habia sido estimado por su buena conducta y probidad.

¿Lloráis, hijos mios! eso prueba vuestro buen corazon. Pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

voy á lo mas admirable de este suceso, que parece increible, aunque se verificó ni mas ni ménos como yo lo cuento. Por casualidad, uno de los cirujanos del pueblo estaba de concierto con el verdugo para que le entregase el cuerpo del primer delincuente que fuese ajusticiado, á fin de hacer la diseccion del cadáver. Cabalmente el cirujano era amigo de Mr. Aubrí : juzgad cuál sería su dolor viendo entrar en su casa el cadáver de un hombre á quien habia estimado, y á quien nunca habia creido culpado. Pero ¡ oh juicios de Dios ! cuando el sensible cirujano estaba tristemente contemplando el cuerpo, un ligero suspiro que exhaló le hizo ver que no estaba inanimado. Llamó á su mujer y le dijo : Amiga mia, hé aquí á Mr. Aubrí; aun puedo salvarle; solo quiero que me ayudes á ponerle en esta cama, y que el secreto quede sepultado entre nosotros.

Estos dos compasivos esposos aplicaron el mayor esmero en socorrer á Mr. Aubrí, el cual, despues de algunos dias, recobró sus sentidos, y al cabo de un mes el uso de la voz. Todo lo que habia pasado le parecia como un sueño ; miraba dónde se hallaba, y se maravillaba ; pero el cirujano y su esposa le estrecharon en sus brazos ; él los reconoció y cayó en un delirio, convencido de la triste realidad de su suplicio. Poco á poco se fué recobrando ; y cuando ya pudo hablar, agradeció á sus amigos tantos favores, y les juró que se hallaba inocente. Madama Aubrí recibió la noticia del estado de su esposo con la mayor alegría ; pero supo contenerla y portarse con discrecion. En fin, su marido se restableció del todo, quedándole solo una especie de ronquera que hacia su voz desagradable, y la cabeza inclinada hácia la espalda ; pero, aunque estropeado para toda su vida, vivió á lo ménos para acreditar su inocencia. Este era su designio, del que no se apartó á pesar de los prudentes consejos de sus amigos, y de las lágrimas y ruegos de su esposa, á quienes dijo : Pues unos malvados me han perdido, yo tambien quiero perderlos, para lo cual se me proporciona un medio excelente. Ya han pasado ocho meses desde que sufrí mi castigo, y estoy tan otro, que casi es imposible conocerme. Me presentaré al juez, en quien reconozco mucha integridad, y le diré : la franqueza con que me presento os descubre mi inocencia ; y no podrá ménos de creerme. Ademas de esto, os vuelvo á decir que tengo un medio excelente para confundir á mis asesinos.

Á pesar, pues, de las reflexiones de sus amigos, Mr. Aubrí esperó á una noche en que se halló mas fuerte para atravesar la ciu-

dad, y se presentó en casa del juez de su causa. Pidió audiencia, y le introdujeron en el gabinete del magistrado, á quien dijo : Señor, ¿ me conocéis ? — Á la verdad... tengo alguna idea... muy confusa... ántes de ahora os he visto. — Así es : tenéis en vuestra presencia, señor, al desventurado Aubrí. — ¿ Vos ?.. ¡ Cielos ! — Sí, señor : yo soy el infeliz Aubrí ; vivo por una dichosa casualidad, y vengo á juraros mi inocencia. — ¿ Vuestra inocencia ? pues yo os he sentenciado sobre pruebas bien claras y convincentes. — Yo no sé cómo se ha conducido este asunto ; ignoro los manejos de mis calumniadores ; pero me hallo inocente. Os lo juro ; ¿ á ser criminal, me presentaria á vuestros ojos ? — Es cierto... (el juez quedó un rato pensativo, y luego añadió) es muy cierto ; y aun os confieso que me ha costado mucha repugnancia creeros culpable de tan atroz delito. Sosegaos, buen hombre, y hablemos. Decidme : ¿ no sospecháis quién ha podido perderos ? — Los dos hermanos Martin eran mis enemigos declarados. — ¡ Ciertamente que sus declaraciones han sido terribles ! ¿ pero los vecinos que oyeron las voces de Nicolas ?... — Eso me confunde, no sé á qué atribuirlo ; pero mis enemigos, sin duda darán la explicacion de este enigma. Haced que vengan á esta casa ; yo concurriré á la hora que me señaléis, y oculto detras de estos tapices... — Ya os entiendo... Venid mañana á las siete de la noche ; los citaré, y veremos si se puede descubrir algo.

Despidióse Aubrí del juez, el cual mandó al instante que los dos Martin se presentasen á las siete y média de la noche del siguiente dia. Estos miserables gozaban tranquilamente el fruto de su perfidia. Desde la ruina del inocente Aubrí, prosperaba su comercio, y cada dia se aplaudian entre sí del partido que habian tomado. Cuando les intimaron la órden del magistrado, no concibieron la mas leve sospecha del objeto para que eran citados ; y creyendo que sería para alguna cosa relativa á su comercio, se presentaron á la hora señalada. El juez, afectando mucho misterio, les hizo entrar en su gabinete, y cerró la puerta con toda seguridad ; pero quedaron atónitos al oir las razones del magistrado, que fueron estas : Amigos mios, yo os he llamado para ver si puedo conseguir el sosiego de mi alma y de mi cuerpo. Hace ocho meses que me siento interiormente atormentado, y el sueño huye de mis ojos. ¿ El droguero Aubrí, á quien condené por vuestras deposiciones, era efectivamente criminal ? — ¿ Pues, señor, ahora tenéis esa duda ? — La tengo, sí, y muy fundada. ¡ Conque vosotros le visteis en el momento !... — Sí, señor, le vimos lo mis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mo que ahora os vemos. — Mucha es mi inquietud. — Perdonad si no os entendemos; ¿ al cabo de ocho meses tenéis escrúpulos, y volvéis á examinarnos sobre los delitos de aquel malvado? Nosotros fuimos testigos como los demas, y á esto se reduce todo. — Voy á hablaros con franqueza. Acaso me tendréis por ignorante y aun iluso; pero lo cierto es que se me aparece el difundo Aubrí... le veo... me jura su inocencia, y os acusa á los dos. — Pero perdonad si nos atrevemos á decir que eso es una extravagancia: ¿ es posible que creáis semejantes ridiculeces? ¡ un magistrado! — Sí, señores, las creo porque las veo. — Sin duda os queréis chancear. — No por cierto: veo á aquel infeliz por las noches; se me presenta como un horroroso espectro. — Pero si eso fuese así, mas regular sería que se nos apareciese á nosotros, nos degollara, ó... ¡ qué sé yo !... vaya, vaya: señor, esas son ilusiones y cuentos de viejas: los muertos no vuelven por acá. — Sin embargo, algunas veces... ¿ pero que diriais si le vierais como yo le veo? — Eso es imposible. — Me ocurre una idea, y es que nos pongamos á orar; pudiera ser que se apareciese en este mismo cuarto. — ¡ Ya teníamos que esperar! — Para Dios no hay imposibles: hagamos lo que he dicho.— Pero, señor... — Amigos, hacedme este favor: ¿ qué os cuesta satisfacerme? ¿ tal miedo tenéis de ver á Aubrí, que no podriais soportar, como yo, su presencia? — No es eso, señor; sino que no somos tan simples que creamos... — Pues bien, si nuestra oracion no produce efecto, yo os permito que os riáis cuanto quisiereis de mi credulidad. Pongámonos de rodillas, y procuremos juntos aplacar el alma de aquel desdichado.

Los dos hermanos se miraban atónitos sin que pudieran concebir cómo cabia tan ridículo pensamiento en un magistrado; pero al cabo se resolvieron á complacerle, y todos se arrodillaron delante de una santa imágen del Salvador. Entónces el juez exclamó: Alma del desgraciado Aubrí: si no cometiste el crímen que te imputaron, y si te es permitido dejar la region de los muertos para confundir á los vivos, te ruego que te presentes... Los hermanos se echaron á reir; pero el magistrado, sin hacer caso, prosiguió: Alma del desdichado Aubrí: ven á confundir á tus calumniadores.

Á estas palabras, Aubrí, vestido de blanco, salió de donde estaba escondido, y señalando á los hermanos, dijo: Vedlos aquí: estos monstruos son los que me calumniaron. Los delincuentes, aterrados con tan inesperada aparicion, cayeron en tierra, y solo

pudieron decir: Sí... sí, tiene razon; nosotros dimos muerte á Nicolas: retírate, horrible fantasma y déjanos lugar para el arrepentimiento.

Aubrí se retiró. Unos testigos, prevenidos para el efecto, oyeron la declaracion de los dos miserables, que al instante fueron encerrados en la cárcel, donde expusieron todas las circunstancias del caso, y recibieron luego el correspondiente castigo. El pobre Aubrí vindicó su honor; se le dieron todas las posibles satisfacciones públicas y pasó dias felices acompañado de su querida esposa, del cirujano y su mujer, á quienes habia debido tanta dicha.

Esta es la historia, hijos mios. Por ella veis que Dios nada deja sin castigo, y que tarde ó temprano se llegan á descubrir los delitos. Mucho hablaron los muchachos sobre este suceso, y mucho rieron pensando en el terror que causaria á los malvados la repentina aparicion de Aubrí. Armando se sonrió viendo la satisfaccion que experimentaba la buena Marcela por la impresion que habia hecho el suceso en sus hermanos; pero se propuso no dar lugar al insaciable deseo que ella tenia de hablar, y todos se retiraron muy complacidos del entretenimiento de aquella tarde.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXXII

LA INSUBORDINACION

Quien la senda del deber
Por su capricho abandona,
De independiente blasona
Y se niega á obedecer
Á quien debiera temer,
Sepa en su estulta demencia,
Que tan funesta insolencia
(Y el tiempo doy por testigo)
No quedará sin castigo,
Que Dios ama la obediencia.

El siguiente dia se pasó sin órden ni concierto : los muchachos paseaban, jugaban y á todo se dedicaban excepto á sus acostumbradas tareas ; la autoridad de Armando en nada los contenia, y tuvo al fin que abandonarlos y retirarse á su cuarto á apuntar en su diario los disgustos que le causaban sus hermanos : llegó la insubordinacion de estos á tal extremo, que sin contar con él, y á propuesta de Benito, resolvieron hacer una expedicion al dia siguiente á la quinta de Emiliano, saliendo despues de almorzar y volviendo á la hora de comer.

Resueltos ya nuestros cuatro amotinados, no pensaron mas que en la ejecucion de su proyecto. ¡Qué placer para ellos verse libres y hacer cuanto se les antojase, sin tener nadie que los fiscalizase ! Brilló por fin la aurora del deseado dia ; almorzaron sin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

decir nada al severo Armando, que se volvió á su cuarto, y los demas fueron á componerse para la visita. Julio presidió al tocador de Adela, la cual, como ya era mas que niña, cuidaba mucho de su compostura. Contemplábala Julio embelesado, y ella le dijo : Nada tengo que ponerme en el cabello : llevarle liso y llano, que sé yo... ¿estaré bien? — Para mí, le respondió Julio con mucha galantería, de cualquier modo estás perfectamente. — Ya sé yo que tú me favoreces ; pero ese bárbaro Benito... siempre me trata brutalmente. — Benito, Armando y Leon son tus hermanos, y yo... — Tambien tú lo eres por adopcion. — Yo no sé lo que siento en mí, que me gusta mas ser amigo que hermano tuyo; cada vez que pienso en esto... pon, pon la mano sobre mi pecho ; ¿no oyes? tic, tac, tic, tac, tic, tac : ¿qué es esto? — Yo no lo sé; á mí me sucede lo mismo. — ¡ Ah ! ¡ si quisiera algun dia Palemon casarnos ! yo sería dulce y tierno, y me sujetaria en todo á tus deseos, así como el año pasado decias que querias se sujetase tu marido : ¿no te acuerdas del dia que reñiste con Benito por las cerezas ? — Ya me acuerdo; pero aquello era hablar por hablar ; fuera de que el ejemplo de la pobre madama Dumont, á quien su marido redujo á una humilde cabaña para corregirla, me ha hecho mudar de opinion ; y estoy seguramente convencida de que la mujer debe someterse á la voluntad de su esposo, y que la sencillez de sus inclinaciones, tan necesaria como la pureza de costumbres, contribuye mucho á la paz y bienestar de las familias. — ¡ Oh ! ¡ eso sí que es pensar como se debe ! mas yo quisiera.... — Calla, que viene Leon : baja á ver si Benito está dispuesto.

La repentina llagada de Leon interrumpió la ingenua y dulce conversacion de estos jóvenes amantes, y Julio bajó al patio, donde se admiró de ver á Benito ocupado en ajustar várias frioleras que traia en un cajon un buhonero. ¿Que haces ahí? le dijo con bastante aspereza : ¿por qué no te vas á vestir? ya todos estamos dispuestos, y tú solo nos haces esperar. Benito, aunque algo resentido del modo con que Julio le hablaba, conoció que la diversion preparada valia mas que todas las bujerías del buhonero, y medio gruñendo subió á su cuarto. Julio tambien se puso á examinar las mercaderías; y en tanto que registraba un lazo de cintas con algunas lentejuelas, el hombre le pidió un vaso de agua. Id á la cocina, le respondió Julio : el buhonero dejó su ambulante tienda, y fué en busca de Marcela. Julio se acordó de que su amiga no tenia que ponerse en el cabello, y dijo para sí : ¡ Dios mio ! ¡ qué bien le sentaria este lazo ! ¡ si no fuese caro !... pero Leon añadirá sus ahorros á los mios... ¡ quiere tanto á su hermana ! Sí, pero ántes es preciso saber si este adorno es del gusto de Adela. Dijo, y sin reflexionar mas, ni esperar á que volviese el buhonero, tómo el lazo y subió precipitadamente al cuarto de Adela, que le vió entrar, y al instante fijó sus miradas en el lazo que Julio traia en su mano ; y este le dijo : ¿ Qué te parece ? ¿ es bonito ? — ¡ Bellísimo ! — Pues tuyo es. — ¿ Quién me hace este regalo? — Sea quien quiera, tuyo es.

Insistió Adela en sus preguntas ; Julio sin responderle, le puso el lazo en los cabellos del modo que mejor le pareció ; y como nos complacemos en mirar adornado el objeto de nuestra inclinacion, Julio se detuvo un breve rato en esta agradable ocupacion ; pero acordándose de que no habia pagado al buhonero, bajó apresuradamente á ejecutarlo ; mas ¿ cuál fué su sorpresa no hallando ya al dueño verdadero del lazo ! Preguntó por él á Marcela, y esta le reepondió que hacia gran rato que se habia ido. Julio, desesperado, salió de casa, registró las cercanías, y á nadie encontró. Segun todas las apariencias, el hombre se habia marchado sin detenerse ni echar de ménos el lazo que le faltaba ; pero al cabo, era preciso que lo conociese , y entónces ¿ que diria ? ¿ qué pensaria ? que le habian robado : esto era muy natural : ¡ santo Dios ! si vuelve este hombre, como es regular, reclamará su lazo, se quejará amargamente, y de cualquiera modo Julio será el acusado sin que baste el pagar lo que pida, porque de todos modos quedará indiciado de ladron. Véase cómo las intenciones mas puras é inocentes toman á veces un aspecto criminal. ¿ Qué dirán sus hermanos ? la misma Adela ¿qué pensará ? ¿ se descubrirá Julio con ella? ¿ le pedirá el gracioso lazo que tanto le gusta, y que tan bien le sienta ?... No, no podia resolverse á esto... pero era una alhaja que no pertenecia á Julio ni á Adela... ¡ qué atolondramiento ! ¡ qué ligereza !

Consternado Julio, volvió á subir al cuarto de Adela, y no se atrevia á mirarla. Benito y Leon vinieron á avisarlos que ya estaban prevenidos, y que aquella era la hora mas oportuna para salir sin ser vistos ; pues Armando estaba estudiando, y Marcela ocupada en la cocina. Vamos, vamos ; esta era la expresion general.

Julio dió la mano á Adela, Benito y Leon los siguieron ; y todos, aprovechándose de la libertad que teniam para escaparse, salieron, dejaron la puerta cerrada, y corrieron hasta el bosque de los Castaños, donde en otra ocasion habian jugado á las cuatro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

esquinas con su padre. Allí no temieron ser perseguidos por Armando, pues no podia adivinar el camino que seguian, como que ignoraba que iban á ver al jóven Emiliano. Se sentaron y descansaron un rato : Benito, que todavía no habia mirado á Adela, le dijo : ¡ Qué hermosa estás ! ¿ quién te ha dado ese lazo? (*Julio se puso colorado.*) — ¡ No es nada ! me le ha dado mi amante. — ¿ Julio? — El mismo. — ¡ Oh ! es hombre galante ; pero díme, Julio, ¿ te ha costado mucho? — No... no mucho. — Nada se hace caro para obsequiar á la que se ama. — ¿ Á la que se ama ? ¿ pues quién te ha dicho que yo amo á Adela ? — ¡ Ah ! ¿ no la amas? — Eso es muy diferente ; la amo, sí... pero lo mismo que vosotros, como un hermano ama á su hermana. — Ya, ya, ¡ para el pícaro que lo creyera ! pero al cabo ella es una jóven muy propia para conmover... el corazon... de un hombre tan sensible... — Lo soy ; y mucho mas á tus injurias : tú siempre serás un descortes.

Adela, como tan interesada en esta discusion, procuró terminarla ; lo consiguó, y volvieron todos alegres á continuar su camino. Pasaron por delante de la quinta de los Nogales, y allí no se acordaban qué camino era el mas corto para llegar á casa de Brígida. Debemos tomar á la izquierda, dijo Leon. — No, sino á la derecha, contestó Benito. — No, sino por la senda de en medio, repuso Adela. Preguntaron por la buena Brígida á algunos labradores, pero nadie la conocia : ¿ y á Emiliano ? — ¿ Emiliano ? Eso es otra cosa ; ese muchacho es muy conocido y amado de toda la comarca ; tomad esta senda, que os llevará á su pueblo. En la primera calle la segunda puerta es la de la casa de Emiliano.

Muy contentos con estas señas tomaron el camino indicado, y por fin llegaron á casa de Emiliano : llamaron, pero nadie les respondió : volvieron á llamar, y una vecina se asomó á la ventana, diciendo : ¿ Quién llama? ¿ por quién preguntáis ? — Por Brígida y Emiliano. — ¡ Á buen tiempo ! ¿ pues qué, no sabéis que están en Paris hace ya dos meses ? Emiliano ha encontrado á su padre, su madre y toda su familia. — ¿ Conque Emiliano está ya con su familia ? ¡ qué felicidad ! contadnos cómo ha sido. — ¿ Que os cuente como ha sido ? ¡ No es nada el empeño ! — Subiremos á vuestra casa. — ¿ Á mi casa, sin conoceros ? no es mala la franqueza de los trastuelos.

La vecina cerró su ventana, é hizo muy bien, porque nuestros muchachos, indignados del epíteto con que los habia favorecido, estaban resueltos á decirle mil necedades. Era preciso, pues, que se contentasen con saber que Emiliano y Brígida estaban en Pa-

is, y determinarse á volver á casa..... ¡ Volver á casa !... ¡ tan pronto !... ¡ sin haber disfrutado la libertad de solazarse en el campo !... ¡ es cosa dura ! lo mismo nos ha de reprender Armando por una, que por dos ó tres horas de ausencia. Benito lo conocia, y como él era siempre el incitador de los otros, les propuso comer juntos sobre la fresca yerba, pagando cada cual su racion : todos, les dijo, tenemos algun dinerillo ahorrado, á excepcion de Julio, que tal vez se habrá arruinado por regalar á su amada : compremos un pastel ú otra cualquier cosa, le comeremos en el bosque, y luego jugaremos.

Todos aplaudieron el pensamiento, y aprontaron su escote. Se entregó la cantidad á Benito, que compró un pan y dos pollas asadas. Luego se encaminaron al bosque de los Castaños, que ofrecia mil sitios á cual mas agradable ; y en el que estaba mas inmediato á una fuente, se determinaron á tomar la refaccion. Esta comida les recordó la merienda que en otro tiempo les ofreció Benito en el bosque, cuando era compañero del carbonero Lagrange ; cuya memoria hizo á Adela estremecerse, temiendo que les acometiesen algunos ladrones, como les sucedió en aquel funesto bosque. No quiso comunicar sus temores á sus hermanos, porque se hubieran burlado de ella ; pero observaba que el bosque donde estaban era muy extraviado y desierto, y que desde que se habian sentado á comer, nadie habia pasado por allí, sin embargo de ser casi mediodía, y hacer un tiempo tan apacible. Por esto no dejaba de hallarse inquieta, y comia con ménos apetito que sus hermanos, mirando siempre á todas partes. ¡ Cuál sería su espanto al ver correr hácia ella un hombre desconocido, en cuyo semblante y ademanes se pintaba el furor ! Dió un grito y cayó sobre Julio, que no podia concebir la causa del accidente, porque no veia al hombre, que ya estaba detras de él. Este es, exclamó el furioso, el pícaro que esta mañana me ha quitado mi hacienda. Leon, Julio y Benito fijaron la vista en aquel bárbaro, y los dos últimos al instante reconocieron al buhonero, el cual, mirando á Adela, prosiguió : Justamente es mi lazo el que esta picaruela tiene en su pelo : ¿ no es una maldad engañar así á un pobre que pasa mil trabajos para ganar su vida honradamente ?

Diciendo esto, se arrojó á desprender el lazo de la cabeza de Adela, que temblaba como las hojas en los árboles. Leon y Benito, que nada entendian de todo esto, quedaron como petrificados, miéntras que Julio se esforzaba para manifestar la verdad del hecho. Todo habia pasado como lo decia, pero el buhonero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no le daba crédito. ¡ No está malo el embuste ! exclamaba; ¡ decir que ha vuelto á pagarme, cuando yo me detuve mas de un cuarto de hora hablando con el ama de gobierno ! Á la verdad que si entónces hubiera advertido el robo del lazo, no me salgo sin él ; pero no lo he reparado hasta que me hallaba junto á la quinta de los Nogales ; y volvia á vuestra casa, cuando la casualidad me ha hecho encontraros aquí.

Hasta entónces Benito y Leon nada habian dicho ; pero convencidos de la verdad por las lágrimas y juramentos de Julio ; viendo por otra parte que el buhonero sospechaba de la probidad de su hermano adoptivo, dijeron cuatro claridades á aquel hombre, el cual descortes y grosero replicó que á todos tres los haria pedazos. Entónces la rabia se apoderó de los corazones de nuestros jóvenes, y comenzó una horrible batalla. El buhonero dió un puntapié á Julio ; Benito le correspondió con otro; Leon se le tiró al cuello, y le daba fuertes puñadas, miéntras que Julio le agarró de una pierna y procuró hacerle caer al suelo ; el hombre sacudia por todas partes ; y en fin, Benito, sacando su cortaplúmas, le hizo tal herida junto á una rodilla, que el insolente buhonero cayó dando descompasados gritos. Adela, que casi espiraba de dolor durante la accion, aconsejó á sus hermanos la fuga ; y ellos tomaron este partido, dejando en el suelo, al lado del herido, los restos de una comida que habian empezado bajo mas felices auspicios.

El buhonero, aunque con trabajo, se levantó ; y pidiendo en alta voz auxilio, caminó tras de nuestros fugitivos, que mas ligeros que el viento á nada se detenian ; pero al revolver de una senda se les presentaron tres guardas de campo que atrevesándose en el camino, los detuvieron. Su enemigo los alcanzó; refirió el suceso con los mas feos colores, y mostró la herida que habia recibido. Las lágrimas y gemidos de los desgraciados muchachos no enternecieron á los guardas ; estos los llevaron á casa del juez del pueblo mas cercano, que distaba muy poco de la casa de su padre. Allí curaron al herido, y le llevaron al hospital, entablando en seguida una querella criminal. ¡ Qué pesarosos, qué arrepentidos estaban los muchachos de haber hecho este fatal viaje, en que tanto pensaban haberse divertido !

El juez, que conocia y estimaba al virtuoso Palemon, al instante pasó el correspondiente aviso á su casa, y retuvo á los muchachos. Como Palemon todavía estaba ausente, Armando, pálido y afligido acudió á casa del juez, donde halló á sus hermanos

aterrados. El magistrado contó el suceso al tímido Armando, manifestándole que no podia ménos de poner á los delincuentes en la cárcel hasta la llegada de su padre. Armando intercedió, y á fuerza de instancias consiguió que el juez le entregase á su hermana y Leon, quedando presos Julio y Benito, el primero como causa principal de la pendencia, y el segundo por haber herido al buhonero. ¡ Qué dolorosa separacion para Julio y Adela ! pero mas lo era para esta, porque veia que todo el alboroto dimanaba del rasgo de galantería con que su amigo habia querido manifestarle su ternura ; pero, sin remedio, era preciso separarse de los brazos de los pobres presos, que ya se daban por perdidos.

Armando volvió á la casa paterna con Adela y Leon. Estaba desesperado, pues en dos dias que habia faltado su padre, todo se hallaba trastornado. ¿Cómo se atreveria á presentarse á Palemon? ¿cómo se habia de excusar de su poca vigilancia? en una palabra, ¿cómo haria para disminuir los crímenes de sus hermanos? pues Armando tenia muy buen corazon, y á ser posible, querria desarmar la cólera de su padre, ó que recayese en él tan solamente. ¡ Oh Dios mio ! ¡ qué difícil es, decia, gobernar á estos muchachos ! ¡ qué desórdenes resultan en una casa por la ausencia de su principal cabeza !

Miéntras que Adela y Leon contaban llorando á su hermano lo que sabian del principio de la escena, en que Julio y Benito habian sido víctimas, estos por órden del juez fueron encerrados en una sala baja de su casa, y no se les dió mas alimento que pan y agua : ¡ qué penitencia ! ¡ cuánto se culpaba Julio por su ligereza y atolondramiento, que tanto perturbaba á su familia ! Pero lo que mas temia era la vuelta de su padre. Sin embargo, Julio decia entre sí : Mi padre es bueno y justo ; sabe que yo nunca he disfrazado la verdad : se lo confesaré todo, verá que la culpa está de parte del buhonero, y vengará á sus hijos. Pero entre tanto era preciso sufrir, padecer y continuar preso como un delincuente. Benito estaba mas sosegado ; su genio y la dureza de su carácter le ofrecian mil motivos de consuelo. Ademas, se acostumbraba fácilmente á todo ; estaba determinado á cuanto pudiera suceder y tenia por muy justa la venganza que habia tomado de un bárbaro que, á tener mas fuerza, hubiera estropeado á él y á sus hermanos. Así es que permanecia tranquilo, y procuraba templar los amargos sentimientos de Julio.

La noche fué cruel para todos estos muchachos ; pero se pasó, y á la mañana siguiente Armando, Leon y Adela se juntaron á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

deliberar, cuando oyeron que paraba á su puerta un coche. Marcela abrió: ¡ oh Dios ! ¡ qué vista tan agradable, y al mismo tiempo tan penosa para los tres ! Era su padre, el cual venia acompañado de una jóven y un venerable anciano, á quienes dijo: Entrad, este es mi campestre asilo ; ahora veréis á mis hijos, y conoceréis que soy el padre mas venturoso.

¡ El padre mas venturoso ! ¡ qué palabras tan terribles para Armando, Leon y Adela ! sin embargo, volaron á recibir á su padre, y le abrazaron con la mayor ternura. Palemon se admiró de no ver á Julio y Benito, acusaba su frialdad, y se quejaba de tan poco cariño. Adela y Leon lloraban ; Armando fijaba sus ojos en la tierra; Palemon se inquietó, hizo várias preguntas á su hijo mayor, y este pidió contestarle á solas. Habla libremente, le dijo su padre, este caballero es muy amigo mio, y ninguna de mis cosas puede serle indiferente.

Entónces Armando refirió á su padre la desgracia ocurrida, y añadió que hasta este accidente sus hermanos habian manifestado la mayor docilidad y sumision. Armando no queria agravar con sus quejas la pena que experimentaban ; le parecia que estaban bien castigados con lo que les habia sucedido, y así procuraba no debilitar el cariño de su padre para que acudiese cuanto ántes al remedio, y no trascendiese mas el castigo de los culpados. Palemon, luego que oyó la narracion, se cruzó de brazos, y permaneció pensativo durante algunos minutos; despues recobró su serenidad, y dijo á Armando : Véte, hijo mio, véte á hacer preparar cuarto y camas para mi amigo y su hija.

— Pero señor... — Anda : pronto sabrás mi intencion.

Adela y Leon siguieron á Armando, evitando así la presencia de su padre, cuyas miradas severas no podian tolerar. Palemon hizo entrar en casa á sus huéspedes, y se les sirvió el desayuno; habló de asuntos indiferentes, puso en su lugar las cosas que traia en la maleta, y salió despues de haber hablado en secreto con su amigo. ¿ Adónde irá? Cualquiera padre de familia conocerá fácilmente que volaba al socorro de sus hijos.

En efecto, fué á casa del juez el afligido Palemon, le habló largo rato á solas, y luego fueron los dos al hospital para examinar al buhonero, que estaba casi restablecido. Su herida no era considerable; pero este bribon habia exagerado el mal para sacar mayores ventajas. Ambos salieron muy descontentos de tal sugeto; volvieron á casa del juez, y entraron donde se hallaban los pobres muchachos presos : ¡ qué golpe para estos ! La cabeza de Medusa no los hubiera petrificado tan pronto. Benito miró á otro lado, y Julio derramaba un torrente de lágrimas. Su padre enternecido, se las enjugó ; y sentándose junto á él, le mandó que le refiriese cómo habia sido la pendencia que habian tenido con el buhonero. Padre mio, dijo Julio sollozando ; perdonadme... ¡ Oh ! perdonadme si me atrevo á haceros una confesion que manifestará mi aturdimiento, y aunque me disculpará en cierto modo, tambien agravará mis defectos. Me reconozco un pobre huérfano, á quien vuestra bondad recogió en el seno de su familia ; siempre he mirado á Adela como la cosa mas bella... — No tratamos de eso, le dijo Palemon; vamos al caso, Julio, vamos. — Ayer por la mañana para hacer un regalo á Adela, llevé á su cuarto un lazo de cinta para preguntarle si le gustaba, con la firme intencion de bajar al instante á pagar al buhonero, que habia quedado hablando con Marcela. Yo no sé cómo fué : me entretuve tal vez demasiado; el bribon se marchó, y ahora tiene el atrevimiento de acusarme... ¡ de ladron !... ¡ de ladron !... ¡ Dios mio! Bien sabéis, padre mio, que yo nunca he manifestado inclinacion á semejante infamia; esta es la verdad. El hombre quiso maltratarnos; nosotros nos defendimos, y el señor juez que está presente nos ha puesto presos : ¿ por qué han de encarcelar á uno cuando no lo merece ?

Palemon no pudo ménos de sonreirse al oir esta sencilla exclamacion de su hijo adoptivo ; abrazó á Julio, lanzó una mirada severa á Benito, que calló miéntras Julio hablaba, y salió con el juez, sin proferir una palabra que pudiese dar esperanzas á los presos de su pronta libertad. Al cabo de una hora, el mismo juez se presentó á buscarlos para entregarlos á su padre, que los llevó á su casa, sin hacer caso de las gracias que le daban, ni reprimir los extremos de alegría que les causaba su libertad.

Palemon conocia perfectamente los diferentes caractéres de sus hijos, para no dudar que Julio le habia dicho la verdad. Veia en todo el caso mucho atolondramiento sin duda; pero tambien mucha delicadeza en Julio, y valor en todos sus hijos, que habian sido maltratados por un hombre grosero y sin educacion. Tenia bastante crédito con el juez para que no pasase adelante este asunto, que, bien mirado, solo era una travesurrilla que no podia concitar la severidad de las leyes. El herido se dió por satisfecho con una corta cantidad ; se cortó la querella, y la casa de Palemon volvió á su antigua tranquilidad y acostumbrado método. Los muchachos no eran felices en sus voluntarias excursiones, y esto podia servir-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

les de leccion. Tambien conocia Palemon que Armando disimulaba las quejas que podia tener de sus hermanos; pero no queria indisponerle con ellos, y admiraba su buen corazon. Se propuso corregir fuertemente á Benito que era el que echaba á perder á los otros, siendo el motor de todas las picardigüelas y disensiones, y parecia ciertamente incorregible. En cuanto á la inclinacion que Julio manifestaba á Adela, no podia Palemon darse por sentido, porque hacia mucho tiempo que premeditaba unirlos; pero esperaba á que estuviesen bien formados y se fortificase su mutuo afecto. Sin embargo, para contener la violencia de una pasion que podia conducirlos á excesos perjudiciales á las costumbres, se propuso no perderlos de vista, y evitar que tuviesen con frecuencia ocasiones de estar solos. Este era un justo medio, y Palemon se hallaba en estado de dar un colorido suave á su severidad. Dejémosle proceder á su arbitrio; él sabe lo que hace, y tal vez nos enseñará á conducirnos en situacion igual á la suya.

Benito y Julio fueron abrazados y acariciados con la mayor ternura por Armando, Adela y Leon, que los amaban con cariño fraternal. Palemon se retiró al instante á su cuarto, adonde hizo que se presentase Armando, y le dijo sin manifestar enojo ni amabilidad: Hijo mio, yo te habia confiado esta casa, y depositado en ti todos mis derechos sobre tus hermanos: me lisonjeaba de que me habrias sustituido dignamente: creia que en tu edad, y con tu carácter grave y reservado, tendrias bastante fondo, bastante solidez y bastante órden é inteligencia para cuidar, mantener y arreglar la conducta de cuatro muchachos que son mas jóvenes que tú, y por consiguiente tienen mas veleidad y ligereza. En esta confianza me puse en camino; ha durado sodo tres dias mi ausencia, y en tan corto tiempo todo se ha trastornado, y todo ha sido aquí desórden y confusion. Entro, y hallo algunos de mis hijos llorando; otros presos y acusados de crímen que no puedo imaginar quepa en ellos: ¿qué debo pensar, hijo mio? ¿podré todavía suponer en ti el juicio, el discernimiento y precoz madurez que yo creia tuvieses? ¿podré oirte hablar decisivamente de establecimiento y aun de matrimonio, sin imponerte silencio, como en igual caso lo haria con Leon, tu menor hermano? El que no sabe ayudar en las tareas á su anciano padre, y tomar parte en los trabajos domésticos, no puede tener casa ni manejarse por sí. En la casa paterna, es donde se ensayan aquellas virtudes laboriosas que nos hacen llegar algun dia á ser dignos padres de familia. El que no sabe gobernar muchachos, todavía lo es él. Hé aquí la opinion que mi corta ausencia me ha hecho formar de ti; y creo que no tengas tanto amor propio que dejes de conocer la justicia de mi concepto. — Padre mio.... — No procures disculparte: repito que mi opinion acerca de ti es justa; y solo me puede hacer pensar de otra manera una larga serie de pruebas en órden á la solidez de tu carácter. Véte, hijo mio: no te impondré penitencia ó castigo como á un muchacho; la vergüenza que debes experimentar por haber perdido la confianza de tu padre, es castigo suficiente para empeñarte á merecerla de nuevo. Véte, hijo mio, y participa á tu hermano Benito que se prepare para marchar mañana á una casa de correccion, adonde tú mismo le llevarás. — Cómo... Señor... — No gusto de preguntas: haz lo que te mando.

Armando, desconcertado de pesar y confusion, fué á buscar á Benito, á quien delante de los demas hermanos intimó la órden que habia recibido de su padre para llevarle á una casa de correccion. Todos se asustaron, ménos Benito, que mordiéndose los labios, dijo: Á la verdad, mi padre no hace justicia: siempre me culpa de los defectos de los demas: ¡Dios mio, yo soy el que hace todo el daño, yo soy el mas malo de toda la familia! véase lo que son las preferencias de los padres, que detestan á un hijo por solo mimar á los otros: ¿quiere que vaya á una casa de correccion? pues bien, iré, iré; y que se regale con su querido Leon. ¡Oh! para eso hace versos, tiene divino ingenio, y yo soy un salvaje; pero algun dia verá que tengo tan buen corazon como cualquiera de sus hijos.

Leon, que se oyó apostrofar sin razon, léjos de enfadarse, se acercó á consolar á su hermano, porque este excelente muchacho conocia que algun desahogo se le habia de permitir á un desdichado; y sin examinar si su hermano era ó no envidioso, bueno ó malo, le dijo: Pero Benito, ¿por qué te irritas conmigo? nadie te ama con mas ternura que yo; nadie te compadece con mayor sinceridad; y si de mí dependiese el cambiar tu suerte, si supiera que postrándome á los piés de papá podia mitigar su rigor, al instante correria á ejecutarlo; pero ya conoces su carácter severo é inflexible; y pues ha resuelto separarte de sí y arrancarte de nuestros brazos, nada podríamos adelantar. ¡Pobre Benito! es preciso que te resignes y obedezcas. — ¿Resignarme? ¿obedecer? fácilmente lo dice cualquiera que, como tú, es el Benjamin de la casa; pero no creáis, hermanos, que esto me causa tanta pena como imagináis, no por cierto; yo seré mas feliz, pues no me veré continuamente reprendido, y como dicen, hecho el estropajo de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos. Y díme, Armando ¿no te ha dicho dónde está esa casa?— No, ni yo me he atrevido á preguntárselo. — No importa : sea donde quiera, con tal que esté muy léjos : de este modo participaré ménos de felicidad de los demas.

Benito se monstraba muy consolado, pero interiormente padecia mucho. En esta ocasion era cuando manifestaba mas su carácter duro y envidioso. Se negaba á las caricias de sus hermanos, y les decia desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor. Tambien el despecho agriaba sus quejas. Se veia excluido de una familia, en la cual se creia él el muchacho mas amable; se miraba como una víctima sacrificada á la predileccion de su padre respecto de sus hermanos ; afectaba resignacion, pero estaba muy léjos de tenerla.

Cuante ántes pudo, se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su cuarto, dispuso su maletilla, y bajó á comer. Palemon estaba sentado entre su amigo y la hija de este. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó mas cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sorprendido, que casi creyó que Armando le habia engañado, suponiendo la órden de su padre; pero pronto recibió el mas completo y cruel desengaño, porque Palemon, concluida la comida, dijo, levantándose de la mesa : Hijos mios, á la hora regular al terrazo. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito, y que por última vez disfrute el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color ; su corazon latia con terrible agitacion y casi se desmayó; Adela, que conocia su estado, le accompañó hasta su cuarto. La mañana concluyó tan triste como habia empezado.

TARDE XXXIII

LA DUREZA

Si genio duro, iracundo,
Por desgracia te domina,
Caminarás á tu ruina
Si con esmero profundo
No purifican lo inmundo
De tu feroz condicion ;
Que la cruel inclinacion
En perversa degenera,
Si á tiempo no la modera
La esmerada educacion.

Llegada la tarde y reunidos todos, quiso Palemon distraer el sentimiento general que el castigo de Benito habia causado. Aquí tenéis, hijos mios, les dijo, este venerable anciano que es mi bienhechor Mr. Delacour, de quien ántes de ahora os he hablado, y esta señorita es su amable hija Enriqueta. Los muchachos abrazaron con entusiasmo al primero y saludaron con respeto á la segunda, á quien Adela prodigó las mayores atenciones haciéndola sentar á su lado. Armando miró á la jóven con tal atencion que la hizo bajar los ojos; ántes apénas habia reparado en ella, pero ahora que sabia quién era, hizo en su alma una impresion harto profunda.

Palemon continuó diciendo : Sí, hijos mios, ved aquí un hombre á quien debo toda mi fortuna, y la felicidad de haber sido es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos. Y díme, Armando ¿no te ha dicho dónde está esa casa?— No, ni yo me he atrevido á preguntárselo. — No importa : sea donde quiera, con tal que esté muy léjos : de este modo participaré ménos de felicidad de los demas.

Benito se monstraba muy consolado, pero interiormente padecia mucho. En esta ocasion era cuando manifestaba mas su carácter duro y envidioso. Se negaba á las caricias de sus hermanos, y les decia desvergüenzas en los mismos momentos que ellos le daban las mayores pruebas de su amor. Tambien el despecho agriaba sus quejas. Se veia excluido de una familia, en la cual se creia él el muchacho mas amable; se miraba como una víctima sacrificada á la predileccion de su padre respecto de sus hermanos ; afectaba resignacion, pero estaba muy léjos de tenerla.

Cuante ántes pudo, se arrancó de los brazos de sus consoladores, subió á su cuarto, dispuso su maletilla, y bajó á comer. Palemon estaba sentado entre su amigo y la hija de este. Nada habló con Benito sobre lo pasado, y aun le manifestó mas cariño que á los otros hermanos. Quedó con esto Benito tan sorprendido, que casi creyó que Armando le habia engañado, suponiendo la órden de su padre; pero pronto recibió el mas completo y cruel desengaño, porque Palemon, concluida la comida, dijo, levantándose de la mesa : Hijos mios, á la hora regular al terrazo. Mi amigo nos contará un caso muy particular que le ha sucedido. Gustaré de que le oiga Benito, y que por última vez disfrute el placer de nuestras tardes.

Benito perdió el color ; su corazon latia con terrible agitacion y casi se desmayó; Adela, que conocia su estado, le accompañó hasta su cuarto. La mañana concluyó tan triste como habia empezado.

TARDE XXXIII

LA DUREZA

Si genio duro, iracundo,
Por desgracia te domina,
Caminarás á tu ruina
Si con esmero profundo
No purifican lo inmundo
De tu feroz condicion ;
Que la cruel inclinacion
En perversa degenera,
Si á tiempo no la modera
La esmerada educacion.

Llegada la tarde y reunidos todos, quiso Palemon distraer el sentimiento general que el castigo de Benito habia causado. Aquí tenéis, hijos mios, les dijo, este venerable anciano que es mi bienhechor Mr. Delacour, de quien ántes de ahora os he hablado, y esta señorita es su amable hija Enriqueta. Los muchachos abrazaron con entusiasmo al primero y saludaron con respeto á la segunda, á quien Adela prodigó las mayores atenciones haciéndola sentar á su lado. Armando miró á la jóven con tal atencion que la hizo bajar los ojos; ántes apénas habia reparado en ella, pero ahora que sabia quién era, hizo en su alma una impresion harto profunda.

Palemon continuó diciendo : Sí, hijos mios, ved aquí un hombre á quien debo toda mi fortuna, y la felicidad de haber sido es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

poso y padre. Sin duda descaréis saber cómo he logrado determinarle á que viniera á nuestra casa; y voy á deciroslo en pocas palabras.

Tres dias há que, como sabéis, salí de aquí para Paris, con las veinte mil libras que, en mi opinion, debia yo restituir á la beneficencia indigente. Al momento que llegué á la gran ciudad, acudí á la calle del arrabal de San Dionisio, número 32, donde vive Mr. Bertier, á quien dije: ¿Sois vos el sugeto que me ha remitido esta carta? — Sí, señor; pero.... vos.... ¿ sois el labrador Palemon, que debe todo cuanto tiene á Mr. Delacour? — El mismo soy. — Sin duda venís... — Á restituirle lo que tuvo la bondad de darme. — ¡ Cómo !... ¿las veinte mil libras? ¡ Hombre sensible y delicado ! eso es ya excederse en la fineza: tal vez no podáis desprenderos de esta suma sin un gran sacrificio muy perjudicial á vuestros intereses: no obliga á tanto la probidad, pues nunca debe convertirse en daño nuestro. Lo que yo os pedia era algun socorro, y nada mas. — Sosegaos: la fineza que hago, ó por mejor decir, la obligacion que cumplo, no me puede arruinar. — Sería una crueldad el permitir que os deshicieseis de tan crecida suma; y mucho mas teniendo hijos, pues sé que los tenéis: esta es su herencia, y no debéis despojarlos de ella. Vamos á otra cosa: supuesto que habéis hecho el favor de venir á mi casa, espero que no buscaréis otra posada: sentaos á la mesa conmigo sin el menor cumplimiento; y mañana trataremos del modo de socorrer á nuestro amigo, sin que se ofenda su delicadeza, porque la tiene muy grande.

Seguí á Mr. Bertier á otra sala, donde hallé una mujer de edad madura con cuatro niños, ¿Es esta vuestra familia? — Sí, señor, esta es mi familia; aunque mi esposa, que es la que veis, nunca ha tenido hijos. — ¿ Pues y estos?... — ¿ No lo adivinais? estos son hijos del pobre Delacour. Vive en esta misma casa, en el piso mas alto; allí le he proporcionado un estrecho albergue; todos los dias le envio la comida, y tengo sus hijos á mi mesa. — ¡ Hombre generoso ! ¿y esta señorita es la mayor? — No por cierto; pronto bajará, y veréis en Enriqueta la jóven mas amable del universo; y si puedo decirlo así, el ángel tutelar de su padre. No tiene mas que diez y seis años, y reune cuantas virtudes y gracias... pero ya llega.

En efecto, se presentó Enriqueta, que es la que veis junto á su respetable padre, y sola su vista excitó en mí la misma admiracion que sin duda habrá excitado en vosotros. Los muchachos miraron

á un tiempo á Enriqueta; ella se avergonzó, y Armando, sin poder contenerse, exclamó: ¡ Qué hermosa es !... Palemon miró á su hijo con cierta satisfaccion interior, y continuó de esta manera:

Sorprendióse un poco Enriqueta de hallar allí á un desconocido. Mr. Bertier le dijo á média voz: ¿ Cena? — Ya ha cenado, respondió ella; ahora está durmiendo. Entónces dije yo á Mr. Bertier: ¿ Por qué no le hacéis bajar á hecernos compañía? — Hace algunos dias que está postrado, porque padece muchos achaques.

Miéntras nosotros cenábamos, tuve ocasion de admirar el juicio y gracias de Enriqueta, como tambien la cariñosa atencion de Mr. Bertier respecto de los cinco hijos de su amigo, de los cuales el mas jóven tendrá como unos diez años. Nada hablámos por entónces del asunto principal; así que se retiraron los muchachos, y quedámos solos mi huésped, su esposa y yo, despues de un largo exámen, determinámos que á la mañana subiríamos juntos al cuarto de Mr. Delacour, y yo me daria á conocer. Así lo hicimos apénas vino Enriqueta á avisarnos que su padre habia dormido bien, y ya estaba despierto. Subímos Mr. Bertier y yo, y quedé penetrado de dolor al entrar en su pobre habitacion, y ver á mi generoso bienhechor rodeado de sus cinco hijos, que le hacian las caricias mas tiernas. Amado Delacour, le dijo Bertier alargándole la mano, vengo á presentaros uno de vuestros antiguos amigos. —¿ Quién ?¿el que está á vuestro lado? no tengo el honor de conocerle. — ¿No reconocéis sus facciones? — Me son enteramente desconocidas. — No podéis ménos de acordaros du un jóven labrador..... bien que ya se han pasado treinta años..... sin embargo, no habréis olvidado que en el bosque de los seis caminos, á veinte leguas de aquí, hicisteis dichoso á un tal Palemon, dándole una suma de dinero..... ¿qué, no hacéis memoria? — ¡ Ah! sí; ya me habia olvidado de eso... ¡ Cómo ! ¿sois vos aquel jóven Palemon que tanto me interesó? — El mismo soy, hombre benéfico; y vengo á consolaros, y ofreceros todos los débiles socorros que debéis esperar de mi gratitud. — Señor, yo os doy mil gracias... nada necesito para mí. — ¿Para vos? yo lo creo, porque tenéis un tierno amigo en Mr. Bertier; ¿ pero y vuestros hijos?... — ¡ Ah ! ¡ me traspasáis el corazon !... ¡ mis probres hijos ! — Les buscaremos un segundo padre; haremos que reciban la correspondiente educacion, y... — ¿ Qué queréis decirme con eso ? ¿ imagináis que porque tuve en otro tiempo la dicha de favoreceros, tendria ahora la bajeza de pediros la restitucion de una suma que era vuestra,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues yo os la habia dado? — No es eso, señor; sino que así como vos me socorristeis con aquella cantidad cuando podiais hacerlo, yo os suplico que ahora me permitáis el prestaros otro tanto dinero, puesto que tambien me hallo en disposicion de poder hacerlo. — ¡Ah! señor... no me avergüenzo de vuestro generoso ofrecimiento; pero ¡cuán penosa me hace mi situacion esa generosidad! ¡cuánto mas aviva el sentimiento de mi miseria!

Mr. Delacour prorumpió en amargo llanto, y por no agravar su dolor tomé el partido de retirarme, prometiéndole que en la misma mañana volveria á verle. Cuando nos vimos solos, me dijo Mr. Bertire: Ya veis cuánta es su altivez y delicadeza en medio de sus adversidades. —¿Han sido muchas sus desgracias? — Muchas y muy particulares; yo creo que os hará relacion de ellas. — Y si se niega á recibir auxilios ¿qué hemos de hacer? — No lo sé... yo no tengo muchas facultades: podria encargarme de uno ó dos de sus hijos; pero de toda la familia, me es imposible. — Atended, Mr. Bertier, y examinad una idea que me han sugerido vuestras palabras... sí; no es posible que pueda negarse á esta proposicion. — ¿Y cuál es? — Yo tengo una granja ó casa de campo bastante cómoda y espaciosa, y puede venir á ella, donde acabará sus dias en medio de mi familia. Me llevaré tambien á la amable Enriqueta, á fin de que este anciano reciba siempre las caricias de su amor filial; y vos en vuestra misma casa cuidaréis de los demas hijos, pagándoos yo una pension anual para este efecto. — Nada de pension: no quiero sino que me deis cualquiera cantidad para establecerlos á su debido tiempo, y yo me encargo de enseñarles mi comercio.

Convenidos en este punto, supliqué á Mr. Bertier que subiese á ver á Delacour, y le diese parte de lo que habiamos tratado con toda la dulzura y respeto posibles, á fin de no exasperarle. Bajó despues de una hora, y desde léjos me gritó: ¡Bravo, amigo mio! mucho trabajo me ha costado; pero al fin le he reducido. —¿De véras? — Mi pobre amigo no queria dejarme: llorábamos juntos, y me he visto obligado á decirle que la estrechez de mi situacion no me permite favorecerle por mas tiempo. Así es que ha creido que me era gravoso, y se ha determinado. Este era el único resorte de que podia valerme, de modo que me ha sido forzoso herir su misma delicadeza para vencerle. Cuando queráis podéis partir con Delacour y Enriqueta, que está contentísima de esta mutacion, porque vuestro aspecto, vuestros modales y franqueza le han inspirado el respeto mas profundo y la mas tierna confianza.

Despues arreglámos nuestros negocios de interes: Mr. Bertier no quiso recibir mas que ocho mil libras, esto es, dos mil por cada uno de los cuatro hijos que quedaban en su casa para dirigirlos y procurar su establecimiento. Él cumplirá su palabra: estoy muy seguro de que la cumplirá, porque es el hombre mas honrado que conozco. Hallábase Delacour en estado de soportar el movimiento de un coche, y partímos con la amable Enriqueta, aunque les ha sido muy dolorosa tan inesperada separacion, pues dejámos anegados en lágrimas al buen Bertier y á sus cuatro pupilos. Ya tenéis, hijos mios, en vuestra presencia á mi respetable bienhechor y á su preciosa hija. Los dos vivirán con nosotros, aumentado con sus bellas cualidades las delicias de nuestra pacífica mansion. En este supuesto, me parece que no necesito recomendaros la veneracion, el respeto, las atenciones y la ternura cariñosa que exigen sus virtudes, sus desgracias y sus beneficios.

Todos los muchachos prometieron á su padre hacer cuanto estuviese de su parte para servir, obsequiar y complacer á dos personas tan dignas de su atencion; y estrecharon nuevamente en sus brazos á Delacour, que no se cansaba de dar gracias al cielo por haberle proporcionado en sus últimos dias tan agradable retiro. Entónces Palemon, á quien habia enternecido esta escena, dijo: Ahora suplico á mi amigo Delacour que os refiera las desgracias que le han conducido al doloroso estado de que he tenido la satisfaccion de sacarle. Hacedme este gusto, amigo mio, y quiera Dios que la relacion de vuestras desventuras sea útil á estos jóvenes, que os escucharán con la mayor atencion.

Todos se acercaron á Mr. Delacour, que tenia la voz débil. Armando vió un claro entre la silla de Enriqueta y Adela, y colocó allí la suya, con lo que se halló junto á la que daba principio á la interior revolucion de su alma. En fin callaron profundamente todos, y el anciano empezó su historia en estos términos.

Historia de la Ermita de San Leonardo.

En mi juventud he cometido muchas faltas que, aunque despues me arrepentí de ellas, me atrajeron el castigo de la divina Providencia que hasta el dia pesa sobre mí. Nací en una aldea del Languedoc en que mi padre era uno de los mas ricos hacendados; quedó viudo bastante jóven, y aunque de carácter duro, era bueno é indulgente para con sus hijos, hospitalario y generoso para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con los extraños; y como exento de preocupaciones no se oponia á que mis hermanos y yo alternásemos en nuestros juegos con los hijos de los pastores de las inmediaciones, cuyo frecuente trato me hizo colérico, arrebatado y violento.

Un dia que jugaba yo con mis hermanos Saturnino y Leonardo, nos enfadámos no sé por qué friolera; llevados de nuestra agreste inclinacion vinimos á vias de hecho, y empujando yo á mi hermano Leonardo hácia unas piedras, cayó tan fuerte golpe que se rompió una pierna. Le cogimos entre los dos y del mejor modo que pudimos le llevámos á la casa paterna. ¡ Cuál sería el dolor de mi padre que le amaba entrañablemente ! Conocia muy bien mi carácter, y aunque mis hermanos y yo de acuerdo achacámos á la casualidad este funesto accidente, desde luego me culpó como autor de esta desgracia, y arrojándome del hogar paterno me condujo él mismo á algunas leguas de distancia al albergue de un pastor, á quien, segun la órden que me intimó, debia ayudar en sus faenas pastoriles. En vano clamé, lloré, protesté; mi padre fué inflexible y yo quedé en poder de Pedro.

Pues me tratan como á un bárbaro, dije para mí, procuraré serlo, y verán que me aprovecho de la educacion que quieren darme. Tenia Pedro una hija de diez y seis años; yo contaba catorce, y por vengarme de mi padre, resolví fingir el amor mas ardiente por esta muchacha, y el deseo mas vivo de casarme con ella; mi padre, decia yo entre mí, tiene bastante vanidad; este amor y este deseo le humillarán, y entónces conocerá que ha hecho mal confundirme con estos rústicos, por lo cual es regular que me saque de entre ellos.

¿Habéis oido igual proyecto? ¿no era muy digno de una cabeza loca, maligna é inconsecuente, que se atraia un terrible castigo, queriendo castigar al padre mas tierno y delicado con sus hijos? Desde aquel momento prodigué toda especie de atenciones á Margarita, la cual, necia y coqueta, incurrió en la locura de corresponder al fingido amor de un muchacho. No dejó de advertirlo su padre y quiso enojarse; mas yo entónces le manifesté el deseo que tenia de casarme con su hija. Pedro, discurriendo que de este enlace le resultaria mucho honor y una grande utilidad, me animó; y desde entónces empezó á hablarme con la gorra en la mano. Eso era lo que yo queria, pues así me respetaban, y no me encargaban trabajos duros; en fin, no hacia nada, y me complacia interiormente de la sorpresa y cólera de mi padre cuando supiese mi inclinacion y mis deseos, lo que se verificó puntualmente.

Hacia seis meses, que estaba en compañía de Pedro; no habia visto á mi padre en todo este tiempo, ni recibido noticia de mi casa. Un dia se presentó mi padre con mi hermano mayor Saturnino, y ambos estaban abatidos, y sus ojos cargados de lágrimas. Muy bien, caballerito, me dijo mi padre; me habéis privado de un hijo; Leonardo... ¡ ya no existe ! — ¿Leonardo?... — Se le ha gangrenado la pierna, y murió ántes de ayer entre mis brazos. ¡ Oh monstruo ! ¡ qué crímen has cometido ! ¡ eres un fratricida ! — Pero yo, señor, no soy culpable. — ¡ Cómo ! ¿ este es el sentimiento que manifiestas? Quítate de mi presencia: no te vuelva yo á ver, que tu vista aumentaria mi tormento... ¡ Dios mio !... — Señor, yo no pido volver á casa, porque me he enamorado de Margarita, y me voy á casar con ella. — ¿ Qué fábula es esa? — No es fábula, señor: digo que estoy perdido de amor por Margarita, y no deseo sino ser su marido. — ¡ En verdad que vienen á tiempo semejantes locuras ! — Sean en buen hora locuras; pero quiero ser rústico y esposo de Margarita. — Puedes ser lo que quieras, malvado; ya no cuento contigo para nada: y asi, haz lo que mejor te parezca.

Dicho esto, mi padre y Saturnino se fueron, y me dejaron atónito. De nada me servia el artificio que habia meditado. En vez de reprenderme y separarme de Pedro para que no me arrojase á una accion tan perjudicial á mi familia, se me concedia cuanto yo habia fingido que deseaba, y no querian volver á oir ni aun mi nombre. ¿Qué habia de hacer entónces? ¿debia continuar suspirando al lado de Margarita? ¿podia yo pensar seriamente en casarme con ella? esto era imposible: lo primero, porque yo era demasiado jóven todavía; y lo segundo, porque léjos de querer á aquella necia, la aborrecia.

Pasé algunos dias triste y desconsolado. La memoria de la muerte del pobre Leonardo me horrorizaba; y en las melancólicas horas de la noche, en las sombras del sueño veia á mi infeliz hermano extender sus brazos hácia mí y culparme por su muerte. No pensaba ya sino en mis errores, y me propuse expiarlos con la mas rigurosa penitencia, entrándome en el primer convento que encontrara apénas huyese, como lo tenia determinado. Huí en efecto de la habitacion de Pedro y Margarita, quienes sin duda quedarian bien desengañados de mi fingida pasion. Salí pues una noche, sin dinero, y aun casi sin vestidos. La miseria de mi situacion me ofreció la idea de ir á arrojarme á los piés de mi padre, implorar su perdon, y solicitar que no me negase su antigua ternu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra; pero reconocia que, aunque no obré con intencion, le habia privado de un hijo: me figuraba que este desdichado padre me aborrecia, y que, aun suponiendo que me admitiese en su casa, siempre sería tratado con dureza, lo cual yo no podria sufrir, ni ménos su predileccion respecto del hijo mayor. No, dije; es preciso huir para siempre de la casa paterna, y encerrarme en un convento... ¿pero en cuál? ¿dónde lo hallaré, si aun ignoro los caminos por donde debo dirigirme? No importa; caminaré á la ventura, y podrá ser que el cielo me prepare un saludable retiro en recompensa de mis remordimientos, y del deseo que tengo de expiar mis pecados.

Caminé, pues, sin saber por dónde, é iba entrando la noche sin que yo pensase en los peligros á que me exponia. Seguí las orillas del rio Loira sin cesar de caminar, y agobiado ya del cansancio, creo que al fin me hubiera resuelto á echarme en el suelo y pasar así la noche, si no hubiese visto brillar una luz á lo léjos, que me pareció salia de alguna cabaña inmediata al rio. Pasó junto á mí un pescador, que fué la única persona que hallé en mi precipitada fuga, y le pregunté de dónde salia aquella luz que se distinguia. — De la ermita de San Leonardo, me contestó. — ¡De la ermita de San Leonardo! ¿cómo se halla abierta á estas horas? — Siempre lo está dia y noche, á fin de que los viajeros extraviados encuentren adonde refugiarse y descansar. — ¿Conque solo sirve para los viajeros? — No, señor, para todo el mundo está abierta. — ¿Habrá alguno que asista y cuide de la ermita? — Sí, señor, hay un santo ermitaño, hombre muy penitente y religioso segun la voz general; pero hijo mio ¿no sois de este país? ¿cómo es que no tenéis noticia de la ermita de San Leonardo, siendo tan célebre por las muchas romerías que allí se hacen? — Algo he oido hablar de eso, pero poco: os agradezco las noticias, y Dios os guarde. — Si acaso os habéis perdido, y no sabéis el camino de vuestra casa... — No por cierto, mil gracias, lo agradezco infinito.

Me aparté apresuradamente de aquel hombre, por no hacerme sospechoso; y luego que me hallé bien distante de él, me detuve á reflexionar sobre lo que me habia dicho. ¡La ermita de San Leonardo! ¡cuánto me horrorizaba este nombre recordándome la trágica muerte de mi infeliz hermano! Voy, dije, á este religioso sitio, á pesar del espanto que me inspira; allí pasaré mis tristes dias con el santo varon que cuida de la ermita, y rogaré sin cesar por el descanso de mi hermano. ¡Oh padre mio! yo me purificaré, y me haré digno de ti; y si algun dia tengo la dicha de encontrarte, no me negarás tu gracia, y me admitirás en tu seno paternal.

Entregado á estas ideas de consuelo, mis fuerzas se reanimaron, y llegué á la ermita que efectivamente estaba abierta, segun me lo habia dicho el pescador. Una lámpara pendiente de la bóveda iluminaba este respetable sitio. Me arrodillé, y sin examinar si me hallaba solo en este asilo de recogimiento, empece á hacer oracion, cuando repentinamente llegó á mis oidos una voz, que me hizo estremecer, diciéndome: Jóven, ¿qué buscas aquí? ¿por ventura te has extraviado?

Volví la vista hácia donde salia la voz, y vi á un ermitaño, en un rincon de la ermita, sentado en una silla, con un libro en la mano. Señor, le dije, soy un infeliz reo de un crímen atroz. — Acércate, y desahoga en mi seno tus fatigas, pues no hay crimen que Dios no perdone al que se arrepiente con sinceridad. Me acerqué temblando, le conté mi vida, y al llegar á la muerte de mi hermano, exclamó: ¡Oh inhumanidad! ¡qué horror! ¿cómo te sustenta la tierra? — Pero si fué por una casualidad. — No importa: ¿cómo?.... tan jóven... ¡y ya manchado con la sangre!... — Pero, por Dios, que os hagáis cargo... — ¿De qué? — De que todo fué pura casualidad, pura casualidad; ¿lo entendéis? ¡bastantes sentimientos me ha ocasionado! ademas de que continuamente lloro por mi amado Leonardo... — ¿Leonardo? — Así se llamaba mi infeliz hermano.

El padre Lúcas (con este nombre era conocido por toda la comarca el ermitaño) se habia aturdido, creyendo que yo habia cometido un fratricidio meditado; pero al fin, reflexionando bien el lance, me consoló, me abrazó y me dijo: Y ahora ¿qué piensas hacer? — Me siento con grande inclinacion al retiro y soledad: si quisieseis que me quedara en vuestra compañía, os ayudaria en todo cuanto se os pudiese ofrecer. — Pero tu padre... — Mi padre no me quiere consigo: puede ser que sabiendo el partido que abrazo, al cabo de algun tiempo se digne perdonarme y restituirme su amor. — Dices bien, hijo mio: quédate aquí, y sustituirás al hermano Julianito, que murió hace dos meses, y me ayudaba con el mayor esmero; pero no te metas en nada de lo que veas y oigas; exijo de ti docilidad, sumision, confianza ciega, y sobre todo ninguna curiosidad. — Sobre todo ninguna curiosidad: ¡no es esto, padre mio! — Eso es. — Pues yo os daré gusto.

El ermitaño se puso á leer: yo, admirando su gravedad, me senté en un banco, donde dormí tan profundamente, que cuando

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desperté ya era muy entrado el dia. Estaba ya el ermitaño haciendo oracion, y así que acabó me llevó á la sacristía, donde almorzámos.

Tuve despues todo el tiempo necesario para examinar la ermita, que tenia unos treinta piés de largo y quince de ancho; era muy baja de techo, y todo su ornato se reducia á un altar muy sencillo con un gran cuadro del santo; á un lado un confesonario y unas sillas de forma muy antigua; al otro algunos bancos arrimados á lo largo de la pared, y al fin una pila de agua bendita. Sobre el tejado habia una campana cuya cuerda bajaba á la capilla, y mi ocupacion principal era el tocarla repetidas veces, particularmente de noche, para llamar á los caminantes extraviados. Detras de la ermita estaba la sacristía, y en un rincon de ella la cama donde el venerable varon descansaba algunas horas del dia. Cuando se despertaba ocupaba mi lugar en la ermita y yo el suyo en la cama, compuesta de un mal colchon y un cobertor. Desde que el ermitaño perdió á mi predecesor, se veia precisado á cerrar la ermita en tanto que descansaba; pero luego que yo me quedé allí, siempre la tenia abierta. No estaba muy distante del camino real; y como el ermitaño tenia tanto crédito de santidad por todos aquellos contornos, ninguno pasaba que no entrase á hacer oracion y dejase alguna limosna. Por la noche dormia yo sobre un banco, y me levantaba de cuando en cuando á tocar la campana; á la mañana almorzábamos perfectamente; despues barria yo la ermita, disponia la lámpara para encenderla por la noche, y leia alguno de los libros devotos que tenia el ermitaño.

Lo que siempre me admiraba era que el buen hombre iba por sí mismo á hacer las provisiones, y volvia con las alforjas llenas de todo género de viandas, no pudiendo yo averiguar cómo se consumian, pues siendo dos nosotros, venia comida para veinte.

Pero mucho mas me sorprendia y aun me asustaba algunas veces, el ver que despues de mediodía me quedaba solo en la ermita, porque el hermano Lúcas con una llave, que nunca dejaba, abria delante de mí una puertecilla muy disimulada con las mismas molduras del altar; desaparecia, y no volvia hasta la noche. Muchas veces, examinando la situacion exterior de la ermita, que daba sobre el Loira, procuré inquirir adónde podria conducir aquella misteriosa puerta; pero fueron inútiles todas mis investigaciones. Algunas veces me parecia oir gemidos que me aterraban, sin poder acertar el paraje de donde salian. Aunque en diversas ocasiones estuve para pedir al ermitaño que me explicase este misterio, siempre me contuvo la promesa que le habia hecho de reprimir la curiosidad de mis deseos. Si al volver cargado con la alforja llena, ó cuando desaperecia por aquella puertecilla, le parecia que le observaba con alguna atencion, me lanzaba una mirada severa, me hacia señas con la mano para que me retirase, ó bien me repetia lo que mil veces me habia dicho : *docilidad, sumision, ciega confianza y ninguna curiosidad.* Yo no me atrevia á mirarle, me volvia hácia otro lado y le dejaba hacer cuanto queria; pero padecia interiormente, y me abrasaban los deseos de saber lo que me ocultaba con tanto misterio y cuidado.

Poco mas de tres años pasé en esta inquietud, sin que en tan largo tiempo me atreviese á pensar en volver á casa de mi padre. Mucho lo desaba, porque ya era un hombre formado, y no me faltaba discernimiento. Tenia diez y ochos años, y conocia que perdia el tiempo en un estado que cada dia se me hacia mas intolerable. Veia que para nada era de proveeho siguiendo así, y experimentaba aquel noble orgullo, aquella ambicion racional que inflama á todos los que piensan con seriedad sobre sí mismos; pero me dominaba cierto temor supersticioso. El ermitaño, que temia me escapase, y me amaba cordialmente, me ponia continuamente á la vista la confusion del mundo, la inconstancia de las cosas, la ingratitud de los amigos, la falsedad de los parientes, y finalmente, cuando me veia vacilante, me pintaba la muerte de mi hermano con los colores mas horrorosos, y la legitimidad del odio que mi padre debia profesarme toda su vida. En una palabra, abusaba de la flaqueza de mi espíritu, reduciéndome á cuanto queria con argumentos sofísticos y capciosos, y ponderándome las ventajas de la tranquilidad que disfrutábamos en aquel silencioso retiro. Yo cedia, aunque sin abandonar la idea de escaparme cuanto ántes; pero lo que mas me detenia era el melancólico ruido de los gemidos que oia algunas veces, y por consiguiente el deseo de averiguar este y todos los misterios que el ermitaño me ocultaba con tanta reserva. Por fin, un dia...

Aquí Palemon previno á Mr. Delacour que era ya tarde. Vos y yo, le dijo, necesitamos descansar; dejemos para mañana la continuacion de vuestros sucesos. Benito no podrá oiros, porque ya estará ausente; pero lo que habéis dicho es bastante para hacer impresion sobre su espíritu rebelde, si es capaz de arrepentirse, como vos de haber causado tantos sentimientos á vuestro anciano padre.

Conoció Benito la justicia de estas reflexiones, y casi lloró, pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el despecho le sirvió de firmeza; reprimió sus lágrimas, y pareció muy resignado, lo cual afligió á Palemon, que temia se hiciera incorregible, segun las repetidas y anticipadas muestras que iba dando de su carácter duro y obstinado; y ciertamente debia este temor entristecer su paternal corazon, porque la obstinacion nace de un principio tan perjudicial como es un grande exceso de amor propio, contra el cual no valen los consejos de la razon, y que degenerando en desobediencia, rompe los vínculos de la subordinacion, sin la cual es imposible conducir á los jóvenes por la senda de la virtud, que exige un absoluto sacrificio de la voluntad propia.

Separáronse todos despues de cenar; y Palemon llamando á su hijo mayor, le dió secretamente las órdenes para llevar por la mañana á Benito al lugar de su destino.

TARDE XXXIV

LA SEVERIDAD

Cuando á besarte la mano
Llegue un arrepentido,
Admítele condolido,
No le arrojes inhumano;
Que tu proceder tirano
Y tu bárbara inclemencia,
Puede excitar la insolencia
Del que aspira á tu perdon;
Y es grande en toda ocasion
El poder de la indulgencia.

Serian la siete de la mañana, cuando Armando entró tristemente en el cuarto de Benito á anunciarle que era llegada la hora de partir. — ¿ Me llevas muy léjos? — No : ¿ ves aquel molino que está allá abajo en la pendiente de la colina? — Sí. — Pues allí es.— ¿ Conque es decir que de carbonero paso á molinero ? ¿ De negro á blanco? — No creas que vas á elaborar harina; el dueño del molino parece que es hombre muy instruido. — Pues si así es ¿ cómo no se ha dedicado á otra carrera? Ello es que mi padre quiere hacer lo que el de Mr. Delacour; me separa de todo el mundo para que sea un salvaje, un montaraz. — No sé cuáles son las intenciones de padre : á nosotros solo nos toca obedecer.

Benito suspiró, tomó el lio de su ropa, y siguió á su hermano, que estaba tan afligido como el mismo Benito. Este ni siquiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el despecho le sirvió de firmeza; reprimió sus lágrimas, y pareció muy resignado, lo cual afligió á Palemon, que temia se hiciera incorregible, segun las repetidas y anticipadas muestras que iba dando de su carácter duro y obstinado; y ciertamente debia este temor entristecer su paternal corazon, porque la obstinacion nace de un principio tan perjudicial como es un grande exceso de amor propio, contra el cual no valen los consejos de la razon, y que degenerando en desobediencia, rompe los vínculos de la subordinacion, sin la cual es imposible conducir á los jóvenes por la senda de la virtud, que exige un absoluto sacrificio de la voluntad propia.

Separáronse todos despues de cenar; y Palemon llamando á su hijo mayor, le dió secretamente las órdenes para llevar por la mañana á Benito al lugar de su destino.

TARDE XXXIV

LA SEVERIDAD

Cuando á besarte la mano
Llegue un arrepentido,
Admítele condolido,
No le arrojes inhumano;
Que tu proceder tirano
Y tu bárbara inclemencia,
Puede excitar la insolencia
Del que aspira á tu perdon;
Y es grande en toda ocasion
El poder de la indulgencia.

Serian la siete de la mañana, cuando Armando entró tristemente en el cuarto de Benito á anunciarle que era llegada la hora de partir. — ¿ Me llevas muy léjos? — No : ¿ ves aquel molino que está allá abajo en la pendiente de la colina? — Sí. — Pues allí es.— ¿ Conque es decir que de carbonero paso á molinero ? ¿ De negro á blanco? — No creas que vas á elaborar harina; el dueño del molino parece que es hombre muy instruido. — Pues si así es ¿ cómo no se ha dedicado á otra carrera? Ello es que mi padre quiere hacer lo que el de Mr. Delacour; me separa de todo el mundo para que sea un salvaje, un montaraz. — No sé cuáles son las intenciones de padre : á nosotros solo nos toca obedecer.

Benito suspiró, tomó el lio de su ropa, y siguió á su hermano, que estaba tan afligido como el mismo Benito. Este ni siquiera

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solicitó ver á su padre para despedirse de él. Le graduaba de injusto y duro, y no queria mostrarle su pesar y arrepentimiento. Siguió pues á Armando; y sin haber hablado en todo el camino, despues de una hora de viaje llegaron al molino de Mr. Roland, el cual ya estaba prevenido, y adelantándose á recibirlos, dijo á Armando: ¿Este es el jóven que me envía el labrador Palemon? — Sí, señor, este es mi hermano Benito. — Su figura dice mucho en su favor: yo espero que aquí se hallará bien, y no tardaremos en ser muy amigos. No encontrará aquellas dulzuras y placeres que se experimentan en la casa paterna; pero si quiere corresponder al cuidado que pondré en perfeccionar su educacion, bien pronto será digno de volver á casa de su padre. Soy viudo, no tengo hijos: una muchacha rústica que desempeña las ocupaciones mujeriles, y un mozo de molino, componen toda mi familia: Benito solamente se ocupará en estudiar y trabajar en esta sala baja: me sirve de mucha satisfaccion la confianza que debo á su padre, y procuraré merecerla.

Benito bajó los ojos y nada contestó. Armando examinaba todo cuanto podia á Mr. Roland, y se complacia de que su hermano viniese á su poder, porque le parecia que era un hombre bueno, sensible y muy digno de respeto; sus modales manifestaban un distinguido nacimiento, y en sus facciones se veian señales de largos padecimientos. Armando se despidió de Mr. Roland, y abrazó á Benito, despues de haber entregado anticipadamente á su nuevo maestro el importe de los tres primeros meses de su pension, lo cual asustó mucho á aquel, porque conoció que el asunto iba largo. Esta consideracion le mortificó tanto, que por la vez primera trastornó su entereza. Perdió el color, temblaba; y viendo que su hermano se retiraba, corrió hácia él, le abrazó tiernamente, y le suplicó que le volviese á casa. Bien quisiera el enternecido Armando poder complacerle; pero era imposible, porque las órdenes de su padre habian sido demasiado terminantes. Suplicó, pues, á Benito que se persuadiese de que le dejaba contra toda su voluntad y se despidió, quedando el desconsolado muchacho en poder de Mr. Roland, que le trató con la mayor dulzura.

Ya tenemos á Benito enteramente desterrado de casa de su padre. Se veia solo, entregado á un extraño, y llenaba el aire de agudos y dolorosos clamores; ¡pobre muchacho! si alguna vez ha merecido la aversion de nuestros lectores, ya es acreedor á su compasion. Dejémosle por ahora en compañía de Mr. Roland, y volvamos con Armando á casa de nuestro virtuoso anciano, donde

Julio, Adela y Leon, que no habian presenciado la salida de Benito, esperaban á su hermano mayor con gran impaciencia. Entró Armando, y al momento le rodearon los muchachos abrumándole á preguntas: ¿dónde está? ¿ha ido léjos? ¿estará mucho tiempo? ¿queda muy triste? Todo esto lo preguntaban á un tiempo.

Armando tenia órden de su padre para no descubrir el sitio donde habia dejado á Benito, por cuya razon solo pudo decirles que estaba muy bien, y que en adelante estaria mejor. Los muchachos, que no se satisfacian con esta fria generalidad, le atacaron de nuevo; y como él resistió, le dijeron que no tenia amor ni confianza en sus hermanos. Armando toleró esta descarga, guardando exactamente el secreto que le habia encargado su padre. El severo, pero justo Palemon, bajó al zaguan, donde tenia lugar este altercado, y su aspecto cerró los labios de los tres. Armando participó secretamente á su padre todo lo acaecido en su viaje, sin ocultar las lágrimas de Benito, las súplicas que le habia hecho para que no le dejara en el molino, y las promesas de su verdarera enmienda. Palemon clavó sus ojos en los de Armando, y arrugó la frente para advertirle que callara. El muchacho bajó los suyos, hizo á su padre una profunda reverencia, y se retiró inmediatamente á su cuarto.

Cuando se pusieron á comer, Palemon, que con no poca pena advertia la profunda tristeza de sus cuatro hijos, quiso distraerlos de ella, diciéndoles: Hoy es dia de descanso: hay baile en el bosque de las encinas, y nos pasearemos en él; ¿no es así, Mr. Delacour? la bella Enriqueta creo que tendrá la complacencia de acompañar á su padre y á mis hijos.

Enriqueta manifestó la satisfaccion que la causaria el paseo; y luego que acabaron de comer se fueron todos á disponer para aquella diversion. Adela no se atrevia á adornar su cabello, y aun habia quemado el fatal lazo que causó tantos pesares á toda su familia, que era el orígen del castigo impuesto á su hermano Benito. Fué á buscar á Enriqueta, y ambas de acuerdo se pusieron algunas flores naturales en sus cabellos, desechando todo artificio; despues bajaron á abrazar á Delacour y Palemon, quienes aprobaron la elegante simplicidad de aquel natural ornato. Armando, y particularmente Julio, quedaron absortos, el uno describiendo las gracias de Enriqueta, y el otro admirando las perfecciones de Adela. El jóven Leon, cuyo corazon se hallaba libre, solo pensaba en las Musas, que eran el objeto de su atencion.

Partieron nuestros amigos, y en breve rato llegaron al bosque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

donde estaba ya reunida toda la juventud de la comarca. Allí los mozos y doncellas, ostentando una salud que debian al trabajo y á la frugalidad, formaban el baile en presencia de sus madres, miéntras que los padres, un poco separados, se entretenian en varios juegos propios de su avanzada edad. Una dulzaina y un tamboril componian la orquesta del rústico baile, en que presidian el placer, la decencia y la franca alegría. Adela y Enriqueta fueron invitadas á bailar, y aceptaron el ofrecimiento, lo cual no causó mucho gusto á Julio y Armando. Pero su padre, que se divertia interiormente conociendo aquel pequeño sentimiento, les aconsejó que bailasen ellos tambien como los demas. No se hicieron de rogar : á la siguiente contradanza se apoderaron de sus damas, y todos cuatro se mezclaron en la cuadrilla, con la que bailaron hasta la noche sin dejar sus parejas. Leon era demasiado filósofo para entregarse á esta diversion. En vano le incitó su padre á que siguiera el ejemplo de los demas; ántes bien prefirió hacer compañía á los dos ancianos, terciando en su conversacion, y manifestando en ella brillantes rasgos de ingenio y juicio. Palemon estaba embelesado de oirle, y desde luego formó los proyectos que despues se verificaron, como veremos mas adelante.

Entre tanto se acercaba la noche, que principió á dispersar á los bailarines, porque en las aldeas rara vez ocupan los placeres las horas destinadas para el descanso, pues el sueño fortifica el cuerpo para volver con mas ánimo al trabajo; y el verdadero labrador se avergonzaria de que el sol apareciese sin hallarle preparado ya en el campo para dar principio á sus tareas, así como tambien de retirarse á su hogar sin saludarle al tiempo de terminar su carrera.

Palemon hizo presente a sus hijos que se preparasen para marchar; pero se trataba de la última contradanza, y no quiso quitarles que la bailaran.

Concluido el rústico baile, nuestros cuatro amigos, nadando en sudor, se reunieron á Leon y á sus padres, que se habian sentado en un banco de piedra junto á los músicos. El que tocaba el tamboril era muy anciano, y sin embargo de su quebrantada vista, no dejó de reparar en las amables facciones de Adela y Enriqueta, y las bellas figuras de Armando y Julio; por lo que dirigiéndose á Palemon, le dijo : Hé aquí unos jóvenes que sin duda estarán contentísimos; si no me engaño, no han cesado de bailar. ¡Ah! esto me recuerda el tiempo de mi juventud; pues en su edad yo hacia lo mismo, y hubiera disfrutado este placer mas largo tiempo, á no haberme sucedido una terrible desgracia. —¿Conque habéis experimentado desgracias, buen hombre? — ¡Ah señor! ¡una sola, una sola, pero muy cruel! ella me ha reducido al infeliz estado en que me hallo. — Contádmela si no os es molesto, porque habéis excitado mi curiosidad. —¿Hácia qué parte os encamináis? — Hácia el camino de los tres laureles. — Justamente debo yo seguir el mismo rumbo; y miéntras caminamos juntos os contaré mi historia, que no es larga, y puede servir de leccion á estas preciosas criaturas. — En mi granja podéis descansar un rato, que está cerca, y allí tendremos el gusto de oiros.

El tamborilero se levantó, su compañero el de la dulzaina le dió el brazo. y toda esta caravana tomó poco á poco el camino de la granja; pero ántes de entrar en ella, el tamborilero, que se resistia á las instancias de Palemon para que pasase á descansar, propuso que todos se sentasen al pié de unos álamos que estaban muy próximos, y que allí contaria su historia. Hiciéronlo así, y él, en medio de todos, empezó su narracion en estos términos :

Historia del Tamborilero.

Me llamo Lúcas Romano y soy hijo del antiguo jardinero del castillo, que desde aquí, aunque confusamente, se descubre, y que ahora pertenece á Mr. de Versevil, y ántes era propio de Mr. de Serville, antiguo militar, muy amante de mi padre, que le habia visto nacer y traido mil veces en sus brazos. Mr. de Serville se casó con una señora que contaba algunos años de edad mas que su marido : no tenia hijos, y mi padre tenia un niño y una niña. Vivia Serville muy retirado, y para distraerse de una vida demasiado sedentaria, se dedicó á mi crianza, dándome una educacion que me habia negado la oscuridad de mi clase y nacimiento. En vano le decia mil veces mi padre : Señor, vos miráis á Lúcas con demasiada bondad, pero haréis de él un señorito, que para nada me podrá servir, y mas quisiera que fuese un honrado jardinero como yo.

Mr. de Serville le respondia que nunca me abandonaria, ni se descuidaria en asegurarme una fortuna independiente que me pusiese á cubierto de toda necesidad. Yo me lisonjeaba con estas esperanzas; pero mi padre temia que al mejor tiempo me faltase mi bienhechor, cuya salud era muy débil, y esto es lo que sucedió cabalmente. Tenia yo diez y ocho años, y me hallaba algo instruido, aunque no tanto como debiera, porque me trataban con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

demasiada condescendencia, y no era mucha mi inclinacion á las letras. Vivia afianzado en la ternura de Mr. de Serville, y creia mi fortuna hecha sin necesidad de adquirir conocimientos que pudiesen serme útiles para en adelante; pero llegó un dia en que me hallé cruelmente desengañado de mi error. Madama Serville cayó desde lo alto de una escalera, y murió del golpe. Su esposo sintió tanto esta desgracia, que enfermó, y á los ocho dias fué á reunirse con su querida consorte. Al instante se presentaron unos sobrinos codiciosos, que jamas se habian visto en el castillo, y se apoderaron de todos los bienes. Vendióse el castillo; mi padre fué inhumanamente despedido, y no tuvo mas recurso que estrecharse en una miserable cabaña y comprar dos vacas, cuya leche iba mi hermana á vender en la ciudad todos los dias. ¿Qué habia de hacer yo en este caso? renunciar á la opulencia y fausto de que me habia visto rodeado desde mi infancia; pero no pensé de este modo. Sin considerar que no era mas que un pobre aldeano, sin oficio, sin medios y sin proteccion, me dejé vencer del orgullo y del despecho; me asustaba la inminente miseria, y todo trastornó mi cabeza y confundió mi entendimiento, en tales términos, que abandoné á mi padre sin decirle palabra y fuí á Paris, donde esperaba que la fortuna me sería mas favorable. Me presentaba en las calles de esta ciudad como si fuera un hombre capaz de atraerme la atencion universal; pensaba que todos me mirarian, y que no podia ménos de hallar un segundo Mr. de Serville. ¡Vana esperanza! Gasté allí el poco dinero que habia llevado, y me fué forzoso vender todos mis efectos, y casi todos mis vestidos: entónces pensé en volver á mi país, que ya sentia haber dejado. Sí, dije: no hay en el mundo quien pueda interesarse en mi suerte sino mi padre: vamos á buscarle, le ayudaré en su cansada vejez, y haré cuanto sea necesario para auxiliarle en sus rústicas ocupaciones: seré un hombre del campo como él, pues la necesidad me obliga á ello, y la abundancia en que hasta ahora he vivido solo ha servido para hacerme necio y presumido.

Lleno de resignacion, arrepentimiento y ternura para con mi padre, volví al mismo lugar que habia abandonado con tanta ingratitud. Ya era casi de noche cuando llamé á la puerta de su cabaña. ¿Quién es? me dijeron de la parte de adentro. Reconocí la voz de mi hermana, y muy confiado, respondí: Yo soy; abre. — ¿Quién? ¿tú? repuso mi anciano padre. — Sí, señor, vuestro hijo Lúcas. — ¿Mi hijo Lúcas? Yo no tengo sino una hija amorosa, á la cual debo todas las atenciones y cuidados del amor filial. —

¿Cómo?... padre mio ¿no reconocéis mi voz? — Esa voz es muy semejante á la de un hijo perverso que yo tenia; pero no puede ser él, porque huyó de mí, dejándome abandonado á la desgracia; y sin duda se hallará ahora muy distante de aquí, y muy contento. — No, padre mio; yo soy vuestro hijo Lúcas, os lo juro; dignaos abrirme, y veréis fácilmente... — Yo no abro mi puerta á los vagamundos con quienes no hay seguridad, y que hoy ó mañana me dejarán, cuando no hagan otra cosa peor. — ¿Es posible, padre, que no queráis recibir á vuestro hijo arrepentido, que viene con firme resolucion de no volver á separarse de vos miéntras dure vuestra vida? — Mi hijo me ha engañado una vez; no quiero que vuelva á engañarme. Ademas de eso ¿qué habia de buscar en mi compañía? ¿la fortuna? jamas la he visto el rostro: ¿la ociosidad? nunca habitará en mi cabaña: ¿pues qué habia de hacer en ella? ¿despojarme como lo ha hecho? ¿llevarse mis pobres efectos, despues de haberse comido los suyos? No, no; de ningun modo puedo ser útil á mi hijo, ni necesito de sus socorros y falsa amistad. — ¡Padre mio!... — Cualquiera que seáis, retiraos, y dejadme descansar. — ¿Es posible?... ¡á tales horas! ¿qué tengo de hacer? ¿adónde iré? — Adonde os diere la gana. — Hermana mia, procura alcanzarme el perdon de un padre irritado. — Vuestra hermana ama demasiado á su padre, para empeñarle á que se encargue de un hijo ingrato. — ¡Dio mio! ¿nadie, nadie se compadecerá de mí?

Ya no me respondieron, gemia en vano junto aquella puerta, que me separaba para siempre de un padre tan severo. No importa, exclamé en mi dolor: pasaré la noche en el umbral de la puerta que no me quieren abrir. Mañana forzosamente saldrá mi padre: me hallará anegado en lágrimas: me encontrará lleno de miseria y afliccion: me verá echado junto á la puerta, y no tendrá valor para pasar por encima del cuerpo de su hijo humillado, sin alargarle una mano compasiva.

Abismado en mi dolor, me senté junto al umbral de la puerta. ¡Cuál es, decia para mí, la rareza de los destinos de los hombres! Dos somos hijos de un mismo padre: el uno está dentro, jnnto á su lecho, recibiendo caricias de este padre, que ha convertido todo su amor á su hija; y el otro... yo, que estoy en disposicion de ayudarle mas con mis brazos y fuerzas, estoy echado junto á su puerta, sobre una piedra desnuda y careciendo de todo: ¡oh incomprensibles decretos de la Providencia!... ¿pero qué digo? yo tengo la culpa de no participar de la venturosa suerte de mi

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hermana; esta nunca fué ingrata: no abandonó á su anciano padre, despedido por unos codiciosos herederos; ántes bien le consoló en sus cuitas, prodigándole todo género de atenciones; y yo... fuí un hijo desconocido, y merezco tan justo castigo.

Empezaba á amanecer, y me lisonjeaba de ver abrirse pronto aquella puerta, cuando la desgracia mas inesperada destruyó todas mis esperanzas. Una ronda de campo pasó por delante de la cabaña; repararon en mí, y creyendo que era algun vagamundo ó malintencionado, me llevaron á la cárcel. En vano exclamaba que era hijo del virtuoso Romano que vivia en aquella cabaña, pues me respondieron que este era un pretexto para librarme; y que si decia verdad, poco tardaria en averiguarse. Sin mas exámen me sepultaron en un calabozo, privado hasta de la esperanza de que nadie, ni aun mi mismo padre pidiese por mí.

Dos dias estuve sin ver mas persona que la del carcelero que me traia un escaso y grosero alimento. Al tercero abrieron la puerta de mi prision, y vi entrar á mi hermana, que se arrojó á mis brazos derramando un torrente de lágrimas. Me dijo que desde mi partida á Paris, la salud de mi padre se habia debilitado considerablemente; y que me acusaba de sus disgustos, y aun de su muerte, pues veia que tardaria muy poco en verificarse. El dia siguiente al de mi prision fueron á decirle que uno, que decia ser hijo suyo, habia sido hallado á média noche echado junto á su puerta, y se le habia puesto preso por sospechoso. Al recibir esta noticia se desmayó mi padre, sin haber podido pronunciar ni una palabra hasta aquel instante; por lo que, añadió mi hermana, aunque me han prometido que luego te pondrán en libertad, te suplico que no te presentes á padre, porque solo el verte podria causarle una funesta alteracion. Mi hermana me abrazó llorando y salió de la cárcel.

Considerad cuál sería mi dolor durante este eterno dia, en que no se verificó mi libertad, segun lo habian prometido á mi hermana. Pasóse tambien otro sin ver á nadie. La inquietud, el dolor, el remordimiento y la vergüenza me tenian á punto de perder el juicio; y lo hubiera efectivamente perdido, á no venir el carcelero á decirme con bastante aspereza: Véte de aquí; ya estás libre. La alegría me obligó á hacer extravagancias; quise abrazar á este bárbaro, pero me rechazó con demasiada fuerza. Salí, en fin, y como no me atrevia á presentarme en mi casa, aunque tenia gran deseo de saber de mi padre, di la vuelta al lugar, pensando cómo podria participar á mi hermana que estaba en libertad. Al pasar por el cementerio, me detuve al pié de un Crucifijo

á dar gracias á Dios por hallarme libre. Miéntras me ocupaba en acto tan piadoso, un canto funeral penetró mis oídos; las campanas de la parroquia daban la triste señal de alguna muerte, y todo anunciaba que conducian un hombre á su postrera habitacion.

Poco despues llegó el fúnebre cortejo: los jóvenes del pueblo iban delante; despues seguian los ancianos, y tras de ellos tres sacerdotes, que acompañaban un ataúd, cubierto de varios instrumentos de labranza. Me mezclé entre toda esta gente, y en tanto que depositaban el cadáver en las entrañas de la tierra, pregunté quién habia muerto; y uno que estaba á mi lado, me respondió: un padre demasiado sensible, á quien ha conducido al sepulcro la ingratitud de su hijo: ese cadáver es de Cárlos Romano.

Corrí á la sepultura, me precipité en ella, y no consiguieron sacarme sino hiriéndome por todos lados. Yo no sé lo que hice en el delirio que entónces me sobrecogió; pero lo cierto es que cuando me sacaron de allí, estaba enteramente ciego. Todos los concurrentes lloraban; el digno párroco estaba á mi lado derramando sobre mi alma los consuelos de la religion; pero yo nada oia; llamaba á mi padre, y creia que mi repentina ceguera podia ser un justo castigo del cielo. Lo mismo que yo, creyeron los simples habitantes de la aldea, y al instante se extendió la fama del milagro que habia sucedido en el sepulcro de Cárlos Romano.

Me trasladaron al hospital, donde los cirujanos destruyeron la creencia del falso milagro, declarando que mi ceguera provenia deq ue luchando con los que querian sacarme de la sepultura, se me habian llenado los ojos de aquella inmunda tierra, y que para toda mi vida quedaria muy débil de la vista. Recibí este triste desengaño con mas firmeza que mi hermana, la cual, sin dejarme un instante ni de dia ni de noche, tenia que padecer este sentimiento mas sobre el de la muerte de mi padre. En fin, recobré algo de vista. Mi hermana me ayudó cuanto pudo; y yo, despues de empleado en algunas labores que permitia mi situacion los años de fuerza que me concedió el cielo, y despues de haber perdido á mi hermana; hallándome viejo y cansado, me apliqué á tocar el tamboril para ganar el sustento. Mi amigo, el que toca la dulzaina, y yo, concurrimos á todos los bailes de las aldeas vecinas, y, gracias á Dios, no nos falta ocupacion. Ved aquí, señores, la funesta historia del pobre tamborilero. Ved cómo una sola falta armó la inflexible severidad de un padre, le condujo al sepulcro, y á mí me sumió para siempre en el abismo de la mas cruel

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indigencia. Hermosas criaturas que me escucháis : nunca dejéis á vuestros padres; no os pongáis en el caso de ser castigados y desconocidos por ellos mismos, y corresponded siempre á la ternura que continuamente os manifiestan. Sí, queridos, la ingratitud es una de las faltas que no pueden perdonarse á los hijos.

Acabó el tamborilero su relacion, se levantó, tomó el brazo de su compañero y amigo, y despidiéndose de toda la compañía, prosiguieron su camino. El anciano Palemon, advirtiendo la profunda impresion que la historia del tamborilero habia hecho en su jóven familia, no se detuvo á reflxiomar sobre ella; al contrário, hizo rodar la conversacion hácia otros objetos, particularmente al placer que habian experimentado sus hijos en el baile. De esta manera regeneró la alegría casi muerta en ellos, y entraron saltando y cantando en la granja, con lo que sosegaron á la buena Marcela, que ya estaba inquieta por su tardanza. En efecto, ya era hora de cenar y entregarse al descanso, que tanto necesitaban nuestros cuatro bailarines, dejando para el dia singuiente la continuacion de los sucesos de Mr. Delacour.

TARDE XXXV

LA SIMPATIA

¿ Qué misteriosa aficion
Es la que á otro nos inclina,
Que rápida nos domina
Con poderosa pasion ?
Fuerte, profunda adhesion,
Sin saberlo, nos inspira,
Que á remediar solo aspira
Los males que al preferido,
Y á veces desconocido,
Le oprimen ; tal es su mira.

¡ Qué noble y agradable ocupacion es la de un padre que instruye á sus hijos y los ilustra con ejemplos que inspiran horror al vicio y amor á la virtud ! Así como el diligente jardinero se complace en ver crecer los arbustos que ha plantado, del mismo modo el padre de familia encuentra su delicia en ver los progresos que en los tiernos corazones hace la educacion práctica que les proporciona. Asi le sucedia al virtuoso Palemon, pues si bien Benito le causaba algun recelo, esperaba que las saludables correcciones llegarian á modificar su carácter un poco turbulento. Juntos el dia siguiente los hijos de Palemon y sus apreciables huéspedes bajo el emparrado, prosiguió su historia Mr. Delacour diciendo :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

indigencia. Hermosas criaturas que me escucháis : nunca dejéis á vuestros padres; no os pongáis en el caso de ser castigados y desconocidos por ellos mismos, y corresponded siempre á la ternura que continuamente os manifiestan. Sí, queridos, la ingratitud es una de las faltas que no pueden perdonarse á los hijos.

Acabó el tamborilero su relacion, se levantó, tomó el brazo de su compañero y amigo, y despidiéndose de toda la compañía, prosiguieron su camino. El anciano Palemon, advirtiendo la profunda impresion que la historia del tamborilero habia hecho en su jóven familia, no se detuvo á reflxiomar sobre ella; al contrário, hizo rodar la conversacion hácia otros objetos, particularmente al placer que habian experimentado sus hijos en el baile. De esta manera regeneró la alegría casi muerta en ellos, y entraron saltando y cantando en la granja, con lo que sosegaron á la buena Marcela, que ya estaba inquieta por su tardanza. En efecto, ya era hora de cenar y entregarse al descanso, que tanto necesitaban nuestros cuatro bailarines, dejando para el dia singuiente la continuacion de los sucesos de Mr. Delacour.

TARDE XXXV

LA SIMPATIA

¿ Qué misteriosa aficion
Es la que á otro nos inclina,
Que rápida nos domina
Con poderosa pasion ?
Fuerte, profunda adhesion,
Sin saberlo, nos inspira,
Que á remediar solo aspira
Los males que al preferido,
Y á veces desconocido,
Le oprimen ; tal es su mira.

¡ Qué noble y agradable ocupacion es la de un padre que instruye á sus hijos y los ilustra con ejemplos que inspiran horror al vicio y amor á la virtud ! Así como el diligente jardinero se complace en ver crecer los arbustos que ha plantado, del mismo modo el padre de familia encuentra su delicia en ver los progresos que en los tiernos corazones hace la educacion práctica que les proporciona. Asi le sucedia al virtuoso Palemon, pues si bien Benito le causaba algun recelo, esperaba que las saludables correcciones llegarian á modificar su carácter un poco turbulento. Juntos el dia siguiente los hijos de Palemon y sus apreciables huéspedes bajo el emparrado, prosiguió su historia Mr. Delacour diciendo :

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Continúa la historia de la Ermita de San Leonardo.

Un dia que estaba pensando en mi padre, y me reprendia á mí mismo el haberle dejado, se me llenaron los ojos de lágrimas y se me oprimió el corazon, reflexionando que si me despedia del ermitaño, nunca llegaria á separarme de él : me determiné, pues, á huir sin decirle nada, y volver al seno de mi familia. Pero no sabía cómo conducirme, pues ni tenia dinero, ni sabia qué camino habia de seguir para llegar á casa de mi padre ; sin embargo, me prometia recibir la competente instruccion del primer pasajero que encontrase. Por fortuna se hallaba ausente el ermitaño, que habia ido á hacer sus abundantes provisiones; mas no me atrevia á dejar la ermita sola, y esperaba que entrase algun devoto para suplicarle que tuviera cuidado del santuario hasta la vuelta del hermano Lúcas, que no podia tardar mucho. En esta disposicion me hallaba cuando vi que dos mujeres, cubiertos sus rostros con delicados velos, se detenian á la puerta, diciendo la una á la otra : Este es, querida, el asilo que buscamos ; entremos, y supliquemos á Dios que nos conceda la paz del alma.

Entraron aquellas dos mujeres, se arrodillaron ante el altar, y se pusieron á orar con tanto fervor, que yo quedé edificado. No sé qué secreto presentimiento me hacia desear ver los semblantes de aquellas señoras; aunque á pesar de sus respectivos velos, se conocia fácilmente que una de ellas era anciana, y la otra jóven y de un talle airosísimo. Deseoso de reconocerlas, me acerqué á ellas con pretexto de decirles que el ermitaño estaba ausente, pero que vendria pronto. La vieja se descubrió al instante y me miró con ojos centellantes; pero era tan horrible, que volví la cabeza por no verla; y creo que hubiera huido al instante sin decir nada, si aquella vieja no dijese á la que la acompañaba : Levantad el velo, que el calor es insoportable, y no podéis ménos de estar casi sofocada. La jóven levantó el velo, y descubrió un rostro encantador. Yo habia dado un paso atras para evitar el horrible aspecto de la vieja; pero la belleza de la jóven encadenó súbitamente todas mis facultades y quedé inmóvil, con los ojos clavados en aquella hermosísima mujer, la cual advirtiendo mi enajenamiento se ruborizó. Conocí que habia perdido mi libertad á la fuerza de aquel encanto : desvaneciéronse mis proyectos de huir, é interiormente sentia una extraña revolucion que nunca habia experimentado.

Se aumentó mi alteracion cuando, dirigiéndose á mí aquella hermosa jóven, entre tanto que la vieja oraba, me dijo : ¿ Conque al parecer no estáis aquí solo, mi buen amigo? — No, señorita. — ¿ Quién cuida de esta ermita? quiero decir ¿ quién manda en ella? — Vos solo. — ¿ Cómo? — ¿ Puede mandar alguno donde vos os halláis? — ¡ Pluguiese al cielo que fuese mi imperio tan extenso como vos decís ! en ese caso no me hallaria ahora en este sitio; pero decidme, ¿ son ciertas las maravillosas cosas que se cuentan de un santo varon?... — ¿ Del venerable hermano Lúcas? — Ciertamente. ¿ Y vos habéis renunciado tambien el comercio del mundo, y sois su compañero? — No, señora. — ¿ Pues y ese traje? — No es el que me pertenece, señorita : baste deciros que gozo entera independencia, que estoy dispuesto á serviros, que puedo ser esposo, y...

La vieja me interrumpió, preguntando á su compañera : ¿ qué os dice ese jóven? — Mi señora tia, nada mas sino que esta ermita está al cuidado de un célebre hombre á quien llaman el hermano Lúcas. — Si no me han engañado, es el hombre mas singular que se conoce : ¿ tardará mucho? necesito hablarle, y tomar de él consejos sobre el proyecto que hemos formado de abandonar el mundo. — ¿ Abandonar el mundo? dije yo, ¿ cómo? ¿ esta señorita quiere retirarse de la sociedad? — Sí, señor, respondió la vieja; ¿ qué, os admira? ¿ no es libre para hacer lo que gustare? — ¿ Yo libre? ¡ ah ! ¿ qué habéis dicho, señora tia? — Que sois libre, repuse yo; pero bien se conoce que no es cierto, pues á obrar segun vuestra voluntad, no exclamariais con tanta energía.

La vieja me miró con enfurecidos ojos. Esta mujer, que desde luego me pareció dura y malvada, clavando la vista en la jóven, le dijo : ¿ Conocéis á este hombre? — Señora tia, esta es la vez primera que le veo. — ¿ Pues cómo juzga tan pronto de vuestra situacion? — Yo interrumpí, pienso así por las palabras que he oido; por el interes que me inspira esta señorita, y por un presentimiento que... — Retirémonos, dijo la vieja tomando la mano de su sobrina, y añadiendo : Entré en la ermita para consultar con el santo varon que vive en ella, y no para buscar contradictores.

Iban á salir de la ermita; mas yo, conociendo mi imprudencia, me acerqué á la tia, y le dije : Perdonad, señora, mi indiscrecion; ya veis que mi edad no es la de la experiencia : el hermano Lúcas sentirá infinito que no le hayáis esperado, y yo nunca me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perdonaria el ser la causa de que no recibáis sus saludables consejos. —¿Es tan indiscreto como vos? — No, señora; todo lo contrário, es discretisimo, pero nada me aventaja en lo sensible; y mi educacion me ha enseñado á serlo mucho mas con las damas de la calidad que presumo ver en vos: por lo cual os vuelvo á pedir perdon de mi necedad, y que esperéis al ermitaño; pero ya llega, parece que el cielo favorece mis intenciones.

En efecto, llegó el hermano Lúcas con la pesada alforja sobre el hombro; vió á las dos mujeres, al punto se desembarazó del enorme peso, y acercándose á ellas, les dijo: ¿Hay algo, señoras, en que pueda serviros mi inutilidad? — Sí, señor, respondió la vieja; pero ántes es necesario que me oigáis aparte. El ermitaño la tomó de la mano y la condujo á las sillas que estaban inmediatas al confesonario: se sentaron y engolfaron en silenciosa conversacion. Entre tanto la sobrina se sentó en un banco, sacó un librito, y se puso á leer. Yo no hacia mas que mirarla, no atreviéndome á hablarla por no irritar nuevamente á la terrible tia. Á breve rato observé que la jóven con mucho disimuló sacó un lapicero y se puso á escribir, mirando con sobresalto á su tia, como temiendo la sorprendiese en aquella ocupacion; pero tuvo la dicha de que ni la vieja ni el ermitaño moviesen siquiera la cabeza. Así que concluyó, dejó un papel doblado sobre el banco, me miró é indicó que lo cogiera, y se puso en pié en medio de la ermita, sin duda para impedir que lo vieran. Sin detenerme tomé el papel dentro del cual hallé un lápiz: salí de la ermita, y leí lo que habia escrito, que decia:

«En vuestros modales y fisonomía se conoce que sois bien na-
» cido. Si podéis arrancarme del poder de una tia que intenta
» sacrificar mi juventud despues de haberme causado los mayores
» disgustos, déjaréis eternamente obligada toda la gratitud de la
» mujer mas desventurada, y que ménos ha merecido serlo. »

Al pié de estas líneas, contesté inmediatamente

« Decidme, indicadme los medios de seros útil: todos los pon-
» drá en práctica el que, por primera vez, experimenta una re-
» volucion, que sin duda no es efecto sino del violento amor que
» le inspiran vuestras gracias y vuestras desventuras. »

Este billete daba á conocer bastante el desórden de mis sentidos y mi poca experiencia: le dejé caer junto á una de las paredes con mucho disimulo. La jóven, que observaba todos mis movimientos, venia ya á cogerlo, cuando la llamó su tia, y viéndola indecisa se levantó, la cogió del brazo, y le dijo: No hagáis espe-

rar á ese santo varon, en cuya dulce conversacion y sabios consejos hallaréis cuanto es posible para decidir á la persona mas irresoluta. Yo, viendo que no habia podido recoger la contestacion, tomé el papel y lo gurdé.

Rabioso de verla conversar secretamente con aquel hombre, me puse á barrer la ermita, empezando por la parte mas próxima adonde los dos estaban, y procurando oir algo, para proceder en consecuencia de lo que descubriera ó infiriese; pero notando el ermitaño que me acercaba, penetró mi intencion, y levantándose furioso, despues de una descarga de injurias, me dijo: ¿Cómo se entiende? ¿es esta hora de barrer la ermita? ¿y precisamente empezar por esta parte? Váyase fuera en hora mala, desvíese; ¿no lo oye? — Haré lo que me dé la gana, respondí; añadiendo: ¿quién sois vos para mandarme con tanto desafuero? ¿qué derecho tenéis para tratarme con tanto vilipendio?

Atónito quedó el buen ermitaño al oirme hablar de esta manera; pero luego, volviendo sobre sí, me dijo: Pues lo tomáis sobre ese tono, yo tambien me explicaré en el de un hombre autorizado para el gobierno de esta ermita; y bajo este respecto, os digo que no quiero que estéis mas en mi compañía. — Eso es otra cosa: no me parece que perderé mucho en ello. — Ni yo tampoco; y diciendo esto tomó de la mano á la vieja, esta hizo lo mismo con su sobrina, y se encaminaron á la sacristía. Al entrar en ella, la hermosa jóven volvió á mirarme con los ojos llenos de lágrimas, manifestando de este modo el triste estado de su corazon

Entraron, y cerraron la puerta; quedé inmóvil en medio de la ermita, entregado á melancólicas reflexiones; pero al fin exclamé: No importa que me despidas; no saldré de aquí sino para seguir á esa desgraciada cuanto hermosa jóven, y atormentar lo posible á su perversa tia. Así hablaba, cuando sentí pasos, y vi á un peregrino que acercándose á mí, me dijo: Acabo de entrar, y vuestras exclamaciones me hacen creer que padecéis algun grave sentimiento. — ¡Si fuera uno solo!... ¡pero son tantos!... soy muy infeliz. — Confiadme vuestras penas: tal vez podré dulcificarlas. — ¡Es imposible! ¡absolutamente imposible! Os suplico que respetéis mi secreto. — No quiero importunaros. El peregrino se fué á un rincon de la ermita, donde se arrodilló.

Estuve mucho tiempo paseando á lo largo de la ermita, revolviendo en mi imaginacion mil ideas, sin fijarme en ninguna de ellas, sin saber qué partido tomar; pues aunque resuelto á seguir por todas partes á la desconocida jóven, no tenia medios para ha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cerlo, y tal vez podia mi resolucion causarle graves perjuicios. Pasaron algunas horas, durante las cuales me arrimaba frecuentemente á la puerta de la sacristía; y á pesar del mucho silencio que reinaba en aquel lugar, nada oia; lo que me inquietaba infinito, pues siendo como era muy reducida la sacristía, parecia imposible que no se advirtiese algun confuso rumor. No podia adivinar qué hacia el ermitaño con aquellas mujeres; pero estaba determinado á esperar hasta que saliesen, y huir luego para siempre de aquel sitio. El peregrino permanecia arrodillado en el mismo puesto; este hombre me molestaba, pero yo no tenia derecho alguno para despedirle; ademas de que la ermita estaba abierta dia y noche, y podia detenerse en ella cuanto quisiera. Para aumento de mi admiracion é inquietud, se pasó así el resto del dia, y se acercaba la noche sin que saliesen las mujeres ni el ermitaño.

Abrióse al fin la puerta de aquel misterioso sitio, y se presentó solo el hermano Lúcas, el cual, extrañando el verme, y lanzándome una mirada de indignacion, me dijo: ¿Todavía estáis aquí? ¿no os he despedido? — Me iré; pero ántes quiero recoger lo poco que me pertenece, y está en la sacristía. Como el motivo era justo, no se opuso el ermitaño. Entré, y cuando presumí hallar á la tia y á la sobrina, me encontré solo. Considerad cuál sería mi sorpresa; lo registré todo por ver si encontraba alguna puerta: ¡inútil empeño! nada hallé, nada absolutamente.

El ermitaño me dijo: ¿Habéis acabado? — Esperad, que estoy buscando... — Lo que no encontraréis. — ¿Pero las señoras?... — Ya no están aquí. — Pues yo no las he visto salir, y no me he apartado de la ermita. — Os digo que han salido; y sobre todo, ¿qué interes tenéis en saberlo? — El interes que inspiran la hermosura de aquella jóven, y la violencia que la hacen. — ¿Y de donde podéis inferir esa violencia que suponéis? — Tengo motivos que no necesito declarar. — Y yo para que no estéis mas tiempo en esta ermita: idos. — Es demasiado tarde. — No está muy léjos un convento de capuchinos donde reciben á todo caminante, sea quien fuere.

Cuando vi que no habia otro remedio, salí de la ermita, y caminé sin saber adónde, pensando siempre en lo que me habia sucedido, y en que aquellas mujeres no habian salido de la sacristía. En fin, sentia verme separado para siempre de la que amaba, sin poderle prestar ningun auxilio.

No sabía si haria mejor en irme á recoger en el convento de capuchinos, ó en caminar toda la noche en busca de la casa de

mi padre: tan desconocidos me eran los caminos para una parte como para otra; por lo que caminé gran rato sin rumbo cierto, aumentando mi incertidumbre la oscuridad de la noche. Hallábame en la misma posicion y en la misma indigencia en que me hallé cuando dejé la cabaña de Pedro para retirarme á la ermita de San Leonardo; pero ahora era mas digno de compasion, pues habia malogrado mas de tres años de mi mejor edad, y perdido enteramente mi corazon y mi entendimiento. ¡Ay! me habia detenido en la ermita un dia mas, y este bastó para hacerme desdichado.

Caminaba sumergido en tan tristes reflexiones, muy descuidado de atender á mi seguridad en noche tan oscura, cuando sentí un golpecito en mi hombro. Sobrecogióme un gran terror, volví la cabeza, y vi... Pero ya es tarde, hijos mios. Mi amigo Palemon querrá retirarse, y yo me canso de hablar: en mi edad, cualquiera cosa incomoda: dejemos lo que falta para mañana, y oiréis sucesos tan particulares, que apénas podréis darles crédito á pesar de ser verdaderos.

Calló el anciano, los muchachos se levantaron, y todos volvieron á entrar en la casa.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA HIPOCRESIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXXVI

LA HIPOCRESIA

Mirar sumiso, humillado,
Rostro enjuto y penitente,
Apariencias de obediente,
Realidad de solapado;
De envidia y soberbia hinchado,
Y avaricia y vanidad,
Con capa de santidad
Oculta la vil falsía:
De la ruin hipocresía,
El bosquejo examinad.

Al siguiente dia por la tarde, Mr. Delacour prosiguió su relacion en estos términos :

Continúa la historia de la Ermita de San Leonardo.

Sobrecogido volví la cabeza, y no obstante la oscuridad de la noche, pude reconocer al mismo peregrino que me habia hablado en la ermita. « Amigo mio, me dijo, sois desgraciado, y debo hacer lo que pueda por consolaros; referidme vuestras desgracias, en seguida os diré quién soy; pero ante todas cosas, decid, ¿adónde os dirigís? — ¿Y vos? — Nos llevo rumbo determinado; pero escuchad... ¿ oís una campana?... Seis.... siete... ocho... nueve.... las nueve ya... Este es el reloj de un convento de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

capuchinos; pasemos en él la noche y mañana veremos lo que hemos de hacer.

El peregrino, que era anciano, y me pareció bueno y sensible, apoyó su izquierda en mi brazo, y con la derecha se valió del auxilio de su bordon. Miéntras caminábamos, me hizo tantas instancias para que le manifestara mis desgracias, que me vi precisado á complacerle. Apénas le dije que mi padre se llamaba Mr. Delacour, dió un paso atras, me miró atentamente, y luego, volviendo á tomar mi brazo, me dijo con dulzura: Proseguid. Nada le oculté, ni aun la muerte de mi hermano, mis remordimientos, y el primer pensamiento que tuve de consagrar mis dias al estado monástico. Le referí las circunstancias de mi morada en la ermita, las frecuentes ausencias del hermano Lúcas, la misteriosa puerta por donde desaparecia sin yo poder saber adónde iba, mi amor á la hermosa jóven, su repentina desaparicion y la de su tia, y en fin, el motivo de mi altercado con el ermitaño.

Cuando el peregrino hubo oido mi relacion, se detuvo algunos instantes, apoyándose en el bordon, como reflexionando; y despues me dijo: Hijo mio, lo que me acabas de referir merece mi atencion mas de lo que crees. Si conocieras la trascendencia que pueden tener estas cosas, no hubieras omitido diligencia para penetrar el secreto de la oculta puerta; y en tanto tiempo como has estado en la ermita, tal vez hubieras conseguido fácilmente lo que ahora será difícil averiguar. Eso me confirma lo que muchas veces he oido hablar acerca de la ermita de San Leonardo, porque se dice que el ermitaño que la habita no es tan penitente y religioso como se supone. Aseguran que ha sembrado en el seno de algunas familias una doctrina muy perniciosa, procurando inclinar á muchas jóvenes á un retiro muy diferente y muy opuesto al servicio de Dios. Lo cierto es que han desaparecido algunas demasiado crédulas, y se sospecha que todo es por instigacion del hermano Lúcas, pues no han vuelto á presentarse á sus desconsolados padres aquellas infelices; pero todo esto no es mas que hablar de las gentes, sin datos seguros. Lástima es que ahora faltéis de la ermita, la cual sin duda tendrá algunos escondrijos o lugares subterráneos donde... yo no sé... mis presentimientos nunca me han engañado; y temo que vuestra jóven sea una triste víctima sacrificada sin duda por alguna tia fanática. Lo que ahora nos conviene hacer, es ir desde luego á dormir en el convento de capuchinos, y volver mañana á casa de vuestro padre, que no está muy distante de aquí. Yo os acompañaré; conozco á Delacour, y estoy seguro de que se alegrará de verme. Despues volveremos á la ermita, y procuraremos descubrir los misterios que se encierran en ella.... Ya estamos cerca del convento; ¿ no distinguís la torre? — Sí, señor; y oigo que tocan. — Lo hacen para prevenir á los pasajeros que dentro de média hora se cerrarán las puertas, y nadie será recibido: tomemos esta senda que se dirige allá, y procuremos llegar ántes que cierren.

Seguí á mi conductor, que me inspiraba profundo respeto y ciega confianza, y en ménos de veinte minutos nos hallámos á la puerta del convento. Nos presentámos al portero, el cual, apénas oyó que pedíamos hospedaje, nos introdujo en un vasto refectorio, donde hallámos dos ó tres personas que cenaban, aprovechándose del mismo socorro que nosotros solicitábamos. Cenámos, y luego nos retirámos á un dormitorio comun, donde nos fué imposible hablar en secreto. Era costumbre en esta santa casa no despedir por la mañana á los huéspedes sin darles de almorzar con abundancia. Reunidos pues todos, bajámos al mismo refectorio en que habíamos cenado. Miéntras almorzábamos, un religioso pasó y dijo con bastante sequedad al que nos servia: Fray Hipólito: ya he dicho que nada se le dé al ermitaño de San Leonardo; no quiero, vuelvo á decir, que se le dé la mas pequeña limosna, porque tengo poderosos motivos para creer que ese hombre es mucho mas rico que nuestro miserable convento.

Retiróse el religioso dichas estas palabras, y nos dejó muy admirados el oir citar á un hombre cuya conducta deseábamos averiguar. Mi compañero se acercó á fray Hipólito, y notando en él una fisonomía franca y cierto aire de ingenua bondad, se aventuró á decirle: Perdonad si me atrevo á preguntaros si el ermitaño de quien os acaban de hablar es el mismo que cuida de la capilla que está como legua y média distante de este convento. — Sí, señor, el mismo es. — Ayer pasé por allí; le vi, y me pareció un santo varon. — Decid un gran picaron. — ¿ De véras? — De véras. Ha tenido la fortuna, ó la desgracia, de engañar al bondadísimo prelado de esta diócesis, y le sostiene; pues á no ser así, tal vez estaria ahora en un calabozo. — ¡ Dios mio! ¿pues qué ha hecho? — No se sabe á punto fijo; pero lo cierto es que se trataba, segun me dijo un amigo, de hacer un registro en la ermita. — No costaria mucho, siendo tan pequeña. — ¿Tan pequeña? No es tanto como os parece. — Pero ¿ qué puede ser una ermita situada á la orilla de un rio, y cercada de sendas y bosques por todas partes? — Veo que no estáis instruido: si no te

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

néis mucha prisa, y gustáis oir una historia particular, venid á mi celda, y en ella sabréis el orígen de la ermita de san Leonardo, y unas aventuras muy extraordinarias.

El peregrino accedió gustoso á la propuesta; y luego que los otros caminantes se despidieron, nosotros seguímos al buen religioso, como interesados en la relacion que iba á hacernos, deseosos de informarnos de todas las particularidades que podian tener relacion con el hermano Lúcas. El padre Hipólito nos entró en su celda, cerró la puerta con cuidado, y ó bien porque se complacia en hablar, ó porque le habíamos inspirado confianza, nos hizo la relacion siguiente, que os diré con sus propias expresiones.

Seguramente no habéis nacido ni os habéis criado en esta comarca, pues de lo contrário era imposible que no tuvieseis noticia de la famosa iglesia de san Lotario, uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad, construida á las orillas del Loira. Esta iglesia, abandonada casi enteramente desde muchos siglos atras, y que cada dia se iba desmoronando, fué destruida una noche de resultas de un suceso que voy á referiros, para lo cual es preciso remontar y trasladarnos á un tiempo muy antiguo. Escuchadme con atencion.

Habia en las montañas llamadas las Cevennas un duque de Asfeld, que era el mas poderoso y rico señor del Languedoc, y tenia dos hijos, varon y hembra. Matilde su hija era la persona mas completa que se pudiera imaginar. En solos veinte años de edad habia adquirido cuantas habilidades pueden caber en una mujer, las cuales unidas á las gracias que la naturaleza le habia prodigado, formaban un todo admirable. Su hermano Leonardo tenia un año ménos: era despejado, robusto, gallardo, y toda la delicia de su padre, que fundaba en él las esperanzas de perpetuar su nombre y hacer dichosa su ancianidad. Era maestro de Leonardo un tal Doctorin, hombre de cuarenta años, clérigo tonsurado, en quien se reunian un ingenio nada vulgar, y muchos conocimientos y erudicion. Era grave, taciturno, reflexivo: y á pesar de su exterior nada propio para agradar á la juventud, habia sabido ganarse la confianza y amistad de su discípulo. Tenia Leonardo una vivacidad que rayaba en atolondramiento: amaba á su preceptor, que sabía lisonjear las pasiones de aquel jóven, y hacerle enteramente de su partido. Con todo su ingenio y conocimientos, Doctorin era falso, vengativo, y sobre todo ambiciosísimo. El duque se hallaba viudo, y le amaba con la mayor ternura; pero mas amaba él á la preciosa Matilde, que se habia apoderado de su co-

razon. Este hombre disimulado conocia que nunca obtendria la mano de aquella dama, la mas noble y mas rica de cuantas habia en aquella provincia; pero habituado á crímenes de toda especie, no pensaba sino en deshonrar á la hermana de su discípulo, y aun robarla si se le proporcionaba ocasion. Ya hacia mucho tiempo que meditaba estos proyectos, en los cuales se confirmaba cada dia conociendo el odio con que le miraba la hermosa Matilde, que acaso tenia mas penetracion que su padre.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Leonardo salió un dia á cazar, acompañado de un solo criado. Cayó del caballo y se hirió tan peligrosamente que fué preciso trasportarle á la casa mas próxima al sitio en que sucedió la desgracia. Vivia en esta casa un hombre retirado de la carrera del comercio: á este se presentó el criado, pidiendo hospedaje para su amo. Mr. Blinvil, que así se llamaba el dueño de la casa, acudió con sus gentes al sitio en que el jóven Leonardo estaba bañado en sangre, le hizo trasportar á su casa, y envió á buscar un cirujano que reconoció la herida, y declaró que era peligrosa, é imposible trasladar el herido á otra parte en muchos dias. Al instante participó Mr. Blinvil personalmente al duque todo lo acaecido; y este, que no esperaba tan fatal noticia, dando las gracias á Mr. Blinvil por sus finezas, mandó poner inmediatamente su coche, y partió con su hija, Doctorin y Blinvil á casa de este último, donde todos manifestaron al herido el interes que tenian en su salud. El duque prometió volver siempre que pudiera, y enviar todos los dias á saber de su hijo: despues dió la vuelta á su casa con su hija y Doctorin.

Seis semanas permaneció Leonardo en casa de Blinvil, donde le trataron con todo el esmero y delicadeza debidos á su clase y situacion. Cuando se halló convaleciente, le llamó su padre; pero se le hacia muy duro dejar aquella casa tan digna de su estimacion. Tenia Mr. Blinvil una hija bellísima, llamada Eugenia, la cual no se habia apartado de la cabecera del enfermo; y el amor con una sola flecha habia herido á estos dos corazones puros é ingenuos, destinados para amarse eternamente. Eugenia sintió dos afectos contrários, que fueron la alegría y la tristeza, por la convalecencia de su amigo. El estado de su padre no le permitia entablar amistad con el duque de Asfeld, y mucho ménos esperar una alianza entre las dos familias. Eugenia se arrepintió de haber entregado por la vez primera su corazon á las seductoras impresiones de un amor imprudente. Supo con la mayor amargura que el duque vendria á la mañana siguiente para llevarse á su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hijo; y se propuso permanecer retirada en su cuarto por no presenciar una despedida tan dolorosa para su sensible corazon.

El jóven Asfeld no habia podido recibir las consoladoras expresiones de la hija de Blinvil, sin quedar enamorado de las eminentes cualidades y atractivas gracias de mujer tan preciosa. Era aquella la primera vez que amaba, y tambien la primera que sentia volver á la presencia de su padre, de su hermana y de su maestro. Hubiera preferido el asilo del amor á los mas suntuosos palacios, pero su padre deseaba con ánsia su compañía; ya estaba decretado el dia, y no era posible diferir tan cruel separacion. Estos dos jóvenes se amaban, pero aun no se habian comunicado sus mutuos sentimientos.

Llegó el fatal instante. El duque, despues de haber dado las gracias á Blinvil, subió á su coche y llamó á su hijo; pero el duque se acordó de que no habia cumplido, despidiéndose como debia de Eugenia, y pregunto por ella á Blinvil, que la envió á llamar. Le pareció á Eugenia que el negarse á comparecer podria considerarse como sospechoso; mas ¡ oh Dios! ¡cómo quedó viendo á su dulce amigo, que fijaba en ella los ojos con la mayor intension! nunca le habia parecido tan gallardo. Hasta entónces Leonardo, enfermo, pálido, acostado ó envuelto en una bata, no habia podido lucir á sus ojos la bizarría de su talle y la gracias que habia recibido de la naturaleza; ahora estaba vestido con la mayor elegancia; y de tal modo se manifestaban, que Eugenia quedó turbada, y solo tuvo fuerza para exclamar : ¡ Conque se va para siempre! y diciendo esto, cayó desmayada entre los brazos de su padre.

Leonardo, sin poder contenerse, tomó las manos de Eugenia y las bañaba con sus lágrimas, diciendo : ¡ Eugenia! ¡ mi amada Eugenia! yo volveré... nos veremos... ¡ ah! ¡ si no os volviese á ver me faltaria la vida!

¡ Qué escena para los dos padres, que se miraban sin atreverse á comunicar sus recíprocas sospechas! El duque, asustado con la idea de un amor que ofendia su vanidad, bajó del coche, tomó del brazo á su hijo, y á pesar de sus lágrimas y sollozos le precisó á subir, y partió rápidamente, miéntras que el desdichado Blinvil llevaba á su hija á lo interior de la casa, penetrado del fatal descubrimiento que acababa de hacer.

Dejo por un instante á Blinvil y su hija, y entro en el castillo de Asfeld con el duque y su hijo, que nada habian hablado durante el viaje. Mas sosegado el jóven, habia conocido su imprudencia, y resolvió no decir nada á su padre, cuyas miradas temia. ¡ Efecto admirable de la vanidad! la ternura del duque respecto de este hijo, á quien una hora ántes amaba mas que á sí mismo, casi se habia extinguido. Rayos de severidad despedian ahora aquellos ojos que nunca se fijaban sobre este hijo adorado sin la mayor afabilidad y complacencia. Ya no era padre el duqne; era un extraño, un déspota, un tirano. No quiso comunicar por entónces sus temores á su hijo; esperaba ocasion mas oportuna; pero sería terrible.

¿ Quién pues le calmaria? Aquel que en el castillo era el único que se interesaba en lisonjear las pasiones del jóven Leonardo; aquel hombre que sabía acomodarse, doblegarse á las flaquezas ajenas, y ver en el suceso mas simple el fundamento de su venidera fortuna : este hombre era Doctorin.

Como él habia presenciado la escena, fué al cuarto de su discípulo, á quien halló sentado y con el rostro apoyado en sus manos. Hijo mio, le dijo el hipócrita, ¡ mucho sentimiento habéis causado á vuestro anciano padre! — ¿ Cómo es eso? — ¡ Fundaba en vos todas sus esperanzas y todo el esplendor de su casa!... — ¿Pues qué, he destruido yo por ventura esas esperanzas? — Lo recela. — ¿ Y por qué? — ¿ Pensáis que he cegado? ¿ me creéis de tan poca penetracion y experiencia que no haya conocido que amáis á la hija de Blinvil? — Es verdad... la amo; y sería muy ingrato si la aborreciese. — ¡ Ah! ¡ una cosa es amar con violenta pasion, y otra aborrecer! — No entiendo esa confusion; lo que sé es que no puedo querer á Eugenia mas de lo que la quiero. — Ya veis que estáis convicto y confeso. — ¿ Pues qué delito es este para negarlo? — ¿ Y ella os corresponde? — Me parece que sí : ¿ y qué importa? — ¿ Querréis casaros con ella? — ¿ Pues no lo he de querer? — Nunca accederá á ello el señor duque. — ¿ Por qué no ha de acceder? sería una injusticia la resistencia. Ya veo que dirá que destruyo la opinion de nuestra familia, pues soy un hombre que heredo su sangr y puedo engrandecerla con mis virtudes públicas y privadas; pero tambien la union con la que amo, me conducirá á las mayores empresas; que me den á Eugenia, y seré capaz de todo. — Jóven inconsiderado, ¡ bien se conoce que no sabéis lo que es pensar como sabio y como padre de familia! — Pues oid, y veréis que tal vez sé discurrir mejor que lo que vos pensáis. Conozco que mi padre me pondrá por delante la falta de riquezas y la poca distincion de la casa de Eugenia; sé que encontraré de su parte la mayor contradiccion; pero lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no sabía era que vos fueseis tan poco amigo mio, que os hicieseis del partido de un padre de quien espero la mas cruel persecucion. — Os engañáis, hijo mio: ¡qué mal me conocéis! yo no he venido á veros sino para consolaros y ofreceros todos mis auxilios á fin de reconciliaros con vuestro padre. — ¿Habláis sinceramente, mi amado maestro? — Sí, amigo: ya he destruido una gran parte de las sospechas del duque, haciéndole ver que el cariño que habéis manifestado á Eugenia era un efecto muy natural de la gratitud que la debiais. En cuanto al desmayo de esta, le he asegurado que hace algun tiempo que padece tales accidentes, por lo que su salud está quebrantada. Me ha creido; y me lisonjeo de persuadirle muy en breve que entre Eugenia y vos no hay mas que una absoluta indiferencia. — ¡Ah, mi amado maestro! — Esto es lo que por ahora conviene; y si proseguís en vuestros amores, trataremos de buscar medios para... — ¡Ah! ¡os debo mas que la vida!

El jóven Leonardo se arrojó á los brazos del pérfido Doctorin; pero este todavía no habia dicho al duque nada de cuanto manifestaba á su hijo: al contrário; presentándose en el cuarto de aquel, le dijo que el amor del jóven era violentísimo: que le parecia preciso tomar las mas sérias providencias á fin de cortar los efectos de tan loca pasion; y por último añadió: Acabo de verle, le he dicho todo cuanto vos mismo pudierais decirle, pero nada sirve: se arrebata, jura vengarse, desconoce mi autoridad, insulta mi fino afecto, y creo que á vos mismo os faltaria al respeto y os pondria en el caso de castigarle rigurosamente. Creedme, señor: no le habléis por ahora de este asunto: esperad del tiempo y de mis consejos los saludables efectos que me propongo conseguir: yo os participaré todas nuestras conversaciones, y hasta sus mas recónditos pensamientos.

El duque prometió moderar su cólera, y no darse por entendido de nada, agradeciendo á Doctorin el celo é interes que le manifestaba, suplicándole que velara siempre sobre su hijo, y le comunicase cuanto dijera. Ved aquí á mi embustero haciendo á dos partidos; y ved al padre y al hijo que recíprocamente disimulan sus sentimientos. El duque nada decia á su hijo, y aun afectaba tratarle con mas ternura; el jóven presumia que eso era efecto de los cuidados y diligencias de su celoso maestro.

Sin embargo, Leonardo para sondear la intencion de su padre, le dijo algunos dias despues, que la gratitud exigia fuese á hacer una visita á Mr. Blinvil. Los dos iremos, respondió el duque, pues

yo tambien estoy obligado á visitarle. Aunque no gustó mucho al jóven la compañía de tan formidable testigo, se consoló pensando que al ménos tendria la satisfaccion de ver á Eugenia. Vistióse, pues, con elegancia, y acompañado de su padre llegó á casa de Blinvil, que los recibió con mucha frialdad. El duque, despues de los cumplimientos de estilo, le dijo: ¿No tendremos el gusto de ver á Eugenia?

Apénas podia Leonardo moderar su júbilo oyendo á su padre, pues se anticipaba á su deseo, y esperaba impaciente la respuesta de Blinvil, que fué lacónica. Mi hija está peligrosamente enferma, y no quiere que nadie la vea. — Lo siento, dijo el duque; y añadió: quisiera hablaros en secreto un breve rato. Con mucho gusto os escucharé, respondió secamente Blinvil, y al efecto pasaron los dos á un gabinete, dejando á nuestro jóven entregado á mil tristes pensamientos, y arrebatado de ellos exclamaba: ¡Oh Dios! ¡Eugenia enferma de peligro! ¿Si tendré yo la culpa? ¿le costará la vida el haberme restituido la salud?... pero mi padre... ¿qué secreto tendrá que comunicar al de mi amada?

Impaciente Leonardo, se paseaba por la estancia; se acercó á una mesa en que habia varios dibujos hechos por Eugenia, y en uno de ellos vió copiadas sus mismas facciones. Mucha satisfaccion le causó este hallazgo, pues conoció que no le era indiferente á la que se ocupaba en tan agradable ejercicio. Continuó su exámen, y halló un retrato de Eugenia en miniatura, que parecia ser de otra mano; y como sabía que el amor disculpa ciertos robos, se apoderó de aquella bellísima pintura, bien resuelto á nunca restituirla. En esto se abrió una puerta, creyó que volvian los dos ancianos, y se sorprendió al ver á Eugenia, que enmudeció al verle; mas al fin le dijo: Yo creia que vos y el duque no estabais ya en esta casa. — ¡Oh Dios! ¿conque no es cierto que habéis perdido la salud? — ¡Ah Leonardo! los males del alma son los que me persiguen; el amor, el cruel amor devora mis entrañas. — Tambien las mias; pero me lisonjea este tormento, pues sin cesar me pinta las sublimes cualidades y las grandes perfecciones de la que amo. — Asfeld, á Dios..... pueden volver nuestros padres... — Espera un instante. — No es posible; á Dios. — ¡Eugenia!... — Eugenia te amará hasta su último suspiro. — ¿Y será mi esposa? — Nunca! nunca! á Dios!

Apénas se habia retirado Eugenia, cuando volvieron los dos ancianos; pero tan alterados los semblantes, que se conocia bien que habian tenido alguna grande disension. Despidióse el duque

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con mucha frialdad de Blinvil, que se retiró sin acompañarlos, y Leonardo se vió segunda vez separado de aquella morada, donde dejaba el amor, la tristeza y la constancia en Eugenia, cuyo retrato llevaba consigo, creyéndose por esto ménos desventurado.

Estando en el coche, manifestó el duque á Leonardo toda su cólera, largo tiempo reprimida. Le habia dicho el mismo Blinvil que su hijo amaba ciegamente á Eugenia, y que era igualmente correspondido, sobre lo cual altercaron ambos padres, y se hicieron severas reflexiones, mostrando el duque á Blinvil la diferencia de clases que mediaba entre los dos. Mandó á su hijo que se desprendiese de un amor sin esperanza, si no queria incurrir en su maldicion, y padecer los terribles castigos que un padre irritado tiene derecho de imponer á un hijo rebelde. Ni los ruegos ardientes ni las lágrimas amargas del jóven, hicieron mella en aquel corazon endurecido por el orgullo; y el triste Leonardo no podia interponer mas mediadores que su desesperacion.

Apénas llegaron al castillo, fué Doctorin á ver á su discípulo; y le halló en su cuarto haciendo los mayores extremos de sentimiento. El preceptor queria consolar al amante de Eugenia; y este solo contestaba que le dejase abreviar sus dias, ya que no podia disfrutarlos al lado de Eugenia. Aprovechándose aquel malvado hipócrita de esta disposicion, le dijo: Vaya, hijo mio: no hay para qué desesperarse; yo mismo pondré á Eugenia en vuestro poder. — ¿Vos, mi respetable y tierno amigo? ¡Ah! ¡os deberia mas que la vida! — Solo consiste en vos el veros reunido desde esta misma noche con Eugenia. — ¿En mí solo consiste? — Sí; pero ántes debo saber si sois capaz de hacer por ella los mayores sacrificios. — De todo soy capaz, no lo dudéis; hablad sin reserva. — Pues voy á descubriros un secreto que hasta ahora no ha salido de mi corazon. Vos amáis á Eugenia, y yo á vuestra bellísima hermana Matilde. Conozco que por ningun respecto puedo considerarme digno de la hija del duque de Asfeld; pero vos sabéis mejor que nadie lo que es amor, y que el que se halla poseido de esta pasion no repara en clases ni conveniencias: ¿no lo experimentáis vos mismo, que ardéis por una jóven de clase tan inferior á la vuestra? luego no podéis ofenderos de mi pasion; y solo debéis compadecer mi estado como yo compadezco el vuestro, y servirme con el mismo empeño que yo deseo serviros. Unamos nuestros intereses; y una misma precision dirija nuestras acciones, inspirándonos en nuestros ánimos ingenio é intrepidez. Á punto de média noche, bajo cualquier pretexto,

conducid á Matilde al jardin, hácia la puerta que sale al monte: yo tendré apostadas gentes de mi confianza, y prevenido un coche en el cual hallaréis á Eugenia. — ¡Cielos! — No lo dudéis: en el coche hallaréis á vuestra amada: yo me encargo de todo. ¡Considerad cuál será nuestra dicha! los cuatro nos casaremos de secreto; y cuando ya no haya remedio, será preciso que el duque apruebe unos vínculos contraidos por sus hijos, ó que muera léjos de ellos... ¿No me respondéis? ¿tendréis tambien preocupaciones? — No; pero tengo rectas costumbres y delicadeza. — ¡Costumbres y delicadeza! ¿y qué sirve todo eso cuando uno está enamorado? — ! Perverso!..... — ¡Cómo! — ¿Y has tenido valor para confiarme un proyecto sugerido por el mismo infierno, en el que veo el deshonor de toda mi familia, y la muerte de un padre desdichado? Sabe que tengo demasiada virtud para acceder á tan indignos pensamientos. Huye de mi presencia; huye, y teme que yo revele á tu bienhechor el modo vil con que correspondes á sus bondades y confianza. — ¿Qué oigo? ¿podria yo imaginar que el orgullo del hijo igualase á la vanidad del padre? — Apártate, miserable; no esperes que esta pistola te quite una vida, manchada sin duda con todos los delitos, pues has sido capaz de concebir uno tan execrable. — Jóven inconsiderado, modera ese tono, que no te conviene; y sabe que si haces un solo ademan, si dices una sola palabra del proyecto que neciamente te he confiado, puedo perderte á ti, á Eugenia, y tambien á tu mismo padre.

Como Leonardo era vivo, arrebatado, no pudo oir las amenazas de este malvado sin concebir una indignacion tan poderosa, que le obligó á tirarle un pistoletazo. Por desgracia no hirió á Doctorin, el cual salió inmediatamente del cuarto, gritando *¡que me maten! que me asesinan!* Toda la casa se conturbó; y al estruendo de la pistola y de las voces, acudieron precipitadamente al cuarto de Leonardo. Volvió el mismo Doctorin á entrar en él precedido del duque, el cual, hallando á su hijo con la pistola en la mano, no dudó de que habia querido asesinar á su preceptor, quien inmediatamente exclamó: ¿En qué te he ofendido, jóven deslumbrado? ¿porque te represento que quieres hacer infeliz á tan buen padre; porque te doy unos consejos tan propios de mi prudencia, y del celo con que atiendo á tu educacion; y en fin, porque te manifiesto la bajeza é infamia de tus pensamientos, quieres asesinarme? ¿así te atreves á tu maestro, á un hombre tímido y sin defensa? ¿tal recompensa merecen mis desvelos?

Leonardo, fuera de sí, quiso vengarse de este nuevo rasgo de perfidia, pero le detuvo su mismo padre, y mandó que al instante se le encerrase en la mas retirada torre del castillo. Doctorin cometió nueva vileza, insultando la desgracia del jóven, pidiendo su perdon de esta manera: No, señor, dijo, no señor: os suplico que no sea preso por mi causa, ó me obligaréis á dejar la casa. Pero el irritado anciano no cedió; y el pobre Leonardor, sin permitirle disculparse, fué conducido á la indicada torre. Doctorin, despues de haber explicado á su modo los motivos del arrebato de Leonardo, se retiró á su cuarto á meditar los medios de arruinar á toda esta familia que aborrecia.

Su perversidad era tan refinada, que no se contentaba sino con una venganza extraordinaria y terrible, y despues de una larga meditacion se fué á casa de Blinvil, que á la sazon se hallaba ausente. El traidor sobornó y ganó la confianza de un criado, de quien supo que Blinvil, cansado del amor y excesivos sentimientos de Eugenia, habia resuelto ponerla en un convento, y privarse de una hija á quien adoraba, pero que ahora era causa de su desdicha. Á las cuatro de la mañana siguiente, este padre desconsolado debia marchar á encerrar á Eugenia en un convento de monjas, distante tres leguas. Doctorin formó al instante su plan, y se condujo del modo siguiente para llevar á efecto la mas horrible venganza.

Entre tanto que el triste Leonardo lloraba sus males esperando que su padre le concediese ocasion de manifestar los indignos pensamientos de aquel pérfido; y miéntras que examinaba las paredes de la casa paterna, convertida para él en un sombrío y lúgubre calabozo, la noche desplegaba sobre la tierra sus negras alas, encubridoras de los mayores crímenes. El jóven, que solo pensaba en su padre y en su amada, oyó todas las horas de aquella terrible noche; y apénas dieron las tres, cuando sintió abrir la puerta de su prision; y se le presentó Bernardo, criado de Blinvil. ¿Qué es esto, Bernardo? le dijo: ¿cómo has podido llegar hasta aquí? — El amor lo consigue todo. Apénas ha sabido a señorita, no sé cómo, que os hallabais preso, me ha enviado á ver si podia favoreceros, porque conoce que soy muy á propósito para cualquiera invencion. Así es que he emborrachado al que tenia las llaves de esta prision. — ¿Y para qué — ¡Bien por cierto! paraque marchéis al instante... — ¿Adónde? — Á impedir el sacrificio de la señorita. — ¿Su sacrificio? — Sí, señor; dentro de una hora la sacará de su casa..... — ¿Quién? — Quien

ménos creeriais, el señor Doctorin. — ¿Cómo? — Solo puedo deciros que á las cuatro de la mañana la llevará á un convento con órden de su padre, que está gravemente enfermo; y que la señorita teme que las ideas de este hombre sean muy peligrosas á su honor, porque ántes de ahora la ha requerido de amores..... — ¿Qué dices? — Lo que ella me ha dicho precipitadamente, añadiendo que no se ha atrevido á participar á su padre estos recelos, porque los creerá pretextos para evitar su reclusion, y..... — Basta: todo lo comprendo: vamos; ese pérfido... le arrancaré el corazon.

Bien conocia Doctorin que el genio precipitado de Leornardo no le permitiria reflexionar; y en efecto, este jóven, sin mas informacion ni exámen se armó con unas pistolas que le habia traido Bernardo, á quien siguió hasta la puerta del castillo sin hallar el menor obstáculo. Luego que se hallaron en el campo, tomaron los caballos, prevenidos tambien por Bernardo, y fueron á apostarse en el camino por donde precisamente habia de pasar el coche en que iban Blinvil y su hija, y que apareció á breve rato. Hacia frio, y Blinvil se habia cubierto la cabeza con un pañuelo; lo que juntamente con la dudosa luz del alba que empezaba á rayar, dió ocasion á Leonardo para creer que era Doctorin; y ciego de cólera se acercó á la portezuela del coche, y dijo: Traidor, entrégame á Eugenia, ó eres muerto.

Eugenia dió un grito, y se desmayó: Blinvil se asomó á la portezuela, como para reconocer quién le hablaba; y el imprudente Leonardo le tiró un pistoletazo, que le penetró las sienes, y cayó sobre su hija inundándola con su sangre. Leornado se disponia á apoderarse de Eugenia, cuando un nuevo incidente frustró su resolucion. Apénas sonó el tiro aparecieron várias personas, entre ellas el duque y el mismo Doctorin, el cual dijo al duque: No os adelantéis, señor, porque el bárbaro que ha asesinado al padre de Eugenia, será capaz de toda maldad. En tanto, el pérfido Bernardo se acercaba á hablar á Doctorin, y este fingiendo recelo de alguna traicion, exclamó: ¡Miserable y vil cómplice de ese malvado! ¿qué intentas? y diciendo esto, le disparó una pistola, y le mató, sepultando con su muerte su secreto. Considerad cuál sería el estado del infeliz Leonardo, que habia muerto al padre de su amada, la cual nunca podria ya mirarle sino como un vil asesino. Su padre le llenaba de improperios y maldiciones. ¿Qué haria el infeliz Leonardo? ¿abandonaria á Eugenia, que afortunadamente todavía estaba desmayada, y que no volveria en sí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sino para ver á su padre asesinado y detestar al autor de tan atroz delito? Ya estaba perdido Leonardo; conocia que le odiarian un padre, su amada, en una palabra, que nada le faltaba que perder. En esta persuasion, tomó un partido desesperado. Todavía estaba sobre el caballo, que era excelente; le arrimó las espuelas, y desapareció de la vista de todos los testigos de su crímen. En vano clamaba el duque, y en vano envió tras de él á un criado; porque el jóven, advirtiendo que un hombre le seguia, se paró, le esperó, y le amenazó con la muerte si no se retiraba; y el criado, temeroso, volvió á carrera abierta á reunirse con su amo.

Miéntras que el duque, Doctorin y su acompañamiento conducian el cadáver de Blinvil á su casa y á la infeliz Eugenia, ya vuelta en si, Leonardo corria sin pararse, hasta que al fin del dia su cansancio y el de su caballo le obligaron á detenerse. No le seguiré en su destierro; pues bastará deciros que pasó dos años viajando, sumergido en la mas profunda tristeza, y maldiciendo todos los dias su existencia. Sin embargo, el tedio, la inquietud, el deseo de volver á ver á su padre, y acaso el de arrojarse á los piés de Eugenia, le condujeron al cabo de aquel tiempo á su país. Un criado de Blinvil, que halló por casualidad, le informó de los resultados que habia tenido su crímen: le dijo que Eugenia no existia, pues no habia podido sobrevivir mucho tiempo á su padre, ni á la vergüenza de haber amado á un asesino; que murió acusando á Leonardo, pero que despues de su muerte se habian hecho descubrimientos muy importantes, pues por un papel, hallado en los vestidos del difunto Bernardo, se supo que Doctorin fué el autor de toda aquella trama; y receloso del duque aquel perverso, huyó del castillo, sin que se supiese su paradero; aunque se presumia que, atormentado por los remordimientos, se habria retirado á algun claustro: que el duque todavía conservaba su miserable existencia; que vivia en compañía de Matilde, clamando los dos sin cesar por un hijo y un hermano mas desgraciado que criminal, segun se habia averiguado.

Leonardo, mas entristecido con estas noticias y ardiendo en deseos de vengarse de aquel monstruo que le perdió con tanta iniquidad, resolvió dirigirse á casa de un amigo de su padre para entablar por este medio la reconciliacion.

Con este deseo caminaba á largas jornadas en lo mas crudo del invierno. Una tarde sobrevino una espesísima niebla, la cual, con la distraccion de sus pensamientos, le hizo perder el camino. La noche aumentó su confusion: no sabía qué hacer, y caminaba á

la ventura por entre matas y jarales, cuando despues de un largo espacio se halló al frente de un edificio, que le pareció un monasterio, segun su construccion, y lo creyó habitado, á pesar de las muchas ruinas que le cercaban. Aproximóse á un pórtico, donde halló á un hombre, le preguntó si aquel monasterio estaba habitado, y si le darian hospitalidad por aquella noche. El hombre le contestó que á aquella hora era imposible, porque todos los religiosos estaban recogidos; pero que si queria, él le podia hospedar en un cuarto que le daban como uno de los criados de la labranza. — Me es indiferente, añadió Leonardo, la calidad del cuarto, con tal que esté al abrigo de las voraces fieras, y de los insultos de los bandidos que dicen infestan toda esta comarca. — Siendo así, venid conmigo, que aunque mi habitacion no es cómoda, sobra para que estéis guarecido, y podáis descansar sin cuidado. — Os doy mil gracias; pero decidme, ¿qué fábrica es esta y cómo se halla tan destruida? — Esta, señor, era una antiquísima iglesia parroquial de dos lugares poco distantes, que fueron asolados en otro tiempo por las guerras; quedó por consiguiente abandonada la iglesia, que tiene la advocacion de san Lotario. — ¿Y cómo es que ahora hay religiosos que la sirven? — Hará como diez meses que un santo varon, perseguido por un señor muy poderoso que le acusaba de crímenes que no habia cometido, huyendo de la persecucion vino á este país, cuyo prelado eclesiástico le recogió y amparó, tanto que á sus expensas se reparó un gran pedazo de fábrica, y se construyeron ocho celdillas que ocupan otros tantos monjes gobernados por aquel hombre, que resolvió establecerse aqui para servir á Dios; y á fin de que nunca les falte lo necesario para vivir, se les adjudicaron algunas posesiones pertenecientes á la antigua iglesia. — ¿Y no podré ver á alguno de estos buenos religiosos? — No, señor, todos están recogidos en sus celdas: mañana ántes de partir, podréis oir la misa del prelado de la comunidad... pero ya es tarde; venid conmigo, cenaréis pobremente y descansaréis.

Siguió Leonardo á este hombre, que le hizo atravesar una multitud de escombros; y por fin, llegaron á una celdilla muy sucia, casi sin adorno alguno, en donde nuestro jóven, advirtiendo várias armas colgadas en las paredes, se estremeció, pues le ocurrió al instante que los supuestos religiosos serian algunos bandidos que se refugiaban en este sitio; y se propuso no dormir, sino estar preparado á la defensa por si le atacaban. Aumentóse su receo al ver que el hombre, cuya traza anunciaba ser un facineroso,

descolgó las armas y se las llevó, dejando a Leonardo encerrado en aquel cuarto, alumbrado con una miserable lamparilla. Aunque conoció tarde su imprudencia, no le abandonó el valor; y como siempre iba bien armado, resolvió matar á aquel hombre á la mas leve accion que le pareciese sospechosa. No tardó en ver verificados sus recelos, pues á cosa de una hora volvió el hombre acompañado de otros dos, y uno de ellos le preguntó : ¿ Sois vos el que ha venido á pedir albergue? — Yo soy. — Pues es forzoso que os sujetéis á la costumbre inviolablemente observada con todos los pasajeros que aquí hospedamos. — ¿ Y cuál es esa costumbre? — La de entregarnos todas las armas. — Yo nunca me despojo de ellas. — Ahora será preciso, pues si no, la violencia... — ¿ Qué es eso de violencia? — Muchos de los que hemos recibido nos han robado, y así... — ¿ Tengo yo traza de ladron? — No lo extrañéis. Vemos en vos un jóven robusto, é ignoramos quién sois. — Pues me haré conocer. — No necesitamos sino que obedezcáis. En este instante se presentaron otros dos malvados que hicieron la misma intimacion; pero el mancebo persistió en no entregar las armas, y todos le acometieron; mas como la desesperacion redobla las fuerzas, Leonardo se defendia y ofendia á sus contrarios con el mayor esfuerzo, manejando su espada, y amenazando con una pistola que llevaba en la mano izquierda, reservándola para el último apuro, y casi tocaba en él cuando se presentó el jefe de aquellos facinerosos, que les mandó suspender la pelea, cuya órden obedecieron. Leonardo, que reconoció en aquel hombre á Doctorin, le dijo lleno de cólera : Monstruo, ¿ eres tú el jefe de estos asesinos? pues ahora pagarás tus maldades; y disparando contra él la pistola le tendió muerto á sus piés. Viendo esto sus compañeros, y poseidos de rabia, acometieron de nuevo al jóven, que se resistió largo tiempo, aunque mortalmente herido. Al fin cayó á tiempo que se oyó una terrible descarga que atemorizó á aquellos malvados, los cuales sospechando lo que podia ser, dejaron á nuestro infeliz jóven agonizando y bañado en su sangre, y huyeron. Fué el caso que Doctorin, asociado con muchos facinerosos, cometia enormes delitos en la comarca, refugiándose en aquellas ruinas por la noche, y la justicia, que ya los seguia de cerca, se presentó cuando la ocurrencia de Leonardo para acabar de una vez con semejante canalla; cercó las ruinas, y mandó hacer á su gente una descarga á fin de sorprender á los bandidos. Estos, persuadidos de su próximo castigo, y como eran muchos y bien armados, quisieron re-

sistirse entre aquellas medio demolidas paredes; pero de nada les sirvió, pues todos fueron muertos entre las ruinas. En seguida mandó la justicia hacer un reconocimiento, y hallaron el cadáver de Leonardo, que fué conocido por varios papeles que reservaba en su cartera, y juntamente el retrato de Eugenia.

Su desgraciado padre le dió sepultura en la iglesia de su castillo, y tambien murió de allí á poco. En memoria de este suceso, nuestro obispo, que es descendiente de la casa de Asfeld, permitió al hermano Lúcas edificar una capilla dedicada á san Leonardo, sobre las ruinas de la antigua iglesia de san Lotario. De aquí podéis inferir que si la ermita es pequeña, puede tener comunicacion con algun subterráneo, y que... pero tocan á coro : la obediencia no me permite acompañaros por mas tiempo, y pues ya sabéis el orígen de la ermita de san Leonardo, continuad vuestro camino; mas si volviereis á ver al hermano Lúcas, no os fieis de su hipocresía.

Dimos las gracias al buen religioso por sus atenciones, y salímos del convento.... Pero ya es muy tarde : mañana continuaremos esta historia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXXVII

EL FANATISMO

El fanatismo es locura
Que en casos de religion
Propende á exageracion
En vez de suave cordura.
Si de lo exterior se cura,
Suele despreciar lo interno;
Duro siempre y nunca tierno,
Del cielo aleja al cristiano,
Y le lleva de la mano
Á las puertas del infierno.

Al siguiente dia los jóvenes, ansiosos por saber la continuacion de las aventuras de Mr. Delacour, le suplicaron anticipase la hora de ir al emparrado. Así lo hizo, y prosiguió en estos términos:

Fin de la historia de la Ermita de San Leonardo.

Al salir del convento me aconsejó el peregrino que fuese á casa de mi padre y aun quiso acompañarme él mismo, pues me aseguró tenia con él algunas relaciones, y confiaba aplacar su ira, si es que aun se hallaba enojado por mi mal proceder. Aunque mi resolucion de ir á la casa paterna estaba bien meditada, no pude ménos de temblar al ver aquellas praderas en que me habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

solazado en mi infancia, aquellos muros dentro de los cuales habia por primera vez abierto mis ojos á la luz.

El peregrino, que advirtió mi turbacion, procuró tranquilizarme; y apretándome la mano me dijo : Valor, hijo mio : no te turbes. Llegará un dia en que debes comparecer delante de Dios para dar cuenta de tu vida : á tan formidable cuenta te has de preparar con un sincero y firme arrepentimiento : hoy vas á ver á tu padre despues de haberle ofendido; disponte á expiar tus culpas á sus piés, pues es para ti la imágen de Dios en la tierra : si obras como te digo, no te rechazará. Con esta exhortacion cobré ánimo, y llegámos á casa, donde hallámos á todos sumergidos en la mayor consternacion. Un criado nuevo que no me conocia, nos dijo llorando : Si tenéis que decir algo á mi señor, daos prisa, porque espirará dentro de muy poco tiempo. ¡ Padre mio! exclamé; y el criado repuso atónito : ¡ Su padre!

Mi compañero, disgustado por mi exclamacion, y temiendo que el criado subiese al cuarto de mi padre, y apresurase su muerte participándole sin la debida precaucion la vuelta de su hijo, le suplicó que nos acompañase, y no hablase ántes que nosotros. Convino en ello, y entrámos en el cuarto en que se hallaba el moribundo anciano. Habia mucha gente en la estancia, y quedé admirado de no ver á mi hermano mayor Saturnino. Todos los que rodeaban al enfermo me parecian desconocidos y dependientes de mi padre. Como yo tenia el rostro casi cubierto con un pañuelo, y la vista de mi padre estaba demasiado debilitada para distinguir los objetos, no reparó en mí. Hablaba, pero en voz muy baja; y parecia que estaba dictando su última voluntad á dos notarios que escribian sus palabras, sentados delante de una mesa. No era aquel instante propio para interrumpir al enfermo; y aunque yo deseaba arrojarme á sus brazos, me contenia el peregrino. Nos sentámos, y el moribundo continuó dictando así :

« En consecuencia, como mis dos hijos me han abandonado, » el menor por ingratitud, y el mayor por una loca pasion de » amor, que yo queria reprimir; y en fin, como mis cansados dias » han dependido solamente del cuidado de mis criados, que han » tenido conmigo atenciones que no he hallado en mis hijos, creo » que tengo derecho para desheredar á estos..... »

Aquí quise prorumpir en amargas quejas; mas el peregrino me hizo señas para que callase, y el anciano continuó :

« Por tanto, despues de apartado cuanto fuere bastante para » asegurar las pensiones que llevos cñaladas á mis criados, dejo

» todo lo restante á la ermita de San Leonardo, cuyo virtuoso er» mitaño, que se halla presente, me ha consolado en mi desam» paro. »

No habia reparado en aquel bribon; mas cuando le nombró mi padre, recorrí la estancia con la vista, y al reconocerle no pude ménos de exclamar : ¡ Cómo ! ¿ este infame recogerá tan pingüe herencia?

Á esta exclamacion se alborotaron los concurrentes; fijaron en mí los ojos, y me reconocieron dos criados antiguos de la casa. Él es, gritaron á un tiempo. — ¿Pero quién decís que es? preguntó el pobre enfermo.

No me atreví á hablar; mas el peregrino se encargó de sacarme de mi confusion, y acercándose á la cama del doliente, le dijo : Delacour, ¿puedes distinguir mis facciones?— Con trabajo... pero esa voz no me es desconocida. — Así lo creo, pues no me parece que te habrás olvidado de tu hermano Cárlos. — ¡ Mi hermano ! Nuevo asombro para mí; pues el peregrino era un tio de quien habia oido hablar mucho en mi infancia, pero á quien nunca habia visto porque vivia en país muy distante. El ermitaño, aturdido de ver presentarse tan de repente parientes que él no esperaba, ocultó su rostro entre las manos. Yo di mil tiernos abrazos á mi tio, que juntamente conmigo se acercó á la cama de mi padre, y continuó diciéndole : Hermano mio, si he permanecido tanto tiempo ausente de ti, si he tenido la desgracia de volver á tiempo en que parece que se abre el sepulcro para recibirte, ¿ tendré tambien la desventura de verte cometer la injusticia mas horrible? — ¿ Y cuál es esa injusticia? yo no tengo hijos. — Ignoro qué es de tu hijo mayor; pero todavía tienes otro que yo te traigo obediente, sumiso y arrepentido. — ¿ Qué dices?..... ¿ cómo?..... ¿ Cárlos? — Sí; Cárlos tu hijo menor, á quien yo vi nacer; y acuérdate de que fuí su padrino, y le puse mi propio nombre : este Cárlos está aquí conmigo : él es el que en este momento besa respetuosamente tus manos, te inunda con sus lágrimas, y espera que tendrás la bondad de perdonarle. — ¡ Oh hermano mio !... ¿ pero qué ha hecho ese muchacho hasta ahora? ¿ por qué ha estado tanto tiempo ausente y sin escribirme? — Sus remordimientos, su dolor, y la persuasion en que estaba de haber perdido para siempre la ternura de su padre; todo esto le habia determinado á vivir en un religioso retiro; y por causas que no refiero ahora por no molestarte, ha permanecido en la ermita de San Leonardo, sirviendo á ese hipócrita que tienes á tu lado, el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cual sin el menor escrúpulo le despojaba de sus bienes. — No es posible que eso sea verdad : mas de dos años hace que todas las semanas viene el hermano Lúcas á consolarme, y nunca me ha hablado de semejante cosa. — ¡ Infame ! — Ántes bien me ha asegurado que en cierta ocasion le vió pasar asociado con una tropa de facinerosos ; y que despues, indagando noticias, supo que este hijo se habia entregado á los vicios mas detestables, y era el oprobio de su familia. — ¡ Habrá igual maldad ! ¿ por qué calláis ahora, hermano Lúcas? ¿ tendréis atrevimiento para negar que este jóven os ha estado sirviendo en la ermita?

Quedó el ermitanó confundido por algunos instantes; todos los concurrentes, clavando en él los ojos, esperaban ansiosos que confesase la verdad del caso ; pero él, reponiéndose un poco, dijo : No entiendo nada de lo que se habla; esa novela parece bien inventada, pero sobre mi conciencia puedo atestiguar que hoy es la primera vez que veo á este jóven. Mucho me irritó el oirle explicarse de aquel modo, pero mi tio, indignado de tan atroz descaro, le asió del brazo y sacudiéndosele fuertemente, le dijo : ¡ Malvado ! por todas partes te perseguiré ; mi mano será la que acabe con tu detestable vida.

El ermitaño, naturalmente cobarde, quiso salir del cuarto ; pero no se lo permitió mi tio, ni uno de los notarios, que mirándome y mirándole, exclamó : ¡ Hé aquí el hombre mas pérfido de cuantos existen en el universo ! Mas de veinte veces he visitado la ermita, y siempre he visto en ella á este jóven con el mismo vestido que ahora tiene. No pudo sostener mas tiempo su embuste el ermitaño : y viéndose convencido se puso de rodillas, pidiendo perdon, despues de haber confesado la verdad. Mi padre, que miraba las cosas como quien está para espirar, dijo que le despidiesen sin hacerle daño, y apénas el pícaro oyó esta expresion, cuando levantándose de la humilde postura en que estaba, corrió hácia la puerta; pero no salió tan pronto que no le alcanzase un terrible puntapié que le dió mi tio, con que le ayudó á salir, cargado de mil imprecaciones que le dijeron todos los concurrentes. Luego que se fué el ermitaño, mi padre, que no acababa de volver de su sorpresa, exclamó por fin : ¡ Cárlos ! ¿ dónde estás ? ven á los brazos de tu padre, que te vuelve toda su ternura. — ¡ Ah, padre mio !

Abracé estrechamente á mi padre, le hice cuantas caricias caben en semejante situacion ; y despues de mil tiernas expresiones, el buen anciano, habiendo hecho romper su primer testamento,

dictó otro enteramente en mi favor, pero exigí que en él se insertase la cláusula de que en caso de que pareciese mi hermano, tendria yo la obligacion de entregarle la mitad de la herencia.

Aquella misma tarde tuve el dolor de ver espirar á mi padre entre mis brazos; y al dia siguiente mi tio, dejando el traje de peregrino, y vistiéndose conforme á sus facultades y clase se tomó el trabajo de arreglar mis asuntos, y lo hizo con el mayor esmero. Nunca se habia casado; y el hábito de peregrino era consecuencia de una promesa que habia hecho de visitar un santuario muy distante si salia de una grave enfermedad. Me hizo mil favores y beneficios, y me prometió que sería su heredero. Algunos dias despues, por medio de documentos auténticos que nos remitieron, supimos que mi hermano ya no existia. Habia dejado la casa de mi padre llevándose una jóven, con la cual viajó algun tiempo ; pero habiéndose encontrado con un hermano de su querida, salieron desafiados, y Saturnino quedó muerto en el campo de batalla. En consecuencia fuí dueño absoluto de la herencia. Me hallaba rico; pero no tranquilo, porque no podia apartar de mi memoria á mi hermosa desconocida y los subterráneos que, segun habia oido, tenian comunicacion con la ermita de San Leonardo. Luego que estuvieron arregladas todas mis cosas, hablé á mi tio de mis amores y de mi proyecto de buscar por todas partes á la que amaba. Mi tio, que por lo mucho que me queria nunca se oponia á mis deseos, prometió acompañarme : y con su auxilio dispuse el plan que oiréis para registrar la ermita, que estaba al cuidado de nuestro mayor enemigo.

Miéntras fuí sacristan, nunca pude ver lo que deseaba ni descubrir los secretos del ermitaño. ¿ Cómo me habia de manejar ahora? Entre mis criados habia uno muy astuto, llamado Frontin, y de él eché mano para mi proyecto : le di seguras señas de la posada del pueblo adonde el ermitaño iba todos los dias, y en la cual reunia sus provisiones, y le dije : De dos en dos dias, acostumbra el picaron llevar á la ermita un cántaro lleno de vino : llevarás estos polvos narcóticos ; iras á la posada, y con el mayor disimulo, valiéndote de cuantos medios te sugiera tu agudeza, los mezclarás con el vino.

Frontin hizo exactamente lo que yo le habia mandado, y volvió corriendo á darme cuenta del buen desempeño de su comision. Mi tio y yo que esperábamos impacientes no léjos de la ermita, apénas habia trascurrido una hora, vimos pasar al ermitaño tan cargado como siempre. Como estaba solo, pues aun no habia tomado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quien le ayudase, temíamos que al entrar cerrase la puerta, bien para almorzar, ó para descansar sin cuidado; por esto, tan luego como abrió, nos encaminámos á la ermita, entrámos tras él y nos pusimos de rodillas en un rincon de la capilla. Nos miró, y recelámos que nos conociese; pero no fué así, gracias á lo bien disfrazados que íbamos; y se entró en la sacristía con sus provisiones. Como yo sabía que apénas volvia de sus expediciones, acostumbraba almorzar y echar cuatro tragos de vino, fué preciso esperar todo el tiempo que nos pareció prudente para que el soporífero hiciese su efecto. Despues nos aproximámos á la puerta de la sacristía, y por una rejilla que habia en medio de ella para observar desde dentro la ermita, y que habia dejado sin cerrar, vimos que no se hallaba allí el ermitaño. Hé aquí, dije, lo que sucedió con mi amada: desapareció de este sitio, y estoy tan seguro de que no salió, como ahora de que está escondido este pícaro, aunque no sé en qué paraje. Sin duda hay aquí alguna puerta oculta: ¿y dónde? estas paredes son de mampostería en toda su extension. ¿Si nos conoceria y habrá saltado por aquella ventanilla? pero ademas de ser muy estrecha, cae sobre el Loira que baña las paredes de este edificio; y ciertamente el ermitaño no querria ahogarse por huir de nosotros.

No tardámos mucho en salir de dudas, pues á breve rato vimos que se levantaba la tarima que servia de cama al ermitaño, luego asomarse una cabeza, y despues todo el cuerpo del hermano Lúcas con el cántaro en una mano. Nos retirámos para que no reparase en nosotros, y nos colocámos otra vez en el mismo lugar en que nos dejó. Á pocos minutos salió de la sacristía, y sin advertir que nosotros estábamos en la ermita, cerró las puertas y se tendió sobre el banco mas inmediato á ellas. Entónces conocimos nosotros que ya no podia dar un paso mas, y que el narcótico obraba con toda su fuerza, gracias á los buenos tragos que habria echado segun costumbre.

Se habian cumplido nuestros deseos, pues el ermitaño roncaba fuertemente, no nos estorbaba, y conocíamos el secreto de la trampa; ¿pero nos aventuraríamos á registrar aquellos subterráños? ¿estarian seguras nuestras vidas? Verdad es que estábamos bien armados; ¿pero podíamos adivinar lo que se encerraba en aquella oscura habitacion? Mi tio hizo estas reflexiones, y su ánimo se hallaba vacilante; pero yo que era vivo, impetuoso, y sobre todo emprendedor, le animé haciéndole ver que no podíamos encontrar allí ladrones ni gente alguna temible, pues en el

espacio de tres años que yo habia vivido en la ermita, nunca vi cosa que pudiese inspirar desconfianza, y mucho ménos espanto. En fin, para no omitir precaucion alguna, saqué dos faroles que yo sabía estaban en cierto cajoncito; los preparé y encendí en la lámpara que ardia ante el altar; di uno á mi tio, me quedé con el otro; y sin detenerme á mas, levanté la tarima y descendí el primero. Mi tio me seguia con la luz en la mano, y en la otra una pistola. Bajámos una escalera de caracol, y al fin de ella encontrámos una reja que nos cerraba el paso. ¡Qué contratiempo! Repentinamente me acordé de que el ermitaño llevaba dos ó tres llaves colgadas en el cordon de su hábito; subí, y me apoderé de ellas; abrí la reja, y nos hallámos en un vasto subterráneo iluminado con una lámpara. Tomámos la direccion á la derecha, y fuimos á parar á una especie de capilla donde ardian seis lámparas. En medio se veia un magnífico sepulcro con una estatua de mármol blanco, que representaba un jóven armado, y en el pedestal la siguiente inscripcion:

Aquí pereció, á manos de bandidos, el jóven Leonardo, conde de Asfeld. No está aquí su cuerpo; pero se han depositado en este cenotafio algunas piedras teñidas con su sangre. Los que llegareis á este sitio rogad á Dios por el alma del amable jóven, que fué constante y desdichado.

Cumplímos con el encargo prevenido en la inscripcion, y continuámos nuestra pesquisa. Eran inmensos estos subterráneos, y habíamos caminado por ellos largo rato sin descubrir á nadie, hasta que al fin nos hallámos en un salon con várias celdillas ó alcobas á lo largo de él, y allí con grande admiracion nuestra vimos siete ú ocho mujeres dormidas al rededor de una mesa llena de los restos de un abundante almuerzo. Nos pareció que el sueño de ellas seria sin duda efecto del mismo narcótico que habia entorpecido al ermitaño. En tanto que mi tio estaba inmóvil contemplando aquel espectáculo, la curiosidad, tan natural en mi edad, me habia obligado á acercarme á aquellas mujeres y examinar á todas con mi farol. Entre ellas estaba la vieja tia de la que yo amaba, y la sobrina junto á ella, durmiendo del mismo modo que las demas.

Aquí está, exclamé; aquí está, tio, la que busco. — Calla, imprudente: ¿quién dices que está ahí? — La que amo y amaré miéntras viva: no perdamos ni un momento: manos á la obra. — ¿Qué quieres hacer? — Llevarla conmigo, y sustraerla á sus perseguidores. — Reflexiona primero. ¿Piensas que?.... — ¡Ah

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

señor! permitid que os recuerde el billete que me escribió la primera vez que tuve la dicha de verla. En él me decia que, si podia, la arrancase del poder de una tia que queria sacrificaria. La ocasion, pues, es favorable; saquémosla de este sitio, en que sin duda ejerce el fanatismo máximas detestables. Ayudadme, por Dios; conozco el efecto de los polvos y tenemos bastante tiempo para trasportarla de este sitio, sin que el ermitaño ni otro alguno nos lo impida. Mi tio vacilaba: me hacia mil reflexiones pero al cabo triunfó el cariño que me tenia, y cedió á mis instancias. Atámos las luces á nuestros sombreros: la cogimos como mejor nos fué posible, y escapámos con ella; pero por desgracia no acertábamos á salir del subterráneo. Fué preciso soltar la carga y recorrer aquellos lugares para buscar la salida. Luego que la encontrámos, volvimos porla hermosa dormida, que despertó al tiempo de llegar nosotros para volver á tomarla en nuestros brazos: miró como espantada al rededor de sí; reparó en nosotros, y dió un terrible grito que nos hizo estremecer. Yo me postré á sus piés, y en voz baja le dije: Señorita, reconoced á un hombre que tiernamente os ama, y fiaos de su respeto, pues su intencion no es otra que la de libertaros.

Ella me miró, y aunque no me contestó, la alegría que mostraba en su rostro indicaba que me habia conocido. Mi tio se acercó, le dijo quién era; y sin detenerse, ni resistirse ella, la cogió del brazo, y la condujo al pié de la escalera que habíamos descubierto. Subímos por ella, y fuimos á parar á una puerta de madera; acudí á las llaves, y á la segunda que apliqué á la cerradura abrí la puertecilla, que justamente era la que daba á la capilla. Todavía estaba en ella el ermitaño dormido, por lo cual sin el menor obstáculo pasámos y salímos al campo. Nos apresurámos á llegar al sitio en que habíamos dejado á mi criado; tomámos los caballaos, y por la noche llegámos felizmente á mi casa. Hasta entónces la señorita nada nos habia preguntado; y asustada tal vez de la imprudencia que creia cometer, apénas se atrevia á mirarnos y solo nos contestaba cuando la dirigíamos algunas palabras; pero luego que vió la opulencia y tono de nuestra casa (digo nuestra, porque mi tio vivia conmigo) se tranquilizó, y con las mas finas expresiones nos dió las gracias por el favor que la habíamos hecho. Le participámos el ardid de que nos habíamos valido para libertarla; ella lo aplaudió, y nos aseguró que solo algunas gotas de aquel vino, echadas en un vaso de agua, habian sido suficientes para adormecerla tan profundamente; por lo que

juzgaba que su tia y las demas mujeres no despertarian en dos ó tres dias.

Mi tia, nos dijo, queria sacrificarme por lo que algun dia sabréis; y buscaba un sitio de reclusion y austeridad para acabar en él sus dias y los mios. No me participó su resolucion hasta pasar á Francia desde Inglaterra, de donde somos naturales; y por la relacion que os haré de mi historia, conoceréis que yo dependia absolutamente de ella. En un pueblo de estas inmediaciones, en donde se detuvo por una leve indisposicion, habló con una mujer de alguna edad que la dió noticia de la ermita de San Leonardo. En consecuencia, apénas se vió restablecida, dirigímos nuestro viaje á la ermita. Lo que habló en secreto con aquel bribon, no lo sé; pero sí que este y aquella me hicieron bajar al subterráneo, donde me intimaron la sentencia de que no volveria a ver la luz del sol. Lo que allí pasa no lo puedo declarar, tanto por respeto á la religion como á la decencia; pero baste deciros que la doctrina de aquel malvado tiene tan obcecadas á aquellas infelices, que por todos los tesoros del mundo no querrian salir de la caverna; ni el ermitaño se lo consentiria, porque no se descubriesen sus infamias. Imposible me hubiera sido recobrar mi libertad á no ser por vuestra diligencia; y pues habéis empezado á favorecerme, os suplico continuéis amparándome en esta casa. Los cuidados domésticos me son familiares; sé cuanto debe saber una mujer casera, sin serme desconocidas algunas habilidades de puro adorno; no tengo padres, amigos ni parientes; vosotros lo seréis todo para mí, y os amaré lo mismo que he amado al hombre desgraciado que me dió el ser.

Dicho esto, la hermosísima inglesa se apoderó de la mano de mi tio, inundándola con sus lágrimas; y este quedó tan enternecido, que la abrazó estrechamente prometiéndola seguridad, proteccion y comodidades. Yo la destiné criadas que la sirviesen, la señalé por suya la habitacion de mi padre, y la dejámos para que descansase cuanto quisiera.

Cuando mi tio se vió solo conmigo, me preguntó cuáles eran mis intenciones; y sin detenerme le respondí que mi designio era casarme con aquella mujer. No mostró repugnancia á este enlace, pero exigió que primeramente nos informásemos de su clase y nacimiento, á fin de examinar si, como lo parecia, era digna de nuestra alianza. Parecióme muy justo este modo de pensar: dejámos que la extranjera descansase algunos dias; y cuando ya creimos que nos concederia su confianza, por estar asegurada de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la nuestra, la suplicámos que nos contase su historia, lo que prometió hacer. Durante este intervalo supimos que el hermano Lúcas no estaba ya en su ermita, porque la justicia, noticiosa de la falta de algunas mujeres que desaparecian de entre sus familias, procuró indigar la causa; y al fin, por sospechas, trató de hacer un registro en la ermita. Cabalmente le hizo en la tarde del mismo dia en que nosotros sacámos á la inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo manifiesto, y dió con el ermitaño y las mujeres en la cárcel, donde la tia de nuestra inglesa murió de susto. Las demas fueron castigadas como convenia; pero el ermitaño seguia preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decia que saldria para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tia, á pesar de sus violencias. Despues nos contó su historia, que escribí yo en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito; pero ya es tarde. Mañana la leeremos, y en ella encontraréis excelentes lecciones de amor filial y de sumision.



EL RENCOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la nuestra, la suplicámos que nos contase su historia, lo que prometió hacer. Durante este intervalo supimos que el hermano Lúcas no estaba ya en su ermita, porque la justicia, noticiosa de la falta de algunas mujeres que desaparecian de entre sus familias, procuró indigar la causa; y al fin, por sospechas, trató de hacer un registro en la ermita. Cabalmente le hizo en la tarde del mismo dia en que nosotros sacámos á la inglesa del subterráneo, con cuyo motivo lo halló todo manifiesto, y dió con el ermitaño y las mujeres en la cárcel, donde la tia de nuestra inglesa murió de susto. Las demas fueron castigadas como convenia; pero el ermitaño seguia preso, porque era preciso hacer muchas averiguaciones importantes, y aun se decia que saldria para la horca.

La sobrina lloró la muerte de su tia, á pesar de sus violencias. Despues nos contó su historia, que escribí yo en algunos ratos de ocio. Aquí tengo el manuscrito; pero ya es tarde. Mañana la leeremos, y en ella encontraréis excelentes lecciones de amor filial y de sumision.



EL RENCOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXXVIII

EL RENCOR

Tigre atroz que despedaza
Presa tras presa insaciable;
Hiena feroz indomable
Que mansas reses destaza;
Pantera en hórrida caza
Es el hombre rencoroso,
Que cual reptil ponzoñoso
Su infeliz víctima sigue;
Mas pocas veces consigue
Su inicuo fin alevoso.

Los admirables sucesos de la ermita de San Leonardo tenian tan ocupados los ánimos de los jóvenes, que apénas se acordaban de la ausencia de Benito; como aquellos acontecimientos, aunque extraordinarios no rayaban en inverosímiles, al paso que alimentaban su imaginacion, convencian sus tiernos corazones dando lugar al raciocinio. Palemon, para que el ejemplo de un fanático como el hermano Lúcas, no pudiese tal vez disminuir el profundo respeto con que deseaba que sus hijos mirasen las cosas de la religion, les hacia las mas sanas reflexiones acompañadas de ejemplos de los libros sagrados y de máximas tomadas del Evangelio.

Al dia siguiente reunidos en derredor de Mr. Delacour, sacó éste el manuscrito de que habia hablado y en él leyó lo siguiente:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Historia de la inglesa Belly.

Vivia en Lóndres un rico comerciante llamado sir Clarins, de edad de treinta años: tenia en su compañía una hermana á quien amaba en extremo, aunque era altiva, caprichosa, y de perverso corazon. Llamábase ésta madama Herbert, frisaba ya en los cuarenta años, habia enviudado muy jóven y asociado sus bienes al comercio de su hermano bajo la promesa que ambos se habian hecho de continuar aquel soltero y esta viuda. Él amaba mucho á su hermana á pesar de que no podia sufrirla; porque era de carácter dominante y una de aquellas personas cuyo prurito es atormentar á los que tienen á su lado.

Sir Clarins, cansado del comercio, y temiendo, por algunas pérdidas que habia experimentado, la total ruina de sus caudales, resolvió retirarse y vivir en el campo. Habló de esto á su hermana, la cual, por la vez primera fué de su mismo parecer. Vendieron pues la hermosa casa que tenian en Chering-Cross, y compraron una bellísima posesion en Surrey, pequeña aldea situada á poca distancia de Lóndres. Madama Herbert, que gustaba del fausto y ostentacion, hermoseó su nueva habitacion con los muebles mas exquisitos, y los dos se establecieron allí con una familia bastante numerosa. Hallóse muy bien Clarins en este retiro durante algun tiempo, pero habituado hasta entónces á una vida activa, al fin se fastidió, y procuró distraerse en los inocentes placeres de la caza. Tanto le dominó esta aficion, que muchas veces pasaba entregado á ella dias enteros sin volver á su casa hasta la noche. Quejóse amargamente su hermana del abandono en que la dejaba; sir Clarins le respondió con aspereza, y de aquí tuvo principio su desunion, porque Clarins, que entre los cuidados de su giro habia tenido ménos lugar para resentirse del predominio de su hermana, conoció al cabo el peso del despotismo que le agobiaba. Prorumpió, pues, en quejas, hubo enojos y contradicciones, y siempre estaban en guerra. Sir Clarins prolongaba lo posible sus frecuentes ausencias; y madama Herbert, por su parte, procuró distraerse en las cercanías.

Á muy poca distancia de su casa habia un soberbio castillo, perteneciente á una riquísima señora que todos los años solia pasar allí la primavera. Madama Herbert se habia relacionado con esta mujer, llamada milady Bronton, porque sobre poco mas ó ménos eran ambas de un mismo carácter. Una tarde que madama

Herbert se hallaba en casa de esta milady, entraron á visitarla miss Belly y sir Enrique Ofman. Todos los concurrentes fijaron la vista en estas dos personas; y si los hombres admiraron la hermosura de la jóven Belly, las mujeres quedaron encantadas de la gallardía del jóven Enrique. Milady Bronton, que los conocia, les hizo sentar; y tratando de retratos, habló de lo bien hecho del suyo, que era efecto de la destreza de Belly, prometiéndola que la proporcionaria ocupacion entre las gentes que ella conocia. La visita de estos jóvenes fué corta, y luego que se retiraron, todos los concurrentes pidieron noticias de ellos á milady, la cual, afectando frialdad, dijo: Estos son unos jóvenes honrados, pero de muy pocas conveniencias; por cuya razon se ven precisados á valerse de las habilidades que les proporcionó la esmerada educacion que tuvieron, pues de otro modo perecerian de necesidad. Regularmente viven en la capital; pero á una milla de esta aldea han alquilado una habitacion, adonde vienen de vez en cuando para descansar de su contínuo trabajo y disfrutar de las delicias del campo.

Madama Herbert, á quien el jóven habia interesado mucho, continuó sus preguntas á milady, diciéndole: ¡Los dos me parecen bellísimas criaturas!... ¿son hermanos? — No; son primos. — ¡Primos! ¿de véras? — No hay duda; he conocido á sus padres. — ¿Su edad? — Belly tiene veinte años, y su primo dos mas, segun creo. — ¿Los dos saben pintar? — Belly es la que pinta; su primo es poeta dramático, y hace poco ha dado al teatro la comedia titulada: *El camino de la ruina*, que ha sido tan aplaudida. — La he visto, y en efecto es muy graciosa; y ¿viven solos, sin padre, madre ó parientes? — Son huérfanos y sus costumbres tan puras que logran la comun estimacion: yo les profeso el mas cordial afecto. — Pues bien, introducidme con ellos, porque quisiera tener mi retrato y el de mi hermano; yo les proporcionaré hacer otros muchos, porque tengo infinitos conocidos. — Lo haré con mucho gusto; pero no me lisonjeo de que vayan á vuestra casa, porque en medio de su infeliz situacion, tienen cierta elevacion de espíritu... mejor es que vos los visitéis, pues no viven muy léjos, y yo os daré las señas.

Aunque distase su casa cien leguas, madama Herbert no habria dejado de presentarse en ella, porque Enrique habia hecho en su pecho una impresion demasiado profunda... ¡funesta impresion que ha originado la desgracia de tantos inocentes!

Dejó pues al instante la Herbert su visita, volvió á su casa, se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sentó en un canapé, y se puso á reflexionar, lo cual era para ella una maravilla ; pero ya se sabe que las reflexiones del amor son tan tumultuosas y oscuras, que pueden llamarse delirios del corazon mas que efectos del discernimiento. Por la noche riñó mucho mas de lo que acostumbraba con su hermano ; y notando sus facciones fuertes y denegridas con el sol, comparó con él á Enrique. Fácil es de conocer que la balanza se inclinaria á favor de este, cuya imágen estaba grabada en su corazon con rasgos de fuego. Pasó la noche muy agitada ; y por la mañana mandó poner su coche y marchó á Briste, pequeño cortijo situado cerca de la casa que habitaban los jóvenes, que iban á perder su felicidad con tan fatal visita. Trasladóse pues á su habitacion, entró, y solo halló á Belly, á quien dijo : Ayer os vi en casa de mi amiga milady Bronton, y segun lo que esta me ha dicho, sabéis hacer retratos. — Sí, señora... — Pues bien : os suplico que hagáis el mio, para regalárselo á mi hermano ; se conoce que milady os quiere mucho. — Efecto de su bondad. — Ha hecho mil elogios de vos y de vuestro primo ; ¿ no está en casa ? — Sí, señora, pero está trabajando en su gabinete. — Servios darle aviso de que estoy aquí.

Pronunció la Herbert estas palabras sin reflexion, y como si estuviese persuadida de que habiendo ella hecho una grande impresion en el jóven, debia este quedar enajenado sabiendo que habia venido á verle el objeto de sus ansias ; pero Belly se atrevió á decirla : ¿ Tiene mi primo el honor de conoceros ?

Quedó la Herbert confusa un breve rato con esta pregunta ; pero al fin respondió : No por cierto ; mas vi su comedia en Convent-Garden, y me causó infinito placer : ¡ tenéis seguramente ambos extraordinario talento !

Belly, sin contestarle, le hizo una profunda cortesía ; y la Herbert, deseosa de prolongar la visita esperando ver lo que solicitaba, suplicó á su amable huéspeda que al instante diese principio á su retrato, añadiendo : No urge el concluirlo ; y vendré cuantas veces sea necesario para el efecto, pues quiero sorprender á mi hermano, y es forzoso que no os vea en mi casa ántes de dar fin á la obra.

Belly dispuso su caballete, y empezó á trabajar ; pero el modelo se ocupaba mas en volver la cabeza hácia las puertas, que en conservar la actitud conveniente. En fin, la jóven artista le dijo que por aquella vez se habia hecho lo bastante, y la Herbert se vió precisada á retirarse sin haber visto al objeto de su amor. Volvió el dia siguiente, y sucedió lo mismo, porque Enrique estaba siempre ocupado en su gabinete. Desesperada con tanto contratiempo, suplicó á Belly que á la mañana siguiente tuviese la condescendencia de darle de desayunar, pues así, dijo, vendré mas temprano. No era este el motivo que la conducia, sino la esperanza de ver reunidos á los primos. Cumplióse al fin su deseo, porque á la mañana siguiente halló á Belly y Enrique sentados á una mesa cubierta de té, manteca, tostadas y frutas. Tuvo entónces el tiempo suficiente para examinar á Enrique, que le pareció tan amable y entendido como bien formado. Perdió casi enteramente el juicio, y no trataba ya de la continuacion del retrato. Belly no sabía á qué atribuir su distraccion ; pero despues del desayuno Enrique volvió á su gabinete, y el modelo se hizo mas dócil.

Diez visitas proporcionó á la Herbert el pretexto del retrato, durante las cuales tuvo el placer de ver repetidas veces al amable poeta, causa de su delirio. Luego que estuvo concluido el retrato, rogó á los dos jóvenes que fuesen á cenar á su casa, tanto para abonarles el importe de la obra, cuanto para que disfrutasen de la agradable sorpresa que causaria á su hermano el primor de la pintura. Excusáronse ellos con la distancia de la casa de sir Clarins ; pero la Herbert les dijo que pasarian allí la noche, y al otro dia los volveria en su coche, con lo cual los dos primos accedieron á su deseo.

Determinado el dia, la Herbert procuró acariciar á su hermano, para que no advirtiese Enrique la desavenencia que reinaba entre ellos. Clarins extrañó mucho la amabilidad de su hermana, que no sabía á qué atribuir ; pero no pudo ménos de corresponder á sus afectuosas expresiones. Al fin, un dia le dijo que volviese temprano á cenar, pues le aseguraba que no le pesaria de complacerla. Convino, y volvió de su cacería ántes de anochecer. ¡ Cuál fué su sorpresa al ver junto á su hermana un gallardo mancebo, y sobre todo, una jóven tan hermosa que le dejó embelesado ! Examinaba Clarins este prodigio de la naturaleza, analizaba sus facciones y sus gracias, y creia ver el modelo de las deidades que los mas célebres pintores han presentado á nuestros ojos. Sintió respecto de Belly los mismos efectos que su hermana respecto de Enrique ; y por un efecto de extraordinaria simpatía, atendida la diferencia de edad, la hermosa Belly se encontraba en disposicion de corresponder tiernamente á los sentimientos de Clarins. No sucedia lo mismo con Enrique, á quien la Herbert debia parecer muy fea, porque lo era, ademas de vieja, y cuyo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mal carácter se descubria á primera vista. Sin duda, á saber las pretensiones de esta loca, hubiera huido de ella como de un monstruo.

La cena fué muy agradable, y á los postres le presentaron á Clarins el retrato de su hermana hecho por Belly, con lo cual quedó totalmente enamorado. Era la obra tan perfecta, que Clarins no se cansaba de mirarla. Agradeció friamente á su hermana tan inesperada sorpresa; pero luego se extendió en apasionados elogios de Belly, que los recibió con aquella modestia que es inseparable compañera del virginal pudor y del verdadero talento.

Despues para acompañar á los jóvenes á los cuartos que se les habia preparado, Clarins dió la mano á Belly; y Enrique, por pura cortesía, dió la suya á la Herbert. Miéntras nuestros jóvenes disfrutaban el sueño dulcísimo de la inocencia, los dos hermanos velaban agitados por una misma causa. Clarins renovaba en su idea las gracias y atractivos de la amable Belly; y su hermana se resolvia á declarar al otro dia su amor al jóven poeta, lisonjeándose esta necia de que todavía podia inspirar deseos capaces de fomentar una intriga amorosa.

En consecuencia de esta resolucion, á la mañana siguiente hizo llamar al jóven. Ya se habia ella vestido del modo mas seductor en su concepto, y declaró á Enrique su pasion; pero á pesar de sus artificiosas lágrimas, abrasados suspiros; y en fin, á pesar de todos los resortes de la mas refinada coquetería, con gran sorpresa suya se halló desairada. Enrique se horrorizó de oirla, le habló con altivez y aun con desprecio; pero ella no cedió, y llegó hasta ofrecerle su mano; él la desechó diciéndole que la soledad y las musas eran sus únicos amores. Lloraba la Herbert, rogaba, suplicaba; y Enrique avergonzado de ver la ignominiosa degradacion de esta mujer, juró que nunca volveria á verla. Enfurecióse la Herbert, y le previno que si se trasluciese algo de aquella escena, sabria vengarse de un hombre tan grosero. Enrique se retiró turbado, fué en busca de su prima, á la cual halló en compañía de Clarins, y la volvió á su habitacion de Briste, sin participarla nada de cuanto le habia acaecido, por no disgustarla haciéndolo ver el horrible cuadro del vicio. Los dos se entregaron de nuevo á sus solitarias y apacibles ocupaciones.

Entre tanto, la desesperacion y el deseo de venganza se apoderaron del corazon de la Herbert. Ya Enrique no era á sus ojos un jóven virtuoso y encantador, sino un monstruo. Resolvió perderle, y no pensaba mas que en los medios de realizarlo. En tanto que su cabeza trabajaba para la destruccion de una familia que para ella era ya detestable, su hermano solo pensaba en hacer feliz á la que adoraba. Clarins, tan apasionado como su hermana, pero mas virtuoso y delicado, tenia en sus amores un objecto decente, pues pensaba seriamente en casarse, y no en ser un seductor. Estaba cansado de la desagradable compañía de su hermana, y queria romperla. Era rico, podia hacer venturosa á la que amaba, y se decidió á verificarlo. En consecuencia de ello, sin saberlo su hermana, fué á casa de la hermosa Belly, á la que encontró en compañía de su primo componiendo música. Su presencia alteró un poco á Enrique, y extraordinariamente á Belly. Clarins fundó el motivo de su visita en las leyes de urbanidad; y despues procuró ganar la confianza de los dos primos, los cuales, entregándose desde luego á la estimacion que les inspiraba, sin prever las consecuencias, le hicieron una sencilla confesion de su estado, de su fortuna, y de su ninguna ambicion. Quedó Clarins encantado de su franqueza é ingenuidad; y despues de haber hecho una relacion individual de sus haberes, de sus inclinaciones y costumbres, se declaró pidiendo la mano de Belly. Avergonzóse esta; y su primo, atónito, no sabía qué responder. Enrique queria á su prima mas que á sí mismo, y no hubiera dudado en admitir partido tan ventajoso, á no temer las persecuciones y carácter violento de madama Herbert. Por esta razon se atrevió á decir á Clarins: Despues de agradecer en nombre de mi prima la preferencia con que os dignáis honrarla, debo exponeros mis recelos de que vuestra hermana no se acomode á vivir con una niña como es mi prima; y esto solo...—Esto solo, respondió vivamente Clarins, queda destruido en dos palabras, reducidas á que casándome con Belly, me separo absolutamente de mi hermana, cuyo carácter altivo se me ha hecho insufrible desde que dejé el comercio. Confiad, Enrique, en mi experiencia: conozco perfectamente que vuestra prima ni puede, ni debe vivir al lado de mi hermana.

Enrique pidió ocho dias de término para que su prima reflexionase, y responder á tan lisonjera propuesta; y aunque ocho días eran ocho siglos para un hombre tan enamorado, Clarins no pudo ménos de concedérselos, prometiendo volver el último de ellos á saber su felicidad, ó la sentencia de su muerte.

Pero Enrique no necesitó los ochos dias para conocer las disposiciones de su prima, pues solo un momento fué suficiente para descubrir el estado de su corason, resuelto á consentir en todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apreciaba mucho Enrique á Clarins; veia en este eniace una felicidad inesperada para su prima, y sin embargo se estremecia sin saber por qué. Latia violentamente su corazon y parecia que le aconsejaba no consintiese en semejante union. Sabía que Belly amaba, y queria reprimir este amor, aunque no podia desaprobar su pasion hácia el único hombre que podia convenirle. No le tranquilizaba la promesa de que su prima viviria separada de madama Herbert, porque conocia que esta mujer no accederia á separarse : que por la ridícula pasion que habia concebido, seguiria constantemente sus pasos, y viéndose despreciada, se inclinaria á la venganza, y procuraria sembrar la discordia en casa de su hermano. ¡ Pobre Enrique ! tú conocias lo que habia de suceder, y no tenias resolucion para conjurar la tempestad oponiéndote á los sentimientos de tu querida prima.

Al terminar el plazo de los ocho dias, se presentó Clarins, y al instante leyó su felicidad en los ojos de Belly y en el silencio de su primo. Iba por fin á ser feliz, le aseguraban esta esperanza ; y ya no se trataba sino de arreglar los puntos de interes, y el señalar dia para el casamiento. Yo quisiera, dijo Clarins, que esta union dichosa se hiciese desde luego con todo sigilo. Mi hermana permanece todavía en mi casa, y no tiene preparada otra para mudarse... Tiene sobre mí una especie de dominio... Si le digo que tengo intencion de casarme, se enfurecerá, llorará, y..... ¿ qué sé yo? Será mejor que lo sapa cuando ya todo esté concluido, y entónces, como no habrá remedio, será forzoso que tome su partido. Milady Bronton es amiga mia, la he consultado este punto, y me ha ofrecido su castillo y su oratorio para este efecto : su capellan, si os parece nos casará pasado mañana en presencia de tres ó cuatro amigos, sin que mi hermana llegue á saber nada.

Esta disposicion, que á Belly pareció sencillísima, no fué de la aprobacion de Enrique, el cual manifestó algunas dificultades, que su misma prima desvaneció, diciéndole por fin, que aquella no era mas que una precaucion momentánea, y añadiendo : Madama Herbert me ama y me ha dado mil testimonios de su afecto; el disgusto que puede concebir, y que mirado á fondo solo es efecto de lo mucho que ama á su hermano, será menor cuando sepa que soy yo su cuñada; estoy segura de que me estrechará en sus brazos, y de que léjos de dejarnos, se complacerá en vivir tranquilamente con nosotros.

Enrique miró enternecido á su prima, y aun se le asomaron las

lágrimas á los ojos ; pero como era bueno, sensible y confiado, no quiso afligirla, y convino en todo. Clarins, lleno de satisfaccion, hizo en secreto todos los preparativos, y el dia señalado para su enlace condujo Enrique á su prima al castillo de milady Bronton, que se mostró contentísima de la fortuna de su protegida.

Verificóse la union, y no pensaron luego sino en comer juntos con aquella alegría y amistosa franqueza que siempre excita un matrimonio bien dispuesto ; pero ¡ cuál sería la sorpresa de Clarins cuando al fin de la comida vió entrar á su hermana ! Conoció que milady Bronton le habia vendido, y le dirigió una terrible mirada; pero ella, sin hacer caso, se levantó y corrió á abrazar á la Herbert, diciéndole : Venid, querida amiga, venid á manifestar á mis huéspedes que les he proporcionado una agradable sorpresa. Clarins, vos os recelabais de una hermana tiernísima, y sin motivo alguno, pues ha sabido vuestros proyectos, y solo viene aquí para aprobarlos con la mayor cordialidad.

Sí, hermano mio, exclamó la Herbert, abrazando á Clarins : estoy contentísima de tu felicidad, y sobre todo de que hayas tenido tan acertada eleccion. Ven, graciosa Belly, ven á mis brazos, hermana mia, y sabed todos que si he tenido algun resentimiento de vuestra reserva, á fuerza de finezas os manifestaré el agravio que me habéis hecho.

Belly abrazó á la Herbert : Clarins estaba atónito de oir á su hermana; pero Enrique, fijos los ojos en el suelo, parecia que se recelaba de la sinceridad de esta mujer; y todos formaban un cuadro verdaderamente extraño, que se prolongó silenciosamente un breve rato. Al fin Clarins dijo á su hermana : Hoy mismo hubieras sabido mi nuevo estado, aunque temia que me reconvinieses con la promesa que te habia hecho de pasar mis dias sin separarme de ti; pero una vez que el amor me ha hecho quebrantarla, está en tu arbitrio tomar el partido que te parezca mejor. Mis papeles están arreglados, y tu fortuna se halla absolutamente independiente de la mia. Está hecha la division de bienes, en la cual reconocerás muchas ventajas : por lo tanto espero que te retirarás adonde quisieres. — ¿ Adónde me he de retirar, cruel? ¿ no sabes que me es imposible separarme de ti? ¿ que amo hace mucho tiempo á tu esposa, y que toda mi dicha será vivir en su compañía ? — Nada de eso, hermana, nada de eso. Conozco demasiado tu genio, tus arrebatos y tus extravagancias para cometer la necedad de exponer á ellas á Belly. La diferencia de edad entre vosotras es un obstáculo invencible. En fin

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

quiero ser libre, y que tambien lo sea mi esposa. En este supuesto, toma tu partido, ó tomaré yo el mio.

Clarins, á quien este acto de firmeza le habia sido desconocido hasta entónces, esperaba, lleno de satisfaccion, la respuesta de su hermana. Esta, picada hasta lo sumo, pero queriendo llevar adelante su fingido papel, despues de haberse mordido los labios, continuó así : Es cosa indigna y terrible, Clarins, injuriar de tal manera y en presencia de gentes desconocidas á una hermana que siempre te ha dado continuos testimonios de su afecto, y que por ti se ha sujetado con voto al celibato. Cuando tú eres quien me engaña, y el primero que quebranta nuestro recíproco empeño, ¿ tienes valor para decirme cosas tan duras, y pretendes desterrarme de una casa tuya y mia á un mismo tiempo? ¡ Ah ! ¡ cuánto necesito recordar nuestro antiguo afecto para olvidar semejante proceder! Podré hacerlo; pero sea esta la última ocasion en que me obligues á tan grande esfuerzo; no vuelva yo á oir hablar de separacion. Bien concibo que puedes tener corazon para resolverte á vivir léjos de una hermana que ha sido tu íntima y única compañía; conozco que puedes aborrecerla, detestarla, suponerle impertinencias, y aun agravios; pero yo, que no soy injusta ni de alma tan fria, no tengo resolucion para separarme de un hermano á quien amo, y de su esposa, á quien si no es por mí no hubiera él conocido, cuya felicidad actual es obra mia, y á la cual quiero tratar siempre como á mi mas tierna amiga.

Madama Clarins, víctima de este artificioso discurso, abrazó á la Herbert diciendo : Sí, querida hermana, yo soy vuestra amiga, y nos amaremos eternamente. — ¿ No la oyes, hermano? pregúntala si quiere separarse de mí : desde luego me sujeto á su dictámen. — Nunca, nunca : querido esposo, concédeme la gracia de vivir con tan digna hermana, que será mi mas dulce compañera.

Clarins guardó silencio ; Enrique, pesaroso de ver la facilidad de su prima, quiso hablar; pero conociéndolo la Herbert se anticipó diciéndole : Yo creo que no seréis de distinto parecer que vuestra prima : bien conocéis lo mucho que aprecio su familia, y estoy segura de que me haréis la justicia de creer que no puedo ménos de interesarme en la felicidad de mi hermano y de su esposa. Sonrióse, al decir estas palabras, y Enrique no tuvo valor para oponerse á sus ideas. Clarins se sorprendia viendo los repetidos abrazos de las dos cuñadas. Al fin quedó decidido que

viviesen todos juntos, con gran sentimiento de Enrique, que nunca hubiera consentido en semejante enlace, á prever este arreglo. Sin embargo, tomó su partido, porque temia á la Herbert; y como gustaba de la soledad para entregarse á sus ocupaciones favoritas, volvió solo á Briste, donde se encerró en su gabinete, firmemente resuelto á no ir á Surrey sino muy raras veces. En vano su prima, que echaba de ménos su compañía, le instaba para que viniese á establecerse mas cerca, pues no pudo alterar la resolucion de Enrique, que todos graduaron de misantropía, ménos la Herbert, que sabía muy bien la causa.

No se crea que esta perversa mujer mantenia esperanzas de seducirle ó casarse con él, nada de eso; solo pensaba en arruinarle, juntamente con su prima, y aun con su mismo hermano á quien no podia perdonar el matrimonio que habia contraido. Con la idea de dirigir desde léjos sus baterías habia fingido mucha satisfaccion; y si deseaba permanecer en la casa era solo para ejecutar con mas facilidad sus bárbaros designios. Milady Bronton, que sin causa para querer mal á Belly envidiaba su elevacion, habia participado á la Herbert el desposorio dispuesto en su casa, y ambas arreglaron la escena de la falsa ternura que hemos referido. Por algun tiempo trató la Herbert á su hermano y cuñada con la mayor afabilidad, y por este medio se aseguró tanto en la confianza de Clarins, que ganó enteramente su voluntad. Entónces fué cuando dió principio al drama que habia forjado. ¡ Conducta atroz ! ¡ Horrible venganza, ejecutada en una inocente, y que por desgracia se hallaba próxima al parto !

En el espacio de ocho meses solo tres veces habia ido Enrique á Surrey. Su prima, que le amaba, determinó ir un dia á sorprenderle en Briste, y comunicó esta idea á su cuñada, que la aprobó y se ofreció á acompañarla. En consecuencia salieron una mañana para Briste, previniendo á Clarins que volverian al dia siguiente. Durante su ausencia, se presentó á Clarins un aldeano, diciéndole que tenia que hablarle en secreto ; le introdujo en su gabinete, donde le preguntó qué era lo que tenia que comunicarle, y el aldeano le dijo : Perdonadme si procuro hablaros á solas, porque sentiria poneros en la precision de avergonzaros delante de gentes. — ¿ Yo avergonzarme? el hombre honrado nunca tiene por qué. — Ya, pero..... perdonadme; porque..... la miseria en que me veo... la ingratitud de una hija que me causa grandes pesares... — Proseguid sin turbaros ; enjugad vuestras lágrimas, pues me disgusta que un hombre tenga la debilidad de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

llorar delante de otro. —¿ Y cómo es posible no norar? ¡ ah, buen señor!... vos mismo bien pronto.... — Yo creo, amigo, que el pesar ha alterado vuestro juicio. — No será extraño ¡ porque soy tan desdichado!... — Pues contadme vuestros males, que si puedo aliviarlos... — ¡ Oh ! nadie en el mundo sino vos, puede consolarme. — Pues hablad. — Es que tal vez... os enojaréis..... me echaréis... ¿ qué sé yo?..... — Pero bien : acabad de explicaros. — Yo, señor, aunque pobre labrador, tengo honradez; y en cuanto á esto, no cedo á nadie. — Yo lo creo; adelante. — No tenia sino una hija, la cual era muy hermosa ; pero esta me dejó siendo tan jóven que tendria mucho trabajo en reconocerla; bien que no me atreveria á ponerme en su presencia. — ¿ Y por qué ? — ¡ Ha llegado á ser tan gran señora !... — Por la misma razon debéis presentaros á ella, para que dulcifique vuestra suerte ; ¿ pero quién es? ¿ la conozco yo? — ¿ Si la conocéis ?... es vuestra esposa... — ¡ Cielos ! ¿ qué decís? ¿ Belly?... — Sí, ese es su nombre. — ¿ Mi esposa es hija tuya ? — Conozco que si en decirlo os ofendo... — No, no : explícate : tú dices..... — Digo que soy padre de vuestra esposa, que en edad muy tierna dejó mi pobre casa; y solo hace quince dias que he sabido la gran fortuna que ha hecho. — ¡ Infeliz !... mira no te engañes. — No me engaño : ha sido educada en la ciudad en casa de una señora que le ha enseñado la música, la pintura y otras mil cosas ; pero no le ha enseñado á respetar á su padre, socorrerle en su miseria, y consolarle en sus cansados dias. — Buen hombre, yo creo que deliras : mi mujer era huérfana ; y ella y su primo no tenian padres cuando..... — ¿ Qué primo? yo he sido hijo solo, y por consiguiente Belly no puede tener primo. — ¡ Cielos !... ¿ Cómo ?... Enrique, que vivia con ella... — Yo no tengo noticia de tal Enrique. — ¡ Gran Dios ! Quedó Clarins absorto un gran rato ; no se atrevia á entregarse al tropel de reflexiones que se agolpaban á su imaginacion ; pero al fin persuadido de que el labrador confundia las especies, ó no estaba en su juicio, continuó diciéndole : Hombre, cualquiera que seas, tiembla de engañarme ; y sobre todo dáme pruebas de lo que afirmas : ¿quién eres? ¿ cómo te llamas? — Me llamo Tomas Benk ; he nacido y vivido siempre en Forshire, que dista de aquí veinte millas, y en donde habiendo quedado viudo, criaba tranquilamente á mi hija Belly dedicándola á las labores del campo. Pasando por allí un dia una señora, me pidio á mi hija, y se la llevó á Lóndres para educarla. — ¿ Como se llamaba esa señora ? — Lady Varing; pero murió hace mucho tiempo, y desde entónces no he sabido

adónde se habia retirado mi hija. Solamente pude averiguar que hacia retratos. Le escribí muchas cartas, ó por mejor decir, hice que le escribiera nuestro rector, y.... — ¿ No te respondió ? — Algunas veces. — ¿ Tienes algunas cartas suyas ? — Sí, señor : ved aquí un paquete : bien conoceréis su letra.

Temblando tomó Clarins el paquete de cartas ; desdobló una y leyó :

« Mi querida hija : esta sirve...

EL LABRADOR.

¡ Ah ! esa es una carta mia, en que la preguntaba..., pero leedla ; y luego veréis su respuesta.

CLARINS *leyendo.*

« Mi querida hija : esta sirve para preguntarte si sigues siempre el camino del honor. Te participo que mis dos últimas vacas han muerto, y me veo arruinado. He sabido que ganas bastante haciendo retratos, y así procura enviarme alguna cosa ; bien que son muchas las veces que te he suplicado lo mismo y nunca me has socorrido. Si haces lo mismo ahora, la desagracia te perseguirá, como sucede á los hijos ingratos : si me envías algun socorro, lo pondrás en poder del rector Sompton en Forshire ; y queda tuyo tu padre. — *Tomas Benk.* »

EL LABRADOR.

Leed ahora lo que me respondió.

CLARINS *leyendo y confundido de reconocer la letra de su mujer.*

« Mi venerado Párroco : me son muy sensibles las desgracias acaecidas al virtuoso Tomas Benk, á quien respeto y amo tanto...

EL LABRADOR.

¡ No quiere llamarme padre, porque le pareceria vergonzoso !

CLARINS *continuando.*

» Por desgracia nada puedo hacer por él, porque yo misma estoy muy necesitada. Las artes son poco lucrativas. Los que nos entregamos á ellas recibimos contínuas alabanzas; pero la fortuna huye de nuestros obradores, y va á enriquecer al exactor y atormentador de su país. En la actualidad tengo muy poco que hacer. Por lo que toca al jóven, ya conocéis su cabeza, y los pocos recursos de la profesion que ejerce....

EL LABRADOR.

¡ Por lo que hace al jóven ! nunca he podido entender lo que esto quiere decir....

CLARINS *suspira y prosigue.*

» Decid pues al buen Tomas que deje de perseguirme ; y á la

» verdad no podria hacer mas si yo le debiera mi educacion y la
» poca destreza que tengo en mis labores, cuando á vos solo y á
» la respetable Lady Varing debo cuanto soy. Á Dios, hombre
» virtuoso : y no digáis donde vivo al que os hace escribir, por-
» que quiero librarme de sus importunidades, aunque no ceso de
» suplicar al cielo que haga feliz á un hombre á quien debo la
» vida. »

EL LABRADOR.

¡ Á quien debo la vida ! no es poca fortuna que se digne confesarlo ; ved, ved las demas cartas.

Clarins, turbado hasta lo sumo, leyó rápidamente dos ó tres dirigidas por Belly al rector de Forshire, en las que se hacia mencion de Tomas, pero sin llamarle padre. Esto debia chocar á cualquiera hombre que hubiese sospechado que su esposa tenia enemigos ; pero Clarins consideraba á la suya rodeada solo de amigos, y creia que nadie podia tener intencion de perjudicarla : por esto nada le ocurrió á Clarins en defensa de su mujer ; y dejóse caer en un canapé exclamando : ¡ Oh Dios ! ¡ Enrique no es su primo !

El astuto labrador recargó sobre la especie del primo, insistiendo en que era falso semejante parentesco, pues nunca habia tenido hermanos. Este hombre apoyaba todo lo que podia interpretarse siniestramente contra la inocente Belly ; mas viendo que Clarins le miraba con ojos espantados, conoció su necedad, y quiso repararla ponderando la mucha virtud de su hija en todo, ménos en el agradecimiento. Pero estaba ya clavada la flecha en el corazon del infeliz esposo : sospechaba, ó por mejor decir, creia que Enrique era un amante, con quien Belly habia vivido libremente ántes de su matrimonio, y con quien era de temer que continuase faltando á sus obligaciones. Al fin dijo al labrador : Quedaos aquí, porque mi mujer no está en casa, ni volverá hasta mañana ; pero quiero que abrace á su padre delante de mí. Sin embargo, á nadie digáis los secretos que me habéis confiado, porque tengo motivos poderosos para ocultarlos. El labrador, algo confuso, respondió : No puedo detenerme porque tengo empezada la siembra ; volveré despues y me detendré todo lo que quisiereis. — Pues ¿á qué habéis venido ? — Solo á ver á mi hija y á mi yerno, y volverme al punto. — Deteneos solo un dia. — No puede ser, no puede ser.

Todos los esfuerzos de sir Clarins para detener al labrador fueron en vano : lo único que alcanzó fué que le dejara todas las cartas

de su mujer. Se despidió Tomas cargado de regalos que le hizo Clarins, que creia reparar con sus beneficios la ingratitud de su mujer para con su padre.

¡ Considérese el estado de este infeliz luego que se ausentó el labrador ! La humilde condicion de Belly y el habérsela ocultado, le era ménos sensible que su íntimo trato con un jóven encubierto bajo el título de primo. Sintió profundamente el dolor de los celos y del desprecio ; pero para asegurarse mas de la inteligencia criminal que ya daba por supuesta, partió inmediatamente al castillo de milady Bronton, la cual, segun lo habia dicho várias veces, conoció á los padres de los dos primos. No halló á esta señora, porque atraida de la fama de unas grandes funciones que se daban en el coliseo de Lóndres, habia marchado allá por uno ó dos meses. Desconsolado con este contratiempo, tuvo intencion de mandar á su cochero que tomase el camino de Lóndres para aclarar este misterio ; pero no se resolvió á nada, sin consultar ántes con su hermana, en quien tenia entera confianza, y que amaba tanto á su esposa. Bien se deja conocer la agitacion con que pasaria la noche, y la impaciencia con que esperaba la vuelta de las dos señoras.

Al fin llegaron : madama Clarins abrazó á su marido, y le dijo : Mi primo está bueno, y me ha encargado que te hiciera presente su mucho afecto : no puede venir á verte, porque está acabando una obrita que le han encargado con mucha prisa.

Clarins, al oir la palabra de *primo*, arqueó las cejas, y se desvio de los brazos de su mujer, la cual como jóven y muy viva no hizo gran reparo en esto. Sin embargo, no dejó de observar despues cierta frialdad en su esposo ; pero lo atribuyó al disgusto de haberse visto ausente de ella veinte y cuatro horas. Fuése Belly á á mudarse de ropa, y entre tanto Clarins rogó á su hermana que pasase á su cuarto, pues tenia que hablarle en secreto. Madama Herbert buscó un pretexto para dejar en su habitacion á Belly y pasó á la de su hermano.

Aquí se suspendió la lectura, para continuarla la tarde siguiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXXIX

LA TRAICION

¿Qué diremos del malvado,
Del ente vil y cobarde,
Que de amigo haciendo alarde,
Al amigo confiado
Vende en inicuo mercado?
Desalmado y sin pudor
Jamas conoció el honor,
Ni Dios, ni Patria, ni Rey;
Jamas respetó la ley;
Ni aun es hombre el que es traidor.

Reunidos la tarde siguiente, Mr. Delacour continuó así su lectura.

Continúa la historia de Belly.

Compadéceme, hermana, estoy desesperado, dijo Mr. Clarins á madama Herbert apénas se vieron solos. — Pues ¿qué tienes? ¿qué te ha sucedido? interrogó la falsa arpía aparentando ignorarlo todo. — ¡Mi mujer es un monstruo; me engaña... á mí, á ti, á todo el mundo! — ¿Estás en tu juicio? — Sí, demasiado; Enrique no es su primo. — ¿De véras? — No es huérfana, no: he visto á su padre, y es un miserable labrador. — ¿Cómo? — Ella ha abandonado á su padre por vivir con su amante. No lo du-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

des, hermana, Enrique es su amante. — Pero de dónde lo has sabido? ¿ quién te ha contado novela tan inverosímil? — Dices muy bien : todo esto parece inverosímil, pero es cierto. — ¿Enrique? — No es primo suyo. — ¿ Y su padre?... — Te digo que le he visto. — ¿Le has visto? — Sí, y nunca ha tenido mas parientes que á Belly. — ¡ Cosa bien rara! — ¿Quién te ha dicho á ti que eran parientes? ¿tienes algunas pruebas? — Pruebas no; todo el mundo lo decia... — Porque ellos se lo decian á todo el mundo. — Milady Bronton... — Sí, milady Bronton lo sabe todo en esta parte; pero no está en su castillo. — ¿Pues dónde está? — En Lóndres. — Pues no te aflijas, hermano, que ahora mismo me pondré en camino para Lóndres, porque es mejor que yo me informe, pues tú estás demasiadamente agitado. Al punto partiré; pero te aseguro que lo hago solo por complacerte, pues no creo una palabra... — ¿Que nada crees? muy bien ; pero yo creo que conoces su letra : mira en estas cartas de qué modo trata á su padre.

La Herbert hizo que leia con ansia las cartas de Belly ; manifestó confusion durante un breve rato, y luego, levantándose rápidamente, dijo : Voy á Lóndres, sí : quiero saber si milady Bronton, que há tanto tiempo conoce á estos jóvenes, me ha engañado. ¡ Seria cosa insufrible ! ¡Comprometer así el honor de una familia ! ¡ Ah, milady, milady ! ¡ya lo veremos ! pero por Dios, que nada digas á tu mujer hasta que yo vuelva : es necesaria toda esta reserva hasta que lo hayamos averiguado todo. — Te lo prometo ; mas espero que á tu vuelta me informarás exactamente de cuanto te diga milady Bronton, sin que te contenga el amor que tienes á mi esposa. — No hay duda que la amo entrañablemente ; pero amo mas á mi hermano.

La perversa Herbert enjugaba las lágrimas de su hermano, le consolaba, y aun lloraba con él para hacer la escena mas tierna ; y despues de haber exigido nuevamente la promesa de que nada diria á su esposa hasta su vuelta, partió á Lóndres con intencion de interesar en sus ideas á la envidiosa milady Bronton, que habia jurado odio perpétuo á Belly, porque solo la veia feliz.

¡ Pobre Belly ! ignoraba cuanto se forjaba contra ella y su esposo. Esta esposa tierna y honesta preguntó por su marido, y le dijeron que un terrible dolor de cabeza le detenia en su cuarto. Voló á él, y no le abrieron la puerta. Se inquietó, preguntó á los criados, mas nadie pudo satisfacerla. Para colmo de su pena, este esposo, que no se dejaba ver, se hacia servir en su cuarto algunos

ligeros alimentos, diciendo que no queria ver a nadie, ni aun á su esposa ; ¡ qué órden tan cruel para la sensible Belly ! Esta era la vez primera que la desdeñaba un hombre que hasta entónces le habia dado mil finísimas pruebas de afecto. Preguntó por su cuñada, y le dijeron que acababa de partir; pero que no se sabia adónde. La pobre Belly suspiraba, y esperaba que le explicasen estos misterios que no podia penetrar.

Hácia el anochecer oyó entrar un coche en el patio; corrió á la escalera y se encontró con su cuñada, á quien dijo : ¡ Por fin os veo, dulce amiga ! ¿ podréis explicarme?... — Nada, nada, hija mia; déjame hablar á tu marido. Dicho esto, se dirigió al cuarto de su hermano. Belly quiso seguirla ; pero su cuñada la detuvo, y apretándole la mano le dijo con tono compasivo : ya lo sabrás todo... ¡ pobre muchacha ! ¡ Tienes muy grandes enemigos ! Sin decirle mas subió precipitadamente al cuarto de su hermano y se encerró con él, dejando atónita a Belly, que esperaba en su estancia el fin de tan extraordinarios sucesos.

La Herbert, sola con su hermano, se sentó en un canapé, y él no se atrevia á preguntarle; pero al fin le dijo : Vaya ¿ qué hay? Su hermana entónces se levantó, dió algunos paseos por la estancia, y volvió á sentarse, sin articular una palabra, hasta que Clarins cansado, le preguntó de nuevo : ¿ qué dice milady Bronton? — No sabe mas que nosotros. — ¿ Cómo?... me parece que la oí decir que conoció á los padres de Belly y Enrique. — Sí, conoció al padre de Belly, que efectivamente es un labrador de Forshire. — Muy bien... ¿ y el de Enrique? — El de Enrique es un hombre, como suele decirse, volandero, que se le presentaron como padre de Enrique; pero despues ha descubierto la verdad : ¡ terrible verdad !... no son parientes. — ¿ Es posible?... ¿ pues qué son? — Sosiégate.... ¿ qué se ha de hacer?... Siento infinito verme precisada á agravar tus penas, y perjudicar á una mujer que yo estimaba... pero es preciso decirlo todo. — ¿ Todo? ¿conque hay todavia algo que saber? — Belly y su fingido primo, antes de venir á establecerse en Briste, se vieron precisados á dejar á Lóndres, porque su trato escandaloso era el objeto de la censura general. — ¡ Triste de mí !... ¡ ciega confianza !... — Despues de su matrimonio, Belly... — ¿ Despues de su matrimonio? — Ha recibido muchas veces... á Enrique... en su cuarto... — ¡ Cielos ! ¿ y de dónde, ó comó has sabido esta particularidad? — De tu jardinero, que várias veces ha visto á Enrique saltar por encima de las tapias del jardin, contiguas á la habitacion de tu

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mujer, y que tiene salida á él. — ¡ Dios santo ! ¿ y por qué el jardinero no me lo ha avisado ? — ¡ Buena pregunta ! porque le habian sobornado; y por eso ya no está aquí. Le he hallado en el camino; y para descargo de su conciencia me lo ha confesado todo; asegurándome que jamas volveria á Surrey. — ¡ Es posible !... — No hay remedio; ¡ te han engañado cruelmente !... si yo hubiera sospechado... ciertamente que la última vez que estuve en casa de Enrique... advertí ciertas libertades... pero como los creia parientes... á las gentes sinceras cualquiera las engaña. — ¿ Y qué partido he de tomar ? — Solo encuentro uno; pero es menester resolucion. De nada podria servir una tropelía escandalosa: y así conviene que retires á tu mujer hasta el tiempo de su parto á la quinta que has comprado, que dista dos millas de aquí. Tiene una habitacion segura y cómoda; si te parece, yo misma la llevaré á este sitio : cuidaré de que ni Enrique ni nadie la vea; y luego que pariere te separarás de ella para siempre. — ¿ Y he de reconocer un hijo ?... — Si no es posible averiguar plenamente el delito ¿ qué has de hacer ? déjate gobernar : sé padre, pero deja de ser esposo. — Pero yo quiero verla, confundirla... — ¡ Excelente pensamiento ! ¡ muy propio de una imaginacion acalorada ! Ella lo negará todo, llorará, se desmayará; tú te enternecerás, y serás víctima de tu debilidad. — Pero es cosa cruel desterrarla sin decirle... — Pues bien : dila cuanto quieras, haz lo que te diere la gana : la culpa tengo yo de meterme en asuntos que casi nada me importan, y de darte consejos que repugnan á mi corazon, como perjudiciales á una mujer á quien yo debia proteger negándote la verdad de todo lo acaecido. ¡ Ciertamente que hago un buen papel ! ¡ por compadecer á mi hermano, pierdo á mi amiga !... pero repito que hagas lo que quieras; mas te digo; y es que la perdones, pues puede ser que se enmiende. — ¿ Pero quién ha de perdonar agravios semejantes ? No : me atengo á tu primer consejo. Vaya léjos de mí á dar el fruto de un enlace desdichado, y luego siga el rumbo que quisiere. Dispon todo lo necesario, y encárgate de participarle mi resolucion. — No, hermano mio; me es muy sensible afligirla. — ¿ Conque prefieres mi desesperacion y mi deshonor ?... — ¡ Pobre Belly !... ¡ en efecto, es muy culpable ! — ¡ Y tanto ! — Vaya : me resigno á castigar á la esposa, para que se sosiegue el esposo : mañana la llevaré á la quinta de Voor, y me estaré allí todo el tiempo necesario hasta que sea completamente madre. Sabrás diariamente por mí cuanto ocurra, porque te participaré

hasta las cosas mas indiferentes. — Dila que estoy instruido de todo. — Está bien. — Que la detesto tanto como la amaba. — Sin duda. — Y que no me he determinado á separarme de ella, hasta estar plenamente convencido de su perfidia. — ¡ Con pruebas incontestables ! — Yo renuncio en ti cuantos derechos me competen sobre la mujer mas vil del universo.

Despues de tal conferencia, que tanto favorecia las ideas de la Herbert, bajó esta á la habitacion de su cuñada, á la cual halló sumergida en la mas horrible inquietud : apénas la vió Belly, le preguntó : ¿ Qué es lo que ocurre, señora ? — ¡ Pobre hermana mia ! es preciso que te resuelvas á alejarte de tu marido por algun tiempo. — ¡ Oh Dios ! ¿ y por qué ? — Porque te han indispuesto con él. Algunos enemigos secretos que tienes le han asegurado que Enrique no es primo tuyo. — ¿ Es posible que tan atroz calumnia ?... — Los informes que ha hecho tomar en Lóndres, y particularmente en casa de milady Bronton, no le han asegurado ; y quiere tomarse tiempo suficiente para averiguar el misterio de tu nacimiento, como él dice, que tu le has ocultado. — ¿ Pero qué podia interesarle el saber mas de lo que sabe ? Le he dicho que mis padres habian muerto siendo yo muy niña : que el respetable párroco de un lugarejo se encargó de mí y de Enrique, que tambien era huérfano como yo, hasta que una gran señora se digno llevarme consigo á Lóndres..... Pero muchas veces os he referido ciertas particularidades, que le debéis manifestar. — Todo se lo he dicho; pero ha tratado de fábula mi narracion, añadiendo que solo era una invencion tuya para engañarme y engañarle. — Yo puedo probar..... — No quiere pruebas de cuanto he dicho. — ¿ Conque tiene derecho para ultrajarme sin oirme ? — Ya te oirá cuando el tiempo le haya tranquilizado, porque ahora le falta poco para volverse loco. En fin, es preciso que te resuelvas á pasar algunos dias en el campo : no te es desconocida la quinta de Woor; allí irás, y yo te haré compañía; porque le he dicho que no te abandonaria á tu desgracia, y que aunque él fuese injusto, yo nunca sería insensible á la amistad.

Abrazó Belly á su infame enemiga, la cual, añadiendo otras mil palabras artificiosas, logró convencer á la inocente jóven para que cediese á sus consejos y se dispusiese al viaje. Así engañaba esta malvada á dos personas, aparentando la amistad mas sencilla. Al dia siguiente, Belly dijo que queria ver á su esposo; pero la aseguraron que habia salido por todo el dia. Deshecha en lágrimas subió al coche casi desmayada entre los brazos de su cu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ñada, que afectaba profunda tristeza, y cuyos malignos pensamientos estuvo muy á pique de inutilizar un incidente, porque Clarins en realidad no estaba ausente ; y no pudiendo resolverse á separarse de su mujer sin verla, se presentó en el momento en que iba á partir el coche. Entónces su mujer exclamó : ¡ Cruel esposo ! ¡ hombre bárbaro é injusto ! ¿ por qué me castigas ? ¿ por qué, á lo ménos, no te dignas escucharme?

Clarins se acercó turbado, y le dijo : ¿ Conocéis á Tomas Benk, á quien debéis la vida ? — Sí, señor, le conozco. — ¿ Y á lady Varing? — Fué mi protectora. — ¿ Y reconocéis estas cartas ? ¿ son vuestras ? — Mias son : todas las dirigí al dignísimo párroco de Forshire. — Basta, señora, quedo enterado; y no me volveréis á ver jamas.

Dicho esto, se retiró Clarins ; y la pérfida hermana que, como suele decirse, temblaba de piés á cabeza, mandó al cochero partir al instante. La triste Belly, desesperada con este contratiempo, se quejó á su cuñada por la precipitacion de la marcha, añadiendo : ¡ Ah ! él me hubiera explicado... — ¿ Qué? ¿ lo que él mismo ignora ? ¿ pues no ves que está como insensato ? — ¿ Qué habrá querido decir citándome al anciano labrador Benk, á quien diez años há que no he visto ? — Yo no lo sé. — Es verdad que le debo la vida ; y aun creo haberos referido, que educada en casa del rector de Forshire, á quien mi tutor y albacea de mi padre pagaba por mí una cuantiosa pension, una noche se incendió la casa en que yo vivia con una aya, y en un instante hizo el fuego tan rápidos progresos, que sin duda hubiera perecido entre las llamas, á no ser por el valor de un labrador que atravesando la multitud de gentes convocadas á apagar el fuego, rompiendo por las llamas, me sacó en sus brazos y me llevó moribunda á su humilde habitacion, donde recobré mis sentidos. Llamábase este labrador Tomas Benk, á quien viviré eternamente agradecida como hasta aquí ; pero este hombre, poco acomodado, exigia de mí demasiado. No contento con los regalos que el rector, mi tutor, y yo le habíamos hecho, me escribia sin cesar á Lóndres pidiéndome dinero ; yo le contestaba que no lo tenia, y le suplicaba dejase de importunarme ; y estas son las cartas que acaba de mostrarme mi esposo : ¿ qué hay en ellas contra mí ? ¿ quién se las ha entregado ? ¿ se habrá convertido en enemigo mio el importuno Benk, porque no le he podido favorecer en cuanto pedia? ¿ qué misterios son estos, que no puedo concebir ? Mi marido me cita á Benk, al rector y á lady Varing ; añadiendo que esto basta ; y ¿ qué significa este enigma? Decid, hermana, ¿ no os ha explicado?... — ¿ Á mí? nada : esta es la vez primera que le he oido pronunciar semejantes nombres. Sin duda que todo esto es una calumnia que te han levantado, asegurando á mi hermano que Enrique no es primo tuyo. — ¿ Pero por qué no se informa del rector de Forshire, y del mismo Tomas Benk que nos ha conocido á Enrique y á mí, de muy tierna edad, criarnos en casa del rector? Por otra parte, la pureza de nuestras costumbres se puede atestiguar con todo Lóndres. No, no : aquí hay algun misterio que no alcanzo; y es preciso ser tan desgraciada como soy, para tener enemigos tan viles que persiguen á quien nunca ha tenido mas placer que hacer todo el bien posible á cuantos ha conocido.

Hablando así llegaron las dos damas á la quinta de Woor; y al instante Belly se puso á escribir á su esposo una carta, en la que se obligaba á hacerle ver, cuando quisiera, el vínculo de su parentesco con Enrique. Al mismo tiempo escribió á este; pero temiendo comprometerle con su esposo, y conociendo que de explicarle la verdad podrian resultar fatales consecuencias, únicamente le decia que una indisposicion la precisaba á mudar de aires, y le suplicaba viniese á verla. Quedó la Herbert encargada de la direccion de ambas cartas, y es fácil conocer el abuso que hizo de esta confianza. Entre tanto Enrique, ignorando las desgracias de su prima, disponia un viaje que mucho tiempo ántes habia premeditado. Queria ver las ciudades de la Gran Bretaña, para instruirse y evitar en algun modo el tedio que le inspiraba la soledad. Tenia un criado, llamado Drik, á quien á fuerza de dinero habia ganado la Herbert, á la cual participaba todos los designios de su amo. Ya hacia tres semanas que la pobre Belly habitaba en la quinta de Woor esperando por instantes que viniera su esposo, porque así se lo habia prometido su cuñada, cuando esta supo que Enrique se disponia á viajar; y como tenia preparados sus infernales proyectos, hizo que llegase á las manos del jóven un billete concebido en estos términos

AL AMABLE ENRIQUE.

« Tú eres sensible y generoso; difiere pues por un corto tiem-
» po tu viaje, y espera segundo aviso de la desdichada que pa-
» dece por ti, y te adora mas que nunca. La precision me obliga
» á valerme de ajena mano para no comprometer tu seguridad. »

Enrique nada entendió del contenido del billete : ¿ quién era

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la desgraciada que padecia por él? á ninguna mujer trataba; su corazon no conocia el poder del amor; ¿ si se le habrá inspirado á alguna desconocida que no quiere todavía declararse? No, no, dijo para sí; esta es una burla que alguno quiere hacerme, por satirizar mi insensibilidad, ó tal vez mi inclinacion á las aventuras extraordinarias y romancescas. Así fué que Enrique sin hacer aprecio del billete, lo dejó sobre una mesa, y entrando en su gabinete se puso á trabajar. Drik, amaestrado por la Herbert, le recogió y le guardó; dirigióse en seguida á casa de Clarins diciéndole que iba á llevar una esquela de su amo; la buscó en los bolsillos, fingio no hallarla, pero dijo á Mr. Clarins que su contenido se reducia á solicitar de él una entrevista. Clarins mirándole enfurecido le despidió encargándole dijese á su amo que aunque nada tenia que hacer con él, podia ir cuando quisiera. El criado afectó un grande aturdimiento al oir estas palabras, dejó caer como por descuido el billete arriba citado y se retiró.

Clarins, poco despues de la marcha de Drik reparó en el papel, lo recogió y lo leyó. Entónces su furor no tuvo límites; dirigióse á Woor, y á no impedirlo su misma hermana, hubiera dado muerte á la desventurada Belly; aun aquella misma no se vió libre de su arrebato, pues la denostó acusándola de poco vigilante; y para que mejor pudiese custodiar su prisionera, la envió por auxiliar un criado que tenia llamado Frenk tan cruel y desalmado como la misma Herbert.

Miéntras Clarins estaba en Woor, y ántes que Drik hubiese regresado á la quinta de Enrique, este impulsado sin duda por la divina Providencia, que nunca olvida á los inocentes perseguidos, se dirigió á Surrey con intencion de despedirse de Belly y su esposo. Llego á la quinta, y en vez de encontrar en ella aquella animacion que solia alegrarla, advirtió un silencio sepulcral que le heló el corazon; penetró hasta el cuarto de su prima sin encontrar á nadie, y hasta aquella habitacion halló desierta. Pasó mas adelante, y viendo por fin una doncella de Belly, le preguntó con ansia, y esta mujer que era afecta á su inocente ama, y por las conversaciones que habia oido estaba enterada de las infernales tramas de la Herbert, pero que por temor á aquella perversa mujer no lo habia declarado todo á sir Clarins, aprovechó la ocasion que se la presentaba para avisar al jóven de la persecucion que su prima padecia, de la cual era él causa inocente, y de la historia del aldeano que impulsado por madama Herbert habia sido el motor de todo.

Poco tardó Enrique en persuadirse de que todo ello era efecto de una diabólica venganza de la Herbert por haber él desdeñado sus impúdicos amores. En el primer ímpetu de su despecho quiso dirigirse á Woor, confundir á la Herbert y arrancar de su prision á la inocente y virtuosa Belly; pero como esto léjos de justificarla aumentaria las infundadas sospechas del alucinado esposo, resolvió dirigirse al buen párroco de Forshire, y con su ayuda hacer conocer la verdad á Mr. Clarins, el que desengañado de este modo llamaria á su esposa y desterraria á su inicua hermana.

Volvió á montar á caballo, y á vuelta de pocas horas estaba ya en casa del eclesiástico, quien á pesar de su ancianidad tomó los documentos auténticos relativos á la familia de Belly y Enrique que obraban en su poder, y con ellos acompañado de Enrique se presentó al siguiente dia en Jersey. El jóven por prudencia no quiso subir á la quinta de Clarins. Entró en ella solo el pastor, hizo le introdujesen á presencia del afligido esposo de Belly y muy en breve manifestó el objeto de su visita, que no era otro que demostrar la traicion de que era víctima su jóven consorte; y en efecto, presentó papeles extendidos en forma legal, por los cuales se comprobaba que Belly era hija del conde de Ercester, y Enrique del caballero Ercester su hermano, muertos en el destierro por causas políticas.

El párroco refirió tambien el caso de Tomas Benk que habia salvado del fuego á Belly, por cuya accion estaba continuamente molestándola para que le sacase de cuantos compromisos contraia; y en venganza de no hacerlo, mas por falta de medios que de voluntad, se habia prestado á servir de instrumento de los siniestros planes de madama Herbert, segun declaracion judicial del mismo, pues al regresar á su casa habia caido de la caballería y rótose una pierna, de cuyas resultas habia fallecido el dia ántes de llegar Enrique á Forshire, queriendo ántes dejar aquella declaracion para los efectos que pudieran conducir.

Atónito quedó sir Clarins al ver así desvanecida la acusacion de Belly y plenamente justificado que Enrique era su primo; pero los celos no estaban aun completamente disipados. ¿ Qué interes tenia su hermana en engañarle de aquel modo?..... ¿ Y las visitas nocturnas del primo de Belly?... ¿ y la desaparicion del jardinero?... Preguntas eran estas á que el cura de Forshire no podia satisfacer; pero viendo que Clarins se hallaba mas deseoso de reconciliacion que de venganza, no dudó en mandar buscar á Enrique, quien llegó un momento despues trayendo asido al jardi-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nero, que habia estado escondido segun le manifestó la fiel doncella de Belly, y habia recibido, como confesó él mismo, una suma crecida por permanecer oculto, aunque no le manifestó el objeto que se proponia. Ya entónces no le quedó á Clarins ninguna duda de la inocencia de su esposa : fácilmente conoció que todo habia sido una diabólica trama de su hermana, y pudo explicarse á sí mismo la mudanza de carácter de aquella pérfida. Debia pues marchar inmediatamente á arrojarse en los brazos de la una y pedirla mil perdones, y arrojar á la otra para siempre de su presencia por no sujetarla al fallo de los tribunales

Ya estaba dispuesto el carruaje para partir todos á Woor, cuando llegó un mensajero con una carta de madama Herbert, que decia :

« Querido hermano : el crímen se ha consumado : Belly ha » dado á luz una niña fruto del mas horrible adulterio... Poco » despues Drik, el ayuda de cámara de Enrique, acompañado » de otros cuatro se han apoderado de la niña diciendo la lleva- » ban á su amo, á quien pertenecia ; no puedo escribir mas. »

La lectura de este billete hizo llegar á su colmo el enojo de Clarins contra su hermana. Enrique, no pudiendo contenerse en su furor y por algunas sospechas que ya tenia contra su criado, queria partir inmediatamente á castigarle como merecia. Por fortuna el anciano eclesiástico calmó los ánimos, y no quiso abandonar á Clarins ni á Enrique, hasta que se hubiesen reunido con Belly y conducídose con aquella prudencia necesaria para que la salud de esta no peligrase.

Entre tanto la Herbert, cuyo plan era irritar el ánimo de Clarins para que en un momento de furor buscase á Enrique y le diese muerte, habia dipuesto con Drik de modo que al pasar con su amo en el carruaje, encontrasen expuesta en el camino la tierra criatura recien nacida, con un papel al lado recomendándosela al mismo Enrique, á fin de que este la recogiese, y encontrándole con ella sir Clarins no pudiese ménos de dar rienda suelta á su furor : de este modo veria la perversa mujer terminados sus proyectos de venganza. Pero cuando ya se veia próxima á recoger el sangriento fruto de diez meses de infernales cavilaciones, se presenta desalentado en Woor uno de los emisarios que tenia en Surrey encargados de darle noticia de cuanto ocurriese, y le dice que el cura de Forshire y Enrique estaban conversando con su hermano, y que habian hallado al jardinero y sacádole de su escondite. Entónces madama Herbert se creyó perdida ; recogió el dinero, alhajas y efectos que poseia, cuyo valor excedia de treinta mil duros, y tomando en sus brazos á la recien nacida, se puso en fuga por caminos desusados y en breves dias logró salvarse en Francia. Frenk, su mas íntimo confidente, se fugó por otro lado, pero Drik y sus cómplices fueron castigados por los tribunales.

Cuando Clarins, Enrique y el párroco llegaron á Woor, encontraron á Belly en un estado deplorable, pues madama Herbert habia tenido la crueldad de decirle que la habian robado su hija, y se hallaba acometida de un síncope, del que fué difícil hacerla volver, y solo por los cuidados mas asiduos y la asistencia de los médicos mas célebres de Lóndres, se logró restituirla la salud : ambos esposos vivieron en adelante con toda la felicidad de que les permitia disfrutar la ausencia de su hija, de cuyo paradero ni del de madama Herbert, por mas diligencias que practicaron, no pudieron tener noticia en muchos años.

Puesta en salvo la perseguidora de esta honrada familia, adquirió algunas propiedades en Francia, bastantes para sostenerse sin opulencia. Dedicóse á la educacion de la niña á quien dió el nombre de su madre, y contenta con tener una inocente á quien mortificar, vivió así por espacio de quine años. Un dia que la jóven Belly estaba sola, se presentó en su casa un anciano, el cual la refirió toda su historia y por ella supo Belly que no era hija de madama Herbert como creia, las crueles persecuciones que habia hecho sufrir á su madre, y la actual residencia de sus padres. Cuando la vieja regresó aun conversaba Belly con el anciano Frenk, su antiguo cómplice, que errante por el mundo habia llegado á aquella poblacion, y quiso dar este desahogo á su conciencia.

Desde entónces juzgó la Herbert que conocida por su sobrina toda la funesta historia y sabiendo quiénes eran sus padres, el dia ménos pensado le sería arrebatada esta víctima; y para evitarlo buscó un asilo en la ermita de San Leonardo, donde ocurrió lo que saben ya nuestros lectores. Solo resta decir que el jóven Delacour escribió á los padres de Belly, que estos se apresuraron á pasar á Francia donde tuvieron el gusto de abrazar á su hija y bendecir su desposorio, y que vivieron muchos años felices teniendo por fruto de este enlace á la hermosa Enriqueta y sus hermanos.

Posteriormente, prosiguió Delacour, despues de haber fallecido mi querida Belly, el negociante en quien yo habia depositado

todos mis fondos, hizo una quiebra fraudulenta, y se fugó llevándose todo lo que me pertenecia, dejándome solo con los vestidos que tenia puestos. ¿ Qué habia de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad ? Bertier, con quien contraje amistad desde que me establecí en Paris, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Dnrante el curso de esta última enfermedad, examinando mis papeles halló mi amigo los que me relacionaban con vos, virtuoso Palemon; y en consecuencia, sin saber yo nada, cometió la indiscrecion de participaros mi situacion. Al momento vinisteis á socorrerme ; y ahora feliz y sosegado en el asilo que me habéis concedido, recuerdo mis pasadas desgracias como el marinero se acuerda de una tempestad deshecha de que ha tenido la fortuna de salvarse. No tengo, dulce amigo, otro deseo que el de ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demas al fin son varones y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mia : tú que con tu amor filial has sabido dulcificar mis males desde la muerte de tu madre, eres el principal objeto de mis cuidados. Recibe mi bendicion, y la felicidad señale en adelante todos los instantes de tu vida. Despues de tu padre, no te queda en el mundo sino este amigo generoso, y estos compasivos muchachos que heredan las virtudes del autor de sus dias. Procura ganar y conservar su amistad por todos los medios que una eterna gratitud debe inspirarte. La justa correspondencia que se debe dar á los beneficios es lo que os hace legítimos, pues faltando el agradecimiento no existirian en el mundo la tierna amistad y la dulce beneficencia.

Así acabó su historia Mr. Delacour; los muchachos le dieron mil gracias por lo mucho que los habia entretenido; le hicieron mil promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya, y toda la familia se retiró del terrado.

TARDE XL

LOS ESPADACHINES

Ceñir espada es honroso
Y por la patria blandirla;
Pero es mejor no ceñirla
Si no es con fin decoroso.
Quimerista quisquilloso,
Espadachin insensato,
Que á cada necio arrebato
Á cualquiera osas retar,
Mira no llegues á dar
Con la horma de tu zapato

La lectura del manuscrito causó una profunda impresion en los ánimos de los jóvenes, que acostumbrados hasta entónces á oir hablar de modelos de virtud y probidad, veian un monstruo execrable en la persona de madama Herbert. ¡Qué mujer tan perversa! exclamó Adela; aunque desde la primera escena de la ermita de San Leonardo se presenta de carácter altivo y dominante, no era creible un conjunto de tan bárbaras atrocidades. — Bien se podria hacer de ellas un drama, dijo Leon. — ¿ Y qué hombre de sano juicio, replicó Julio, se ocuparia de una obra tan inútil y perniciosa? La atrocidad del cuadro haria que ningun espectador viese en él su retrato, y serviria quizá para que algunos perversos estudiasen los medios de llevar á cabo sus deseos riminales; porque para esas almas obcecadas en la maldad, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

todos mis fondos, hizo una quiebra fraudulenta, y se fugó llevándose todo lo que me pertenecia, dejándome solo con los vestidos que tenia puestos. ¿ Qué habia de hacer hallándome muy anciano, enfermo, arruinado y con cinco hijos de corta edad ? Bertier, con quien contraje amistad desde que me establecí en Paris, tuvo la humanidad de recogerme en su casa, donde volví á enfermar. Dnrante el curso de esta última enfermedad, examinando mis papeles halló mi amigo los que me relacionaban con vos, virtuoso Palemon; y en consecuencia, sin saber yo nada, cometió la indiscrecion de participaros mi situacion. Al momento vinisteis á socorrerme ; y ahora feliz y sosegado en el asilo que me habéis concedido, recuerdo mis pasadas desgracias como el marinero se acuerda de una tempestad deshecha de que ha tenido la fortuna de salvarse. No tengo, dulce amigo, otro deseo que el de ver felices á mis hijos, y particularmente á mi Enriqueta, porque los demas al fin son varones y podrán proporcionarse su fortuna si siguen el camino de la virtud. Sí, Enriqueta mia : tú que con tu amor filial has sabido dulcificar mis males desde la muerte de tu madre, eres el principal objeto de mis cuidados. Recibe mi bendicion, y la felicidad señale en adelante todos los instantes de tu vida. Despues de tu padre, no te queda en el mundo sino este amigo generoso, y estos compasivos muchachos que heredan las virtudes del autor de sus dias. Procura ganar y conservar su amistad por todos los medios que una eterna gratitud debe inspirarte. La justa correspondencia que se debe dar á los beneficios es lo que os hace legítimos, pues faltando el agradecimiento no existirian en el mundo la tierna amistad y la dulce beneficencia.

Así acabó su historia Mr. Delacour; los muchachos le dieron mil gracias por lo mucho que los habia entretenido; le hicieron mil promesas de amar siempre á Enriqueta como si fuera hermana suya, y toda la familia se retiró del terrado.

TARDE XL

LOS ESPADACHINES

Ceñir espada es honroso
Y por la patria blandirla;
Pero es mejor no ceñirla
Si no es con fin decoroso.
Quimerista quisquilloso,
Espadachin insensato,
Que á cada necio arrebato
Á cualquiera osas retar,
Mira no llegues á dar
Con la horma de tu zapato

La lectura del manuscrito causó una profunda impresion en los ánimos de los jóvenes, que acostumbrados hasta entónces á oir hablar de modelos de virtud y probidad, veian un monstruo execrable en la persona de madama Herbert. ¡Qué mujer tan perversa! exclamó Adela; aunque desde la primera escena de la ermita de San Leonardo se presenta de carácter altivo y dominante, no era creible un conjunto de tan bárbaras atrocidades. — Bien se podria hacer de ellas un drama, dijo Leon. — ¿ Y qué hombre de sano juicio, replicó Julio, se ocuparia de una obra tan inútil y perniciosa? La atrocidad del cuadro haria que ningun espectador viese en él su retrato, y serviria quizá para que algunos perversos estudiasen los medios de llevar á cabo sus deseos riminales; porque para esas almas obcecadas en la maldad, de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nada les sirve el ver de qué modo la Providencia vela por los inocentes y castiga al que delinque. Sírvanos á nosotros de saludable ejemplo para huir de entes tan abominables, y no tratemos de presentar en el teatro tan horrorosos espectáculos.

Era en el momento de distraccion despues de la comida, cuando pasaba esta escena en casa de Palemon; solo estaban presentes á ella Adela, Julio, Leon y Enriqueta, pues los ancianos descansaban y Armando habia salido de la quinta á no sé qué encargo de su padre. Poco despues volvió acompañado de un caballero ya de cerca de sesenta años, robusto y al parecer extranjero, pero de mal color, como asustado; y su modo de andar trabajoso, y apoyado en el brazo de Armando indicaba que sufria los efectos de algun inesperado accidente: despues que el jóven le hizo entrar en la casa, mandó se le suministrasen algunos socorros. Dispuso que los criados saliesen á recoger su cabalgadura y la encerrasen en el establo, y fué á dar cuenta á Palemon de como al tiempo de regresar de su mandado, habia visto que espantada la caballería que montaba el forastero, le habia arrojado al suelo; que habia él acudido al instante á socorrerle, y aunque se enteró de que no habia sufrido mas que algunas contusiones, no obstante le habia rogado pasase á la granja, donde podria descansar y reponerse lo restante del dia.

Palemon aplaudió la benéfica accion de su hijo, pues la hospitalidad es una de las virtudes mas recomendables que pueden ejercerse, y nunca es perdido el bien que el hombre hace á sus semejantes. Pasó el virtuoso anciano á ver á su huésped, á quien suministró cuantos auxilios exigia su estado, y á fuerza de instancias logró que consintiese en admitir su hospedaje al ménos por aquella noche. Esta ocurrencia proporcionó á nuestros jóvenes la presencia de un nuevo contertulio, al cual dió cuenta Palemon del objeto instructivo de aquellas reuniones vespertinas, y le rogó que si su historia contenia tal vez algunos útiles ejemplos de enseñanza, tuviese la bondad de referírsela. Las vicisitudes de mi vida, contestó el caballero, bien poco ofrecen de notable; os las referiré no obstante, aunque pasando en silencio, si no creéis que en ello falto á la confianza que me inspiráis, el nombre de mi familia y el del pueblecito en que fuí educado oidme pues.

Historia del caballero ***.

Nací en Lóndres, de una familia de la primera nobleza, pero á quien los acontecimientos políticos obligaron á expatriarse y morir pobres en lejanas tierras. Inclinado desde mi infancia al cultivo de las letras, llegué á formarme una posicion ventajosa, sin sufrir mas contratiempos en mi juventud que la cruel persecucion que contra mí dirigió una vieja ridícula, la cual se empeñó en que la amase, y por sus tramas estuve á pique de ser víctima juntamente con una prima de mas edad que yo, á quien amaba por habernos criado juntos desde la infancia, y solo pudimos librarnos por un especial favor de la divina Providencia. (Al oir esto Mr. Delacour y Enriqueta se miraron como por una especie de presentimiento.)

Habiendo recuperado algunos bienes patrimoniales de consideracion, y puesto ya en estado de soportar las cargas del matrimonio, le contraje con una hermosa jóven á quien amaba hacia tiempo; solo tenia entónces veinte años; durante otros diez, disfruté de la mayor felicidad con mi querida esposa, con solo el sentimiento de no tener familia; á los veinte y ocho años habia abandonado la literatura, y dedicádome al comercio, lo que me proporcionó la satisfaccion de ver aumentado mi capital hasta mas de 100,000 libras esterlinas (cerca de diez millones de reales). Una enfermedad aguda me arrebató en breves dias á mi Amelia, y quedé tan desconsolado, que ni el comercio, ni la poesía á cuyo recuerdo acudí en mi dolor, fueron bastantes á librarme del tedio que de mí se habia apoderado. De este modo trascurrieron cerca de cuatro años. Pasaba un dia por James Square, y distraido miré á la tienda de un mercader y vi en ella una hermosa jóven de las mismas facciones, la misma sonrisa, el mismo talle, la misma estatura que Amelia; pero tenia 16 años ménos. Prendado de aquella semejanza, no pude ménos de acercarme al mostrador, hice algunas compras y observé que hasta en la modulacion de la voz se asemejaba á mi difunta esposa.

Durante seis meses pude dominar, aunque no vencer, la pasion que por aquella jóven concebí; pero no pude permanecer mas tiempo en situacion tan angustiosa. Fuí de nuevo á la tienda, mas no estaba allí la jóven; miéntras que el hermano me presentaba los géneros que le pedí, le pregunté si su hermana se habia casado. — No, señor, me respondió, pero se casará muy pronto,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

porque tiene cuatro ó cinco pretendientes y mañana habrá de elegir al que mas le agrade. — ¡Cielos! ¡mañana!... El jóven quedó admirado al oir esta exclamacion, y yo continué : Pues, amigo mio, el único partido digno de su hermana de Vd. soy yo. Tambien estoy dedicado al comercio; mi capital pasa de cien mil libras esterlinas, y el acierto en las operaciones le acrecienta de dia en dia; mi edad ademas me pone á cubierto de las locuras de la primera juventud. ¿Dónde está vuestro padre? Deseo hablarle.

El hermano de Jenny quedó estupefacto al oir tan repentina é inesperada resolucion; entró un instante despues el padre, y en tono medio irónico le dijo : Padre mio, aquí está este caballero que quiere hoy mismo casarse con mi hermana.

Desprecié sus burlonas palabras, el padre le mandó callar, y yo repetí al anciano mi proposicion, el estado de mi fortuna y asuntos de que se enteró muy despacio, porque era hombre naturalmente calmoso; por fin me contestó : — Ante todo tendréis entendido que nada puedo dar á mi hija, que mi comercio no es de los mas felices, y lo que tengo lo necesito para mi hijo y para mí. — Ni pido ni deseo otra cosa que la mano y el corazon de vuestra hija. — Pues entónces no es difícil que nos entendamos.

Llamó á su hija, la cual manifestó que se hallaba enteramente libre y que le era indiferente cualquier partido que se le propusiera. — Pues entónces de aquí á dos dias te casarás con este caballero; un dia basta para informarme, y si lo que dice es cierto, es el mejor partido que puedes desear. Entre tanto, dí á Margarita que ponga un cubierto mas en la mesa; y vos, caballero, nos haréis el honor de acompañarnos á comer.

Durante la comida pude observar que la impresion que habia causado en la jóven no me era desfavorable; su hermano, al contrário, se deshacia en alusiones sarcásticas que el padre con sus severas miradas no podia contener, pero que yo, que conocia su valor, sabía despreciar. Terminada la comida di las señas de mi casa y establecimiento, y me retiré.

Pasé la noche bastante agitado; y apénas desperté por la mañana veo entrar en mi cuarto un jóven con sombrero calado y espada debajo del brazo invitándome con expresiones altivas á que saliese con él á batirme. — ¿Y por qué? le dije, qué causa... — Eso allá lo sabréis. — No os conozco... — Ni hace falta. — Aun estábamos en esta porfía cuando recibo un billete citándome para de allí á média hora en Hide-Park... Poco despues se presenta

otro espadachin, y un momento mas tarde llega otro nuevo, todos porfiando por batirse conmigo, aunque ninguno decia el porqué.... Les dije, que pues era yo el desafiado, tocábame á mí elegir hora y lugar; pero ellos erre que erre en que habia de ser al momento.

En esta porfía estábamos cuando llegó el padre de Jenny y les dirigió una mirada entre serena y despreciativa que les hizo retirar al punto.

El anciano me dijo que estos y ei autor del billete eran los amantes de su hija, pero que no me diese cuidado, toda vez que yo era el preferido; no me sirvió de placer esta noticia, y conociendo que la intencion de los trastuelos era asustarme y burlarse de mí, me propuse escarmentar al primero que se me presentase. No tuve que esperar la ocasion por mucho tiempo, pues retirándome de casa de mi novia aquella misma noche, encontré al primero que se habia presentado en mi cuarto, le llevé á pesar suyo á una calle excusada, y á los primeros encuentros cayó en tierra desarmado : la herida que recibió fué en el brazo derecho, y si no mortal, al ménos bastó para imposibilitarle de empuñar la espada en toda su vida, para infundir un poco mas de juicio en los cerebros de sus compañeros, y para hacer mas circunspecto al hermano de Jenny, que desde entónces se abstuvo de usar alusiones picantes.

Por fin casé con Jenny, la cual se asemejó á Amelia en virtudes y cariño tanto como en hermosura y gentileza : vivimos cerca de veinte años en la mayor felicidad, sin mas contratiempo que el de desgraciarse cuantos hijos tuvimos; hasta que hace cuatro meses fué Jenny acometida de una violenta pulmonía que en pocos dias la llevó al sepulcro. Viéndome yo solo, en edad avanzada y sin parientes, he reducido mis bienes á metálico, dejado el comercio y despedido mis criados; y me dirijo á Paris donde mi prima Belly tuvo una hija casada con un comerciante, para pasar en compañía de sus nietos mis últimos dias, y despues hacerlos herederos de mis bienes.

¿Luego sois Enrique Ercester? interrumpió Delacour. — Seguramente. Y vos, caballero, quién sois que así me conocéis? — Delacour, el esposo de Belly Clarins, hija de vuestra prima. — ¡Dios sea bendito! exclamó el inglés tendiendo á Delacour los brazos, y en qué buena hora permitió que mi caballo me arrojase al suelo! Enriqueta se acercó respetuosa á besar la mano á su pariente, y Palemon y sus hijos le rogaron no variase los planes

de Mr. Delacour; el inglés prometió no solamente no variarlos, sino comprar alguna hacienda en las inmediaciones luego que realizara las letras que traia sobre Paris, y traer á su compañía á los demas hijos de Delacour, para de este modo vivir todos en una misma comarca. Los muchachos dieron las gracias á sir Enrique y á Mr. Delacour, y Armando vió en esta promesa el premio de su buena obra.

TARDE XLI

EL RIGOR

Si la templada indulgencia
Moralmente es saludable,
No es nada recomendable
La necia condescendencia;
La apática indiferencia
En el castigo es error,
Que á veces grave dolor
Suele á los padres costar;
Preferible es castigar
Con mesurado rigor.

El siguiente dia era festivo, y Palemon dijo á sus hijos que iriar á comer bajo los sauces en la llanura de los tres molinos, y para mejor disfrutar del dia partirian temprano. Esta noticia causó la mas viva alegría en los jóvenes. Adela y Enriqueta, que ya se complacian en agradar y querian ostentar un poquito de coquetería, se retiraron á su cuarto á adornarse, lo que les valió algunos cumplidos de Julio y Armando por su buen gusto. Leon entre tanto se divertia en componer una égloga ó cosa parecida, y el padre lo observaba todo con el mayor placer. Tampoco Marcela habia estado demas: reunió las provisiones que ya de antemano tenia preparadas y las colocó en las aguaderas que un manso asnillo tenia sobre sus lomos. Dispuesto todo, se pusieron en marcha: en cuanto al órden de esta ya se sabe: Marcela montada en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de Mr. Delacour; el inglés prometió no solamente no variarlos, sino comprar alguna hacienda en las inmediaciones luego que realizara las letras que traia sobre Paris, y traer á su compañía á los demas hijos de Delacour, para de este modo vivir todos en una misma comarca. Los muchachos dieron las gracias á sir Enrique y á Mr. Delacour, y Armando vió en esta promesa el premio de su buena obra.

TARDE XLI

EL RIGOR

Si la templada indulgencia
Moralmente es saludable,
No es nada recomendable
La necia condescendencia;
La apática indiferencia
En el castigo es error,
Que á veces grave dolor
Suele á los padres costar;
Preferible es castigar
Con mesurado rigor.

El siguiente dia era festivo, y Palemon dijo á sus hijos que iriar á comer bajo los sauces en la llanura de los tres molinos, y para mejor disfrutar del dia partirian temprano. Esta noticia causó la mas viva alegría en los jóvenes. Adela y Enriqueta, que ya se complacian en agradar y querian ostentar un poquito de coquetería, se retiraron á su cuarto á adornarse, lo que les valió algunos cumplidos de Julio y Armando por su buen gusto. Leon entre tanto se divertia en componer una égloga ó cosa parecida, y el padre lo observaba todo con el mayor placer. Tampoco Marcela habia estado demas: reunió las provisiones que ya de antemano tenia preparadas y las colocó en las aguaderas que un manso asnillo tenia sobre sus lomos. Dispuesto todo, se pusieron en marcha: en cuanto al órden de esta ya se sabe: Marcela montada en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el pollino iba delante; seguianla Adela y Enriqueta, despues Julio y Armando; aunque no sabemos por qué razones, si de inclinacion ó conveniencia, estas parejas se cambiaron muy en breve y no volvieron á descambiarse en el resto de la jornada. Leon caminaba á veces solo, á veces reuniéndose á cualquiera de las dos parejas, ó bien á Marcela ó á los tres ancianos cuando le ocurria hablar de cosas sérias. De este modo al cabo de tres cuartos de hora de marcha llegaron al bosque de los seis caminos, y muy luego á la hermosa pradera término de su viaje, que regada por un manso arroyuelo ostentaba una rica alfombra de verdura.

Los ancianos se sentaron á la sombra de los sauces, Marcela colocó las provisiones allí cerca, y dejó al asnillo en libertad de pacer la fresca yerba: los jovenes corrian de un lado á otro inventando mil juegos bulliciosos propios de aquella tierna y candorosa edad. Tampoco se quedaron en olvido los juegos de prendas, en que no poco se divirtieron todos, procediéndose despues al castigo de los que se habian equivocado, en lo cual tanto ancianos como jóvenes lucieron su talento. La última prenda era de Enriqueta y la sentenciaron á que cantase; dijo que no sabía ninguna composicion nueva. — Pues por eso no quedaréis libre, replicó Leon; tomad estos versos y cantadlos sobre cualquiera tono. Enriqueta los tomó y cantó con una gracia que embelesó á todos los oyentes: la letra decia así:

¡Cuán dulce y agradable,
cuán grato y placentero
es disfrutar del campo
los sencillos y amenos
Goces que el alma halagan
robusteciendo el cuerpo!
Ya que bajando al valle,
la pradera corriendo,
Sobre la blanda alfombra
te reclines contento,
ó busques la violeta
que del manso arroyuelo
En la florida márgen
crece junto al romero,
y el aire blando aspires
de sus aromas lleno;

Ó bien la chirivita,
que entapizando el suelo,
contrasta su blancura
con el carmin que esbelto
De la amapola el tallo
ostenta en el extremo,
y forman un conjunto
de sorprendente efecto
Ya que de la colina
en el suave repecho,
escojas del tomillo,
de la salvia ó espliego,
Las flores y las hojas
que embalsaman el viento;
que en dones siempre rico
es de la tierra el seno.
De contínuo derrama
sus riquezas sin cuento,
sobre el hombre que sabe
apreciar circunspecto,
Los inmensos tesoros
que el Hacedor supremo,
hace brotar potente
aun del estéril cieno.
Si al monte te encaminas
mil álamos ó abetos,
verdes encinas, robles,
te brindan halagüeñcs
Con su apacible sombra;
y te excitan al sueño
mil aves que en sonoros
y armoniosos festejos,
Cantando sus amores,
llamando al dulce objeto,
ó expresando furiosos
sus turbulentos celos,
Al amor nos invitan;
y pues es tiempo, amemos,
que sin amor no hay vida,
delicias ni contento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuán dulce y agradable,
cuán grato y placentero
es disfrutar del campo
los goces tan amenos.

Los versos de Leon fueron como era consiguiente aplaudidos, quizá mas de lo que merecian, pues en materia de aplausos entra en mucho la parcialidad y la cortesía, y el deseo de estimular á los jóvenes hace tambien disimular sus defectos.

Así pasaron la mañana; llegóse la hora de comer, extendieron los manteles sobre la yerba y muy en breve se vieron cubiertos de ricas fiambres, pasteles, quesos y frutas: jóvenes y ancianos se sentaron en torno del banquete con el mayor contento; mas para que no haya alegría completa, un sombrío recuerdo vino á arrugar las frentes de los hijos de Palemon. Benito su hermano, en vez de disfrutar de sus placeres, expiaba léjos de ellos sus faltas.

Y ya que recordamos á Benito, bueno será dirigirnos un momento al molino de Roland y ver en qué se ocupa. Dejemos á sus bulliciosos hermanos repartirse los trozos de asado y de jamon, y consagrar un suspiro á su memoria.

El Molinero terrible

Benito nada habia hecho el primer dia de su llegada á la habitacion de Mr. Roland, el cual le dispensó el trabajo, atendiendo á su tristeza; pero á la mañana siguiente se le presentó con severo rostro, y le impuso el método de trabajo que habia de observar todas las horas del dia. Estremecióse Benito: suplicó llorando á aquel hombre que á los ménos le permitiese algunas horas de recreo; pero Roland le volvió la espalda, diciendo: Esta no es la casa de vuestro padre; y si no me obedecéis, sabré castigaros muy bien. Conoció Benito que estaba en poder de un extraño y suspiró, pero su carácter áspero y duro, no cediendo á nada, le hizo cometer tantas faltas al cabo de algunos dias, que Roland le prometió un severo castigo, añadiéndole: Todavía no me conocéis; aun no sabéis cómo corrijo las malas cabezas; disponeos para seguirme mañana, y os llevaré á un sitio en que se han mejorado otros jóvenes tan malos como vos.

¿Cuál sería el paraje de que hablaba Roland? Benito, que á la verdad nunca habia tenido licencia para salir de la sala que ocupaba, nada conocia de la extension del molino. Bien veia desde

sus ventanas un edificio separado, y sabía que era perteneciente á Mr. Roland; pero al mismo tiempo le constaba que este iba á dicho edificio solo con su criado, que era un hombron de terrible gesto, y nunca decia ni una palabra á Benito, el cual para aumento de su terror oia que de aquel sitio salian gritos lastimeros y confusos, pero ignoraba la causa. Sin duda era este el sitio de que le habia hablado Mr. Roland. Pasó una noche cruel; y á la mañana siguiente su severísimo maestro, cogiéndole de la mano, le sacó de la sala, mandándole que le siguiera. Obedeció Benito temblando, y salió al campo por primera vez. Aumentósele el miedo viendo que su conductor dirigia los pasos hácia el fatal edificio que él miraba con odio, tal vez por efecto de algun oculto presentimiento. Abrió Roland una puerta, y la volvió á cerrar con mucho cuidado. Al instante llegaron á los atentos oídos del tímido Benito los gritos confusos de una tropa de muchachos. Veíase otra puerta, sobre la cual habia esta inscripcion: *Sala de ayuno para los muchachos rebeldes.*

Aquí es, dijo Mr. Roland, donde yo encierro á los discípulos replicones y desobedientes, y los tengo muchos dias ayunando á pan y agua. Dicho esto, abrió la puerta, y en una estancia, sin el mas leve adorno, vió Benito tres ó cuatro muchachos, vestidos de un paño tosco, flacos y macilentos, disputándose un pan sumamente negro y un cántaro de agua, que estaban sobre una piedra en medio de ellos; pero la aparicion de Roland les hizo retirar huyendo á un rincon. Otra puerta interior llamó mas particularmente la atencion de Benito, porque encima de ella decia: *Sala de penitencia para los muchachos ociosos y glotones.*

Abrióse esta puerta, y quedó Benito atónito al ver unos muchacho casi desnudos, obligados á trasportar y echar en una especie de pozo unas piedras enormes, que casi no podian sostener sobre sus hombros. Estos, dijo Roland, cargan ciento y cincuenta ó doscientas de estas piedras, segun la gravedad de su delito, y las echan en esta hondura, de la cual las vuelven á sacar. Si no cumplen, nada me importa; ahora veréis la nueva y mas penosa ocupacion á que los aplico: leed lo que dice sobre esa puerta que conduce á un sitio mas temible: *Sala de correccion para los envidiosos, orgullosos y duros de condicion.*

El aspecto de esta sala acabó de abatir el ánimo del pobre Benito: veíanse en ella varios muchachos atados de piés y manos con grillos y esposas, y las espaldas desnudas, sobre las cuales de hora en hora el criado del molino les sacudia tres, cuatro ó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas latigazos, segun la gravedad de sus crímenes. Estos, dijo Roland, por lo general no están aquí mas que uno ó dos dias. Sin embargo, ved uno que permanece ya hace cinco, y temo que irá muy larga su prision, porque tiene un carácter obstinadísimo; siempre quiere tener razon, y atormenta á su anciano padre y á su hermano menor; pero creo que estará ya muy otro cuando vuelva á su casa. Entónces Benito preguntó temblando : ¿ Hay mas salas ? — No por cierto : bien es verdad que tengo un subterráneo donde confundo y entrego á continuados tormentos á los que se inclinan al juego, al robo y á otros vicios vergonzosos; pero es inútil que los veais porque el género de su castigo os causaria horror, sin seros útil, pues á Dios gracias no tenéis los defectos monstruosos que ellos expían. Por ahora me contentaré con dejaros en la primera sala, donde están los muchachos indóciles. No hay remedio ; es preciso conformarse y sufrir como los demas. Benito se postró llorando á los piés de Roland ; pero no pudo enternecer á este hombre feroz é inexorable, el cual exclamó : ¡ Hé aquí como son todos ! no pueden contenerse en casa de sus padres, donde los miman y regalan, y cuando están en mi poder suplican y exigen que se les perdone ; pero nada de eso, los muchachos á quienes sus padres se ven precisados á separar de su compañía, es preciso que me obedezcan, ó que sean severamente castigados.

Prometió Benito que sería dócil y aplicado, pero no fué oido. Todas las puertas se cerraron, y quedó en la primera sala entregado al mozo del molino, que á pesar de su resistencia le desnudó, y le puso el fatal y tosco buriel. Hecha esta diligencia, desapareció su verdugo, y no vió mas que á los tristes compañeros de su infortunio. Clamaba, lloraba é imploraba en su auxilio á su padre y sus hermanos que no podian oirle. Los otros muchachos procuraban consolarle, y le ofrecian su racion de pan negro ; pero Benito lo rehusaba todo, y decia que ántes se dejaria morir de hambre. Continuaba en sus voces y gemidos ; pero los otros le aconsejaron que callase, si no queria que volviese el mozo del molino, el cual, si los oia gritar ó jugar, entraba y los sacudia con el terrible látigo que siempre llevaba en la mano. — ¿ Pero estos hombres, son verdugos ? — Por lo ménos nos tratan como si lo fueran ; ¡ ah ! ¡ por qué hémos incurrido en la indignacion de nuestros padres ! ¡ estábamos tan bien á su lado ! si nos fuera posible volver á nuestras casas, ¡ qué distintos seríamos ! — ¿ Pues qué no os podéis escapar de aquí ? — ¿ Escapar ? ¡ sí por cierto !

mira, mira esas ventanas tan altas y atravesadas de rejas, y lo grueso de las puertas : ¿ qué tal ? ¿ quién se ha de poder escapar de aquí ?

En efecto, vió Benito que era imposiblehuir de aquella estrecha prision, y renovó sus lamentables voces; pero ¡ oh Dios ! las puertas se abrieron, y se presentó el temible criado con un enorme látigo, que en su mano parecia la maza de Hércules. ¿ Quién grita ? preguntó con voz tremenda, y todos callaron. Retiróse aquel hombre despues de echar á los muchachos una mirada feroz ; y Benito convino con los otros en que toda queja era imprudencia; redujo pues todo su conato á registrar la sala, y examinar si podria escaparse. Benito era ingenioso, astuto y emprendedor. Advirtió que en otro tiempo hubo en aquella estancia una chimenea, cuyo hueco en la parte superior estaba cubierto con yeso; por aquí proyectó Benito escapar; ¿ pero cómo lo habia de efectuar si no tenia escaleras, bancos ni cosa alguna que ayudase á su intento ? Sin embargo discurrió un arbitrio que aprobaron al instante sus infelices camaradas. Eran seis : tres se arrimarian y encorvarian junto á la pared ; dos subirian sobre las espaldas de estos, y Benito se elevaria y apoyaria en los hombros de estos últimos, y con el auxilio de una piedra llegaria á hacer un agujero en lo ménos fuerte de la pared que cercaba el hueco de la chimenea. Así lo verificaron ; y con el temor de que el ruido de la piedra atrajese al bárbaro azotador, trabajó Benito tanto con sus manos, que al fin hizo una abertura suficiente para poder entrar por ella.

Pero luego se originó una disputa que no habian previsto : ¿ quién se habia de escapar primero, y quiénes habian de seguirle ? Y los dos últimos, ¿ cómo se habian de manejar faltándoles el auxilio de las espaldas de sus compañeros ? Esta reyerta estuvo á pique de destruir su proyecto, y por poco anduvieron á bofetadas; pero consideraron que de quedarse eran perdidos, porque se habia de ver el agujero, y por consiguiente presumir cuál habia sido su intencion ; y sin remedio los meterian en el horroroso subterráneo. Benito, pues, para no perder enteramente el fruto de su tentativa, propuso un medio de composicion, diciendo : Á lo mas cuatro podemos escaparnos ; echemos pajitas, y como suele decirse, á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga. Dicho y hecho : echaron suertes, pero ¡ oh desgracia ! á Benito le tocó el quedarse con otro compañero. Suspiró, se afligió, lloró sobre tan áspero destino, que le obligaba á pagar por los demas, pero no habia remedio. Fué preciso servir de estribo para que subiesen

sus compañeros. El primero que subió dijo á los demas que se hallaba en una especie de granero, por donde fácilmente podia salir al campo. Desaparecieron el segundo y tercero, dando con su fuga tres puñaladas en el corazon del pobre Benito: subió el cuarto, y desde lo alto les dió las buenas tardes á los que se quedaban encerrados. Acabada lo operacion, estos dos muchachos se enderezaron, se miraron y echaron á llorar; pero Benito, siempre inventor, propuso á su desdichado camarada un pensamiento nuevo. Nuestros amigos, le dijo, se han escapado sin mirar si en el granero hay alguna escalera, cuerda ó cosa semejante, por medio de la cual pudiésemos nosotros participar de tan buena suerte. Son unos egoistas. Mira, déjame subir sobre tus hombros; me parece que podré llegar á la abertura; y si logró hallarme en el granero, veré si hay algo con que podamos ayudarnos; pero si no hallo nada, bajaré á acompañarte: te lo juro por mi honor.

El otro queria consentir; Benito le propuso echar suertes; aceptó el otro el partido, y esta vez quedó nuestro Benito favorecido de la fortuna. Lleno pues de alegria, pero al mismo tiempo resuelto á cumplir su promesa, subió sobre los hombros de su compañero, y al cabo de mil esfuerzos logró introducirse por la brecha y llegó al granero; pero nada halló de lo que buscaba. Las fuerzas le abandonaban; registró por la ventana del granero, y advirtió que no habia cosa mas fácil que bajar al campo, pero habia prometido correr la misma suerte que su infeliz compañero, el cual, temblando de verse solo, le gritaba: Baja, baja; ¿por qué no quieres bajar? Benito estaba ya muy otro á fuerza de desgracias; su carácter, en ocho dias que llevaba en el molino, se habia mejorado mas que en ocho años que hubiera estado en casa de su padre. Así es que se resolvió á sacrificar su libertad al honor y á la delicadeza. Suspiraba viendo el campo sin límites, y las aves volando libremente; pero renunciando afligido la esperanza seductora de su libertad, volvió al agujero. Cruzó sobre él lentamente una pierna; luego pasó la otra; y deteniéndose un brevísimo rato ántes de bajar, fijó su atencion en un monton de paja de que hasta entónces no habia hecho caso. Corrió á él, y quedó agradablemente sorprendido de hallar entre ella un grueso cordel. Mira, mira, dijo á su compañero, ya tengo con que sacarte. Benito le echó un cabo de la cuerda, y le encargó que se atase fuertemente, pero de repente oyó abrir la puerta de la sala, y creyó que seria el feroz criado de Roland, ó los dos juntos; por lo cual, abandonando á su amigo, corrió á la ventana del granero, y por ella

fácilmente bajó al campo y echó á correr cuanto podia. Durante sucarrera, se decia á sí mismo: yo no he podido hacer mas por librarle; me parece que nada pueden censurarme. Así iba corriendo y discurriendo pero sin atreverse á volver atras la cabeza.

Tanto corrió, y se fatigó tanto, que el temor de ser seguido cedió al fin á la necesidad de descansar. Se paró, miró á todas partes, á nadie descubrió, y con esto se animó. ¿Pero adónde iria? ¿á casa de su padre?... esto le pareció lo mejor: sí, irá á postrarse á los piés de este anciano severo, pero bueno y generoso; le hará la pintura del bárbaro en cuyo poder le ha puesto, sin saber acaso la extension de su crueldad; le hará una pintura de aquellas horribles prisiones, que seguramente no conoceria su padre; y le manifestará el carácter de Mr. Roland, que es un monstruo, un verdugo de los muchachos; los martiriza, y cree corregirlos haciéndoles padecer unos trabajos perjudiciales á su salud, y que léjos de dulcificar han de irritar mas su carácter. Su padre le dirá: ¡yo no sabia tanto! Roland no me ha dicho que tenia cárceles, ni que atormenta así á los muchachos que se le entregan; y entónces su padre le perdonará y recibirá en su casa, donde se proponia ser un modelo de docilidad.

Así discurria Benito; y es menester confesar que no le faltaba discernimiento. Se conoce que amaba á su padre, pues no podia persuadirse á que le hubiera entregado á Mr. Roland, á saber á fondo la crueldad de este hombre inhumano; pues aunque no ignoraba que Palemon queria castigarle, tambien sabía que su intencion no podia ser la de sacrificar su juventud, y exponerle á que enfermase. Confiaba en la bondad de su padre; pero si por desgracia no quisiese admitirle en su casa, habia resuelto pedir limosna ántes que volver á la estrecha prision de que habia tenido la fortuna de escaparse.

En tanto que Benito caminaba y reflexionaba, advirtió en una vasta llanura várias personas sentadas en las orillas de un arroyo á la sombra de unos frondosos sauces, y aun oyó una voz que cantaba dulcemente. El pobre muchacho estaba casi muerto de hambre y de cansancio: necesitaba reposar, y prefirió á su soledad el sentarse al lado de unas gentes, que sin duda le protegerian si acaso Roland ó su criado viniesen en su seguimiento. Hé aquí pues á Benito que sin pensar en que estaba con un saco de tosco buriel, todo manchado, se dirigió hácia las gentes que veia sentadas, pero á quienes por la distancia aun no podia conocer.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas, por su parte, quedaron atónitas viendo á un muchacho venir corriendo hácia ellas; y este incidente suspendió su diversion y su alegría. Benito se acercó, distinguió los objetos, y temblando exclamo : ¡ Cielos ! ¡ mi padre y mis hermanos ! — ¡ Benito! exclamó tambien Palemon (porque él y su familia eran), y ¡ Benito ! repitieron todos á una voz. El muchacho se arrojó á los piés del anciano, que inundaba con sus lágrimas; y este le dijo : ¡ Cómo! ¿ vos aquí? ¿ qué significa ese traje? Benito, sollozando, le contó lo que le habia sucedido, y el modo con que se habia escapado de la sala en que le tenia preso el feroz Roland. Todos se interesaron en favor del fugitivo, y todos lloraban. ¡ Vos, padre mio, prosiguió Benito, ignorabais sin duda que este hombre tiene calabozos, cadenas, látigos y todo género de suplicios ! (*Palemon calló.*) Perdonadme; recibidme en el número de vuestros hijos; os juro que en nada os daré que sentir nunca, nunca !

Palemon no le respondió; pero sus hermanos y la amable Enriqueta le abrazaban é intercedian por él. El anciano Delacour tambien interpuso su mediacion; y el padre, no pudiendo resistir á tantas instancias, abrió sus paternales brazos al pobre Benito, el cual, de contento saltaba, corria, gritaba, lloraba y hacia mil extravagancias; y luego, recogió lo que habia sobrado de la comida. En fin, toda la comitiva, porque se acercaba la noche, volvió á la granja, donde Benito mudó al instante de traje. La cena fué alegre, especialmente para el fugitivo, que hizo los honores de la mesa, y recibió de todos mil testimonios de afecto.

Ántes de recogerse, Palemon dijo á sus hijos : Miéntras yo estaba en Paris fuisteis á visitar al jóven Emiliano, cuya historia nos contó la buena Brígida; á nadie hallasteis, porque estaban en la corte, donde Emiliano habia encontrado á sus padres. Este virtuoso jóven ha sabido vuestra atencion, y está muy agradecido; de modo que ahora poco he recibido una carta en que Emiliano y Brígida prometen venir á vernos dentro de dos ó tres dias, y contarnos lo restante de su historia : os lo participo porque sé que ha de agradaros. Efectivamente, los muchachos se alegraron infinito; y se retiraron á dormir, que bien lo necesitaban, especialmente Benito, que habia trabajado tanto aquel dia.



EL MAL PADRE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XLII

EL EJEMPLO

Si pretendes enseñar
Doctrinas de bien vivir,
Debes primero advertir
El ejemplo que has de dadar.
De poco sirve dictar
Morales disposiciones:
Que no bastan las razones
Si las obras no acompañan,
Y no pocas veces dañan
Los actos á las lecciones

Benito, gozoso de haber vuelto á la gracia de su padre, protestaba no volver á incurrir en faltas como las que habian dado lugar á sus castigos. ¡El malvado Roland! ¡qué hombre! Refirió Benito á sus hermanos la mañana siguiente las extrañas crueldades de este verdugo de los muchachos; todos se estremecieron, compadeciéndose de Benito porque habia caido en las manos de un hombre tan cruel; y le aplaudieron el valor que habia tenido para quebrantar su prision. Ignoraban que todo esto no era mas que una especie de comedia arreglada entre su padre y Mr. Roland, pues este, oyendo las quejas de Palemon en órden á Benito, discurrió un medio singular para asustarle y tal vez para corregirle. Yo poseo, dijo á Palemon, junto á un molino un edificio antiguo, dividido en várias piezas. Juntaré en él varios mucha-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

chos, sirviéndome para este efecto así de mis hijos como de los amigos, y los instruiré en lo que deben hacer. Con este objeto Mr. Roland, cuando Benito quedó en su poder, tenia ya arregladas las decoraciones necesarias, auxiliado de su criado y de siete ú ocho jóvenes de las cercanías. En realidad las tres salas de penitencia no eran mas que una pura invencion; pero muy propia para hacer su efecto en el cerebro de Benito que se hallaba encerrado por la vez primera. Un muchacho estaba encargado de inspirarle la idea de escaparse, é indicarle el mal cubierto cañon de la chimenea si él no lo advirtiese. Era bien seguro que Benito haria todo lo posible para huir, y que lo conseguiria fácilmente, como que nadie se lo impediria. Mr. Roland habia avisado á Palemon el dia que empezaba la pieza cómica; y Palemon con solo el objeto de ver llegar á su fugitivo hijo, determinó comer con su familia en el campo, y en sitio que estuviese á vista del molino. No temia que Benito huyese á otra parte que á su casa, porque conocia muy á fondo su corazon; y aun cuando el muchacho hubiese intentado dirigir sus pasos á otra parte que á la granja, no habria podido alejarse mucho, porque el mozo del molino le espiaba todas sus acciones, y estaba á caballo detras del edificio para correr en pos de él y prenderle si tomaba algun otro camino. Estaba pues todo muy bien combinado para asustar y corregir al pobre Benito; todo habia salido á medida de los deseos de su padre; y este esperaba que su hijo cambiase, y abandonase, no sus vicios pues no los tenia, sino algunas vivacidades que pueden perdonarse en cierta edad; pero que es preciso corregirlas para evitar su trascendencia.

Despues que Benito hubo contado sus desdichas á sus hermanos, estos en recompensa le refirieron todas las aventuras de Mr. Delacour, de las cuales solo el principio habia oido Benito, y las del caballero Enrique. Así se pasó esta mañana, en la cual todo fué mutuas confianzas y caricias. Por la tarde se juntaron en el terrazo sin objeto decidido; pero confiados en que Palemon ó su amigo harian el gasto de la conversacion y de sus diversiones. Apénas se habian reunido, oyeron llamar reciamente á la puerta. Palemon, admirado de que á hora semejante viniese alguno á visitarle, y que llamase con tan poco miramiento, mandó á Armando que acompañase á Marcela, que iba á abrir; pero este quedó aturdido, y aterrado Benito, al ver entrar á Mr. Roland.

Mr. Roland era el diablo para Benito y para todos los muchachos. Se figuraban que su anciano padre trataria severamente á

este importuno, reconviniéndole par la cruel conducta que habia tenido con su hijo; pero nada de eso: Mr. Roland fué muy bien recibido, y se le mandó sentar. ¿Sois vos, amigo mio? le dijo Palemon, ¿qué es lo que aquí os conduce tan cerca de anochecer? — Vengo, dijo Roland lanzando una severa mirada á Benito, que se estremeció, á pediros mi discípulo que se escapó ayer de mi casa, causando en ella un gravísimo desórden. — ¿De véras? — Sin duda: no se contentó con romperme las paredes y huir como un facineroso, sino que implicó en su insubordinacion á otros jóvenes que yo castigaba por algunas culpas, y que me han sido confiados por sus padres, á los cuales no puedo presentarlos. Esto es lo que ha hecho: considerad ahora si merecen perdon tales desafueros.

Todos callaban, y cada uno esperaba temblando la respuesta del padre, quien parecia que dudaba y no sabía qué contestar; pero al fin Palemon se explicó de esta manera: Siento infinito que mi hijo no se haya contentado con huir solo, sin inducir á los demas á que imitasen su ejemplo, turbando así el órden de vuestra casa. Su obligacion principal era esperar mis órdenes y procurar ganar vuestro afecto, en vez de excitar vuestra severidad; pero le he perdonado, y cuando empeño mi palabra no acostumbro á quebrantarla. — ¿Conque no me le volveréis? — Desde luego creo que él no tiene mucha gana de seguiros; el aspecto de vuestras prisiones le ha espantado mucho; y á mas de eso, le he admitido en casa bajo la promesa que me ha hecho de ser muy otro, y particularmente de moderar la aspereza de su carácter. — ¡Hé aquí como son los padres! así echan á perder á la juventud; y los sugetos á quienes confían su enmienda, no pueden hacer nada. — Amigo mio, os equivocáis; yo no echo á perder á mis hijos; los corrijo, pero siempre como padre. Yo no puedo olvidar este sagrado título, que me ordena ser mas indulgente y sufrido que lo que se puede exigir de un extraño. Si mi hijo se arrepiente de buena fe, si se propone firmemente corresponder á mi ternura con su docilidad, complacencia y dulzura, ¿por qué queréis que me complazca en sujetarle mas á la vara de hierro de que habiais empezado á hacer uso? No lo esperemos todo de la juventud: es inconstante y viva, pero se puede corregir. ¡Ah! sería preciso que mi hijo tuviese muy mal corazon para que no conociese el extremo con que le amo. Mr. Roland, jamas seré tirano de mis hijos, sino su mayor y mas tierno amigo. — Á la verdad, que si yo hubiese tenido un padre como vos, no sería

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tan infeliz, ni la desgracia hubiera agriado tanto mi condicion. — ¿Pues qué, no os manifestaba vuestro padre el mismo afecto que yo profeso á mis hijos? — No por cierto; y á no ser por un venerable sacerdote, á quien lo debo todo, há mucho tiempo que estaria en el sepulcro. — ¿Es posible? Hacednos el favor de contarnos la historia de vuestra vida, porque no puede ménos de interesar á cuantos nos hallamos presentes. — Lo haré, amigo mio, pero ántes exijo que me entreguéis á Benito. — Eso no; no puedo complaceros, porque he prometido tenerle en casa, y debo cumplirlo; lo que únicamente puedo ofreceros es volvérosle á enviar si me pone nuevamente en la precision de desterrarle de mi presencia; pero me lisonjeo de que no se verificará este caso. Así pues no hablemos de esto, y servios referirnos vuestras aventuras, que sin duda serán muy particulares segun infiero de algunos ligeros sucesos que en ciertas ocasiones me habéis confiado.

Todavía insistió Roland increpando lo que llamaba flaqueza de Palemon en órden á su hijo Benito; pero al fin resolvió satisfacer la curiosidad de su amigo haciendo la siguiente relacion, que fué oida atentamente por todos, y mas por Benito, que ya se hallaba enteramente sosegado.

El mal padre.

Mi padre era tratante en granos en una pequeña poblacion situada á cuatro leguas de Paris, llamada San German en Laye. Se habia casado por pura inclinacion, y sin que mi madre le llevase dote alguno; pero aquella pasajera inclinacion que le habia obligado á casarse, fué de muy corta duracion. Bien pronto se olvidó de su amor con esta virtuosísima mujer, tratándola con el mayor rigor y desprecio: y para desquitarse del tedio que le causaba, se entregó á ocultos amores si tales pueden llamarse los vergonzosos lazos que unen á los esposos y padres de familia con las rameras, cuyo objeto y oficio es siempre el de enredar las casas, ridiculizar las esposas á los ojos de sus maridos, y arruinar las familias. Tal era la conducta de mi padre: mi madre no lo ignoraba; pero paciente, dulce y tímida, lo disimulaba todo para evitar contínuas desazones. Yo era el único fruto de su matrimonio; y al paso que mi padre me miraba con poco cariño, mi madre me amaba con la mayor ternura. Desde mi mas tierna edad no cesaba mi padre de reprenderme sin saber por qué, y aun me maltrataba con inaudita crueldad. Sentia esto mi madre, y le afeaba

muchas veces su rigor; pero él no hacia caso, y aseguraba que yo sería siempre un grandísimo bribon.

Así me crié hasta la edad de la razon, siendo testigo de la mala conducta de mi padre, y de las lágrimas y tormentos de su infeliz esposa. Tenia ya diez y siete años, cuando una noche que me retiraba algo mas tarde de lo acostumbrado, y temeroso de que mi madre se impacientase por mi tardanza, al pasar junto á una calle que desembocaba en la nuestra, encontré una jóven afligida y llorosa, que corriendo precipitadamente se arrojó en mis brazos, exclamando: Cualquiera que seáis, secorredme, defendedme de quien me persigue. El interes que inspira una mujer llorando, y el natural deseo de favorecer á una desdichada, me obligaron á cogerla del brazo, asegurándola que la defenderia á todo trance; y que no la abandonaria hasta dejarla en lugar seguro. Apénas acabé de hacerle esta promesa, cuando vi pasar junto á nosotros uno como militar con la espada desnuda, el cual no hizo mas que mirarnos, envainar su espada, y retirarse pronunciado estas palabras: ¡Maldita! ¡yo te cogeré sola, y sabré vengarme!

Apénas pasó, me dió las gracias la jóven y me suplicó la acompañase un momento en su casa, allí inmediata, no volviese el perseguidor, que dijo era un amante desdeñado, y la maltratase. Subí en efecto con ella, y entrámos en una sala adornada con primor; presentóme una silla y se reclinó en el sofá, dando rienda suelta á su llanto y diciéndome que su virtud era la causa de los malos tratamientos de aquel hombre brutal. Disponíase á referirme sus desgracias cuando llamaron á la puerta. — Si será él... ó será mi amigo... En todo caso os suplico os retiréis á esta alacena. Salió á abrir, y un instante despues volvió á entrar acompañada de un hombre, y se entabló entre él y Sofía, que así se llamaba la jóven, una escena de celos... ¡Cómo quedaria yo cuando en la voz del recien llegado conocí la de mi padre!... Solo puedo decir que el temblor que de mí se apoderó y algun otro movimiento, me hicieron chocar con no sé qué objetos de cristal, que cayendo y rompiéndose con grande estrépito me descubrieron... Mi padre hizo abrir la alacena, y al verme salir de ella quedó confuso, y cubriéndose el rostro con ambas manos, exclamó: — ¡Mi hijo aquí!... — ¡Tu hijo! contestó Sofía, pues es bellísimo y de buen corazon; él me ha salvado de tu rival que me perseguia con espada en mano. Mi padre creyó que esto no era sino una pura invencion de Sofía y que yo era otro de sus amantes. Me miró con el mayor enojo, y me mandó quitarme de su presencia. No

esperé á que me repitiera esta órden ; salí apresurado y no sé lo que pasaria entre él y Sofía : lo único que puedo decir es, que desde entonces me trató mucho peor que ántes, que me hacia espiar cuantos pasos daba, y que mi casa era un contínuo espectáculo de lágrimas y desolacion, sin embargo de haber yo cumplido religiosamente el mandato de mi padre, de no hablar á mi madre del lance de casa de Sofía.

Un dia convidó á almorzar á un caballero, y al terminarse el desayuno mandó que me preparase para ponerme en camino al dia siguiente para Tolon, donde con aquel sugeto, que era capitan de navío, me embarcaria para América. Mi madre se opuso con obstinacion, y esto produjo un altercado en que pasando á vias de hecho, hasta al capitan y á mí que nos pusimos por medio, alcanzaron algunos golpes de mi padre. Separado ya el verdugo de su víctima, declaró el capitan que no era su ánimo causar disensiones en las familias, ni arrancar á ningun jóven del seno maternal contra su voluntad.

Mi padre marchó enfurecido y no volvió en toda la noche: al dia siguiente se llenó la casa de ministros de justicia que arrebataron cuanto en ella habia para pagar los alquileres de la habitacion, y hasta sin cama nos dejaron. Aun no habian salido cuando se presentó otro con una órden formal para llevarme á una casa de correccion, por haber maltratado y aun herido, decia la órden, á mi padre. Cuál sería mi sorpresa y el dolor de mi madre, fácil es de discurrir : sin embargo conservé mi presencia de ánimo, solicité se me permitiese escribir y recoger algunas ropas, y puse á mi madre y le entregué en su mano un papel que decia : « Madre mia, es preciso huir : id á buscarme á casa del párroco de Serville. » En seguida entré en mi cuarto como que iba á buscar mis ropas, y me descolgué por una ventana : bajando á un corredor me así de la soga de un pozo poco profundo que en él habia, y deslizándome por ella, descendí hasta el fondo, donde unas veces pendiente de la soga, otras sumido en el agua hasta la cintura, permanecí el resto del dia. Cuando ya de noche iba á salir, ocurrió á una cocinera ir á sacar agua y empezó á tirar de la soga desde arriba, yo tiraba desde abajo, y por último ahuecando la voz di un grito que la hizo huir dando alaridos : volví á trepar sin pérdida de tiempo, salí al corral y saltando las tapias me encontré en la calle, y muy en breve me vi fuera de Paris.

No tardé en llegar á Serville : me dirigí á casa del párroco, y al llegar á ella adverti que me esperaban. ¿ Sois Roland ? me preguntó una mujer jóven en voz baja. — Sí, yo soy. — Dios sea bendito. Y me abrazó con ternura, quedando yo sorprendido al reconocer en ella á Sofía ; quise huir y me lo impidió. No soy vuestra enemiga, me dijo, ántes bien soy víctima del monstruo de vuestro padre, á quien no veré jamas. Entónces vine en conocimiento de que Sofía era una sobrina del virtuoso párroco, de quien este nos habia hablado y cuyos extravíos deploraba.

Subí á las habitaciones altas, y allí encontré á mi madre á quien el señor cura, que habia sido su tutor, estaba consolando, pues ya la parecia tarde, y temia me hubiese sucedido algun percance; por lo cual me abrazó con la mayor ternura. Tambien fuí bien recibido del respetable eclesiástico, quien me exhortó á que me tranquilizase, pues ya procuraria arreglarlo todo.

Al dia siguiente, Sofía me refirió con minuciosidad su historia ; díjome que su conducta habia sido depravada, pero que se hallaba arrepentida y resuelta á hacer penitencia en un claustro el resto de su vida. Que un oficial la habia sacado de la casa paterna y habian vivido juntos hasta que, cansada de sus malos procederes, habia dado oido á las solicitudes de mi padre, á quien habia tenido por soltero durante mucho tiempo, y los celos y amenazas del primero fueron los que motivaron el encuentro de la noche que la conocí : que mi padre por último la habia abandonado, despojándola de cuantos muebles y ropas tenia, y ella se habia acogido á la proteccion de su tio : y me rogó guardase silencio sobre todo, el cual la prometí.

Dos dias despues, mi madre acompañada del sacerdote fué á visitar al magistrado que habia dado la órden de reclusion contra mí, y haciéndole una verdadera relacion de los atropellamientos de que éramos víctimas, consiguió la revocase. Tambien supieron en Paris que mi padre, recuperado por algunas ganancias que habia tenido en el juego, habia puesto casa nuevamente y deseaba que fuésemos á su compañía ; pero el prudente párroco se opuso á que dejásemos su casa hasta que nuestra tranquilidad quedase asegurada ; queria tambien que asistiésemos á la toma de hábito de Sofía, cuya ceremonia debia celebrarse en uno de los dias inmediatos. Así nos hallábamos contentísimos....

Pero es tarde y hasta mi molino hay una legua : mañana volveré y continuaré mi historia. Á Dios, señores. Palemon no le dejó salir ; pasó allí aquella noche y el siguiente dia, manifestando un genial nada conforme con el rigor que en su molino desplegaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XLIII

EL BUEN ECLESIASTICO

El que en su vida arreglado
Á todos da buen ejemplo,
El que al servicio del templo
Solícito y esmerado
Concurre; que desvelado
El bien de su grey procura;
Aquel cuya vida pura
Es como brillante espejo
Y con obras y consejo
Enseñare, es un buen cura.

Palemon enseñó todas sus posesiones á Mr. Roland, en lo que pasaron una buena parte del dia. Por la tarde, reunidos en el emparrado, continuó así su historia:

Concluye la historia del mal padre.

Como os dije ayer, estábamos muy bien en casa del buen cura de Serville, aunque temíamos que aquel dichoso estado no podia ser de larga duracion, porque no se conciliaba con nuestra delicadeza ser tanto tiempo gravosos á este hombre excelente; sin embargo, nos aprovechábamos de cuantas diversiones se nos proporcionaban. Por la mañana disfrutábamos las delicias del campo, y por la tarde leíamos ó nos ocupábamos en varios jue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gos. El hijo de un labrador vecino, llamado Juan, era de nuestra tertulia, y siempre sentíamos el momento en que se separaba de nosotros, porque sobre ser ahijado del párroco, parecia un mozo completo; y aunque algunas veces se mostraba melancólico y taciturno, suponíamos que tendria pesares que á nadie queria confiar.

Una tarde que el párroco, su hermana, Sofía y mi madre jugaban á los naipes, me entretuve en dar á Juan una leccion de escribir, porque lo hacia muy mal. Hízome poner mi firma muchas veces sobre un papel blanco para admirar la variedad de mis rúbricas, que las hacia graciosísimas. Escribí pues mi apellido de mil maneras; en esto me llamó mi madre para consultarme una jugada; luego volví á la mesa donde escribia, y aunque no hallé en ella el papel de mis firmas, no concebí el mas leve recelo, y continué en dar leccion á Juan, el cual á cierta hora se despidió de nosotros hasta el dia siguiente. Pero se pasaron este y otros tres sin que le viésemos, y al cuarto dia supe de él de un modo bien cruel. Pasaba cierto destacamento por el pueblo para ir de guarnicion á una ciudad muy distante, y salí á ver la tropa, prometiendo á mi madre que volveria al instante; pero apénas me interné en el pueblo, me vi preso por dos soldados y un oficial, el cual mirándome con mucha atencion me dijo: ¿No os llamáis Roland? — Sí, señor. — Venid con nosotros; muy mal habéis hecho en no presentaros ántes, y mereciais un severo castigo; pero por primera se os perdonará esta falta. — ¿Qué falta? — ¡Linda pregunta! ¿no sois soldado? — ¿Yo soldado? — ¡Bravo! haceos tonto: ¿podéis desmentir vuestra firma? — ¿Mi firma?

Entónces el oficial me mostró una filiacion en toda forma y firmada de mi mano, con lo cual conocí al instante el lazo en que me habia hecho caer el perverso Juan. El papel en que me habia hecho firmar estaba doblado; el blanco le habia llenado extendiendo mi obligacion de servir por seis años; y habian cortado con tanto artificio todas las demas firmas mias, que solo quedó en el papel la primera que habia echado, y que era la que siempre usaba. ¡Cómo! exclamé; ¿ha podido Juan engañarme de esta suerte? — Juan no ha hecho mas que ayudar las intenciones de vuestro padre; y ademas es tan soldado como vos. — ¿Soldado? — Sí, pero no nos detengamos en discursos inútiles: seguidnos ahora mismo. — ¡Gran Dios! ¿no podré avisar á mi madre?.... — Es imposible; la compañía va desfilando, y no podemos detenernos un instante en el pueblo.

Insistí, supliqué y rogué con tanto ahinco á este feroz oficial que me concediese la gracia de ver á mi madre, que se resolvió á acompañarme. ¡Qué golpe tan terrible íbamos á dar á la madre mas tierna! Llegué con el oficial, y hallé á mi madre almorzando tranquilamente con el cura y la madre de Sofía. Atónitos de ver conmigo un oficial, se levantaron; yo me arrojé á los brazos de mi madre, y no teniendo fuerza para significarle mis nuevas desdichas, lloré en su alterado seno. — ¿Qué es esto, hijo mio? ¿qué tienes? — Señora, respondió el oficial, abrazad á Roland, y despedios de él, porque es soldado de mi compañía. — ¡Soldado! exclamaron todos admirados. Expliqué por menor á mi madre la traicion de Juan por instigacion de mi padre, y la pobre señora se estremeció; pero el párroco con mucha gravedad dijo al oficial: Caballero, las injusticias no deben sostenerse; no tenéis derecho para quitar su libertad á este jóven por medio de una traicion, y yo acudiré á vuestros snperiores. — Apelad á quien quisiereis, respondió friamente el oficial; pero entre tanto, yo me llevaré á mi soldado ahora mismo. Vamos andando.

Mi madre se postró á los piés del oficial que despreció su llanto: el párroco, enternecido con este espectáculo, dijo que no permitiria que me sacrificasen de este modo; y preguntó al oficial: ¿cuánto se necesita por su licencia? — ¿Su licencia, señor cura? no se le puede dar, porque se va á declarar la guerra, y necesitamos gente. — Sin embargo, no ignoráis que aquí en todo tiempo se puede rescatar un soldado: de consiguiente no nos podéis negar el rescate de este por la cantidad acostumbrada. — Pero, señor, se necesita bastante dinero. — Yo no sé lo que se necesita; aquí tengo veinte y cuatro luises de oro: ved si queréis aceptarlos; pero de lo contrário, os advierto que pediré al rey justicia, y puede ser que os arrepintáis de haber contribuido á maldad tan enorme.

Aunque el oficial conocia que su conducta sería reprobada por sus superiores, se hizo algo de rogar; al fin recibió la cantidad y me dejó libre. Le preguntámos cómo se habia preparado este asunto: nos dijo, que al pasar por San German se le habia presentado mi padre, y me habia pintado con los mas feos colores, suponiendo que era un pícaro libertino de quien queria deshacerse, y que por tanto le habia empeñado en que á toda costa procurase hacerse con mi firma. El oficial, que hacia ocho dias que habia enganchado á Juan sin saberlo su familia, entregó á este cierta cantidad, que pagó mi padre, á fin de que, mediante la libertad con que nos trataba, me hiciese caer en el lazo. Lo consiguió per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

fectamente; y este miserable, precisado á vender su libertad por efecto de su mala conducta, habia implicado en su desgracia al que llamaba su buen amigo.

Mucho indignó al buen párroco tan vil accion de su ahijado; dijo que no volveria á verle, y nos suplicó que omitiésemos todas las demostraciones de gratitud. ¡ Qué grandeza de alma ! ¡ privarse por nosotros de lo poco que habia podido ahorrar ! ¡ hacernos tantos beneficios, y duplicar su precio por medio de tan singular modestia ! ¡ qué contraste entre la conducta de mi padre y la de este eclesiástico ! ¿Es creíble que un padre haya sido capaz de multiplicar tantas acciones criminales contra un hijo que no tenia otro delito que el de amar á su desdichada madre? ¡ Oh vosotros, niños felices, que tenéis padres indulgentes, compasivos y virtuosos, cuán poco conocéis vuestra felicidad ! Bastaria que padecierais la cuarta parte de lo que yo he padecido, para que supieseis apreciar vuestra feliz situacion. ¿ Qué le quedaba ya que hacer á mi padre contra un hijo inocente? ¿ se valdria de nuevos resortes para perseguirme ? Todo era de presumir de su parte; y las consecuencias vinieron á probar que no habia yo llegado todavía al término de sus vejaciones.

¡ Considerad, amigos mios, cuál sería nuestra ternura para con un sacerdote á quien debíamos tanto ! Volvimos á nuestros inocentes placeres, y no supimos mas de Juan. Tratábase de llevar al convento á Sofía; y esta jóven se manifestaba muy resignada, sin mostrar la mas leve repugnancia, pues de lo contrário su tio nunca hubiera violentado su alvedrío, aunque conocia que cuando una jóven ha llevado una vida escandalosa y quiere enmendarse, no le queda partido mas seguro que retirarse á un claustro, como asilo el mas propio de penitencia. Sabía al mismo tiempo que es menester muy verdadera vocacion para un estado tan austero; y que llevar al claustro las inclinaciones que se han seguido en el mundo, es hacer un infierno perpétuo del retiro pacífico de la virtud. Habia sondeado muy bien la disposicion de su sobrina, manifestándola todas las obligaciones que iba á contraer, para que no las sellase con un eterno juramento si no se sentia con espíritu bastante para cumplirlas: pero Sofía estaba resuelta; y ella y su madre conocian que el partido mas sano era el de un religioso retiro. Tal era este hombre virtuoso amigo de la religion que enseñaba; poniendo en práctica sus deberes sin pedantismo ni afectada austeridad. En su casa era amable y festivo; presenciaba los honestos juegos de los jóvenes; en una palabra era un padre

tierno de todos sus feligreses, y un modelo de sacerdotes. No satisfecho con lo que hasta entónces habia hecho por mí, trataba de procurarme alguna ocupacion útil. Habia escrito á Paris á un amigo para que me proporcionase algun destino en que pudiese vivir sin separarme de mi madre; tenia ya prometida por su amigo esta gracia, y esperaba concluir el asunto de Sofía para participarnos el buen estado de nuestros asuntos, cuando la malignidad de mi padre turbó de nuevo nuestra paz, y llenó de confusion toda la casa. Noticioso de que yo habia conseguido mi libertad, y furioso por ver desvanecidos todos sus proyectos de venganza contra mí, dirigió sus baterías por otra parte; y se manejó del modo mas odioso para descomponernos á mi madre y á mí con el buen párroco, que era á quien únicamente temia.

La víspera del dia en que Sofía se habia de separar de nosotros, el señor cura y mi madre recibieron á un mismo tiempo dos cartas de mi padre: una para el párroco y otra para mi madre: en las dos nos acusaba á Sofía y á mí de estar en relaciones ilícitas, manifestando que a aquella habia sido su querida, y que yo le habia arrebatado su amor: excitaba contra los dos el odio del cura y de mi madre, y amenazaba á esta de que muy en breve le veria ir á reclamar sus derechos sobre ella y sobre mi.

El efecto que el contenido de estas cartas produjo en el buen eclesiástico y en mi madre es indecible; comunicáronselas respectivamente, llamaron á Sofía y despues á mí, y de ambos supieron la parte de verdad que contenian, así como las razones de prudencia y delicadeza que nos habian impedido revelarlo, y los dos quedaron convencidos de nuestra inocencia y de la increíble perversidad de ánimo de mi padre. Pocos momentos despues llegó este reclamando del párroco nos pusiese á su disposicion, pero fué rechazado con indignacion, y se retiró prorumpiendo en terribles amenazas.

Al dia siguiente entró Sofía en el convento, y dos dias despues entabló mi madre el recurso de separacion, el cual segun las apariencias debia producir el resultado de vernos libres de tantas persecuciones. Con este motivo tenia que hacer continuos viajes á Paris, adonde yo solia acompañarla, y como la distancia es corta íbamos á pié.

Una tarde que regresábamos ambos de practicar várias diligencias, salieron de un bosque tres hombres enmascarados y armado de pistolas, los cuales nos intimaron que nos dejásemos atar y conducir hasta una silla de posta que á corta distancia del camino

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estaba. Yo no llevaba mas armas que un palo, quise no obstante resistirme, pero dos de ellos me desarmaron con la mayor facilidad y empezaron á sujetarme los brazos. Mi madre entónces sorprendiendo al tercero le quitó una pistola que llevaba á la cintura, la disparó contra uno de los que me sujetaban y le penetró el tiro por un costado, cayendo desfallecido en tierra: apénas vieron esto los otros dos huyeron precipitadamente: no dudámos mi madre y yo que esta fuese una nueva asechanza de mi padre: ya nos poníamos de nuevo en camino para el lugar á reclamar auxilio para el herido, cuando este volviendo en sí y esforzando la voz, empezó á llamarnos: ¡ Esposa !... ¡ Hijo mio !... socorredme. Atónitos al oir estas palabras, corrimos á su socorro: le descubrimos el rostro y en efecto era mi padre..... Llenos de pesar y olvidando lo que por él habíamos pasado, procurámos cubrir la herida, le pusimos en el carruaje, que nos dijo era suyo, y le condujimos á casa de nuestro protector, donde no obstante haberle prodigado cuantos auxilios reclamaba su situacion, solo los espirituales pudieron alcanzarle, pues al dia siguiente espiró. Poco ántes de morir nos hizo acercar á su lecho, y con débil voz nos habló de esta manera:

« Voy á espirar, y el velo del vicio que me cegaba, desaparece enteramente. No veo mas que mis errores, y el furor con que he perseguido á una esposa honestísima y á un hijo respetuoso, y que estas persecuciones me conducen al sepulcro. Yo, esposa mia, no puedo culparte por mi muerte; ¡ no quiera Dios que incurra en tal injusticia ! tú no podias presumir que yo, acompañado de dos auxiliadores de mis ideas, queria arrebatarte juntamente con tu hijo: un movimiento de desesperacion y de ternura maternal te ha proporcionado, sin saber cómo, la mas justa venganza. Yo te destinaba para víctima de la traicion mas horrenda, que deberia quedar sepultada conmigo en eterno silencio; pero que voy á revelar, á fin de que esta confesion sincera sirva de expiacion de mis crímenes, y pueda dulcificar la amargura que mi pérdida podria causaros. En vuestro seno y en el de este respetable ministro del Altísimo, voy á depositar esta terrible confesion; nunca salga de vuestros labios: este es el único favor que os pido. Siempre persuadido de que mi hijo me habia arrebatado el corazon de Sofia, y de que su madre apoyaba tan criminal conducta, resolví perder á entrambos á toda costa. Cuando vi que mi esposa solicitaba el divorcio, y que ante los jueces se hacian patentes mis desaciertos, me enfurecí; y conviniéndome con un oficial de marina, mediante

una cantidad que le entregué, tratámos del rapto de madre é hijo, llevaros despues hasta Brest, y sepultaros en un navío que mandaba el oficial, y que al instante debia hacerse á la vela.

» Este, mi criado y yo nos disfrazámos, y os esperámos á la entrada del bosque por donde habiais de pasar al volver de Paris. Nuestra idea no era causaros daño alguno, sino únicamente asustaros, haceros subir á la silla de posta que habria dirigido mi criado, y darme en ella á conocer para que vosotros intimidados con mi presencia no hicieseis resistencia alguna. No temia peligro alguno, pues sabía que mi hijo, que era quien podia oponerse á mis intentos, no llevaba armas. Esta confianza fué mi castigo, y caí bañado en mi sangre por la generosa cuanto inesperada resolucion de mi esposa. El oficial, que ya estaba pagado, y mi criado, huyeron abandonándome á mi suerte: ¡ conducta ordiniaria de los malvados ! Este es, amigos mios, el infame proyecto de venganza que yo habia concebido. Á no ser por tan manifiesta disposicion del cielo, os hubierais visto prófugos y sin asilo en nuestras colonias, ó abandonados en alguna isla desierta. El golpe mortal que he recibido ha iluminado de repente mi entendimiento: todos mis vicios se presentan á mi débil imaginacion, y oigo la verdad quo no puede desconocer el hombre á las puertas del sepulcro. Siempre conocí mis injusticias, pero nunca tanto como ahora. Aborrezco mi conducta, y estoy tan arrepentido, que si el cielo prolongase mi vida, no la emplearia mas que en haceros felices. Pero ya es tarde: ha llegado el dia de mi destruccion... ya para mí ha sonado la hora de la muerte, y estos cortos instantes debo emplearlos en mi provecho espiritual: perdonad mis crímenes, y si os fuere posible no aborrezcáis mi memoria. »

Así habló mi padre; y nosotros le protestámos que su pérdida nos era infinitamente sensible. Nos encargó que en su nombre pidiésemos perdon á Sofia, en quien siempre habia notado bellísimas disposiciones para volver al camino de la virtud. En seguida dispuso su testamento, por el cual nos instituia herederos de lo poco que habia quedado, y declaraba nuestra inocencia en su desgraciada muerte. Poco tiempo despues dejó de existir. Mi madre estababa inconsolable: fué preciso no perderla de vista para evitar algun extremo desesperado. Por fin, los saludables consejos del párroco calmaron poco á poco su dolor, y despues de hacer las exequias de mi padre fuimos á Paris para acabar de sincerarnos ante la justicia, y para arreglar los asuntos de intereses: y aunque slo de mi padre se hallaban en muy deplorable estado, pudimos

juntar la cantitad suficiente para comprar el molino que habito, y adonde vinimos huyendo de los países que nos habian sido tan fatales. En fin, á falta de otro recurso, me hice molinero; y ayudado de mi tierna madre, que era sumamente laboriosa, gozaba una vida tranquila y bastante cómoda. Mucho sintió nuestra falta el buen cura, que sobrevivió poco tiempo á mi padre, y murió en brazos de su hermana, la cual vivió algunos años manteniéndose con una mediana renta vitalicia que tenia, con la que tambien ayudaba á Sofía, que fué ejemplo de virtud en su convento. Mi madre sufria mucho: conocia yo que una pena interior la consumia, y por lo mismo dupliqué todas mis atenciones para con ella; pero todo fué inútil: al cabo de cuatro años tuve la desgracia de perderla. No conoció en la vida mas que penalidades, y á no ser por la ternura maternal que sostenia su corazon, le hubiera sido imposible resistir al peso de las desgracias que la abrumaron desde el punto de su infeliz casamiento. Yo tambien me casé con una virtuosísima mujer que perdí despues de haberme hecho padre de dos hijos que están actualmente en Paris y me prometen una feliz ancianidad.

Tal es, amigos mios, la historia de mi desgraciada juventud. Ya habéis visto el cuadro de un mal padre y un mal esposo. Comparad ahora á vuestro padre con el mio, y decid si el cielo no os ha favorecido, mas que á mí, dándoos un padre tierno, virtuoso é indulgente, y sin embargo le causáis algunos disgustos: ¡ah! ¿qué hubierais hecho en mi situacion? Sabed, pues, hijos mios, apreciar vuestra felicidad, y haced todo lo posible para merecerla.

Así acabó Roland su historia, que habia interesado hasta lo sumo á los muchachos. El retrato de un mal padre era muy propio para hacer resaltar la bondad del suyo; así fué que todos, y Benito el primero, corrieron á abrazarle, prometiéndole reconocer este beneficio del cielo con su docilidad y firme resolucion de no hacer mas que lo que fuese de su agrado.

Palemon, embelesado del efecto que habia producido aquella terrible leccion, dió secretamente las gracias á su amigo Roland, el cual con gran complacencia de Benito se despidió y marchó á su molino.

TARDE XLIV

LA AVARICIA

¿Ves ese hombre pensativo
Que pálido y demacrado
De contínuo está azorado?
¿Que insensible al atractivo
De todo humano incentivo,
Ningun objeto le es caro,
Por que es el único faro
Que le guia el interes?
Pues ahí donde le ves,
Ese hombre es un avaro

Con el perdon de Benito volvió la casa de Palemon á su estado normal. La alegría reinaba por todas partes; si la presencia de Roland habia mantenido la seriedad en aquel inquieto muchacho, su retirada habia destruido todos sus recelos; ahora ya se manifestaba mas afable con Leon y Julio, mas complaciente con Adela y mas galante con Enriqueta, lo cual causaba en Palemon una satisfaccion indecible.

El tiempo estaba hermoso, la naturaleza encantadora, y la multitud de espigas que los sembrados presentaban, prometian una abundante cosecha. Armando propuso ir al bosquecillo á coger guindas, provistos de pan para comerlas: la proposicion fué aceptada por unanimidad de votos, y partieron, llevando el mayor la racion de Enriqueta y Julio la de Adela. Las dos jóvenes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

recibian en sus delantes la fruta que sus amantes desde la copa de los árboles las echaban, y Benito y Leon se ocupaban en limpiarlas para despues comerlas juntos. Cuando ya tenian suficienles bajaron de los árboles; pero Julio tenia un obsequio que hacer á su querida: habia encontrado un nido y fué á presentársele á Adela. Armando no quiso ser ménos, buscó otro y le ofreció á Enriqueta.

De aquí nacieron una multitud de reflexiones sobre la ternura maternal, y de ellas resultó el decretarse la libertad de los animalitos. Los nidos fueron de nuevo colocados en sus sitios, y viéronse al punto bajar sobre ellos una multitud de pájaros que llevaban granitos de trigo en el pico. Sin duda era muy grande el sentimiento de las pobres avecillas: acaso tan grande como el que nosotros experimentaríamos si nos privasen de nuestros padres. — Como el de Emiliano, repuso Julio, cuando le separaron de su madre. — ¿Quién es ese Emiliano? preguntó Enriqueta; y Armando tomando la palabra refirió á la jóven toda la historia de aquel interesante muchacho á quién de dia en dia esperaban en la granja segun habia dicho Palemon.

Mucho interesó á la hija de Delacour este relato y de él dedujo que Emiliano debia ser hijo de algun matrimonio de inclinacion. — ¿Y qué, preguntó Armando, solo estos casamientos son desgraciados? — Yo creo que lo son todos los que se contraen contra la voluntad de nuestros superiores. — Pero cuando están autorizados con la bendicion paternal ¿hay acaso estado mas feliz? — No le hay, respondió Julio dando un profundo suspiro. — ¿Qué es esto? dijo Benito, aquí todos suspiran. — ¿No ves, dijo Leon, que todos aman? Armando quiere á Enriqueta, y hace bien porque lo merece, y Julio ama á nuestra Adela. Sí; yo lo digo, no os pongáis ahora colorados.

Enriqueta miró tímidamente á Armando, el cual dijo: Yo por mi parte lo confieso. — Yo tambien, añadió Julio. Leon les hizo observar que al ménos debian agradecerle el haberles ahorrado el trabajo de una penosa declaracion, sobre lo cual se dijeron mil chistes unos á otros.

Esta conversacion duraba todavía poco ántes de comer, cuando vieron llegar un coche del cual salieron dos señoras de edad, la una mas que la otra, un caballero, una jóven graciosísima y un muchacho á quien al momento conocieron por Emiliano. Al instante corrieron á abrazarle los hijos de Palemon, y este entre tanto recibió con la mayor cordialidad al caballero y la señora, dándoles

la bienvenida á su posesion. — Aquí tenéis á mis padres, dijo Emiliano. — Sí, añadió Brígida, por fin quiso Dios que los hallase.

Despues de los cumplidos ordinarios y de haber descansado un rato, comieron alegremente, haciendo á Emiliano incesantes preguntas relativas á sus aventuras, y les prometió satisfacer su curiosidad por la tarde. Llegada la hora de la reunion, la madre de Emiliano se encargó de referir sus propios sucesos, para continuar con los de su hijo, lo que verificó en esta forma:

Continúa la historia de Emiliano

Ántes de relatar los sucesos ocurridos durante el curso de mi vida, debo deciros algo de las aventuras de mi padre, para que conozcáis las causas que determinaron á un tio, el mas avaro y perverso, para perseguirme y perseguir á mi esposo y á mi hijo. Mi padre, que se llamaba Dubourg, era comerciante y tenia un hermano mayor, tambien dedicado al comercio, el cual se habia arruinado várias veces por sus falsas especulaciones. En muchas ocasiones le habia ayudado mi padre con su crédito y caudal; pero este hermano, sin principios y sin conducta, acababa de perderse incurriendo en una fraudulenta quiebra. Mi padre, cansado de disminuir, por favorecer á un hombre tan disipado, el caudal que me pertenecia como hija única, pues mi madre habia ya muerto; y viendo por otra parte que ningun sacrificio sería bastante para reanimar el crédito de su hermano, tomó el partido de negarle todos los auxilios, y al mismo tiempo manejarse de modo que nadie censurase el que no socorriese á su hermano. Para este efecto hizo circular la voz de que una quiebra, aun mas fuerte que la de su hermano, le precipitaba en el abismo de la miseria. Representó su papel tan bien, que lo creyeron todos, y mi tio el primero, el cual todavía esperaba auxilios de su hermano, y ya se veia sin la menor esperanza. Pero mi padre que no tenia deudas, y por consiguiente á nadie hacia perjuicio, vendió secretamente sus bienes raíces y todo cuanto poseia, reduciéndolo á dinero que encerró en un cofre de hierro. Queriendo huir de su país, donde le avergonzaban las infamias de su hermano, se propuso llevarme á un país extranjero, y allí entregarse de nuevo al comercio, y cuidar de mi educacion y mi fortuna.

Ya habia despedido á sus criados; las maletas estaban preparadas y en una de ellas habia puesto su cofrecillo de hierro lleno

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de oro; pero ántes de partir envió á llamar á Leclerc su cajero, á quien habia colmado de regalos y que era de toda su confianza. Estando pues los dos solos, mi padre le dijo : Amigo, ya que nos hemos criado juntos desde nuestros primeros años, y siempre has correspondido fielmente á tus obligaciones, nada debo reservarte, y no quiero que como todos creas que estoy totalmente arruinado; no, amigo mio : veo que estás muy contristado por la idea de mi ruina, y debo consolarte. Sabe, pues, que poseo mas de doscientas mil libras en oro ; guarda en tu corazon este secreto y despidámonos sin esta pena. En cualquiera parte que determine establecerme te escribiré y mantendré contigo miéntras viva la justa correspondencia que debo á tu cariño y probidad.

El anciano Leclerc, gozosísimo de que su amigo no fuese tan desdichado como él habia creido, registró el cofrecillo, contó alegremente la cantidad que contenia, abrazó á mi padre, le prometió el secreto, y se despidió de él deseándole un próspero viaje.

Íbamos ya á partir, el coche nos esperaba, cuando á mi padre, que era muy grueso y sanguíneo, le acometió un accidente apoplético, cayendo sin sentido, y muriendo de allí á pocos minutos. Tenia yo entónces cuatro años ; pero conservo este doloroso caso tan presente como si acabarade suceder. Yo llenaba la casa de descompasados gritos, miéntras que unos vecinos oficiosos (pues no teníamos ya criado alguno), informados del suceso, se apresuraron á dar parte de lo ocurrido á mi tio. Llegó Mr. Dubourg muy sofocado, se arrojó sobre el helado cuerpo de su hermano, é hizo cuantos extremos de dolor puede sugerir el amor fraternal. ¡ Qué desgracia ! decia, ¡ qué desgracia para esta pobre criatura ! ¡ perder su padre en tan tierna edad ! ¿qué será de ella ? ¡ Yo me veo arruinado y tambien lo estaba su padre ! yo no puedo encargarme de ella, no es posible... ¿ cómo la he de educar ? ¡ Aun si le hubiera quedado algo á su padre ! pero todo lo vendió para pagar á sus acreedores. Estas maletas... ¿ qué ha de haber en ellas ? algunas ropas suyas y de su hija... ¿ pero por qué á este hombre le habia ocurrido expatriarse ? sin duda que el dolor de verse precisado á abandonar su país le ha causado la muerte. ¡ Dios mio ! ¡ Dios mio ! Buenas gentes, dijo á los vecinos, hacedme el favor de recoger esta pobre niña, miéntras yo examino si han quedado algunos papeles útiles ú otra cosa.... En fin, es preciso registrarlo todo. No sé cómo ha sido.... — Yo sabía los asuntos de mi hermano como los mios... parecia imposible....

Al cabo, yo soy el único pariente que la queda á Carolina : llevadla, llevadla por Dios, miéntras yo lo registro todo.

Uno de los vecinos me llevó á su casa, y miéntras este procurabaconsolarme, mi tio se encerró en el cuarto donde todavía estaba tendido el cadáver. Yo no sé si mi tio, ó porque no daba entero crédito á la quiebra fingida de mi padre, ó por un simple motivo de curiosidad, quiso registrar las maletas; pero sea de esto lo que fuere, quedó atónito al hallar un cofrecillo tan pesado que apénas podia levantarle. Buscó cuidadosamente la llave, y la halló juntamente con otras en uno de los bolsillos de la casaca del difunto. Abrió.... ¡ qué sorpresa tan agradable ! ¡ qué alegría sería la suya al ver tanto oro, muchas letras de cambio, y várias ricas alhajas ! El malvado cerró el cofre, le ocultó en un sitio muy retirado, llamó á los vecinos, y les dijo : Venid á ver qué rica herencia ; ¿ no lo habia yo dicho ? unos miserables vestidos : á esto se reduce todo ; ni hay con que pagar el entierro. Sed testigos todos de tan opulento patrimonio : mirad esta maleta.... esta otra... Yo no puedo encargarme de la niña : será preciso llevarla á una casa de caridad. — ¡ Santo Dios ! exclamaron los vecinos, ¡ llevar á una casa de caridad á una criatura tan hermosa ! no por cierto ; nosotros nos encargaremos de ella, aunque sea contribuyendo cada cual con alguna cosa. — ¡ Me agrada, dijo mi tio, semejante rasgo, que declara la bondad de vuestros corazones ! ¡ no permita el cielo que yo me muestre ménos generoso que vosotros con una sobrina mia ! y así aunque nada deja mi pobre hermano, y yo tambien estoy miserable, quiero llevarme la niña. Trabajaré cuanto pueda para mantenerla ; no tengo hijos, y haré cuenta que Dios me ha dado una hija. Ven, querida, ven á los brazos de tu tio, que nunca te abandonará. ¡ Oh hermano ! tú que me has tratado muchas veces con tanta dureza, ¡ ojalá que pudieras ser testigo de lo que hago por tu hija ! pero no pensemos sino en disponer su entierro y llevar á mi casa todos estos despreciables efectos.

Los vecinos, persuadidos por la voz pública de que mi padre habia muerto en la mayor pobreza, se retiraron al ver que de todo se habia encargado mi tio, el cual se llevó la llave de la casa, y me condujo á la suya. Era soltero, no tenia criado, y habitaba en una especie de boardilla. Aunque yo era de tan tierna edad, esta mutacion me fué muy dolorosa, y parece que adivinaba las infinitas desgracias que luego habian de sucederme.

Á la mañana siguiente enterraron á mi padre ; y mi tio, para

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

echar el sello á su refinada hipocresía, tuvo muy buen cuidado de pedir en la parroquia que le enterrasen de limosna. Despues hizo traer á su cuarto las maletas; pero por sí mismo trajo de noche el precioso cofre. Dos dias despues me puso en casa de unas pobres mujeres, donde estuve hasta la edad de diez años trabajando en labores ordinarias, vestida con la mayor humildad, y sin comer lo suficiente á satisfacer mi apetito, ó por mejor decir mi hambre.

Mr. Dubourg enriquecido, como desde luego se conoce, con las doscientas mil libras que le habia valido mi herencia, procuró no ostentar conveniencias en los primeros años. Obtuvo tiempo de sus acreedores para pagarles poco á poco, y lo hizo; renovó su comercio, y corregido por sus anteriores desgracias, se hizo avaro tanto como habia sido pródigo. Tenia yo diez años cuando mi tio, que ya rayaba en los sesenta, arregló todos sus negocios, y se retiró del comercio. Habia comprado una casa muy buena en Paris, donde vivia retirado conmigo y una ama de gobierno. Yo que apenas habia conocido á mi padre, y creia que habia muerto en la mayor pobreza, daba entero crédito á lo que me decia mi tio: que á no ser por él habria yo experimentado los crueles extremos de la indigencia, y que por consiguiente le debia el mas profundo reconocimiento. Por esta razon, y á pesar de su dureza, altivez y consumada avaricia, la gratitud me le hacia respetar como á un tierno padre. Así viví con él seis años, ocupándome en el cuidado de la casa. Se habia cargado de humores, consecuencia precisa de la mala conducta de su juventud y de algunas enfermedades, por lo cual tenia insufribles impertinencias; de modo que yo no disfrutaba de la menor diversion. Casi no salia de casa: solo cuando lo verificaba mi tio, le acompañaba; y por la noche le leia algunos libros serios, ó jugaba con él á los cientos. Añadid á estas mortificaciones la contínua presencia de una vieja ridícula, de maldito genio y muy envidiosa, y conoceréis qué género de vida tuve hasta la edad de diez y seis años, edad del amor y de la razon, en la cual comienzan mis particulares y personales sucesos. Prestadme toda vuestra atencion.

Mi tio siempre habia sido amigo de un cierto conde de Armance, á quien en otro tiempo habia prestado algun dinero que jamas logró recobrar. Era este hombre de cuarenta años poco mas ó ménos, viudo, pero con familia; gastaba mucha ostentacion, y se preciaba de tener grande influjo en la corte. M. Dubourg atendia escrupulosamente á mantener amistad con este caballero; y

aunque yo no sabía el motivo, veia que delante de él se manifestaba muy humilde y respetuoso. Pero el conde, que de cuando en cuando venia á visitarle, tenia un objeto que mi tio estaba muy léjos de sospechar: me habia visto, yo le gustaba, y habia formado acerca de mí criminales designios. Tenia el conde un secretario jóven, tan amable como aborrecible su amo: llamábase Leclerc, y estaba dotado de cuantas prendas y bellas cualidades adornan á un hombre. Muchas veces venia Leclerc á traernos cartas ó algunos simples regalos de parte del conde, y siempre que se presentaba, con sus miradas y suspiros me daba á entender que yo habia rendido su corazon; me complacia de ello, y con el mismo lenguaje mudo le aseguraba que no me era indiferente. Así nos entendíamos sin habernos hablado de amores. El conde, que le queria mucho, le traia várias veces á nuestra casa: yo, para ver con mas frecuencia á Leclerc, suplicaba al conde que nos favoreciese mas á menudo con su presencia; y aunque este interpretaba en su favor mis demostraciones, Leclerc conocia su verdadero espíritu, y sabía cuál era la verdadera causa de mis deseos; así, en cuanto podia empeñaba á su amo á que concurriese á casa de Mr. Dubourg. Todo se hallaba en esta disposicion, cuando un dia el conde, viéndome sola, se atrevió á declararme su amor, cosa que me sorprendió mucho y aun me inspiró grandes cuidados. Sabía yo que este hombre podia disponer libremente de su mano, conocia el carácter ambicioso del avaro Dubourg, y temia que me sacrificase á la grandeza y opulencia. Señor, respondí al conde delante de Leclerc, que no podia disimular su agitacion, mucho honor me hacéis; pero conozco que sois muy delicado, y por tanto no querréis aspirar á mi mano sin obtener mi corazon. Si este no consultase mas que la elevacion y la fortuna, os hubiera preferido; pero por desgracia solo atiende á la voz del amor, y no tiene libertad para disponer de sí mismo. — ¡No tiene libertad! exclamaron á un tiempo el conde y Leclerc. — No, señor conde: yo amo á un jóven lleno de mérito, y me lisonjeo de que secretamente corresponde á mi afecto. Le veo con frecuencia, está... en esta casa, y nunca nos hemos declarado nuestra recíproca pasion; pero os protesto á entrambos que él será mi esposo, ó acabaré mis dias en un claustro.

Demasiado atrevimiento era para una persona de mi edad hacer semejante declaracion á un amante en presencia de su rival; pero este era tan orgulloso, y tenia tanta confianza en su secretario, que no sospechó que este pudiera ser el objeto de mi amor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leclerc, por mucho que procuré reprimir mis ojos, adivinó el sentido de mis palabras, y faltó muy poco para que le descubriesen los ímpetus de su regocijo interior. El conde, despues de haber reflexionado un poco, me dijo : Señorita, ese es un amor bien inesperado : ¿ nunca se le habéis participado á vuestro tio, ó á alguno de vuestros amigos? — Nunca. — ¿Y ese jóven se halla en esta casa? — Sí por cierto. — Á la verdad que no alcanzo... ¿y tiene padre? — No, señor; pero tiene un superior molestísimo que le violenta en gran manera. — Siendo así, si tiene facultades, si está establecido decentemente, es preciso que sea esposo vuestro. — Eso es lo que yo deseo. — Mucho temo, señorita, que todo eso sea pura invencion para retraerme de mi pretension; pero yo lo sabré : participaré á vuestro tio esos sentimientos, y veremos. — Muy bien; veremos.

Picado estaba el conde y yo tambien; Leclerc temblaba, y ninguno de los actores de esta escena se hallaba satisfecho; pero al instante conocí la imprudencia que me habian hecho cometer el despecho y el odio que profesaba al conde. Fué este á verse con mi tio, y le pintó mi oculta pasion con tan ridículos rasgos, que Mr. Dubourg, asegurándole que en la casa no habia jóven alguno sobre quien pudieran recaer mis expresiones, le ofreció reprenderme, y obligarme á corresponder á sus deseos. Comieron aquel dia con nosotros el conde y Leclerc. Mr. Dubourg nada me dijo : por la noche hubo un poco de música, y Leclerc, á instancias mias, cantó al piano los siguientes versos, cuyo sentido penetré al instante.

Silencio, corazon mio,
no reveles tu pasion;
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

¿Qué mas de tu Anarda bella
deseas si la ocasión
permite que de sus ojos
admires el esplendor,

Y que en sus tiernas miradas
leas el sumo favor
que benévola á tus ansias
rinde á tu casta intencion?

¿No ves sus rosados labios
que envidia dan al amor
cuál sonríen hechiceros
con entusiasta expresion?

¿De tus suspiros no escuchas
el eco consolador
en los que el pecho de Anarda
devuelve con aficion?

Pues si ves cuán amorosa
te paga ardor con ardor,
de la llama que te abrasa
no dejes ver el fulgor.

Al otro dia, mi tio me reconvino agriamente por haber despreciado el amor del conde, y quiso á toda costa que le manifestase quién era mi amante : no habiendo podido lograrlo, despidió al maestro de música y cerró la casa á los pocos amigos que la frecuentaban, con lo cual quedámos en el mayor aislamiento. Ademas dijo que el conde deseaba casarse conmigo, pero de secreto, porque las conexiones que el conde tenia en la corte no le permitian hacer público un casamiento tan desigual, y que debia disponerme á recibir su mano, amenazándome con que de no hacerlo así me arrojaria de su casa. Desde entónces solo el conde y Leclerc tenian entrada franca en casa, y á instancia del primero le fué permitido á mi amante hablarme en secreto á fin de que pudiese convencerme á que amase al conde. Fácil es de imaginar que Leclerc no desperdiciaria los preciosos momentos que estábamos solos, en hablar en favor de otro, teniendo tanto en que ocuparse de sí mismo.

El amable secretario del conde estaba mas enterado que yo de lo que concernia á mis intereses. Carolina, me dijo en la primer entrevista secreta que tuvimos, os conozco y os amo desde vuestra infancia; soy hijo de aquel cajero que tuvo vuestro padre, y á quien hizo dueño de toda su confianza. Ántes de morir hizo retirar á todos, y me refirió la conversacion que habia tenido con vuestro padre al tiempo que estaba para viajar, y añadió : yo nada sé; pero estoy creyendo que alguno le habrá robado al buen Mr. Dubourg; y si así fuere, si tú le encuentras alguna vez en el mundo, ó á su hija, ó á sus herederos, infórmate del cofrecillo; procura indagar la suerte de un hombre á quien debo la corta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

herencia que te dejo. Hijo mio, este secreto que debí á su confianza es justo que yo le deposite en tu pecho, pues voy á dejar mi existencia. Sobre todo, te encargo que si fueres á Paris te informes de este hombre, de su hija, y del cofrecillo que no puedo desechar de mi imaginacion.

En efecto, era admirable que este cofrecillo, donde estaba depositada toda la fortuna de vuestro padre, diese tanto que pensar á un anciano en los últimos instantes de su vida. Pero parce que algunas veces presentimos las desgracias que deben sucedernos, ó á los que profesamos particular cariño : mi padre lo experimentaba así, y yo le prometí cumplir exactamente su voluntad. Espiró en fin, y despues de haber cumplido cuantas obligaciones me competian en tal caso, auxiliado de un tio que quiso ser mi tutor, vendí las pocas posesiones que heredé, y su producto lo puse á ganancias : despues de todo esto me vine á Paris, donde mi primer cuidado fué informarme de vuestro padre en la misma casa que habitó. Grande fué mi sorpresa cuando los vecinos me dijeron que habia muerto una hora ántes de su partida, al siguiente dia del en que fué mi padre á verle por última vez. Pregunté por Carolina, y me dijeron que su tio se la habia llevado y la tenia consigo ; hice todas las demas preguntas que me parecieron oportunas, y solo me contestaron que vuestro tio habia estado algunas horas encerrado en el cuarto del difunto, registrando todo su equipaje, y que despues hizo á los vecinos testigos de la miseria en que habia muerto su hermano : con lo que recogiendo cuanto halló, se retiró á su casa.

Estuve para exclamar ¡qué pícaro! pero me contuve por no aventurar el secreto dando que sospechar. Así pues, sin detenerme en profundizar este asunto, que su fondo nada me interesaba, solo traté de buscar algun acomodo que pudiese proporcionarme medios de subsistir y aumentar mis cortos bienes. Necesitaba secretario el conde de Armance : me presentaron á él, me admitió, y continúo como veis en servirle. Debo ahora deciros, amable Carolina, lo qne me obliga á revelaros el secreto de vuestro padre y del mio. El conde es un necio, libertino y de mala intencion. Mil veces le hubiera dejado, á no ser por la esperanza de lograr con su influjo algun destino en que poder adelantar. Es hombre disipador : siempre está pidiendo prestado; pero lo que con una mano recibe, lo prodiga con las dos, de modo que yo tengo mas gratificaciones que sueldo. Por tanto, contemporizo con él, soy su íntimo confidente ; y lo celebro infinito, porque así es-

toy instruido de todos los proyectos que forma contra vos. — ¿Contra mí? — Sí, señora; este hombre, desnudo de toda probidad, ha prometido á vuestro tio que se casaria con vos de secreto, por no indisponerse con su familia; pues sabed que lo que quiere hacer es un matrimonio fingido : su ayuda de cámara ha de hacer las funciones de párroco, con que nada mas tengo que advertiros. — ¡ Oh cielos ! — Cuando me comunicó su intencion procuré ocultar mi indignacion; y haciéndome el admirado, le pregunté por qué no se resolvia á contraer un enlace legítimo, á lo que me respondió : ¿ Qué quieres, Leclerc ? esa muchacha es pobrísima; su tio, avaro sobre todos los que lo son, dice que la ha criado por caridad, porque su padre no habia dejado mas que deudas : si este maldito tio se quisiera sangrar dándola un buen dote..... pero no, no; ni aun de ese modo : pienso tratar este asunto solo por puro entretenimiento.

Al instante me acordé de la historia del confrecillo, que casi se me habia olvidado, y vi claramente que se lo habia apropiado vuestro honradísimo tio, sin participárselo á nadie. Todo esto me ha inspirado un proyecto que voy á comunicaros. Mi padre me hizo tan puntual descripcion del cofrecillo, que no puedo engañarme acerca de su figura y construccion. Es prolongado, todo de hierro, un gran círculo dorado en la cubierta, y tiene dos cerraduras; en lo interior hay várias divisiones donde estaban los luises de oro en rollos; y en el fondo ha de haber un secreto destinado á ocultar papeles importantes y letras de cambio. Es menester que os apoderéis de este cofrecillo; ¿ nunca le habéis visto ? ¿ no tiene vuestro tio algun guardamuebles?... — Mi tio tiene en su gabinete un guardaropa que nunca he registrado, porque á nadie da las llaves. — Pues es forzoso, hermosa Carolina, que busquéis el cofrecillo, y hacer de modo que llegue á mi poder por cualesquiera medios. La astucia en semejante caso no es reprensible, porque se trata de que recobréis vuestros bienes, y de confundir á un pícaro.

Conocí que Leclerc tenia razon, y prometí hacer cuanto estuviera de mi parte. Cuando ya quedámos conformes sobre este importante asunto, le dije : Para entretener al conde y ganar nosotros tiempo, le haréis presente que exijo de él que me dé su mano públicamente, para usar en todas partes, como es justo, el título de condesa; que quiero vivir en la misma casa que ocupa; que quiero coches, caballos, y todo el tren correspondiente á la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clase en que tengo de entrar; y finalmente, que ántes de verifi carse nuestro matrimonio, me ha de presentar á todos sus parientes é interesados. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones. No pude decirle mas, porque á esta sazon entró mi tio. Leclerc se retiró prometiéndome que participaria cuanto yo le habia dicho á su amo el conde. Mi tio quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome ántes un gran mérito de mi complacencia, le dije con toda individualidad las proposiciones que acababa de hacer al conde por medio de su secretario. Mi tio, meneando la cabeza, me dijo que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una mujer como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenia derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las señoras de la alta clase; en una palabra: Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dije que precisamente porque conocia que se habia de enojar, habia querido, ántes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondi con desden.

Se me habia hecho odioso desde este momento. Léjos de mirarle como á mi bienhechor, no veia en él sino un hombre sin fe, sin honor y sin probidad. ¡Cómo! decia yo para mí, ¡él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡me ha criado por caridad!.... ¡qué horror! Cuanto mas despreciable me parecia este hombre, tanto mas recomendable en mi pecho se hacia el jóven Leclerc, á quien debia tan favorables noticias, y que no trataba sino de mi felicidad. El amor era el único sentimiento que podia dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entre tanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tio, sin excitar sus sospechas; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Aquí Palemon advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba, y que tenian que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En consecuencia madama Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche, y se despidieron hasta el dia siguiente, en que se contiuaria una historia que tenia embelesados á los muchachos.

TARDE XLV

LA FELICIDAD MUNDANA

Tras una vaga ilusion
Corres, si dicha cabal
Pretendes en este val
De inquietudes y afliccion;
Dirige tu inclinacion
Á otro bien mas superior,
Que la dicha es una flor
De cualidades divinas;
Y no hay rosa sin espinas,
Ni aquí hay dicha sin dolor.

Sobremanera impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y sus padres; oyeron el carruaje, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde despues de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemon les ofreció, continuó Carolina su narracion en estos términos:

Continúa la historia de Emiliano.

Ayer os dije que en breve se me proporcionó ocasion de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tio tenia la costumbre de dormir una ó dos horas despues de comer; y durante este sueño, tuve un dia proporcion para quitarle las llaves del armario que estaba en su gabinete. Registré, y entre várias ropas hallé la alhaja que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clase en que tengo de entrar; y finalmente, que ántes de verifi carse nuestro matrimonio, me ha de presentar á todos sus parientes é interesados. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones. No pude decirle mas, porque á esta sazon entró mi tio. Leclerc se retiró prometiéndome que participaria cuanto yo le habia dicho á su amo el conde. Mi tio quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome ántes un gran mérito de mi complacencia, le dije con toda individualidad las proposiciones que acababa de hacer al conde por medio de su secretario. Mi tio, meneando la cabeza, me dijo que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una mujer como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenia derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las señoras de la alta clase; en una palabra: Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dije que precisamente porque conocia que se habia de enojar, habia querido, ántes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondi con desden.

Se me habia hecho odioso desde este momento. Léjos de mirarle como á mi bienhechor, no veia en él sino un hombre sin fe, sin honor y sin probidad. ¡Cómo! decia yo para mí, ¡él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡me ha criado por caridad!.... ¡qué horror! Cuanto mas despreciable me parecia este hombre, tanto mas recomendable en mi pecho se hacia el jóven Leclerc, á quien debia tan favorables noticias, y que no trataba sino de mi felicidad. El amor era el único sentimiento que podia dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entre tanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tio, sin excitar sus sospechas; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Aquí Palemon advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba, y que tenian que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En consecuencia madama Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche, y se despidieron hasta el dia siguiente, en que se contiuaria una historia que tenia embelesados á los muchachos.

TARDE XLV

LA FELICIDAD MUNDANA

Tras una vaga ilusion
Corres, si dicha cabal
Pretendes en este val
De inquietudes y afliccion;
Dirige tu inclinacion
Á otro bien mas superior,
Que la dicha es una flor
De cualidades divinas;
Y no hay rosa sin espinas,
Ni aquí hay dicha sin dolor.

Sobremanera impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y sus padres; oyeron el carruaje, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde despues de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemon les ofreció, continuó Carolina su narracion en estos términos:

Continúa la historia de Emiliano.

Ayer os dije que en breve se me proporcionó ocasion de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tio tenia la costumbre de dormir una ó dos horas despues de comer; y durante este sueño, tuve un dia proporcion para quitarle las llaves del armario que estaba en su gabinete. Registré, y entre várias ropas hallé la alhaja que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

clase en que tengo de entrar; y finalmente, que ántes de verifi carse nuestro matrimonio, me ha de presentar á todos sus parientes é interesados. Ya veis que no es posible que su orgullo admita semejantes condiciones. No pude decirle mas, porque á esta sazon entró mi tio. Leclerc se retiró prometiéndome que participaria cuanto yo le habia dicho á su amo el conde. Mi tio quiso tambien que yo le confiase mis ideas; y haciéndome ántes un gran mérito de mi complacencia, le dije con toda individualidad las proposiciones que acababa de hacer al conde por medio de su secretario. Mi tio, meneando la cabeza, me dijo que era una loca, y que mis pretensiones eran descabelladas; que una mujer como yo, sin bienes ni nacimiento, no tenia derecho para exigir los títulos y derechos correspondientes á las señoras de la alta clase; en una palabra: Mr. Dubourg se encolerizó, y yo le dije que precisamente porque conocia que se habia de enojar, habia querido, ántes de consultarle, manifestar mis sentimientos al secretario del conde. Se retiró despidiéndose de mí con desprecio, y yo le correspondi con desden.

Se me habia hecho odioso desde este momento. Léjos de mirarle como á mi bienhechor, no veia en él sino un hombre sin fe, sin honor y sin probidad. ¡Cómo! decia yo para mí, ¡él disfrutaba mis bienes, y me trataba con tanta dureza y economía! ¡me ha criado por caridad!.... ¡qué horror! Cuanto mas despreciable me parecia este hombre, tanto mas recomendable en mi pecho se hacia el jóven Leclerc, á quien debia tan favorables noticias, y que no trataba sino de mi felicidad. El amor era el único sentimiento que podia dominarme: yo amaba á Leclerc, y detestaba á Dubourg y al vil Armance, cuyos odiosos proyectos me inspiraban á un mismo tiempo horror é indignacion. Entre tanto no me descuidaba en hacer lo posible para averiguar si el cofrecillo estaba todavía en poder de mi tio, sin excitar sus sospechas; y no tardó el cielo en proporcionarme una ocasion favorable.

Aquí Palemon advirtió á sus huéspedes que la noche se acercaba, y que tenian que andar bastante hasta la antigua habitacion de Brígida. En consecuencia madama Leclerc y toda su comitiva volvieron á tomar el coche, y se despidieron hasta el dia siguiente, en que se contiuaria una historia que tenia embelesados á los muchachos.

TARDE XLV

LA FELICIDAD MUNDANA

Tras una vaga ilusion
Corres, si dicha cabal
Pretendes en este val
De inquietudes y afliccion;
Dirige tu inclinacion
Á otro bien mas superior,
Que la dicha es una flor
De cualidades divinas;
Y no hay rosa sin espinas,
Ni aquí hay dicha sin dolor.

Sobremanera impacientes estaban nuestros amiguitos esperando la llegada de Emiliano y sus padres; oyeron el carruaje, y pasado un momento los vieron entrar en la quinta, donde despues de haber aceptado un frugal refrigerio que Palemon les ofreció, continuó Carolina su narracion en estos términos:

Continúa la historia de Emiliano.

Ayer os dije que en breve se me proporcionó ocasion de descubrir el precioso cofrecillo. Mi tio tenia la costumbre de dormir una ó dos horas despues de comer; y durante este sueño, tuve un dia proporcion para quitarle las llaves del armario que estaba en su gabinete. Registré, y entre várias ropas hallé la alhaja que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

buscaba, pues no podia engañarme con las señas que Leclerc me habia dado. Me apoderé de este convincente testimonio de la codicia de mi tio, y dejando las cosas en el estado que las hallé, llevé el cofrecillo á mi cuarto, donde le oculté cuidadosamente. Por dicha, mi tio no despertó durante esta arriesgada operacion, y así volví á poner las llaves en su bolsillo, y esperé con impaciencia la venida de Leclerc. Á la noche, cuando me retiré á mi cuarto, examiné el cofrecillo que ántes habia abierto, y encontré en el fondo muchas cartas de mano de mi padre; y entre otras cosas leí una lista de las ventas que habia realizado. Á lo último del papel habia esta nota :

« Yo he hecho construir este cofrecillo á Mr. Dumont, maestro » cerrajero en la calle de la Harpe, á fin de depositar en él dos- » cientas diez mil cuatrocientas y ocho libras, que componen » ocho mil setecientos sesenta y siete luises; todos divididos en » rollos de á mil y ciento. — *Cárlos Dubourg.* »

Debajo habia otra nota de mi tio, que decia así :

« Efectivamente, hallé en este cofrecillo la suma designada en » la lista de mi hermano. — *Lorenzo Dubourg.* »

Convincentes eran estas pruebas, y en mi concepto podrian hacer mucho efecto recurriendo á la justicia; pero este medio era violento, pues arruinaba á un hombre que á lo ménos me habia criado, y en cierto modo me tenia obligada. Ademas de esto para proceder judicialmente era preciso salir de casa, y no tenia parienta ni amiga con quien pudiese estar decentemente y con seguridad; así pues, me propuse callar hasta consultar á Leclerc. Vino el conde á verme, tuvo despues una larga conferencia con mi tio, y luego se me presentó este intimándome que me dispusese á partir con él al dia siguiente. — ¿Y adónde vamos? — Al castillo de Armance, donda ya está todo preparado para tu casamiento. — Pues qué ¿me sacrificáis de esta manera? — Ántes bien trato de hacerte feliz. El conde y yo hemos considerado que tus pretensiones son locas é irrealizables; y no puede consentir en hacerte esposa suya públicamente. Clase, estado, crédito, todo lo perderia; pero despues, si te conduces bien con él, conseguirás todo lo que ahora deseas. Aprovéchate pues de las ventajas que se te ofrecen, y que no podia esperar una mujer como tú, sin circunstancia particular que te recomiende en el mundo. Mañana te casarás, y dia llegará en que me des las gracias por la elevacion que te proporciono.

Iba á decirle que el proyectado matrimonio no era mas que un

puro artificio, y que él y yo éramos víctimas de la traicion del conde; pero me contuvo el temor de que me preguntase quién me habia informado de ello. No hice pues sino llorar y protestar que no iria al castillo de Armance, y que nunca consentiria en semejante matrimonio. Mr. Dubourg me juró que si me resistia á darle esta satisfaccion, me abandonaria enteramente; y salió mandándome elegir entre salir para siempre de su casa ó casarme con el conde.

Quedé sola, y no sabia qué partido tomar cuando volvió á entrar mi tio con Leclerc. Entregóme este un soberbio regalo de parte del conde, reducido á encajes y vestidos. Yo estaba anegada en lágrimas y no queria admitir nada; pero una seña de mi amigo me determinó á aceptar el regalo. Díjele que iba á elegir lo que era mas de mi gusto, y que tuviese la bondad de esperar para llevarse lo restante. Convino, porque se persuadió de mi intencion, y se quedó con mi tio. Entre tanto me retiré á mi cuarto, donde registrando las ropas que el conde me enviaba, encontré uua carta de Leclerc concebida en estos términos :

« Consentid en todo : dejaos conducir mañana; yo dispondré » las cosas de modo que vayáis sola en un coche, y haréis cuan- » to se os diga. No puedo deciros mas : ¿sabéis algo del cofrecillo? »

Al instante le respondí así : « El cofrecillo está en mi poder : » ¿cómo podré entregárosle? Seguiré puntualmente vuestros » consejos. »

Devolví á Leclerc un vestido de seda poniendo al mismo tiempo en su mano mi contestacion. M. Dubourg, viendo que yo despreciaba un vestido tan rico, le arrebató de las manos de Leclerc. ¿Por qué razon, exclamó este hombre avaro, dejas este precioso vestido? ¿piensas que yo tengo disposicion para darte otro semejante? no, señora, ó tomarlo ó dejarlo todo. Por fortuna Leclerc tuvo maña para ocultar el papel, razon por que apoyó las ideas de mi tio rogándome que admitiese todo cuanto me habia traido : así lo hice. Leclerc se retiró; yo fingí la mayor desesperacion, y mi tio, que se burlaba de todos mis sentimientos, me reiteró la órden de disponerme para partir á las nueve de la mañana siguiente.

Pasé una noche cruel, porque ignoraba los medios de que se valdria Leclerc para sacarme de aquel apuro. Estaba segura de él; y sin embargo, en algunos momentos temia ó que no se manejase bien, ó que fuese de acuerdo con el conde y mi tio para hacerme caer en el lazo. Perdona, amigo mio, exclamaba yo en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

seguida; me avergüenzo de tan infames sospechas; pero un infeliz, de todo desconfía, y aun del mismo amor teme cuando le ha engañado la naturaleza.

Llegó por fin la mañana, cuyos sucesos y fin no podia yo prever. Estaba en una situacion difícil de pintar, pues mis ojos derramaban copiosas lágrimas, y mi corazon palpitaba violentamente.

Pronto se presentó mi tio con su mejor vestido, me dió las gracias por mi sumision y docilidad, y aun celebró, por la vez primera, que hubiese procurado adornarme. Vaya, me dijo, se conoce que no aborreces al conde, pues parece que quieres embelesar su corazon y sus ojos. Luego llegó el conde; y despues de haberme saludado con cierta especie de confusion, dijo á mi tio: Vos vendréis conmigo; mi coche nos espera á la puerta, y conviene que nos adelantemos; luego vendrá otro coche por esta señorita, que hallará en él una camarera que he elegido para que la sirva.

Mi tio quedó atónito de oirlo, y el conde prosiguió diciendo: He arreglado así las cosas, temiendo que Carolina no estuviese todavía dispuesta; y principalmente porque los dos tenemos que tratar en mi castillo algunos asuntos ántes que se verifique la ceremonia. No pareció mi tio muy satisfecho de dejarme sola, pues temia que yo no quisiese seguir á la camarera, ó bien que huyese; pero no se atrevió á comunicar sus recelos al conde, á quien habia hecho creer que yo era ya mas sensible á su ternura. Por su parteLeclerc habia asegurado lo mismo á su amo: de modo que este estaba persuadido de que yo le amaba; pero no por esto dejaba de insistir en la ficcion del matrimonio, para cuya apariencia se valia de sacerdote y testigos falsos.

Así que se fueron el conde y mi tio, me hallé mas sosegada, recordando la cláusula del billete de Leclerc, respectiva á que iria sola. Veia que las cosas empezaban favorablemente, y me lisonjeaba de que se terminarian del mismo modo. En efecto, al cabo de una hora se paró á la puerta de nuestra casa un coche poco brillante. Vi bajar de él una mujer alta y gruesa, que me pareció ser mi prometida camarera. Acercóse á mí y me dijo: ¿Estáis ya dispuesta? — ¿Adónde me lleváis? — ¿Adónde? pues qué ¿no lo sabéis? al castillo de Armance. Suspiré, y me despedí de la vieja ama de Mr. Dubourg, que sin duda alguna quedaria contentísima de verse sola para gobernarlo todo. En fin, subí al coche con mi nueva compañera, la cual, mirándome del modo mas expresivo, me dijo: Me parece que se os olvida alguna cosa. —

No será extraño con tal turbacion; pero ¿qué es? — Cierta alhaja de que me ha hablado Mr. Leclerc. — Sí, sí, es verdad. ¡Dios mio!

Al instante subí á mi cuarto á buscar el cofrecillo; pero estaba allí el ama de gobierno: ¿cómo habia de hacer para sacar esta alhaja tan importante? Miéntras que yo hacia como que buscaba alguna cosa, vino allí la camarera, y cubriendo el cofrecillo con su delantal, se le llevó diciendo: no sería poco lo que me riñera mi amo si me hubiera olvidado del cajoncito de los encajes. — ¿De encajes? dijo la vieja; veamos, veamos. — No estámos tan despacio. Dicho esto, bajó corriendo y se metió en el coche; yo hice lo mismo llena de alegría, y el cochero arreó los caballos. Entónces acabé de conocer la fidelidad de Leclerc; y que aquella mujer era de toda su confianza. Por tanto le dije: Me parece, amiga mia, que sabéis mis secretos y los de...

No me respondió, y su frialdad y su silencio me aturdieron; por lo que no sabía si podia confiarle el misterio de mi amor: temblaba de que tal vez fuese confidente de mis enemigos; pero ¿cómo podia serlo, habiéndome recordado el cofrecillo que se me olvidaba? ¿quién la habia instruido? no, no podia ménos de ser amiga de Leclerc; ¿pero por qué no me descubria su corazon? ¿qué podia temer? Prosiguió con la misma reserva y silencio, y no pudiendo fijar absolutamente mis conjeturas, tomé el partido de imitarla no profiriendo una palabra.

Ignoraba yo si el castillo de Armance estaba situado cerca ó léjos de Paris, pues nunca me habia ocurrido informarme de estas particularidades, de modo que me dejaba llevar como las víctimas humanas que en otro tiempo se sacrificaban en las aras de los falsos dioses. Reparé, sí, que atravesábamos todo Paris, y ya nos hallábamos detras del hospital, cuando el cochero paró delante de una casa de poca consideracion segun su fachada. Abrió la portezuela y dió la mano á la camarera; y para mayor admiracion mia, oí que este hombre le dijo: Aquí es preciso ejecutar lo que hemos tratado. — Tenéis razon, le respondió mi compañera, y al instante sacó una pistola que me hizo estremecer, pues recelé si querian asesinarme; pero no era yo el principal actor de esta escena. Casi junto á la cara del cochero disparó la camarera su pistola, de modo que le quemó una gran parte del cabello; y luego tranquilamente le entregó el matador instrumento. Yo bajé medio muerta del coche; el cochero volvió á ocupar el pescante, y desapareció al momento

UNAM — DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veo, amigos mios, que os admira suceso tan particular; pero acaeció del mismo modo que os lo refiero, y por vuestra sorpresa podéis juzgar cuál sería la mia. No sabía adónde me hallaba, ni lo que querian hacer de mí; mas, luego, dándome la mano la camarera, me dijo : Todo ha salido perfectamente; entrad, hermosa Carolina, esta es vuestra casa; y á buen seguro que estaréis en ella mejor que en la de vuestro malvado tio. Todavía no me conocéis, pero pronto sabréis quién soy, y no tardaréis en ver á la persona que os ama como á sí propia.

Sosegada con estas palabras, pronunciadas con la expresion mas afectuosa, entré en la casa, que me pareció adornada modestamente, pero con gusto. Mi compañera tiró del cordon de una campanilla, y una criada se presentó trayéndonos algunos manjares delicados. Cuando estuvimos solas, pregunté á la señora de la casa qué significaba lo que me estaba sucediendo. Ya es tiempo, le dije, de que me hagáis algunas explicaciones, y desvanezcáis las confusiones que padezco, aunque no dejo de conocer que todo es disposicion de Mr. Leclerc. — En efecto es así ; y veis en mi, no á una camarera vuestra, aunque siempre me será lisonjero el serviros en cuanto pueda, sino á una tia de vuestro amante Leclerc. Soy su tia en razon de que mi marido era hermano de su padre. Ahora vais á saber cómo mi sobrino y yo hemos conducido y manejado este asunto. Este sobrino, á quien amo como si fuera hijo mio, vino á buscarme hace ocho dias, y me refirió vuestras desgracias, las suyas, y el amor que recíprocamente abrasaba vuestros corazones. No puedo, añadió, dejar actualmente al conde de Armance, porque tengo que arreglar con él asuntos de intereses; pero luego que ponga todos sus papeles en órden, que no me costará largo tiempo, iré á vivir en vuestra casa con el dulce objeto de mi cariño. Querida tia, es preciso que me ayudéis á librarla de la tiranía de su tio y de los infames proyectos del conde. Prometí hacer cuanto estuviese de mi parte, y dispusimos la trama de esta manera. El conde acababa de despedir á su cochero, y Leclerc hizo que entrase á ocupar su plaza un hombre de toda mi satisfaccion, é hijo de un colono de la hacienda de un amigo mio. Se necesitaba tambien una camarera para vos, que fuese capaz de prestarse á todas las ideas del conde. Leclerc habló por mí, y me presenté en casa del conde sin dar á entender la relacion que tenia con su secretario. El amo me dió las instrucciones mas abominables; prometí contribuir á todo, y quedé desde luego en la casa. Leclerc, que lisonjea las pasiones de su protector

para no excitar la menor sospecha de su inteligencia con vos, le aconsejó ayer que se adelantase con vuestro tio al castillo, y le añadió : Josefina (bajo este nombre me habia yo presentado) acompañará á Carolina, y durante el camino la dispondrá al género de vida retirada que queréis que observe; y yo sé que lo conseguirá, porque esta mujer tiene muy poderosa persuasion. Consintió en ello el conde, y esta mañana, como visteis, fué á buscar á vuestro tio. Durante su ausencia, hablé yo á solas con Milet, que es el cochero que habéis visto, y le dije : Milet, ya ha llegado el caso de servirme : ahora mismo vamos á buscar á la jóven Carolina; pero en vez de llevarla al castillo de Armance, la has de llevar á mi casa; y cuando volvieres á la del amo, te mostrarás desesperado, diciendo que Carolina ha bajado del coche (con cual quiera pretexto), juntamente con su camarera, en el bosque de Verrieres, que está en el camino de Armance; que allí Carolina ha empezado á dar grandes voces pidiendo socorro; que se han presentado varios hombres á caballo; que uno de ellos te ha disparado un pistoletazo, cuya señal enseñarás, y que habiendo caido desmayado del pescante, cuando has vuelto en tu acuerdo te has hallado solo. Aquí tienes diez luises, como señal de la grande recompensa que se te dará despues; y si te despidieren de la casa por haberte dejado robar á Carolina, no tengas cuidado, que correrá de mi cuenta tu colocacion. Milet me lo prometió todo; y ved aquí la razon del pistoletazo que me habéis visto tirarle tan junto al rostro, que le he dejado un poco señalado; y he tenido la advertencia de entregarle la pistola, señalada con un nombre desconocido, á fin de que pueda enseñarla, diciendo que la ha recogido despues de la retirada de los raptores, y de este modo se haga mas vorosimil la invencion. Resta ahora que me digáis si os pesa de haber dejado la casa de vuestro infame tio, ó de no haberos entregado al conde, que es el mas pérfido é inmoral de todos los hombres.

Agradecí á madama Leclerc (así se llamaba la tia de mi amigo) los cuidados y empeño que habia tomado por libertarme, y la aseguré que, léjos de estar pesarosa, me hallaba contenta y satisfecha; pero la pregunté : ¿Por qué no me habéis dicho todo eso cuando veníamos? Mucha inquietud me hubierais excusado. — No os lo dije entónces porque temia los extremos de vuestra alegría, y el que me espiasen tal vez algunas personas adictas al conde. Os aseguro que estaba bien ocupada en examinar todas las figuras y las curiosas miradas de cuantos pasaban junto al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

coche. Yo lo arriesgaba todo, y vos solo aventurábais el ser conducida á Armance ó á casa de vuestro tio.

Sus razones me parecieron justas, y no insistí mas sobre este punto. Cuando me recobré totalmente de mi turbacion y aturdimiento, registré el nuevo asilo en que iba á vivir. Era agradable y cómodo, y tenia un gracioso jardin, donde podia disfrutar el aire libre con mucha comodidad. Madama Leclerc era de condicion franca, y su trato amenísimo. Su criada, excelente mujer, muy fiel, y tan apasionada por su señora, que era capaz de hacer por ella los mayores sacrificios. Yo estaba satisfecha porque habia recobrado la libertad : me consideraba feliz en este tranquilo hospedaje, donde esperaba disfrutar las delicias del amor, á cuyos impulsos no me habia podido entregar hasta entónces sino llena de inquietud y recelos.

Pasáronse dos dias sin que viésemos á Leclerc, lo que nos causó bastante cuidado. En fin, llegó al tercero, y desde luego podéis juzgar cuál sería nuestra curiosidad por saber lo que habia pasado en el castillo de Armance el dia de mi libertad. Leclerc, asegurado de su tia y de la ejecucion de su proyecto, se fué muy de mañana al castillo á fin de hacer los preparativos necesarios, ya para la fingida ceremonia, ya para la comida y fiesta que debia celebrarse. Mr. Dubourg y el conde llegaron hácia las once y se encerraron en un cuarto para tratar de asuntos particulares. A mediodía ya estaba todo dispuesto, y yo no llegaba. Dieron las tres y no parecia ; todos se turbaban. Leclerc se agitaba, se encolerizaba ; queria tomar un caballo y volar á Paris, para sacar á su amo de incertidumbres ; pero le detuvieron, y permanecieron en expectativa. Mr. Dubourg estaba pensativo : sospechaba la fuga de su sobrina, pero no se atrevia á manifestar sus recelos. Á las siete de la noche llegó muy sofocado el mayordomo que el conde tenia en Paris. Refirió que el pobre Milet estaba herido, y que Carolina habia sido robada por unos desconocidos en el bosque de Verrieres.

Todos quedaron asombrados; pasaron la noche entera razonando, ó por mejor decir, delirando sobre este suceso, y por la mañana Mr. Dubourg y Leclerc volvieron á Paris. Se ocupó el primero en hacer mil inútiles investigaciones; reprendió agriamente á su vieja ama de gobierno, suponiéndola que estaba de acuerdo con su sobrina para favorecer sus amores, recibir cartas, y volver las respuestas. La vieja se enfadó, replicó, la despidieron y en toda la casa reinaba la mayor confusion. Entre tanto el conde juraba y protestaba que me descubriria, y tomaria cruel venganza de mis raptores. Leclerc le consolaba, le compadecia, y le dijo que haria cuanto pudiese para averiguar lo ocurrido : al fin halló un momento favorable para venir á ver á su tia y á su dulce amiga. Tomó varios coches de alquiler ; se hizo conducir sucesivamente á muchas partes para deslumbrar á los que pudieran espiar sus acciones, aunque de él nadie sospechaba, y llegó á pié á casa de su tia, donde nos hizo la relacion de todo lo ocurrido.

¡Qué deseada de entrambos habia sido esta visita! podíamos hablar de nuestros amores sin reserva ni temor, en presencia del testigo mas respetable. Leclerc me propuso nuestro legítimo matrimonio, á que su tia y mi amor me decidieron; y señalámos el dia para esta ceremonia. Yo me creia independiente de un tio, á quien no debia mas que mi odio, y en efecto era enteramente dueña de mi mano y de mi corazon. No nos separámos este dia sin hablar del cofrecillo; se le enseñé á mi amigo y me dijo que le guardara hasta que él volviese á decirme el uso que habia de hacer de él. Nos separámos con disgusto ; y Leclerc, para volver á presencia del conde, tomó las mismas precauciones de que se habia valido cuando vino á vernos.

Vimos despues á Leclerc muchas veces ántes de nuestro casamiento, y nos dijo que mi tio y el conde se habian quejado á la justicia de mi fuga precipitada; tambien habian dado mis señas, y que várias personas estaban encargadas de buscarme. Era imposible sospechasen que yo estaba en una casa tan retirada, de la cual nunca salia ; y sin embargo, para precaver cualquiera contingencia, resolvimos adoptar otras várias precauciones. Por fin, un sacerdote de confianza y probidad nos casó en una iglesia cercana, y algunos dias despues mudé de habitacion. Fuí pues á vivir en otra casa inmediata á la de madama Leclerc, la cual tuvo la bondad de cederme para que me sirviera á su criada Juana, que sabía mis secretos y era fiel á toda prueba. Nuestra tia tomó otra criada, y yo bajo el nombre de madama Leclerc, pasaba serenos y felices dias, cuidando de mi casa y de mi esposo, que venia á verme cuantas veces podia hacerlo con seguridad ; pero siempre de noche por el temor de que siguieran sus pasos si me visitaba de dia. Ya habia yo dado á luz un hijo, y mi marido no tenia aun por conveniente llevar á efecto la resolucion que premeditaba para aumentar mi fortuna, porque esperaba verse independiente del conde, y entre tanto se mentenia en su casa. Muchas veces le hablaba de mí este señor ; decia que siempre me

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amaba, y juraba que si alguna vez llegaba á encontrarme no me volveria á escapar de su poder. Conservaba amistad con mi tio, y ambos, confiando á Leclerc sus ideas, estaban muy léjos de pensar que él fuese su rival y mi esposo.

Entre tanto se acercaba el momento en que iba á descubrirse todo. Un dia que el conde y Mr. Dubourg fueron á ver una casa de campo distante algunas leguas de Paris, que el conde queria comprar, les sorprendió una tempestad horrorosa al volver á la ciudad. La piedra era tan fuerte que habia roto todos los cristales del coche, y los caballos apénas podian moverse de fatigados. Debo advertir que así la casa de mi tia como la mia estaban fuera de Paris y aisladas; y tuve la desdicha de que para huir del temporal entrasen en mi casa, que daba sobre el camino y direccion que traian. La tempestad me habia obligado á cerrar las ventanas; oí llamar, y sin la menor desconfianza abrí, me asomé, y vi que entraban en el portal mi tio y el conde. Por desgracia, Juana les habia abierto las puertas, y no tuve mas arbitrio que encerrarme en un gabinete, sin poder instruir de cosa alguna á mi criada, que ya habia introducido en la sala á mis enemigos. Expusieron estos lo mucho que les habia asustado la tempestad, y pidieron que se les permitiese descansar allí, hasta que cesase el temporal y pudiesen continuar su camino. Oia yo todo esto y temia que acaso habiendo descubierto mi asilo, se valiesen de este pretexto para introducirse. Mi criada me llamaba, y yo no la respondia porque no me conociesen en la voz. Juana registró todos los cuartos buscándome, y al fin llegó á mi gabinete; abrí, volví á cerrar al instante, y le dije: Imprudente, ¿qué has hecho? ¿sabes el peligro en que me has puesto? mi tio y el conde son los que están en la sala. — ¡ Dios mio !... pero señora ¿cómo podia yo adivinarlo? — Vé y dí que no estoy en casa; y si te preguntan mi nombre ú otra cosa, á nada contestes.

Volvió Juana á la estancia en que se hallaban los dos, y notó que manifestaban mucha inquietud. Miéntras la criada habia ido á buscarme, mi hijo que se hallaba jugando en la sala, habia llamado su atencion: le habian abrazado y preguntado, y Emiliano, que entónces tenia cuatro años, respondió á todo con la mayor sencillez. ¿Cómo se llama tu madre? — Madama Leclerc. — ¿ Y tu padre? — Mi padre no vive aquí; nunca viene á casa, yo nunca le he visto, pero mamá me dice que es este. El muchacho les enseñó el retrato de mi marido puesto en un brazalete que yo habia dejado por descuido sobre una mesa. El conde se acercó á

examinar la miniatura, y conoció á su secretario: llamó á Mr. Dubourg, y le dijo: Mlrad, este es Leclerc; ¡ casado sin saberlo yo! ¿qué misterio puede ser este? ¡ qué extrañas sospechas me ocurren!... ¡ en efecto, sería cosa rara!... pero no, no puede ser que se haya casado con vuestra sobrina. — ¡ Con mi sobrina!... ¡ qué rayo de luz!... dime, querido, ¿ tiene padres tu mamá? — No, señor, no tiene mas quo un tio muy malo, del que me habla muchas veces, pero yo nunca le he visto. — ¡ Un tio! no hay remedio, ella es.

En este interrogatorio estaban los malvados, cuando entró Juana; y advirtiendo que preguntaban al muchacho, le hizo salir de la sala. Entónces Mr. Dubourg se puso á examinar á la criada y le dijo: Mucha priesa os dais á apartar de nosotros ese niño, ¿ le pide su madre? porque estoy seguro de que se halla en casa. — ¿ Quién os lo ha dicho? — Vos misma, no há mucho. — Pues me equivoqué, porque ha salido. — ¿ Con el tiempo que hace? es cosa imposible; presentadnos á ella, y os recompensaremos bien el favor. — ¿ Qué quiere decir eso, señores? ¿ Habéis venido aquí á otra cosa que á defenderos del temporal? siendo así podéis tomaros la molestia... — Ántes de irme quiero hablar á la pérfida Carolina.... ¿ no veis, conde, como esta mujer se ha sobresaltado al oir este nombre? Carolina está aquí y yo la buscaré.

Corria por todas partes como si estuviese loco: en vano Juana se le opuso al paso, pues la empujó y dió con ella en el suelo; visitaba furioso toda la casa y queria que se abriesen todos los cuartos. Juana se desesperaba; no sabia cómo contener tan bárbara violencia; gritaba, pedia socorro, y á sus voces acudió el cochero del conde, que tuvo la audacia de mandarle que contuviese á Juana, y el cochero obediente la cogió entre sus nerviosos brazos, y no la dejaba moverse. Yo que oia todo este alboroto, y no tenia mas recurso que el de presentarme, lo hice así, y dije á mi tio: Aquí estoy; vedme, hombre sin principios y sin delicadeza. — Ella es, conde: bien me lo habia imaginado.

En tanto que el conde, aturdido con tan repentino golpe, estaba sin movimiento, dije á Mr. Dubourg: ¿ Con qué derecho violáis el asilo que se os ha cocedido por pura bondad? ¿ es esta vuestra casa? ¿ no tengo esposo á quien únicamente debo responder de mi conducta? Vos sois mi tio; pero un tio sin fe que me ha despojado de mi herencia. — ¡ Despojado! — Sí, y yo lo probaré; tengo en mi poder cierto cofrecillo de hierro.... ¿ Os estremecéis? Idos, y contentaos con haber robado los bienes de vuestro hermano,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sin perseguir tambien á su desdichada hija. — Conque tenéis el cofrecillo.... ¿y quién os le ha dado? — Yo he sabido apoderarme de él ántes de huir de vuestra casa. — Eso es imposible, pues yo le hubiera echado de ménos. — Todavía tenéis tiempo para desengañaros. Entre tanto salid de esta casa; y temblad de que yo haga valer en justicia las pruebas de vuestras maldades que están dentro del mismo cofrecillo. — Tú eres la que debes temblar, tú, ingrata, que te atreves á faltar al respeto á un tio que te ha llenado de beneficios; pero no importa: Labric (dijo al cochero), lleva á esta mujer al coche. — Al que se acerque á mí le abraso, dije sacando una pistola que llevaba oculta. Al verme tan determinada se contuvieron: y como entre tanto Juana habia salido, temieron sin duda que volviese con gentes que nos auxiliasen, y se retiraron amenazándome con su venganza.

Yo recogí lo mas precioso que habia en la casa, y con Emiliano marché á la de la tia de mi esposo: ambas convinimos en que era preciso avisar á Leclerc sin pérdida de tiempo, y le escribí una esquelita que decia: «Todo se ha descubierto; eres perdido si al instante no vienes á casa.» Este billete le envié por medio de Juana á Milet, el cochero que nos habia ayudado cuando salí de casa de mi tio: Milet buscó inmediatamente á Leclerc, quien vino á casa, quedando absorto cuando le referí lo ocurrido.

Mi esposo resolvió que permaneciésemos ocultos para evadirnos de las persecuciones del conde, que se pidiese á mi tio en justicia lo que me habia usurpado, y que él escribiria una carta al conde amenazándole con que si gestionaba contra nosotros, él descubriria ciertos secretos horrorosos, que podia probar si necesario fuese.

Estos secretos consistian en haber envenenado á un jóven entre él y mi tio y apoderádose de sus bienes, que eran el castillo de Armance y sus posesiones; cuyo crímen formaba la base de la estrecha amistad que los unia, y de la cual habia abusado el conde exigiendo á mi tio inmensas sumas, que le daba por temor de ser descubierto.

El recurso que se entabló contra mi tio tuvo el resultado que era de desear; pues presentadas las cartas de mi padre, la lista de bienes vendidos, la nota de las monedas que constituian la suma con su conformidad al pié, y las declaraciones del cerrajero, y de los vecinos que le vieron á mi tio encerrarse solo cuando murió su hermano, formaron una prueba tan fuerte, que el tribunal no pudo ménos de decidir en mi favor; pero como el conde habia sacado á mi tio tan enormes sumas, resultó que vendidos

todos los bienes de este, apénas pudieron quedar veinte mil duros libres de gastos; esta cantidad me fué entregada en billetes de banco, y al recibirla supe que mi tio habia muerto de pesar.

Aquel mismo dia recibí una carta de mi esposo en que me participaba que el conde habia obtenido una órden para hacerle encerrar en la Bastilla; que tomase inmediatamente un coche y me pusiese en camino para Chartres, y allí me dirigiese á casa de su amigo Belville. Este nuevo peligro me hizo derramar muchas lágrimas: tomé en brazos á Emiliano, y en uno de los bolsillos de su chaquetita puse la cartera que contenia mi fortuna, y le hice aprender de memoria cierta arenga para que la dijera á su padre al tiempo de entregarle aquella.

Lo dispusimos todo y subimos en la silla de posta Emiliano, Juana y yo. El viaje hasta Maintenon fué bastante feliz; pero en un terreno árido y pantanoso mas allá de este pueblo salieron tres malvados á caballo amenazando de muerte al postillon; dos de ellos me arrancaron á mi hijo de entre mis brazos, y el tercero se sentó á mi lado en el carruaje, dijo dos palabras al oido al conductor, y le alargó un bolsillo. Yo estaba casi sin vida: Juana, llena de miedo, no se atrevia á levantar los ojos del suelo; por último el traidor postillon sacudió á los caballos, y la silla partió á escape separándome quizá para siempre de mi querido Emiliano.

Madama Leclerc suspendió aquí su narracion, prometiendo volver á concluirla al dia siguiente, y despidiéndose de Palemon y sus hijos, subió con su familia al coche y regresó á la granja de Brígida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XLVI

NADA HAY OCULTO

Hombre perverso y villano
Avezado en la maldad,
Tu necia temeridad
Pretende ocultar en vano
Los crímenes que inhumano
Cometes; si con delicia
Presumes en tu malicia
Que siempre vas á triunfar,
Tiembla, por que ha de llegar
El dia de la justicia.

No faltaron al dia siguiente madama Leclerc y su familia en la granja de Palemon, en donde fueron recibidos con la mayor cordialidad; y aquella, luego que le prestaron atencion, continuó su relato en estos términos :

Fin de la historia de Emiliano.

Luego que me vi separada de mi hijo, me acometió un fuerte desmayo del que no volví en un gran rato; quise despues arrojarme por la ventanilla del carruaje que corria á todo escape; pero el hombre que se sentó á mi lado me contuvo. Así caminámos toda la noche por sendas extraviadas hasta que al amanecer llegámos á la puerta de un castillo en el que entró el carruaje;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y el que me acompañaba, al hacerme bajar me dijo : Ya estáis en un sitio seguro, donde hace mucho tiempo se os espera.

Estas palabras me hubieran dado á conocer que me hallaba en el castillo de Armance aun cuando no se hubiese presentado luego el conde. Debo excusaros la escena de acriminaciones que entre ambos pasó, en la que me anunció que Leclerc estaba ya encerrado en la Bastilla; y me prometió que volveria á ver á mi hijo, si la conducta que con él observaba me hacia acreedora á ello. El resultado fué mandar al hombre que me habia acompañado, y era su mayordomo, que me condujese á mi habitacion, jurándome que no volveria á disfrutar de liberlad si no me manifestaba ménos ingrata de lo que hasta entónces habia sido : y por via de gracia permitió me acompañase mi criada Juana.

La habitacion que nos destinaron se hallaba situada en el piso segundo del castillo, y tenia una ventana que daba al campo, defendida por una fuerte reja de hierro; allí quedámos encerradas: al mediodía nos llevaron algunos manjares que no pude probar, y lo mismo hicieron por la noche. Dejo á vuestra consideracion cuál seria mi estado, léjos de mi esposo á quien creia preso, y separada de mi hijo, con fundadas sospechas de que habia perecido; baste deciros que enfermé tan gravemente, que estuve á punto de espirar. La naturaleza triunfó del mal y llegué á restablecerme, pero nunca permití que el conde entrara en el cuarto, amenazándole con que si pasaba de la puerta me quitaria la vida á su presencia; y hasta habia formado el designio, si llegaba á ostigarme, de clavarle en el pecho un puñal que tenia oculto entre la cama.

De este modo trascurrió mas de un mes sin que se separasen de mi memoria los recuerdos de mi esposo y de mi hijo, ni poder concebir un plan realizable de evasion, ni la mas remota esperanza de libertad. Una noche que por entre los hierros de mi prision contemplaba la hermosura de los campos iluminados por la luna, y envidiando á los que podian con libertad recorrerlos, procuraba aliviar las penas de mi cautiverio, me pareció oir á lo léjos un laúd, que me causó una conmocion agradable; fué acercándose poco á poco el sonido hasta que pudo percibirse distintamente que entonaba una cancion amorosa alusiva á mi cautividad en poder de un malvado, y haciendo mil protestas de amor.

Juana, dije apénas cesó la voz, ¿qué te parece? ¿No hallas una identidad asombrosa entre la cancion y mis desgracias? ¿No puede muy bien ser Leclerc que haya descubierto mi encierro? Juana

no pudo ménos de convenir en la exactitud de mis observaciones, y entónces yo agité en la ventana mi pañuelo blanco en señal de inteligencia. Á pesar de que la noche era clara no pude distinguir sino muy confusamente un jóven vestido de pastor que se conservaba á alguna distancia, el cual volvió á tocar, cantó una ó dos estancias de despedida bastante vulgares, pero bien adecuadas, y desapareció.

Este acontecimiento llenó mi alma de las mas lisonjeras esperanzas; así pues, á la mañana siguiente cuando fué el conde no manifesté tanto encono contra él ; pero le reconvine por el modo poco galante con que me trataba, y le dije que no era el medio mas á propósito para agradar, el tenerme como un reo de estado privada de toda distraccion, sin libros, sin papel ni recado de escribir ; él tambien me habló con dulzura, quejándose de mi empeño en no ver en él otra cosa que un encarnizado enemigo. Retiróse poco tiempo despues, y aun no habia trascurrido un cuarto de hora cuando llegó el mayordomo, única persona á quien veia, con libros, papel y tintero, advirtiéndome que cualquiera otra cosa que se me ofreciese no tenia mas que pedirla.

Inmediatamente tomé la pluma y escribí lo que sigue :

« Quienquiera que seáis, hombre generoso, indicadme los me-
» dios de salir de esta prision, y contad con mi eterno agradeci-
» miento. — *Carolina Leclerc.* »

Envolví en este papel una piedrecita para que hiciera peso, y le até con una cinta bastante larga que tenia en mi baúl : de este modo esperé con impaciencia la próxima noche. Llegada esta y entregados al descanso los habitantes del castillo, volví á oir el laúd como la noche anterior. Juana habia sido pastora en sus primeros años y silbaba á las mil maravillas ; la mandé silbase el estribillo de una cancion que concluia

Tú que blasonas
De tierno amor,
Acude al punto,
Ven á mi voz.

Apénas Juana terminó su estribillo, el fingido pastor se acercó á la torre y poniéndose debajo de la reja recogió el papel y desapareció. Con sumo cuidado me tuvo toda la noche mi atrevimiento, y mas de una vez me ocurrió la idea de si seria alguna estratagema del conde para distraerme; pero la esperanza tuvo en mí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas poder que el recelo, y cuando el conde fué me encontró en lo posible contenta; y le manifesté deseos de ver el castillo. Se apresuró á complacerme, y visitámos los diferentes pisos, alas, torres, parques y jardines de aquella antiquísima fortaleza. Cuando estuvimos en la habitacion debajo de la mia, observé que en el suelo habia una especie de trampa, la cual correspondia con otra que habia en el techo; pregunté su uso, y me dijo el conde que aquellas trampas correspondian con otra que habia en el piso bajo, y la de este con un pozo: que á una señal convenida se alzaban todas y precipitaban al abismo á los infelices de quienes pretendian deshacerse los antiguos señores. Temblé por mí misma al oir esta noticia y pedí me enseñasen la habitacion baja, á lo que accedieron gustosos, y en ella advertí que en efecto las trampas se correspondian, y la ventana sobre no tener reja, se elevaba solamente unas dos varas del suelo; cuyas observaciones me bastaron para meditar el plan que despues os diré. Volví á mi cuarto y el conde se despidió diciéndome que á vuelta de dos ó tres dias me manifestaria un proyecto de cuyo éxito dependia mi libertad y la de mi esposo.

Esperé con impaciencia la noche, llegó esta y dejóse oir el laúd á la hora acostumbrada; eché por la ventana la cinta con la piedrecita al extremo, y tirando de ella poco despues vi que venia atada una carta de letra de mi esposo, que decia así:

« ¡Por dicha he descubierto dónde te hallas, querida y desgraciada Carolina! sabe pues lo que me ha sucedido. El dia convenido fuí á Chartres á casa de mi amigo Belville: ¡cuál sería mi sorpresa al preguntar por ti, y responderme que no habias parecido! Esperé, pero no llegaste; esperé otro dia y sucedió lo mismo. No podia presentarme en Paris, por no exponerme á que me prendieran en virtud de la órden que habia para ello. Supliqué á Belville que fuese á informarse: y los dos dias que tardó en volver fueron dos siglos para tu triste esposo. Estuvo Belville en tu casa, donde no habias parecido despues de tu partida; fué á ver á nuestra afligida tia, que no le pudo dar noticia alguna de ti; ¡cruel inquietud! No pudiendo sufrirla, fuí de noche á Paris; estuve con madama Leclerc, y la supliqué hiciese las mas vivas diligencias en averiguacion del sitio donde te hallabas. Nuestra buena tia, sospechosa de alguna traicion del conde, se valió de todos sus amigos, y llegó á saber que un criado de Armance habia descubierto tu habitacion en Paris; que velando sin cesar al rededor de tu casa, vió una mañana

» parar á tu puerta una silla de posta: que al punto que subias » á ella con tu hijo y tu criada, el agente del conde preguntó al » postillon dónde os llevaba, y que este sin el menor reparo se » lo dijo, lo que tú, ocupada en acomodar tus efectos, no advertirias. Ya no nos quedó duda de que el conde habia sido tu » raptor; pero no podíamos saber adónde te habia conducido. La » tia al instante recurrió al intendente de policía, quejándose de » que el conde de Armance le habia arrebatado una sobrina que » amaba entrañablemente; pero este magistrado le respondió: » El señor conde tiene mucho valimiento, y es difícil, por no decir imposible, recobrar la jóven que pedís. Ni adelantaréis » nada con acudir á S. M., por el influjo que tiene en palacio. » Entónces resolví valerme de otros medios. Presumí que estabas » en este castillo y veo que no me he equivocado.

» Díme la disposicion en que se halla la parte interior del castillo, y las gentes que le guardan, para que yo pueda disponer » alguna invencion favorable. Te prevengo que este castillo y » las tierras adyacentes son precisamente los bienes que el conde » y Dubourg robaron al infeliz á quien dieron veneno; y esto » debe hacerte mas odiosa semejante morada. Mañana á la misma hora espero tu respuesta. »

Apénas la leí y pude contener los ímpetus de mi alegría; viendo que el fingido pastor estaba aun al pié de la torre, até á la cinta un papel que tenia dispuesto en que le decia:

« Me ocupo de un gran proyecto, del que creo he de salir bien; » para economizar tiempo, no te puedo escribir largo. Mañana á » média noche estarás bajo de la ventana del entresuelo, yo la » abriré, y por ella bajaré á tus brazos. Dispon las cosas de modo » que podamos huir con seguridad, y cuenta con la criada para » este efecto. »

El dia siguiente pasó con corta diferencia como los anteriores: apénas el mayordomo se retiró por la noche, despues de darnos la cena, dejando la habitacion bien cerrada, cuando empezámos á trabajar Juana y yo para evadirnos; levantámos algunos ladrillos del suelo, alzámos una tabla, y quedó descubierto el piso principal. En seguida, hicimos jiras las sábanas de ambas camas, y anudándolas convenientemente atámos arriba una de ellas para por ella descolgarnos, y arrojámos las otras al piso de debajo. Bajámos la palmatoria por medio de unas cintas, y en seguida nos descolgámos una despues de otra por la sábana que quedó pendiente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuando nos vimos en el piso principal tratámos al punto de levantar la trampa, cosa que nos costó bastante trabajo, por estar fuera de uso hacia mucho tiempo; pero al fin conseguímos alzar una de las dos hojas de que constaba; atámos la segunda sábana á la otra, arrojámos las restantes al piso bajo, bajámos la luz por medio de las cintas y nos descolgámos tambien con la mayor facilidad. Solo nos separaba del campo un enrejado de alambre, y del suelo unas dos ó tres varas de altura: el alambre cedió al puñal que no olvidé de bajar conmigo, y las sábanas restantes nos bastaron para encontrarnos en el campo. Era ya média noche, y Leclerc llegó á tiempo de recibirme en sus brazos ántes de tocar el suelo; pero nuestra alegría no fué completa: al punto me preguntó por Emiliano, y mis lágrimas le contestaron lo que mi boca no podia responder. Entónces su lengua se desató en injurias contra el conde, proponiéndose denunciar los crímenes que habia cometido, y nos costó trabajo á Juana y á mí hacerle comprender el peligro en que nos hallábamos, para que conduciéndonos donde los caballos nos esperaban, nos dirigiésemos á medio galope á Paris. Fuera muy largo de contar los extremos que al vernos hizo nuestra tia madama Leclerc, su excesiva alegria, y su pesar al saber nuestra incertidumbre acerca de la suerte de Emiliano. Solo diré que las diferentes emociones que en aquellos dias habia sufrido, alteraron mi salud y me fué preciso quedarme en cama algunos dias: al levantarme supe que la divina Providencia habia dispuesto el castigo del conde: hé aquí de qué modo sucedió:

Al tiempo de mi evasion del castillo de Armance, como el único cuidado que nos agitaba era el de la fuga, hubimos de dejar la luz tan inmediata á las sábanas que colgaban, que prendiéndose fuego en ellas y pasando de piso en piso se cebó en el mueblaje de la habitacion que habíamos tenido, y de aquí pasó al techo extendiéndose despues por todo el edificio. Precisamente pasaba por aquellas inmediaciones un destacamento de tropas, que al ver el incendio se dirigieron al castillo, despertaron á los que le habitaban, acudió la justicia y vecinos del inmediato pueblo, y entre todos lograron apagar el fuego; pero no quisieron retirarse hasta haber registrado bien el edificio, para persuadirse de que no se volveria á reproducir, y por ver si alguno habia perecido, pues se advertia la falta de dos mujeres que ocupaban el segundo piso de la torre incendiada.

En estas investigaciones bajaronà un pozo seco que habia debajo de la trampa, y en el fondo de él encontraron un cadáver, que aun cuando sus ropas, podridas ya, denotaban que hacia mucho tiempo se hallaba en aquel sitio, sin duda por la frescura del lugar, por la arenosidad del terreno, ó por cualesquiera otras causas conservaba aun las carnes en toda su frescura y sus facciones no se habian aun desfigurado. El oficial del destacamento conoció en el difunto á un tio suyo que hacia muchos años se ignoraba su paradero, y que habia sido dueño de aquel castillo. Dirigió al conde algunas preguntas, y lo poco satisfactorio de las contestaciones, su aturdimiento y la mortal palidez que cubrió su semblante, fueron suficientes motivos para que la justicia que se hallaba presente le redujese á prision.

El dia que siguió á aquella agitada noche se presentó el oficial al rey quejándose del conde por el crímen cometido contra su tio, que ya resultaba justificado por las declaraciones de los antiguos criados de la casa, y S. M. le condenó á encierro perpétuo y secuestro de sus bienes en favor del expresado oficial como heredero legítimo del difunto. De este modo quedámos ya tranquilos, pero como nuestros haberes habian quedado en poder de Emiliano, nos vimos precisados á deshacernos de algunos muebles y alhajas que aun conservábamos en casa de mi tia. Con su producto se dedicó Leclerc al comercio bajo tan buenos auspicios, que en ménos de diez años ha adquirido una fortuna considerable, sin tener durante ellos mas desgracia que la de perder á nuestra amada tia, la que nos ha dejado un grato recuerdo en la hermosa Rosalía su hija, que es la jóven que tenéis presente.

Aquí dejó de hablar madama Leclerc y las atenciones de los niños se dirigieron á la prima de Emiliano, á quien hallaron muy digna de los elegios de aquella, principalmente Leon, que al encontrarse sus ojos con los de aquella tímida doncella, no pudo ménos de sofocar en su pecho un profundo suspiro, que de haberle dejado salir libremente hubiera revelado una naciente pasion.

Faltaba solamente saber cómo habia sido el hallar Emiliano á sus queridos padres, y el jóven lo refirió con la mayor brevedad y sencillez. Fué á Paris con Brígida á hacer algunas compras, y terminadas estas llamó á un mozo de esquina para que las llevase á su posada y las ayudase á cargar en el carruaje. Estando en esta operacion pronunció Brígida el nombre de Emiliano, y al oirle el mozo dió un profundo suspiro y dijo que así se llamaba un niño que se le habia extraviado en el camino de Chartres. Es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas palabras hicieron concebir á Brígida y Emiliano la sospecha de si sería él mismo el muchacho de quien trataba; le preguntaron y supieron de él que habia sido uno de los lacayos que Armance habia mandado á sorprender el carruaje de madama Leclerc. Justificado que Emiliano era el mismo niño que el que el mozo decia, le preguntaron qué sabía acerca de sus padres, y contestó que lo único que sabía era que su padre se llamaba Leclerc; pero acerca de su paradero lo ignoraba completamente, aunque acaso lo sabria un tal Milet, compañero antiguo suyo en casa del conde. Este Milet era el cochero del conde que habia llevado á Carolina á la casa de madama Leclerc en vez de conducirla al castillo de Armance, como ya hemos visto en su lugar, por lo cual se hallaba en relaciones con Leclerc; y apénas Emiliano le dijo quién era y lo que deseaba saber, lleno de alegría fué á casa de los dos esposos, conduciendo á ella á su hijo, á quien diez años hacia lloraban por muerto, y ahora le recobraban rico, bien educado, ya hombre y lleno de amor para con los autores de su existencia, gracias todo á la probidad y desvelos de la buena Brígida. Despues de pasadas las efusiones de cariño, dieron á aquella mujer las gracias por tantos cuidados, y le ofrecieron tenerla como hermana en su casa el resto de su vida.

Terminado el relato, madama Leclerc y su familia se retiraron exigiendo de Palemon y sus hijos que al dia siguiente fuesen á la quinta de Brígida, que este nombre quisieron dar á aquella posesion, y se despidieron.

TARDE XLVII

LOS PLACERES INOCENTES.

¡ Qué agradable es disfrutar
De esa dicha verdadera,
De que á la amistad sincera
Solo la es dado gozar !
¡ Cuán grato es el festejar
Al tierno padre amoroso,
Al amigo cariñoso
Que fiel nos tiende su mano,
Al pariente ó al hermano
Que nos aprecia afectuoso !

La mañana del siguiente dia se reunió á desayunarse la jóven familia de Palemon, que toda la noche se habia ocupado hasta en los sueños, con los diversos accidentes de la historia de los padres de Emiliano, cuyo asunto ocupó tambien la atencion de la familia durante el desayuno. La avaricia de Mr. Dubourg, y la relajacion del conde de Armance, convencieron á nuestros jóvenes de que si es cierto que se encuentran generalmente personas benéficas, tambien lo es que muchas veces suelen hallarse sugetos inmorales, corrompidos y perversos.

Leon dijo: Es como una novela la vida de ciertas personas: y á la verdad me parece que todo cuanto leemos en los libros, aun en los de pura invencion, se ha verificado ó debe verificarse. ¡ Suceden tantas cosas en el mundo, ya por debilidad de unos, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tas palabras hicieron concebir á Brígida y Emiliano la sospecha de si sería él mismo el muchacho de quien trataba; le preguntaron y supieron de él que habia sido uno de los lacayos que Armance habia mandado á sorprender el carruaje de madama Leclerc. Justificado que Emiliano era el mismo niño que el que el mozo decia, le preguntaron qué sabía acerca de sus padres, y contestó que lo único que sabía era que su padre se llamaba Leclerc; pero acerca de su paradero lo ignoraba completamente, aunque acaso lo sabria un tal Milet, compañero antiguo suyo en casa del conde. Este Milet era el cochero del conde que habia llevado á Carolina á la casa de madama Leclerc en vez de conducirla al castillo de Armance, como ya hemos visto en su lugar, por lo cual se hallaba en relaciones con Leclerc; y apénas Emiliano le dijo quién era y lo que deseaba saber, lleno de alegría fué á casa de los dos esposos, conduciendo á ella á su hijo, á quien diez años hacia lloraban por muerto, y ahora le recobraban rico, bien educado, ya hombre y lleno de amor para con los autores de su existencia, gracias todo á la probidad y desvelos de la buena Brígida. Despues de pasadas las efusiones de cariño, dieron á aquella mujer las gracias por tantos cuidados, y le ofrecieron tenerla como hermana en su casa el resto de su vida.

Terminado el relato, madama Leclerc y su familia se retiraron exigiendo de Palemon y sus hijos que al dia siguiente fuesen á la quinta de Brígida, que este nombre quisieron dar á aquella posesion, y se despidieron.

TARDE XLVII

LOS PLACERES INOCENTES.

¡ Qué agradable es disfrutar
De esa dicha verdadera,
De que á la amistad sincera
Solo la es dado gozar !
¡ Cuán grato es el festejar
Al tierno padre amoroso,
Al amigo cariñoso
Que fiel nos tiende su mano,
Al pariente ó al hermano
Que nos aprecia afectuoso !

La mañana del siguiente dia se reunió á desayunarse la jóven familia de Palemon, que toda la noche se habia ocupado hasta en los sueños, con los diversos accidentes de la historia de los padres de Emiliano, cuyo asunto ocupó tambien la atencion de la familia durante el desayuno. La avaricia de Mr. Dubourg, y la relajacion del conde de Armance, convencieron á nuestros jóvenes de que si es cierto que se encuentran generalmente personas benéficas, tambien lo es que muchas veces suelen hallarse sugetos inmorales, corrompidos y perversos.

Leon dijo: Es como una novela la vida de ciertas personas: y á la verdad me parece que todo cuanto leemos en los libros, aun en los de pura invencion, se ha verificado ó debe verificarse. ¡ Suceden tantas cosas en el mundo, ya por debilidad de unos, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ya por la perversidad de otros! Pero de todo esto es preciso sacar un plan de conducta, y ciertas reglas para no ser víctimas de la maldad de los perversos; yo creo que la mas segura de todas es seguir con firmeza lo que dictan el honor y la probidad, pues tarde ó temprano la virtud triunfa de todo, y queda descubierto el crímen. Seamos virtuosos para no perdernos jamas con los malos. —Verdaderamente, dijo Armando, que esa es una moral muy digna de aprobacion, y que Leon habla como un libro. — Alguna vez, respondió este, puede que escriba libros, y para esto es necesario tener buen corazon, juicio recto, fino discernimiento, y penetrarse de las verdades que se pretenden inspirar á los demas. El que escribe y no piensa como escribe, edifica sobre la arena, no siendo posible que su moral se sostenga, pues en muchas ocasiones no podrá ménos de confesar que se ha equivocado; y por consiguiente jamas podrá adquirirse la confianza de sus lectores. ¡Oh! ahora, gracias á las lecciones de papá, y á los ejemplos que ha presentado á nuestra vista, conozco á los hombres lo bastante para no engañarme sobre sus vicios ni sobre sus virtudes. Los estudio mas que mis hermanos, porque me propongo ilustrarlos algun dia. Hago lo mismo que un jóven artista que se dedica á la pintura; nada se le escapa de los sitios que quiere dibujar, y en los que apénas reparan los otros. Se fija hasta en la cosa mas menuda, miéntras que otro no ve allí sino un conjunto agradable. No me parece que se me puede reprender porque yo quiera hacer un estudio profundo del corazon humano, pues sobre mi insinuada intencion de escribir, tambien me servirá este estudio para manejarme en el mundo, donde lo mismo que en el juego no quiero engañar ni ser engañado. Ved aquí, hermanos mios, mi modo de pensar; y creo que si papá me oyese, tendria la dicha de merecer su aprobacion.

Convinieron todos en que Leon decia muy bien; sin embargo, Julio le objetó que veia las cosas demasiado siniestramente; que sin duda habia muchos criminales en el mundo; pero que no faltan medios para preservarse de sus golpes, y lo que á uno sucede no sucede á otros cien mil. Julio temia que á fuerza de desconfiar de los hombres se les llegase á aborrecer; y en este caso sería preferible vivir en un monte á vivir en una ciudad, y sería preciso renunciar á la sociedad de los hombres para tenerla con las fieras. Me parece, añadió, que la mucha desconfianza conduce á la misantropía, que es el sello del extravío de la razon; y por otra parte, ¿en qué razon se fundará un hombre para tenerse por mejor que los demas? ¿En qué no roba ni da venenos como el conde de Armance? Nosotros tenemos nuestros defectos y debilidades, si otros tienen pasiones criminales; y en todo esto no veo sino un mas ó ménos que diferencia las especies, y separa los buenos de los malos. Afortunadamente estos últimos son pocos; los grandes malvados son unos fenómenos de la naturaleza, así como los terribles huracanes que se verifican raras veces, y destruyen la esperanza del útil agricultor; pero estos vientos, cuando son templados, producen mil beneficios. Ya veis, pues, hermanos mios, que es menester no preocuparnos contra la especie humana, porque en ella se encuentren algunos individuos que la degradan; estos son una excepcion de los demas hombres, y no deben considerarse con relacion al todo, que es bueno, sensible, generoso y compasivo.

Demasiado séria era esta conversacion para Adela y Enriqueta; y así la interrumpieron, empeñando á sus jóvenes amantes á que las hicieran ramilletes, porque como habian de comer con otras gentes, necesitaban adornarse algo mas de lo regular. Al instante Julio y Armando salieron al campo á recoger los preciosos regalos de Flora, para que sirviesen de ornato á sus amadas. Trajeron los ramilletes, que fueron muy alabados, y cada cual se retiró á disponerse. Palemon, que habia oido la conferencia de Julio y Leon, se paseó con su amigo Delacour, y ambos convinieron en que no podia darse mas juicio y discernimiento que el que manifestaban aquellos jóvenes. ¡Oh amigo mio! dijo Delacour á Palemon, ¡qué padre tan feliz sois! — No me cuesta pocas fatigas y sudores tan sagrado título. ¿No veis que empleo todos los instantes de mi vida en la educacion de mis hijos, y que esta es una ocupacion bastante penosa? Todos mis conocidos me dicen que para educar los hijos del modo que yo lo hago, es preciso no atender á otra cosa, y yo lo confieso; el arte de educar la juventud exige tanta atencion y tanto desvelo, que no permite el menor descanso; pero yo no puedo acomodarme al método de aquellos preceptores que toman treinta, cuarenta ó mas discípulos, les hacen repetir uno tras otro ciertas lecciones, atienden regularmente solo á tres ó cuatro de ellos, sin cuidar de los demas, arreglan las horas de sus tareas como las de un jornalero, y al cabo de unos años, preciosos si se emplearan bien, entregan á sus padres unos muchachos muy griegos y latinos, pero muy embusteros, envidiosos, desconfiados é imbuidos de todos los vicios que mutuamente se comunican y despliegan despues en la sociedad, corrompiéndola

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y escandalizándola. Me hago cargo de que no todos los padres pueden hacer lo que quieren; y que les es preciso, por decirlo así, sortear la educacion de sus hijos aventurándola; pero yo, gracias á Dios, puedo evitar este mal, y me ocupo exclusivamente en las obligaciones que me ha impuesto la naturaleza. No pierdo de vista á mis hijos ni un minuto en todo el dia, y los sigo tanto en sus tareas como en sus recreaciones. Oigo todo lo que dicen, veo cuanto hacen, y por lo regular sin que ellos lo sepan; y rectificando sin cesar su juicio con la leccion animada del ejemplo, jamas tengo con ellos el tono de un preceptor ridículo que siempre está con la palmeta en la mano. Así es que estoy persuadido de que no hay un padre tan feliz como yo, y que nadie recibe recompensa mas útil y dulce de sus fatigas. Es preciso confesar que mis hijos son bellísimos; y sin hablar de su corazon, que es excelente, como su razon está cultivada, y su ingenio es vivo y penetrante, tienen conocimientos que pueden serles utilísimos en el mundo. El mayor es un excelente matemático, y todo lo puede emprender. Benito habla cinco ó seis lenguas, es emprendedor, y un amigo me ha prometido acomodarle muy bien en el ramo de la marina, donde podrá adelantar. Leon.... ¡oh! este es un preciosísimo muchacho: su talento es prodigioso; nada se le resiste, y le tengo preparada una plaza de secretario de un gran señor, que puede elevarle á los primeros empleos del estado. Ya cuento por acomodados á estos tres, aunque el establecimiento de Armando no está del todo asegurado, y por eso nada digo de él; pero no me causa pena. Me restan todavía una hija y un hijo adoptivo: oid lo que pretendo hacer con ellos. Cuando hubiere acomodado á sus hermanos, que no dejará de costarme bastante dinero, casaré á Julio con mi Adela, y estos buenos muchachos quedarán en mi compañía: ellos cerrarán mis ojos, partirán mi herencia con sus hermanos, y les dejaré ademas mi granja para morada suya. Tal es mi plan, amigo mio: me parece que no tengo nada que añadir sino una cosa. Armando ama á vuestra hija Enriqueta; ¿consentiriais en su union?.... Vamos, vamos, me parece que sí; veo que os embarazáis porque nada podéis dar á Enriqueta; pero no os dé cuidado; ya buscaremos con que puedan acudir á sus necesidades; y luego, amigo, que trabajen así como nosotros hemos trabajado; y el señor matemático tendrá, si no me engaño, muy buen cuidado de hacer feliz á su esposa y á sus hijos, si los tuviere: ¿qué tal? ¿no os parece esto bien pensado?

Mr. Delacour agradeció á Palemon la delicadeza de su proceder, y los dos amigos se pasearon juntos hasta la hora de partir para la granja de Brígida, hablando de todas estas cosas con la mayor confianza y satisfaccion. ¡Qué alegre estaba el buen Palemon! ¡brillaba en sus ojos el fuego de la ternura y de la alegría! Acababa de arreglar el destino de sus hijos, entre quienes repartia igualmente su afecto y su fortuna. ¡Era justo, era buen padre, era feliz! ¡oh, qué satisfacciones tan dulces! Ellas dan al hombre cierto carácter augusto, que inspira á un mismo tiempo amor y veneracion.

Todavía se paseaban nuestros amigos cuando vieron á la hermosa tropa de muchachos, que muy aseados y llenos de júbilo venian á avisarles que ya era hora de tomar el camino. Mr. y madama Leclerc los habian convidado, y era preciso llegar temprano para tener tiempo de pasearse y divertirse. Palemon tomó su baston y sombrero que trajo Benito. Delacour tomó el suyo de manos de su hija, y todos salieron al campo. Ya no era aquella tropa libre y alborotada que en tiempos anteriores habia pasado por el mismo camino saltando y jugando á las cuastro esquinas: eran personitas muy compuestas y racionales. Cada amante daba el brazo á su querida con licencia de los papás, que se sonreian. Benito caminaba reposadamente junto á Palemon y su amigo, que hablaban de cosas sérias, y Leon iba separado de todos, meditando acaso en la composicion de algun poema.

Llegaron á la granja de Brígida, donde los esperaban con impaciencia. Desde la puerta percibieron un delicioso olor que salia de la cocina y lisonjeaba el olfato; y nuestros jóvenes, que se sentian con buen apetito, se miraban y se reian complaciéndose con tan grato olor. La granja de Brígida estaba lo mismo que un espejo. En la sala baja encontraron nuestros amigos á madama Leclerc y á la jóven Rosalía, que se levantaron á recibirlos. Al instante enviaron aviso de la llegada de Palemon á Mr. Leclerc y á su hijo Emiliano, que estaban ocupados en la huerta, y luego vinieron á abrazar al virtuoso anciano y á sus hijos. Despues de las corteses demostraciones de un franco recibimiento, determinaron dar un paseo por la huerta. Emiliano dió el brazo á su madre, y Leon ofreció el suyo á Rosalía, cuyas gracias y adorno modesto le hicieron bastante impresion. Entraron en la huerta: ¡qué agradable sorpresa! bajo de un pabellon que formaban las entrelazadas ramas de unos tilos, jazmines y madreselva, habia una mesa con muchos cubiertos; todos los árboles estaban ador-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nados con guirnaldas de flores, y los rústicos ecos de un tamboril, que acompañaban los de una dulzaina, advirtieron que este lugar estaba destinado á Céres, Baco y Terpsicor. Se danzaria despues de comer, y segun parecia hasta entrada la noche, porque unos faroles, pendientes de las guirnaldas, anunciaban que habria ilumicion. ¡ Qué dia tan divertido se preparaba! Nuestros jóvenes saltaban de placer á vista de tan gratos preparativos : ¿ qué es esto? exclamó Palemon, ¿ estamos en los palacios encantados de la celebrada Armida? — Todo cuanto veis, respondió Leclerc, es disposicion de mi hijo, todo es invencion suya; y ha pasado una parte de la noche el pobre muchacho para proporcionaros algun entretenimiento. Ha querido recibir dignamente á unos amigos sinceros y afectuosos, y celebrar con placeres inocentes la felicidad de haber hallado á sus padres. Brígida le ha ayudado... ¡ oh ! ¡ si hubieseis visto á esta buena mujer subir, bajar, correr, y no parar á pesar de su mucha edad con tanto celo!...creo que se echaria en el fuego por su Emiliano : es imposible hallar una mujer mas buena... pero ahora no lo veis todo ; aun espero que os sorprenderéis mas, porque los festines de Neron, que describe Petronio, son nada en comparacion de lo que os falta por ver. Ya, ya advertiréis ¡ qué lujo, qué máquinas, qué fuegos artificiales !... pero debo callar, pues si mi hijo supiera que os participo sus ideas, lo sentiria infinito. —¡ Qué buen padre sois ! — ? Qué he de hacer ? ¡ el muchacho es tan dócil, tan respetuoso y tan bueno ! Á mas de eso, á su madre y á mí nos ha costado tantas lágrimas, que se nos debe perdonar si incurrimos en algun exceso de condescendencia. ¡ Ah Palemon ! ¡ si todos conocieran como nosotros la felicidad de ser padres ! Dejemos á estos niños correr, jugar, travesear y divertirse á nuestra vista con inocentes placeres, que este es el medio de que nunca apetezcan otra sociedad que la nuestra. Esta noche, á una hora regular, volveréis á vuestra granja en mi coche, los muchachos se acomodarán tambien en él del modo posible, y os acompañarán mis criados, aunque estos campos no son peligrosos, ni por sus caminos, ni por malhechores.

Palemon dió las gracias á Mr. Leclerc por la distraccion que a todos proporcionaba, y seguidamente, miéntras la hora de comer se acercaba, empezaron los juegos de los niños : el primero que á su vista se presentó fué el columpio ; Adela subió á él, mecióse un buen espacio, siguióla Enriqueta, y luego que esta entre miedosa y mareada bajó de él, se armó una ligera reyerta entre Armando, Benito, Leon y Julio sobre cuál de ellos habia de columpiarse

primero, y en la que, merced á lo testarudo de su carácter, venció Benito, que se columpió largo tiempo y no hubiera descendido tan pronto á no haber abandonado los demas las cuerdas. Despues se columpiaron Leon, Julio, Armando y Emiliano, dejando en seguida este recreo para emprender el juego de la sortija, cuya máquina habia Emiliano llevado de la ciudad inmediata.

Como era consiguiente, tuvo lugar nueva disputa sobre la preferencia en el principio del juego : las sillas eran debibas indudablemente á Adela y Enriqueta ; pero con respecto á los caballos apeló tambien Benito á su terquedad, aunque aquí no le valió, pues á propuesta de Julio decidió la suerte, que fué favorable á Armando y Emiliano. Tomaron todos posesion de sus puestos ; la máquina giraba con velocidad, los jugadores iban enfilando las sortijas que se presentaban y Enriqueta ganó la partida. Desmontaron los jóvenes, quedando las damas en sus puestos y reemplazando á aquellos Benito y Julio, y este último ganó la partida; Benito no quiso desmontar, reemplazó Leon á Julio, y para mayor desesperacion de Benito ganó Adela : empeñóse aquel en jugar solo ; aplicáronse todos al manubrio, y la máquina giraba con una rapidez tal, que el pobre Benito no podia enfilar ni una sortija, hasta que despechado se arrojó á tierra, haciendo reir á todos con su mal humor. Entónces llegaron á avisar que esperaba la comida.

Corrieron todos al pabellon, y se sentaron á la mesa con el orden que las atenciones debidas á la diferencia de edades y sexos exigia, cabiéndole á Leon la satisfaccion de sentarse al lado de Rosalía. Inmediato á Mr. Leclerc se sentó un caballero á quien por primera vez veian nuestros jóvenes amigos; y el dueño de la casa presentó á la reunion á Mr. Lúcas, que así se llamaba, antiguo propietario, y que por extraordinarios acontecimientos habia perdido la mayor parte de sus bienes. Los concurrentes le dieron la bienvenida y le ofrecieron sus respetos.

Comieron todos con el mejor apetito de los excelentes manjares que se sirvieron, y llegaron á los postres que fueron exquisitos. Pusieron en la mesa un enorme pastel ; Emiliano alzó la cubierta, y saltaron al aire algunos pajarillos que no pudieron elevarse mucho por hallarse atados por un pié. Llevaban pendientes del cuello várias divisas muy bien dibujadas, y dedicadas *al respeto filial, á la ternura maternal, á la amistad sincera, á la hermosura, á los placeres inocentes*, etc. Á instancia de las damas se dió libertad á los pajarillos, que alegres fueron á reunirse con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sus compañeros. Á poco rato cayeron desde los árboles sobre la mesa coronas de flores delante de las damas y ramas de mirto delante de los hombres; aquellas las colocaron en sus cabezas, y estos en el ojal de su levita. Celebraban aun la invencion de Emiliano, cuando una blanca paloma que atravesó los aires dejó caer sobre la mesa un círculo lleno de anillos de diferentes dimensiones, que como prendas de amistad debian repartirse entre los comensales: todos ellos tenian su lema correspondiente adecuado á la persona que debia aceptarle: el que tenia escrito *ancianidal* venia perfectamente á Mr. Delacour; el de *bondad* á Palemon; el de *hermosura* á Rosalía; el de *ternura* á madama Leclerc; el de *probidad* á Brígida; el de *delicadeza* á Mr. Leclerc; el de *vivacidad* á Benito; el de *ingenio* á Leon; el de *valor* á Mr. Lúcas; el de *dulzura* á Enriqueta; el de *talento* á Armando; el de *candor* á Julio, y el de *respeto* á Emiliano. Un anillo quedaba por adjudicar; decia *amor*, y nadie le reclamaba; Palemon mirando á Julio le dió á Adela, diciendo le parecia que la estaria bien; la jóven se le puso en el dedo, no sin cubrirse el rostro de un pudoroso carmin.

De este modo se divirtieron hasta que se suplicó á las damas que cantasen alguna cosa; Adela, Enriqueta y madama Leclerc se excusaron; pero Rosalía sin hacerse de rogar cantó los siguientes versos:

En la encumbrada cim
del pintoresco Olimpo,
obsequiar á los dioses
quiso Jove benigno;
Y porque en alegría
y en puro regocijo
la fiesta se celebre,
dispuso en sualvedrío
No invitar las deidades
de genio subversivo,
que quizá trastornasen
el banquete divino.
Juno, Céres, Minerva,
el radiante Apolino,
Mercurio, Iris, Diana,
Neptuno y sus marinos,

Convidados asisten;
mas fueron excluidos
Pluton y sus secuaces,
Baco, Marte, Cupido,
Con sus furias y parcas,
sátiros y amorcillos.
Ambrosía libaron
que Isis escance altivo
En vasos de topacio,
de zafir y oro fino;
y beber rehusaron
del líquido exquisito
Que la uva destilara
de Aténas y Corinto,
de las cuestas de Creta
y las playas de Chio.
Pues su vapor fragante,
con su aroma encendido,
la razon les altera
aun á los dioses mismos.
Reúnense al saberlo
todos los excluidos,
y clamando venganza
del desaire inaudito,
De acuerdo la trasmiten
á Vénus y á su hijo,
Trepan al sacro monte
Y ocultos entre mirtos,
Con aceradas puntas
de dardos diamantinos,
los pechos uno á uno
traspasaron con tino,
De los potentes dioses
que del astuto niño
las flechas hasta entónces
habian desconocido.
Y de libres á esclavos
quedaron reducidos,
puro incienso quemando
en aras de Cupido.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fácil era de conocer, que esta composicion alegórica se habia hecho de intento para la funcion; quedó Leon muy complacido al oirla; procuró informarse de quién era el autor, y al saber que era obra de Rosalía, se entusiasmó hasta el extremo, al paso que la jóven ruborizada procuraba excusarse modestamente de los cumplidos que le dirigian. — Si os aplicáis, dijo Leon, no será difícil que os veáis coronada con el laurel de Apolo. ¡Feliz talento! ¡graciosos versos!..... Yo tambien los hago, señorita... Apénas habia pronunciado estas indiscretas palabras, conoció su imprudencia y le pesó. — ¿Conque hacéis versos? dijo Rosalía con toda ingenuidad: los concurrentes se sonrieron y Palemon repuso con acento irónico: ¡Oh! mi hijo es un poeta como pocos; aunque no sé como ha tenido valor para atribuirse esa habilidad despues de haber oido la linda cancion de esta señorita; pero ya que lo ha hecho, suplico á la amable Enriqueta tenga á bien cantarnos la composicion que él hizo para nuestra última comida de campo, y sin duda me felicitaréis por ser padre de tan grande hombre.

Quedó Leon avergonzado al escuchar tan dulce reprimenda; Enriqueta cantó, y la composicion agradó á todos y mas particularmente á Rosalía, trocándose entre ambos compositores miradas furtivas llenas de expresion, que no desagradaron á Palemon.

Cantó despues Adela, luego madama Leclerc, despues su esposo, y hasta Palemon entonó una cancion báquica mas en armonía con su buen humor que con sus severos principios. Levantáronse las mesas, y quedó el pabellon dispuesto para el baile, á que concurrieron várias gentes del país, y en cuyo ejercicio se empleó el resto de la tarde, sirviéndose en los intermedios dulces, frutas y refrescos, á los que los mocitos hicieron perfectamente los honores.

Llegó la noche y el jardin se vió como por encanto iluminado; millares de vasos de colores se veian colocados ya en los intermedios de los frutales, formando estrellas, ruedas giratorias, pirámides.... ya hábilmente distribuidos en el suelo entre los cuadros de flores, y de la copa de los árboles pendian en festones globos luminosos; ó bien se veian dispersos y aislados entre el follaje formando un conjunto sumamente agradable.

Cuando ya todos habian gozado del espectáculo de la iluminacion, vieron cruzarse por los aires diversos cohetes y voladores que llamaron la atencion de nuestros jóvenes, y en seguida tuvieron lugar los fuegos artificiales, que agradaron sobremanera

á toda la concurrencia y excitaron las simpatías en favor del diestro artífice que los habia dispuesto, pues Emiliano, tan instruido en la pirotecnia como en las demas ciencias naturales, á nadie habia fiado la ejecucion de estos recreos. Lo que mas agradó á todos fué un magnífico arco de fuego de varios colores, en cuya cartela se leian estas palabras: *Felices aquellos que encuentran, como yo, un buen padre y una tierna madre.*

De este modo terminaron las diversiones de aquel dia; todos felicitaron á Emiliano; se despidieron cordialmente, y despues de haber rogado Palemon á Mr. Lúcas fuese á su granja al dia siguiente, se retiraron sumamente contentos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XLVIII

LAS PASIONES

Cual potro desenfrenado
Es el hombre en su pasion,
Si la sensata razon
Dominarle no ha logrado.
Toda su vida abrumado
Se verá en duras cadenas;
Desgracias suyas y ajenas
Á millares causará;
Siempre le circundará
Serie infinita de penas.

El cansancio del baile sumergió á los niños en tan profundo sueño, que á la mañana siguiente le fué preciso á Palemon ir de cama en cama despertándolos. Cada uno se quejaba de dolores ya en las piernas, ya en los brazos, ya en todo el cuerpo. Durante el desayuno fueron minuciosamente analizando las diversiones del dia anterior, disfrutando un nuevo placer en recordarlas; solo Leon guardaba un profundo silencio, porque estaba perdidamente enamorado, y un poeta con amores es mas sensible que cualquiera otro amante vulgar. Si se trataba de Rosalía hablaba con cautela temiendo revelar sus sentimientos; huia de sus hermanos y semejante á los pastores de la Arcadia, iba á suspirar á la orilla del arroyo que atravesaba la huerta.

Los demas, no atreviéndose á zumbarle, reíanse de él á carcaja-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

das cuando no los oia, y Palemon al saber el motivo los acompañaba tambien en su risa.

Á mediodía llegó Mr. Lúcas como habia prometido; los acompañó á comer y hablaron largamente en elogio de Mr. Leclerc y de toda su apreciable familia : llegada la tarde le rogaron refiriese su historia, ya que la hacian interesante las desgracias que por una violenta pasion se habia causado á sí mismo; y deseando darles gusto, y por si su historia podia servirles de saludable ejemplo, refirió sus vicisitudes en la forma siguiente :

Historia de Mr. Lúcas.

Yo, amigos mios, fuí tambien jóven como vosotros, y en aquel tiempo hice tantas locuras como el que mas. Perdí mis padres desde muy niño, y quedé al cargo de un tutor que me daba todo el dinero que queria, y por tanto me entregaba ciegamente á la disipacion y á los placeres de mi edad, cuando el amor vino á arreglar mi conducta y mis inclinaciones. Vivia en Paris y frecuentaba mucho las Tullerías, paseo el mas hermoso y concurridoen aquel tiempo. Allí vi un dia á una jóven, cuyas gracias personales arrebataron toda mi atencion. Iba en compañía de una señora anciana, que presumí sería su madre ó alguna parienta. Paseáronse largo rato, y yo dí las mismas vueltas que ellas : al fin se retiraron, y las seguí á lo léjos hasta la calle de San Honorato, donde vivian. Al dia siguiente procuré informarme en la vecindad de quiénes eran estas señoras. Dijéronme que la jóven se llamaba Luisa, que vivia con su madre y un tio muy anciano : que era custodiada con mucho desvelo ; porque siendo como era hermosa y rica, sus gentes trataban de establecerla ventajosamente, y temian los lazos de la seduccion. Con estas noticias procuré y conseguí ganar la confianza de una criada llamada Julia, por la cual supe que esperaban un maestro de lengua italiana para Luisa, el cual se habia encargado de proporcionarla el comendador Erville, primo de la señorita, que habitaba en una casa de campo. Á fuerza de oro hice amistad con el ama de este señor, y conseguí que arrancase á su amo una carta de recomendacion para el maestro, que se me entregase, y se despidiese á aquel, suponiendo no era ya necesario. En representacion del maestro italiano me presenté á madama Volange, y le entregué la carta de recomendacion del comendador su sobrino. La anciana me recibió muy bien, y me encargó la mayor decencia cuando diese lec-

cion á su hija, previniéndome al mismo tiempo que no le hiciese eer libro alguno que tratase de amores. Prometílo todo, y desde este momento di contínuas lecciones á la bella Luisa, que permaneció algun tiempo sin sospechar que yo fuese su amante encubierto. Me atreví un dia á revelarle mi secreto, y quedé fuera de mí al hallar á esta jóven sensible y agradecida á los extremos de mi amor. Me aseguró que la misma opresion en que la tenian, no hacia mas que excitar la fuerza de sus pasiones ; y ademas de esto, Julia ya le habia dicho quién era el fingido maestro italiano. Luisa me amaba, me lo decia, y al mismo tiempo lloraba considerando que sin nacimiento distinguido, y sin grandes bienes, era imposible que yo llegase á ser esposo suyo. Procuré tranquilizarla; estaba enamorado, y nada se me ponia por delante... Confieso que todo esto fué una criminal intriga. Hubo ocasiones ; el amor habló demasiado á los sentidos, nos extraviámos, y al cabo de algun tiempo Luisa me anunció las resultas de nuestra locura. Para mayor desgracia, el comendador Erville vino á Paris, dijo á madama Volange que yo no era su recomendado, y fuí lanzado de la casa con tanta confusion que temí verme puesto en una cárcel. Tambien Julia fué despedida. Sin embargo de todo lo ocurrido, no desmayé en mi empresa. Julia tuvo maña para ganar é instruir á la nueva criada que la sustituyó, llamada Francisca ; prometió esta que nos ayudaria en todo; pero ni ella ni Luisa podian imaginar el método de vida que con su hija empezó á observar madama Volange, la cual, suponiendo que yo sería amante de Luisa, y que esta me correspondia, trató de no perderla de vista durante el dia, y por la noche la encerraba, juntamente con su criada, en una sala que estaba inmediata á su misma habitacion.

¿ Qué se habia de hacer en tan estrecha situacion? Yo, á lo ménos, debia salvar el honor de una señorita con quien no podia casarme: ella me lo suplicaba con instancias por medio de su criada, que me escribia con cierto artificio en que habíamos convenido : y como la delicadeza me imponia el deber mas estrecho en esta parte, tomé pues el partido que mejor me pareció. Junto á la casa de madama Volange habia otra, construida bajo el mismo plan, pues ambas pertenecieron á un mismo dueño ; este las vendió separadas, y por consiguiente se habian tapiado todas las puertas de comunicacion de una casa á otra. En dicha casa, y en el mismo piso en que habitaba Luisa, tuve la dicha de alquilar una habitacion, de modo que solo una simple pared me separaba

de mi querida. Me lisonjeaba de que abriendo un agujero en la pared podria hablar á Luisa, consolarla, y tomar las providencias necesarias para evitar que se comprometiese su reputacion; y fuí harto feliz, pues hallé la puerta de comunicacion tapiada con un solo tabique muy delgado por la parte que yo habitaba. Quité con cuidado los ladrillos, y abrí la puerta; cuando estuvo acabada esta operacion, me puse á escuchar y oí hablar á Luisa con su criada; entónces la llamé, y me di á conocer: díjela lo que habia hecho, y que por su parte hiciera á lo ménos una abertura capaz para el paso de una persona, pues era tambien muy endeble el tabique que habia por la parte en que ella se hallaba. En fin, para no cansaros, baste decir que nos pusimos en comunicacion. Yo tenia gran cuidado de no salir de dia sino lo muy preciso, y disfrazándome; y ademas habia mudado de nombre, para que madama Volange no supiera que era yo su vecino. Todas las noches veia á Luisa delante de Francisca, y prometia socorrerla á todo trance cuando llegase el momento. Llegó pues esta hora tan temida. Luisa habia disimulado su situacion con tal cautela, que nadie la habia recelado; y ayudado de mi ama de gobierno, en quien tenia entera confianza, y de Francisca, recibí de mano de esta en mis brazos el fruto de nuestros amores por la abertura del tabique, que quedaba cubierto con un cuadro. Luisa fingió una indisposicion y así pudo estar en cama algunos dias, durante los cuales la puerta y tabiques volvieron á ponerse como anteriormente estaban; y todo esto se ejecutó con tanta felicidad, que el suceso quedó enteramente sepultado entre Luisa, Francisca, mi ama de gobierno y yo, pues ni aun Julia tuvo noticia de ello. Pasado un mes, madama Volange llevó á su hija al campo; desde donde desgracias inesperadas las precisaron á pasar á América, y á poco tiempo tuve el sentimiento de saber que Luisa habia muerto en la travesía. Mucho lloré su pérdida; y como nuestro secreto quedaba ya oculto para siempre, no pensé sino en educar á la preciosa hija que Luisa me habia dado, para lo cual tambien eran precisas algunas precauciones. Tenia yo un tio muy rico, pero muy severo en órden á costumbres, el cual me prometió todos sus bienes si me casaba con quien él quisiese. No tardó en proponerme una boda, que resistí largo tiempo; pero reflexionando que un casamiento ventajoso me proporcionaria medios para mejorar la suerte de mi amada Luisita, consentí en casarme con Eusebia Laroche, hija de un rico asentista. Fuí bastante feliz con mi esposa, que me dió un hijo; pero ella murió

luego. Sin embargo, todavía no podia yo educar libremente á mi hija, teniéndola en mi compañía; porque mi tio amaba tanto á su sobrinito, que me habría desheredado á saber que debia partir algun dia sus bienes y los mios con una hija mia, fruto de un amor infeliz. Puse pues á Luisita en una casa de pensionistas, con nombre supuesto; y cuando llegó á los diez y seis años, la confié á una viuda amiga mia, que la cuidó como si fuera hija suya. Temiendo alguna indiscrecion de mi Luisa, nunca le habia manifestado que yo era su padre, y pasaba á sus ojos por un protector suyo y de sus padres, cuyos nombres y suerte ignoraba la pobre jóven. Para evitar sospechas, la veia muy pocas veces, y todo iba en esta parte muy á mi gusto; pero en mi casa no era feliz. Mi hijo anunciaba ya que sería muy malo: mimado sobremanera por su abuelo, despreciaba mi autoridad, y se complacia en jugarme pasadas demasiado fuertes para su edad. Cuando tuvo diez y ocho años le dominaron las pasiones; yo no le daba dinero suficiente para satisfacerlas, pero él me lo robaba; y si lo advertia y le reprendia, se ponia furioso. Entre otros, un dia me dió mucho que sentir, y le dije que le haria sufrir todo el peso de mi enojo; pero el tal caballerito tuvo atrevimiento de amenazarme con que sentaria plaza para vengarse: y en efecto, lo hizo creyendo darme mas que sentir por este medio; pero se equivocó mucho, pues me fué muy lisonjero el desembarazarme de un pícaro; y cuando ya arrepentido y lloroso vino á suplicarme le alcanzase la libertad, me negué y le obligué á seguir su destino. Por esta razon creia yo que mi hijo estaba muy léjos de mí, pero su abuelo le habia libertado; y, lo que era peor, detestaba delante de su nieto lo que ambos llamaban dureza y crueldad mia. Supe esta necedad, porque al entrar un dia á visitar á su abuelo, vi un jóven que al descubrirme se ocultó en un gabinete; mas ya habia conocido yo quién era. Reprendí seriamente al anciano su condescendencia, y me entregó al muchacho, saliendo garante de su docilidad y buena conducta en lo sucesivo.

Efectivamente, durante algun tiempo varió de conducta: era ménos aturdido, ménos disipador, y noté que andaba triste, suspirando á cada punto, y muy pensativo, de lo que inferí que le dominaba alguna pasion oculta. No podia dudar que amaba; ¿pero á quién? Muchas veces le aplaudia su conducta, y le preguntaba sobre el estado de su corazon, á lo que me respondia que el matrimonio era lo que únicamente podia fijarle. Pues bien, le dije, yo te buscaré alguna jóven amable que pueda ser digna

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO RECINTO DE RIO PIEDRAS BIBLIOTECA GENERAL DE PUBLICACIONES

compañera tuya; pero él, al oir esto, volvia al otro lado la cabeza y huiade mi presencia. Le propuse varios partidos ventajosísimos y todos los desechó. Indignado de esta indiferencia, para un estado que él mismo decia convenirle, le reprendí severísimamente, previniéndole que si estaba apasionado por alguna persona indigna de su mano, jamas obtendria mi consentimiento para casarse. Conocia yo á fondo la poca delicadeza de mi hijo, y sabía que era capaz de unirse con cualquiera de esas mujeres de costumbres perdidas, cuya sociedad hacia mucho tiempo que él conocia. No volvimos á hablar mas de casamiento; pero pasaba fuera de casa dias enteros, y una gran parte de las noches. Era mas dulce, massumiso y respetuoso; pero disipadísimo, y sobre todo muy reservado. Cuando yo estaba discurriendo medios para saber qué le traia tan entretenido, me hallé con una esquela de mi suegro, en que me decia que fuese inmediatamente á verle para tratar de un asunto de la mayor importancia. Fuí al punto á su casa, donde quedé atónito de hallar un notario ocupado en extender unos contratos matrimoniales.

Lo mismo fué entrar, que mi suegro, con tono colérico, me dijo: ¿no os habia yo prevenido mil veces que la errabais en tratar con tanto rigor á vuestro hijo? ¡bellas resultas ha producido vuestra crueldad! —¿Pues qué ha hecho de nuevo? — Á la verdad que si yo no fuera tan bueno como soy, enviaria al diablo toda vuestra familia, que no me da sino pesadumbres; pero ya le he perdonado y aun he prometido que vos tambien le perdonariais y consentiriais en todo, y es preciso que no me dejéis desairado. — Pero, señor, ¿qué he de perdonar? ¿qué he de consentir? — Habéis de consentir en un matrimonio pronto para salvar el honor de una niña bellísima y de muy buenas prendas. — ¿De una niña? explicaos. — La ha robado. — ¿Quién? — Mi nieto. — ¿Como? — ¿No ois que vuestro hijo esta misma noche ha robado de su casa una muchacha muy hermosa? — ¡Y bien!... — ¡Y bien! es preciso casarlos; yo no creo que haya otro medio para evitar el escándalo, y proceder conforme á los buenos principios. — ¿Pero quién es esa mujer? — Es una jóven... vaya, es preciosa; se ha arrojado llorando á mis piés, y me ha llamado su padre, su libertador, su protector, y qué sé yo... El bribon bien sabía lo que hacia trayéndola á mi casa, y no á la vuestra. — ¿Pero cómo ha pasado todoeso? —Ciertamente que yo lo sabía ya, no puedo negarlo. Hace mas de dosmeses que mi nieto me dijo que estaba enamorado de la criatura mas bella de todo el mundo; no

tiene bienes ni familia conocida, y por esto le aconsejé que no pensase en casarse con ella, ni os hablase nada en esta materia; pero á pesar de todo no se ha detenido, y esta mañana me la ha traido. ¡Es cierto que tiene la cara mas linda!.... Yo me he enternecido; y el bribonzuelo ha jurado que se mataria si hoy mismo no se casaba con su Dulcinea. Yo se lo he prometido, y por lo mismo os he llamado para que firméis los contratos. — ¿Pero sin verla? — Nunca se atreverá á presentarse á vuestros ojos sin que se pueda llamar nuera vuestra. — ¿Y por qué? — Ya sabréis los motivos. — ¿Pero su nombre, su estado, su conducta, sus parientes? — Yo estoy bien informado de todo, y esto basta. — Sin embargo.... — ¡Qué sin embargo? ¿me tenéis por tan poco juicioso, que quisiera introducir en vuestra casa á quien no lo mereciese? ¿soy algun majadero, algun insensato? — No digo yo eso; pero si conociese á esa señorita, si la viese, si la hablase... — No tratamos de eso: ¿queréis hacer venturoso á vuestro hijo? ¿Qué importa que la muchacha no tenga bienes? Yo tengo sobrados para todos; y desde luego doto en veinte mil libras á esa criatura que tanto me ha interesado; y á mas de esto señalo á los dos para su manutencion mil escudos anuales si consentís en su matrimonio; y despues de mi muerte heredarán cuanto tengo: ¿qué tal? parece que no os desagrada la proposicion; no es mal partido por una simple firma. — ¿Pero cuándo se ha visto que un padre case á su hijo sin saber con quién? — Pero, pero... ¡válgame Dios! No he visto hombre mas duro y desconfiado. Ea pues, ó firmad el contrato, ó reñimos para siempre. — Ciertamente señor.... veo que estáis ciego con mi hijo. — No estoy ciego con vuestro hijo, sino con su mujer: ¡qué gracia! ¡qué modestia! ¡ah! seremos demasiado felices poseyendo semejante tesoro.

En otra situacion me hubiera reido del entusiasmo de mi suegro; pero el buen hombre estaba alargándome la pluma, sin cesar de instarme para que firmase el contrato, ni permitirme que viese la firma de la novia. No dejaba de repetirme las sonoras voces de herencia, escudos, miles.... en fin, me resolví, reflexionando que si la nuera no me convenia, la despediria de mi casa, y ella y su marido se irian á vivir con su abuelo; y aunque en este caso, decia yo, no veré mas á mi hijo, viviré seguro de su fortuna, y nunca podrá culparme de haberle reducido á la miseria. Está muy bien, dije por fin á mi suegro, firmo ciegamente el contrato, y celebro daros esta prueba mas de mi sumision y confianza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Firmé, pues; y el viejo, lleno de regocijo, me abrazó, me hizo mil caricias, y añadió : Ahora que ya no podéis desdeciros, sabed que conocéis á la señorita. — ¿La conozco? — Sí por cierto; y se os han ocultado su presencia y su nombre, porque no se hubiera atrevido jamas á presentarse á vuestros ojos, despues de haberse dejado robar por un jóven.... Ahora la veréis, y quedaréis pasmado con la agradable sorpresa que voy á proporcionaros. Venid acá, muchachos, venid á besar los piés á vuestro padre.

Abrióse entónces una puerta, y mi hijo corrió precipitado á mis brazos, juntamente con una jóven que exclamó : ¡ Mi digno hienhechor! ¿me perdonáis el haberme atrevido á ser hija vuestra? El rayo que cae á los piés del descuidado caminante, no le causa revolucion tan fuerte como la que en mí produjo la vista de esta jóven, que era mi verdadera hija Luisa. — ¡ Cielos! dije : ¡ mi hija! — Seguramente que ahora lo es, dijo mi suegro muy regocijado; y yo le contesté : ¿ Qué habéis hecho? ? sabéis quién es esta jóven? ¿sabéis qué esposa dais á mi hijo? su misma hermana. — ¡ Su hermana! — Sí, su hermana, hija de un amor infeliz, y á la que he educado ocultamente.

Todos quedaron petrificados; yo conté sucintamente la historia de mis amores con Luisa de Volange, y los motivos que me obligaron á ocultar sus consecuencias, con lo que todos quedaron confundidos. Mi hija lloraba; mi hijo estaba desesperado, y mi suegro se estremecia de horror, porque el mal no podia remediarse sino con el matrimonio, y este era imposible; pero en vez de consolarme me llenó de injurias, y cambiando de repente en odio todo su amor al nieto, se retiró diciendo : Huid de esta casa; nunca volváis á ella, ni esperéis de mí el mas leve socorro. Salí, pues, de casa de mi suegro con mis hijos; y á la mañana siguiente supe que habia hecho testamento, disponiendo de todos sus bienes en favor de una hija que tenia casada en América. No fué solo este el mal que hizo, sino que refirió el caso á mi tio, y este, que era un fanático, me desheredó, fundando con sus bienes una obra pia. Yo no me atrevia á tener juntos en una casa á mis hijos; pero ántes que tomara providencia en esta parte, la tomó mi hijo robándome cuanto pudo, que fué mucho, y desapareciendo una noche, sin que jamas haya vuelto á saber de él. Así que huyó, mi suegro reclamó el dote de su hija, y me implicó en un pleito dispendioso que perdí. Entre tanto mi hija, consumida por la pasion que alimentaba, cayó en tal languidez, que en pocos meses la condujo al sepulcro. Vime, pues, solo en el mundo, enfermo, y casi enteramente arruinado. Finalmente, vendí lo poco que me quedaba, y con el producto me formé una corta renta vitalicia, con la que á duras penas subsisto. En el tiempo de mis infortunios, los únicos que me consolaron fueron Mr. y madama Leclerc, á quienes estaré eternamente agradecido. Ved aquí, hijos mios, los dolorosos sucesos que me han llenado de amargura, y casi de miseria. Un hijo desnaturalizado, un suegro rico y vengativo, y un tio caprichudo han causado todos mis tormentos, consecuencias bien merecidas de mis juveniles excesos, que nos han hecho infelices á Luisa Volange, á su hija, á mi hijo y á mí. El vicio nunca puede ser largo tiempo feliz; es preciso que mas ó ménos tarde reciba el justo castigo. Sigamos pues el camino de la virtud. Amemos, sí; pero á vista y direccion de nuestros padres, y con un objeto legítimo.

Así terminó la relacion de sus desgracias Mr. Lúcas, despidiéndose en seguida de la familia de Palemon, Nuestros jóvenes, que habian quedado solos con su padre, hablaron largo rato de esta historia, que los habia llenado de horror. Esto dió motivo á Palemon para deplorar la suerte de las jóvenes imprudentes que, como Luisa de Volange, sin noticia de sus padres entregan su corazon á seductores que las deshonran; recargó el cuadro de un mal hijo, y de la debilidad culpable de un padre ó de un tio preocupado : en una palabra, su discurso, pronunciado con la mayor dulzura, hizo una profunda impresion en sus jóvenes oyentes, que se propusieron revelarle en adelante hasta sus mas mínimos pensamientos. En la tarde siguiente veremos el efecto que produjo en ellos la historia que se acaba de leer; pero no debo concluir esta tarde, sin añadir una cosa que sin duda será muy agradable á mis lectores.

Ántes que se retirasen del terrazo, Marcela trajo á Palemon una carta que leyó en alta voz, y decia así :

« Amigo mio : Al fin puedo comunicaros una noticia que os será » gustosa, atendido el interes que repetidas veces me habéis ma- » nifestado. He descubierto al hombre invisible, mi bienhechor, » mi tirano, como queráis llamarle, que me causaba tantas in- » quietudes. Ahora me hallo tranquilo y feliz, pero no puede ha- » ber historia mas interesante que la mia, añadiéndole lo que os » falta saber. Luego que haya concluido algunos negocios que » me ocupan, iré á veros, y á presencia de vuestra amable fami- » lia referiré las maravillosas aventuras que me han sucedido

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

» desde nuestra última vista. Abrazad en mi nombre á vuestros » hijos, y esperadme á lo mas dentro de diez dias. —*Lonchamps.* »

Es indecible la alegría que causó á nuestros jóvenes amigos la lectura de esta carta. Mucho les habia entretenido la historia del hombre invisible, que se ha leido anteriormente en esta obra, y sentian infinito no saber su conclusion. Ahora se les prometia, y se habia excitado mas su curiosidad. Vamos pues á esperar con ellos la vuelta de Mr. de Lonchamps, que no tardará mucho; y entre tanto oigamos una sesion que tuvieron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como á ellos.

TARDE XLIX

LAS CONFIANZAS.

Tu secreto reservar
De todo el mundo procura,
Mas advierte que es locura
Tratárselo de ocultar
Á aquel que te puede dar
Saludables instrucciones :
Para escuchar sus lecciones
Depositalo en su pecho,
Reconociendo el derecho
De dirigir tus acciones.

Á la mañana siguiente, Armando, dándose la importancia de hermano mayor, llamó á Benito, Leon y Julio á su cuarto, y cuando todos cuatro estuvieron juntos les dijo : Deseo tomar vuestro parecer, mis queridos hermanos, en un asunto sumamente importante. La historia de Mr. Lúcas me ha hecho reflexionar que tanto en ella como en otras muchas que nos han referido, se encuentran amantes que se casan sin noticia de sus padres ; padres y madres que no conociendo las inclinaciones de sus hijos han tratado de sacrificarlos á la ambicion ó al interes; de todo lo cual se han originado eternos pesares, disgustos sin fin y á veces desgracias irreparables : en todos estos sucesos ha tenido no poca parte el orgullo, la obstinacion, la desconfianza, y por consiguiente la falta de franqueza y sumision de los hijos para con sus padres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

» desde nuestra última vista. Abrazad en mi nombre á vuestros » hijos, y esperadme á lo mas dentro de diez dias. —*Lonchamps.* »

Es indecible la alegría que causó á nuestros jóvenes amigos la lectura de esta carta. Mucho les habia entretenido la historia del hombre invisible, que se ha leido anteriormente en esta obra, y sentian infinito no saber su conclusion. Ahora se les prometia, y se habia excitado mas su curiosidad. Vamos pues á esperar con ellos la vuelta de Mr. de Lonchamps, que no tardará mucho; y entre tanto oigamos una sesion que tuvieron los muchachos acerca de un objeto muy importante, que nos interesará tanto como á ellos.

TARDE XLIX

LAS CONFIANZAS.

Tu secreto reservar
De todo el mundo procura,
Mas advierte que es locura
Tratárselo de ocultar
Á aquel que te puede dar
Saludables instrucciones :
Para escuchar sus lecciones
Depositalo en su pecho,
Reconociendo el derecho
De dirigir tus acciones.

Á la mañana siguiente, Armando, dándose la importancia de hermano mayor, llamó á Benito, Leon y Julio á su cuarto, y cuando todos cuatro estuvieron juntos les dijo : Deseo tomar vuestro parecer, mis queridos hermanos, en un asunto sumamente importante. La historia de Mr. Lúcas me ha hecho reflexionar que tanto en ella como en otras muchas que nos han referido, se encuentran amantes que se casan sin noticia de sus padres ; padres y madres que no conociendo las inclinaciones de sus hijos han tratado de sacrificarlos á la ambicion ó al interes; de todo lo cual se han originado eternos pesares, disgustos sin fin y á veces desgracias irreparables : en todos estos sucesos ha tenido no poca parte el orgullo, la obstinacion, la desconfianza, y por consiguiente la falta de franqueza y sumision de los hijos para con sus padres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

¿Y si llegara á sucedernos á nosotros lo mismo?.... Somos amantes y nuestro padre lo ignora : ¿ quién sabe lo que tendrá pensado acerca de nosotros, y si nuestras respectivas inclinaciones llegarán á contrariar sus intenciones particulares?... Si sucediera así, si llegásemos á saber sus miras opuestas á nuestro amor, cuando ya este hubiera tomado incremento en nuestro corazon, ¿ quién sabe adónde pudiera conducirnos nuestra pasion? ¿Cuál sería nuestro dolor si contrariásemos sus proyectos, dirigidos todos á nuestro bien?

Así pues, opino que debemos francamente confiarle el estado de nuestros corazones. Yo amo á Enriqueta; Julio á Adela ; Leon, si no me engaño, suspira por Rosalía. Subamos pues nosotros, sin que ellas lo sepan, al cuarto de nuestro padre, hablémosle con toda franqueza y sepamos su parecer. Benito no es aun sensible al amor, pero esto no le hace para que nos acompañe ; de ese modo los consejos que nosotros recibamos, quizá le sean tambien de gran provecho.

Muy bien pensado, dijo Leon : adopto el pensamiento, pues por este medio seremos enteramente felices, ó precaveremos infinitas desgracias. Estoy pronto á hacer una sincera confesion de mi amor á Rosalía, pues aunque no la he visto mas de una vez, creo que la amaré eternamente.

Yo tengo mas miedo que vosotros, dijo el enamorado Julio; tengo motivos para temer la justa severidad de vuestos padre, pues siendo un miserable huérfano, que carezco de todo, me he atrevido á amar á la hija de mi bienhechor. Os aseguro que tiemblo de hacer esta confesion, que puede privarme de la ternura y bondades del hombre mas generoso. Sin embargo, si le dejo ignorar mis sentimientos, abuso de su confianza y del derecho de la hospitalidad; y si reprueba mi pasion, necesariamente habré de incurrir en su indignacion. Pero á pesar de mis temores, admito la propuesta de Armando, aunque nunca me atreveré á hablar, ni á sufrir las miradas del virtuoso Palemon si advierto en ellas alguna severidad. Temo..... algo le he dado á entender de mi ternura en cierta ocasion.... mas no importa....

Yo hablaré por todos, dijo Benito; soy neutral, pues no tengo pasion alguna, ni suspiro como vosotros; de consiguiente, acépto el encargo de orador que me encomendáis. Apruebo vuestro designio, y tengo por seguro el buen éxito : conque no hay sino manos á la obra, y como dice el refran, el mal camino andarlo pronto. No dejemos enfriar la intencion : vamos en seguida á po-

nerla en práctica. Vamos, respondieron todos, y subieron á la estancia de Palemon. El anciano, viendo presentársele esta diputacion, quedó como parado, mirándolos con cierta inquietud y seriedad que llenó de recelo á los tres amantes; temblaban sus rodillas ; sus corazones latian apresuradamente, y se arrepentian de su determinacion. Pero no habia medio de volver atras; y á mas de esto, el orador Benito estaba determinado á divulgar el secreto cumpliendo su comision. ¿ Qué es, dijo Palemon á sus hijos, lo que me proporciona la satisfaccion de veros reunidos en mi cuarto? — Yo os lo diré, respondió Benito. Me hallo encargado por mis hermanos de mirar por sus intereses; y debo cumplir la promesa que les he hecho de ser su abogado en vuestro tribunal. — ¿ Qué es eso de abogado? ¿ pues qué tienen que pedirme? Vamos, vamos, sentaos; y vos, señor abogado, exponed lo que gustéis.

Los muchachos se sentaron, y Benito, en pié, habló de esta suerte : Hay, padre mio, cierta edad en que el hombre, saliendo de la infancia, se arroja con ardor á las pasiones y placeres comunes á todos los hombres y en todo tiempo. Semejante á la flor, que desplegando el capullo que la encierra se desarrolla, y por entre las hermosas hojas deja ver el gérmen que debe convertirla en grano productor, el hombre se desembaraza de las fajas de la infancia, crece, se fortifica, y en fin, llega á ser un padre de familia. Mas para que sea virtuoso y estimable, es preciso que tome el dictámen de sus superiores, que sea dócil á sus lecciones, que les manifieste sus mas secretos pensamientos, y que arregle su conducta conforme á la voluntad de aquellos. La flor no llega á ser hermosa sin el auxilio del jardinero; y los hijos no adquieren virtudes sino con el socorro de la educacion que reciben de sus padres. En fin.... el hombre.... la flor.... son.... son....

Deja tu hombre y tu flor, interrumpió Palemon sonriéndose, no te andes con frases estudiadas, y vamos al caso. Benito, algo turbado, continuó así : Cuando se posee un padre tan bueno y respetable como el que tenemos nosotros, no le debemos ocultar nada de lo que sentimos, para que arregle nuestros afectos acerca del estado que quiera darnos algun dia. Esto es lo que empeña á mis hermanos á confesaros, por mi voz, el amor que inflama á los tres respecto de unos objetos, dignos al parecer de toda su aficion. Esta podrá haberlos deslumbrado; pero buscan en vos su desengaño, y dejarán de amar si os opusiereis á su naciente afecto. — ¡Hola! ¡hola! ¿conque me venís á hablar de vuestros

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amores? Tempranito es, amigos mios: todavía sois muy muchachos; pero con todo, examinemos el asunto: ¿conque los tres estáis enamorados, no es esto? quiero decir que Leon, Armando y Julio son los tres amantes; ¿y no sabremos quiénes son las señoras? — Padre mio.... — Calla, Benito; déjame preguntar separadamente á nuestros amantes. Acércate, Armando; díme francamente: ¿á quién amas? Armando temblando respondió: amo á Enriqueta, porque me parece que es muy digna de inflamar un corazon amigo de la inocencia, del candor y de la virtud. — Yo lo creo; pero ya sabes que Enriqueta es pobre: ¿cómo la has de mantener? — Yo espero, ayudado de vuestros consejos, establecerme de modo que pueda cumplir con mis obligaciones. — ¿Y en qué clase? — Me parece que várias veces me habéis dicho, que una cátedra de matemáticas sería lo que mas me conviniese. — Pero es menester obtenerla, y aun no tienes los años que se requieren para solicitarla. — Pero si con el tiempo tengo la felicidad de alcanzarla ¿aprobaréis entónces que Enriqueta sea mi esposa? — No has hecho mas que adivinar mi deseo: mi mayor gusto será verte unido con Enriqueta, si ella consiente. — *Sí, señor, sí, señor.* — ¡Bravísimo! ¿conque consiente, eh? Pues bien, si os amáis, tened esperanza; pero, hijo mio, cuidado que entre tanto el amor no te haga olvidar tus estudios; aplícate mucho, y veremos. Vamos á otro: llégate, mi amado Julio, háblame sin timidez; díme, quién es la persona que ha podido enamorar un corazon tan tierno como el tuyo? ¿titubeas? ¿no sabes el cariño que te profeso, y que justamente mereces por tu amable carácter?

Julio estaba confuso, y no se atrevia á hablar. Palemon lo conoció, y estimó mas por esto al muchacho, á quien dijo: ¿no quieres confiarme tu secreto? ¿será preciso que yo le adivine, y te diga que Adela puede ser la que has elegido? — ¡Ah padre mio! sin duda vais á castigarme por temerario, — ¿Castigarte, amigo mio? de esta manera (y le dió un abrazo). Sé siempre bueno, confiado, honrado y sensible, y alcanzarás la posesion de Adela; pero no será mañana, como desde luego lo puedes considerar. Trabaja, sé laborioso, adquiere con la edad conocimientos en la agricultura, y algun dia sabrás mis pensamientos en órden á ti y á mi hija, que será tu esposa. — ¡Qué exceso de bondad! ¡de cuán enorme peso me hallo libre! — Ese es el premio de tu franqueza y modestia. Siéntate junto á tu hermano Armando, y dad por bien hecho el haber consultado á vuestro padre, que nunca querrá sino que seáis muy dichosos. Vaya, señor Leon, á usted le toca el turno; sepamos cual es la musa que ha podido enternecer á nuestro Anacreonte; á nadie veo por aquí, y me parece que Marcela no será tu Clori ó tu Fenisa.

Sonrióse Leon, y dijo á su padre: Mi Clori, ó como quisiereis llamarla, no habita en esta casa. Sola una vez la he visto, y juro que la amaré toda mi vida. — ¡Buen jurar es! ¿y podré yo jurar dártela algun dia por esposa? digo algun dia, porque mucho tiene que esperar un amante de quince años. — Bien sé que soy todavía un niño; pero vos me habéis enseñado á pensar, y la razon y la sensibilidad se han adelantado á mi edad. — Ya veo que eres muy precoz: ¿y la señorita?... — La prima de Emiliano. — ¡Hola! ¿la bella Rosalía? no te falta talento para escoger; pero, amigo, en cuanto á esto nada seguro puedo prometerte; yo no soy quien dispone de Rosalía; su suerte depende de sus tios, que son muy ricos, y acaso tendrán ya preparado algun casamiento distinguido para su sobrina. Ni aun estoy seguro de que vuelvas á verla; vive en Paris, y sus tios tal vez no volverán por estas campiñas; yo no estoy para hacer viajes; y tú, sin mí, no puedes ir á Paris sin mas objeto que el de ver á tu querida. Sin embargo, no te desconsueles, pues te prometo hacer todos mis esfuerzos para que dentro de algunos dias tengas una respuesta favorable. Escribiré á Mr. Leclerc, le pintaré tu tierno afecto, y le empeñaré á que averigüe en qué disposicion se halla Rosalía respecto de ti; y si esta te favorece, no dudo que su tio prefiera mi alianza á todas, y entónces veremos; pero han de pasar todavía algunos años, y el tiempo altera mucho las resoluciones. Espera entre tanto, y cree que tu padre no lleva á mal el que hayas puesto tu corazon en una joven que lo merece, así por sus gracias, como por su talento y educacion. Me parece que ya no hay nadie á quien consolar, pues Benito creo que no tiene que hacerme confianza alguna; ¿no es así? — Sí, señor. — ¡Oh! ya sé yo que tú prefieres á todo tus diversiones y juegos, y á la verdad me alegro; y aun desearia que tus hermanos hubieran esperado á que la edad sazonase su razon para convertirse entónces, y no ántes, en héroes de novela; pero el corazon no entiende de preceptos, y se adelanta á la madurez y al juicio. Sé siempre el mismo, amado Benito; conserva tu indiferencia, pues así te verás en disposicion de poder algun dia elegir mejor que tus hermanos; porque cuando hermosura y riquezas se encuentran reunidas, son preferibles á las gracias solas. ¡Es una terrible carga la que toma sobre sí el hombre que se casa con mujer pobre! Es preciso que desde luego

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

trabaje para dos, y despues para tres, cinco ó mas, si llega á ser padre de familia. Todo cae sobre él en cuanto á cargos é inquietudes del gobierno de la casa, y sucede con demasiada frecuencia que cuando se han satisfecho los deseos, y desvanecido las primeras impresiones del amor, el hombre se desalienta, se arruina, maltrata á su mujer, y la echa en cara su falta de bienes. Este es un proceder indigno de un hombre honrado; y así espero que nunca le tendrá Armando con Enriqueta, porque todavía está á tiempo; y si la quiere, como dice, debe siempre cuidar de hacerla feliz.

Yo celebro con mucha satisfaccion que me hayáis elegido por vuestro confidente; esto me manifiesta que soy mas amigo vuestro que padre, y ya veis si he correspondido dignamente á vuestra confianza. Sin embargo, no puedo disimularos el que me parece hay mas exaltacion en vuestras cabezas que amor verdadero en vuestros corazones; y temo que esto sea el resultado de las muchas historias que se os han referido de algun tiempo á esta parte. Habéis oido hablar de amor, y estáis persuadidos de que lo sentís. Sois demasiado jóvenes para sentir ya esa pasion, que no se apodera del alma sino cuando la fuerza del cuerpo puede alimentarla. Es preciso ser hombre y estar enteramente formado para entregarse á una pasion de puro entusiasmo y sensibilidad. Sea lo que fuere, lo cierto es que hacéis de amantes como los que mas, quiero creer que lo sois efectivamente; pero en este caso, y cualesquiera que sean las esperanzas que os he dado, os encargo mucha delicadeza, atenciones y honor en vuestra conducta respecto de las jóvenes á quienes amáis. Pensad que su pudor y honestidad son unos tesoros que debéis cuidar con el mayor escrúpulo; y que la probidad y honradez os conservarán unas esposas virtuosas, y unas compañeras apreciables. Os prohibo con todo rigor que sepan nuestra conversacion Adela y Enriqueta, ni que me habéis confiado vuestra mutua inteligencia, y mucho ménos el que yo la he aprobado. Contentaos con alimentar una esperanza que no debéis dar á ellas, por mil razones que vuestra edad y mi carácter me impiden explicar. Guardad secreto, repito, sobre vuestra resolucion; y nada alteréis del respeto y atencion que debéis á dos personas, que por razon de su sexo y juventud debéis amar recatada y silenciosamente. Venid ahora á recibir en los brazos de vuestro padre el premio de la confianza que le habéis hecho, y que es la mas lisonjera recompensa de la buena educacion y cuidados que os he prodigado.

Los cuatro corrieron á abrazar á su padre con la mayor efusion de sus almas; y se retiraron contentísimos de su buen recibimiento, y del partido que habian tomado. ¡ Véase aquí, decian, lo que es un buen padre! él anima á sus hijos, estos desahogan en su generoso corazon sus mas secretos pensamientos, y de esta tierna confianza nace la felicidad de toda una familia.

¡Excelentes jóvenes! ¡quiera el cielo que vuestra conducta franca y noble tenga muchos imitadores!

Locos de contento por verse autorizados en sus amores por Palemon, Armando y Julio fueron á coger flores para Enriqueta y Adela, deseando por instantes verlas con cualquiera pretexto. Brillaba en sus ojos la alegria, eran mas galantes, mas tiernos y mas apasionados; pero, fieles á las órdenes de su padre, nada les dijeron de lo tratado, y ellas admitieron la fineza de las flores con la mayor complacencia.

Este dia fué de descanso : hubo paseo y merienda en el campo; no faltó un poco de baile; y en fin, llegada la hora de recogerse, fueron todos á disfrutar de un sueño lleno de agradables imágenes. Todos se hallaban felices; Palemon por tener unos hijos tan dignos de su amor, y estos por tener un padre tan lleno de bondad y de ternuaa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VIAGE DE CINCO NIÑOS AMERICANOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE I.

LOS CELOS

Triste de aquel que al rigor
De los furibundos celos,
Le someten los desvelos
Del mal entendido honor.
Poseido del furor
De pasion tan insensata,
De sangre y venganzas trata,
Sueña delitos, traiciones,
Y á temerarias acciones
Su necio mal le arrebata.

Habíanse reunido nuestros amigos bajo el emparrado con ánimo de oir leer algo instructivo, y ya Palemon tenia abierto en las manos el libro para empezar, cuando llamaron á la puerta, y entró en la posesion Mr. Serein, vecino de aquellas inmediaciones, acompañado de una caterva de chiquillos de diferentes edades y sexos.

Apénas entró corrió á abrazar á Palemon : Amigo mio, le dijo, vengo á daros parte de mi alegría y del suceso mas extraordinario que puede jamas ocurrir. — ¿ Qué hay, amigo mio? interrumpió Palemon : ¿ quiénes son esas bellas criaturas que os acompañan? — Justamente eso es lo que vengo á participaros. Ya sabéis que soy viudo y sin hijos ; pues ahora el cielo acaba de hacerme un magnífico regalo. Ya soy como un padre de una nume-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rosa familia muy digna de ser amada. — Ea pues, sentaos todos, y sepamos esa historia maravillosa. — Pues escuchadme.

Historia del viaje de los cinco niños américanos.

Ya sabeis, amigo, que nací en este país, donde mi padre fué excelente labrador. Tenia yo un hermano, que desde muy jóven sentó plaza, pasó á nuestras islas, y no volvió á Francia. Por muerte de mi padre me hallé en posesion de su hacienda, que cultivé con esmero. Me casé despues y murió mi esposa sin haberme dejado sucesion. Resolví no volver á casarme, y gozaba una vida tranquila cuando, habrá dos años, recibí una carta de mi hermano, en que me decia que hacia mucho tiempo que se habia establecido en la isla de Santo Domingo, donde se hallaba con cinco hijos de tierna edad. Mucho placer me causó esta noticia; y respondí á mi hermano, que agradecia á Dios el no haberme vuelto á casar para poder socorrer á su familia, á la cual dejaria todos mis bienes; y que me escribiese si algo neces itaba.

No me contestó; y apénas pensaba en él, cuando anoche, al tiempo que iba á acostarme, llamaron á mi puerta. Todas mis gentes estaban ya durmiendo, por lo que pregunté: ¿ quién llama? — Nosotros, me respondió una voz delicada. — Nosotros, dije, no es decir nada. Sin embargo abrí, y quedé atónito de ver cinco niños que me preguntaron si yo era Mr. Serein. Díjeles que sí y al instante saltaron á abrazarme llamándome su amado tio. — ¿ Cómo tio? les dije aturdido; y Carlota que es la mayor, aunque solo tiene once años, me respondió: Nosotros somos hijos de vuestro hermano Claudio Serein: hemos quedado sin padre ni madre, y venimos á implorar el favor de nuestro tio. —¿ Es posible?... vosotros hijos de... ¡ pobre hermano mio !... ¿ conque ha muerto?... — Sí, señor. — Ea pues, contadme cómo ha sucedido.

La muchacha al instante me presentó la carta que yo habia escrito á mi hermano, ofreciéndole todos mis auxilios; y solo con este fundamento se ha atrevido á venir y traerme sus hermanos. Lloraba y estaba muy cansada; todos los cinco tenian un famoso apetito. Desperté á mi ama de gobierno, y le mandé diese de cenar á estas graciosas criaturas: cuando hubieron satisfecho la necesidad que tenian, dije á Carlota que me refiriese sus aventuras, y ella lo hizo con una ingenuidad que me encantó. No quiero que las repita, porque su lenguaje tal vez seria poco entendido de

vuestros hijos. Lo haré yo y oiréis una historia bien rara, y las particularidades del viaje de mis americanitos; pero, para mejor inteligencia, es preciso tomar la relacion desde muy atras.

Mi hermano Claudio Serein, despues de haber servido en la marina, y obtenido su licencia, se estableció en la isla de Santo Domingo. Allí se casó, y tuvo cinco hijos, dos varones y tres hembras. Pero viendo que no prosperaba en esta isla, pasó al Cabo, donde puso tienda de comerciante en cables y todo género de cordaje. Educaba allí pacíficamente á su familia, cuando trastornándose todo en las colonias, se verificó el famoso incendio del Cabo, y arruinó un gran número de familias. Mi hermano y su esposa, que fueron víctimas de este accidente, con temor del aspecto que presentaban las cosas, enviaron todos sus hijos á casa de una amiga, que vivia solitaria á orillas del mar; pero ellos no se atrevieron á abandonar su casa, asilo que les fué muy fatal, pues perecieron entre el fuego y las ruinas de su albergue, y su amiga dió esta funesta noticia á los tristes huérfanitos. ¡ Que fatalidad para estas inocentes criaturas ! Carlota se acordó de que ántes de la separacion, su padre le habia confiado una cartera con varios papeles para que la conservase: procuró examinarlos, y entre ellos halló la carta que yo habia escrito á mi hermano; en ella estaban especificadas las señas del lugar de mi residencia; y al punto formó el atrevido proyecto de venir en busca de su tio, juntamente con sus cuatro hermanos. Participó su resolucion á la amiga de sus padres, añadiendo en cuanto á mí, que no podia ménos de tomarlos bajo mi proteccion. La buena mujer en vano procuró disuadirla de semejante empresa; díjole: Hija mia, considera que para viajar se necesitan dineros y conocimientos, y tener mucha mas edad de la que tú tienes. — No importa, respondió Carlota, yo reemplazaré á mi madre en cuanto pudiere respecto de mis hermanos, y particularmente de Jacinto que es el de menor edad, y necesita mas cuidado que los otros. Verdad es que no tengo dinero; pero todos los buenos corazones se interesarán en nuestra desgracia, y nos ayudarán. Dejadme hacer amiga mia; yo soy muy niña, pero tengo mas valor del que pensáis.

Dijo Carlota estas palabras con tanta energía, que casi tranquilizó la inquietud de aquella buena mujer, que como era pobre no podia favorecer á Carlota sino muy escasamente. Le puso por delante los peligros del mar, la precision de atravesar casi toda la Francia, y otros mil inconvenientes; pero Carlota continuó infle,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

xible en su resolucion. En consecuencia, una mañana, acompañada de sus hermanitos, fué á echarse á los piés del encargado del gobierno frances en el Cabo. Le expuso su intencion, y aquel caballero, enternecido, le dijo que volviera al dia siguiente. Carlota fué exacta; y el encargado la dijo: ¿Conque absolutamente, hija mia, estáis determinada á partir? — Sí, señor. — Pues bien, presentaos al instante en el navío *Invencible* que está en el puerto; preguntad por el capitan Verville, y entregadle este billete; ya le he hablado, y aun he pagado por vos los gastos de travesía. —¿Qué decís, señor? ¿es posible queos deba tanto favor? — Me habéis interesado mucho: tomad estas monedas, que podrán proporcionaros algun alivio en el navío.

Carlota tomó el dinero y el billete, dió la gracias á aquel hombre generoso, y trasportada de alegría volvió á casa á despedirse de su amiga. Esta buena mujer le dió un luis de oro, encargándole que lo economizara mucho; luego la abrazó llorando, y suplicando al cielo que protegiese con particular asistencia á la inocente familia.

Carlota tomó en los brazos á su hermano menor: los otros la siguieron, y llegó al puerto, donde preguntó por el capitan Verville. —¿Qué le queréis? — Nos ha de llevar á Francia. Se echaron á reir y no la hicieron caso; pero ella, á fuerza de investigar, halló al capitan, el cual, leido que hubo el billete, tomó la mano á Carlota, diciéndole: Venid, querida; ya sé lo que deseáis; habéis hecho muy bien en no tardar, porque ya iba á hacerme á la vela. El capitan llegó al navío rodeado de muchachos, á los que colocó solos en un camarote, y al punto se hizo al mar. Ya se hallaba Carlota embarcada, y llena de alegría veia alejarse de sus ojos aquella tierra de dolor que no presentaba sino las vastas ruinas que para siempre cubren los preciosos restos de sus padres. Este recuerdo le hizo llorar, y á su ejemplo lloraban tambien sus hermanos; conocia Carlota que debia consolarlos é inspirarles firmeza; enjugó sus lágrimas y las de sus hermanitos, tomó á Jacinto en brazos, y procuró hacerle reir para distraer á los otros. Este tierno cuadro llamó la atencion de todos les pasajeros; rodeaban á Carlota y la examinaban; ella respondia con ingenuidad, y recibia mil regalos. El capitan le enviaba lo sobrante desu mesa, y todos los llenaban de caricias y beneficios. Carlota, en efecto, se manejó en toda la travesía como una madre de familia; repartia la correspondiente racion á sus hermanos; los hacia acostar y levantar á determinadas horas; cuidaba de su ropa, los aseaba y dirigia.

En tan dilatado viaje, la pobre Carlota tuvo el sentimiento de ver enfermar peligrosamente á tres de sus hermanos: duplicó su actividad, pasó junto á ellos las noches, é imploró el auxilio de los físicos del navío, que correspondieron caritativamente á sus ruegos. Restableciéronse los muchachos; pero Carlota pagó el tributo al mar: enfermó, aunque no por eso dejó de velar y atender en cuanto pudo á sus hermanos, y decia que solo temia morir por haber de dejarlos abandonados.

En fin, despues de muchos trabajos, el navío entró en el puerto del Oriente; y el capitan, que tenia que atender á muchos negocios, desembarcó á nuestros americanitos, diciéndoles que ya estaban en Francia, y no tenian mas que marchar adonde quisieran. Carlota tuvo cuidado de darle mil gracias por sus favores; y lo mismo hizo con todos los compañeros de su viaje, los cuales, de comun acuerdo, le dieron una suma de dinero. Carlota al punto procuró proveerse de médias y zapatos para sí y sus hermanos; y luego se puso en marcha tomando la direccion de todos los pasajeros. Queria ir á Paris, persuadida de que en esta gran ciudad le indicarian mas fácilmente la residencia de su tio. Andaba tres ó cuatro leguas al dia á pié, que es bastante; y cuando conocia que los muchachos estaban cansados, los hacia descansar tres ó cuatro dias en cualquier paraje. Nunca caminaba sino de dia; y al acercarse la noche se refugiaban en el primer albergue, pagando alguna cosa porque la admitieran, aunque fuese en el establo; y cuando le preguntaban adónde iba, respondia: Voy en busca de mi tio Claudio Serein: ¿le conocéis?

Reianse al oirla, y muchas veces los posaderos tenian la humanidad de recogerla, y aun darle de cenar de balde. En cuanto á la comida, la hacian caminando, y comiendo pan y algun poco de fruta ó queso. Diéronle viruelas á Jacinto en Rennes; pero este incidente, léjos de desanimarla, excitó mas su actividad. Llevó á su hermanito al hospital, y le recomendó al cuidado de los directores; le visitaba dos veces al dia, y le cuidaba con el mayor esmero. Cuando el niño estuvo sano, le tomó en sus brazos y volvió á continuar su camino. Entre Alenzon y Mortagne le ocurrió un suceso que estuvo á pique de arruinarla. Entró en una posada á pedir albergue, segun lo acostumbraba, y quedó atónita de no hallar mas que un hombre bastante bien vestido, y toda la casa trastornada. Era muy de dia y el camino pasajero. El posadero,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que estaba de mal humor, la trató con aspereza, por lo que se puso á llorar, diciéndole que era cosa muy cruel que tratase así á unos pobres huérfanos que no tenian mas auxilio que el de las almas sensibles y generosas. El posadero, algo enternecido, se puso á mirarla, y luego le dijo : Pues bien, acomodaos donde pudiereis; pero no contéis ni con un pedazo de pan, porque aquí nada tengo.

Carlota, que siempre llevaba de reserva algunas provisiones, no le pidió mas que el simple albergue : y contenta de haberlo hallado, subió con su familia y entró en el primer cuarto que encontró abierto. Permaneció allí; y llegada la noche bajó á preguntar al posadero si le incomodaba que hubiese ocupado aquella estancia. Respondióla que no, pero muy encolerizado; tembló la pobre muchacha al oirle, y le pesó haber entrado en esta casa; pero ya era muy tarde para buscar otra, con que le fué forzoso detenerse allí. Hizo acostar á sus hermanos, y ella se decidió á no dormir en toda la noche, porque un oculto presentimiento le decia que sucederia alguna cosa extraordinaria en aquella casa.

Estaba la luna en su tercer cuarto, tiempo en que este astro no resplandece sino hácia la una de la mañana. Carlota, que hasta este punto habia oido subir, bajar, abrir y cerrar puertas y ventanas, se habia mantenido en acecho de todo lo que ocurria ; vió en el patio al posadero muy agitado, dando patadas y señales de una absoluta desesperacion ; y sin poder contenerse le dijo : ¿Qué tenéis, amigo? ¿puedo serviros en algo? — ¿Cómo? ¿no dormis? — No por cierto. — Tanto peor; pues retiraos y dejadme en paz: cuando quisiereis salir, hallaréis la llave de la puerta colgada en este pilar.

¿Qué significa esto, dijo para sí Carlota asustada, cuando quisiere salir?... Pues qué, ¿no se abre esta posada temprano como las demas? Muy agitada esperó á que amaneciese; ya no oia ruido alguno, mas no por eso calmaba su inquietud. Apénas vió las primeras luces del dia despertó á sus hermanos, los hizo vestir apresuradamente, y salió con ellos para huir de esta casa donde no habia podido reposar. No conocia Carlota lo interior del edificio, y atravesó muchos cuartos abiertos sin dar con la escalera ni hallar huésped alguno; lo que la causó la mayor confusion. Empujó una puerta.... ¡cielos! ¡qué horroroso espectáculo se ofreció á su vista! ¡una mujer llena de puñaladas y bañada en su sangre! Gritó Carlota, y aguijó su jóven familia, temiendo experimentar la misma suerte. Halló la escalera, bajó al patio... ¡oh terror! al atravesar por delante de la cocina vió al infeliz posadero que estaba ahorcado. ¡Qué infernal caverna es esta! Carlota se animó, tomó la llave del lugar indicado por el posadero, abrió la puerta, y vió entrar una multitud de gentes armadas, y como conduciéndolas un hombre con trazas de cocinero, que exclamó : ¡Veamos si el infeliz ha atentado contra sus dias!

Hallaron en efecto el cadáver del posadero y el de la mujer asesinada, y arrestaron á los muchachos para examinarlos. Carlota no pudo decir sino lo que habia visto : le preguntaron, y de su interrogatorio y de las conversaciones que oia infirió que el posadero, celoso de su criado, le despidió el dia anterior, así como á todos sus dependientes; que luego habia asesinado á su mujer, y despues se habia quitado la vida. Este criado era el conductor de la justicia; juró que su ama estaba inocente, que su marido era un insensato, y que por esto, temiendo alguna locura de su parte, habia acudido, aunque tarde, á la justicia, la cual conociendo la inocencia de Carlota la despidió, y la triste se llenó de regocijo al apartarse de este lugar de horror y espanto. El suceso la habia asustado tanto, que aquel dia no pudo andar sino muy poco, y se retiró temprano á una posada, bien contra toda su voluntad, porque desde el lance referido desconfiaba de esta especie de albergues, y cuando no tenia otro arbitrio, buscaba para pasar la noche las posadas mas concurridas. Nada particular la sucedió hasta Paris, donde entró con su comitiva con buena salud. Es imposible concebir cómo esta pobre muchacha, con cuatro hermanitos, ha podido hacer tan dilatado viaje, sin mas recurso que el de cinco ó á lo mas seis luises; y ciertamente que ha observado un órden y economía admirables. En fin, se hallaba en Paris; pero aun no estaba en casa de su tio, y el dinero se le habia acabado. Se aseguró de las señas de mi residencia, y quedó atónita cuando le dijeron que tenia que volver atras. Necesitaba volver á Versalles, y de allí tomar á la izquierda el camino de Chartres. La muchacha hasta este punto habia tenido valor; pero viéndose obligada á viajar de nuevo, y careciendo absolutamente de medios, se puso á llorar amargamente. ¿Qué tienes, querida? la preguntó una señora que la habia instruido de lo que tenia que hacer. Carlota le refirió sus desgracias y la ocasion de su viaje, de lo que quedó la señora tan compadecida, que le dió doce libras. Un poco sosegada con este socorro, volvió á ponerse en camino, y á fuerza de preguntar á cuantos encontraba, llegó como os he dicho á mi casa ayer casi á média noche. ¡Qué paciencia, amigos mios, y qué resolucion!... ¡Andar á pié cerca de ciento cincuen-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ta leguas !.... ¡casi siempre precisada á traer en sus brazos á su hermanito, de cuyo peso rara vez la aliviaban los demas! ¡Ved lo que ha hecho esta muchacha! y todo para hallar un tio á quien no conocia, y que podia ser de carácter duro, y darla, como suele decirse, con la puerta en los ojos; porque, á la verdad, cinco muchachos son una carga que pocos admitirian; pero me es muy grata la nueva familia que me envía el cielo; y aun sería preciso tener un corazon de acero para no interesarse por tan desgraciadas criaturas. Sí, yo los adopto; serán mis hijos, Carlota los cuidará, y gobernará tambien mi casa, porque es menester confesar que descubre talento para ello. ¿Qué os parece, amigos mios? ¿Miráis á esta admirable niña con ojos llenos de lágrimas de ternura? Sí, miradla, y contempladla bien. Cuando considero que esos pobres niños llegaron á mi casa sin zapatos, con sus delicados piés hinchados y heridos por las espinas y agudas piedras, sobre las cuales han caminado, y que en medio de tantas fatigas disfrutan la salud mas robusta, me admiro, me aturdo, me pasmo..... Perdonad mi entusiasmo, acaso toco en la exageracion; pero mi corazon rebosa de contento, y el dia de la llegada de estos niños á mi casa le miro como el mas feliz de mi vida. Yo seré su padre, y cumpliré con todas las obligaciones de tal, pues de lo contrário sería el hombre mas inicuo del universo.

Calló Serein, y todos los hijos de Palemon, que miraban á Carlota como á un ente extraordinario, la estrecharon amorosamente en sus brazos. Tambien acariciaron á los demas hermanitos, particularmente al tierno Jacinto, que en su cortísima edad daba esperanzas de un feliz discernimiento. Cosa rara, dijo Leon, sería ver viajar á pié cinco muchachos tan pequeños: os harian muchas preguntas en todos los lugares donde os deteniais. — Infinitas. — Y todos se interesarian en vuestra suerte ¿no es así? — No por cierto; la mayor parte de los que me preguntaban, me oian, me miraban y me volvian la espalda. Casi todos se reian de mí, y con raros gestos daban á entender que habia hecho mal en exponerme así á las contingencias de tan largo camino. Sin embargo, algunas personas me ofrecian conducirme, porque tenian que hacer el mismo camino; pero yo nunca quise asociarme con otros. No sé por qué razon me asustaba esto: ademas me impedia el arreglo de horas y el órden que yo observaba con mis hermanos. No me faltaba resolucion, y nada temia. Solo me aterró el lance del posadero, y creo que si esto me hubiera sucedido en la ciudad donde desembarcámos, quizá no habria tenido aliento para llegar

á Paris. Pero, en fin, me hallo bien recompensada de tantas penas con el amor de un tio tan bueno; soy feliz, y lo son tambien mis hermanos: ¿no es verdad? Manuela, Teresa, Joaquin ¿qué decis?

Los tres saltaron al cuello del buen Serein, que lloró de ternura al verse tan acariciado por estos niños. Palemon, á quien habia penetrado tan inesperada escena, hizo disponer una abundante merienda, que se despachó alegremente. Despues se retiró Serein con su familia, diciendo ántes á Palemon: á Dios, vecino mio; yo sé que sois buen padre, y que os gustan mucho los muchachos; por eso me he tomado la libertad de presentaros los mios, y tal vez cansaros con una relacion tan prolija. — Amigo mio, respondió el anciano, me habéis complacido sobremanera; bien sabéis que no puede serme indiferente nada de cuanto diga relacion á la buena moral y educacion de los jóvenes. Os doy mil gracias por vuestra visita, y suplico que la reiteréis muchas veces en compañía de vuestra preciosa familia.

Prometióselo Serein, y se llevó su tierna compañía, que á la verdad necesitaba descansar algunos dias para reponerse de tantas fatigas. Palemon y sus hijos en el resto de la tarde comentaron los hechos de la historia de Carlota, no pudiendo ménos de detenerse largo espacio, al llegar al triste suceso del mesonero, á considerar los funestos efectos de la furiosa pasion de los celos, acerca de lo cual Palemon les hizo las juiciosas reflexiones que le sugirió su amor de buen padre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE LI

LA IMPREVISION

Si con las armas jugar
Acostumbras imprudente,
Debes tener muy presente
El pago que suelen dar.
Se hicieron para matar,
Y á la corta ó á la larga
En estocada ó descarga
Producen infausta muerte
Por nuestra pícara suerte ;
Que siempre *el diablo las carga*.

Muchos dias trascurrieron sin ir al emparrado, y sin embargo nuestros jóvenes estaban contentos. ¿Por que?... Habian formado el proyecto de obsequiar á su padre el dia de su cumpleaños, representando á su presencia una piececita que Leon habia compuesto, y aplicados á aprender y ensayar sus respectivos papeles, habian hecho entrar en su complot á Mr. Delacour, para que llevase á paseo á Palemon todas las tardes con el pretexto de que el ejercicio convenia mucho á su salud quebrantada. En este tiempo le tuvieron los muchachos para arreglarlo todo; y aunque algo recelaba Palemon, disimulaba. Llegó por fin el dia de la fiesta; y despues de haber comido alegremente, Mr. Delacour sacó á pasear á Palemon; pero al volver hallaron en casa á Mr. Serein y sus sobrinitos, á Mr. Versevil y sus hijos, y á otras várias gentes

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de la comarca que habian sido convidadas por nuestros jóvenes. No viendo allí Palemon á sus hijos, preguntó por ellos; y le dijeron que estaban vistiéndose para representar una comedia. Aprobó el pensamiento, y acompañado de los concurrentes se trasladó al lugar de la escena. En medio del bosquecillo contenido en la huerta, los muchachos, auxiliados de los jornaleros de su padre, habian levantado un pequeño teatro cuyo foro y bastidores compusieron con algunas cortinas que les suministró Marcela. Tambien habian traido tres ó cuatro músicos de la ciudad vecina; y para estos gastos habian escotado lo necesario, gracias á los regalillos que de cuando en cuando les hacia Palemon. Toda la concurrencia se reducia á unas treinta personas, y luego que estas se sentaron en las sillas y bancos prevenidos para el efecto, precediendo una graciosa sinfonía, dieron los muchachos principio al siguiente drama.

EL AMOR FRATERNAL

DRAMA EN UN ACTO

INTERLOCUTORES

MR. BELMONT.....	*Armando.*
MADAMA BELMONT..	*Enriqueta.*
PAULINO.....	*Julio.*
ENRIQUE.....	*Leon.*
MR. EVERARD.....	*Benito.*
ADELAIDA.....	*Adela.*

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE solo.

Está sentado á una mesa en que hay papeles y recado de escribir.

No me engaño: las cuatro han dado, y todavía no he sacado las cuentas que me puso el maestro: ¡qué cosa tan molesta es la aritmética! nada hay que aborrezca tanto como esta clase de trabajo. Si viniera Paulino me ayudaria, porque en esto de cuentas está bien impuesto; pero yo no entiendo palabra: en vez de un cero pongo un siete, y en vez de un siete un cero, así salen detestables todos mis cálculos. Sin embargo, es preciso hacerlo, porque si no, me reñirán mis padres. Vamos á ver: dos veces veinte y cuatro, cuarenta y ocho; tres veces cuarenta.... tres veces cuarenta... ¿cuánto hacen?.. ciento y veinte... no, ciento y... qué sé yo... (*Se levanta tirando la pluma, y al mismo tiempo oye un tiro que le asusta, y luego continúa.*)

¡Válgame Dios!... ¡un tiro!... ha sido muy cerca, porque...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA II

PAULINO Y ENRIQUE.

PAULINO (*saliendo azorado*).

¡ Dios mio !... ¡ Dios mio !... ¡ Enrique ! y me muero... ¡qué será de mí !

ENRIQUE.

¿Qué tienes, Paulino? ¿ qué te ha sucedido? el tiro.....

PAULINO.

¡ Ah, hermano mio !... escóndeme por Dios... no sé lo que me pasa... he muerto á...

ENRIQUE.

¡ Acaba! sácame de tanta angustia.

PAULINO.

He muerto á Adelaida, á nuestra querida hermana.....

ENRIQUE.

¿ Es posible?..., y tienes valor para presentarte...

PAULINO.

No pienses, Enrique, que ha sido de intento ; la fatalidad... la imprevision...

ENRIQUE.

Pues cómo ha sucedido?

PAULINO.

Ya sabes que papá, estando comiendo, dijo que queria salir á caballo, y que Juan le arreglase las pistolas. Despues mandó á Adelaida que fuese á ver si todo estaba dispuesto : fuí con ella á la antesela ; Juan no estaba en ella, porque habia bajado á avisar al palafrenero para que ensillase el caballo. Por desgracia vi las pistolas sobre la mesa... ¡oh, quién hubiese cegado en esté punto !... ¡si me hubiese muerto !

ENRIQUE.

Paulino, Paulino, vuelve en ti y prosigue.

PAULINO.

Tomé una pistola, y jugando con Adelaida, la apunté y la dije : que te mato... salió el tiro, y la pobre... cayó bañada en su sangre.

ENRIQUE.

¿Quién sabe si acaso será solo una leve herida ?.. (*Paséase agitado.*) ¡ Si yo pudiera salvarla !... Si pudiera ocultarte... porque ya conoces el genio violento de padre...

PAULINO.

¿ No oyes la gritería de los criados, que lloran por Adelaida ?... ? Noo yes las voces de padre, los lamentos de madre?... ¡ Ah ! ¡ si pudiera yo huir y precipitarme en el rio !...

ENRIQUE.

¿ Y con ese acto de cobardía remediabas el daño que has hecho ?... ¿ Sería un acto digno el darte la muerte por no arrostrar el castigo á que te has hecho acreedor ?... Espera y confía, ó fre y calla... Pero siento pasos... padre viene...

PAULINO.

¡ Ay Adelaida !... ¡ Ay Enrique ! (*Cae desmayado.*)

ESCENA III

Los mismos y Mr. BELMONT.

MR BELMONT (*con una pistola en la mano*).

¿ Quién de vosotros ha dado la muerte á mi hija ?

ENRIQUE.

¡ Ah, papá !... mirad... Paulino muerto y Adelaida.....

MR. BELMONT.

¿ Conque ha sido Paulino?

ENRIQUE.

No, no, señor... no fué él ; tiradme á mí.

MR. BELMONT.

¿ Conque tú has sido, infame?... pues muere. (*Le apunta con la pistola, y Paulino, que acaba de volver en sí, se levanta y asiendo el brazo á Belmont separa la direccion del arma y sale el tiro.*)

PAULINO.

¡ Cielos ! ¿ qué vais á hacer, papá mio?... si no ha sido él...

MR. BELMONT.

¿ Pues quién ha sido entónces?

PAULINO.

Yo, papá... yo he sido... matadme. (*Se arrodilla.*)

ENRIQUE.

No, papá, no ha sido él, os engaña : he sido yo ; disponed de mi vida.

MR. BELMONT.

¡ Infames ! ¿ qué complot infernal habéis formado para alucinarme?... Pero voto á briós que no lo conseguiréis : ó decís la verdad ó morís ambos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESCENA IV

Los mismos y Mr. EVERARD.

MR. EVERARD.

(*Conteniendo á Belmont, que con la pistola asida por el cañon, amenaza á ambos hermanos.*) Por Dios, amigo mio, ¿qué vais á hacer? Con razon temia madama Belmont vuestros arrebatos.

MR. BELMONT.

¿Con qué derecho venís á impedirme vengar la muerte de mi querida hija?... apartaos.

MR. EVERARD.

Adelaida no ha muerto.

ENRIQUE y PAULINO.

¡Cielos!... ¡qué felicidad!

MR. BELMONT.

Mr. Everard, pretendéis engañarme para impedir mi venganza... pero os juro...

MR. EVERARD.

No os engaño, amigo mio.

MR. BELMONT.

Estos miserables...

MR. EVERARD.

Son inocentes; pues ha sido ella misma segun dice.....

MR. BELMONT.

¿Pero de véras vive Adelaida?... mas no... ¿no la he visto yo mismo sin movimiento, bañada en su propia sangre?

MR. EVERARD.

Afortunadamente el tiro solo maltrató un poco la piel en un hombro, y el aturdimiento y el susto la hicieron caer en tierra desmayada... Por fortuna llegué á tiempo; le apliqué los remedios convenientes, y dentro de un momento vendrá aquí mismo.

MR. BELMONT.

Al fin respiro... ¡Gracias, Dios mio!... ¡qué contento!

PAULINO y ENRIQUE.

¡Ah! ¡cuánto nos alegramos! (*Se acercan á Mr. Belmont y van á tomarle las manos.*)

MR. BELMONT.

Apartaos, monstruos: si mi hija no ha muerto, no tiene que agradecerlo á sus hermanos.

MR. EVERARD.

Os digo que están inocentes. Ella misma dice que jugando...

MR. BELMONT.

¡Conque ella y jugando! ¿De cuando acá las balas no salen rectas? ¿No veis que no podia herirse no apuntándose á sí misma?

MR. EVERARD.

(*Aparte.*) ¡Pues tiene razon! no habia yo caido en ello.

MR. BELMONT.

Y esos pícaros disputando sobre cuál ha sido el autor...

MR. EVERARD.

Nada mas natural que el tratar de disculparse.

MR. BELMONT.

¡Pero si es al contrário! ¡si cada cual se imputa el crímen por recibir el castigo!

MR. EVERARD.

¿Es posible? vamos, generosos muchachos, decid ¿cuál de los dos?...

PAULINO y ENRIQUE.

Yo... yo...

MR. EVERARD.

Pues, amigo mio, este rasgo los hace dignos de vuestro perdon.

ENRIQUE.

Gracias, gracias, Mr. Everard.

PAULINO.

¡Cuánto tenemos que agradecer á vuestra amistad!

ESCENA V

Los mismos y MADAMA BELMONT que trae del brazo á ADELAIDA bastante pálida. Su padre y hermanos corren á abrazarla.

MR. BELMONT.

¡Por fin vuelvo á verte! ¡qué dicha la mia

MADAMA BELMONT.

¡Y yo á mis hijos! ¡cuánto he temido una desgracia!

MR. BELMONT.

Sin la venida de Mr. Everard, no sé lo que hubiera sucedido; pues aunque ya se habia disparado la pistola, y por contenerme Paulino fué no sé dónde la bala destinada á Enrique... No respon-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do yo mismo de lo que hubiera sucedido... No sé lo que iba á hacer en aquel momento de furor.

PAULINO. (*Á Adelaida.*)

¿ Perdonarás mi aturdimiento, hermana mia?... Sí, bien sabes que no ha sido con malicia.

ADELAIDA.

No entiendo lo que dices : ¿ acaso no fuí yo misma la que disparó?...

MR. BELMONT. (*Aparte á Mr. Everard y madama Belmont.*)

Retirémonos de aquí un poco y démosles tiempo para explicarse : entre tanto voy á esconder esas malditas armas donde no vuelvan á ver el sol.

MADAMA BELMONT.

Harás bien; con eso yo estaré mas tranquila.

MR. BELMONT. (*Á sus hijos.*)

Voy á guardar esta pistola, y vuelvo luego á saber quién ha sido la causa del peligro en que se ha visto vuestra hermana. (*Váse con Everard*).

ESCENA VI

MADAMA BELMONT, PAULINO, ENRIQUE Y ADELAIDA.

PAULINO.

¿ Conque no por eso me aborrecerás, hermana mia, no?

MADAMA BELMONT.

Es decir que tú has sido...

ENRIQUE.

No, mamá mia; he sido yo.

ADELAIDA.

Mira, Enrique, mamá es muy tierna para nosotros y debemos decírselo todo. Sí, señora; fué una chanza desgraciada de Paulino; pero en cambio estoy segura de que padeceria mucho al verme caer ensangrentada, y su desesperacion no hubiera tenido límites si yo hubiese llegado á perder la vida.

PAULINO.

Creo que me hubiera quitado la mia, á no ser por el generoso Enrique, el que ademas, cuando entró papá, expuso la suya por librarme.

ENRIQUE.

No hice mas que lo que debia ; y á fe que bien pronto acudiste;

y á no haber sido por ti, el tiro que papá disparó me hubiera evitado el trabajo de sacar mas problemas.

MADAMA BELMONT.

¿ El tiro ?

ENRIQUE.

Sí, señora ; porque papá disparó la pistola, y me hubiera atravesado el pecho si mi buen hermano Paulino no le hubiera asido el brazo y separado la puntería.

ADELAIDA.

¡ Dios mio, de cuántas desgracias nos habéis hoy libertado !

MADAMA BELMONT.

Pues nada hemos oido... Ya se ve, estábamos en las habitaciones de atras. De todos modos demos gracias á Dios, porque nos ha libertado, y porque ha puesto á prueba vuestro amor fraternal. Yo os amo ahora mas que nunca... Pero vuestro padre viene ; si insiste en su idea confesadle la verdad.

ESCENA ÚLTIMA

TODOS.

MR. BELMONT.

¿ Podré ya saber quién fué el temerario ?...

PAULINO. (*De rodillas.*)

Yo, padre mio ; castigadme.

ENRIQUE Y ADELAIDA. (*Lo mismo.*)

Perdonadle, padre mio.

MR. BELMONT.

Levantaos, hijos : casi debiera yo mismo pediros el perdon que solicitáis, por el horrible atentado que me expuse á cometer.

PAULINO.

Papá, yo prometo no tomar las armas sino cuando sea necesario.

MR. BELMONT.

Y yo reprimir los ímpetus de mi cólera.

MADAMA BELMONT.

Si así lo hacéis, este dia será el mas feliz de nuestra vida.

MR. EVERARD.

¡ Qué gloria el tener unos hijos tan generosos, unos tan dignos modelos del amor fraternal !

FIN DEL DRAMA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Acabada la pieza, que fué muy aplaudida, Adela, Enriqueta y Leon, acompañados de la orquesta, cantaron la siguiente felicitacion:

Recibe, padre amado,
la fe tierna y constante
que nuestro afecto amante
te ofrece con candor.

Recibe de tus hijos
los sinceros tributos,
que de tu amor son frutos
y de esa educacion

Que esmerado les diste
con prudencia y desvelo.
Porque el único anhelo
que excita su atencion

Es hoy el complacerte,
servirte, amarte finos,
es ver cual los divinos
avores del Señor

Se fijan en premiarte
con santas bendiciones
las sábias instrucciones
que por su inspiracion

Nos distes cariñoso.
Hoy pues agradecidos
suplicamos rendidos
al sumo Criador,

Que dilatados años
esa apreciable vida
conserve, tan querida
de nuestro fino amor.

Luego bailaron los muchachos una especie de danza alemana, que mereció universal aplauso, con lo cual se dió fin al espectáculo. Palemon lloraba de alegría; abrazó á sus hijos, y dejándolos para que mudasen vestido, volvió con sus amigos á la casa,

donde Marcela habia dispuesto cena para todos, á costa de nuestros muchachos, los cuales luego se presentaron y recibieron mil enhorabuenas de los concurrentes. Presidió en la cena la alegría; Leon al postre recitó una oda, que no puedo ofrecer á mis lectores por no haber logrado copiarla; despues se repitieron las letrillas dirigidas al padre, y por fin se bailó hasta las tres de la mañana, á cuya hora se fueron todos los convidados, y los de casa se retiraron á sus respectivos lechos, llenos de imágenes alegres que les conciliaron el sueño mas dulce y tranquilo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE LII

LA PACIENCIA

Paciente y tranquilo espera
Y sufre la alternativa
Que complaciente ó esquiva
Te acaricia ó desespera.
En tu mente considera
Que tu vida, cual la ajena,
De bienes y males llena
Dispuso la Providencia;
Y que salva la paciencia
Y el necio furor condena.

Muchos dias fué en la granja objeto de la conversacion general la funcion dada por los jóvenos á su padre. Mucho habia agradado á este la composicion de la pieza, que aunque pobre de argumento, tenia un objeto moral y anunciaba un talento precoz en su autor. No obstante, temiendo que llegase á entregarse enteramente á esta ocupacion y por ella descuidase los estudios, le aconsejó que no tomase esta clase de trabajos mas que por puro pasatiempo, pues aunque nada hay mas agradable y penoso que la literatura, es sin embargo una tarea cuyas utilidades no equivalen ni con mucho al trabajo que cuestan.

Hé aquí, hijo mio, añadió Palemon, lo que queria decirte sin amargura ni enfado, y sin pretender imponerte la dura ley de que nada escribas : ¡ no quiera Dios que me aproveche contra ti

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de una ocasion que me ha causado tanto placer! no, amigo mio; lo que hoy te digo, te lo diria en todo tiempo, porque esto no es mas que hacerte presente unas observaciones generales, que no deben aprisionar tu talento, y mucho ménos en unas ocasiones como, por ejemplo, la de mis dias. En semejantes circunstancias serías un ingrato no sacando partido del talento que tienes; pero á no ser para tales objetos, te aconsejo que dejes descansar tu lira, pues otros trabajos te ofrecerán ventajas mas sólidas.

Dicho esto abrazó á Leon, el cual conoció el peso de sus consejos, y le prometió seguir en todo su sabio dictámen, sin dejar de la mano un instante sus ocupaciones ordinarias. Padre é hijo se separaban mutuamente satisfechos, cuando oyeron el ruido de una silla de posta que paró á la puerta de la granja. ¡Que alegría tan grande fué la de ambos al ver desmontar á Mr. de Lonchamps acompañado de un hombre muy anciano, pero cuya fisonomía era la mas animada y respetable! Mr. de Lonchamps abrazó á entrambos diciéndoles: ¡Ved aquí á mi hombre invisible, mi bienhechor, mi segundo padre! ¡mucho me ha atormentado, pero muy grande ha sido la recompensa! Ea, ¿cómo están vuestros amables hijos? este me parece que es Leon: ¡cuánto ha crecido!

Corrió Leon á avisar á sus hermanos la llegada de este hombre extraordinario, y todos acudieron á recibirle y abrazarle, fijando los ojos en el anciano con la mayor curiosidad. Sabian que pasaria algunos dias en la granja, y esperaban impacientes el momento en que, reunidos en el terrazo, se seguiria la historia del hombre invisible. Llegó en fin este deseado instante, y Mr. de Lonchamps se explicó de este modo:

Continuacion de la historia del hombre invisible.

Voy á dar principio á una relacion que, al parecer, deseáis con ansia oir, y luego suplicaré á mi amigo que la finalice, puesto que se acordará mejor que yo de todas las particularidades. Cuando os dejé, hace un año, volví á Paris, adonde era llamado por órden de mi hombre invisible, que, como sabéis, hacia diez años que me seguia por todas partes, sin que yo pudiera verle. En Paris pues fué donde nuevamente me ocurrieron los sucesos mas raros. Llegué á esta capital, y me alojé en una casa de la calle de Vaugirard, muy cerca del teatro de la Comedia francesa. No ignoráis que nunca me faltaba dinero ni alguna de las comodida-

des de la vida; y que solo me afligia el sentimiento de ignorar los secretos de mi familia, y no conocer al hombre que arreglaba mi conducta de un modo tan imperioso. Hacia algun tiempo que se contentaba solo con escribirme de cuando en cuando para ordenarme el lugar donde queria que habitase. Suponiendo yo que continuaria viviendo en Paris, tomé un criado, al que no habia tenido por conveniente confiar mis sucesos, como que nada le interesaban, y porque en su boca podia aventurarse el secreto. Una noche de invierno, cuando volví á mi casa, hallé mucha lumbre en la chimenea, porcion de bujías encendidas, una mesa rodeada de cubiertos, y que mi criado se ocupaba en recogerlos. Le pregunté ¿ha venido alguno? — Vos lo sabréis. — ¿Yo? ¿cómo? — ¡Bueno es por cierto convidar á las gentes y no parecer! — Pues yo ¿á quién he convidado? — Creo que á un anciano muy respetable: dice que es pariente vuestro; y si dijera que padre, lo creeria, segun lo mucho que se os parece. — ¡Válgame Dios!... ya sé quién es... ¿á qué hora ha venido? — Á cosa de las cinco, y hará un cuarto de hora que se ha marchado. Despues de comer, escribió larguísimo rato sobre esa mesa.

Registré los papeles que tenia en ella, y entre ellos hallé este billete:

« Muda al instante de barrio; si viniere á verte un sugeto como » de cuarenta años, alto, seco y rubio, no respondas á sus pre- » guntas sino con alguna ficcion; guárdate de hablar de mí, que » no tardarás en verme. »

Cumplí exactamente esta órden, y por la mañana ajusté una habitacion en la calle de Montmartre, muy contento con la promesa que me hacia el incógnito de manifestarse en breve. Dos dias despues se presentó en mi casa un hombre parecido al que se mencionaba en el billete; y apénas entró me dijo: ¿Vive aquí Mr. de Lonchamps? — Sí, señor. — Sois vos por ventura? — Sí por cierto. — Perdonadme, pues, si en nombre de vuestro difunto padre... — ¿De mi difunto padre? mi padre vive, y me sería muy sensible el no asegurarlo. — ¿No sois el sobrino de Mr. Lerval? — ¿Mr. Lerval? no conozco á nadie de semejante apellido. — Creo que os burláis, porque yo sé muy bien quién sois; á mas de esto, sois tan parecido... — ¿Á mi padre? mucho; pero se halla á mas de cien leguas de aquí, y dudo que le conozcáis. — Sin embargo... — Sin embargo de que me parece que venís equivocado ¿puedo serviros en alguna cosa? decídmelo pronto, porque estoy bastante ocupado. — ¿Intentáis deslumbrarme? ¿os han

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

provenido acerca de mi visita? — ¿Y quién sois vos para hacerme tan indiscretas preguntas? — ¡Temblad de saberlo! — ¿Cómo? ¿amenazas á mí, y en mi propia casa? Salid de ella al instante, hombre imprudente. ¿Por qué razon os dirigís de ese modo á un forastero, que solo ha venido á Paris á negocios particulares? ¿Estáis loco? Miróme el desconocido, y salió diciendo entre dientes algunas expresiones, de las cuales solo percibí: *¡Ah si no estuvieses tan sostenido!*

Este mismo dia pasé á ocupar mi nueva habitacion, que hasta entónces no estuvo dispuesta, y allí recibí una carta de mi invisible, en que me decia que habia respondido muy bien al hombre de la visita, aunque lo habia hecho con un tono demasiado altivo, lo cual le infundió muchas sospechas; pero que pronto se aclararia todo. Algunos dias despues paró á mi puerta un coche, salió de él una señora, subió á mi cuarto, tomó asiento, y me dijo que queria hablarme á solas. Mandé retirar á mi criado, y luego la señora me dijo así: Caballero, vengo á haceros una restitucion. — ¿Á mí, señora? — Sí, señor: yo debia la cantidad de mil y doscientas libras á vuestro padre, que me las prestó bajo recibo, pero despues de su muerte, habiendo experimentado varios contratiempos, no me he visto hasta ahora en disposicion de satisfacer la deuda. — Señora, venís equivocada. — No: vuestro padre tenia mi recibo; pero sin duda le quemó juntamente con los papeles importantes que entregó á las llamas el dia anterior á su muerte; ya veis que estoy bien informada.

Miré atentamente á aquella mujer, que noté se hallaba algo alterada, por lo que esforzando el disimulo, le dije: Repito que os engañáis, pues mi padre... — Ya os he dicho que le conocí: su esposa, que murió al daros la vida, era mi mayor amiga; no gastéis conmigo disimulos, y tomad vuestro dinero.

Tenia aquella mujer el bolsillo en la mano, parecia que sabia todos los secretos de mi familia, y acaso yo por descubrirlos me hubiera descubierto, á no haber oido la voz de mi criado, que en la escalera cantó estos versos:

No cantes, jilguero hermoso,
que descubrirán tu nido
los altivos alcotanes
que te acechan atrevid(

Perdí el color, y la mujer me preguntó si me habia indispues-

to; le respondí que sí, y llamé al criado, que entró al punto. La señora insistió en que tomase la cantidad, y yo la aseguré que se engañaba, porque mi padre vivia; que habia oido hablar de los sucesos de uno que llevaba mi mismo apellido, y que varios me habian tenido por él; pero que en realidad yo era un sugeto recien llegado á Paris, y que tenia la dicha de que todavía existiese mi padre. Al cabo de estas y otras razones, concluí suplicándola me dijese su nombre; pero ella se levantó al parecer muy enojada, y salió diciéndome que era inútil se me diese á conocer, una vez que se habia equivocado.

Apénas se fué, mi criado Fermin, que era muy bueno y me amaba, me abrazó exclamando: ¡Ah señor! ¡qué bien habéis hecho en no dejaros engañar por esa picarona! — ¿Por qué? — Apénas entró cuando.... yo estaba... allí, en la escalera, limpiando el vestido azul.... el que tiene botones de nácar... ¿No sabéis? — Sí, hombre, sí, prosigue. — Pues señor, aquel viejo, que yo creo es vuestro padre, aunque no me lo queréis decir, vino, y hallándome en la escalera, me dijo: ¿estimas á tu amo? — Mucho. — Pues si quieres librarle de un gran peligro, canta en voz alta lo que te diré; yo obedecí, el anciano me dió un luis, y escapó corriendo.

¿Qué nuevo incidente, dije para mí, será este de que he salido con tanta felicidad? ¿conque esta mujer es mi enemiga? ¡este hombre que me sigue á todas partes, de todos se deja ver y conocer ménos de mí que soy sin duda el único objeto de sus cuidados! me llena de beneficios y los extiende aun á los que me sirven; pero no por eso deja de ser cruel mi estado de incertidumbre: ¿cuándo se acabará?

Mas de un mes pasó sin haber ocurrido novedad alguna, y ya empezaba á tranquilizarme. Habituado á los sucesos mas extraordinarios, no me afectaban tanto como al principio. Á la turbacion, al desvelo y á la incertidumbre de mi suerte, á todo me acostumbré; y me entregaba á las diversiones como si tuviera el destino mas feliz y mas asegurado. Mi diversion favorita era el teatro. Fuí á la ópera un dia de mucha concurrencia; concluido el espectáculo salí y tomé el camino de los Boulevards, por hacer algun ejercicio ántes de volver á mi casa; vi bastante gente reunida; estaba conmigo Fermin, que me esperó á la salida del teatro, y le dije: Vé á informarte de lo que hace allí tanta gente. Obedeció el criado, y volvió diciéndome, que era una señora muy bien puesta que se habia desmayado, y la estaban socorriendo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En esto se me acercó un hombre furioso, y exclamó : Ese es el criado de Lonchamps ; le he conocido : ¿ sois vos su amo ? — Yo soy, le respondí. — Traidor, seas el que detesto, ó cualquiera otro, tú ó yo hemos de dejar aquí la vida.

Al punto conocí que era el hombre que me habia visitado, y le dije : ¿ Qué significa ese arrebato ? — Voy á perder á mi esposa ; allí, allí está espirando, y tú y los tuyos sois la causa. — ¿ Yo ? explicaos. — No tengo que dar explicaciones.

Echó mano á la espada, y como yo no la llevaba, paré sus golpes con el baston : al momento nos rodeó un tropel de gente : Fermin se abrazó con mi enemigo, le separó á un lado y le echó en el suelo. Yo, viendo esta escena, estaba inmóvil, cuando sentí que me ponian disimuladamente un papel en la mano. Quedé asombrado, y mucho mas al reparar que solo me rodeaban gentes mal vestidas, que habian acudido al ruido : abrí el papel, y á la luz de un reverbero, hallé escrito con lápiz lo siguiente :

« Huye, sube en un coche pajizo que hallarás en el rincon de » la calle Granje-Bateliere, y serás conducido á parte segura. »

Atónito con este nuevo aviso, quise buscar al que me le daba, cuando se acercó Fermin apresurado, y me dijo : Señor, retirémonos ; el viejo del otro dia me lo ha encargado. — ¿ Dónde está ? — Se lleva á vuestro contrário, el cual parece que le respeta mucho. — ¿ Hácia dónde han tomado ? — ¡ Bravo ! ¡ á buena hora ! ya estarán muy léjos de aqui, porque habiéndose metido ambos en un coche, juntamente con la mujer del desmayo, han echado á correr cuanto era posible.

Yo no sabía lo que me pasaba ; Fermin me guió, y como á una máquina me condujo á la calle Granje-Bateliere, donde en efecto hallámos el insinuado coche, que no dudé sería propio de mi invisible, ni que probablemente queria llevarme á su casa y manifestárseme allí. Miéntras yo reflexionaba esto, me dijo el cochero : Vos sois es el que espero ; subid pronto y marchemos. Dicho esto, abrió la portezuela, me dió el brazo, tomé asiento, Fermin se puso á la trasera, y partió el coche como un rayo. Acaso, amigos mios, extrañaréis mi confianza, que en efecto parece peligrosa ; pero yo no dudaba que todo era disposicion de mi bienhechor, y por eso procedí con tanta resolucion. Este respetable anciano habia hablado con Fermin, y yo no podia resistirme á sus consejos. Advertí que me hicieron atravesar todo Paris ; despues me llevaron por mil rodeos ; y conociendo que esto era precaucion por si me seguian, se me ocurrieron muy tristes reflexiones. ¿ Quién soy yo ? dije para mí ; ¿ en qué he ofendido á los malvados que me persiguen ? El hombre bárbaro, que me ha asaltado esta noche, atribuye á mis parientes y á mí las desgracias de su esposa ; mi protector dice que llevo sobre mi frente el sello del deshonor ; ¿ qué desdichas son las que rodearon mi cuna ? ¿ qué vida de novela es la mia ? Ya hace diez años que sufro los vaivenes de una suerte injusta, acaso mas por el capricho que por el odio legítimo de los hombres. No sé quién soy, ni á quién pertenezco, ni dónde he nacido, ni me reclama la sociedad. ¿ Cuándo se acabarán tantas incertidumbres y persecuciones ? ¡ hombres crueles, terminad de una vez mis fatigas ! ¡ decidme cuáles son mis crímenes, y vengaos si os he ofendido ! ¿ Pero quién es mi enemigo ? ¿ por qué no recurre á las leyes ? ¿ y por qué me quitan la facultad de implorarlas en mi favor ? El bárbaro que queria asesinarme, y la mujer desmayada, ¿ qué tienen que imputarme ? Pero ellos conocen á mi invisible ; le manifiestan respeto, y entran juntos en un coche : ¡ qué misterio tan profundo ! ¿ cuándo será el dia en que le descubra ?

Haciendo estas reflexiones y otras aun mas amargas, reparé que el coche paraba á la puerta de una casa de campo, simple y aislada, cuyo exterior me era absolutamente desconocido, y tambien sus inmediaciones. Desmontó el cochero, llamó á la cochera, le abrieron, entró, cerró la puerta por dentro, y me dejó en el coche. Fermin me abrió la portezuela, y al instante le mandé que se informara de alguno quién era el dueño de la casa en que estábamos. En esto se abrió enteramente la cochera, se presentó el cochero que me habia traido, é hizo entrar el coche en un patio muy vasto. Un anciano, que parecia ser conserje, se presentó tambien, y con mucha urbanidad me rogó que entrase en una sala baja, donde hallé luz y lumbre. Mi criado quiso salir ; pero le encargaron que me hiciese compañía, y estuvimos los dos cerca de una hora sin que nadie apareciese. Vinieron luego el anciano y el cochero, dispusieron una mesa muy cómoda y me sirvieron una excelente cena. Preguntéles en qué casa estaba, y el nombre de su amo ; pero con mucha sumision me respondieron que tenian órden de no contestar á mis preguntas. Cené, pues, Fermin hizo lo mismo junto á mí ; y despues enseñándonos las camas que debíamos ocupar, se retiraron.

Fermin y yo nos mirábamos atónitos ; no sabíamos si nos hallábamos en algun sitio encantado. El criado, que ignoraba mis sucesos, empezó á asustarse ; y como ya tenia en él mucha confian-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za, le participé cuanto me habia ocurrido. Quedó el pobre mozo tan asombrado, que no podia hablar; pero me prometió secreto y cuanto de él dependiese. Esta conversacion nos ocupó bastante tiempo; y apénas la habíamos concluido, cuando oimos entrar un coche, y luego una voz que conocí era la de mi invisible, preguntó al conserje: ¿Ha llegado? — Sí, señor. — Bueno.

Calló mi invisible, y en vano esperé que se presentara; el gran silencio que luego reinó en la casa me persuadió de que todos se habian acostado. Yo tambien me entregué al sueño, tranquilo en cuanto á mi seguridad, y persuadido que á la mañana siguiente veria á mi favorecedor, que sin duda se habria retirado por hallarse muy fatigado y no ser ya hora de hablar. Estábamos en el rigor del invierno, cuando las noches son tan largas; yo no sabia qué hora era, cuando sentí que alguno me tocaba. La oscuridad mas grande reinaba en la estancia; pero al punto me incorporé, y con tono amenazador y resuelto dije: ¿Quién vá? — Yo soy, Lonchamps, tu amigo, tu protector, y tu desdichado pariente.

Era en efecto mi invisible. ¿Vos, le dije, pariente mio? — Sí, lo soy, y tambien tu único apoyo, pues á no ser por mí, mucho tiempo há que no existieras. — ¿Qué decís? ¿pues quién persigue mi vida. — Dos personas, á las cuales has hecho infelices. — ¿Yo? ¿cómo? — Algun dia lo sabrás, y te llenarás de horror: oye ahora, que los momentos son preciosos. Luego irás á ocupar una casa que he alquilado para ti, situada al fin de la calle del Infierno, y es la última á la izquierda: tomarás el nombre de Vertange, y no saldrás hasta que yo te avise. — Pero por Dios, que me digáis el secreto de... — Es imposible, te perderias y aumentarias mis infortunios. Vendrá un tiempo, y acaso no está distante, en que lo sepas todo; diez años há que trabajo en preparar este feliz instante; pero no ha llegado todavía, aunque no puede tardar. Á un tiempo mismo sabrás tus desgracias y tu felicidad, porque serás el hombre mas dichoso: entónces te agradecerás á ti mismo tu sumision y paciencia. Levántate, despierta á tu criado, y parte al momento. — Por compasion ¡oh vos! á quien oigo con tanto placer, permitidme mirar vuestra respetable presencia: concededme que vea un semblante en que sin duda están impresas la dulzura y la bondad que os caracterizan. — Todavía no puedo complacerte; algun dia sabrás los motivos. Ademas ¿qué te importa el verme ó no? ¿no me encuentras siempre á tu lado, cuando ménos lo piensas? Ayer mismo ¿no te entregué el favorable

billete que te ordenaba tomases mi coche y huyeses? Junto á ti estaba, al tiempo de tu pendencia con el insensato que... — ¿Y quién es aquel bárbaro? — No te lo puedo decir. Á Dios, á Dios, querido Lonchamps: parte ántes que amanezca, si quieres complacerme; y sobre todo, guárdate de hacer preguntas á mis criados, pues te expones, y nada sabrás. Abraza á tu protector, y cuenta siempre con él.

Abracé á este hombre admirable que me imponia respeto y silencio; no tuve valor para decirle mas, y le oí cerrar tras sí la puerta de la sala en que yo me hallaba. Muy poco despues entró el conserje con la luz, y me dijo que el coche estaba ya aguardando. Resignado á cumplir hasta los mas leves preceptos de mi protector, que se me hacia invisible mas que nunca, me vestí; y lo mismo hizo Fermin, que lo habia oido todo, sin valor para moverse durante nuestra conversacion. No sin admiracion hallé sobre mi cama un saco de dinero, con esta inscripcion: *Regalo hecho á la docilidad;* lo tomé, y juntamente con Fermin ocupé el coche. Todavía estaba demasiado oscuro para que yo pudiese distinguir los objetos; el cochero con toda cautela dió mil vueltas y revueltas, luego entrámos en Paris, que atravesámos al amanecer, y llegámos al principio de la calle del Infierno, donde nos hizo apear el cochero, diciendo que tenia órden para no llevarnos mas adelante. Quise gratificarle, pero nada admitió y desapareció al momento. Quedé pues solo con Fermin, y como tenia bien presentes las señas, no tardé en hallar la casa. Llamé; salió á responderme una mujer á quien dije: ¿No es esta la habitacion destinada á Mr. de Vertange? — Sí, senor, aquí es, y apuesto á que vos sois el que viene á ocuparla. — ¿En qué lo conocéis? — En que me han dado muy bien vuestras señas, y porque os parecéis mucho al anciano que ha venido á ajustar la casa, pagando adelantado medio año. La habitacion es bonita y muy bien amueblada; creo que os hallaréis contento; venid y la veréis toda. — ¿No hay otros inquilinos? — No, señor, los dos estaremos solos en la casa, y en ella os serviré con todo el esmero de que soy capaz.

En efecto, la casa me pareció como la mujer me la habia pintado: luego que hube descansado un rato, envié á Fermin á traer todos mis efectos que habia dejado en la habitacion de la calle de Montmartre, donde con mi firma se lo entregaron todo. Viví algunos meses tranquilo en este nuevo asilo. Salia muy poco, siempre de noche, y creia que ya estaba libre de la persecucion de mis enemigos, cuando una nueva desgracia me puso á discrecion de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN © DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

estos. Ya he dicho que en mí el teatro era la pasion dominante; pero hacia mucho tiempo que no disfrutaba de este placer; la vida sedentaria que llevaba era demasiado monótona, para no acordarme de mis antiguas diversiones; y como las noches eran tan largas, creí que nada me arriesgaba saliendo y volviendo de noche á mi casa. Una de ellas dije á mi crado que se quedase en casa y me esperase en ella; y como la noche estaba muy oscura me determiné á ir á la comedia; tomé un billete, y me puse en el rincon mas oscuro del teatro. Por casualidad un ratero se habia colocado junto á mí; quiso robarme, mas le cogí con la mano metida en mi faltriquera, por lo cual no pude ménos de exclamar: *¡Ah pícaro ladron!* Este quiso escaparse, pero yo le sujeté; el ruido llamó hácia nosotros toda la atencion de la concurrencia; llegó la guardia, se apoderó del ladron, y me mandaron que les siguiese para prestar mi declaracion. Verificóse esta en el cuerpo de guardia, y concluida volví á entrar en el teatro, donde ocupé diverso sitio, porque el anterior lo estaba por otro. No dejé despues de conocer la imprudencia que habia cometido, haciéndome notar de todo el mundo; pero terrible casualidad será, dije para mí, que mis enemigos precisamente concurran al teatro en el mismo dia que yo, cuando no he venido en tanto tiempo. Sin embargo de esta reflexion, me propuse tomar un fiacre al salir; pero me costó mucho trabajo, proque llovia y todos buscaban carruaje. Al cabo pude apoderarme de uno; no quise decir en alta voz al cochero el lugar de mi domicilio, porque mi intencion era hacerle rodear un poco por las calles para deslumbrar á los que podrian seguirme, y le mandé que se encaminase á la calle de San Florentin. Obedeció el cochero; mas á breve rato noté que el fiacre se paró, el cochero desmontó, y me dijo que no podia proseguir, porque los dos caballos se habian desherrado, y uno de ellos estaba muy enfermo. Conocí que no era verdad lo que exponia, y así le amenacé, le rogué, pero en vano. Al fin, cansado de su obstinacion, bajé del fiacre, determinado á castigar al cochero, cuando dos ó tres hombres, que no habia visto, y estaban á la trasera del fiacre, se arrojaron furiosos sobre mí, y me metieron dentro de una casa. Clamé, pero en vano; quise usar del baston, única arma que tenia, y me lo quitaron, asegurándome que no era su intento hacerme mal, sino únicamente que hablase con les señores de la casa. — ¿Dónde están? — Subid.

Acompañáronme estos hombres, y entré en una sala, donde vi al hombre alto y seco, y á la mujer de la fingida restitucion. In-

fames, les dije, ¿qué queréis de mí despues de haber seducido á mi cochero para esta maldad? ¿queréis mi vida? pues yo la venderé bien cara. — Solo os pedimos, dijo el hombre, una confesion sencilla y verdadera. — Aunque tuviera que hacerla, vuestra bárbara violencia me empeñaria en el silencio. — Monstruo, dijo la mujer con furibundos ojos, y sacando una pistola, habla, declara, ó de no hacerlo soy capaz de abrasarte las entrañas. — ¡Horrorosa persecucion! ¿qué queréis que os diga? Yo no puedo sino repetiros lo que os dije á cada uno cuando fuisteis separadamente á visitarme con falsas suposiciones. Estáis empeñados en que yo sea el Lonchamps que detestáis, no sé por qué; y ya os he dicho, y repito, que yo soy de una familia que ninguna relacion tiene con vosotros. — Siendo así, ¿por qué cada dia estáis mudando de habitacion? ¿por qué os ocultáis con tanto cuidado? Sin duda alguno os aconseja y precisa á callar la verdad: ¿no sois hijo del Lonchamps que murió en Paris hace diez años, y la víspera de su muerte quemó todos sus papeles? Estos, estos papeles principalmente necesitamos saber si se quemaron todos, pues sospechamos que vos preservasteis de las llamas y poseéis los mas preciosos, de los cuales depende el honor de nuestra familia. Si tenéis estas horribles pruebas del crímen mas atroz, si están en vuestro poder, entregádnoslos y hallaréis en nosotros unos parientes afectuosos, en vez de unos implacables enemigos. — ¿Conque sois parientes mios?...

Casi iba á descubrirme, haciendo mil preguntas indiscretas, cuando reflexioné que estas gentes podian suponer cualquiera mentira, con ánimo de sondearme; y no hice mas que repetir que no conocia en Paris pariente alguno. — No quiere declarar, dijo el hombre; y la mujer añadió: Mr. de Lerval es quien le aconseja y protege. — ¿Mi tio? no es posible. — Ya es forzoso acudir al último recurso.

Al oir esto, me estremecí y mucho mas cuando me hicieron entrar en una gran sala entapizada de negro. En medio habia una gran tumba, y alrededor colgados varios retratos, en los cuales vi el de mi madre, que conocí por su semejanza con el que me habia dado en miniatura mi invisible. — Ved á vuestra madre, dijo el hombre: ¿podréia desconocerla? (*Nada respondí.*) ¿podréis no reconocer en este otro retrato á vuestro padre? (*Lo era en efecto, pero proseguí callando.*) ¿y no veis en este á Mr. de Lerval vuestro tio?

Este último retrato era de un anciano, cuyas facciones se ase-

mejaban mucho á las mias, y desde luego conocí que era mi protector; le estuve mirando silencioso hasta que el hombre prosiguió: ¿No conocéis todas estas personas? ¿pues de qué sirve callar? os aseguro que no saldréis de aquí sin jurar primero que nos entregaréis los papeles que habéis hallado en casa de vuestro padre, y cuya contínua lectura era el tormento de su vida. No hay remedio; sed sincero y confiado, y desde luego, abjurando nuestro odio, seremos vuestros mejores amigos.

¡Qué terrible situacion la mia! Impelido por una parte del deseo de conocer los secretos de mi familia, que estos podian revelarme, y por otra sometido ciegamente al plan de conducta que me habia prescrito el invisible Mr. de Lerval, no sabia qué partido tomar. Si hablaba, tal vez perdia la proteccion del hombre mas generoso, y probablemente me entregaba á unos mortales enemigos. Si callaba, encendia con mas vigor la cólera de estos, que á pesar de mis negativas estaban empeñados en que yo era el que en efecto buscaban. ¿Qué habia de hacer? Mi confesion casi estaba ya en mis labios; y tal vez me hubiera perdido, si mis dos contrarios no hubiesen oido en el cuarto contiguo una voz que los intimidó. Esta voz era la de mi favorecedor, que sin duda decia á algun criado de confianza: ¿Pero es posible que tengan tan poco juicio? ¿conque no dejarán en paz á ninguno que se apellide del mismo modo? Ya les he dicho que el Lonchamps que buscan, hace años que murió en nuestras colonias.

Despues de estas razones, pronunciadas con fuerza, se abrió una puerta, y yo esperaba ver entrar á Mr. de Levral, lo que deseaba ardientemente; pero me engañó el deseo, y solo entró un criado muy viejo que en alta voz dijo á sus amos: Mr. de Lerval quiere hablaros á los dos en secreto.

Siguieron aquellos tigres al criado, y yo quedé solo en este lugar fúnebre, iluminado por una lámpara propiamente sepulcral. La tumba y los retratos fijaron mi atencion, particularmente el de Mr. de Lerval, que era mi tio, y sin duda lo era tambien de mis crueles enemigos. Ya comenzaba á descubrirse un poco este misterio impenetrable hasta entónces; se acababa de correr una pequeña parte del velo que me ocultaba los secretos de mi familia, pero ignoraba todavía los motivos que animaban contra mí á estas perversas gentes. Aun en el supuesto de que yo poseyese los papeles que pedian, y que habian sido el contínuo martirio de mi padre, ¿qué interes podian tener en quitármelos, y de qué era yo culpable para con ellos? En fin, decia yo, puede que vuel-

van con Mr. de Lerval; y sin duda toco ya en el desenlace de este maravilloso suceso. ¡Vana esperanza! Al cabo de una hora se me presentó el anciano criado, y me dijo que podia retirarme. — ¿Pues qué, no veré?... — Esta es la órden que me han dado; no puedo deciros mas.

Conocí que desagradaria á mi bienhechor si hacia preguntas, y hallando las puertas libres sa'. á la calle, donde vi al mismo cochero y coche que me habia conducido á la casa de campo de mi invisible. Subid, señor, me dijo el cochero, y os llevaré á vuestra casa; acepté el ofrecimiento, y volví á mi casa donde hallé á mi pobre Fermin desesperado por mi tardanza. Referíle este último lance, y me aconsejó que no saliese hasta tener para ello órden expresa de mi tio. Poco tardé en recibir un billete, donde me decia:

« Amado sobrino (porque y sabes quién soy) con mucha ale-
» gría te participo que tus desgracias van á terminarse: no tar-
» darás en verme y te instruirás de todo. Mañana á las doce en
» punto irás á misa á los Carmelitas de la calle de Vaugirard,
» donde verás á una jóven, vestida de blanco, acompañada de una
» criada anciana en traje de luto. Hazte cargo de ella, pero no
» le hables. Pronto sabrás mis intenciones. »

Cumplí á la letra lo prevenido en el papel, pero no encontré en el sitio indicado á la jóven que esperaba. Ya iba á retirarme de muy mal humor, cuando efectivamente vi entrar una señorita como de diez y siete años, sobre poco mas ó ménos, con su criada vestida de luto; seguíla sin afectacion: la miré mucho, y observé que ella tambien me miraba con atencion. Salió de la iglesia, yo la fuí siguiendo un rato, y reparé que se volvió á mirarme repetidas veces, hablando al mismo tiempo misteriosamente con la criada. Bien podia haberla seguido hasta ver donde paraban; pero creí que esto seria ofender la delicadeza y confianza de mi tio, por lo que me pareció mejor echar por otro lado y retirarme á mi casa, donde esperé con impaciencia la explicacion de esta aventura. Recibí un nuevo billete de mi tio, que me preguntaba qué tal me parecia la señorita que habia visto, y si mi corazon se hallaba libre. Respondíle que, ocupado hasta entónces con mis infortunios, no habia tenido gusto ni tiempo para pensar en amores, que me hallaba con plena libertad de corazon, y que si alguna persona podia triunfar de mi indiferencia, seria seguramente la amable señorita que habia fijado mi atencion en el Cármen.

Entregué esta contestacion al que me habia traido el billete, y

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

apénas se fué, dije para mí : Yo creo que todo esto se reduce á que me case; mas no consentiré en ello, hasta que me expliquen el enigma que tantos años hace me atormenta... ¿Pero acaso presumiré que mi tio, que me ha dado tantas pruebas de ternura, quiera ligarme con las cadenas de himeneo, sin quebrantar ántes las de las desgraciasque me esclavizan? Mi tio es demasiado prudente y experimentado para obligarme ligeramente á hacer una cosa de la cual depende toda mi dicha. Esperaré, pues, sin olvidarme nunca de que me ha encargado confianza ciega, sumision y docilidad. De este modo, me dijo, llegarás á perfeccionar tu fortuna; y parece se acerca ya este tiempo.

Por fin, dos meses despues llegó el tan deseado momento que debia fijar mi destino. Una mañana, que me disponia á escribir várias observaciones que habia hecho acerca de diferentes libros científicos que continuamente leia, quedé atónito de ver entrar en mi cuarto al cochero de mi tio que me habia conducido á la casa de campo. Señor, me dijo, de parte de vuestro tio vengo á llevaros; pero ántes es preciso que os sirváis recoger todo cuanto fuere vuestro, porque no volveréis aquí. — ¿Pues adónde me lleváis? — Nada temáis : os espera una dicha superior á vuestra imaginacion. — ¿Cómo?... explicadme... — Os suplico que no me hagáis pregunta alguna, pues no podré contestaros; el tiempo os dará á conocer lo justo de mi reserva, y la fidelidad de un criado que ama cordialmente á su amo.

En efecto, este cochero tenia una fisonomía tan franca, que anunciaba una completa probidad; no quise insistir preguntándole, llamé á Fermin, y acostumbrado á obedecer en todo ciegamente los menores preceptos de mi protector, ayudé á mi criado á recoger todo lo que me pertenecia. Saltaba de contento Fermin, porque estada creyendo que iban á finalizar mis males; yo no tenia tanta confianza como él, y sin embargo su alegría disipaba mi agitacion é inquietud. Cuando todo estuvo arreglado, llamé á la mujer que me habia asistido, y me despedí de ella recompensándola liberalmente. Encontré á la puerta el coche pajizo, subí en él con Fermin, y el cochero partió como un rayo. Vi quesalíamos de Paris, y al cabo de algun tiempo reconocí la aldea de Bagneux que atravesámos, y al lado opuesto la casa de campo de mi tio, en la cual paró. Mi corazon sintió una extraordinaria alegría, porque pensé que venia á habitar en esta casa, donde ya ántes habia estado, y á conocer en ella al respetable anciano, cuyas facciones, aunque solo las habia visto pintadas, estaban profundamente gra-

badas en mi corazon. Me apeé, me recibió el viejo conserje, y me hizó entrar en la misma sala que ántes habia ocupado. Pregunté por mi tio, y me respondieron que solo en mí consistia el verle prontamente. — Pues si solo consiste en mí, decidme ¿qué debo hacer? Pronto lo sabréis. Trajo Fermin todos mis efectos á la misma estancia, donde me sirvieron un excelente almuerzo del que tambien participó mi criado, el cual me dijo al oído : Ánimo, señor, toda la casa está en movimiento, y creo que os preparan alguna gran funcion.

Aunque siempre admirado de la ausencia de mi tio, almorcé con buen apetito; despues se presentó el conserje y me dijo que le siguiera. Hícelo, y con grande admiracion mia, me llevó á una estancia muy separada del cuerpo principal de la casa, abrió una puerta y entré con él en un oratario, donde hallé á un sacerdote revistiéndose para decir misa. Fermin, que tambien me habia seguido, se quedó hecho una estatua. Miéntras yo examinaba várias personas desconocidas, sentadas en dos bancos que habia en el oratorio, por si entre ellas distinguia á mi tio, el sacerdote, dirigiéndose á mí, me dijo : Caballero : ¿estáis dispuesto á seguir enteramente la voluntad de vuestro tio? — ¿Pudiera yo hacer otra cosa, despues de tan repetidas finezas como le debo? — Pues sabed que sois amado de una jóven, que solo una vez os ha visto, y vuestro tio desea que sea esposa vuestra. — ¿Es posible?.. — Yo, señor, solo he venido aquí para daros la bendicion nupcial, con las licencias correspondientes. — Á la verdad que el casarse sin saber con quién, es una cosa... — Vos obraréis segun mejor os parezca. — ¡Ah! ya penetro quién es esa señorita, y á la verdad sería preciso tener un corazon de hielo para no amarla. — Siendo así preparaos á la piadosa ceremonia que va á celebrarse. — Pero... — En ello consiste qne hoy mismo acaben todos vuestros males. — ¿Y sabré?... — Todo. — ¿Y mi tio? — Ya le veréis. — ¿Cómo no está aquí? — Sed dócil, y se correrá enteramente el velo que tanto afan tenéis de alzar.

Iba á añadir otras preguntas, que manifestaban mi curiosidad é incertidumbre, cuando la jóven con quien querian casarme de un modo tan raro, se presentó con la misma criada que la habia acompañado en el Cármen. Estaba vestida sin profusion, pero con la mayor elegancia y decencia. Añadid á esto una figura bellísima, una modestia encantadora, y el virginal pudor coloreando su hermoso rostro; en una palabra, figuraos la mujer mas perfecta de la tierra, y tendréis una idea adecuada de aquella jó-

ven maravillosa. Enmudecí de admiracion, y no pensé mas que en la felicidad de poseer tantas gracias; ni aun tuve la curiosidad de preguntar su nombre. ¡ Ah, señor! dije al sacerdote, estoy pronto á contraer el lazo eterno : el premio de mi sumision es muy lisonjero. Entónces el sacerdote dirigiéndose á la jóven, le dijo : Señorita, ¿estáis conforme en recibir por esposo vuestro á este caballero? — Mi obligacion sobraba para hacerme obediente; pero debo confesar que mi corazon me hace conocer un sentimiento nuevo, que hará sin duda feliz mi obediencia.

Dejóme embelesado esta respuesta tierna al paso que decente. Nos arrodillámos junto al altar, y el sacerdote formalizó la ceremonia; apénas pronunciámos el sí irrevocable, cuando se abrió una puerta, y salió por ella un anciano, que al instante conocí era mi tio. Corrió hácia mí, y estrechándome en sus brazos, exclamó : ¡ Por fin, ya no soy invisible á tus ojos! ¡podemos vernos libremente uno á otro! Ven, amado Lonchamps, abraza nuevamente á tu padre. — ¿Á mi padre? — Hoy has llegado á ser hijo mio casándote con mi hija. — ¿Con vuestra hija? ¡oh felicidad! — Sí, amigo mio : ved aquí descubierta una parte de mis secretos. Mi amada Lucía es la que acabas de recibir por esposa : díme, ¿era posible hacerte un regalo mas precioso, y darte mayor prueba de mi ternura? — ¿Cómo la he podido merecer? — Á fuerza de docilidad y paciencia en tus infortunios, que desde este punto finalizan, porque este matrimonio te reconcilia para siempre con tus enemigos. — ¿Pero por qué?.... — Acabemos lo principal; luego te contaré la historia mas rara, y sabrás por qué he observado contigo tan extraordinaria conducta, de la cual, aunque fatigosa, quedo enteramente recompensado.

Mr. de Lerval, rebosando alegría, se puso á mi lado; el sacerdote dijo la misa; y cuando ya estuvo todo concluido, abracé á mi tio, á Fermin, al conserje, á todos : luego pasámos á una sala, donde entraron recado de Mr. y madama Dercour, que venian á ver á mi tio. Este me hizo entrar en un gabinete inmediato, diciéndome : Esta es la última experiencia de tu docilidad : te presentarás cuando yo te avise, y conocerás estas gentes á quienes trataré como merecen.

Entré pues en el gabinete, desde donde podia oir y ver cuanto pasaba. Entraron Mr. y madama Dercour en quienes reconocí á mis perseguidores. Perdonad, tio, dijo Mr. Dercour, si venimos tan tarde, porque nos han detenido negocios importantes. ¿Se ha celebrado ya la ceremonia? ¿está ya mi prima casada? — Sí, señor; y os confieso que admiro el poco interes que habéis manifestado en asistir á un acto en que consiste su felicidad. — Pero, señor, dijo madama Dercour, ¡ habéis hecho tal misterio en ocultar el esposo de Lucia!... Entre parientes creo que debe haber mas confianza. Ignoramos absolutamente quién es el dichoso... pero pues le habéis elegido para yerno, sin duda será digno de toda nuestra estimacion. — Sin duda, un hombre á quien he creido digno de ser esposo de mi hija, debe merecer vuestro afecto; bastante infeliz ha sido, vosotros habéis tenido la culpa. — ¡ Nosotros! — Vosotros. Es cierto que yo tambien le aborrecí desde que nació; pero despues la edad, la experiencia, la razon y sus cualidades morales han desvanecido en mí un odio injusto. Sin dejar de ser fiel al juramento que hice á vuestro desdichado padre, he sabido conciliar la fe del juramento y la indignacion que me inspiraban tantas desgracias, con la justicia, la delicadeza y la sensibilidad. En una palabra, he confundido todo el odio en un lazo que debe sofocar tan funesta pasion, adoptando por hijo á este jóven aborrecido, que ahora debe ser amigo vuestro. — Ese modo de hablar... ¿qué debemos pensar?... — Que el Lonchamps, á quien tanto habéis detestado, no ha muerto en nuestras colonias, como yo os he dicho; que vuestras sospechas acerca del que habéis perseguido, eran fundadas; que sin cesar he procurado destruirlas, temiendo que os arrojaseis á algun atroz exceso; y en fin, que este primo vuestro y objeto infeliz de vuestro enojo, es hoy esposo de mi hija. — ¿ Qué oigo? — Preséntate, hijo mio : ven á hacer la paz con dos parientes injustos, que te amarian si te conociesen tan á fondo como yo.

Salí del gabinete, y al verme Mr. y madama Dercour se turbaron, perdieron el color, y no se atrevian á mirarme. Ignoro, les dije, los motivos que me han acarreado vuestro odio, pues al parecer me aborrecéis desde la cuna sin haberlo merecido. La Providencia, que nunca abandona á los inocentes, me ha proporcionado la proteccion del hombre mas generoso, á quien debo el no haber caido en los lazos que me habéis tendido, y el no verme ya en adelante expuesto á vuestro furor. Mucho mas le debo aun, pues mucho mas es el haberme hecho dueño de tan digna esposa. Espero de vuestra justicia que me hagáis conocer los agravios para repararlos, ó que desde este punto olvidéis cualquiera motivo de resentimiento, como yo olvidaré mis justas quejas. Miradme como pariente y amigo vuestro, ó huid de mí para siempre : si no puedo atraerme vuestro afecto, soy muy capaz de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contrastar vuestra enemistad. — Pero, señor, los papeles... —Esos papeles que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dejado; y cuando los tuviera, ¿no está tan interesado actualmente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo mas, sino que Lonchamps es mi hijo; ved si queréis, siendo enemigos suyos, perder mi afecto, y exponeros á todas las consecuencias de mi indignacion. Ya me entendéis : responded.

Pronunció Mr. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecer á aquellos malvados. Se miraron; y luego, acercándose á mí, me abrazaron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no nos dejámos alucinar de su hipocresía, pues se veian precisados á conducirse así por lo que luego sabréis; pero se portaron bastante bien todo aquel dia que pasé en regocijos hablando con mi esposa, en la cual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmieron aquella noche en nuestra casa; y á la mañana siguiente Mr. de Lerval les enseñó una escritura que habia hecho algunos dias ántes, por la cual les cedia la cuarta parte de sus bienes, otra igual á mi esposa, reservándose él la mitad por los dias de su vida, pasados los cuales, nos dejaba por herederos. Mis dos perversos primos se retiraron muy satisfechos de esta disposicion; y debo confesar que aunque los he tratado muy poco, nunca he experimentado mal proceder de su parte.

Permanecimos algunos dias en la casa de campo, y volvimos á Paris, donde Mr. de Lerval nos dió habitacion en su misma casa. Seis meses hace, amigos mios, que soy feliz esposo, y dentro de cuatro espero ser padre : ¡ juzgad cuál será mi alegría! Mi padre y yo tenemos que comprar várias tierras en esta comarca, y he querido venir en su compañía á veros, para cumplir mi promesa y satisfacer mi cariño. Mucho os queda por saber de mi historia; pero mañana la referirá mi padre, y sabréis las desgracias de mi familia y los motivos de la conducta de mi hombre invisible. Delante le tenéis; contemplad bien al que tanto me ha favorecido, y que ha sido objeto de vuestra curiosidad. ¡ Ojalá que hubiese podido yo verle y abrazarle mucho tiempo ántes!

Calló Mr. de Lonchamps, y los hijos de Palemon abrazaron á aquel anciano, que les inspiraba sin embargo una especie de respeto que algo participaba de terror. Para disiparle enteramente era preciso saber sus aventuras, y esto habia de verificarse á la tarde siguiente.

TARDE LIII

EL FALSO HONOR

No es mas honrado el potente
De oropeles rodeado
Y en el vicio encenagado,
Que el artesano indigente,
Á las leyes obediente,
Padre amante y fiel esposo,
Que á la patria hace gustoso
Servicios de gran valía.
Es mas honrado á fe mia,
Y aun mas noble, el mas virtuoso.

Continúa la historia del hombre invisible.

Sentados al dia siguiente bajo el emparrado, Mr. de Lerval empezó su narracion de esta manera : Hasta ayer, buen Palemon, no os conocia, ni tampoco á vuestros hijos, sino por los elogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto y os amo; es decir, que en adelante podéis mirarme como un amigo fiel y sincero. No me habéis conocido sino por una relacion, que tal vez no me hacia demasiado honor; y cuando Lonchamps, en el anterior estío, os contó una parte de sus desgracias, debisteis mirar al hombre invisible, que le seguia por todas partes y le prescribia los preceptos mas extravagantes, como á un loco que reducia á prác-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contrastar vuestra enemistad. — Pero, señor, los papeles... —Esos papeles que tanto os inquietan, no los ha visto entre los que su padre le ha dejado; y cuando los tuviera, ¿no está tan interesado actualmente como vosotros en sepultarlos para siempre? No os digo mas, sino que Lonchamps es mi hijo; ved si queréis, siendo enemigos suyos, perder mi afecto, y exponeros á todas las consecuencias de mi indignacion. Ya me entendéis : responded.

Pronunció Mr. de Lerval estas últimas palabras con un tono que hizo estremecer á aquellos malvados. Se miraron; y luego, acercándose á mí, me abrazaron llamándome su amado primo. Mi suegro y yo no nos dejámos alucinar de su hipocresía, pues se veian precisados á conducirse así por lo que luego sabréis; pero se portaron bastante bien todo aquel dia que pasé en regocijos hablando con mi esposa, en la cual descubrí desde luego un talento nada vulgar. Mis primos durmieron aquella noche en nuestra casa; y á la mañana siguiente Mr. de Lerval les enseñó una escritura que habia hecho algunos dias ántes, por la cual les cedia la cuarta parte de sus bienes, otra igual á mi esposa, reservándose él la mitad por los dias de su vida, pasados los cuales, nos dejaba por herederos. Mis dos perversos primos se retiraron muy satisfechos de esta disposicion; y debo confesar que aunque los he tratado muy poco, nunca he experimentado mal proceder de su parte.

Permanecimos algunos dias en la casa de campo, y volvimos á Paris, donde Mr. de Lerval nos dió habitacion en su misma casa. Seis meses hace, amigos mios, que soy feliz esposo, y dentro de cuatro espero ser padre : ¡ juzgad cuál será mi alegría! Mi padre y yo tenemos que comprar várias tierras en esta comarca, y he querido venir en su compañía á veros, para cumplir mi promesa y satisfacer mi cariño. Mucho os queda por saber de mi historia; pero mañana la referirá mi padre, y sabréis las desgracias de mi familia y los motivos de la conducta de mi hombre invisible. Delante le tenéis; contemplad bien al que tanto me ha favorecido, y que ha sido objeto de vuestra curiosidad. ¡ Ojalá que hubiese podido yo verle y abrazarle mucho tiempo ántes!

Calló Mr. de Lonchamps, y los hijos de Palemon abrazaron á aquel anciano, que les inspiraba sin embargo una especie de respeto que algo participaba de terror. Para disiparle enteramente era preciso saber sus aventuras, y esto habia de verificarse á la tarde siguiente.

TARDE LIII

EL FALSO HONOR

No es mas honrado el potente
De oropeles rodeado
Y en el vicio encenagado,
Que el artesano indigente,
Á las leyes obediente,
Padre amante y fiel esposo,
Que á la patria hace gustoso
Servicios de gran valía.
Es mas honrado á fe mia,
Y aun mas noble, el mas virtuoso.

Continúa la historia del hombre invisible.

Sentados al dia siguiente bajo el emparrado, Mr. de Lerval empezó su narracion de esta manera : Hasta ayer, buen Palemon, no os conocia, ni tampoco á vuestros hijos, sino por los elogios que repetidas veces me ha hecho mi sobrino de vuestras costumbres, probidad y discernimiento; pero ya os he visto y os amo; es decir, que en adelante podéis mirarme como un amigo fiel y sincero. No me habéis conocido sino por una relacion, que tal vez no me hacia demasiado honor; y cuando Lonchamps, en el anterior estío, os contó una parte de sus desgracias, debisteis mirar al hombre invisible, que le seguia por todas partes y le prescribia los preceptos mas extravagantes, como á un loco que reducia á prác-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tica sus disparatadas ideas, inspiradas por su poco juicio. Ahora sabréis los motivos que me han impelido á obrar así.

Soy el menor de tres hijos que dejó mi padre, que era uno de los hombres mas ricos y condecorados de Francia. Quedámos huérfanos, y mi hermano mayor, que ya tenia veinte y cinco años, entró á gobernar la familia, y fué declarado tutor nuestro. Tenia yo diez años, y quince mi hermana Amelia, jóven llena de hermosura y de las habilidades que se adquieren con una educacion esmerada. Era muy amable; pero al mismo tiempo muy tímida, y de un espíritu bastante débil. Amelia y yo nos amábamos tiernamente; mas no sucedia lo mismo con nuestro hermano, que nos detestaba, no obstante que nosotros le correspondíamos harto bien, porque el temor y la sumision mas ciega á su voluntad eran los únicos sentimientos que habia sabido inspirarnos. Á los treinta años ya se habia casado, y tenia dos hijos : abusaba del imperio que tenia sobre nosotros, y éramos miserables víctimas de su despotismo. Vivimos con él hasta nuestra mayor edad, época en la cual nos entregó la parte de herencia que dijo nos pertenecia, dándonos unas cuentas, si no exactas, cumplidas para nuestra satisfaccion. Con todo nos conformámos porque podíamos vivir cómodamente con lo que nos adjudicó, Deslinieres (así se llamaba mi hermano que habia tomado el título de una hacienda suya) no habia querido casar á Amelia, y esto por razon de interes, pues estaba dominado por una insaciable codicia. Murió su hijo, pero quedó con una niña de diez y ocho meses : esperaba sin duda tener mas hijos, y sin embargo de que podia dejarlos ricos, todavía anhelaba apoderarse de los bienes de Amelia, á quien queria precisar al celibato. Acaso esperaba tambien heredar mi parte. Tenia una mujer aun mas mala y mas avarienta que él, la cual cuando se casó con mi hermano era viuda de un militar llamado Mr. Dercour, y tenia un sobrino de nueve años que se criaba á su lado en casa de mi hermano. Se habia propuesto casar á este muchacho con la hija de Deslinieres, y deseaba con ansia reunir en su casa todos los bienes de nuestra familia. Para colmo de desgracias, madama Deslinieres envidiaba la hermosura de mi hermana : no podia ver á Amelia, que habia tenido que sufrir mucho mas que yo durante su menor edad, por los caprichos y altivez de esta mujer imperiosa.

Yo, jóven de 26 años, dedicado á las carrera de las armas, corria de guarnicion en guarnicion sin domicilio fijo. Amelia, libre del yugo de su hermano y de las impertinencias de su cuñada, habi-

taba una hacienda en las inmediaciones de Paris, y mi hermano con toda su familia residia en la capital. Os he dicho que Amelia tenia un excelente corazon, pero su razon no era de las mas firmes y á veces parecia demente ; temblaba solo al oir el nombre de su hermano ó de su cuñada, y por lo tanto aunque al parecer era independiente, estaba tan sometida á su voluntad, que hasta las visitas que habia de recibir le prescribian ; y tan luego como se presentaba un pretendiente á su mano, procuraban despedirle.

Sin embargo, su corazon estaba preparado al amor, y aun amaba en secreto ya hacia algunos años. Tenia en su casa un mayordomo llamado Santbon, de familia noble y que habia sido rica, pero que despues habia decaido. Quedó huérfano desde muy niño, dedicóse á la agricultura, y como tampoco tenia mérito personal, Deslinieres habia creido que no contrariaria sus miras respecto al forzado celibato de Amelia; pero su conversacion era sumamente agradable, y la jóven se habia acostumbrado á ella en términos que no acertaba á estar un momento sin él. Santbon por su parte estaba prendado del mérito de Amelia, y aunque no se le ocultaba la docilidad de su juicio, veia con dolor la despótica conducta de Deslinieres y de su mujer, y deseaba aliviar la suerte de aquella desventurada. De forma que ambos se amaban, pero el uno por delicadeza y la otra por pudor se ocultaban mutuamente sus sentimientos.

Una mañana de primavera paseaban juntos Amelia y Santbon por los jardines de su quinta : llamó la atencion de Amelia un puente chinesco que aquel, para sorprenderla, habia hecho colocar la noche anterior sobre un riachuelo que por allí atravesaba. Quiso aquella estrenarle, pero como el puente no estaba firme cayó en el rio ; perdió el sentido y al volver en sí se encontró sobre la yerba de la ribera : vuelve la vista, pues estaba sola, y ve cerca de sí á Santbon sin sentido y derramando raudales de sangre por una herida que en la frente se habia hecho al tiempo de arrojarse el agua á sacar á su ama.

Á las voces que esta dió acudieron los criados, detuvieron la sangre, condujeron al herido á su lecho, y llamaron para asistirle á los cirujanos mas instruidos del país. No confió Amelia la asistencia de su mayordomo á los demas criados. Pasaba los dias y las noches á su cabecera suministrándole por su mano los alimentos y medicinas, y condoliéndose de sus padecimientos. Esta asiduidad dió bastantemente á conocer á Santbon que era amado, y no tardaron mucho en declararse el uno al otro su pasion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El término que esta debia tener en dos personas pundonorosas y timoratas no podia ser otro que el del matrimonio. En vano opuso Santbon los inconvenientes de la desigualdad de clases y las miras interesadas de los Deslinieres. — Casémonos secretamente, dijo Amelia... y luego que se sepa, si mi hermano y su mujer quieren tratarme como hasta aquí... desgraciado del que se me oponga; le despedazaré el corazon. Efectivamente se extendieron las capitulaciones en las cuales, en el caso de fallecer sin sucesion Amelia, cedia todos los bienes á su esposo, y reunidos los documentos y licencias necesarias se celebró secretamente el desposorio.

Todo fué felicidad para ellos durante algunos meses; por este tiempo obtuve yo licencia para ir á mi casa y fuí desde luego á ver á mi hermano mayor, el cual y su mujer me recibieron con su orgullo acostumbrado, y supe por ellos mismos que estaban sumamente contentos de la sumision de mi hermana á quien visitaban con frecuencia. Fuí á ver seguidamente á Amelia y la encontré tan tierna, tan afectuosa conmigo como siempre. Cuando estuvimos solos me reveló su casamiento secreto y sentí tanto este suceso, que cuando mi hermana me presentó á su esposo le saludé con frialdad; él hizo lo mismo conmigo, y nos despedimos sin abrazarnos, sin darnos el dulce título de hermanos.

No era yo capaz de revelar el secreto de mi hermana; pero una criada á quien Santbon habia reconvenido severamente por varios defectos graves, concibió y llevó á cabo el designio de perder á los dos esposos. Salióse de la casa, fué á la de los Deslinieres y les descubrió el secreto del matrimonio de Amelia con Santbon.

Enfurecidos aquellos con semejante noticia, al siguiente dia fueron á casa de su hermana, llenaron de improperios á ambos esposos, y cuando Santbon quiso hacer valer sus derechos de marido y dueño de la casa para hacer salir de ella á los Deslinieres, y que dejasen de insultarlos, estos últimos dijeron que el que tenia que salir de allí era Santbon; que la escritura matrimonial era falsa, el sacerdote que los habia unido un impostor, los testigos gentes sobornadas y el matrimonio en fin no habia sido mas que una apariencia de sacramentos. Por último Santbon se revistió de toda la energía de que era capaz, y consiguió hacer salir de allí á mis pérfidos hermanos, los cuales al marcharse intimaron á Amelia la órden de despedir á Santbon, pues su matrimonio era falso y simulado.

Consternados quedaron los dos esposos: Amelia se creia ya separada de su marido y encerrada en una prision por toda su vida; lo que la hizo caer en una especie de delirio que la hacia decir mil despropósitos. Santbon, lleno de pesadumbre por la debilidad del juicio de su esposa, y ambos temiendo un porvenir lleno de pesares y sobresaltos, tanto mas temibles cuanto que mi hermana se hallaba en cinta ya hacia algunos meses. Llegué yo en aquel momento, y aunque no me asombré del atrevimiento de los Deslinieres, cuya perfidia conocia, temí el peligro en que Amelia y su esposo se encontraban; procuré tranquilizar á aquella, y les prometí ponerme de su parte para contrariar los inicuos planes de mi hermano mayor. Miéntras yo acompañaba y tranquilizaba á Amelia, Santbon fué á consultar con su letrado, el cual le dijo que el matrimonio era válido, como tambien la escritura, y que ningun requisito le faltaba por donde pudiese adolecer de nulidad.

Fuí á Paris al siguiente dia, y encontré á Deslinieres solo en casa; me habló del casamiento de Amelia, y se admiró de que ya estuviese yo enterado de él, y mucho mas de que no me pusiese de su parte para perseguir á los dos esposos. Me habló con imperio, me amenazó, pero yo le contesté con una dignidad y energía que no creia encontrar en mí, diciéndole que de ningun modo contase conmigo para atormentar á mi hermana y su marido. Todo al contrário, me pondria de parte de estos para defenderlos.

En esto entró madama Deslinieres, y dejándose caer en un sofá manifestó que segun el parecer de los jurisconsultos el acto era válido... y que el único medio que habia era encerrar á mi hermana como loca... ¡Qué horror! exclamé yo. Al oir estas palabras la Deslinieres comprendió que yo no era de su partido y se desató en injurias contra mí, las que desprecié retirándome á desempeñar várias negociaciones relativas á mi regimiento, de que venia encargado, en las cuales ocupé algun tiempo y durante él trascurrieron sucesos que estaba yo muy distante de prever.

Dos dias emplearon los Deslinieres consultanto abogados, y sus pareceres fueron en todo uniformes y favorables á Amelia: imploraron la proteccion de los amigos, acudieron á los tribunales y nadie se prestó á sus inicuos proyectos. Viendo ya que todos sus esfuerzos por las vias legales eran inútiles, acudieron á un ardid que por de pronto les surtió todo el efecto que deseaban. Deslinieres falsificó una órden de uno de los primeros magistrados, y desfigurándose el rostro con supuestas cicatrices, cubriéndose con una peluca la cabeza, en forma que era imposible conocerle, se vistió de comisario de policía; sobornó media docena de hombres

perdidos y vistiéndolos de alguaciles y soldados, protegidos por la oscuridad de la noche se dirigieron á casa de Amelia, donde tomando la voz del rey, hizo que le abriesen las puertas. Llegados al cuarto de Santbon y Amelia, mostraron la supuesta órden. Aquel clamó contra la impostura con que habia sido obtenida, y quiso valerse de la fuerza para rechazar la agresion ; disparó las pistolas contra el supuesto comisario, pero no dieron fuego. Amelia por su parte hacia mil extravagantes extremos que evidenciaban su locura y desesperaban á su esposo ; por último se apoderaron de los dos los fingidos esbirros, el comisario se llevó á mi hermana, y los demas á Santbon, á quien soltaron tan luego como vieron que el coche estaba muy distante.

Á la siguiente mañana me hallaba yo en mi cuarto muy ajeno de pensar en lo que habia ocurrido, y creyendo que todas estas cosas seguirian el curso ordinario, cuando se presentó á mí el desdichado Santbon traspasado de dolor, y me refirió los sucesos de aquella noche infausta. Lo peor de todo era ignorarse el paradero de mi hermana, porque no podian practicarse diligencias en su favor. Cuantas hicimos por descubrirla eran en vano, porque mi hermano mayor á cuya casa me dirigí se me negó ; mi cuñada no quiso recibirme, y en la superintendencia de policía me manifestaron que ninguna noticia tenian de aquel asunto : ¿ quién, pues, habia dado la órden de arresto contra la infeliz Amelia ?

Volví á casa, participé al infeliz Santbon la inutilidad de mis investigaciones, y le vi en tal estado de dolor y de enajenacion puede decirse, que me hizo derramar tiernas lágrimas. Por último le aconsejé se retirase á su casa, que solo distaba média legua de Paris, donde acaso Amelia le enviaria algun mensaje, y pareciéndole bien mi consejo se retiró.

Era ya tarde y Palemon interrumpió á M. de Lerval, quedando aplazada la conclusion de esta interesante historia para la tarde siguiente.

TARDE LIV Y ÚLTIMA

EL PROTECTOR.

Al magnate protector
Del talento y la inocencia ;
Que en santa beneficencia
Se ejercita con ardor.
En trasunto del Señor
Su caridad le trasforma ;
De aspecto cambia y de forma
La poblacion en que habita ;
La miseria en ella evita,
Y las costumbres reforma.

Reunida la interesante familia en la tarde siguiente, continuó Mr. de Lerval su historia en estos términos :

Fin de la historia del hombre invisible.

Poco despues de volver Santbon á su casa se presentó á él un demandadero del convento de Santa Aurea, con una carta de Amelia, que decia así :

« ¡ Sin duda, amado esposo, derramas tantas lágrimas como yo ! » sabe que los bárbaros que me arrebataron de tu lado me han » traido á Paris, sin hablarme une palabra en todo el camino ; » luego me han depositado en el convento de Santa Aurea, calle » de Postas, cerca de la Estrapada, especie de prision destinada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

perdidos y vistiéndolos de alguaciles y soldados, protegidos por la oscuridad de la noche se dirigieron á casa de Amelia, donde tomando la voz del rey, hizo que le abriesen las puertas. Llegados al cuarto de Santbon y Amelia, mostraron la supuesta órden. Aquel clamó contra la impostura con que habia sido obtenida, y quiso valerse de la fuerza para rechazar la agresion ; disparó las pistolas contra el supuesto comisario, pero no dieron fuego. Amelia por su parte hacia mil extravagantes extremos que evidenciaban su locura y desesperaban á su esposo ; por último se apoderaron de los dos los fingidos esbirros, el comisario se llevó á mi hermana, y los demas á Santbon, á quien soltaron tan luego como vieron que el coche estaba muy distante.

Á la siguiente mañana me hallaba yo en mi cuarto muy ajeno de pensar en lo que habia ocurrido, y creyendo que todas estas cosas seguirian el curso ordinario, cuando se presentó á mí el desdichado Santbon traspasado de dolor, y me refirió los sucesos de aquella noche infausta. Lo peor de todo era ignorarse el paradero de mi hermana, porque no podian practicarse diligencias en su favor. Cuantas hicimos por descubrirla eran en vano, porque mi hermano mayor á cuya casa me dirigí se me negó ; mi cuñada no quiso recibirme, y en la superintendencia de policía me manifestaron que ninguna noticia tenian de aquel asunto : ¿ quién, pues, habia dado la órden de arresto contra la infeliz Amelia ?

Volví á casa, participé al infeliz Santbon la inutilidad de mis investigaciones, y le vi en tal estado de dolor y de enajenacion puede decirse, que me hizo derramar tiernas lágrimas. Por último le aconsejé se retirase á su casa, que solo distaba média legua de Paris, donde acaso Amelia le enviaria algun mensaje, y pareciéndole bien mi consejo se retiró.

Era ya tarde y Palemon interrumpió á M. de Lerval, quedando aplazada la conclusion de esta interesante historia para la tarde siguiente.

TARDE LIV Y ÚLTIMA

EL PROTECTOR.

Al magnate protector
Del talento y la inocencia ;
Que en santa beneficencia
Se ejercita con ardor.
En trasunto del Señor
Su caridad le trasforma ;
De aspecto cambia y de forma
La poblacion en que habita ;
La miseria en ella evita,
Y las costumbres reforma.

Reunida la interesante familia en la tarde siguiente, continuó Mr. de Lerval su historia en estos términos :

Fin de la historia del hombre invisible.

Poco despues de volver Santbon á su casa se presentó á él un demandadero del convento de Santa Aurea, con una carta de Amelia, que decia así :

« ¡ Sin duda, amado esposo, derramas tantas lágrimas como yo ! » sabe que los bárbaros que me arrebataron de tu lado me han » traido á Paris, sin hablarme une palabra en todo el camino ; » luego me han depositado en el convento de Santa Aurea, calle » de Postas, cerca de la Estrapada, especie de prision destinada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

» para mujeres, ó de vida sospechosa, ó insensatas, que deben
» permanecer aquí el resto de sus dias. Todavía nada sé de este
» convento. No he tenido tiempo sino para pensar en ti, y escri-
» birte esto poco, que confío á un hombre que la casualidad me
» ha presentado, y á quien recompensarás generosamente. ¡Ay!
» aquí no puedes verme ni hablarme, pues tú solo eres exceptuado
» de lo que á todos los demas se permite. Trabaja por mi liber-
» tad, y cuenta siempre con mi firme amor. »

El conductor de esta carta, agradecido á la generosa recompensa que recibió de Santbon, le ofreció sus servicios, y en efecto se encargó de otra para Amelia, en que su esposo le prometia hacer lo posible por obtener su libertad, y le encargaba como medio mas á propósito para conseguirlo que procurase dominar su razon, para que no pudiesen argüirla de demente, y por último le hacia las protestas de amor mas expresivas.

Despedido el demandadero, fué Santbon á darme noticias del paradero de Amelia, y yo le aconsejé, conociendo la perfidia de Deslinieres, que mudase de domicilio y no volviese á su casa sino muy raras veces, y que para seguir la comunicacion con Amelia se viese con el demandadero en parajes ocultos y horas desusadas, lo cual ejecutó con puntualidad, y de este modo siguieron su secreta correspondencia.

Seguidamente fuí á casa de mi hermano y con las mas amargas expresiones reprendí su proceder, logrando que tanto él como su mujer me tratasen con la mayor altanería. Me dirigí donde estaba mi hermana, y diciendo quién era me permitieron verla : dijo tantas necedades que llegué á persuadirme que habia perdido el juicio, por lo que me retiré penetrado de dolor.

Durante los siguientes tres meses, mi hermano entabló el recurso de nulidad del casamiento de Santbon con mi hermana, acusando á aquel de intrigante que habia abusado de la falta de juicio de esta, para que se casase con él y le cediese sus bienes. Amelia entre tanto seguia presa y lo que mas llamaba la atencion era que habiendo sido sacada de su casa por un comisario y con órden de la autoridad, tal órden no aparecia en el proceso, y en el convento habia sido entregada á la superiora, no por el comisario, sino por su hermano Deslinieres. Santbon habia justificado plenamente la agresion en su casa de un hombre público con fuerza armada, y este problema nadie sabia explicarlo. Pero el hecho fué que Deslinieres acompañó á su hermana hasta cerca del convento en traje de comisario; allí inmediato bajó del coche y en casa de un

confidente suyo dejó el disfraz, volviendo al carruaje con sus vestidos usuales, y de este modo se dió á conocer á la priora, consiguiendo que recibiese á Amelia.

Por último tanto hizo mi hermano y tanto dinero derramó, que Amelia fué declarada demente, despojada de la administracion de sus bienes, la que se confió á Deslinieres; el matrimonio se anuló como celebrado entre un intrigante y una loca, y Santbon, por haber abusado de la confianza de una señora rica pero insensata, fué condenado á perpétua prision.

Yo, que siempre habia deseado favorecer á los dos desgraciados esposos, pedí al momento un testimonio de la sentencia, con el cual requerí á la priora para que me entregase á mi hermana, lo que ejecutó; la llevé inmediatamente á mi casa donde la esperaba el infeliz Santbon, y despues que hubieron dado libre curso á la alegría de abrazarse y al pesar del mal éxito de su proceso, les di el dinero necesario para que partieran al instante de Paris, encargándoles me avisasen el punto que eligieran para su residencia.

Pasé despues á casa de Deslinieres, donde reunidos los que habian secundado sus intentos en el éxito del proceso, celebraban con esplendidez su resultado. Alegraos, les dije, celebrad vuestra injusticia; pero vuestras intenciones se han frustrado. Á estas horas está Amelia con su esposo fuera de vuestros alcannes... y ¡ay de vosotros todos, el dia que se llegué á aclarar vuestra injusticia! ¡ay de vosotros el dia que llegue á descubrirse el fingido comisario raptor de Amelia! Pronuncié estas palabras con tal energía, que todos quedaron asombrados. Deslinieres y su muyer me lanzaron una mirada de indignacion; yo les dirigí otra de desprecio, prometí no volver á verlos en sus casa y me retiré. Al bajar por la escalera oí á Deslinieres que me decia : Vé, miserable y deshonra á tu familia; pierde á tu hermano por salvar á una loca y un intrigante. Me retiré á mi casa y tranquilizado resolví continuar favoreciendo á mi hermana con medios pecuniarios, y en lo demas dejar que los negocios siguiesen su curso natural sin mezclarme yo en ellos.

Entre tanto habian llegado á Ruan Amelia y su marido, y este, que era excelente fisonomista, al volver una esquina de aquella ciudad habia conocido al que hacia de jefe de los soldados que asistieron al rapto de mi hermana; el pícaro quiso huir al reconocerle, pero Santbon corrió tras él, logró asirle, y por su declaracion supo que el fingido comisario habia sido Deslinieres; condu-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

jo al bribon á un cuerpo de guardia, dió parte á las autoridades, ante las cuales formalizó su declaracion manifestando quiénes habian sido los demas cómplices, y haciendo remitir las actuaciones á Paris, donde comisionó un agente activo y entendido, en ménos de un mes puso el negocio tan en claro, que anulándose la sentencia anterior se condenó á Deslinieres á prision perpétua y restitucion de los bienes de Amelia, cuyo matrimonio fué declarado válido.

Deslinieres me creyó autor de este cambio, y despidiéndose de su mujer, hija y sobrino, á quienes no debia volver á ver, se dirigió á Ruan adonde suponia encontrarme, y en efecto me habia encaminado á dicha ciudad con ánimo de afear á Santbon su encarnizamiento contra mi hermano, y mediar entre ambos á fin de si era posible reconciliarlos. Cuando llegué á aquella ciudad, encontré á mi hermana próxima á un parto trabajoso, tanto que al dar á luz un hermoso niño, dejó de existir, causando un dolor tan profundo en todos y mas principalmente en su marido, que saliéndose de casa como frenético, pasaron dos dias enteros sin que supiésemos su paradero. Así es que yo en medio del dolor que me devoraba, tuve que atender á los funerales de Amelia, y al cuidado del recien nacido.

Un dia, cuando yo iba á salir en investigacion del paradero de mi cuñado, veo que le traen á casa en una camilla, traspasado de heridas y próximo á espirar; se le suministraron cuantos socorros exigia su estado, y al cabo de algunas horas se consiguió que recobrase el sentido y el habla, y ante los magistrados que le habian conducido declaró : que trastornado su juicio por la pérdida de su esposa, recorria las calles de Ruan sin objeto ni direccion hacia cuarenta y ocho horas, cuando un embozado se presentó á él gritándole : ¡Ah traidor! ya te encontré por fin, ahora morirás á mis manos. Este embozado era Deslinieres, que sacando un puñal, ántes que Santbon pudiera defenderse, le acometió con tal encarnizamiento que aun despues de tendido en el suelo continuó hiriéndole sin reparar en la gente que acudia á los gritos de los vecinos. Por último le separaron várias personas, se apoderó de él la justicia y le llevaron á la cárcel pública; con respecto á Santbon no tuvo tiempo mas que para dar las señas de su casa, y quedó inmediatamente sin sentido.

Afortunadamente las heridas no eran mortales y al cabo de algun tiempo pudo sanar de ellas. Entre tanto se habia formado causa contra el agresor, que fué reconocido como tal por Santbon,

quien tuvo la dureza de imputarle la muerte de Amelia; cuyo proceder poco delicado me le hizo odioso y dió motivo á que le abandonase. Acumulados en la causa de Deslinieres, todos sus delitos, no obstante lo mucho que gestioné en favor suyo, fué condenado á muerte afrentosa. Ya lo ves, jóven inconsiderado, me dijo; estos son los efectos de la proteccion que has prestado á esos miserables. Ahora serás señalado como hermano de un asesino castigado por la espada de la ley. Si quieres que muera tranquilo, júrame que *ni Santbon ni su hijo volverán á ver tu rostro.*

Pronunció con tal energía estas palabras, que no pudiendo yo resistir á su última voluntad, hice el juramento que exigia de mí, con lo cual le abracé llorando y nos despedímos. Al siguiente dia supe que habia fallecido en el calabozo : corrió la voz de que se habia envenenado por no salir al cadalso, y efectivamente se le encontró en el bolsillo un pomito de veneno. Salí de Ruan sin despedirme de Santbon, volví á Paris y hallé á la familia de Deslinieres inconsolable; no conocian que la muerte de mi hermano habia sido un evidente castigo del cielo por los excesos que su avaricia le habia hecho cometer.

Al principio tuve que sufrir algunos insultos por parte de mi cuñada; despues mi proceder me reconcilió con ella. Deseando borrar en lo posible la memoria de la condenacion de Deslinieres, y vengarse despues á toda costa de Santbon y su hijo, quiso apoderarse de los procedimientos originales, á cuyo fin fuimos á Ruan, y á fuerza de dinero lográmos que nos los entregase el escribano; aunque no nos dijo lo que despues casualmente supimos, y fué que habia dado una copia de ellos á Santbon, cosa que le interesaba demasiado, porque ademas de la sentencia contra mi hermano, estaban tambien allí las pruebas legales de su casamiento. Esta noticia nos contrarió, mas no obstante hubimos de consolarnos con saber que solo habia un hombre que poseyese las pruebas de nuestro deshonor.

Santbon, débil y padeciendo de sus heridas como de la memoria de sus desdichas, habia vuelto á Paris con su hijo, que todavía estaba en la cuna. Avergonzado de su conducta con los Deslinieres, conducta que le habian dictado el odio y el resentimiento, se hallaba atormentado de los remordimientos. Habia perdido á mi hermana y el amor que yo anteriormente le profesaba. Desesperado de no verme, se determinó á buscarme en mi casa. Por casualidad estaba yo á la ventana, y viendo entrar á un hombre pálido, flaco, y apoyado en un báculo, conocí que era Santbon. Al

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

instante mandé á mi criado que le despidiese; pero que procurase saber dónde vivia, pidiéndole señas exactas de su casa. Dijo pues el criado á Santbon que yo estaba fuera, y sin dificultad supo de él cuanto yo solicitaba, pues me conocia demasiado Santbon para recelarse de mí. Yo no me proponia volverle la visita; pero un resto de interes me hablaba en su favor, y estaba dispuesto á preservarle de la venganza de mi cuñada, en caso que quisiese ejecutarla en él ó en su inocente hijo. No sé cómo el criado que le recibió tuvo la osadía de contarlo todo á mi cuñada, y darle las señas que me habia dejado. Madama Deslinieres, contentísima por saber el paradero de su enemigo, envió un dia á verle, en mi nombre, á su sobrino Dercour, á quien Santbon no conocia. Este muchacho en efecto se le presentó, y le dijo : Mr. de Lerval se halla indispuesto, y no puede venir á veros; pero me ha encargado que os entregue de su parte esta corta expresion para vos y para el hijo de su hermana Amelia, á quien tanto amaba.

Consistia este regalo en frutas, dulces y várias cosas de pasta. Admirado Santbon de recibir esta fineza, quedó un rato suspenso. (Bien se deja conocer en esta ocasion el poco juicio de mi cuñada.) Recibió, pues, el regalo; al ponerle sobre una mesa se cayó un pastelillo, y un perro, que siempre le acompañaba, se le comió al instante; luego empezó á dar terribles alaridos y cayó muerto. Al punto Santbon llamó á un vecino, que era oficial de justicia, y vivia en un cuarto contiguo al suyo. Acudió este hombre á las voces, y reconviniendo al muchacho, le hizo confesar la verdad, y determinó llevarle preso; pero Santbon tuvo la consideracion de avisarme ántes que se verificara la traslacion de Dercour á la cárcel. Acudí inmediatamente; por casualidad el oficial de justicia era amigo mio, y pude sofocar el asunto en su mismo orígen. Santbon, por mediacion mia, cedió su derecho; y con esto adelantó mucho para conmigo; así fué que al instante que volví á mi casa le escribí lo siguiente:

« No ignoráis que sois causa de mi deshonor, y de la pérdida de » cuanto amaba en el mundo. Estáis arruinado y tenéis enemi- » gos poderosos y vengativos. Á pesar de todos los motivos que » tengo para aborreceros, quiero ser vuestro apoyo y proteyeros, » si os sometéis á todos mis consejos. He visto á vuestro hijo, y » me ha conmovido; aunque en edad tan tierna he reconocido » en él todas las facciones de su madre, que son las mias, pues Ame- » lia se me parecia mucho. No puedo abandonaros; pero exijo » que olvidéis todo motivo de queja contra mi cuñada, cuyo re-

» sentimiento es legítimo; evitad la venganza de esta, para que » no haya mas víctimas del odio en mi desdichada familia. Ha- » bréis extrañado que no os haya visto ni hablado sino lo muy » preciso para la composicion del último lance, en cuya ocasion » vi á vuestro hijo; pero este es un secreto que no debo revelaros. » Básteos saber que no me es dado el veros; pero vivid persuadi- » do de que cuidaré de vuestra seguridad y de la de vuestro niño. » Confiad en mí y sed dócil. Mudad al punto vuestro nombre en » el de Lonchamps, que solo de mí será conocido, y tomad otra » habitacion en algun barrio distante del en que ahora vivís. Yo ha- » ré creer que habéis pasado á nuestras colonias, y vuestros enemi- » gos no os perseguirán. Reflexionad bien, y contestadme ó pa- » ra huir de vos para siempre, ó para ser vuestro protector. »

Santbon, que me estimaba mucho, me respondió que haria todo cuanto fuese de mi agrado. Este hombre estaba arruinado por la malignidad de Deslinieres, que habia contrahecho la firma de mi hermana, fingiendo deudas que excedian á su capital. Los supuestos acreedores se apoderaron de todo; y aunque se les podia entablar un pleito sobre la legitimidad de estas deudas, hubiera sido nunca acabar; y Santbon, ademas de quedar expuesto á los tiros de mi cuñada, se resentia continuamente de las heridas. Aceptó, pues, mis ofrecimientos, y le fué bien. Vivió tranquilo é ignorado bajo el nombre de Lonchamps, que trasmitió á su hijo, hasta nna edad bastante avanzada. Nunca le vi; pero le colmé de beneficios; mantuve su casa con opulencia; su hijo fué muy bien educado, y nadie sino yo supo las desgracias que le habian precisado á mudar de nombre. Sin embargo, devorado por los remordimientos, viendo siempre ante sus ojos la sombra de su esposa y la de su cuñado, perdió poco á poco el juicio. Nunca salia, y encerrado en su gabinete pasaba dias enteros leyendo las cartas que su mujer le habia escrito desde el convento, todas las piezas del primer proceso que habia perdido, y las del último que eran el objeto de los deseos de madama Deslinieres. Con esta ocupacion se exaltaba cada dia mas su cabeza; y ya sabéis que, sin saber por qué, la víspera de su muerte quemó todos estos papeles. Por este medio nos hizo un favor que tanto habíamos deseado. En mucho tiempo no supe que Santbon habia quemado estos documentos, y apénas hace seis meses que lo he sabido por un criado que entónces le servia; pero volvamos á su hijo.

Yo habia dicho á mi implacable cuñada que Santbon habia marchado á las colonias, y lo creyó; pero un dia, casualmente, pasó

por una calle en que se halló detenida por la pompa de un entierro. Detras del acompañamiento vió á un jóven vestido de luto, que lloraba amargamente, y tan parecido á Amelia que le chocó, recordándole objetos que tanto detestaba. Informóse del nombre del difunto, y le dijeron que se llamaba Mr. de Lonchamps, mostrándole su hijo y casa. Sospechó que su enemigo hubiese cambiado de nombre; fué á la casa de donde habia salido el acompañamiento, y se aumentaron sus sospechas con las noticias que adquirió. Persuadida de que yo estaba dispuesto como ella á la venganza, me comunicó sus recelos, y por medio de su sobrino Dercour, á quien despues casó con su hija, solicitó una órden para hacer salir de Paris á un vagamundo llamado Lonchamps. Dercour, que tenia bastante influjo, obtuvo fácilmente la órden; y el jóven Lonchamps, no habiendo salido de Paris, á pesar de habérselo yo mandado, fué espiado, y se supo que vivia en la calle de la Universidad; pero yo desvanecí todas las ideas de mi cuñada, haciendo revocar la órden. Por un retrato que yo tenia de mi hermana Amelia, hice sacar otro en miniatura, y se le envié á su hijo juntamente con un reloj y una sortija, que habian sido alhajas suyas; pero me opuse á que se estableciese en ninguna de las oficinas de Paris, y contrarié todas sus diligencias. Ya no era yo jóven, me habia casado ocho años ántes de la muerte de Santbon; y mi esposa, que murió dos despues de nuestro matrimonio, me habia dejado una niña, la cual, en la época en que me declaré protector de Lonchamps, tenia seis años. Siempre habia cuidado de este, y el amor que tuve á mi hermana me empeñaba á mirar por su hijo, que se hallaba inocente de todas las desgracias ocurridas en mi familia. Sin embargo, quizá por un necio escrúpulo, mantenia la palabra que habia dado á mi hermano; pero resolví eludir su objeto, salvando las apariencias, diciendo entre mí: Mi hermano quiso que ninguno de los de Santbon me viese, y así bastará que en cierto modo me haga invisible á los ojos del jóven Lonchamps; pero como todo debe tener un término, y el odio mucho mas, si este jóven se presta dócilmente á mis preceptos, y si adquiere buenas cualidades, á su debido tiempo le casaré con mi Lucía, y por este medio confundiré todos los motivos de odio; pero Justino (que este es su nombre) es aun muy jóven, y para llevar á cabo mi plan es preciso que pasen todavia diez años. Le haré viajar, y en tanto acaso podré conciliar en su favor los corazones de su tia y de sus primos. ¡Oh hermano mio! pienso que esto es cuanto puedo hacer por tu memoria.

Tomado este partido, y para inutilizar las persecuciones de la Deslinieres y sus partidarios, mandé á Lonchamps que viajase; pero temiendo las cautelas de sus enemigos, yo mismo le seguí por todas partes. Ahora diréis ¿cómo pudisteis saber tan exactamente todos sus pasos, y hasta sus mas leves acciones, así como los diferentes asilos que eligió durante el curso de sus viajes? Nada de esto me fué dificil, pues un hombre de mi confianza, á quien no conocia Lonchamps, le seguia por todas partes á caballo, y me daba cuenta de todos los sitios en que se detenia, y las posadas donde paraba. Así es como le seguí á Chartres, á Tours, á Burdeos, etc., etc. En todas partes le veia á mi satisfaccion, sin que me conociese, y examinaba con placer sus facciones, por ser tan parecidas de mi hermana. Sin embargo, temia que me descubriese, porque le habian dicho que yo me parecia mucho á él, y recelé algunas veces observando que con el mayor cuidado examinaba las fisonomías de cuantos le rodeaban, entre los cuales regularmente me hallaba yo. Muchas veces la ternura que me inspiraba me impelia á descubrirme á él, y con esta intencion iba algunas veces á verle; pero por una rara casualidad nunca le hallé cuando fuí á visitarle con esta idea. Esto me sucedió en la casa en que vivia en Paris, en la de la madre de su amigo en Tours, y aun en el café de Burdeos, donde, mas que nunca, le vi á toda mi satisfaccion. Casi me descubrió en el jardin de Castel, donde me oyó cantar un romance que en otro tiempo compuse sobre su nacimiento, pero salí bien de este apuro. Por donde quiera, mi prudencia y la sagacidad del hombre que le seguia, me hacian patentes sus acciones, sin que él penetrase el modo con que las descubria. Así viajó diez años, en los cuales tuve bastante trabajo para oponerme á las activas investigaciones de sus enemigos. En fin, miéntras estaba en esta granja, el año pasado, supe la muerte de madama Deslinieres; y entónces, viendo que ya no existia el enemigo mas terrible de mi protegido, mandé á este que fuese á Paris y lo cumplió con su acostumbrada docilidad. Es cierto que ya no vivia la Deslinieres; pero habia trasmitido á sus hijos todo el odio que habia jurado á la sangre de Santbon, mandándoles que se vengasen en su hijo por todos los medios posibles, y que á toda costa procurasen hacerse con los papeles en que constaba su deshonor. Dercour y su esposa, hija de mi desdichado hermano, habian, por decirlo así, heredado el carácter altivo y perverso de los Deslinieres. Se me presentaron á preguntarme si sabía algo del hijo de Santbon; y para que cesasen en sus persecuciones, les

respondí que este jóven, despues de la muerte de su padre, habia pasado á nuestras islas, de donde nunca volveria. No quedaron satisfechos de mi respuesta, y justamente sospecharon que me interesaba en la suerte de su primo; mas no atreviéndose á romper abiertamente conmigo, espiaron con sigilo mis pasos, y descubrieron que yo protegia á un tal Lonchamps, que desde entónces se les hizo sospechoso.

Mi papel se hacia mas difícil cada dia. Por una parte necesitaba velar sobre mi protegido, sin darme á conocer á él ántes de la época del matrimonio que meditaba como único medio para concluir este asunto; por otra debia instruirme de todos los preyectos de los Dercour, porque conocia que andaban recelosos. Gané para este efecto á un antiguo criado suyo, que era su confidente, y me avisaba de todos sus planes. Así supe que Dercour habia descubierto la habitacion de Lonchamps en la calle de Vaugirard, y que debia ir á verle y examinar con alguna cautela si era el hijo de Santbon. Avisé á Lonchamps, para que estuviese prevenido contra la perfidia de esta visita, y así Dercour se quedó con las mismas sospechas. Luego fué á verle madama Dercour, y yo no tuve mas arbitrio que hacer á Fermin que cantase en la escalera para precaver cualquiera indiscrecion de su amo. Conocia que Dercour era capaz de batirse con el hijo de Santbon, y aun de asesinarle cobardemente, lo que estuvo á pique de suceder una noche que entrambos habian ido al teatro de la Ópera. La pieza que se ejecutó era *el Prisionero Americano*, y en ella se representaba la muerte afrentosa de un preso. Madama Dercour renovó la memoria del fin trágico de su padre, y acompañada de su esposo salió del teatro dirigiéndose hácia el boulevard, donde su afliccion la hizo perder el sentido, á tiempo que Dercour reconoció en el mismo paraje á Lonchamps y le atacó, sin mas causa, como ya habéis oido. Yo, que por una feliz casualidad me hallaba allí, hice llevar á Lonchamps á mi casa de Bagneux; y entrando en el coche de los Dercour, los acompañé á su casa, donde les reprendí agriamente su proceder respecto de un hombre que, aunque era conocido mio, nada tenia que ver con sus resentimientos particulares. No se mostraron muy satisfechos con mis razones; y esto me obligó á ocultar con mas cuidado al desdichado que perseguian. Hice que se retirase á una casa próxima al boulevard del norte, y le mandé que no saliera, particularmente de dia; pero su imprudencia le hizo descubrirse nuevamente, y encendió la rabia de sus enemigos que llegaron á hacerle conducir á su misma casa, donde en una sala

habian erigido, creo que por pura vanidad, un cenotafio á la memoria de su padre y madre, colocando en él los retratos de estos y los de todos sus parientes. Lonchamps habia caido en un terrible lazo; pero el antiguo criado de Dercour me avisó del caso, y acudí al remedio, presentándome en casa de los Dercour, amenazándoles con todo el peso de mi indignacion, y con la resolucion que habia formado de hacer pública su conducta, si continuaban persiguiendo á un jóven infeliz á quien yo favorecia, y nada sabia de cuanto le habian preguntado.

Recobró Lonchamps su libertad, y yo prendado de su discrecion, y de la prudencia con que sin conocerme ayudaba mis ideas, resolví adelantar el plazo de su felicidad. Mi hija me amaba y yo estaba seguro de que Lucía tenia muy libre su corazon; la confié mis pensamientos, é hice que viera á su primo en el Cármen. Mutuamente quedaron satisfechos, y desde entónces preparé su union en mi oratorio de Bagneux, que se verificó en la forma que mi sobrino os ha referido.

Yo habia convidado para esta funcion á los Dercour, sin decirles quién era el destinado á ser feliz esposo de mi hija. Fueron muy tarde á Bagneux, y por Lonchamps sabéis cuán atónitos quedaron al saber que mi yerno era efectivamente el hijo de Santbon como lo habian sospechado; pero mi ascendiente sobre ellos, mi autoridad, el respeto que me debian, y mas que todo, el temor de que fuesen perseguidos por la justicia á causa del lance referido del veneno, reprimió su furor, y extinguió la sed de su venganza. Ademas les prometí una parte de mi hacienda; y esto solo bastaba para calmar dos corazones tan codiciosos como los de sus padres. Desde entónces nos visitan, y bien sea por afecto, ó por pura política, proceden muy bien con nosotros

Tal es, amigos mios, la singular historia de las desgracias de vuestro amigo Lonchamps, y tales han sido los motivos que me han obligado á no presentarme á sus ojos por espacio de diez años: motivos sin duda extravagantes, bien lo conozco; pero eran los medios mas seguros para lograr mis fines. Estas aventuras, hijos mios, os manifiestan que el lazo que une á los padres y los hermanos es sagrado; y que una vez roto, puede exaltar todas las pasiones, y sumergir á cualquiera familia en toda especie de infortunios.

Mr. de Lerval terminó así su relacion, y nuestros jóvenes admiraron las virtudes de este anciano, que durante su vida habia

debidamente desempeñado las funciones de buen hermano, excelente amigo, tio generoso y padre sensible, y se propusieron tomarle por modelo si alguna vez se veian en tales circunstancias, aunque huyendo siempre de misterios, y mas aun de juramentos innecesarios.

CONCLUSION DE LA OBRA

La entrada del invierno terminó las reuniones de nuestra familia bajo el emparrado. Por otra parte los hijos de Palemon, ya no necesitaban mas lecciones de virtud y moral que las que les habia prodigado su buen padre. Eran ya hombres sensatos y reflexivos, y Palemon recogia el fruto de la educacion que les habia dado. ¡Cuánto se complacia de los muchos trabajos que le habia costado el grabar profundamente la virtud en sus corazones! Los habia instruido con ejemplos, y con sumo placer veia que ellos los daban muy grandes y agradables de respeto filial, de amor fraterno, y de todas las virtudes sociales. Dos años habian hecho en ellos un prodigioso efecto. Armando tenia ya mas de diez y ocho : su padre le envió á Paris, donde se perfeccionó en las matemáticas, tanto que obtuvo la cátedra de esta ciencia, y cinco años despues se casó con Enriqueta, que aunque habia perdido á su padre, no dejó de hallar otro en nuestro buen Palemon. Julio trabajó al lado de su protector, y se hizo el mejor agricultor de la comarca. Palemon, ya muy viejo y bastante achacoso, necesitando apoyo y descanso, le cedió su granja y campos, dándole al mismo tiempo la mano de Adela, que fué muy buena esposa y madre.

Benito siempre era turbulento y vivo; su padre queria que fuese marino, pero él no quiso separarse tanto de Palemon. Dibujaba perfectamente, adquirió conocimientos en todas las artes, y llegó á ser un excelente arquitecto : se casó en Paris, y prosperó en sus negocios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Leon se aplicó al comercio; pero no pudo abandonar las Musas que habian sido el embeleso de su juventud; se ilustró en este precioso ramo de literatura, y en el dia es uno de nuestros autores mas distinguidos, y la delicia de su anciano padre, el cual consiguió de Mr. y madama de Leclerc que le dieran por esposa á su sobrina Rosalía.

Todos cuantos participaron de la diversion de las tardes continuaron siendo amigos de Palemon y sus hijos, que siempre vivieron exentos de los males que el hombre insensato se proporciona á sí mismo, gracias á la buena educacion que Palemon les habia dado, y á la docilidad con que ellos habian recibido sus lecciones.

FIN.

TARDES

CONTENIDAS EN ESTA OBRA

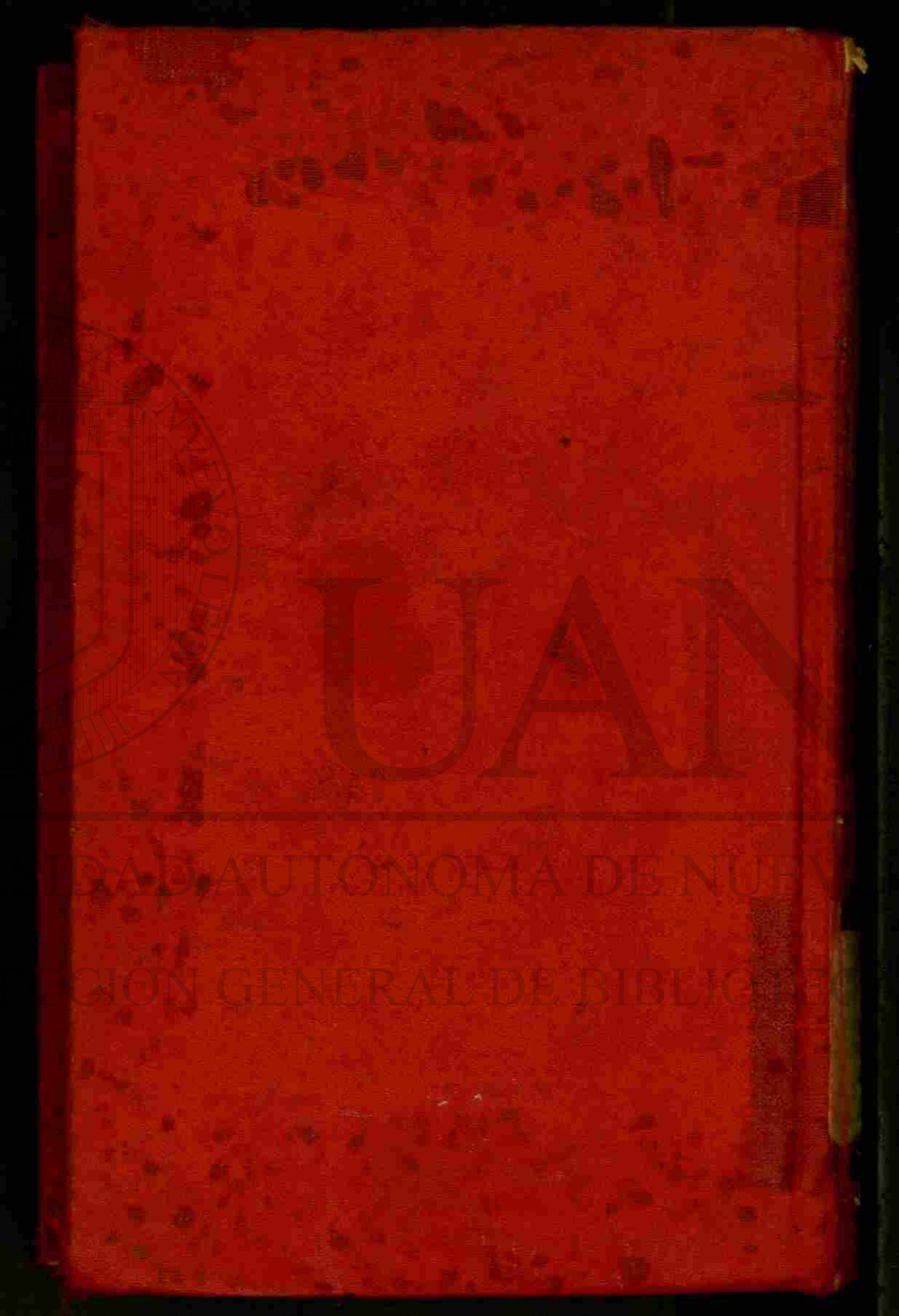
	Páginas.
Introduccion	1
Tarde I. El Trabajo. Historia de Bernardo el holgazan	3
Tarde II. La Beneficencia. Aventuras del viejo mendigo	11
Tarde III. El amor propio. Historia del poeta Hilario	21
Tarde IV. La Amistad. Historia de Dulis y Gerardo	31
Tarde V. La piedad filial. Historia del padre ciego	41
Tarde VI. La Ingratitud. Continuacion de la historia de Dulis y Gerardo	51
Tarde VII. El Desinteres. Continúa la historia del padre ciego	59
Tarde VIII. El olvido de los agravios. Fin de la historia de Dulis y Gerardo.	63
Tarde IX. Los Desafíos. El padre castigado	67
Tarde X. El Agradecimiento. Historia de los tres peregrinos	71
Tarde XI. La Presuncion. Continuacion de la historia de los tres perigrinos	79
Tarde XII. La Liviandad. Continuacion de la historia de los tres peregrinos	89
Tarde XIII. Amor desinteresado. Fin de la historia de los tres peregrinos.	99
Tarde XIV. La Codicia. El codicioso y el tesoro	109
Tarde XV. La Probidad. Continuacion de la historia del codicioso. Historia del niño Emiliano	119
Tarde XVI. La Envidia. Historia del Carbonero	127
Tarde XVII. La Reconciliacion. Concluye la historia del Carbonero	135
Tarde XVIII. Los Intrigantes. Los embusteros de Milan	143
Tarde XIX. Los Litigios. El puente de los enamorados	153
Tarde XX. La Correccion. Benita ó la casa subterránea	161
Tarde XXI. La Desobediencia	173
Tarde XXII. La Indulgencia. El hombre invisible	183
Tarde XXIII. La Docilidad. Continuacion de la historia del hombre invisible.	195

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TARDE XXIV. El Orgullo. Historia de Juanon y su hijo..... 207
TARDE XXV. El Arrepentimiento. Concluye la historia de Juanon y su hijo. 217
TARDE XXVI. El Coquetismo. Historia de madama Dumont..... 229
TARDE XXVII. La Economía. Concluye la historia de madama Dumont... 237
TARDE XXVIII. El Desprendimiento. Historia de la familia de Auvernia... 243
TARDE XXIX. La Delicadeza. Concluye la historia de la familia de Auvernia. 255
TARDE XXX. El Talento. Historia del jóven Ledoux..... 263
TARDE XXXI. La Justicia. Historia del droguero Aubri..... 277
TARDE XXXII. La Insubordinacion. Efectos de la ausencia de Palemon..... 289
TARDE XXXIII. La Dureza. Historia de la ermita de San Leonardo..... 301
TARDE XXXIV. La Severidad. Historia del tamborilero..... 313
TARDE XXXV. La Simpatía. Continúa la historia de la ermita de San Leonardo..... 323
TARDE XXXVI. La Hipocresía. Continúa la historia de la ermita de San Leonardo..... 331
TARDE XXXVII. El Fanatismo. Fin de la historia de la ermita de San Leonardo..... 349
TARDE XXXVIII. El Rencor. Historia de la inglesa Belly..... 359
TARDE XXXIX. La Traicion. Concluye la historia de Belly..... 375
TARDE XL. Los Espadachines. Historia del caballero ***..... 387
TARDE XLI. El Rigor. El molinero terrible..... 393
TARDE XLII. El Ejemplo. El mal padre..... 403
TARDE XLIII. El buen eclesiástico. Concluye la historia del mal padre.... 411
TARDE XLIV. La Avaricia. Continúa la historia de Emiliano..... 419
TARDE XLV. La Felicidad mundana. Continúa la historia de Emiliano..... 431
TARDE XLVI. Nada hay oculto. Fin de la historia de Emiliano..... 445
TARDE XLVII. Los placeres inocentes..... 453
TARDE XLVIII. Las Pasiones. Historia de Mr. Lucas..... 465
TARDE XLIX. Las confianzas..... 475
TARDE L. Los celos. Historia del viaje de los cinco niños americanos..... 483
TARDE LI. La Imprevision. El Amor fraternal, drama en un acto..... 493
TARDE LII. La Paciencia. Continuacion de la historia del hombre invisible. 505
TARDE LIII. El falso honor, Continúa la historia del hombre invisible..... 523
TARDE LIV y ÚLTIMA. El Protector. Fin de la historia del hombre invisible. 529
CONCLUSION DE LA OBRA..... 541

6066-90. — París. Tip. de GARNIER hermanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


UANL
D AUTÓNOMA DE NUEV
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE